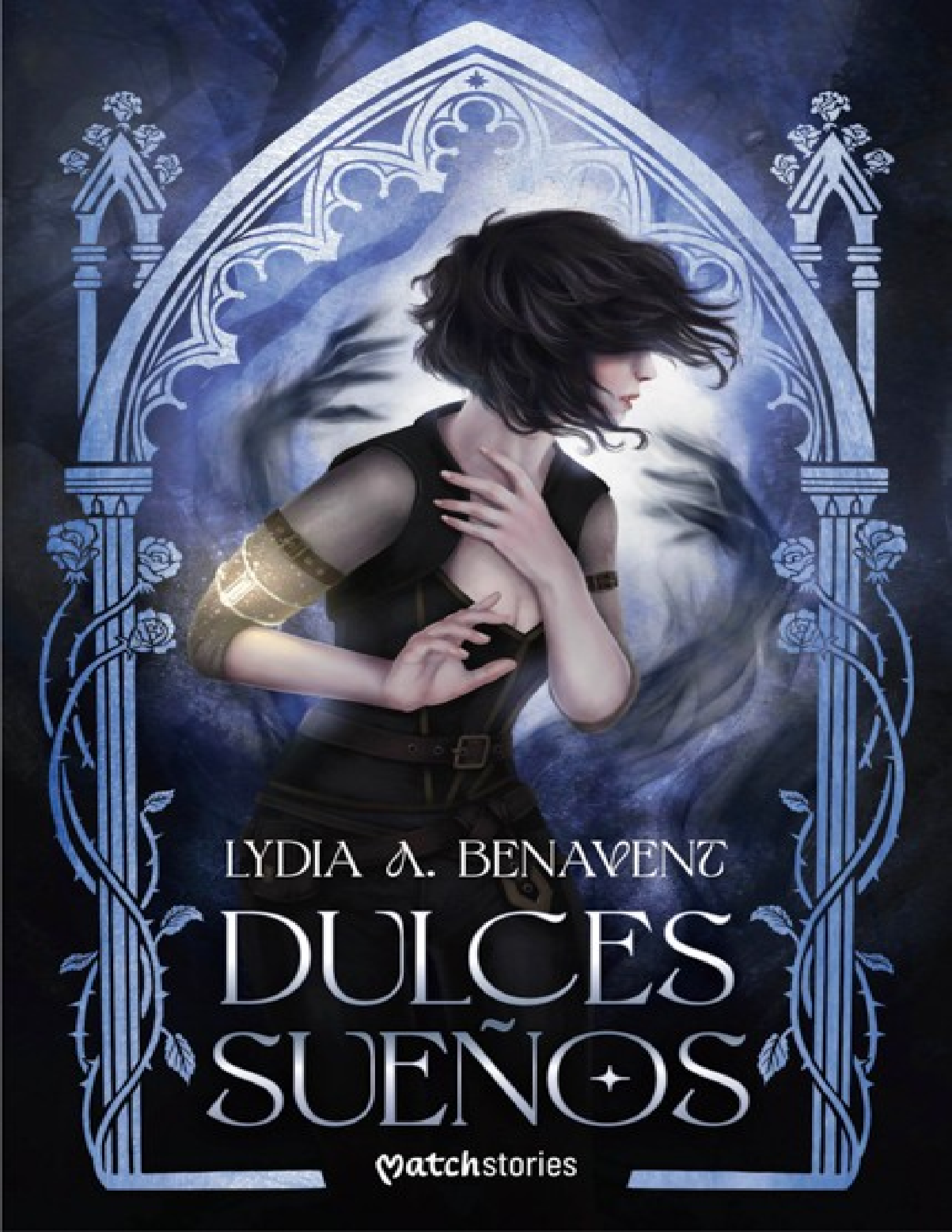

LYDIA A. BENAVENT
DULCES SUEÑOS
matchstories

# Índice

**Portada**

**Portadilla**

**Dedicatoria**

**Cita. Interpretar los sueños...**

**Cita**

**Mapa de las tres esferas**

**Cita. Soy la oscuridad...**

**1. Repudiada**

**2. La sociedad Hypnos**

**3. Llum**

**4. Nueve grandes casas**

**5. Catalizador**

**6. Portal de cuerno**

**7. Axia, ¿dónde estás?**

**8. Adicta**

9. Acorralada

10. Corte de los susurros

11. Campeona

12. Lo que Fosc esconde

13. Nuevos humos

14. Los sentenciados

15. La rueda dentada y otros oficios...

16. Lápidas y archivos

17. Solo así se hacen amigos

18. Prisas... malas consejeras

19. Sin cargas

20. Cambio de rumbo

21. Viejas costumbres

22. Interrogatorios

23. Un peso que perdura

24. La sociedad Vindicta

25. Hechos de barro

26. Isbaith

27. Heroínas caídas

**28. Ilusa**

**29. Prioridades**

**30. Por los aires**

**31. Descontrol**

**32. Líneas de fuego y caos**

**33. Baile de sombras**

**34. Reencuentros**

**35. En penumbras**

**36. 1975 d. O.**

**37. A media voz**

**38. Reglas**

**39. Cobarde**

**40. Antes de que caiga la noche**

**41. La flor del rey**

**42. Metales**

**43. Un lugar donde romperse**

**44. Danza de marfil y cuerno**

**45. Ocho humanos**

**46. Entre la espada y la pared**

**47. Noche oscura del alma**

**48. A la deriva**

**49. Mejores sacrificios**

**50. Hasta que todo arda**

**51. Mentiras**

**52. Horas de luz**

**Epílogo**

**Agradecimientos**

**Créditos**

LYDIA A. BENAVENT

# DULCES SUEÑOS

matchstories

Atención, *Dulces sueños* es una historia de fantasía oscura que contiene violencia física y psicológica, adicción, pensamientos suicidas, abusos, autolesiones, discriminación social, asesinatos, heridas emocionales y trauma.

*Para los que han luchado por sus sueños*
*y no han encontrado su camino.*
*Aunque el resultado no haya sido el esperado,*
*vuestra valentía es incalculable.*

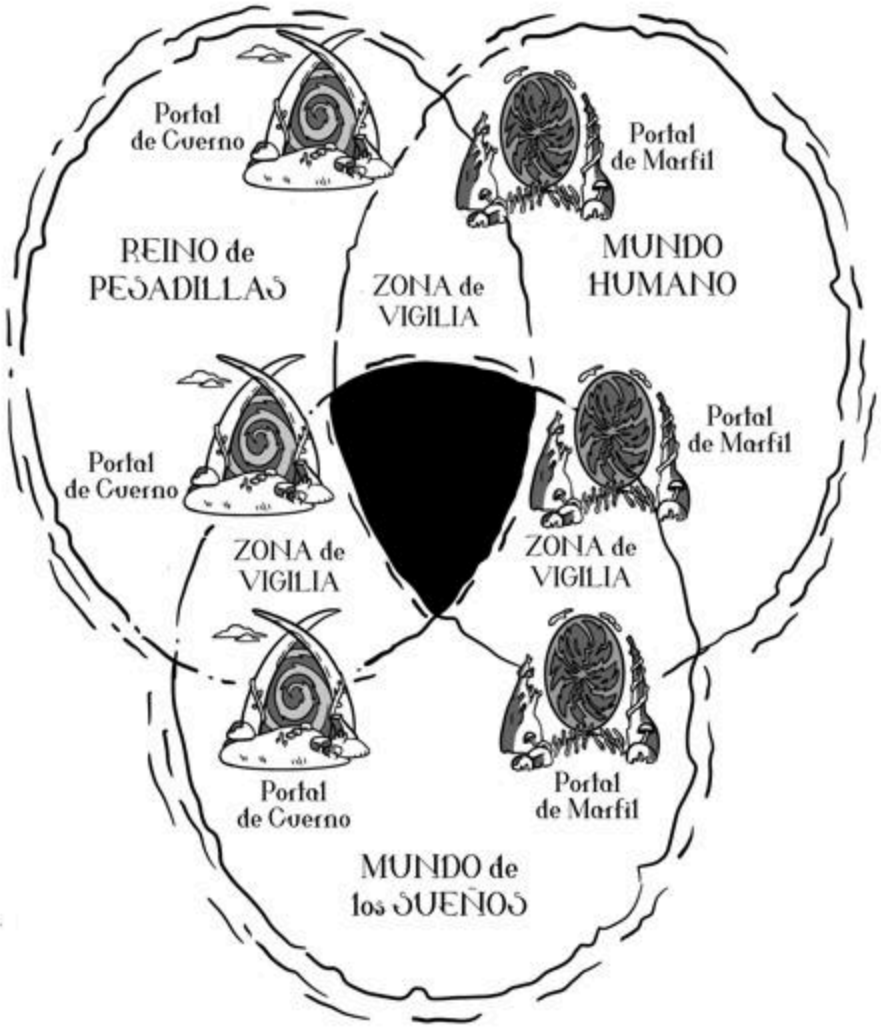
Interpretar los sueños es como descifrar un enigma; a través de su análisis, podemos arrojar luz sobre los misterios de nuestra psique.

SIGMUND FREUD

Hay dos puertas para los leves sueños: una, construida de cuerno; y otra, de marfil. Los que vienen por el bruñido marfil nos engañan, trayéndonos palabras sin efecto; y los que salen por el pulimentado cuerno anuncian, al mortal que los ve, cosas que realmente han de cumplirse.

HOMERO
Canto XIX*, La Odisea*

# MAPA DE LAS TRES ESFERAS



Soy la oscuridad que reina en el silencio de la noche. El llanto que se alimenta del dolor y las vísceras, del pánico y la maldad oculta...

Soy quien porta los horrores del reino antiguo, donde los ríos de vino fluyen como la sangre y los poemas de los malditos gruñen alabanzas a una diosa bañada en sombras y azufre.

Soy el asesino que acecha, el que necesita cazarte. La misma muerte.

Desdichado. Desterrado. Maldito.

Soy aquel que ansía la luz.

*Libro de Sombras*,
año 3 d. O. (después del Origen)

# 1

# Repudiada

> El opio, como todos los venenos, es capaz de envilecer la luz y crear realidades de negrura y terror, mucho más cercanas a los hombres que otros muchos placeres.
>
> *El placer del veneno*, de MADAMEBALAIRE

Aquella noche no era consciente de lo mucho que iba a perder.

La dama colgada pendía en un ángulo extraño y precario. Su piel inmaculada contrastaba con una boca roja como la sangre. Unos labios forjados de pecado y vino.

Ladeé la cabeza para contemplarla embelesada. La mandíbula le colgaba en un ángulo preciso y realista, pero su postura dejaba mucho que desear. Arqueé las cejas con humor contemplativo. La taberna era un antro blanco de paredes sucias, taburetes sucios, cuchillos sucios y bocas aún más sucias. Sin embargo, contaba con el mejor opio de nuestra zona de vigilia.

La carta se desestabilizó y derribó el castillo de naipes, provocando que la mujer prendida del árbol se deslizara por el suelo hasta dar con la puntera de mis botas. Un coro de protestas y carcajadas inundó la taberna y consiguió que levantara una de las comisuras de la boca.

Me agaché para recoger la carta y le tendí la imagen de la dama a Craig. El anciano llevaba el pelo, grasoso y amarillento por las puntas, amarrado en una coleta. Tenía los ojos pequeños y atentos de un ave rapaz.

—Te dije que habíais fallado en la mitad izquierda —repuse.

Él me la arrebató de un zarpazo y refunfuñó antes de desembolsar una moneda de cobre que reconocía mi victoria. Me dio la espalda con un gesto de fastidio. Craig era uno de los miembros más amables de la sociedad Hypnos, la logia a la que ambos pertenecíamos. Lo bastante amable como para limitarse a ignorarme.

Los músicos aporreaban sus cítaras y vaciaban los pulmones en flautas de vidrio para hacer brotar una música estridente que colmaba el oxígeno viciado por el humo de la droga.

Un brazo descuidado se colocó sobre mis hombros, calcinándome los nervios con solo un roce.

—¿Todavía no han aprendido que no deben apostar contra ti, Pixy? —La voz de Janos sonó alterada entre la dulce y cálida niebla del opio, como un mar de ecos traídos por espíritus nobles.

Abrí la boca sin saber qué decir, sin saber ser ocurrente, especial... Eran pocas las veces que se mostraba amable en público y mi corazón aleteó esperanzado.

Llevaba cinco años obsesionada con Janos. Cinco años deseando ser correspondida. Lo que para mí era un amor secreto, imposible, para mi mejor amiga, Axia, era una fantasía tan tóxica como el opio que me conducía cada noche hasta aquella taberna mugrienta.

La mano de Janos me apretó el hombro justo antes de soltarme y me quedé aturdida, congelada, contemplando cómo se alejaban su cabello blanco y las formas definidas de su espalda, que se elevaba en los omóplatos enmarcados por las vainas de dos espadas.

—¡Seguro que ha perdido por su culpa! —gritó alguien a mi espalda, sacándome de mi ensoñación.

Decidí no darme por aludida. Localicé a Craig entre el gentío, poco dispuesta a perderlo de vista. Solo debía asegurarme de que nuestra apuesta no le saliera demasiado cara.

—Dejadla en paz. —En la mesa de al lado, Axia los amonestó como si fueran críos a su cargo. Me guiñó un ojo y pasó a compensar al extraño que tenía delante con su mejor sonrisa. Mi mejor amiga.

—Lo haremos cuando esté muerta.

En realidad, mi única amiga.

Me habían dicho cosas peores, así que hice lo que siempre me habían ordenado: no reaccionar a sus provocaciones.

Localicé a Janos entre el gentío de la taberna. Tenía la espalda apoyada contra la barra y sentí la necesidad de prevenirle acerca de sus armas. En aquella postura, el tabernero podría desarmarlo en menos de un segundo y acabar con su vida. Quizá aquel era uno de los motivos por los que Janos era incapaz de fijarse en mí. Yo no era despreocupada como Axia, tampoco apasionada o... feliz. No. Mi mente disfrutaba en la parte más oscura de mi alma, retozaba entre las posibilidades más sombrías del futuro.

Caminé hacia él entre la niebla del fumadero, con los labios firmemente apretados y aguantando un amago de náuseas. Su pelo blanco y desenfadado hacía juego con sus ojos claros, del color de la aguamarina, con las pupilas blancas de los de nuestra raza. Tenía la piel morena y tonificada, la nariz recta, los labios finos y la mandíbula redondeada. Conocía a la perfección cada línea de su cuerpo, cada recoveco sobre el que alguna vez se hubiera posado la luz.

Detuve los pies junto a él, más consciente que nunca de la velocidad con la que giraba el mundo. Janos me lanzó un vistazo escueto y desinteresado y siguió observando a la multitud.

—¿Demasiado colocada, Pix? —me preguntó. Solté un pequeño gruñido y él rio.

No había acudido para eso. Aquella noche, no. Estaba decidida a demostrarme que podía soportar el dolor que me atenazaba el cuerpo un día entero sin recurrir al opio. Resistir aquel sufrimiento que arrastraba desde hacía años y que me convertía en un amasijo inservible. Llevaba una semana intentándolo. Todos los días había fracasado. Pero aquella noche sabía que podría con él. Al menos, eso me había dicho por la mañana y al caer la tarde, cuando mis pies pusieron rumbo conocido hacia aquel fumadero de mala muerte.

—No más que el resto —respondí a su pregunta después de inhalar con fuerza.

Pero ya no era como antes. Mi resistencia a la droga había aumentado en los últimos meses y cada vez era más difícil acallar el dolor, la debilidad...

—Tú siempre te excedes un poco más que los demás, ¿no es así? —Odié la sonrisa de desprecio que vacilaba en su boca, así que rehuí su mirada. Él hizo un gesto con la cabeza en dirección a Axia—. ¿Crees que va a follárselo?

Apreté los dientes para ahogar una mueca y me encogí de hombros.

—Parece que le gusta —admití apartando los ojos de él.

Axia tenía el cabello largo hasta la cadera, de un blanco puro. Lo lucía con orgullo, sujeto con una diadema de hojas doradas. Su ropa era de un cuero pálido que resaltaba sus curvas angulares y sus

pechos redondeados. Para mi desgracia, no podíamos ser más distintas.

—Está buenísima —espetó Janos con la mirada clavada en mis ojos. Todo mi cuerpo se tensó—. ¿Le dirás que estoy interesado?

Mi garganta se apretó y se secó. No era la primera vez que Janos ponía distancia usando a Axia como excusa. Sabía que era consciente de los sentimientos que albergaba por él. Se divertía alentándolos para torturarme después.

Sin embargo, con Axia siempre sería distinto. Le debía más lealtad a ella y a su padre que a mí misma. Ellos eran la única familia que había conocido, así que entrecerré los ojos y le enseñé los dientes.

—Díselo tú mismo, si estás dispuesto a perder un ojo.

Él bufó.

—Como sea. Más vale que tú también empieces a disfrutar un poco de la vida. Los informes sobre la presencia de nizs en las zonas de vigilia no han hecho más que aumentar en los últimos días —dijo refiriéndose a las pesadillas como las denominábamos vulgarmente: nizs—. El consejo de casas va a reunirse en Llum para debatir cuál debería ser la estrategia de Hypnos para combatirlas, pero no estaremos preparados si lo que planean es una invasión. ¿Unas pocas cada cierto tiempo? Por supuesto. ¿En grupos de más de tres cada día? Por supuesto que no.

No pude contradecirlo.

La realidad se dividía en tres mundos unidos por portales, como una proyección de la mente. Tres esferas con tres puntos de unión: el mundo de los sueños, el de las pesadillas y el reino humano. Los dos primeros servían para equilibrar el tercero, para dotarlo de luces y sombras. Una realidad inconsciente y otra preconsciente que atemperaba la consciencia final. Aunque existían zonas de unión entre los mundos, territorios de paso entre los portales que

conocíamos como zonas de vigilia. Nosotros, los proyectadores del ala Z, custodiábamos la más peligrosa de las tres zonas, la que limitaba el mundo humano con el de las pesadillas. Teníamos una misión vital: proteger a los humanos de ellas.

—No le tengo miedo a la muerte —afirmé alzando el mentón.

Janos levantó el labio con desprecio.

—Yo en tu situación tampoco lo tendría.

Me arranqué una pielecilla en el lateral de la uña, como si pretendiera arreglarlas, pese a que siempre las llevaba hechas un asco.

De pronto, una oleada de angustia me asoló y derribó la tibia anestesia del ambiente, consiguiendo que la realidad, que el dolor, aflorara entre los poros de mi piel.

«No».

Una pequeña descarga invadió mis nervios, debilitó mis rodillas y me hizo soñar con la muerte. Comenzó en los talones y se extendió hasta infestar las articulaciones y los músculos de mi espalda.

Mis vértebras vibraron por el calambre y los nervios junto al esternón me ardieron en llamas.

Mi pecho y antebrazos chocaron contra la barra. Encajé la mandíbula, cerré los ojos y solo fui capaz de ver fuego a través de los párpados.

Inhalé y exhalé, visualizando que la tortura escapaba entre mis dientes apretados.

La paz no llegó.

Engarfié los dedos y extendí la mano hacia la pipa que el tabernero tenía preparada detrás del mostrador y le di una calada.

«Es una mala noche. Lo conseguiré mañana».

—Mírate. Nuestra mejor proyectadora convertida en una drogadicta.

Janos chasqueó la lengua contra los dientes, pero mi ira se convirtió en indiferencia cuando el humo se expandió por mi organismo y me libró del dolor.

De todo el dolor.

Antes, las palabras de Janos me herían. Ahora, ya hacía tiempo que sabía qué esperar de él cuando teníamos compañía. Y el opio no solo me liberaba del fuego, también escondía mis demonios.

Sentí cada respiración como la catarsis de mi cuerpo, tibia y tranquilizadora.

Bajo aquella paz edulcorada, una parte de mí seguía pendiente del anciano Craig.

Al otro lado de la taberna, un par de soldados lo increpaban. Sus miradas escurridizas trepaban hasta mi nuca y se escabullían antes de que pudiera mandarlos al abismo. Deberían estar vigilando el portal, no creando problemas. Se burlaban de él por haber perdido la apuesta, pero yo sabía que, en realidad, le zarandeaban por haber apostado *conmigo*.

Colle y Cougar, los enormes gemelos de cabeza deforme y ojos desalineados, lo empujaron como si apalearan un filete. La habitación se combó hacia un lado, haciéndome trastabillar. Apenas escuché los reproches de Janos cuando me dirigí hacia ellos.

Vi cómo Cougar se reía, mostrando una dentadura a la que le faltaban algunas piezas, y abría la puerta para que su hermano lanzara a Craig afuera de un empujón.

Gruñí y aceleré el paso. Me apoyé en todo cuanto encontré en mi camino y maldije por lo bajo hasta que conseguí traspasar la puerta. El frío de la noche me cortó la piel de la cara y los brazos que llevaba al descubierto. Lo habían arrastrado hasta el final del callejón, pero la taberna no estaba en una calle cualquiera. En el suelo, flanqueado por dos estructuras combadas y relucientes, como

colmillos gigantescos, estaba el portal de cuerno, el que conducía al mundo de las pesadillas. Nadie jamás había cruzado aquel portal en dirección al reino prohibido, donde se decía que habitaba la muerte hecha carne, la desesperación más aterradora. El fin de todos los finales.

Los gemelos eran estúpidos, aunque no tanto como para arrojar a Craig al portal; no si no querían morir a manos de Narrow, nuestro líder de zona y padre de Axia. Sin embargo, nada les impedía asustarlo por haber sido amable conmigo.

—... con indeseables —llegué a escuchar que le decían, justo antes de empujarlo hacia el portal.

Si Craig rozaba el círculo de cuerno que llameaba en el suelo, las pesadillas se encargarían de darle una muerte agonizante. El anciano extendió los brazos para recuperar el equilibrio y arrastró los pies tratando de frenar.

—¡Eh! —les grité. Conseguí que sus espaldas se tensaran—. Siempre tan valientes. ¿Lo buscáis a él para no enfrentaros conmigo?

El opio no solo me calmaba el dolor, también daba voz a mis pensamientos. Mis manos sobrevolaron las empuñaduras de las dagas que colgaban a cada lado de mis caderas. Sabía que ni siquiera la droga me haría fallar. No podía contar las ocasiones en las que había tenido que poner a prueba mi puntería.

Los dos se giraron despacio, con los rostros más desencajados que de costumbre, al tiempo que levantaban las manos.

A su espalda, una sombra se elevó de las profundidades del portal. Pestañeé para aclarar los efectos del opio, pero las siluetas continuaron deformándose.

—No queremos problemas —dijo Colle.

—Pues yo sí —afirmé con una sonrisa envalentonada.

Se miraron y Cougar bajó una mano presurosa hacia un cuchillo. Antes de que lo alcanzara, ya le había atravesado el hombro con una de mis dagas. Se quedó paralizado sin proferir un sonido, contemplando ojiplático el metal que le sobresalía del cuerpo. Un segundo después, empezaron los chillidos. Cougar comenzó a girar de un lado para otro mientras su hermano se afanaba por alcanzarlo para arrancarle la daga.

—¡Quítamela! ¡Quítamela!

—¡Quédate quieto, maldita sea! —le increpó el otro.

Arqueé las cejas, aburrida.

Craig había aprovechado la ocasión para alejarse unos pasos del portal, pero los gemelos le bloqueaban la única salida.

A su espalda, la membrana iridiscente del portal ondeó y la sombra se hizo más grande.

La sangre bombeó contra mis tímpanos al tiempo que todos mis músculos se tensaban. Los ojos de la criatura se iluminaron, rojos como rubíes. Contuve el aliento e imploré para que aquello que estaba viendo fuera consecuencia del opio.

Cougar fue el primero en detenerse, después lo imitó su hermano y por último Craig, quien se giró siguiendo mi mirada.

No sé cuál de los tres gritó o si todos lo hicieron.

La pesadilla se desprendió de los últimos velos del portal, como un polluelo que sale del cascarón, chorreando un líquido viscoso y de olor pútrido. Clavó los ojos incendiados en nosotros y desplegó unas alas membranosas. Tenía el rostro huesudo y cubierto de sombras, como el de un dragón arrasado en grietas de fuego. Se originaban en sus fosas nasales y partían en riachuelos de lava hasta su ombligo. Las dos patas con las que se alejó del portal terminaban en garras con espolones, de piel dura y escamosa.

Mi brazalete se iluminó con una tenue luz amarilla, calibrando el poder de la criatura. Cuanto más tuviera, más brillaría el cilindro de cristal, que se sostenía entre dos aros pegados a mi piel y contenía la ceniza de la proyección. Aquella no era, ni de lejos, la pesadilla más peligrosa de cuantas había visto.

El niz abrió las fauces y emitió un rugido que rompió en dos la noche.

Saqué la daga que me quedaba en el cinto y la sostuve por el filo, dispuesta a lanzarla. Cougar y Colle corrieron detrás de mí como los cobardes que eran. Me contuve para no ponerles la zancadilla. Craig se apretó contra la pared, llamando la atención de la criatura, que lanzó un mordisco en su dirección.

Apunté a uno de sus ojos y arrojé el cuchillo. El filo cortó el aire, pero la criatura lo esquivó justo a tiempo y la daga rebotó contra una de sus escamas. Mi visión se desdobló, producto del opio, y varios nizs surgieron del cuerpo de la bestia. Maldije. La pesadilla se giró hacia mí y me lanzó una dentellada.

Los pelos de mi nuca se erizaron.

Sin pensarlo, extraje tres discos dentados del lateral de mis botas y los lancé uno tras otro. Las cuchillas se internaron en las grietas de lava de su torso, arrancándole un rugido que hizo temblar el portal. Una niebla roja inundó el callejón con olor a óxido y sangre y las sombras se desprendieron de las alas batientes de la pesadilla. Un solo roce de una de ellas y estaríamos muertos.

Craig aprovechó para deslizarse con sigilo hasta el costado de la criatura, armado con una piedra afilada. Estaba buscando su estómago, donde convergían todas las grietas de lava. Pero no fue lo bastante prudente. La criatura lo descubrió, se revolvió y con un ala lo empujó contra la pared. El anciano se golpeó la cabeza y cayó al suelo con un fuerte crujido.

Tragué saliva y me maldije por no llevar conmigo todas mis armas. Saqué de la manga del uniforme blanco la última de las dagas que portaba y calibré la posibilidad de lanzarme hacia la bestia, rodar hasta sus pies y clavársela en el vientre, aunque ella se había anticipado soltando aquellas sombras letales y nada me aseguraba poder esquivarlas.

No disfruté con la idea, pero supe que no tenía opciones con las armas. Odiaba proyectar con una pesadilla menor, aunque tampoco sería la primera vez. Los nizs más débiles solían ser los más precavidos, aquello era lo que garantizaba su supervivencia.

Las sombras reptaron por el suelo, tan rápido como el poder de la pesadilla era capaz de hacerlas avanzar, mortales, calcinando el mundo de negra noche. Me dije que pronto estaría durmiendo en mi catre, envuelta por la blancura de las sábanas.

El aire se enfrió, se cargó de desconsuelo y dolor. Sin embargo, si a algo estaba acostumbrada era al dolor.

Aseguré los pies, tratando de eludir las náuseas y el horror, y recurrí a mi poder. Debía escoger uno de mis sueños; uno que no tuviera mucha fuerza sería suficiente para derrotar a aquella pesadilla. Vagué por mis recuerdos. Pero la droga me desconcentró. Mi mente se focalizó en el mareo, en el calor del opio recorriéndome los pulmones, en lugar de impregnarse de la esencia onírica. Entonces, uno de mis sueños desfiló, nítido, bajo mis pupilas; y la magia se solidificó.

*Me vi a mí misma entre los vapores de aquel sueño del pasado, uno en el que sostenía una pipa de opio, me la llevaba a los labios y su sabor me recordaba al polvo y no salía el humo y mis pulmones estaban cerrados.*

Aquella noche no había sido consciente de lo mucho que iba a perder...

La ceniza de mi brazalete brilló con el recuerdo del sueño, que se proyectó durante un segundo en mi mente, revelando su verdadero significado, y por un instante fue real. Por un instante, vi cómo sería una vida sin los estragos de la adicción sobrevolando mi cabeza. Solo un segundo, antes de que la ceniza iniciara el proceso de transferencia y extirpara el sueño de mi mente para siempre, extrayendo de él todo su poder para derrotar a la pesadilla. La ilusión se perdió y dejó un vacío dentro de mi cabeza, un regusto amargo en la garganta.

Me di cuenta demasiado tarde de lo que había hecho. Cuando la bilis subió por mi garganta, me percaté de que la esperanza de afrontar el dolor sin el yugo de las drogas ya no existía, se había esfumado como polvo a contraluz, dejando tras de sí un delirio cubierto de terror.

No obstante, la proyección surtió efecto y encerró a la pesadilla. Sus sombras retrocedieron, la niebla roja se replegó hasta desaparecer y la bestia rugió atrapada, envuelta en una jaula de luz que se metió en sus poros, hizo ondear su piel y se internó por sus grietas de lava. La pesadilla bramó y se retorció entre los haces luminosos de mi sueño. Se resistió, pero nada pudo hacer ante el peso de la proyección. Su piel pareció ensancharse, se estiró aumentando su volumen y por fin se esfumó evaporándose en el aire, completamente consumida. Como si el portal la reclamara.

No me permití descansar, avancé a trompicones hasta el cuerpo de Craig y le tomé el pulso que palpitaba con pereza. Al menos latía.

El olor a incienso que quedó tras la muerte de la criatura me hizo jadear, asqueada. El líquido en mi estómago se revolvió y la garganta se me llenó de bilis mezclada con el humo del opio. Me apoyé en una de las paredes del callejón y vacié el estómago sobre

el suelo. Al terminar me limpié la boca con la manga y solté un suspiro.

Un murmullo hizo que me girara hacia la entrada del callejón. En la puerta de la taberna se agolpaban los miembros de la sociedad. Distinguí la mirada inexpresiva de Janos, el terror paralizante en los ojos de Colle y Cougar y el rechazo de todos cuantos asistían al espectáculo.

No me miraban con alivio, no les importaba que los hubiera salvado, más bien parecían culparme de la presencia del niz. Los semblantes tensos y pálidos cambiaban del terror a la furia.

Sentí sus murmullos en la piel, la forma en la que me juzgaban por aquello que me marcaba como diferente, por lo que yo era...

Una soldado, con la que jamás había intercambiado palabra, salvó la distancia que nos separaba. Contemplé, recelosa, como se agachaba para tomar el pulso de Craig y, cuando se incorporaba, lanzó el brazo hacia atrás y me propinó un puñetazo en la mandíbula. Mi cabeza rebotó contra la pared del callejón. Extendí los brazos para estabilizarme, pero no pude evitar caer al suelo. Lo siguiente que noté fue una patada en el estómago que liberó el aire de mis pulmones. Jadeé y apoyé las palmas en el suelo al tiempo que ella escupía:

—Esto es por lo que podrías haber provocado, monstruo.

La miré desde abajo. Pese a la rabia ácida que me recorrió las venas, supe que no debía defenderme. Narrow no me perdonaría que atacara a dos miembros de la unidad en una noche.

La soldado me escupió y su saliva me salpicó en la cara. Mi gesto se arrugó en una mueca asqueada y me limpié con rapidez usando la manga de la chaqueta.

Apreté los dientes y me esforcé para que no me afectara, pero la vergüenza convertía el escarnio en un espectáculo insoportable.

Un movimiento en la entrada llamó mi atención.

—¡Apartaos, joder! —gruñó Axia.

La soldado retrocedió ante su mirada abrasadora.

Me senté contra la pared y procuré centrarme solo en ella mientras se acercaba. Axia se acuclilló para tomar también el pulso de Craig y se giró para dar algunas órdenes. No tenía el rango necesario, pero era la hija del jefe y se había ganado el respeto de la logia.

Las miradas me taladraron y sentí que estaba a un segundo de ponerme a gritar.

Axia también debió de notarlo. Me cogió por los hombros, refugiándome en su cuerpo, y me guio hacia ellos.

Todos miraban. Quería que desaparecieran. Yo quería desaparecer.

No... Me armé de valor y dejé que me llevara. A nuestra logia.

A un lugar donde seguiría estando maldita.

# 2

# La sociedad Hypnos

> La dificultad del sueño reside en explicar en un solo verso realidades infinitas.
>
> *Per somnium damnationem*,
> de GIOLANO CIORDAMO

Veinte grados. Afilar en diagonal sobre la piedra. La mano derecha empuñando el cuchillo, la izquierda presionando el filo en el ángulo correcto. Una vez. Otra. Otra.

Nada mejor que centrarse en las armas para perder de vista el mundo. El mundo y a la gente que lo habitaba. Narrow decía que aquel que cuidaba sus armas estaba cuidando su vida. Y yo jamás contradecía a Narrow.

Estaba en mi dormitorio, dentro del edificio de la logia. Una habitación de paredes blancas, sin cortinas, con un catre. Un espacio reducido capaz de albergar un espejo y un lavamanos. El baño era compartido. Los muebles de madera también blanca eran utilitarios, sin comodidades innecesarias. Aunque, en mi caso, poco uso podía darle al espejo. Una de las consecuencias de la maldición era que no me reflejaba en ellos. Tan solo había intuido mi rostro en la superficie del agua en movimiento, ni siquiera las armas pulidas me devolvían la mirada. Pero sabía una cosa: estaba marcada por las sombras; y todos podían verlo.

En un mundo níveo como el de los sueños, cualquier rastro de oscuridad era condenado. Edificios, calles, ropa, piel, cabellos. Todo blanco. Incluso en las zonas de vigilia se esforzaban por mantener la palidez albina de la capital, aunque no con tanto éxito.

Por eso mi gran secreto consistía en ocultar una pequeña colección de objetos humanos que brillaban con distintos colores: una cinta de pelo rosa, una caja metálica con piedras verdes y, lo mejor de todo, el diario de Moira. Aquel cuaderno representaba una parte de mi pasado que no quería, ni podía, dejar atrás. Después de leerlo había sentido que conocía a aquella niña humana con problemas y una imaginación desbordante. Con ella comenzó mi fascinación por los humanos y mi necesidad de protegerlos. Quizá por verme reflejada en su desesperanza, en sus esfuerzos por recomponerse día tras día. A pesar de ser inofensivos, sabía que debía rechazarlos, y si alguien descubría que los guardaba tendría serios problemas.

«Merecería la pena».

Los colores me hacían sentir más cerca del estúpido sueño de pertenecer a algún sitio.

Otra vuelta de filo. Otro cuchillo. El sonido del metal y las esquirlas, de las chispas...

—¿Vas a parar? —me increpó Axia, que esperaba sobre mi cama.

—Me está costando quitármelas de la cabeza.

—¿El qué? ¿Sus caras? —adivinó y puso los ojos en blanco—. Has acabado con otra pesadilla. Eres la proyectadora más poderosa de Hypnos.

Detuve el filo sobre la piedra y me giré en la silla para mirarla.

—¿Qué más da eso? Nunca conseguiré un rango, me mantendrán dentro del batallón sin importar a cuántas mate. Me tienen *miedo*. Esto hace que todos mis esfuerzos sean en vano —dije tomando mi

cabello entre los dedos y tirando de él con frustración—. No importa cuánto luche, no lograré su respeto.

Axia se levantó y se acuclilló frente a mí, liberó la mano de mi pelo y me miró con gravedad. Sus ojos pálidos tenían motas, como rayas de tinta en el iris. Brillaban con fuerza cuando se enfadaba.

—Tienes el respeto de los que importan, Pixy.

Bajé la vista al suelo porque sabía que tenía razón. Tanto ella como su padre apreciaban mi sacrificio al combatir a las pesadillas que traspasaban el portal. Ellos eran mi familia y deberían haber sido las únicas opiniones que escuchara.

—Pero Janos...

Axia bufó y se puso en pie.

—Ese idiota no merece tu tiempo.

—Para ti es fácil decirlo.

Fijé la mirada en su cabello blanco, largo y brillante como el reflejo de la luz sobre el agua, sin rastro de maldiciones, sin nada que la identificara como una paria.

Axia enarcó las cejas.

—¿Estás así por tu cabello? ¿Porque es negro?

Negué con la cabeza. Axia era mi mejor amiga, pero no comprendía que allá donde fuera yo estaba marcada, no entendía el hastío que me causaban las miradas de desprecio, la culpa por ser diferente... Porque mi cabello era el símbolo de que algo oscuro acechaba dentro de mí, algo que pudría mis intenciones y me hacía indigna.

A la mierda.

—Déjalo, Axia —dije.

—¡Vale! Porque, Pix, eres preciosa... Y mi padre quiere verte.

Dejé lo que estaba haciendo y me puse en pie.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—En realidad vine por eso, pero es mejor que vayas con buena cara a enfrentarte al comandante.

Mascullé una maldición, sabiendo que las palabras de Axia encerraban una advertencia: Narrow estaba de mal humor y el motivo solían ser las órdenes que recibía del consejo de casas de Llum.

Nuestra logia estaba controlada por las nueve grandes casas, nueve cortes que almacenaban su poder en Llum, la capital del mundo de los sueños. Ilúricos, así nos llamaban a los nacidos en el reino de los sueños, pero solo unos pocos se convertían en proyectadores y protegían los portales.

Portales de marfil entre el mundo de los sueños y el de los humanos; y de cuerno para las zonas que conectaban con el reino de las pesadillas.

Nuestro compromiso era inquebrantable. Si el consejo de casas nos ordenaba arrodillarnos frente a un portal de cuerno y esperar la muerte a manos de los nizs, ese sería nuestro destino. Y si las casas se habían reunido, aquello solo podía significar que se avecinaban cambios.

Me abotoné la parte superior de la casaca, me calcé las botas que esperaban junto a la puerta y me recogí el pelo en una coleta que oculté como pude con la gorra del uniforme. Tiempo atrás había cosido una solapa que tapaba la mitad de mis orejas y los mechones de la nuca. Incluso Narrow prefería que me cubriera el cabello en su presencia.

Desde pequeña me habían acostumbrado a llevar el pelo corto, raparlo era una de las escasas opciones que me quedaban para conseguir algo de anonimato. Aunque después de tantos años en la misma zona de vigilia, y perteneciendo a un reducido grupo como lo era la sociedad Hypnos, se había extendido el rumor de mi maldición

y poco importaba ya si estaba rapada o, como en aquel momento, llevaba una melena corta. La gente sabía quién era.

Avanzamos por el corredor, iluminado con el color perlado de una ostra, ascendimos por las escaleras al piso superior, en el que se encontraba el despacho de Narrow, donde recibía las visitas de sus soldados, y me detuve frente a su puerta. A ambos lados del pasillo colgaban las hojas de resultados, en las cuales apuntaban el recuento de nizs muertos a manos de cada proyectador. Mi nombre encabezaba un documento al que se habían añadido tantas páginas que llegaba hasta el suelo.

Me recoloqué los mechones imaginarios que se hubieran podido escapar por dentro de la gorra y llamé a la puerta.

—Pasa, Pixy —dijo la voz grave de Narrow desde dentro.

Axia me dio un golpe amistoso con el codo y asintió en señal de apoyo.

Abrí la puerta, girando el pomo con los dedos atenazados, y cuadré los hombros antes de entrar.

—Señor.

Hizo un gesto con la mano sin levantar la vista de los papeles. Lo más oscuro que había en el despacho era la tinta azul que manchaba las hojas.

Narrow me lanzó un vistazo y torció el rostro al ver a Axia.

—Te ordené que la avisaras de que viniera, no que la acompañaras hasta aquí —le dijo a su hija.

Ella se encogió de hombros, fingiendo desconcierto. Axia sentía curiosidad por las nuevas que tenían de mal humor a su padre y no estaba por la labor de esperar a que yo se las contara, prefería escucharlas por sí misma.

—¿Algo sobre las casas, comandante? —intercedí para que no la echara.

Él centró de nuevo la vista en los papeles, escogió uno y lo levantó para que pudiéramos ver el sello del consejo de casas: un sol llameante sobre otras dos esferas entrelazadas que representaban el reino humano y el de las pesadillas.

—Requieren nuestra presencia en Llum.

—¿Nuestra presencia?

Cualquier proyectador destinado a una zona de vigilia se pasaba los días soñando con viajar a Llum. Yo sentí menos emoción de la que debería.

—¡Eso es increíble! —exclamó mi amiga.

El comandante miró a su hija y frunció el ceño.

—Axia, tú no vienes.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Ni siquiera eres capaz de hacer lo que se te dice: tendrías que estar ayudando a los cadetes a identificar sueños envenenados. Además, te necesito de misión en el portal de cuerno en nuestra ausencia. No puedo marcharme con nuestra mejor proyectadora y no destinar refuerzos.

—Pero, comandante...

—Fuera —espetó él sin dar posibilidad de réplica.

Una sensación de malestar me invadió ante sus palabras, un reflejo de lo que Axia debía de estar sintiendo.

Los ojos de mi amiga brillaron con tristeza y una pizca de envidia antes de darse la vuelta y cerrar la puerta tras de sí. Me llevé una uña a la boca y la mordisqueé hasta llegar a la zona rosada.

Tragué saliva, esperando a que Narrow continuara.

—Atacaste a Cougar, le apuñalaste en el hombro. No puedo consentir esos comportamientos entre mis soldados, Pixy. Ya sabes cómo son las reglas: acatarás el castigo que él decida imponerte. —Me mordí la lengua para no decir que eran ellos quienes debían ser

castigados por arriesgar la vida de Craig. Narrow no toleraba réplicas. Continuó con un soplido—: No veo por qué tenéis que enfrentaros. Cougar y Colle son bastardos, proscritos, hijos sin casa o lo que sea. Igual que tú.

Me encogí ante la dureza de sus palabras. En el mundo de los sueños, la inicial del nombre indicaba si pertenecías a alguna de las nueve casas de Llum o si formabas parte de la escoria social. Los hermanos podían ser huérfanos, hijos concebidos antes del matrimonio o alguna de las opciones que había mencionado Narrow. Aquello no era motivo de orgullo.

—¿Cómo está Craig? —pregunté eludiendo el tema.

—Recuperado. Acabaste ayer con un niz, según he leído en el último informe. —Aquello tampoco fue una pregunta. Asentí, con la postura aún en tensión—. ¿Soltó el delirio antes de que pudieras deshacerte de ella sin proyectar? —El delirio era la forma en la que nos referíamos a aquellas sombras rojizas con las que había tratado de defenderse la criatura. Asentí de nuevo y Narrow soltó un gruñido de desagrado—. Esas cosas cada vez son más precavidas y el precio que debemos pagar nosotros cada vez es más alto.

—Señor, con el debido respeto, ¿hay nuevas órdenes de las nueve casas?

—Eso parece. Los líderes de las tres zonas de vigilia debemos presentarnos en la ciudad con nuestro mejor proyectador para acatar lo que dispongan, y te he elegido a ti.

Parpadeé confundida. No podía imaginar estar más de un día alejada del fumadero de opio, y un sudor frío me bajó por la columna.

—¿Por qué no llaman solo a los líderes de zona?

—Parece que sus planes os involucran más a Zafos, Onia y a ti que a nosotros —dijo refiriéndose a Zafos y a Onia como los dos mejores

proyectadores de las otras zonas.

Negué, confusa, y Narrow asintió con solemnidad. Recordé las píldoras que guardaba en mi dormitorio para una emergencia, respiré hondo y me serené.

—¿Tiene esto algo que ver con los últimos ataques? —pregunté.

—Es posible —reveló reticente—. Que entren más pesadillas que sueños en el mundo humano pone en riesgo el equilibrio. Estamos bailando en la cuerda floja. Los sueños cuidan las mentes de los humanos, las pesadillas mantienen a raya su rabia... pero últimamente son demasiadas las que se nos escapan.

—También son más las que cruzan el portal de cuerno y nosotros cada vez estamos más cansados, Narrow.

Dio un golpe en la mesa y yo apreté los muslos para no echar a correr como una cría.

—A los nizs no les importa el bienestar de la humanidad. Si esto sigue así, los humanos no solo tendrán insomnio o pesadillas constantes, perderán la capacidad de procesar sus emociones: sin descanso, sin sueños, terminarán consumiéndose.

Sabía lo importante que era controlar a los nizs, pero jamás habíamos estado tan cerca de perder ese control. El equilibrio requería la presencia de un número concreto de pesadillas en el mundo humano, una cantidad que dependía de muchos factores, como del recuento de seres soñantes, en el que se incluían toda clase de animales. Por supuesto, esa cifra mínima de nizs se cubría sobradamente con las pesadillas que escapaban de nuestras manos en los primeros meses del año. Después debíamos ser más cuidadosos.

—Partiremos mañana hacia los portales de marfil. Confío en que el consejo haya elaborado un plan de acción para proteger a los nuestros. —Asentí y Narrow hizo un gesto para despedirme. Le di la

espalda con un millón de preguntas pendiendo de la lengua, pero, justo cuando cogí el pomo de la puerta, él continuó—: Espero que comprendas el motivo por el que te necesito a ti en Llum y no a Axia.

Hacía doce años, Narrow me encontró tirada en la calle. Él me rescató cuando a nadie más le habría importado una niña de ocho años y cabello negro abandonada a su suerte.

Desde aquel día, Narrow se había encargado de mí, me dio de comer y fortaleció mis músculos, mejoró mi estabilidad y consiguió que mis huesos aguantaran el peso de mi cuerpo. A cambio, tenía que ser su mejor arma. Si era su mejor proyectadora era porque nadie valoraba tan poco su vida como para enfrentarse a las pesadillas como yo lo hacía.

Él sabía que yo estaba sentenciada. En el fondo, lo que pedía no era mucho. Entrega, sacrificio, valor. Narrow quería que yo muriera por la sociedad. ¿Y qué importaba? De una forma u otra, no esperaba mucho de mi vida. Así que me enviaba a las misiones más complejas, a aquellas en las que no podía permitirse perder a ningún otro soldado. Mucho menos a Axia.

A pesar de la frialdad que el comandante le mostraba a su hija, lo cierto era que solo intentaba protegerla. Pero Axia y yo ya habíamos mantenido aquella conversación y ella no podía evitar sentirse frustrada con su padre. Axia deseaba triunfar, deseaba tener la oportunidad de demostrar su valía en las misiones más peligrosas, deseaba lo que Narrow me daba. Y no era consciente de lo mucho que me arrebataba.

—Lo comprendo. Haré lo que sea necesario para complacer al consejo.

Él asintió, todavía sin mirarme. Bajé la vista al suelo, salí del despacho y cerré la puerta a mi espalda. Estaba demasiado

habituada a lidiar con las expectativas de Narrow como para permitir que me hundieran. Al principio había sido emocionante, cumplir con las misiones y buscar su aprobación, pero con el paso del tiempo había aprendido que mi condición jamás se pasaría por alto. Estaba marcada por las sombras y, por más que diera hasta mi último aliento por la logia, por más que Narrow lo apreciara, mi destino era morir luchando contra las pesadillas, sintiendo los suspiros de alivio de unas personas más que complacidas por deshacerse de alguien como yo.

Era su salvación y a la vez su condena.

Deshice mis pasos en dirección a la sala de abstracción, donde sabía que estaría Axia ayudando a los más novatos a distinguir los sueños reales de aquellos corruptos por la manipulación de terceros. Se le daban extraordinariamente bien los sueños envenenados. Sin embargo, al girar por el pasillo me estampé contra un cuerpo alto y robusto. Unas manos me estabilizaron con un apretón firme.

—¿Dónde vas con tanta prisa?

Esbocé una sonrisa, que podría haberse catalogado como estúpida, al escuchar la voz de Janos. Llevaba el pelo recogido en una coleta larga, los pantalones le colgaban con pereza de las caderas y el torso desnudo brillaba por el sudor del entrenamiento.

—Estoy buscando a Axia.

—Siempre juntas, ¿no es eso?

Me encogí de hombros, aparentando desinterés, mientras mis ojos navegaban por las ondas de su pecho. Janos miró a los lados como siempre hacía, para comprobar que estábamos solos, y se inclinó hacia mí sin llegar a tocarme. Me quitó la gorra y sus dedos liberaron con cuidado mi cabello, que me enmarcó el rostro con una caricia. Tomó un mechón entre los dedos, como quien caza una mariposa y se deleita observándola.

—Tan curioso. Nunca has confiado en mí como para contarme a qué se debe. ¿Por qué eres tan distinta al resto?

Abrí la boca conmocionada, como cada vez que estábamos a solas y me tocaba. Sabía que estaba mal, lo sabía por Axia. Ella me había explicado que Janos no debía comportarse así solo cuando nadie podía observarnos. Pero a mí... A mí me gustaba que me acariciara el cabello cuando nadie más se atrevía a hacerlo, la proximidad de su pecho hacía vibrar las puntas de mis dedos y, cuando sus palabras sonaban confidentes, suaves, incluso tiernas... se me olvidaba que merecía mucho más que a un hombre que solo me hacía sentir querida cuando nos escondíamos del resto.

—Sí confío en ti —mascullé trémula, sin saber si era mentira.

Él esbozó una sonrisa delicada y me pellizcó la punta de la nariz.

—Es tan bonita. Tú eres tan bonita como un hada, tan especial como el paso fugaz de un cometa.

El corazón me saltó en el pecho, compensando el dolor que me había infringido la noche anterior en la taberna, templando sus frías palabras de desdén, la forma en la que me había tratado. Como si hubiera sido un espejismo, como si el verdadero Janos fuera el que tenía frente a mí en ese instante, no aquel proyectador cruel que se divertía con mi sufrimiento.

Unos pasos sonaron cerca, seguidos por unas carcajadas. Mi cuerpo se tensó antes de contemplar cómo el semblante de Janos se convertía en una fría máscara de desprecio. Me lanzó la gorra al pecho como si de repente ardiera entre sus dedos y esbozó una mueca de asco justo al tiempo que dos proyectadores, Craig y otra soldado, Hireia, doblaban la esquina.

—Al menos cúbrete. Nadie quiere ver tu asqueroso pelo —me escupió, cuando hacía solo un segundo lo tenía entre sus dedos.

Algo crujió dentro de mi pecho. Se partió por enésima vez en pedazos, y pequeños trozos de cristal se perdieron en la nada. A mi corazón cada vez era más difícil recomponerlo.

La goma había caído al suelo al arrojarme la gorra, así que me apresuré a recogerla para atarme el cabello y ocultarlo, de la misma forma que enmascaré mi dolor: en silencio y con prisas.

Hireia se detuvo, soltando una risita. Craig masculló con desaprobación, instándola a seguir andando, sin resultado. Al menos parecía completamente recuperado.

Ella se colocó frente a mí y dio un toquecito en mi gorra.

—Tienes mucho valor yendo así tan cerca del despacho de Narrow —dijo Hireia con un montón de veneno en la boca—. ¿Qué pensaría si supiera que su protegida corretea por los pasillos con su melena negra al descubierto?

—Yo no correteo.

Sabía luchar, me sentía viva empuñando un arma y combatiendo contra las pesadillas, pero era incapaz de reaccionar cuando alguien mencionaba la maldición.

Sin embargo, le lancé una mirada helada a Janos, tan fría que esperé que incluso el abismo se congelara y lo arrastrara hasta su núcleo; pero fue Hireia quien se puso pálida. Conseguí que cerrara la boca y dejara que Craig la empujara para seguir caminando. No obstante, cuando solo hubo dado dos pasos, se detuvo y miró a Janos.

—¿Te quedas con la marcada? —le preguntó.

Janos suspiró de alivio, contento por alejarse de mí, y me dio la espalda.

Nunca le había pedido explicaciones por sus humillaciones. Me limitaba a disfrutar de los escasos momentos de ternura que me

ofrecía y me resignaba con el desprecio que manifestaba cada vez que había alguien presente.

Puede que pareciera patética. No; lo era. En aquel momento no lo sabía, pero en mi interior estaba desesperada por recibir algo de amor. El que nadie me había ofrecido. Ni mis padres, ni Narrow... Solo con Axia se liberaba una parte del hielo que me atenazaba el pecho. Aun así, ni siquiera ella era suficiente para eliminar todo el odio que me profesaba a mí misma. Odio por no ser lo bastante fuerte, por permitir que las opiniones de los demás me hirieran, por consentir que Janos me tratara de aquella forma; odio por no tener el alma tan pura como el resto de los proyectadores, por sentir que, algún día, la oscuridad que albergaba dentro de mí me engulliría y jamás volvería a ver la luz del sol.

Odio por desear que, por fin, ese día llegase.

# 3

# Llum

> Los sueños son la manifestación de la voluntad divina.
>
> Primera regla, *Libro blanco de la logia*

Narrow y yo traspasamos el tercer portal de marfil cuando la noche daba paso al amanecer del segundo día.

El primer portal estaba entre nuestra zona de vigilia y el reino humano. Fue sencillo llegar hasta él, ya que se encontraba cerca de la logia y contábamos con los permisos oportunos.

Los seres humanos conocían la triple dimensión que guardaba el equilibrio de su frágil mundo, pero la mayoría prefería ignorarnos. Solo quienes pertenecían a la casa del Insomnio —la institución en la que teníamos designados representantes para mantener las relaciones diplomáticas— abrazaban sin miedo el peligro real que suponían las pesadillas. Sus líderes se ocupaban de advertirles del riesgo; sin embargo, según tenía entendido, los humanos los consideraban fanáticos.

El caos de colores y sonidos de su mundo me abrumó. Estaba acostumbrada a la palidez estática de los muros de la logia y no pude evitar cuestionarme cómo sería caminar por aquellas calles colmadas de almizcle y naranjos siendo una más entre la multitud, invisible entre sus luces y sombras.

Apenas podía pensar mientras Narrow me dirigía hacia el portal de marfil. Oculto entre la vegetación por sus custodios, nos condujo hasta la tranquila zona de vigilia que lindaba el mundo humano con el reino de los sueños.

Allí nos recibieron Kendall, el líder de zona, y Onia, su mejor proyectadora, que vestía ropa de combate y portaba el cabello pálido amarrado en una trenza. Sus ojos eran claros, como los de todos los ilúricos, y tenían una estrella verduzca alrededor de las pupilas blancas. Él, por su parte, lucía con orgullo unas joyas de cristal a la altura de las sienes que indicaban su alto rango dentro de la sexta casa. Ella pertenecía a la séptima, la casa de Orum, donde, al parecer, mirar por encima del hombro era una forma más de arte. Sabía que los rumores sobre mi cabello habían traspasado nuestra zona de vigilia, pero su manera de observarme me hizo sentir desnuda. Tras un escrutinio cargado de incredulidad, validaron nuestros permisos de tránsito.

No pude evitar avergonzarme por las molestias que le estaba causando a Narrow mi presencia.

Avanzamos a una distancia prudencial los unos de los otros hasta alcanzar el tercero de los portales, el que conducía a la capital de los sueños.

Una luz vibrante palpitó en mi mente en cuanto cruzamos, se proyectó a través de mis pupilas un instante antes de entrar en Llum.

De mi boca escapó un suspiro.

El portal cortaba hacia la nada un extenso puente de mármol blanco. A nuestros pies, el agua lechosa del río Argos bordeaba la muralla y arrastraba ramas de álamo y patos de plumas argénteas que nadaban contra corriente.

«Es preciosa», pensé.

El esplendor pálido de la ciudad jamás podría replicarse en las lejanas zonas de vigilia. Tenía que ver con la luz, con las aristas que formaba en el viento al rebotar contra la blancura cincelada por los márgenes divinos de la creación. Con la forma en la que no podías apartar los ojos mientras tus pupilas se contraían doloridas, incapaces de absorber tanta perfección.

Aquella era la ciudad en la que había nacido, la ciudad que me había visto caer. Tenía un recuerdo brumoso de aquella vida, de la que podría haber sido pero no fue. Y, aunque Llum era mi ciudad natal, la nostalgia no corrió por mi sangre. Yo pertenecía más a la zona de vigilia que a cualquier otro lugar del mundo.

—No recordaba que fuera así —murmuré.

—No eres digna de este sitio —me recordó Onia, con el mentón alto y la mirada afilada.

Me enderecé y busqué el apoyo de Narrow, pero él negó para que lo dejara pasar.

Recorrimos el puente con la mirada puesta en la muralla que flanqueaba la capital, una construcción colosal coronada por picos y torres de vigilancia. Más allá, tres puntas ascendían como lamentos al cielo claro del amanecer.

Traspasamos el arco que daba acceso a la capital. Todo cuanto abarcaba la vista era puro y perfecto, desde el espejado empedrado hasta los rascacielos ovalados que combinaban placas de metal blanco con cristal. Las jardineras estaban repletas de flores níveas, tan voluptuosas que eclipsaban el verde deslucido de los tallos y las hojas. Aquel mundo se encontraba suspendido en medio del trino de un pájaro, tan límpido, tan inalcanzable.

Nos detuvimos frente a un imponente edificio piramidal, partido por la mitad por un cilindro de cristal. La sede de la sociedad

Hypnos. Sus tres puntas eran un reclamo salvaje de cuán perfectos tenían que ser los sueños, de lo próximos que debían estar del cielo.

—Nos dirigiremos a la sede después de descansar un par de horas. Nos han asignado unas habitaciones en ese edificio de enfrente —indicó Narrow, señalando a nuestra derecha a una casa de base estrecha y alargada en el primer piso.

Dado que nuestro viaje había sido mucho más largo, era un detalle inesperado disfrutar de unas cuantas horas para lavarnos y descansar.

—Nosotros acudiremos directamente. Os esperaremos allí para la reunión —contestó Kendall—. Imagino que Ember y Zafos ya habrán llegado.

Narrow asintió e hizo un gesto de despedida que no fue correspondido.

—Lo lamento —le dije cuando nos quedamos solos—. Si hubieras traído a cualquier otro no tendrías que cargar con su desprecio.

Su rostro se suavizó y por un instante pude ver al hombre al que se le habían llenado los ojos de lágrimas después de que diera mis primeros pasos. No había tenido una infancia sencilla, pero Narrow había estado cuando lo había necesitado.

—Te escojo siempre porque es lo más justo, Pixy. Que ellos no lo entiendan solo los hace débiles.

A continuación, me puso la mano en la espalda y me condujo hacia la vivienda. Entró sin llamar, sacó unos pases del bolsillo de su casaca y se los entregó a la vetusta ama de llaves, que portaba una túnica blanca hasta los pies y se apoyaba en un bastón de arce. Tenía el pelo tan largo como las arrugas que vestía en el rostro, aunque aquello no fue lo que más me llamó la atención: la mujer era ciega.

—Mi nieta ha arreglado sus habitaciones, espero que sean de su agrado. Siempre es un honor servir a la sede.

Subió los escalones con la habilidad que ofrecen los caminos aprendidos, con una mano levantando el bastón y la otra aferrada a la barandilla.

—Seguro que sabrán agradecérselo —le aseguró Narrow, consiguiendo que la piel de la anciana se estirara. Si hubiera sido una jovencita, sus mejillas se habrían tintado de rosa.

Se detuvo en medio de las dos primeras puertas del pasillo y las señaló con el bastón.

Su mirada pasó por encima de mí sin verme. Sus ojos eran del color del hielo partido, vidriosos y desenfocados, como si estuviera viendo a la vez mil vidas.

—Les ha dejado los uniformes limpios que recibimos encima de la cama.

Quise agradecérselo, quise probar qué se sentía al hablar con alguien que no sintiera rechazo, que no supiera de mi maldición. Pero la fuerza de la costumbre se impuso y me quedé callada.

—Todo está perfecto. Nos marcharemos en un par de horas y dejaremos todo como lo hemos encontrado —aseguró Narrow, a lo que yo asentí, consciente de que ella no podía verme.

—No se molesten, mi nieta lo arreglará en cuanto vuelva.

Sin mediar más palabra, Narrow me indicó que entrara en mi dormitorio y él se dispuso a hacer lo mismo en el suyo.

La habitación era sencilla aunque acogedora. Las cortinas se movían con el viento fresco de la mañana y un olor limpio impregnaba las sábanas.

Me despojé con rapidez de la ropa y encontré el uniforme del que la anciana había hablado. No esperé a que la bañera se llenara para lavarme. Me puse de rodillas sobre la cerámica, cogí el paño que

habían depositado en el mármol y el jabón y me froté el cuerpo con el frío invadiendo mis poros. No me importaba bañarme con el viento azotándome la espalda o sentir el agua helada en la piel. En ocasiones eran un alivio contra la quemazón infernal que me atenazaba el cuerpo. Aquella que llegaba de improviso y me partía en dos.

Bañada y seca, me dirigí a la cama. Teníamos poco tiempo para descansar, pero tendría que ser suficiente.

En aquel momento, mientras contemplaba la grieta que partía el techo, eché de menos a Axia. Un par de noches atrás, al salir del despacho de Narrow y con la constante decepción de Janos pesando sobre mi pecho, la había buscado en la sala de abstracción, pero no estaba allí. En su lugar, la encontré con los ojos llenos de lágrimas en las despensas, unas puertas más allá, escondida de las miradas de los cadetes.

Axia deseaba venir a Llum y yo me sentía culpable por estar en su lugar. Con los ojos cerrados, las imágenes del pasado se proyectaron en mi mente.

Conocí a Axia el día que llegué al recinto de proyectadores, minutos después de que su padre me cargara hasta la enfermería.

*El hombre que me había cogido en brazos estaba sentado en un taburete junto a mi cama, con los codos en las rodillas y la cabeza gacha.*

*—¿Quién es? —preguntó una cabecita infantil que asomó por detrás de la cortina. Al escuchar la voz, giré el cuello hacia el otro lado y proferí un quejido.*

*Él parecía hundido. Se volvió hacia la pequeña y extendió un brazo con el que la cogió y la sentó sobre sus rodillas.*

*—Mírala —le dijo a quien en poco tiempo se convertiría en mi mejor amiga—. Esta es solo una muestra de la maldad del mundo.*

*Nada merece lo que le han hecho.*

Axia era la única que me sujetaba la mano cuando despertaba sudando, atormentada por los estragos del dolor.

Cansada de moverme entre las sábanas, me levanté, me puse el uniforme limpio, me tapé el cabello con la gorra y bajé las escaleras procurando no hacer ruido.

No encontré a la anciana ni sonidos que delataran su presencia, así que me atreví a abrir la puerta para disfrutar de la ciudad más de cerca.

La salida del sol deslumbraba en las fachadas, rebotando en un camino infinito. La gente comenzaba a salir de sus casas para acudir a sus oficios. El edificio de la sede estaba en la calle principal, donde esperaban distintos negocios. Al otro lado de la acera, el dueño de la relojería abrió la persiana de su tienda saludando al panadero, que vestía un delantal con solapas y miraba presuroso un reloj de bolsillo.

Un perro pasó al trote con una pelota en la boca, mientras un niño lo perseguía dando gritos de camino al colegio. Nada de todo aquello me pertenecía. Formaba parte de esa bruma lejana en la que se convierten los sueños que no quieren ser perseguidos. Me abstraje mientras ante mí discurría la que podría haber sido mi vida.

Hasta que un reloj dio las campanadas.

Una. Una mujer apareció por la calle aledaña.

Dos. Llevaba el cabello blanco recogido en un moño tirante, sujeto por alfileres de perlas, las manos enguantadas con encaje y un vestido que le marcaba la cintura.

Tres. Su nariz puntiaguda señalaba a las sombras de la esquina, donde un hombre con sombrero y traje cogía de la mano a un niño y le animaba a caminar más deprisa.

Cuatro. El niño debía de tener unos diez años. Llevaba una camisa confeccionada con la mejor tela. Zapatos inmaculados y lustrosos, sin rastro de mugre.

Cinco. El niño tenía el cabello blanco, enjoyado a la altura de las orejas. Blanco...

Seis. Miré a mis padres y a mi hermano como la extraña que era y sentí mucho más que rabia o decepción, mucho más que nostalgia. Me permití sentir pena por mí, por aquello en lo que me había convertido. Ese sentimiento fue mucho peor que la furia. Me destrozó el alma.

Siete. La mujer cogió con cariño la mano del niño, le dedicó una sonrisa amorosa a su marido y pasó la mirada por donde yo me encontraba. Sin verme...

Ocho. Sonó la última campanada.

# 4

# Nueve grandes casas

> Quien pertenezca a una casa ha de conservar la inicial de su nombre. Así pues, los solicitantes Narrow Steelmon (3) y Adett Cienríos (8) deberán dar a sus hijos la inicial de la octava casa, siendo probado que, de los gemelos Andros y Axia Steelmon, el hombre fue el primero en nacer. Rebajarán su estatus a la casa ocho, entendiéndose desestimado el recurso que se plantea ante este tribunal.
>
> Sentencia del magistrado Klackfor 324/14

Una mano me agarró con suavidad por el codo. Me aparté sorprendida.

—Lo lamento. Sentí la corriente y pensé que quizá mi nieta había entrado y se había dejado la puerta abierta.

La anciana tenía la mirada desenfocada puesta en la esquina de la calle por donde mis padres se alejaban. Jamás sabrían lo cerca que había estado de ellos. No de pedirles explicaciones ni de reprocharles sus actos; aquello ya formaba parte del pasado. No era la primera vez que me los encontraba, pero al menos en la anterior había tenido a Axia a mi lado.

—No tiene importancia —le contesté a la mujer.

Me alejé, incapaz de gestionar su proximidad, y ella estiró los labios en una sonrisa.

Aquel gesto amable, sincero, hizo que mi corazón renqueara.

Sabía que no tendría la oportunidad de conocer a mi hermano y una parte de mí así lo prefería. ¿Qué podría decirle? ¿Sabría él de mi existencia? Cuando fui capaz de sostenerme en pie, Narrow talló en un árbol mi altura. No hizo más líneas, solo una. La más importante, dijo. La que demostraba que, con esfuerzo, podía conseguir lo imposible, más allá de los límites, más allá de los obstáculos que otros me pusieran. Recuerdo que aquel día, mirando aquella línea, pensé que todas las personas que había conocido hasta ese momento debían quedar atrapadas en la corteza de aquel árbol.

Unos pasos crujieron en la escalera y Narrow nos lanzó una mirada interrogante a mí y a la anciana. Me encogí de hombros y él arqueó una ceja.

—Debemos irnos —anunció y yo asentí, tirante.

Antes de salir, palpé el bolsillo para asegurarme de haber cogido la cajita con mis pastillas después de cambiarme de ropa. El pastillero había sido un regalo de Narrow, con la esperanza de que los narcóticos calmaran los cristales en los que se transformaban mis nervios y que podían resultar mortales en medio de una pelea.

Entramos en el imponente edificio de la sede y al instante nos detuvo una pareja de guardias que nos contemplaron con desconfianza. Llevaba el cabello oculto en la gorra, pero se notaba que estaban esperándonos.

Subimos por el ascensor, ubicado en el centro de la torre de cristal, y, al salir, seguimos un camino de luces hasta una sala ovalada que tenía las puertas abiertas. Una bienvenida silenciosa.

Narrow me apretó el hombro antes de traspasarlas, pero su mirada seguía siendo dura como el acero. Hizo un movimiento de

cabeza y me invitó a pasar primero.

Alrededor de una mesa con forma de luna del cuarzo más pálido se encontraban los señores de las nueve grandes casas y de pie frente a la curvatura nos esperaban los dos líderes de zona y sus mejores proyectadores.

Zafos y Onia me lanzaron una mirada siniestra mientras que Ember y Kendall no se dignaron a girarse. Sus siluetas fornidas se recortaban, casi imperceptibles, entre los haces de luz. Los miembros del consejo colmaban el espacio con su presencia, desbordantes como una avalancha en medio de las montañas, imponentes como un volcán a punto de erupcionar.

—Adelante. Espero que hayáis tenido un buen viaje —dijo una mujer de nariz ancha y ojos separados. Hizo un gesto con la mano y las finas tiras que eran sus brazaletes tintinearon.

—Casa del Sol —saludó Narrow, hincando la rodilla en el suelo. Yo imité su postura y bajé la mirada.

La casa del Sol era la primera de las nueve, la que ejercía mayor poder en el gobierno de Llum y, por tanto, en nuestras vidas.

—Sunya será suficiente —dijo ella, permitiendo que la tuteara.

Narrow me dio un codazo para que me incorporara al tiempo que él hacía lo propio. A aquella distancia pude apreciar que no tenía pestañas. Sus ojos se clavaban directos en el alma, como una puñalada sentenciosa.

Aparté la vista por miedo a lo que descubriría en ellos.

—Así que esta es la joven de la que tanto hemos oído hablar —masculló una nueva voz, grave y serena.

—Ciertamente, no esperábamos un conejito asustado.

Aquello me hizo alzar los ojos de nuevo. Repasé sus rostros tratando de intuir quién había hablado, pero no encontré más que mentones alzados y miradas vacías. Para mí todos eran lo mismo: un

único ser que hablaba con la voz homogénea y poderosa del mundo de los sueños.

—Sabemos tu opinión al respecto, Hospes. No es necesario que volvamos a mantener esta conversación —dijo el de la segunda voz, un hombre de barba afilada y pómulos planos. El tamborileo de sus dedos sobre la madera revelaba un nerviosismo que no se intuía en su tono ni en su postura.

El aludido resopló, aunque se mantuvo callado. La tensión en sus hombros era más evidente que en el resto de los presentes. El tal Hospes tenía el cabello rizado, la barba poblada y bien recortada y los puños tensos sobre la mesa. No lo conocía, y podía dar por supuesto que él a mí tampoco, pero sí sabía algo sobre él. Si su nombre comenzaba por «h», significaba que era miembro de la casa de Helios, la cuarta casa. Todos los que pertenecían a una casa portaban con orgullo la inicial en sus nombres. El *Código de Gentes* nos obligaba al resto a soportar otras iniciales. No contábamos con su protección porque éramos la escoria de la sociedad.

—Quítate la gorra —pidió Sunya.

Mi cuerpo se transformó en esquirlas de hielo a punto de romperse.

«¡¿Cómo?!».

—¿Es esto necesario? —protestó Hospes.

Apreté las piernas para no salir huyendo.

—Yo sí querría verla —intervino un hombre con una túnica espartana. De la solapa colgaba un broche circular, una «O»: Orum, la séptima casa, la de Onia. Su mirada codiciosa me provocó escalofríos.

Un silencio sepulcral colmó el oxígeno.

Tragué saliva y podría jurar que todos siguieron el movimiento de mi garganta.

—Pixy... —llamó mi atención Narrow.

—¿Qué? —le susurré mientras los otros miraban.

—Suéltate el pelo. —Le miré como miraría alguien a una ardilla que engulle a un león—. Vamos.

De forma mecánica, llevé las manos hasta la gorra y la retiré vacilante. Me sentí desnuda cuando la tela abandonó mi cabeza, cuando sus ojos navegaron por la negrura de la maldición, como un océano de pesar que jamás ha conocido la luz del sol. Desnuda y expuesta.

Alterada, aguardé su reacción.

—Debería servirnos —alegó Sunya.

—Ya es suficiente —aseguró la voz de Hospes, apartando la vista y gesticulando para que me tapara.

Guardé los mechones díscolos dentro de la gorra y reproduje en mi mente sus últimas palabras con afán de entenderlas.

—Es inquietante. Nunca se ha visto en Llum una oscuridad semejante —dijo otro de los gobernantes, aunque no supe quién, ocupada como estaba en recomponerme.

—Nos ha tocado vivir una era de cambios. Será nuestra responsabilidad hacer cuanto esté en nuestras manos para garantizar la subsistencia del reino de los sueños —le contestó Sunya.

—¿Su subsistencia? ¿Tan grave es lo que está pasando en los portales? —replicó Ember. Por primera vez, me giré a mirarlo. Sus pómulos redondeados mostraban una piel picada y unas cejas despeinadas. Todo lo contrario que Zafos, que brillaba sin mácula alguna y aguardaba a su lado con una quietud encomiable.

Si ni siquiera los líderes de zona tenían constancia de la magnitud del problema, este debía de ser mucho peor de lo que habíamos imaginado.

El silencio fue respuesta suficiente.

—¿Qué es lo que necesitáis de nuestros proyectadores? —preguntó Narrow directo a Sunya.

Ella eludió su mirada y pasó a nosotros.

—Supongo que vuestros líderes de zona no os han informado de que les encargamos la misión de proyectar su poder para cerrar definitivamente los tres portales de cuerno. Narrow, Ember y Kendall lo intentaron hace un par de semanas. Sin éxito.

Cerrar los portales era imposible... No era como si aquello no hubiera pasado por la mente de todos los proyectadores miles de veces con el fin de ahorrarnos luchar a muerte contra las pesadillas, pero la membrana de los portales mantenía el equilibrio entre las esferas de realidad. Sellarlos podría fracturar el cosmos en pedazos y aniquilar por completo el mundo de los humanos. Sin pesadillas no purgarían sus miedos. Su mundo se convertiría en una cacería de odio y destrucción.

—¿Acaso es posible cerrarlos? ¿No afectaría eso a los humanos? —preguntó Onia, haciéndose eco de mis pensamientos.

—Solo de esa forma podemos protegerlos de lo que se avecina —contestó el hombre de barba puntiaguda y voz serena.

—Régulo tiene razón. Las ondas de oscuridad que escapan de los portales de cuerno se han multiplicado en cifras alarmantes y las pesadillas que cruzan hasta las zonas de vigilia son más numerosas cada día que pasa. Algo está ocurriendo en el reino de las pesadillas, algo que hace que invadan nuestras tierras. No podemos permitir que aumenten tanto que no logremos acabar con ellas antes de que lleguen al mundo de los humanos —explicó Sunya.

—Pero ellos no pueden sobrevivir sin el equilibrio entre las pesadillas y los sueños. ¿Si cerráramos los portales no los estaríamos sentenciando? —insistió Zafos.

—Olvidaos del equilibrio. No habrá equilibrio cuando las pesadillas nos controlen —espetó Hospes.

Sunya le dedicó una mueca.

—Tenemos los medios necesarios para restaurar el equilibrio. Con el tiempo... Sin embargo, no es información que estéis autorizados a conocer.

Zafos y Onia intercambiaron una mirada mal disimulada.

Mi estómago se agitó, anegado en ácido.

—Como bien habéis dicho, tratamos de cerrar los portales sin éxito. ¿Cómo podemos esperar que nuestros proyectadores lo consigan? —retomó la conversación Ember.

Sunya elevó con ligereza el mentón y habló:

—Los portales nos preceden desde hace milenios. Existen desde el momento de la creación, cuando la diosa Cleops separó los tres planos. Se nutren de luz y oscuridad, pero sobre todo se alimentan de vida.

Un estremecimiento me bajó por la espalda.

—Normalmente, a los portales de cuerno les proporcionamos las vidas de las pesadillas que mueren gracias a los proyectadores que los vigilan día y noche —intervino por primera vez una mujer de cabello ensortijado. Sus gestos eran tan rígidos como si la hubiera atravesado una vara de hierro—. A los portales de marfil los nutrimos con las vidas de los proyectadores caídos en combate. Tienen el honor de servirnos una última vez antes de desaparecer en brazos de Cleops.

Había muchos secretos en la sociedad Hypnos, rumores susurrados que todos deseábamos que no fueran más que eso: un rumor. El rango determinaba la información a la que tenías acceso y solo los líderes de zona disponían qué hacer con los cuerpos de los

muertos. Era mejor así, nadie más querría tener que lidiar con aquello.

—Os confiamos esta información porque necesitamos que comprendáis la magnitud del sacrificio que os vamos a pedir. Esto es más grande que cualquiera de nosotros, más grande que la logia y que el reino de los sueños. Es nuestro deber salvaguardar la paz en el mundo de los humanos —recalcó Sunya.

Aquella era la máxima de la sociedad Hypnos: proteger a los humanos hasta nuestro último aliento. Pero, si el portal se alimentaba de cadáveres, aquello solo podía suponer que lo que nos estaban pidiendo escapaba de nuestras posibilidades. ¿O no?

—¿Lo que queréis es que nos entreguemos al portal? ¿Que... muramos? —preguntó Onia.

Apreté los dientes y entendí por qué Narrow me había escogido a mí para la misión y no a Axia.

Zafos se había quedado congelado siguiendo las líneas del suelo, con el ceño fruncido y la mirada perdida. Su inmovilidad disparó mis sentidos y mis ojos recorrieron con frenesí a los presentes.

—Lo que os pedimos es que vaciéis vuestro poder en los portales de cuerno. Queremos que cumpláis vuestra misión y entreguéis vuestras vidas por la humanidad. Se os recordará como héroes —dijo Régulo.

—¿Como héroes? ¿Acaso estaremos para verlo? —espetó Onia con rabia—. ¿Por eso nos habéis escogido a nosotros en lugar de a los líderes de zona? Somos más prescindibles que ellos, ¿no es así?

—Sois soldados, muchacha. Pertenecéis a la sociedad para esto —la regañó Hospes.

—La logia también juró protegerme a mí, ¿acaso está cumpliendo su promesa? —inquirió a Kendall, quien se limitó a apretar los labios

como respuesta. Después, se giró hacia su compañero—. Zafos, ¿no vas a decir nada?

El silencio se adueñó del oxígeno hasta hacerlo asfixiante. Las miradas volaban de unos a otros formando un abismo cargado de cuchillos.

Solté el aire y enderecé los hombros con arrojo.

«Te escojo siempre porque es lo más justo, Pixy. Que ellos no lo entiendan solo los hace débiles». Las palabras de Narrow resonaron en mi cabeza.

—Yo lo haré —intervine—. Si sirve para proteger a los humanos, estoy dispuesta.

Sentí como Narrow volvía a respirar con orgullo y para mí fue suficiente. Aquel era el propósito de mi vida, todo cuanto me habían enseñado, la oportunidad que me había dado Narrow... Todo conducía a ese momento, como un camino que termina con una pendiente, una que te obliga a correr hasta el final.

—Bien. Bien —dijo Sunya—. Tu participación es imprescindible, Pixy. Como hemos dicho antes, los portales se nutren de luz y oscuridad.

»Tú eres la oscuridad que necesitamos para cerrarlos de una vez por todas.

# 5

# Catalizador

> Entrada del 25 de noviembre. Hoy Pixy ha cumplido catorce años y creo que nunca la había visto tan triste, ni siquiera cuando llegó a la logia con el cuerpo retorcido y roto. Creo que una parte de ella esperaba encajar cuando aprendiera a pelear. Hoy se ha dado cuenta de que ese sueño jamás se cumplirá.
>
> *Diario de Axia*, año 1990 d. O.

Siempre pensé que no tendría tiempo de despedirme de mis seres queridos. Aunque su número se redujera a Axia y Narrow. Creía que moriría luchando contra alguna pesadilla hasta consumirme y cada batalla la había afrontado como si fuera la última.

Al parecer, no sería el caso.

Gasté todo el viaje de vuelta a nuestra zona de vigilia en pensar cómo iba a explicarle a Axia que había decidido morir por la logia, por los humanos. Era un inconveniente inesperado que se cernía alrededor de mi garganta y me asfixiaba. Pero, en el fondo, sabía que lo entendería. A las dos nos habían educado con el ideal del sacrificio, la imposición de la misión de salvar y la idea de que nuestras vidas no eran más valiosas que las de miles de humanos.

Dicen que el instinto de supervivencia consigue que el cuerpo entero reaccione. El mío no lo hizo más allá de sentir el pulso palpitando con fuerza contra las orejas. No sentí la adrenalina, solo una profunda incomodidad a la que estaba tan acostumbrada que no percibí cambio alguno. Quizá se debía a que llevaba demasiado tiempo jugándome la vida, al hartazgo que me hormigueaba en las yemas de los dedos; o puede que no fuera más que la desilusión de no ser suficiente en un mundo al que no le importaban mis sentimientos.

Atravesamos el último de los portales hacia nuestro hogar.

—Espero que sepas que estoy orgulloso —dijo Narrow.

Sentí una mezcla amarga de alivio y vergüenza: alivio por morir con un propósito; vergüenza por anhelar el reconocimiento de quienes nunca me habían aceptado.

Me dije que la maldición habría terminado conmigo tarde o temprano, que el dolor me habría hecho caer en alguna batalla lejos de la gloria. Me lo repetí mientras unas raíces espinosas se enzarzaban alrededor de mi corazón y lo marcaban con pus y llagas.

Después de aceptar mi destino, Zafos se limitó a asentir con semblante derrotado y solo quedó Onia. Kendall tuvo que sacarla de la sala y hablar con ella en privado antes de que regresara lívida y afirmara estar dispuesta a morir por lo que denominó «un fin mayor». El consejo quería que Onia y Zafos se agotaran desestabilizando dos de los portales de cuerno para, después, hacer yo lo propio con el tercero. Creían que mi oscuridad sería definitiva para provocar una reacción en cadena que los cerraría para siempre.

Estábamos a un kilómetro del puesto de mando. El terreno se volvió menos árido conforme nos alejábamos del portal de marfil y nos adentrábamos en la base. Los edificios más lejanos del recinto eran los encargados de las tareas administrativas, mientras que en el

núcleo se encontraban los puestos diseñados para el entrenamiento y las prácticas.

Alguien dio la voz al vernos y uno de los muchachos, un novato que acababa de pasar las pruebas de acceso, llegó corriendo hasta nosotros. Tenía la boca demasiado grande para su cara y debía de llamarse algo así como Brad, Rad...

—Señor —dijo con la respiración agitada—, menos mal que habéis llegado.

Las arrugas de Narrow no se alteraron.

—¿Algún problema con las pesadillas?

—Así es, señor. Hemos sufrido un ataque. Algo inesperado, señor. No creemos que intentasen cruzar al reino de los humanos. Atacaron a los proyectadores que custodiaban el portal y huyeron a su mundo.

Una pesadez se asentó en mi nuca y me puso el vello de punta.

Axia estaba protegiendo el portal.

—¿Qué ha pasado con los proyectadores? —pregunté.

Él me miró, más pálido que un muerto.

—Contesta, soldado —le exigió Narrow.

Cada instante se condensó en el tiempo, convirtiendo los segundos en horas.

—Los soldados Axia y Janos estaban vigilando el portal cuando los nizs llegaron. Janos está en la base con algunas heridas, pero Axia...

El corazón me rebotó contra el pecho como si tratara de recordarme su existencia. Cogí con fuerza el mentón del soldado y conseguí que sus ojos me enfocaran solo a mí. Sus mejillas se elevaron por la presión de mi agarre.

—¿Dónde está Axia? —le pregunté casi sin separar los dientes.

Tragó saliva.

—Se la han llevado al reino de las pesadillas.

Lo último que sonó en mi cabeza fue el crac de su mandíbula al romperse.

***

—¡Janos!

Irrumpí en la habitación hecha una furia.

—Detente, Pixy.

Estampé una camilla que se interponía entre su cuerpo recostado y el mío y le señalé con el índice. Unos brazos me aferraron, pero me los quité de encima. Fue suficiente para que el anciano Craig decidiera no entrometerse más.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué cojones ha pasado? —le pregunté agarrándolo por el cuello de la bata que le habían puesto los enfermeros.

No tenía buen aspecto. Llevaba un brazo enyesado, bajo la manta una de sus piernas sobresalía más que la otra, evidenciando algún hueso roto, y tenía el rostro cubierto de moraduras. Unas moraduras que se contrajeron cuando le obligué a incorporarse para acercarlo a mi cara, provocando el movimiento de algunas costillas.

—Llegaron de repente. No buscaban pelea.

—¿Por qué se la han llevado?

Lo agité, causando una cadena de maldiciones.

—¡Para! ¿Crees que no he intentado evitarlo? Si querías protegerla, haber estado aquí.

Sus palabras me atravesaron y me partieron en dos. Le solté la ropa como si quemara y él se desplomó en la camilla.

A pesar de sus continuos desprecios, por primera vez sentí ganas de matarlo.

Craig debió de leerme el rostro e interpuso un brazo entre mi cuerpo y la camilla.

Lo aparté de un manotazo.

—Vamos, Pixy. Nadie podría haberlo evitado —intentó apaciguar el anciano.

«Yo sí», pensé. Yo podría haberla ayudado si hubiera estado con ella.

Malditas fueran las casas una y mil veces.

—¿Qué pretendían? Jamás se han llevado a uno de los nuestros, lo único que la espera allí... —Me detuve, incapaz de seguir.

Ellos bajaron la vista. Yo me negué a aceptarlo.

La muerte. Lo que había tras los portales de cuerno era la muerte.

¿Por qué justamente a Axia? ¿Sabían que era la hija del líder de zona? ¿Intentarían negociar por su vida? No creía que ni siquiera Narrow tuviera el poder de convencer a las casas para darles lo que desearan a cambio de su hija, pero sentí cómo la esperanza envenenaba peligrosamente mis pensamientos.

—Solo sé que jamás había visto algo tan horrible como lo que traspasó los portales —susurró Janos.

Sus palabras solo consiguieron sumirme en más preguntas sin respuesta, hasta que el toque de los dedos de Craig sobre mi hombro llamó mi atención.

—Debes ir a ver a Narrow —me dijo.

No recuerdo si llegué a decir algo más o me limité a asentir, perdida entre mis demonios. La furia dio paso a la nada, a una sensación de ingravidez que me anestesió mejor que cualquier droga. No podía permitirme el lujo de llorar, de derrumbarme al suelo y caer hasta los abismos de los que Axia me rescataba cada día con su presencia, con su luz.

Dirigí una mirada incrédula a mi alrededor mientras intentaba convencer a mi cerebro de que ella ya no estaba. No parecía posible. Todo estaba demasiado tranquilo y no era normal... El mundo de los sueños debería estar en llamas, todo debería estar calcinándose porque así era como me sentía por dentro, como si el suelo temblara y yo fuera a desmoronarme.

Axia era la red que mantenía las piezas fragmentadas de mi interior unidas, y sin esa sujeción cada parte de mí se alejaba hasta no quedar nada, hasta no existir.

Por primera vez, entré en el despacho de Narrow sin llamar antes a la puerta.

Nos miramos fijamente. No había más que determinación en su rostro avezado, en la forma en la que sostenía la pluma entre los dedos.

—No podemos cerrar los portales —dijo y yo pestañeé sin comprender—. No podemos cerrarlos, Pixy —insistió. No supe qué contestar—. No pongas esa cara, maldita sea. No está muerta. Ha cruzado el portal, si se la han llevado deben quererla por algún motivo.

—¿Para qué? —No reconocí el tono hueco de mi propia voz.

Él me dedicó una mueca. Sus ojos brillaban enfebrecidos, como los de un hombre al que le permiten salir del manicomio.

—¿Confías en mí, Pixy?

—Claro, señor.

Narrow asintió y extendió un mapa sobre la mesa. Las tres esferas de realidad ocuparon todo el espacio que ofrecía la madera y mis ojos se perdieron en los detalles, aunque la que debía contener el reino de las pesadillas era un círculo en blanco.

—No tenemos datos del reino de las pesadillas, no conocemos a nadie que haya cruzado voluntariamente el portal.

—Hay formas mejores de morir.

—Puede —dudó Narrow. Acarició con los dedos la circunferencia vacía y, de golpe, levantó la vista—. Las casas te han ordenado que cierres el portal, pero si lo haces jamás volveremos a ver a Axia. Podrás considerarla muerta. Yo habré perdido a mi hija y tú a lo más parecido que has tenido nunca a una hermana.

Las palabras abrasaban el oxígeno en mi pecho. Necesité respirar un par de veces antes de decir:

—Puede que ella ya esté...

—No —negó, reforzándose con la cabeza—, me niego a creer que se la hayan llevado por nada. Esos putos nizs son inteligentes, tendemos a subestimarlos, a pensar en ellos como animales. No lo son. Se parecen más a nosotros de lo que nos gusta reconocer. Aún tenemos una oportunidad para rescatarla.

Mi boca se abrió y mi mandíbula se quedó colgando.

La sociedad Hypnos promulgaba nuestras diferencias insalvables con las pesadillas. La clásica batalla entre la luz y la oscuridad. Las palabras de Narrow eran poco menos que herejía.

—Tienes que ser tú —dijo, y un estremecimiento me recorrió el cuerpo de pies a cabeza. Los dedos de las manos se me enfriaron y mi garganta se convirtió en un desierto de sal.

—¿Qué me estás pidiendo? —inquirí, ahogada.

—Es la única opción, Pixy. Lo sabes. Tienes que cruzar y traerla de vuelta.

La pérdida de Axia era un agujero en mi pecho, un hueco entre mis costillas abiertas y expuestas.

El dolor de sus recuerdos ardió en mi mente.

Aquella vez en la que se tintó el cabello de negro para que yo no me sintiera tan sola y el valor con el que alzó el mentón esperando el castigo de su padre.

Sus manos aferrando la mía la primera vez que me reencontré con mis padres. Aquellas palabras que pronunció y que se clavaron en mi alma: «No te merecen».

Los dos primeros años, los más difíciles de mi estancia como proyectadora, Axia se aseguró de que tuviera comida a mi alcance en todo momento —me aterraba volver a pasar hambre—, me sostuvo la nuca mientras las lágrimas recorrían mi rostro y me dijo que lo conseguiría. Me lo repitió tantas veces que no tuve más opción que creerla.

Era ella quien me colocaba paños fríos en la frente cuando el dolor me calentaba el cuerpo hasta convertirse en fiebre.

Era ella quien acallaba mis sollozos con su parloteo mientras me ayudaba a afeitarme la cabeza y hacía desaparecer ese cabello que tanto atemorizaba al resto. Pero no a ella.

Sentí que Narrow había enloquecido, porque su pena era un reflejo de la mía; percibí cómo se lo comía por dentro y cómo él se aferraba a la esperanza como un suicida a la última roca del precipicio.

El pilar al que yo me anclaba había perdido la fuerza de su armadura, pero el propósito con el que había crecido me obligó a preguntar:

—¿Qué ocurrirá con los humanos si no se cierran los portales?

Narrow resopló.

—¿De verdad te has creído que quieren sellar los portales para proteger a los humanos? Dime una cosa, Pixy: si fueras un niz y los ilúricos llevaran años matando a los tuyos, ¿de veras irías a atormentar a los humanos o buscarías venganza?

Me mordí el interior de la mejilla hasta que mi lengua se bañó en cobre.

Si lo que Narrow insinuaba era cierto, lo que querían las pesadillas no era atacar a los humanos, sino batallar contra las nueve grandes casas que les daban caza.

Me percaté de que quizá el consejo hubiera intentado manipularnos, poniendo en riesgo el equilibrio en el mundo humano para salvarse ellos.

Pero Narrow lo habría consentido, habría estado dispuesto a dejarme morir por nada, y solo descubría la realidad porque la desaparición de Axia había interferido en sus planes.

Sin embargo, nada de aquello importaba porque, por primera vez, los dos propósitos de mi vida se enfrentaban. Tenía que escoger entre salvar a Axia y poner en riesgo a los humanos o morir dando mi fuerza al portal para que las nueve casas quedaran protegidas de las pesadillas. Elegir entre el amor y el deber. Cuando creces rodeada de sacrificio, la respuesta no es tan obvia como parece.

—¿Y si está muerta? —dije con la voz ahogada.

Él se crispó con los ojos entrecerrados.

—Me lo debes —se limitó a decir.

Agaché la cabeza. Porque jamás podría protestar ante aquello.

Por mi mente desfiló una idea: marchándome impediría al consejo cerrar los portales, por lo que el mundo humano estaría protegido, por lo menos por el momento.

Así que asentí.

Narrow tenía razón en una cosa: sí que se lo debía. Aunque doliera ser tan prescindible.

—¿Qué pasará con las casas cuando se enteren de que no he cerrado el portal?

Narrow escondió las manos debajo del escritorio y apretó los labios en una línea fina.

—Te acusarán de traición.

Una sensación de ahogo escapó por mi garganta en forma de sonido.

Había sacrificado mi vida para conseguir el respeto de la logia y mis esfuerzos iban a quedar en nada... Un nudo se instaló en mi garganta y amenazó con asfixiarme, pero, a pesar de la dureza de sus palabras, agradecí su sinceridad.

Una emoción extraña me recorrió el pecho: tranquilidad. Comprendí que Narrow me estaba obligando a tomar una decisión que, por mí misma, sería incapaz de resolver. Cada ínfima decisión de cuantas se habían tomado en las últimas horas parecía dar un rumbo diferente a mi vida, como una madeja de hilos que se entrelazaban sobre sí mismos y formaban distintos nudos.

—De acuerdo —afirmé, mordiéndome el labio inferior para evitar las lágrimas que estaba a punto de derramar.

Él soltó un suspiro liberador.

—Sé que lo harás bien. Soy yo quien te ha criado, Pixy. Eres valiente y sabes cuál es tu lugar en el mundo, tu misión. —Me removí, sin saber qué hacer con aquellas palabras—. Vuelve con Axia y ni siquiera el consejo de casas podrá pasar por alto que seas la única ilúrica que ha conseguido regresar del reino de las pesadillas. Tendrás toda la gloria que siempre has deseado y mucha más de la que jamás has podido imaginar.

# 6

# Portal de cuerno

> No importa quién creara las tres esferas, si siempre existieron, si acaso fueron un designio de la diosa o del hado. Lo único que hay que saber es que tan engañosos son los sueños como las pesadillas.
>
> *Filosofía perdida*, AUGUSTUS STEIN

Mientras me dirigía al portal de cuerno acompañada por la silente figura de Narrow, en lo único en lo que podía pensar era en que no conocía tan bien la zona de vigilia como cabría esperar. Había pasado doce años en el recinto de entrenamiento y no había sentido la necesidad de explorar sus callejuelas retorcidas, del color roto de un hueso. Algo tan banal como dar un paseo se convierte en un suplicio si sabes que puedes encontrarte con alguien que no se dé por satisfecho hasta ver cómo las lágrimas rasgan tus mejillas.

La nostalgia que sentía al recorrer por última vez sus angostas callejuelas parecía más un producto de mi imaginación que una emoción real.

Torcimos la última de las esquinas y nos topamos con el portal. Su membrana ondeó con el brillo nacarado de una ostra abierta al sol.

Me detuve al principio de la calle; Narrow paró y me miró con recelo, como si esperara que saliera corriendo de un momento a

otro.

—No puedes echarte atrás, Pixy —susurró lanzando una mirada a los proyectadores que custodiaban en aquel momento el portal. Cougar era uno de ellos—. Si no cumples con el plan comenzarán a sospechar.

Narrow no podía arriesgarse a que lo vincularan con mi supuesta traición, así que oficialmente solo me estaba acompañando al portal por mi petición expresa de explorar la zona por la que se habían llevado a Axia.

Si las nueve casas descubrían que había sido él quien me había pedido que cruzara el portal y desobedeciera sus órdenes, lo destituirían, lo encerrarían y juzgarían; y, tal y como me había dicho antes, de aquella forma no podría ayudarme.

Aunque no sabía muy bien cómo pretendía protegerme desde la zona de vigilia.

—Narrow, si no consigo volver... solo quiero darte las gracias.

Él asintió, con el cuerpo en tensión. Hizo un diminuto movimiento con el mentón para que siguiera andando, pero me mantuve quieta. Cougar y Daas, el otro proyectador, que había comenzado a lanzar miradas curiosas en nuestra dirección, serían las últimas caras que vería antes de lanzarme al vacío, a la nada. No habría despedidas. Era mejor así. No podía arriesgarme a tener una conversación con Janos. Simplemente, no podía.

Sentí cómo la sangre huía de mis articulaciones y se precipitaba en estampida a mis órganos vitales.

Un calambre bajó desde el final de mi espalda hasta mis piernas y me dejó sin aliento.

—Pixy, ¿qué pasa? —inquirió Narrow al ver mi gesto de dolor.

Cougar se percató de nuestra presencia y una sonrisa maligna se extendió por su rostro.

Apreté los dientes y respiré de forma entrecortada. Las punzadas penetraron en mis rodillas como si un cuchillo tratara de separar los huesos.

Me apoyé en Narrow, casi incapaz de dar un paso más. Él aprovechó para obligarme a caminar más cerca del portal. Guardé los sollozos lo más bajo que pude en la escala del sonido.

—Un poco más —me apremió Narrow, hasta que quedamos frente a Cougar y Daas, a un par de pasos de la membrana del portal.

—Esto sí es un buen regalo —graznó Cougar.

Le dio una palmada en el hombro a Daas, quien le devolvió una mueca de desprecio.

—Pixy desea inspeccionar el lugar —dijo Narrow por mí.

Mi tez se puso aún más blanca con solo pensar en dar un paso más. Mi estómago se revolvió y amenazó con vaciar todo su contenido.

—No parece tener muy buen aspecto —dijo Daas, mirándome de arriba abajo.

Cougar acentuó aún más la sonrisa.

Narrow me soltó y yo me tambaleé hacia delante. Fue Cougar quien me sostuvo por el hombro y evitó que me precipitara dentro del portal.

El dolor inundó esta vez toda mi espina dorsal y se ramificó por mis nervios. Gemí y la vista se me desenfocó.

—Claro, explorar el portal. Pero, antes, tú y yo tenemos algo pendiente, marcada.

Escuché cómo desenfundaba un cuchillo, a pesar de que mis ojos seguían sin poder verlo. Me moví por instinto. Aun así, el acero penetró en mi hombro hasta la escápula.

Grité mientras intentaba apartarlo y sentí cómo la sangre empapaba mi brazo y se deslizaba por mi costado. Apreté los

párpados y todo se tornó rojo.

Su mano me empujó y mis rodillas atormentadas se vencieron hacia delante. Una sensación fría me lamió la nariz y las mejillas. Extendí los brazos como si tratara de amortiguar un golpe. Escuché el bramido de la voz de Narrow, el jadeo de Daas y percibí cómo la sonrisa hueca de Cougar se transformaba en una mueca de horror.

La membrana del portal me heló la piel.

Y caí.

Fue una sensación como jamás había experimentado. El frío me envolvió el cuerpo y bañó mis piernas y mi espalda, anestesiándolas.

Bailé junto al vacío por un segundo y el dolor se desdobló, como un ente aparte. En el portal, *dentro* de él, las sensaciones se aislaban de la realidad, dejando solo una cáscara vacía, maleable.

No había nada que ver, ni luz ni oscuridad. Ni blanco ni negro.

Entonces, algo impactó contra mis rodillas y contra la parte encallecida de mis palmas. Aterricé a gatas, en una postura que seguía atormentándome cuando caía la noche. Me volqué hacia un lado, con la herida palpitante del hombro y los calambres arrasando mis piernas.

El suelo estaba duro y frío. Tanteé los guijarros con los dedos y me puse bocarriba. Sobre mi cabeza no había más que roca, de un profundo tono amoratado. Aquel lugar solo podía ser un abismo helado.

Gemí, temiendo despertar a alguna criatura que habitara en aquella extraña cueva, y apreté con la mano la herida sin conseguir detener el flujo de sangre.

El vaho se acumulaba sobre mi cabeza, mezclándose con la oscuridad.

Con movimientos lentos logré rozar con los dedos la cajita de metal que permanecía en mi bolsillo. Puse toda mi atención en

sacarla, abrirla y tomar una de las pastillas; el resto, al tratar de guardarlas, cayeron dispersas por la superficie rocosa. Esperé con los sentidos alerta. Unos segundos que se hicieron eternos.

De pronto, el dolor remitió y, aunque no desapareciera, me permitió moverme. Me senté, arranqué una tira de la camiseta y me hice un torniquete por encima de la herida. Intenté aislar mis pensamientos del sufrimiento que se acumulaba en mi pelvis, en las piernas y hasta en los dedos de los pies. Sabía que si permanecía mucho tiempo así solo conseguiría cubrir mi cuerpo de fiebre.

Necesitaba agua para limpiar la herida y sobrevivir. Y preferiblemente un buen chute de opio que me alejara de aquel dolor...

Me arrastré manteniendo el hombro izquierdo inmóvil, guardé algunas píldoras dando por perdido el pastillero y usé la pared de la cueva para ponerme en pie. Había dos posibles caminos, uno que se extendía frente a mí hasta la diosa sabría dónde y otro sobre mi cabeza, como un falso techo por el que entraba un resquicio de luz.

No era la opción más seductora, pero, con esfuerzo, me encaramé a la pared de roca y aproveché sus rugosidades para subir. Tenía la esperanza de que la superficie me brindara un destino al que dirigirme, de que el mundo de las pesadillas fuera más que un reino de piedra.

Agarré la pared con cuidado de no resbalar. Cada centímetro que me impulsaba era un quejido que me raspaba la garganta. Algunos mechones se habían escapado de mi recogido y se pegaban al sudor de mi frente, que goteaba y me escocía en los ojos.

Arriba, la estancia se estrechaba como una chimenea. Por el hueco entraba la poca luz que iluminaba toda la cueva. Un nuevo calambre me recorrió desde la nuca hasta la mitad de la espalda y mis brazos flaquearon. Clavé las uñas en la pared y me las partí.

Solté un aullido cuando el esfuerzo que me supuso alargar el brazo me rompió en dos, pero conseguí no caer. Tomé el último impulso y traspasé el agujero hasta una segunda habitación rocosa. En esta, el techo estaba más bajo y otra brecha dejaba entrar una luz más nítida, quizá proveniente del cielo.

Estaba pensando en que la brecha tenía la forma de un desgarrón en la piel, de esos que llegan hasta el músculo y precisan puntos. Quizá por eso no vi lo que se movía a mi espalda hasta que rugió y fue demasiado tarde.

La criatura se abalanzó contra mí y no tuve tiempo ni de girarme.

Un peso demoledor me derribó sobre el costado. Noté unas zarpas a la altura de las costillas, como aguijones clavándose en la piel. Un aliento humeante invadió mis fosas nasales. Giré la cabeza para evitar su contacto.

Tenía hocico de lobo, pero la cabeza se aplanaba hasta llegar a unas orejas puntiagudas. Sus ojos venosos poseían la incandescencia de una hoguera.

—Pequeña cosa, te hemos estado esperando —dijo con una voz cuarteada y aguda—. Bienvenida al reino de las pesadillas.

No tuve tiempo de sorprenderme. Una de sus garras tomó mi cabeza, la alejó del suelo y con un golpe seco me hizo perder el conocimiento.

***

Cuando era una cría estaba deseosa por dejar el entrenamiento y pasar a la acción. Necesitaba demostrar mi valía, poner en práctica todo cuanto había aprendido; soñaba con impresionar a Narrow, con demostrarle que había merecido la pena apostar por mí. Por eso le

pedí que me diera una oportunidad antes de finalizar el curso de iniciación.

Me ofreció un turno protegiendo los portales; ese día, se coló un niz. Era la primera vez en mi vida que veía uno y me quedé paralizada por el pánico. El compañero que me asignaron tuvo que luchar solo. Yo recibí un golpe en la cabeza y desperté lejos del portal, envuelta entre las sábanas de mi cama. Él acabó muerto. La culpa y la impotencia de no haber sido suficiente, de no haber demostrado nada, me acompañaron durante mucho tiempo.

Pero cuando abrí los ojos en el reino de las pesadillas no había sábanas que me arroparan ni lugar para la culpa.

Me encontraba en un suelo de grandes cuadrados blancos y verdes oscuros y sentía su frescor directamente en la piel. Lo primero que percibí fue la ausencia de dolor. Parpadeé para aclarar la vista y constaté que se habían deshecho de mi ropa. Estaba desnuda sobre el mármol helado y la herida de mi hombro había desaparecido.

—Por fin despiertas. —Era la voz de una mujer, aunque sonaba grave, atemporal. No era la criatura que había hablado en la cueva.

A mi alrededor las paredes eran oscuras, de techos altos y arcos. Las vidrieras eran inmensas y coronadas en punta, con complejos diseños en los marcos. A través del cristal solo podía ver la caída de la noche iluminada por suaves nubes púrpuras. A mis pies, unos cuantos peldaños daban paso a un trono de plata, cubierto por gasas negras que se mecían al más mínimo movimiento.

Jamás había visto tantos colores oscuros y el mal presagio se agarró a mis entrañas como un recién nacido al pecho de su madre.

Había una mujer frente al trono. Me daba la espalda. Balanceó el cuello como si siguiera una melodía y todo mi cuerpo se tensó.

Eran pocas las pesadillas que había conocido con forma humana, ya que, para traspasar el portal y debido a su mutabilidad, solían escoger cuerpos más agresivos, con garras y fauces para atacar. Ella auguraba otro tipo de amenaza, más velada, aguda, más siniestra. Una como jamás había experimentado.

Aquella mujer vestía ropas negras de la cabeza a los pies y el aura que desprendía no dejaba lugar a dudas: no necesitaba armas para defenderse. Un vestido pesado de mangas anchas hasta el suelo y un velo que, al girarse, descubrí que le tapaba el cabello y la mitad superior del rostro. Pero no era solo el velo lo que llevaba en la cabeza. Lo sujetaba con una corona con la forma del cráneo de un animal.

Tragué saliva y rogué para que los ojos no se me salieran de las cuencas.

—Cuando mi querida guardiana te encontró, no supo si eras una humana o cualquier otra criatura que hubiera escapado de las fauces del universo. Por suerte para ti, siempre la obligo a que me traiga los pequeños regalos que encuentra perdidos.

Una humana...

Me acaricié el cabello que caía suelto a ambos lados de mi cara y, aunque no podía verlos, sentí como sus ojos me taladraban.

—Sí, ese es el motivo por el que pensó que eras humana. Creíamos que los ilúricos solo reflejaban la pureza inmaculada de sus almas —dijo al tiempo que enseñaba los dientes en una sonrisa feroz.

—¿Dónde estoy?

—En el castillo, ¿dónde si no? —Me senté, tapándome el cuerpo. No sabía cuánto podía atisbar ella a través del velo, pero mis cuchillos habían desaparecido y aquello sí que me hizo sentir desnuda—. Ah, sí. De inmediato te traerán algo apropiado. No

podíamos arriesgarnos a que fueras armada, como de hecho era el caso. Espero que lo comprendas.

La única arma que me quedaba era mi brazalete, que debía interpretar que no me encontraba ante un peligro inminente porque no se había iluminado. En cualquier caso, no creí que fuera a serme de mucha ayuda con aquella mujer. El aura que emanaba superaba todo cuanto yo hubiera conocido. Me sorprendió que no me hubieran cortado el brazo para arrebatármelo, pero supe que aquello solo podía deberse a una cosa: yo no era una amenaza.

—¿Cómo es que no me habéis matado? —La pregunta surgió de lo más hondo de mi ser, ya que, si yo hubiera tenido alguna oportunidad, habría acabado con su vida.

Ella soltó una risa que desfiló por el aire como una montaña rusa.

—¿Matarte? Oh, no, niña. Estamos en la corte, la muerte es demasiado burda, demasiado aburrida. Además, supongo que mi hermano tendrá planes para ti.

Sus dientes brillaron. Por algún motivo, que matarme no estuviera en sus planes no supuso ningún alivio.

—¿Quién eres?

Una nueva sonrisa me puso el vello de punta.

—Odio las presentaciones, siempre me han parecido de lo más presuntuosas. —Ladeó la cabeza como un felino que presta atención a un ruido inalcanzable para los sentidos de un humano—. Dejaré que sean otros quienes te lo expliquen.

La puerta se abrió con un trompazo y un hombre de rasgos afilados y cabello plateado como la luna inundó la estancia con su presencia. Tenía las extremidades alargadas y una altura imponente. Unos pantalones de seda verdosa a juego con una chaqueta fina era todo cuanto vestía. Portaba el torso al descubierto y su piel era tan blanca que casi dolía mirarla. Aunque su aspecto me recordó a los

de mi raza, aquel hombre era tan sobrecogedor como la siniestra mujer velada y ambos parecían observarme como si yo fuera un ratón que acababa de caer en la trampa.

Me apreté el cuerpo con más fuerza. Era la primera vez que un hombre me veía desnuda y el rubor me tintó el rostro de un vivo tono carmesí.

Él arqueó una ceja y me dedicó una mueca de desdén.

—Hermana —saludó a la mujer, que se limitó a ladear la cabeza—, veo que ya ha llegado la última de nuestras campeonas.

—Puedes escogerla tú, Terrent, o Nocte si lo desea, yo tengo claro quién combatirá por mí.

—¿La chica de pelo blanco de antes? —preguntó él y todos mis sentidos se pusieron alerta. Podía estar hablando de Axia. Si conseguía encontrarla pronto, podríamos huir. O intentarlo...

—¿Combatir? —los interrumpí. Necesitaba información, y una única palabra me pareció menos arriesgada que toda una frase, pero ambos gesticularon con desagrado.

—¿Por qué deberías elegir tú primera? —le preguntó él, ignorándome y enseñándole los dientes a su hermana.

Ella le respondió con una frialdad tan atroz que sentí los estragos por cada vello de mi cuerpo, como si una fuerza invisible empujara las partículas del aire.

—Después de todo, creo que merezco una pequeña ventaja, ¿no estás de acuerdo, hermano?

Él apretó los labios, pero relajó el cuerpo.

—Solo digo que Nocte se opondrá.

—Nocte se cree demasiado bueno como para perder.

Apreté los puños. Estaba demasiado perdida y, puestos a morir, no iba a permitir que la oportunidad de rescatar a Axia se me escapara entre los dedos.

—¿Quiénes sois vosotros y a qué combate os referís?

Terrent me escrutó como si reparara por primera vez en mi presencia y yo aguanté con el mentón alto su recorrido por mi piel.

—A esta me la quedo yo. No parece tan asustada como las otras dos —dijo sin responderme.

¿Dos?

Hizo un gesto a mi espalda y me giré, desconfiada.

Una pesadilla con forma de hombre, encorvado y cargando una manta, avanzó desde la puerta con la vista clavada en sus pies y se detuvo junto a mí. Era de mediana edad y no tenía el cabello negro, sino de un gris oscuro que me recordó a la ceniza que se arrastraba por el suelo de la taberna de opio. No desprendía la misma aura de peligro que los hermanos. A continuación, me tiró la manta por encima y yo me envolví y me puse en pie, poco dispuesta a desaprovechar la oportunidad.

—Es casi tan pequeña como un ratón —dijo la mujer.

—Tendrá que servir. A juzgar por el número de armas que me han dicho que guardaba debe saber usarlas —contestó él. Ella alzó el labio superior con desprecio—. Llévala a sus aposentos y asegúrate de que coma. Si no coopera... Haz que coopere —le dijo al niz encorvado que esperaba a mi lado, endureciendo la voz. Sus ojos amenazantes no se apartaron de mí en ningún momento.

Sentí que una mano tiraba de mi brazo y me revolví hasta que la criatura me soltó. Pensar en que una pesadilla me había tocado hacía que me dieran ganas de amputarme el miembro.

—Ni te atrevas, monstruo —escupí.

El hombre encorvado endureció las facciones.

Las carcajadas de la mujer resonaron por la amplia sala.

—Con ese carácter, niña, será mejor que te mantengas alejada de Nocte, si es que tienes la esperanza de llegar viva a las pruebas —

dijo ella.

Él estiró una mano para dejarme pasar y yo entrecerré los ojos y negué.

—Tú delante. —Sabía que de nada serviría resistirme, pero no iba a ser tan necia como para darle la espalda a aquella cosa.

Él levantó un poco más el cuello retorcido y pude ver que tenía un ojo azul y otro marrón. Terrent asintió para que cediera.

Caminó hasta la sala aledaña y, si en algún momento había pensado que nos encontrábamos en una estancia principal por tener un trono, en aquel instante entendí que había estado equivocada.

No había puertas entre las estancias de aquella planta y, de pronto, entramos en un pasillo inmenso, con unos techos tan altos como el más colosal edificio de Llum. De inmediato, la estructura me recordó a la de las catedrales humanas que había admirado en fotografías. El pasillo principal daba acceso a infinidad de salas ornamentadas en oro, verjas que guardaban gigantescos retratos de sombras, ciudades oscuras y lava. En la mayoría de los cuadros aparecía un volcán en erupción.

Seguí al hombre encorvado memorizando el camino por el que me llevaba, por si necesitaba desandarlo en un futuro.

—Vamos al ala sur —explicó tras percatarse de cómo lo observaba todo. Su voz era demasiado normal. Supe que debería resultarme desagradable, pero no tenía ningún matiz extraño. En realidad, no había nada en aquel hombre que alertara de que fuera una pesadilla.

—¿Qué hay en el ala sur? —pregunté, sintiendo cómo mi estómago se retorcía por iniciar una conversación con uno de ellos.

—Vuestro dormitorio.

—¿Quiénes eran los que estaban en la sala?

No podía ver su rostro desde atrás, pero su cuello se movió a ambos lados, cuidándose de que estuviéramos solos antes de hablar.

—Sus Excelencias. El príncipe Terrent y la princesa Somna.

¿Príncipe y princesa? ¿Acaso había algo así en el reino de las pesadillas? Lo más parecido que teníamos en Llum eran las nueve casas, pero creía que en algunas zonas del reino humano también existían gobernantes similares, aunque no imaginaba que fueran tan aterradores como aquellos dos hermanos.

—¿Y quién es Nocte? ¿Otro príncipe?

El hombre se detuvo y se giró hacia mí con el rostro pálido.

—No hable del príncipe de la noche.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

Reemprendió el camino por unas escaleras de mármol verde que se separaban en tres direcciones, mascullando mientras negaba con rotundidad. La del centro estaba coronada por un órgano de oro.

—¿A qué combate se referían? —Ahora que estaba empezando a conseguir respuestas no pensaba detenerme.

—No me corresponde a mí hablar de la competición.

Por fin, paró frente a una puerta, la abrió y me dejó pasar primero.

Era una habitación recargada, muy distinta de mi cuartucho en el recinto militar. La cama tenía dosel, las paredes estaban revestidas con tapices morados y dibujos dorados, todo en colores oscuros. La alfombra lucía motivos florales y salvajes en diferentes tonos de verde, berenjena y borgoña. Una tenue luz crepuscular entraba por la ventana, bordeada por un marco de cristales de colores. Me pregunté si podría usarla para escapar de allí.

—Está cerrada y ninguna fuerza que ejerza podrá romper el cristal —adivinó mis pensamientos—. Siéntese donde prefiera para la comida. —Señaló la cama y el pequeño diván bajo la ventana y se

dirigió a la cómoda que estaba en la pared opuesta a la cama y sobre la que esperaba una bandeja de plata.

El hombre levantó la tapa y un olor a estofado inundó la estancia.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Carne.

—¿Qué tipo de carne?

—Nuestra carne.

Apreté los labios asqueada y comencé a negar.

—¿No tienes nada que no venga de una ciénaga? ¿Algo vegetal, quizá?

—Su Excelencia desea que estéis fuerte para luchar.

Mi estómago se agitó con solo imaginar la clase de animales que tendrían en aquel sitio y tuve que llevarme una mano a la boca para contener las arcadas.

—Ni de broma.

—Podéis aceptar o hacerlo a la fuerza.

«Has hecho cosas peores», me dije.

—Me gustaría ver cómo lo intentas —respondí en su lugar. Pero me senté en el diván—. Te propongo un trato. Puedo ser más o menos fácil, tú decides.

Sus cejas se aplanaron.

—¿Qué clase de trato?

—Tú respondes a mis preguntas y yo me como esa cosa.

—Podría dejar que murierais de hambre.

No conocía su mundo, pero si sus jerarquías funcionaban de una manera similar a las mías... Me cargué de confianza antes de responder:

—No lo harás, ese príncipe te ha dado una orden. —Él me observó, dispuesto a averiguar cuánto podría oponerme. Dos

segundos fueron suficientes para que su rostro se arrugara—. No pienses que voy a ponértelo fácil —le confirmé.

Aun así, dudó.

—Una pregunta y os comeréis todo el contenido de este plato sin una sola mueca —negoció.

—Tres. Y lo de las muecas... —Miré el plato y en la salsa estalló una burbuja—. No lo veo posible.

Él suspiró y asintió.

Me acercó la bandeja y yo misma coloqué el recipiente en mis rodillas. El caldo tenía un tono negruzco y algunos trozos de carne flotaban sobre el espesor. Olía extraño, como a incienso.

Pensé mucho la primera pregunta antes de hablar.

—¿Dónde están las otras competidoras?

—Ala norte y ala oeste.

—¿Sabes cuáles son sus nombres?

Me mordí el labio, esperando que no notara mi nerviosismo. Tenía que saber si Axia estaba más cerca de lo que nunca habría soñado antes de iniciar este viaje suicida.

—No.

Mierda.

Reprimí un lamento.

—...

—Comed —ordenó y yo tragué saliva—. Comed o dejaré de responder.

Tomé la cuchara que ya estaba dentro del plato y, con la vista fija en la colcha de seda, me la llevé a la boca.

Tenía un sabor demasiado fuerte y una textura terrosa que me dio ganas de vomitar. Pero apreté con fuerza los labios y me obligué a que permaneciera en mi estómago. Cuanto menos lo pensara mejor.

Tomé otra cucharada y evité morder la carne; en aquella ocasión, mis patéticos intentos por tragar no parecieron tan lamentables.

—¿Por qué se compite?

El hombre se tocó la joroba y su rostro cambió del fastidio a la preocupación.

—El rey ha muerto. La corona ha de pasar a uno de sus herederos, pero los príncipes no pueden luchar entre ellos para obtenerla. Por eso estáis vosotras aquí, para combatir en su nombre, a muerte.

»Una de vosotras se alzará como la campeona.

»Solo así, uno de los tres príncipes se convertirá en el próximo rey de las pesadillas.

# 7

# Axia, ¿dónde estás?

> Soñó el rey que era rey, y lo convirtió en pesadilla. Soñó el mundo que lo envolvía; un vergel de espíritu pobre, mísero y afortunado, temeroso y salvaje. Soñó las estrellas y las convirtió en lágrimas, una por cada suspiro de los que jamás veremos la luz. Cada día me pregunto: ¿esta ilusión valdrá la pena?
>
> *Libro de Sombras* 1:1, versión NIKOLA-RUNYX

Volviendo la vista atrás, sé que debí tomar más en serio sus palabras, pero en aquel momento mi deber estaba por encima de los deseos de cualquiera de aquellos aterradores príncipes. Tenía que encontrar a Axia y huir de aquel reino como fuera. Aunque no saber dónde se encontraba ella ni el portal por el que había entrado a su mundo me complicaran la tarea.

Me guardé los comentarios desdeñosos sobre que jamás arriesgaría mi vida por uno de ellos y me terminé el plato tal y como había prometido. El jorobado relajó la postura cuando dejé la cuchara en el recipiente vacío.

—¿Por qué no pueden luchar los príncipes por la corona? ¿Por qué dejarlo en manos de otros? —pregunté con verdadera curiosidad.

—Las preguntas se han terminado.

Entrecerré los ojos.

—¿Y se supone que he de quedarme aquí encerrada hasta que algún monstruo venga a por mí?

—No, señora. No sois una prisionera. Como campeona gozáis de libertad de movimiento por el castillo, a excepción del ala este. Esas son las dependencias del antiguo rey y, creedme, por nada del mundo querríais ir allí.

Sentí que las garras imaginarias de criaturas, que podrían anidar a pocos pasos de mí, me arañaban la mente y tragué saliva.

—¿Qué eres tú? —pregunté, consciente de que debía haber más detrás de aquella fachada de humanidad.

—Solo soy un lava menor.

—¿Un lava menor? ¿Qué se supone que es eso?

—¿Acaso no os enseñan nada en el mundo del que venís?

—A los ilúricos nos desagrada tratar con nizs.

El jorobado puso una mueca de desprecio.

—Os aconsejo que no uséis esa expresión por aquí. Puede causaros problemas.

Levanté la barbilla con el desafío pintado en la mirada.

—No has respondido a mi pregunta.

Él suspiró. Si no se hubiera tratado de una pesadilla, incluso podría decir que se lo estaba tomando con calma.

—Los lava somos una de las cuatro razas de pesadillas. Cada raza se distingue por sus poderes más que por sus formas, ya que nosotros somos mutables y podemos adoptar el aspecto que nos parezca.

—¿Cuáles son tus poderes? ¿Y por qué en este castillo todos tenéis apariencia humana?

—Los lava tenemos control sobre la sangre, somos capaces de hacer que hierva dentro de las venas, pero mi fuerza es menor. —Un

escalofrío de terror me bajó por la columna. Él continuó sin percatarse—: Dentro de nuestras razas hay rangos de poder y los cargos más altos los ocupan las pesadillas mayores, aquellas que demuestran tener una fuerza superior para influir en el equilibrio. Sin embargo, el motivo por el que en Fosc escogemos la forma humana no es otro que la moda. Igual que en el caso de los ilúricos, supongo.

—¿Fosc? ¿Qué cuernos es eso?

Él abrió los ojos sorprendido.

—¿No sabéis dónde os encontráis? —Abrí la boca, pero no contesté—. Señora, estáis en Fosc, en la capital del mundo de las pesadillas, donde reinan la oscuridad y el caos.

Me giré hacia la ventana y observé cómo, a lo lejos, una tupida red de luces desafiaba el tono amoratado de un crepúsculo que se negaba a desaparecer. Desde allí solo eran puntos de luz, pero adiviné que se trataba de casas que seguían el cauce de un río, dispuestas con estructura circular sobre un valle liso.

—Supongo que para vosotros eso es un cumplido —dije más para mí que para él. Aun así, asintió—. De todas maneras, no es cierto que los ilúricos escojamos la forma humana, nosotros no podemos elegir, es la apariencia que tenemos.

Mis ojos se centraron en su espalda y él se percató.

—¿Os preguntáis por qué alguien escogería este cuerpo deforme? —No tenía por qué mostrarme amable con aquel niz. Sin embargo, sus palabras revelaron un rechazo que yo ya había sufrido en mis carnes. Además, aunque me repugnara, debía reconocer que no me trataba con el desprecio al que estaba acostumbrada—. Somos capaces de elegir, salvo que el daño sea permanente. Una fractura en los huesos de la columna me marcó para siempre. No importa la forma que adopte, no puedo deshacerme de lo que soy.

Sentí cómo mi pecho se encogía. Aunque no quisiera, sabía muy bien de lo que hablaba, yo misma llevaba toda una vida marcada. Y podía haber terminado mucho peor que él. Alejé aquellos remordimientos que llegaban vestidos de empatía y abracé la determinación de encontrar a Axia.

—¿Cuándo conoceré a las otras campeonas?

—Cuando sus Excelencias lo decidan.

Ni en broma iba a quedarme de brazos cruzados en esa habitación hasta que aquellas cosas decidieran que había llegado el momento de enfrentarnos.

El hombre —por primera vez me pregunté si tendría un nombre— tomó la botella de cristal esmerilado que había quedado sobre la bandeja y me la tendió. Un líquido negro como la noche se balanceó en su interior, lanzando destellos fugaces como si escondiera el brillo de las estrellas.

—¿Qué es eso? —recelé sin tomarla.

—Esto, señora, es atrium. No sobreviviréis a vuestra estancia en Fosc sin tomarlo.

—¿Y eso por qué?

—¿No notáis una pérdida en la visión? ¿Reflejos iridiscentes cuando os movéis deprisa? —No había sentido nada y él debió de verlo en mi cara porque sus facciones se deformaron hacia la extrañeza—. A otros ilúricos que han llegado hasta estas tierras les ha ocurrido; con el paso de los días, la ausencia de luz mermará vuestras defensas, aparecerán el cansancio y la fatiga, que solo se agravarán porque perderéis la capacidad de dormir y, por tanto, de soñar. Imagino que sabéis lo que eso significa...

Por supuesto. El insomnio mataba a los ilúricos. Nos alimentábamos de los sueños para existir, nuestra vida estaba tan ligada a ellos que perderlos nos reducía a la nada. Sin embargo,

aquello no me extrañó tanto como que hubieran ideado un remedio para que soportáramos la pérdida de luz. ¿Qué les importaba?

Moví los hombros para destensarlos y comprimí los gemelos como hacía cada vez que estaba nerviosa. Tomé la botella que me tendía, la abrí y olisqueé el contenido. El líquido fluía igual que la tinta de calamar, pero era tan inoloro como el agua.

—¿Por qué hay tan poca luz aquí? —inquirí inspeccionando el cielo inmóvil a través de la ventana.

—En nuestro mundo jamás se alza el sol. Hay quien dice que es lo que provocó el rey al transformar la luz en sombras y el sueño en pesadilla. Fue el pago por crearnos: la realidad se paralizó y el sol jamás ha vuelto a moverse desde aquel día.

—¿No tenéis amaneceres y puestas de sol? ¿Solo este crepúsculo infinito?

Él asintió.

—Nuestros cuerpos están adaptados a este mundo, pero el vuestro no lo resistirá sin la ayuda del atrium.

Evité resoplar. No podía saber los efectos que ese líquido tendría en mí, ni siquiera tenía claro si debía fiarme de la palabra de aquel ser; sin embargo, su mirada carente de desprecio tomó la decisión por mí. Aquella imprudencia debía servirme de advertencia para huir lo antes posible de aquel mundo con Axia y no mirar atrás.

Levanté el brazo y vacié el contenido de la botella por mi garganta. Esperé a que el regusto amargo apareciera, pero, en su lugar, surgió un inesperado sabor a violetas.

Él enarcó una ceja como si me hubiera leído el pensamiento y su cuerpo comenzó a hacerse traslúcido. Recordé que algunos nizs tenían la capacidad de esfumarse en el aire y los nervios agarrotaron mi estómago.

—¿Te marchas? —le pregunté a la desesperada. No sabía en qué momento su compañía se había convertido en mejor opción que estar sola.

Quizá estaba más asustada de lo que yo misma estaba dispuesta a admitir.

—Recordad que no estáis prisionera, aunque sí debéis permanecer dentro de los muros del castillo. —Su nariz y sus dedos desaparecieron por completo—. Ah, y una última advertencia: manteneos alejada de mi gente si queréis seguir con vida; no todas las pesadillas serán amables con una ilúrica, pero en especial evitad al príncipe de la noche. Si os encuentra a solas, podéis daros por muerta.

No entendí si, acaso, a aquel príncipe se le aplicaban unas reglas distintas a las de sus hermanos; por desgracia, en ese momento era mucho lo que no sabía.

—¿Cuál es tu nombre? —me sorprendí preguntando.

Él movió los labios antes de desaparecer por completo.

—Morf, señora. Para servirle.

Señora. Definitivamente, aquella no sería la peor de las pesadillas.

***

Inspeccioné la habitación en busca de una salida que no encontré, tomé prestadas unas prendas que colgaban de las perchas del armario y me vestí con unos pantalones anchos y ligeros y una camiseta sencilla, ambos de tallas más grandes que la mía y de tonalidades oscuras. La inquietud que me provocaron esos colores solo la entendería quien hubiera crecido con un dogma. Separar lo que es puro y lo que está corrupto, mancillado, estaba en mis

instintos tanto como comer o respirar, y ver aquellas tonalidades sobre mi piel me revolvió las tripas.

Giré la manivela y entorné la puerta para poder ver el pasillo a través de la rendija antes de salir. Junto con mi ropa había perdido mis armas y mis pastillas de opio y era consciente de lo poco que duraría en aquel reino sin una cosa o la otra.

A falta de una idea mejor, bajé por las mismas escaleras y volví a la planta baja, en la que las columnas espirales y los amplios techos me recibieron altivos. Me deslicé pegada a la pared, aprovechando los recodos y sombras hasta cruzar a lo ancho el monumental pasillo y alcanzar unas nuevas escaleras. Siguiendo la lógica, aquella parte del castillo debía ser el ala norte, donde Morf había dicho que se encontraba otra de las competidoras.

Y caminé. Me adentré en sus recovecos y pegué la oreja a las puertas, esperando captar en cualquier momento la voz de Axia. Pero cuantas más puertas dejaba atrás, más se avivaba mi desesperación.

«Tienes que estar viva. Tienes que estar cerca».

Aun así, todas las dudas que le había expresado a Narrow asaltaron mi mente y me encontré atrapada entre palabras fantasmales que me llevaron al borde de las lágrimas. ¿Y si Axia ya estaba muerta? ¿Y si no era ella una de las campeonas?

Recorrí toda el ala norte y cada puerta silenciosa me gritaba lo que nunca le había dicho, lo que jamás le diría...

Tenía el corazón aterido, como una fruta podrida. Llegué al final del pasillo y me topé con una puerta algo más ornamentada. Podía llevar horas andando, pero aquella puerta parecía dar paso a algo más. Algo prohibido. Recordé la advertencia de Morf sobre el ala este.

Un crujido partió el silencio a mi espalda.

Me giré tan rápido que el mundo se tornó borroso y me lancé al suelo.

Una red viscosa impactó contra la puerta, supurando un pus tan agrio que me llenó la garganta de saliva.

Me puse en pie y escupí en el suelo al tiempo que examinaba a la criatura que aguardaba frente a mí. Era algún tipo de arácnido, de patas peludas y terminadas en espolones. Las pinzas de su boca chasquearon en el aire, consiguiendo que desviara la atención de sus decenas de ojos inflamados del color de la miel.

Mis uñas me arañaron las palmas, añorando el peso de un arma, y el brazalete comenzó a vibrar. Una luz anaranjada e intensa. Aquella no era una pesadilla como la que había encontrado en el callejón. No. Aquella cosa iba a darme verdaderos problemas.

La criatura pinzó el aire, como si saboreara mi miedo antes de devorarme.

Repasé el pasillo en busca de cualquier objeto con el que defenderme, sin encontrar nada. Di un paso hacia atrás en dirección a la puerta, pero había quedado bloqueada tras la telaraña y el líquido infecto me dio la sensación de que podía acabar conmigo con más rapidez que la criatura.

El niz se aproximó, clavando sus pinchos en la mullida alfombra. Miré a mis pies, donde esta terminaba, di un salto y tomé el extremo de la tela antes de tirar con fuerza. La araña cayó en un enredo de patas. No perdí un segundo, le arrojé la pesada alfombra por encima, me precipité hacia uno de los candelabros que decoraban la pared y arranqué una de las velas. Debía acercarme si quería quemar aquella cosa antes de que se liberara.

Corrí hacia ella, pero, antes de que pudiera prender la tela con la llama, una de sus patas la desgarró y las otras se colaron por el agujero y tiraron hasta reducirla a jirones. El chillido del niz me

detuvo en seco. Sentí cómo el brazalete tiraba de mí, como un reclamo del sueño que estaba a punto de perder.

No sabía si estaba dispuesta a renunciar a un sueño importante, a uno que implicara volver a casa con Axia. El olvido de aquel sueño me dejaría atrapada en ese mundo y, lo que es peor, supondría abandonar a Axia cuando más me necesitaba. Así que me concentré en buscar entre mis recuerdos un sueño menor, uno que tras la proyección no me arrebatara algo vital.

Hacía mucho que en una batalla había salvado la vida a cambio de la ilusión de tener una familia, por la fantasía de un hogar. Pero me enfoqué en un sueño que había tenido unas semanas atrás: *La luz bailaba entre las ranuras de madera que tapaban las ventanas, el olor a polvo me dio la bienvenida a mi nueva casa*. Como tantas otras veces, la ceniza del brazalete inició el proceso de transferencia y atrapó mi sueño. Mi visión se aclaró y la imagen dio paso a su verdadera esencia. La casa se convirtió en vapor, mostrando mi necesidad de pertenecer a Llum, de vivir y ser una más en la capital de los sueños. Por un momento, mi cuerpo se saturó con esa felicidad, justo antes de desaparecer. El sabor de aquellas ilusiones perdidas fue tan extremadamente dulce, tan empalagoso, que empastó mi lengua.

La ceniza se iluminó, obteniendo poder del significado de aquel sueño, y la proyección atrapó a la araña en una red de luz.

Una punzada de dolor me atravesó el cráneo. Me mantuve en posición de ataque, con los pies anclados al suelo.

Algo no estaba funcionando como debería.

La araña apretó las patas, tomando forma de diamante, y soltó un grito agudo. El brazalete trató de mantener la proyección para acabar con ella, pero pronto fui consciente de que la fuerza de aquel sueño no era comparable con el poder de la criatura. Con un chillido

que me hizo estremecer, abrió las patas como si se desatara de una cuerda y la proyección desapareció.

Maldije todo cuanto conocía cuando sus ojos dorados se entrecerraron en un compás mortuorio, como si planeara las distintas maneras de sentenciarme.

La criatura se movió en mi dirección y yo retrocedí de espaldas hasta quedar arrinconada contra la telaraña. Los efluvios del líquido me quemaron la piel desnuda de los brazos y levantaron ampollas. Mis ojos buscaron veloces una salida, y entonces, en un movimiento forzado, el niz se elevó hacia arriba.

Un hierro le había atravesado el cuerpo desde abajo. Parpadeé confundida al tiempo que el niz gemía. Sus patas flaquearon y se desplomó en el suelo, clavándose más profundamente el metal que le había dado muerte.

De detrás del cuerpo sin vida salió una figura que yo ya conocía.

Alguien que no debería estar allí.

# 8

# Adicta

> Los sueños muestran las profundidades de nuestra psique. El engaño reside en su interpretación consciente.
>
> *Comprensión y significado de los sueños*,
> LOUISE FACILE

El cabello blanco de la chica se meció sin ataduras.

Flexionó los brazos para dar soporte a las piernas y ponerse en pie. Debía de haber rodado en el último segundo para que la criatura no la aplastara, justo después de atravesarla desde abajo con el hierro.

Vestía con la ropa de combate que le había visto en nuestro último encuentro, pero una nueva marca rojiza le cubría el pómulo derecho, afeando su rostro simétrico y la luz de sus pupilas.

Rodeé al niz —al parecer, en su mundo no se evaporaban como ocurría en la zona de vigilia— y me acerqué a ella bajo su mirada de reproche.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —increpó.

Dediqué un instante a mirar el cuerpo inerte de la criatura para recordarme que debía ser amable.

—Podría preguntarte lo mismo.

Onia chasqueó la lengua, dejando a la vista unos dientes blancos y alineados.

Ambas habíamos partido de Llum con la promesa de sacrificar nuestras vidas para cerrar los portales y, por lo visto, ninguna de las dos había cumplido su parte.

—¿Por eso estás marcada? ¿Eres aliada de los nizs? —preguntó, y miró mi cabello con una mueca de desdén.

Ni siquiera hice el esfuerzo de molestarme.

—Han capturado a mi amiga Axia y he venido a rescatarla.

Onia entrecerró los ojos con suspicacia. Finalmente, se carcajeó.

—No sé si eres estúpida o una completa suicida.

Mi cuerpo me exigió que mostrara un poco de dignidad. Solo me retuvo la esperanza de que pudiera saber algo más de los príncipes o incluso de la tercera campeona.

—Ni una cosa ni la otra. ¿Tú por qué estás aquí? —pregunté.

Su sonrisa se esfumó.

—No iba a permitir que se cobraran mi vida para incumplir la promesa que hice un día —contestó.

Cuando los proyectadores pasábamos las pruebas, jurábamos sobre las seis reglas del *Libro blanco de la logia* proteger a los humanos. Comprendí que tanto Onia como Narrow estaban convencidos de que el consejo pretendía salvar a los ilúricos cerrando los portales y condenando a los humanos.

—¿Y ese es el único motivo por el que has cruzado el portal? —cuestioné.

—No te debo explicaciones, marcada. Pero, si quieres saberlo, preferí desaparecer entre las sombras antes que servir a una causa corrupta.

—Pensaba que no había corrupción en Llum —le contesté y ella me devolvió una expresión hastiada—. ¿Sabes lo que tienen

planeado para nosotras?

Onia se estremeció, como si le repugnara que existiera un nosotras.

—No mucho. Cuando crucé creí que tendría una muerte inminente. —Su expresión se relajó, aunque sus ojos se volvieron más intensos—. No sé cuánto sabes, pero desde aquí seguiré mi camino. No quiero tener nada que ver contigo.

Abrí la boca con la mandíbula tensa.

—En apariencia, somos las únicas ilúricas en este castillo, estamos solas contra todos los nizs que puedan atacarnos. Al menos hasta que encuentre a Axia y logremos escapar.

—No. Tus planes difieren por completo de los míos.

—¿No quieres volver a la zona de vigilia?

—¿Y arriesgarme a servir de cerilla para su egoísmo? Ni hablar. Si consigo escapar, será al reino humano. Tú y yo hemos entrado por distintos portales y si salimos no será por el mismo camino. Mi tiempo como proyectadora ha llegado a su fin.

Arrugué el ceño. Era incapaz de entender cómo podía renunciar a lo que éramos.

Ni siquiera podía tildar su decisión de cobarde. Yo había traspasado el portal siguiendo los deseos de Narrow, priorizando a Axia por encima de mis juramentos. Pero no podía arrepentirme por intentar salvar a mi única amiga. ¿Qué habría sido de mí si no la hubiera tenido a ella?

Onia no parecía cómoda, oscilaba el peso del cuerpo de una pierna a la otra, como si sus decisiones pesaran tanto como las mías.

—¿La has visto? A Axia —pregunté.

Ella negó y miró a los lados antes de responder.

—Necesitan a tres —dijo casi en un susurro.

—Lo sé. ¿Quién te ha elegido a ti? —En cuanto su espalda se contrajo supe que a ella también le habían hablado del torneo y de los príncipes que competían por la corona.

—Aún no lo sé. Solo espero que no sea el príncipe de la noche.

La solté en cuanto sentí cómo se le nublaba la mirada.

—¿Lo has visto?

Ella asintió, aún de perfil.

—Estaba a mi llegada. Entró a la sala cubierto de sangre, como si acabara de salir del vientre de un animal, con un cuchillo en la mano izquierda y una cabeza cortada en la derecha. Nunca he sentido una presencia tan oscura.

Tragué saliva, repentinamente inquieta, como si un millar de ojos se hubieran posado en mi espalda.

—¿Una cabeza?

—Humana, creo —afirmó—. Si tengo que combatir por él, para que él se convierta en rey... creo que no podré hacerlo. Preferiría morir a dejar que alguien como él tenga el poder de decidir sobre la vida de los humanos.

Asentí despacio y ella dio por terminada la conversación. Se giró para seguir su camino, pero yo no había acabado, así que elevé la voz para preguntar:

—Espera. Si ves a Axia antes que yo, ¿le dirás que he venido a por ella?

Onia frenó, aunque no se volvió a mirarme.

—¿Cómo sabes que está aquí, que sigue con vida?

Me la quedé mirando sin responder.

Capté un destello de comprensión en sus hombros y, después, continuó andando.

***

Recorrí de nuevo los pasillos, esta vez del ala oeste, sin resultado.

La inquietud se enjauló en mi estómago como un pájaro acostumbrado a que lo alimenten, así que decidí no tentar más a la suerte y volver a mi dormitorio para planificar mis próximos movimientos. Sabía que tendría nuevas oportunidades si jugaba bien mis cartas y pasaba desapercibida. Además, bastantes problemas había ocasionado durante mi breve incursión, dejando un cadáver a mi paso.

Sentía la boca seca por la falta de estímulos. Mi cuerpo se había habituado a la paz que le ofrecía el opio y su ausencia comenzaba a pesar sobre mis músculos, tan angustiosa como la red que ahoga a un pez.

No sabía cuánto resistiría sin una dosis.

Al ir a tomar la manivela de la puerta de mi habitación, me detuve y levanté una mano. Estaba temblando. La apreté contra el pecho y entré en el dormitorio.

Todo parecía tranquilo, tal y como estaba antes, pero los envites redoblantes de mi corazón martilleaban contra mi pecho a un ritmo desenfrenado. No era la primera vez que me ocurría. Las taquicardias llegaban cuando mi cuerpo reclamaba un nivel mínimo de opio en mis venas.

Cuando los dolores comenzaron a arrasarme al cuidado de Narrow, él quiso aliviarme a través de analgésicos e infusiones de hierba de San Juan. Sin embargo, aquel padecimiento que me recorría la piel era tan intenso que jamás fueron una opción. Pasé mis primeros años en el recinto de entrenamiento sintiendo cómo mi cuerpo quería rendirse. Gracias a Narrow y Axia, que no me permitieron tirar la toalla, continué ejercitando los músculos y

manteniendo una alimentación saludable. Pero el dolor nunca me había abandonado.

La primera vez que probé el opio no solo descansó mi cuerpo, también lo hizo mi mente. Después de años de un sufrimiento sin fin, atisbé la luz al final del túnel. Pero lo que nadie me dijo fue que el opio iba a limitar mi futuro en una dirección, una que sería tanto vital como peligrosa.

De cualquier forma, lo que le había dicho a Janos era cierto: no me consideraba una adicta. Era un pequeño precio a pagar y creo que, en el fondo, pensaba que podía manejarlo.

Pasé hacia el lavabo, que estaba separado del dormitorio por un gran biombo de tela, y al doblar la esquina me di de bruces con una desconocida. Mis ojos se encontraron con los suyos. Aspiré y retuve el aire, completamente inmóvil, esperando su ataque. Caminé hacia atrás y caí encima de la tela fina del biombo, destrozándolo todo a mi paso. Resollé, con los nervios de punta, esperando que la mujer se abalanzara sobre mí, pero nada ocurrió.

No había posibilidad de que no me hubiera visto. Estiré el cuello, me puse de pie y me acerqué a ella con cuidado. Entonces, al llegar a su altura, entendí que sus movimientos no eran otros que los míos, reflejados en un espejo.

Me toqué las mejillas con la mirada vidriosa. Mi reflejo me devolvió unas facciones suaves y una nariz pequeña. Mis labios eran gruesos y marrones y mis ojos redondos, con el iris grisáceo y las pupilas blancas de los ilúricos. Me agarré el cuello con ambas manos, como si temiera dejar de respirar. Aquella era la primera vez que veía mi rostro, aunque mi mirada fue directa a mi cabello. Lo llevaba suelto —una parte de mí había esperado que fuera más sencillo de esta forma camuflarme entre las pesadillas, aunque, al parecer, no había tenido éxito—, también encrespado y tosco, como un arma sin pulir.

Pero sobre todo era negro, tan oscuro como las tripas de una ballena.

Pensaba que la imagen no podría causarme más estupefacción, hasta que habló:

—Parece que hayas visto a un muerto.

—¡Ah!

Volví a caer al suelo. Gateé hacia atrás y arrastré conmigo la tela del biombo. Desplacé la mirada del espejo al techo, donde unos espolones de oscuridad surgían desde las esquinas. Unas formas se forjaron a través del humo y adquirieron tono de hueso: los cráneos de unas calaveras que se precipitaron hacia mí con las bocas abiertas en fieras sonrisas.

A toda prisa me giré, apoyé las manos en el suelo para levantarme y corrí hacia la puerta. Las risas de aquellas criaturas me pisaron los talones. Una de ellas llegó antes que yo a la salida. Me detuve en seco y, sin pensar, le pegué un revés lo bastante fuerte como para quitarla de mi camino. Pero antes de que pudiera tocar la manivela ya estaba rodeada. Probé a lanzarme al suelo y me arrastré debajo de la cama, aunque pronto me percaté de que no había sido la mejor idea. Los cráneos me siguieron bajo el somier y tuve que rodar de lado para salir de la prisión que yo misma había creado. Los aparté a manotazos.

Varios huesos crujieron cuando los chafé con el peso de mi cuerpo. No podía permitir que me mordieran.

Me abalancé hacia la cómoda y estrellé el frasco vacío de atrium contra la madera para sentir el peso de un arma. Pero eran demasiadas. No me detuve a comprobar si podía vencerlas. Corrí hacia la puerta, que estaba más despejada gracias a mis fintas, tomé el pomo y cerré a toda prisa tras de mí.

Apoyé la espalda en la puerta como si esperara sentir su empuje desde dentro, pero los gritos de júbilo cesaron en cuanto salí de la habitación.

Me aparté con precaución y la tranquilidad siguió reinando en el pasillo.

Jadeé sin saber qué hacer. No había nadie a quien pudiera acudir.

A través de la ventana, al final del pasillo, podían verse un bosque y las luces de un embarcadero. Decidí dirigirme hacia allí, cuando un dolor al final de mi espalda se ramificó en calambres por mis piernas. La explosión en mis nervios era impredecible, podía estar un par de días sin padecerla o un mes completo retorciéndome de sufrimiento.

Arqueé la espalda y mis manos se aferraron al marco. Aquella con la que sujetaba el vidrio del frasco roto de atrium sangró por los cortes superficiales. Mis rodillas cedieron y me di de bruces contra el suelo. Sin las pastillas solo podía esperar a que el calvario remitiera de forma natural, acumulándose al ritmo desenfrenado de mi pecho.

Me giré para quedar de espaldas a la pared y controlar la escalera. Si tenía alguna esperanza de sobrevivir no podía permitir que me encontraran en aquel estado. Solo me quedaba una alternativa...

Sujeté con más fuerza el cristal y resoplé para contener en la boca los gemidos antes de rasgarme la piel del brazo. Corté con suavidad, formando pequeños riachuelos de sangre que regaron el suelo. Intentaba por todos los medios no recurrir a la autolesión, pero en aquel instante necesitaba distraer a mi corazón para que no colapsara, y no era la primera vez que mi sangre servía de mordaza.

Poco a poco funcionó. Mi pulso se estabilizó y los pinchazos del cristal equilibraron el dolor en mi mente hasta que remitió. Había tenido el cuello en tensión, así que dejé caer la cabeza contra la pared al mismo tiempo que soltaba el vidrio. A esas alturas tenía las

manos y los brazos manchados de sangre y un apestoso olor a hierro impregnaba el pasillo.

—Interesante.

La voz activó todo mi cuerpo. Era grave y oscura, sin vida.

Busqué una señal de dónde venía, el más mínimo movimiento. ¿Qué más me esperaba en aquel mundo maldito?

Unos pasos delataron la presencia de un hombre.

Era grande como la tormenta y de rasgos duros como una piedra preciosa. Su palidez contrastaba con sus ropas negras, tan oscuras como la sangre de un monstruo. Vestía botas de cuero, con cintas a mitad de los muslos y una camisa cubierta por un abrigo hasta los tobillos, que marcaba sus anchos hombros.

Salía de las sombras como si la noche le perteneciera. Un crujido de su mandíbula me hizo recorrer con avidez su rostro pétreo. Tenía el mentón recto, la nariz aguileña y el pelo negro y revuelto, pero sus ojos... Sus ojos eran un pozo sin fondo hacia la desgracia. No supe si las sombras le servían de refugio o si aquella oscuridad manaba de algo superior, más grande que todo cuanto hubiera experimentado, más perversa que el aura de los otros príncipes. Aquellos ojos ensombrecidos eran el comienzo y el final de un mundo.

—Tú debes de ser la tercera —dijo con aquella voz que era capaz de convertirse en verbo.

No necesitaba presentación. No tuve duda de cuál era su nombre.

Nocte.

# 9

# Acorralada

> Cuando las lágrimas de las estrellas rasgaron la densa noche, ¿sentiste en la piel el momento de la creación? ¿Quien creó el verbo fue quien te dio forma?
>
> *Canciones a la noche*, W. B.

—¿Sabes sangrar, pero no hablar? —Su voz llegó como un veneno, deslizándose por mis nervios. Rezumaba un poder crudo, salvaje. Solo mirarlo ya suponía un desafío a las reglas naturales. Instintivamente, mis dedos buscaron el cristal por el suelo, como si pudiera protegerme de lo inevitable.

Una presión insoslayable me atenazó los pulmones, impidiéndome respirar.

Con un jadeo conseguí soltar:

—No pretendo sobrevivir mucho, pero no puedo morir esta noche.

Sus ojos recorrieron mi brazo ensangrentado y su boca se ladeó en una sonrisa.

—¿Tienes nombre, ilúrica?

—Mi nombre no importa.

—No, supongo que no. —Su sonrisa desapareció, como si nunca hubiera existido, y su mirada se tornó abrasadora—. Veo por qué mi

hermano te ha escogido, pero dime: ¿una cosita tan pequeña como tú qué está dispuesta a dar por el torneo?

Mis ojos se estrecharon y se toparon con los suyos.

—No hay nada que me importe menos que vuestra corona de sombras.

Resopló sin humor.

—Los ilúricos sois tan predecibles, tan inútiles —susurró. Su tono era cruel, o decepcionado, como si se lamentara.

—Somos tan útiles como vosotros para guardar el equilibrio.

Él chasqueó la lengua contra los dientes.

—¿Y qué sabes tú del equilibrio?

—Sé que a los nizs no os importa una mierda.

En un parpadeo, Nocte cruzó la distancia que nos separaba y con él se movió la noche entera. Mi brazalete se encendió con un brillo cegador.

Morf me había dicho que no usara la palabra «niz» delante de Nocte. Me maldije.

Él se acuclilló frente a mí.

—Tienes la lengua demasiado afilada, sería una lástima perderla. —Su aliento me lamió las mejillas.

—No te tengo miedo —mentí.

Sus labios oscilaron.

—Estás temblando como una hoja, Cuervo.

Mis ojos se agrandaron, conmocionados. Los suyos me recorrieron el pelo.

—¿Cómo me has llamado?

No movió las manos y sin embargo sentí su tacto tétrico en mi cabello. Mis dedos se engarfiaron en torno al cristal y su boca volvió a elevarse.

—Hay oscuridad en ti. Es imposible no verla. —La delicadeza de su voz aplastaba mis huesos—. Seguro que eres la desgracia de tu gente. Un pájaro negro, alimentándote de los destellos de luz como si fueran carroña.

—Ya me habían avisado de que no eras buena compañía.

Levanté el mentón, dispuesta a morir, y él soltó un resoplido seco.

—No hay mejor compañía que la mía.

Me recorrió lentamente, como un gato que mira con curiosidad a su presa, y se detuvo en los cortes y la sangre seca de mi brazo.

—¿Qué quieres de mí? —le pregunté.

Él ladeó el cuello antes de decir:

—Quiero saber qué queda de los sueños cuando se hacen pedazos.

El peso de sus palabras me presionó el pecho, como una piedra sobre el fango. Tragué saliva.

—No podrás descubrirlo: hace mucho que estoy rota.

Por un instante, el aire se congeló. Sus pupilas del negro más abisal se clavaron en las mías y me sentí mucho más desnuda que en el salón del trono frente a sus hermanos.

—Rota, sí —dijo al fin, su voz tan baja que apenas fue un susurro —. Pero las cosas rotas suelen ser las más interesantes.

La siguiente sonrisa dejó entrever sus dientes. Sus ojos chispearon y el aire osciló. Un viento suave se despertó y bailó una danza lenta justo antes de que su figura desapareciera en la noche.

Atrapé el oxígeno en jadeos rápidos. Todos me habían advertido y yo no había prestado atención, pero en ese instante supe que aquel príncipe podría ser lo último que viera antes de morir.

***

Dormí en aquel pasillo. No necesitaba descubrir si las calaveras se habían marchado, pero, sobre todo, no tenía ningún deseo de reencontrarme con la mujer del espejo. Apoyé la cabeza en el muro de piedra y dejé que el sueño me llevara; sin embargo, lo que me llegó no fue lo que esperaba.

*Era un sótano. Estaba segura porque recordaba haber dejado las herramientas con las que había cortado la madera. Había un reloj sobre la mesa, aunque no alcanzaba a ver la hora. Me dirigí hacia la cama y me senté, apoyando los zapatos sobre la colcha. Unos cuadros desfilaron frente a mí y las pinturas me parecieron preciosas. Debía escoger cuál me gustaba más de las tres porque solo podía quedarme con una. Pero cuanto más se acercaban menos podía decidirme.*

Me desperté sobresaltada. Como cualquier ilúrico, era capaz de interpretar los sueños de manera instantánea para usarlos más tarde en las peleas, y lo que había aparecido en este hizo que me estremeciera.

Salir de la zona de vigilia me había dejado más expuesta y vulnerable de lo que me había sentido en mucho tiempo, y era consciente de que debía conservar la calma si quería dejar de cometer errores que me costaran la vida.

Las horas no transcurrían en aquel mundo sin ciclos de luz. Es por eso que me alegré cuando vi la cara conocida de Morf subiendo por las escaleras.

—¿A los ilúricos no os gustan las camas?

Apreté los labios, pero no pude contener un resoplido divertido.

—No me siento cómoda en espacios cerrados —mentí.

Él alzó una ceja poblada y abrió la puerta del dormitorio.

Mis músculos se pusieron en tensión, pero Morf entró despreocupado.

Me puse en pie y lo seguí. Mis ojos recorrieron la estancia sin hallar rastro de las pesadillas.

—El príncipe Terrent ha solicitado que os preparéis para una audiencia con él. Os explicará todo lo que necesitáis saber antes de las pruebas. —Su voz se ralentizó al pisar algunos de los cristales del frasco de atrium que había roto para defenderme de las calaveras.

Morf alzó ambas cejas.

—Tuve un accidente —expliqué, poco dada a dar más detalles.

—Ajá. —Barrió los cristales con la bota y me tendió un nuevo frasco de atrium—. Debéis tomar uno al día.

Me acerqué a inspeccionar el líquido de cerca.

—¿Qué clase de veneno es este?

Él suspiró.

—No es veneno. Y no me compete a mí hablar del atrium. Solo he venido porque me han pedido que te instruya antes de presentarte ante el príncipe Terrent —pasó a tutearme.

—¿Instruirme? —Solté una carcajada—. ¿Qué creéis que soy? ¿Una debutante en busca de marido?

Él me miró con gesto serio.

—Necesitas aprender modales, muchacha. ¿Crees que sobrevivirás a la corte de los susurros por tu cuenta? —Ni siquiera pensaba que fuera capaz de subsistir dentro de las nueve casas, pero me ahorré la respuesta y Morf puso los ojos en blanco—. Bueno, primera regla: nunca le des la espalda a los príncipes. Te darás cuenta de que los cortesanos orbitan a su alrededor.

»No sé qué fuerza os guía a los ilúricos; pero aquí, en el reino de las pesadillas, nuestros príncipes son dioses y merecen el máximo respeto. No les lleves la contraria, no insistas, no hagas comentarios fuera de lugar...

Di unos golpecitos con el pie en el suelo y él me fulminó con la mirada.

Levanté las palmas hacia arriba.

—De acuerdo. —Haría lo que fuera necesario para encontrar a Axia.

—Segunda regla: si los príncipes desean alimentarse de tus miedos, no te resistas. Sería poco menos que traición...

—Para, para. —Negué con energía. El aire rascó mi tráquea—. ¿Tengo que permitir que se metan en mi cabeza?

—Creo que no lo entiendes. Es un honor para cualquiera de nosotros que ellos nos consideren dignos de ser *vistos*.

Compuse una mueca de asco. Mi mente era el único lugar que me pertenecía. No podía imaginarme abriendo mis miedos, mis esperanzas y sufrimientos a los que continuaban siendo mis enemigos mortales.

—No. Eso no va a pasar.

—Si piensas que eres capaz de resistirte, lo primero que harán será meterse en tus recuerdos y después destrozarán tu mente. No puedes luchar contra los designios de los dioses.

Pero esos dioses a los que aludía a mí me habían parecido de carne y hueso.

Compuse una máscara para no seguir discutiendo y Morf se dio por satisfecho.

—La tercera regla es la más importante: no respires el aire de los príncipes.

Arrugué el rostro entero.

—¿Lo dices en serio?

—Nunca te acerques tanto como para que crean que estás consumiendo sus recursos.

No creía que eso fuera a ser un problema. Sin embargo, recordé lo cerca que había estado Nocte, tanto que la puntera de sus botas me había rozado el muslo. ¿Él era una excepción? En absoluto. Si se había acercado era para acabar con mi vida, para detener mi respiración para siempre. ¿Quién sabía por qué no lo había hecho? Aunque lo cierto es que no me había parecido molesto, solo... curioso.

Asentí con expresión ausente. Morf se quedó mirándome hasta incomodarme.

—Permíteme darte un consejo extra, Pixy: aprende de la maldad. En tu lado oscuro se encuentra la mitad de tu verdadera forma y serás más fuerte si empiezas a aceptar todas tus debilidades.

Cambié el peso de un pie a otro. Reconozco que no di a sus palabras la importancia que merecían. En aquel momento solo pude pensar que aquel niz me había llamado por mi nombre.

# 10

# Corte de los susurros

> Negro. No por nuestros corazones, sino por el miedo a las tinieblas superado.
>
> *Libro de Sombras* 14:5, versión NIKOLA-RUNYX

Estaba de rodillas sobre un suelo de mármol oscuro y mi rostro se reflejaba en la superficie. Seguí con los ojos, extrañada, las líneas redondeadas de mis mejillas.

Me sobresalté al escuchar los rieles de la cortina descorrerse, pero, tal y como me había indicado Morf, no me moví. Se suponía que aquella era la forma en la que debía esperar al príncipe Terrent.

Los pasos se aproximaron y se detuvieron a unos cuantos metros de mí.

—Después de nuestro último encuentro no espero milagros, querida. —Las ondas de poder que manaban de su voz me tensaron los hombros. Terrent suspiró—. Puedes levantarte.

Lo hice con rudeza, como un cuchillo sin afilar que entra en su funda.

La estancia era dorada y verde, recargada y repleta de tapices, cuadros y estatuas adornadas con orfebrería. Entre la decoración destacaba un templete bajo el que se encontraba el príncipe. Su ropa estampada fluctuaba gracias a un viento invisible, confiriéndole un aspecto etéreo.

Tomó su largo cabello plateado y lo pasó por uno de sus hombros. Todavía no comprendía cómo podía parecerse tanto al de mi gente.

Esperé a que hablara, pero él parecía contento con el silencio.

—¿Cuándo me reuniré con las otras competidoras? —pregunté al fin.

—No queda mucho para eso —respondió, impreciso. Se cruzó de brazos y se dejó caer contra una de las columnas—. Es importante que sepas... ¿Tienes nombre, criatura?

Un escalofrío me recorrió justo antes de contestar:

—Pixy.

«No tienes que colaborar con él, solo engañarlo hasta que encuentres a Axia y consigas escapar de aquí», me dije.

—Un nombre terrible y no en el buen sentido. En fin, como iba diciendo, es importante que sepas, Pixy, que mis hermanos tendrán una estrategia planeada para sus campeonas y nosotros también debemos poner en marcha la nuestra. Así que es vital que comprendas lo que está en juego. ¿Sabes por qué estás aquí?

—El rey ha muerto y vosotros queréis conseguir la corona; lo que no entiendo es qué pinto yo en todo esto.

Él me examinó, molesto.

—Eres descarada. Pero lo cierto es que no esperaba más —suspiró.

—Si algo he comprendido de esta situación es que me necesitas para ganar el torneo. Creo que puedo permitirme tutearte. —No sé de dónde saqué la fuerza que llenó mis palabras de una calma helada.

—Ojalá que vuelques toda esa furia contra tus oponentes, querida. Nos será de mucha ayuda.

Ante mi silencio, él continuó:

—He de aclararte que mi padre no ha muerto, lo han asesinado, y por primera vez desde que el mundo es mundo la corona de sombras no tiene dueño. —Fruncí el ceño y busqué algún signo de humanidad en su expresión. Tan solo encontré vacío y un brillo calculador en sus pupilas—. Verás, Pixy, mi padre dejó escritas sus últimas voluntades. Al parecer, el viejo rey no quería que sus hijos nos enfrentáramos por el trono, pero tampoco nombró un heredero. Eso nos complica las cosas.

—Sigo sin comprender por qué estoy aquí.

Su mirada abrasadora se clavó en mí. Una chispa destelló en sus iris y sentí que mis pulmones se incendiaban.

Mis costillas se contrajeron y el dolor se propagó por mi espina dorsal.

La presión se concentró en mi pecho, y noté el sabor amargo de la bilis en la garganta. Terrent no necesitaba estar cerca de mí para herirme y aquellas punzadas en mi espalda eran prueba de ello.

Aguanté el dolor de la acometida y él alzó las cejas sorprendido.

—Fascinante. —El dolor cesó y compuse una máscara para ocultar mis emociones—. Estás aquí porque si soy yo quien mata a mis hermanos pierdo la corona. Sin embargo, con un torneo de criaturas que compitan en nuestro nombre todos salimos ganando.

«Todos excepto nosotras».

No sabía si me horrorizaba más que hablara con aquella ligereza de matar a sus hermanos o las consecuencias que empezaba a atisbar para el caso de que Axia fuera otra de las competidoras. En ese momento casi deseé que se encontrara muy lejos de mí, lejos de aquel castillo.

—¿Por qué escoger a ilúricas como campeonas? Debéis odiarnos tanto como nosotras a vosotros.

Terrent se rio.

—Tanto o más, querida. —Su mirada se ensombreció—. Pero los humanos son débiles, necesitábamos criaturas con poderes y que supieran luchar. Además, Nocte pensó que sería divertido ver cómo os destrozáis entre vosotras.

Una ira amarga me escaló por el estómago y ardió en mi garganta.

—Qué casualidad que hayan aparecido las ilúricas que necesitáis en el momento preciso —dije pensando en la captura de mi amiga.

—¿Casualidad? Creo que no eres consciente de la cantidad de los de tu raza que caen en los portales tras los enfrentamientos.

No sabía si Terrent estaba mintiendo, pero, si había estado involucrado en el rapto de Axia, terminaría por descubrirlo y haría que lo pagase.

—¿Y qué esperas de mí? ¿Quieres que luche por ti? ¿Que gane por ti?

Terrent levantó una mano displicente.

—Por supuesto. Nosotros tenemos una motivación común, Pixy, tú y yo. —Entrecerré los ojos y él sonrió—. Imagino que sabes lo importantes que son los portales para mantener el equilibrio en el mundo humano.

Si había algún músculo de mi cuerpo que aún no estaba en tensión, en aquel momento se contrajo.

—¿Qué tiene esto que ver con los portales?

—Todo. Los portales son un vaso rebosante de vino; unas gotas más y se desbordarán hasta ahogar al último de los humanos. Somna y Nocte pretenden derramarlo, salpicar cada rincón. Yo, sin embargo, soy de los que piensan que todo caos es admisible con un orden.

—¿Los otros príncipes quieren cerrarlos?

—¿Cerrarlos? ¡Por supuesto que no! Mis hermanos quieren abrirlos de par en par. —Fruncí el ceño. Sin las pesadillas, la mente de los humanos colapsaría, pero un exceso de terrores nocturnos supondría para ellos una muerte mucho más rápida. Terrent soltó un suspiro y explicó—: Los portales poseen una membrana que no les permite estar ni completamente abiertos ni cerrados.

—Lo sé, funcionan como una puerta entornada.

Él compuso una expresión de hastío.

—Cualquier alteración de esa membrana supone la pérdida del equilibrio en el mundo humano, ya sea porque permita el paso de más pesadillas o porque nos lo restrinja.

—Entonces, si ninguno de vosotros tiene aún la corona y no habéis tocado los portales, ¿por qué están llegando más pesadillas a las zonas de vigilia? —protesté.

—Eso es culpa del rey muerto. Su poder mantenía intactas las membranas, pero tras su asesinato la fuerza de los portales fluctúa, late como una herida que supura pesadillas en las zonas de vigilia.

Me sobrevino un escalofrío. Aunque no quisiera reconocerlo, todo cuadraba. Aun así, pregunté:

—¿Por qué los otros príncipes quieren abrir los portales y por qué tú no deseas lo mismo?

—Yo soy tan pragmático como lo era mi padre. Deseo que mi gente esté conmigo en este reino, donde pertenecen. Mis hermanos buscan venganza.

Aquella respuesta hizo titubear mis planes. ¿Si encontraba a Axia sería capaz de marcharme con ella? ¿Dejaría el mundo humano al azar de unas pruebas malditas? La desazón congestionó mi lengua y ralentizó mis pensamientos.

En cualquier caso, su versión coincidía con lo que opinaban Onia y Narrow acerca de las decisiones del consejo. Las nueve casas habían

escogido salvarse y condenar a los humanos. La rabia hirvió en mis venas, líquida como un veneno. Había destinado todos los esfuerzos de mi vida a impresionar a un espejismo.

Terrent abandonó el pilar sobre el que seguía recostado y se acercó a mí.

—Yo soy la única oportunidad que tienes para restablecer el equilibrio que los portales han perdido con la muerte del rey —dijo, como si hubiera leído mis pensamientos.

Aparté sus palabras al fondo de mi mente, donde no me molestaran hasta que cumpliera mi propósito de localizar a Axia.

Terrent respetó mi silencio, metió la mano dentro de la vaporosa chaqueta y sacó mi cajita, aquella donde guardaba el opio, la misma que había perdido junto al portal. La agitó en el aire; las píldoras sonaron contra el metal y todo mi ser exigió que la recuperara. No sabía si las había encontrado junto al pastillero o si eran las que me habían arrebatado al despojarme de la ropa.

Él esbozó una sonrisa taimada al ver mi rostro descompuesto.

—Supuse que eran importantes —dijo al tiempo que abría la caja y sacaba un par de pastillas. Volvió a agitarla y esta vez sonó con un único repiqueteo. La lanzó en el aire y yo la atrapé con desespero—. Queda una dentro. Puedes ganar la primera prueba y conseguir el resto o limitarte a perder y aprender a subsistir sin ellas.

Contraje el labio superior, mostrando los dientes. El peso de la caja me proporcionó la misma tranquilidad que se esfumó al pensar que aquel era el precio de mi libertad.

Me pregunté si existía la posibilidad de que Terrent se hubiera metido en mi mente sin que me diera cuenta. Pero no creía que supiera lo mucho que necesitaba aquellas píldoras. Quise pensar que había visto la oportunidad de presionarme y la había aprovechado.

Quizá me llevara más tiempo del esperado escapar de aquel reino con Axia y, en ese caso, necesitaría recuperar los analgésicos, o en menos que canta un gallo estaría bajo tierra.

—¿Qué tengo que hacer para ganar la primera prueba? —Tenía los dientes tan apretados que dolían.

El príncipe sonrió, aunque su mirada continuó sembrada de sombras.

—El viejo rey dejó selladas las tres pruebas a las que tendréis que enfrentaros. Mi padre era dado a los acertijos y los juegos de poder, por lo que he de suponer que no solo necesitarás tu fuerza. Pronto descubriremos si tienes algo dentro de la cabeza.

—Pensaba que erais vosotros quienes habíais decidido usar a campeonas que peleen en vuestro nombre.

«Como los cobardes que sois», pensé para mí.

Terrent frunció con ligereza el ceño, aunque apenas se marcó en su piel de porcelana.

—No, no hubiera sido propio de mi padre dejar las cosas al azar.

—¿Así que no sabes nada sobre las pruebas?

Su garganta emitió un ruido molesto.

—Sí, sé que esta afectará a las demás.

—¿Y qué cuernos...?

Un carraspeo me interrumpió. Seguí la mirada del príncipe, dejándolo a mi espalda, y me centré en la mujer que esperaba junto a la cortina.

Solo alcancé a ver que tenía el cabello rojo sujeto por una diadema antes de que un dolor abrasador, mucho más fuerte que el que había sentido hacía apenas unos instantes, me doblara en dos. Caí al suelo y una de mis rodillas recibió el impacto de mi cuerpo. Apreté los dientes para ahogar un grito.

—Nunca más me des la espalda, necia. —La voz de Terrent retumbó en mis oídos.

Soporté el dolor liberando resoplidos. Me di cuenta de que la vez anterior solo estaba poniendo a prueba mis límites. Su poder era mayor de lo que había imaginado. Un fuego que se contaba por segundos me recorrió el cuerpo.

Hasta que, de repente, cesó.

Corregí la postura con esfuerzo para quedar frente a él de nuevo e imaginé que mis manos agarraban esa garganta pétrea hasta dejarlo sin respiración. Un rubor desquiciado surcó mis mejillas.

—Mi príncipe, vuestros hermanos esperan —dijo la mujer. Su voz era tan fuerte y armónica como el vuelo de cien vencejos.

No me atreví a girarme.

Terrent pasó frente a mí y tuve que apretar los puños para no cometer una estupidez.

Le seguí cuando traspasó la espesa cortina hasta una zona mucho más grande, rica en detalles y florituras doradas. La sala se estaba llenando de gente. No, de gente no, de criaturas del abismo con apariencia humana... Por poco no solté un bufido. Me contuve, era mejor para mí pasar desapercibida.

Apreté el paso para no perder a Terrent y me alegré de mi baja estatura, que me permitía no sobresalir entre aquella multitud de nizs ataviados con prendas recargadas y estampadas pero vaporosas.

Un par de mujeres reían, escandalosas, junto a una fuente de la que brotaba un líquido rojo con burbujas. Frené en seco para no chocarme contra un hombre de piel aceitunada que portaba un sombrero de tres picos. Traté de sortearlo, pero él también se movió, profirió una carcajada...

Y perdí al príncipe.

«Maldición».

Me puse de puntillas buscando un cabello plateado. Pero el mundo giraba a toda velocidad y frente a mí pasaron un sinfín de rostros y colores. Aparté de mala manera a una pesadilla con forma de mujer que extendió la mano hacia mi pelo. Entonces, entre el caos de danza y movimiento, sentí una presencia detrás de mí.

Su poder conseguía quebrar el aire y reducir la lógica del ruido. Me tensé por completo antes de girarme. Nocte me observaba desde un escalón que lo separaba de las pesadillas y le confería un aire de superioridad. Vestía totalmente de negro, con el cabello despeinado en puntas caprichosas, caóticas como la construcción de un arrecife de coral. Miró los cortes que aún me marcaban el brazo y su expresión se volvió todavía más siniestra. Comprendí que nadie pudiera darle la espalda, era imposible ignorar un poder tan absoluto.

Sus ojos se fijaron a mi derecha y así descubrí que Terrent había aparecido a mi lado.

—Mi hermano es imprevisible —dijo mientras le devolvía la mirada —. Mantente alejada de él. Puede hacerte daño de maneras que ni entenderías.

No imaginaba cuántas veces más tendría que escuchar aquella advertencia.

# 11

# Campeona

> Anhelo no sentir, de la misma forma que un alcohólico amarra una botella de *bourbon*. Al caer la noche mi alma se desvanece entre los vapores: atormentada, ingrávida, libre.
>
> *Flores marchitas,* MADAMEBALAIRE

Todo fluía sin orden.

Terrent me exigió que lo siguiera hasta el escalón en el que estaba Nocte, al que se unió también su hermana. Somna portaba una corona de espinas, que sujetaba a su espalda un largo velo negro. No llevaba los ojos cubiertos, pero sí maquillados con una profunda línea negra que le recorría en horizontal el rostro, como un antifaz que resaltaba el dorado de sus iris.

Me quedé a sus pies y me percaté de que las pesadillas retrocedían sin darle la espalda a los príncipes, dejando un espacio entre sus cuerpos y el mío. Lancé un vistazo rápido a Nocte, que tenía la mirada fija en el fondo de la sala.

Los tres se sentaron en tronos improvisados. La mujer pelirroja que había visto mientras hablaba con Terrent me empujó el hombro al pasar, subió el escalón y con tímido recato se situó detrás de Nocte, que se encontraba franqueado por sus hermanos. Era hermosa, aunque en un sentido desconocido para mí. Tenía los

rasgos afilados, la mirada almendrada y vestía prendas púrpuras con grandes plumas rojas en el pecho, un tono más claras que su cabello. Pasó uno de los brazos por encima del hombro del príncipe. Le susurró al oído y le acarició el pecho. La camisa negra se le pegó al cuerpo, revelando unos músculos torneados y definidos. Su otra mano asomó por el lateral del respaldo; en ella llevaba la mitad de una fruta, con la misma forma que un corazón y granos separados por tabiques membranosos semejantes a arterias. Una granada.

Nocte no la miró, tomó el fruto que le tendía y con el pulgar y el índice extrajo una de las encarnadas semillas para llevársela a la boca. Sus ojos ardieron en contacto con los míos. Contuve un jadeo y bajé la vista al suelo. Sentí en la piel la caricia salvaje de la sonrisa que se dibujó en su rostro.

—Queridos míos, hoy nos espera una velada deliciosa —dijo Somna.

Las pesadillas gritaron. Eran tan estridentes que no pude evitar una mueca.

—Serán tres las pruebas a las que tendrán que enfrentarse nuestras campeonas. Pero solo una de ellas se alzará como vencedora —bramó Terrent, con la mirada puesta en su gente.

Escruté a mi alrededor, pero no había rastro de Onia ni de la tercera contendiente. Después de la conversación con Terrent solo podía desear que Axia estuviera muy lejos de allí.

—¡Pronto dará comienzo la primera de las pruebas y esta será decisiva para marcar el rumbo de las siguientes! —los provocó Somna. Elevó la barbilla y unos mechones negros y rizados asomaron debajo del velo.

Nocte levantó la mano y un silencio sepulcral reinó en la sala. Descendió la palma con lentitud. Un crujido me hizo encogerme. Del techo bajó una figura: un tridente, cortado por un círculo. Las

puntas de los extremos estaban redondeadas, formando una medialuna. Era un sello. Por el poder que emanaba no podía ser otra cosa.

Miré a mi alrededor buscando una salida. Terrent capturó mi mirada y con los ojos me prometió que si intentaba huir me lo haría pagar muy caro.

Las pesadillas retrocedieron ante las órdenes de Somna y formaron un círculo en torno al sello. Yo me quedé entre este y los príncipes. Me coloqué de costado sin atreverme a darles la espalda, pero procurando no perder de vista aquella figura de la que surgían rayos de oscuridad.

Me toqué el cabello suelto y me amonesté por no haberlo atado. Había creído que, por primera vez, me haría pasar desapercibida... No esperaba enfrentarme tan pronto a la primera prueba.

—Que entren las otras combatientes —exigió Nocte.

Las puertas del final de la sala se abrieron. Los pasos resonaron en el repentino silencio, aunque yo solo vi una figura nítida. Onia caminaba con una fuerza contenida y decidida. Su trenza se mecía a cada zancada, como si invocara una melodía siniestra.

Pero tras ella apareció una silueta.

Me puse de puntillas, desesperada por ver quién la seguía.

El aire se detuvo en mis pulmones.

La mujer esquivó a Onia para colocarse a su lado. El corazón me martilleó en el pecho, fracturando cualquier esperanza. La reconocí antes de que la luz tocara su rostro.

La oscuridad dibujaba nuevas líneas de angustia en sus facciones.

—Axia —suspiré, inaudible.

Había esperado encontrarla. Cada segundo me martirizaba la idea de que estuviera lejos de allí. Pero eso había sido antes de saber que

tendría que enfrentarme a ella. Antes de comprender que Terrent esperaba que la matara.

Axia se había convertido en una prueba que no estaba segura de poder superar.

Los ojos de mi amiga se abrieron de par en par al verme al otro lado del círculo, pasando de la sorpresa al horror y la alegría. Soltó un gemido, pero de inmediato se tapó la boca con la mano.

—Cada una de estas candidatas representa a uno de los príncipes —dijo la mujer pelirroja, saliendo de detrás de Nocte y dirigiéndose a la corte—. La ilúrica, Onia Di-Urensis, competirá en nombre de la princesa Somna. Axia Steelmon será la encargada de combatir por el príncipe Nocte. Por último, Pixy... —Su mirada fue a parar a Terrent, como si esperara que la ayudara con mi apellido. Él se encogió de hombros y yo entrecerré los ojos, con los labios apretados en una línea recta—. Pixy batallará por el príncipe Terrent. Son invitadas del castillo que han de ganarse su derecho a ser respetadas. —Una sonrisa lobuna se perfiló en su rostro—. Tened mucho cuidado porque esta prueba solo terminará cuando finalice el torneo o cuando ponga fin a vuestras vidas...

Sus palabras reverberaron en mis entrañas. Como si le hubieran dado permiso, el sello cobró vida. Los haces de oscuridad que refulgía se intensificaron y todos mis músculos se tensaron. Las velas vacilaron, como si aquella presencia sombría fuera capaz de contener la luz.

Habían dicho que esa prueba marcaría el resto. Me preparé para recibir a alguna criatura del abismo.

Un crujido me congeló la sangre y el sello, hasta entonces inmóvil, se partió por la mitad.

—Que comiencen las pruebas —sonrió la princesa.

El sello latió como un corazón hambriento y, en una de aquellas pulsiones, la figura se deshizo en niebla, una niebla lenta, similar al delirio.

La sala apestó a incienso.

El tiznado vapor giró en un remolino y se contoneó hasta forjar la forma de un ser. Una criatura de humo abrió unos ojos rojos como brasas. Supe que aquella visión me acompañaría al cerrar los míos. Eché un vistazo a Axia y deseé que estuviera preparada para correr.

La pesadilla soltó un rugido y tuve que endurecer los muslos para que las rodillas no me temblaran. Mi brazalete se iluminó al mismo tiempo que el de Onia y Axia y provocó los murmullos de las pesadillas que nos observaban.

Roja.

La luz del brazalete era roja. Era la primera vez que me enfrentaba a una criatura con un poder tan extremo.

La pesadilla se ladeó para enfocarnos a las tres. Una curva negra se expandió donde debía estar su boca. Entonces, habló. O la oscuridad tomó palabras que llegaron a nosotras:

—Un deseo por cada cuerpo. Os condenará u os hará más fuertes. Vuestras elecciones serán las que determinen si se cumple o no. — Su voz resonó profunda, metálica.

Miré a Axia y mis manos temblaron.

¿Aquella cosa iba a concedernos un deseo? ¿Por qué?

Terrent se pasó el dorso de la mano por la mandíbula. No me observaba, pero sus labios estaban tensos.

¿Sería una trampa?

Capté los ojos preocupados de Axia y negué suavemente con la cabeza.

Ella dio un paso instintivo hacia atrás y profirió un grito cuando su talón se abrasó contra una barrera invisible. Estábamos atrapadas.

Axia gruñó con los dientes apretados y yo estrujé los puños con fuerza hasta que se volvieron blancos.

Tenía que pensar en algo, rápido.

Pensé en mi dolor, en lo mucho que necesitaba que se acabara. Pensé en el opio... en cómo me mantenía a flote cuando todo parecía hundirse. En la adicción. Pensé en mi amor por el mundo humano, en la caja de analgésicos con la que Terrent quería coaccionarme.

Pero allí estaba Axia, Axia y todo lo que le debía, y mi necesidad de devolverle aunque fuera un poco del amor que ella me había entregado. Sin condiciones. Se me cerró la garganta. ¿Qué implicaciones tendría aquel deseo? ¿Me pondría en peligro a mí? ¿Sería mejor para ella?

Sacudí la cabeza. No existía un futuro para mí, pero mi legado sería protegerla a toda costa. Aunque las posibilidades de que saliera mal...

—Un deseo. Hablad o morid las tres —exigió el ser de humo.

Los labios de Onia temblaron.

Se adelantó un paso.

—Deseo marcharme de aquí y cruzar al mundo de los humanos —dijo.

El humo ladeó la cabeza y sus ojos brillaron, como si tomara el deseo y lo proyectara hacia el futuro. Pero nada cambió.

La estancia se congeló mientras la criatura esperaba a que continuáramos.

Vi el terror de Axia y supe que yo debía ser la siguiente.

Tragué saliva. Y dije:

—Deseo que protejas a Axia de todo mal.

Los ojos de mi amiga me buscaron frenéticos. Sentí en la piel el escrutinio de los príncipes, la diversión de la corte.

Los ojos de la criatura volvieron a iluminarse, pero nada más ocurrió.

Esperé con todas mis fuerzas que se cumplieran, que mis palabras no perjudicaran a Axia y que Onia consiguiera salir de allí.

Entonces llegó su turno.

Mi amiga se mordió el labio con fuerza, me miró, miró a la criatura y se frotó las manos con nerviosismo. Al fin, levantó el mentón, con el valor de un animal capturado, y dijo:

—Deseo ser la mejor de las proyectadoras.

Mi corazón cayó en picado. Bajé la cabeza y sentí en la piel cómo el viento me lamía las heridas en silencio.

—Habéis elegido entre muerte o condena. Así sea —bramó la niebla.

La criatura se deshizo en una oscuridad inexpugnable. El vapor negruzco quedó contenido en el aire, como una presencia acechante.

Entonces, explotó. Fue como si nos barriera una supernova. Me caí al suelo. Mis muñecas absorbieron casi todo el golpe, pero mi barbilla impactó contra el mármol y un dolor lacerante se extendió por mi cabeza. La tierra comenzó a temblar dentro del círculo que delimitaba la barrera. Más allá de nosotras, las pesadillas se agolpaban para contemplar nuestra desgracia.

Escuché el grito de Axia. Intenté levantarme, pero un viento denso me mantuvo pegada al suelo.

Los dientes me castañearon por el esfuerzo. El sabor de la desesperación me inundó la boca. Contuve un alarido al sentir una presión punzante en mi nuca, justo cuando la oscuridad clareaba y retrocedía hacia la figura latente del tridente. Una voz cavernosa se reprodujo en eco por mi mente:

«Tu prueba comenzará cuando debas elegir entre ella o tú. Elige. Elige. Elige».

Era como un clavo en mis vértebras. Traté de proyectar para reducir aquel calvario. Los gritos de mis compañeras me helaban hasta la médula.

No había nada. Ningún sueño era lo bastante poderoso como para protegerme de aquel abismo.

Entre las lágrimas de impotencia vi cómo los haces oscuros envolvían el sello. Sentía cada pulsión que desprendía como una arcada.

El viento aulló en mis oídos, se intensificó con violencia y la criatura desapareció, entró por completo dentro de la brecha en el espacio y el tiempo que había creado el tridente. Sentí un aliento frío en la frente que me congeló el pecho, pero la presión se detuvo.

El sello desapareció en una absorción gutural. Se encogió, dejando tras de sí una habitación sumida en escarcha, como si nunca hubiera existido.

Me puse de pie entre jadeos, al mismo tiempo que Axia y Onia.

El murmullo de la corte precedió al vacío y pronto le siguieron los gritos de júbilo. El salón cobró vida como si nada hubiera pasado, como si mi vello no continuara como escarpias.

Los príncipes se unieron sobre la tarima para conversar en susurros. El rostro de Terrent lucía descontento. Imaginé que estaría furioso conmigo por el deseo que había escogido, pero no perdí más tiempo, crucé la estancia y fui directa a los brazos de mi amiga. Axia me apretó en un abrazo cálido y sentí que una tranquilidad dulce me entumecía el cuerpo.

—¿Estás bien? —pregunté ansiosa. Ella asintió y pasó a examinarme en busca de heridas.

—Estás aquí. ¿Cómo es posible? —dijo. Sus ojos me recorrieron el rostro de arriba abajo y se detuvieron en mi cabello. Sus manos me apretaron los hombros—. Pensaba que era un truco para que perdiera la prueba. Pixy, cómo lo lamento. Tendría que haber pedido el mismo deseo que tú, que estés a salvo es lo más importante para mí. Pero ¿qué haces aquí?

Sonreí por primera vez.

—Estoy aquí por ti. Vamos a volver a casa. Todos te están esperando, tu padre te espera. Ha desobedecido al consejo de casas para enviarme aquí a por ti.

Quería que lo entendiera, que su padre haría todo lo que hiciera falta por ella, pero su rostro se ensombreció.

—No cree que pueda escapar por mí misma.

—No, Axia. —La cogí por los brazos—. No sabíamos qué te había pasado después de cruzar. Temíamos lo peor.

—Janos —pronunció el nombre como un insulto—. Esa sabandija se quedó paralizada cuando aquel niz traspasó el portal y me capturó. No movió un dedo para ayudarme.

Abrí la boca sin saber qué decir. Sentí el impulso de disculparme por los errores de Janos, pero lo contuve. Me percaté de que, hasta ese instante, no había dedicado ni un segundo a pensar en él.

—¿Te has hecho daño en el tobillo? —cambié de tema.

—No, parece que la barrera solo evocaba la sensación de ardor —dijo moviéndolo en círculos—. No me ha quemado.

Me mordí los labios con preocupación y le aseguré:

—Encontraré la forma de salir de esta.

—¿Cómo? Necesitamos los frascos de atrium para sobrevivir aquí. Creo que tardé un día en tomar la primera dosis y... Pixy, fue horrible. Los ojos me ardían por la escasez de luz y a cada paso la

angustia me incapacitaba. El mundo giraba como si fuera una peonza.

Negué con desesperación y me mordí el labio.

—Ya se nos ocurrirá alguna manera. ¿Qué pasó cuando te capturaron?

—Aquella criatura me trajo directa hasta el castillo. —Se levantó la camiseta. Tenía unas marcas de garras en la parte baja de las costillas—. Me encerraron en mi dormitorio. No sé cuánto pasó hasta que vinieron a por mí. Mucho tiempo. Creí que se habrían olvidado de mí; y, entonces, apareció un hombre y me obligó a beber el atrium.

—Yo no tuve tanta suerte —intervino Onia, quien hasta el momento había mantenido las distancias—. Cuando terminó la reunión en Llum hui hasta la zona de vigilia que dirige Ember. Mi única oportunidad para cruzar era a través de aquel portal de cuerno, ya que nuestra zona conecta el mundo de los sueños con el humano y los portales son de marfil. Aparentemente no había nadie, solo el portal en medio de una ciénaga inmunda y yo. Pero al cruzar una pasarela para salir de allí una bandada de nizs surgió de la nada, volando. Luché contra ellos, pero me habrían destrozado si no hubiera aparecido aquel bicho.

—¿Qué bicho? —le preguntó Axia.

—Uno horrible con la cola viscosa y unas alas membranosas. Espantó a las otras pesadillas y me trajo al castillo.

Onia y yo habíamos entrado por distintos portales y el entorno al que había llegado ella no parecía más acogedor que el mío. Recordé las palabras de la criatura que me había atrapado: «Te hemos estado esperando». Como fuera, guardé con cuidado aquella información por si la necesitábamos más adelante.

Miré por la ventana, desde la que se veía el mismo volcán que aparecía retratado en las pinturas del castillo. En la cumbre brillaba un resplandor que me recordó al del portal de nuestra zona de vigilia. El terreno sería rocoso. ¿Sería por ahí por donde había entrado yo? No recordaba que hubiera irradiado tanta luz a mi llegada.

—¿Sabéis a qué distancia está ese volcán del castillo? —les pregunté.

—Un día. Pasamos por allí cuando la criatura me cargaba en volandas desde la ciénaga. En el cráter se encuentra el segundo portal de cuerno —me confirmó Onia.

—Si tomamos el atrium y huimos de inmediato podríamos intentar llegar —afirmó Axia esperanzada.

—Primero tendríamos que encontrar la manera de alcanzar el portal en un día, y no se puede sin un transporte aéreo. Además, Somna me ha asegurado que no podremos fugarnos porque para cruzar debemos ingerir más atrium y se cuidan mucho de darnos las dosis justas —le respondió Onia. Sus palabras nos sumieron en el abatimiento. Al parecer, por el momento no había forma de escapar de Fosc.

Un carraspeo hizo que las tres nos giráramos al unísono.

—Señoritas —dijo la voz. Era un muchacho de cabello cobrizo y piel negra como jamás había visto. Tenía dibujadas pecas en la nariz y las mejillas. Los ojos y las pestañas eran tan oscuros como el carboncillo—. Mi nombre es Fénrix, para servirlas. Conmigo empieza la verdadera diversión.

# 12

# Lo que Fosc esconde

> El acusado, Fénrix Darwood, ha dado muestras de ser un miembro peligroso y problemático de nuestra comunidad.
>
> Extracto de la sentencia 321/96
> del Alto Tribunal de Penas y Delitos

¿La verdadera diversión?

Onia soltó un gruñido de advertencia y yo giré la muñeca hacia mi cadera, como si aún llevara colgando una de mis armas.

Axia me tomó del brazo y se acercó a mi oreja.

—Él es quien me dio de beber el atrium. No creo que sea peligroso —me susurró, pese a que sus ojos no se apartaron de su piel oscura como la noche.

—Tengo el permiso de los príncipes para acompañaros a celebrar la primera prueba —dijo Fénrix.

Levanté el labio superior en una mueca.

—¿Has dicho «celebrar»? ¿Crees que alguna de las tres tiene motivos para estar contenta? —dije.

—Ah, ¿no lo estáis? —Entrecerré los ojos y valoré la posibilidad de matar a aquel desconocido. Él soltó una carcajada—. Los príncipes desean que estéis cómodas en Fosc y haber dado inicio a la primera prueba merece una recompensa.

Se encogió de hombros.

—¿Inicio? ¿La prueba no ha terminado? —le preguntó Onia.

Él chasqueó la lengua.

—¿Qué clase de competición sería si bastara solo un deseo?

A Axia se le descolgó la mandíbula y él agitó el cabello a los lados con una sonrisa traviesa.

—¿Qué pasará con los deseos que hemos pedido? —pregunté. El recuerdo de aquella voz: «Tu prueba comenzará cuando debas elegir entre ella o tú», me causaba una incomodidad latente, pese a que no había elección posible.

—Lamentablemente, no lo sé. Pero la Sombra siempre encuentra una forma de retorcerlos y convertirlos en desgracia. Tendréis que estar atentas. Parece que esta prueba durará todo lo que logréis sobrevivir en Fosc. —Un escalofrío se originó en mi nuca y llegó a mis pies. Él levantó las manos con gesto apaciguador—. No pongáis esas caras. Estáis las tres vivas, ¿no? ¡Pues vamos a celebrarlo!

Las palabras del niz eran una broma cruel que azuzaba mi disgusto.

Onia negó con los ojos cargados de acero.

—Yo me voy a mi habitación. No tengo ganas de esto.

Se giró para marcharse. Fénrix la agarró del brazo para detenerla y Onia siseó por el contacto. Él la soltó y abrió las palmas con un nuevo ademán conciliador.

—Es mi deber enseñaros la ciudad. No me lo pongáis difícil, prometo llevaros a un sitio tranquilo, no estaréis en peligro. —Su tono bajó unas octavas.

Axia asintió en nuestra dirección.

—Vamos a acompañarlo —decidió. Yo torcí el gesto—. No perdemos nada. Quizá... nos venga hasta bien.

Sus ojos se agrandaron. Intentaba decirme algo.

Así que asentí despacio.

Onia nos examinó y después miró la sala. Seguía sin estar cómoda en mi compañía, pero menos lo estaba rodeada de todos esos nizs. No comprendí cómo podían llamarla la corte de los susurros. Aquellas pesadillas eran ruidosas y extravagantes. Saltaban y se empujaban, reían con la mandíbula llena de desenfreno y desvergüenza.

El niz que había detrás de Onia la agarró de la trenza y tiró. Ella emitió un jadeo, se liberó de un manotazo y se tocó el brazalete. El niz soltó una carcajada que secundaron sus dos acompañantes. Axia sujetó el hombro de Onia y tiró de ella para evitar que iniciara una pelea. Onia resopló como un toro embravecido. Enseñó los dientes y espetó:

—Vámonos de aquí.

Fénrix se frotó las manos, encantado, e hizo un gesto para dejarnos pasar primero. Me coloqué detrás de Axia y, sin darle la espalda a los príncipes, abandonamos la sala. Nos condujo hasta la puerta principal, donde esperaban tres motocicletas de acero negro y aluminio, grandes como caballos.

—¿Sabéis montar? —preguntó Fénrix. Apreté los labios; las otras tampoco contestaron—. No importa, pondré el automático. Será menos divertido, aunque más seguro, supongo.

Tecleó un código en el panel de una de ellas y sonrió satisfecho. Colocó un pie en el pedal y se impulsó para sentarse.

—Alguien tendrá que viajar conmigo —dijo sonriente. Aquella pesadilla sonreía demasiado. Entrecerré los ojos y resoplé por la nariz.

—No pasa nada —dijo Axia, dándome toques en el brazo—. Yo lo haré.

—¿Estás segura? —pregunté. Ella asintió y un ruido molesto escapó por mi garganta—. Ten cuidado. Como le pase cualquier cosa date por muerto.

Fénrix puso los ojos en blanco.

—¿Nos vamos o qué? —contestó él.

Onia no parecía mucho más contenta que yo cuando subió a su moto. Agarré el manillar y me impulsé como lo había hecho el niz. No sabía cómo llegar al portal de cuerno, pero aquellas máquinas podrían ser la solución a nuestros...

Las motocicletas tronaron y arrancaron a toda velocidad. El aire me azotó el cabello y las mejillas. Bajé la espalda y hundí las uñas en el manillar. El valle se tiñó de malva y musgo bajo el eterno crepúsculo y el vértigo se instaló en mi estómago, como si soltara las riendas en caída libre. El frío hizo renacer mis pulmones y templó mi estómago, dibujándome una sonrisa en el rostro.

Cruzamos un puente y pasamos al lado de un embarcadero, donde pequeños botes de madera se mecían al compás de un río de aguas profundas. Los farolillos que iluminaban los palos de amarre se reflejaban en el agua y daban la bienvenida a la ciudad.

Las máquinas no frenaron hasta que llegamos a una callejuela empedrada. Las casas terminaban en terrazas repletas de plantas o bóvedas de piedras y madera. Las fachadas, pintadas en tonos oscuros como los del valle, combinaban negros con dorados apagados y azules tan hondos como el mar, con balaustradas de mármol y plata vieja.

—Bienvenidas a la capital de las pesadillas —dijo Fénrix. Descendió de un salto y Onia y yo lo imitamos—. Ya deben de estar esperándonos.

Se dirigió hacia una de las casas, con un tejado alto y puntiagudo que terminaba en un pico dorado con la imagen de un gallo. Apartó

la verja de hierro y se internó en el jardín.

—¿Quién nos espera? —preguntó Onia.

La sensación de libertad que había experimentado un instante antes se esfumó por completo.

—Esto no me gusta —aseguré mientras lo seguía.

Fénrix llegó a la puerta principal y tocó con los nudillos, simulando una melodía. Unos segundos después, la madera se abrió y un hombre de cabello rizado y pálido como la luna apareció en el umbral con una sonrisa. Tenía las pupilas blancas de los ilúricos.

—Por favor, adelante. —Nos lanzó una sonrisa enigmática y se hizo a un lado para dejarnos pasar—. Imagino que necesitaréis una copa. No os mentiré, lo que almacenamos aquí no es mejor alcohol que el de las zonas de vigilia.

Alcé las cejas.

—¿Quién eres? —le preguntó Onia con voz sorprendida.

—Demasiado directa, chica. Pasad, sentíos como en casa.

Avanzamos por un pequeño recibidor hasta el salón. Antes de entrar ya se escuchaba la música, seductora e hipnótica.

La habitación estaba caldeada en exceso por culpa de la chimenea. En las paredes reinaban los espejos de todos los tamaños y formas. Mi imagen se reflejó en cada uno de ellos y seguí mi rostro como quien escucha el canto de una sirena. En el centro había una mesa baja de marfil y a su alrededor sofás y taburetes mullidos sobre los que conversaban algunas pesadillas. Se giraron al unísono en cuanto pusimos un pie en la sala. Sus miradas curiosas centelleaban con un brillo de reconocimiento, como si supieran quiénes éramos y nos estuvieran esperando.

—¿Qué es este sitio? —me giré a preguntarle a Fénrix.

Él se encogió de hombros y se limitó a decir:

—Es la casa de Will.

A continuación, se dirigió a la mesa y se acomodó en la alfombra.

Axia me echó un vistazo; con solo una mirada adivinó lo mucho que me arrepentía de haber ido. Mi amiga se encogió de hombros, me tomó de la mano y me arrastró hasta la misma alfombra en la que se había sentado Fénrix. Onia se lo pensó, pero terminó acomodándose a nuestro lado.

Si lo que quería Axia era recabar información, esperaba que la obtuviera rápido y volver cuanto antes al castillo.

A mi derecha, una mujer me lanzó una mirada indiscreta. Tenía el cabello largo y negro, rapado a los lados, y unas pecas bailaban sobre el puente de su nariz y sus mejillas. Sostenía entre los dedos un cigarrillo. Aparté la vista, incómoda, y ella soltó una risita.

—¿Quieres? —me preguntó tendiéndome el cigarro. Negué con la cabeza, incómoda por que buscara entablar conversación—. Te ayudaría a relajarte.

—No lo suficiente —le solté, y ella abrió los ojos sorprendida.

—Quizá aquí encuentres algo más fuerte.

—¿A qué te refieres?

Ella señaló con la cabeza al ilúrico que nos había abierto la puerta. Se había hecho hueco en el sofá, entre un grupo de nizs.

—Will es especialista en coleccionar cosas que no pueden encontrarse en ningún otro sitio legalmente... Ya sabes. Por cierto, soy Samth. ¿Tú eres...?

—Pixy.

—Encantada, Pixy. Me gusta tu pelo, muy punki.

Mi boca se desconectó de mi cerebro y una oleada de angustia me escaló por el estómago. ¿Lo decía en serio o solo se estaba riendo de mí? Bajé el rostro sin saber qué decir.

—Solemos frecuentar la casa, pero hoy todos hemos venido para conoceros —dijo.

Miré las caras de los otros nizs, que seguían con interés nuestra conversación.

—¿Por qué queréis conocernos? —No entendía qué pretendían acercándose a nosotras, pero las miradas de reojo eran un recuerdo constante de que no estábamos entre amigos.

Samth soltó una risita.

—Sois ilúricas —dijo, como si aquello lo explicara todo.

Will carraspeó y mis ojos se toparon con los suyos.

—Sienten curiosidad —explicó él—. Igual que nos ocurre a nosotros con las pesadillas que cruzan a la zona de vigilia.

Onia resopló.

—Yo no siento ninguna curiosidad por esas criaturas.

Lejos de enfriarse, el ambiente se concentró.

—¿Por qué no? —le preguntó Samth—. ¿Acaso ya lo sabes todo de nosotros?

—No tengo intención de saber nada.

—Es una lástima que pienses así, aunque yo antes también lo hacía —intervino Will.

Axia se inclinó hacia delante. Su largo cabello refulgió con un brillo plateado.

—Perdona... Will. Pero ¿por qué estás tú aquí?

Él se recostó en el sofá y soltó un suspiro.

—Proyectador 3/11. Guardaba el portal de cuerno entre el mundo de los sueños y el reino de las pesadillas. A las órdenes de Ember.

—¿Eras proyectador? —cuestionó Onia con el rostro contraído.

Will asintió con la mirada baja.

—No por vocación. En mi casa sobraban las bocas que alimentar. Mi padre pensó que era una buena forma para mantener con vida a uno de sus hijos.

Sus palabras eran duras pero sensatas. Ser proyectador no estaba exento de riesgos, pero al menos te garantizaba comer todos los días.

—¿Te cansaste de formar parte de los proyectadores y te uniste al enemigo? —porfió Onia.

Will le lanzó una mirada cansada y asintió.

—Algo así, sí.

Fruncí el ceño y bajé la mirada.

—¿Hay más ilúricos en Fosc? —preguntó Axia, aligerando el ambiente.

—Muchos frecuentan la casa de Will —le contestó Samth.

Me volví para mirarla y después me giré hacia Fénrix.

—Por eso nos has traído aquí, ¿no? Están acostumbrados a nosotros y no corremos peligro —lo interrogué. Sus ojos se cerraron con sutileza—. ¿Qué pasaría si saliéramos por nuestra cuenta? Si entráramos en la primera taberna, ¿qué recibimiento encontraríamos?

—Uno parecido al que les dais vosotros cuando cruzan el portal —reveló, sin un amago de sus anteriores sonrisas—. Aunque quizá tú te librarías. Quizá tu cabello los confundiría, justo antes de mirar tus ojos, el tiempo imprescindible para que seas tú quien acabe con su vida.

Su respuesta presionó mis dientes, como un dolor de muelas.

—Basta, Fénrix. Estamos de celebración —dijo Will levantándose y tomando una de las botellas del aparador. El líquido era dorado oscuro, pero las botellas no tenían etiqueta...

Observé los paquetes que se apoyaban contra la cortina y percibí un regusto a pólvora en el ambiente.

—¿Es contrabandista? —le pregunté a Samth en un susurro.

Ella sonrió de lado en respuesta. En aquel momento comprendí lo que había querido decirme antes y me pregunté qué escondía Will en la trastienda.

El anfitrión repartió unas copas y vertió el líquido ambarino en ellas.

—Por las campeonas. Para que den lo mejor de sí mismas en las pruebas y ofrezcan un espectáculo digno de los príncipes de pesadilla —brindó.

Tomé la copa y le di un sorbo, muy consciente de que no había brindado por nuestra supervivencia. El líquido, que debía ser dulce, me supo amargo.

—¿De dónde sois vosotras? —preguntó Will. Fénrix alzó las cejas y apoyó el mentón en un puño.

—Llum —respondí escueta.

Onia me lanzó una mirada sorprendida. No hizo comentarios, se limitó a decir:

—Yo nací en la zona de vigilia.

Su respuesta también me extrañó. La inicial de su nombre indicaba que pertenecía a la séptima casa, la casa de Orum. No era usual que un miembro de una casa naciera lejos de la capital de los sueños.

—Yo soy de Cresol —dijo Axia—, una ciudad cercana a Llum. Mis padres se separaron cuando mi madre nos dio a luz a mi hermano y a mí. Ella se quedó con Andros y mi padre se marchó conmigo a comandar la zona de vigilia.

—La hija de un comandante, qué interesante —sonrió Samth.

Axia negó con la cabeza.

—No tanto.

Axia apenas tenía contacto con su madre y su hermano. Jamás lo reconocería, pero Narrow guardaba cierto rencor a su hijo por haber

sido el primero de los mellizos en nacer. Aquel incidente los había puesto en una situación difícil al bajar su rango en la jerarquía de casas.

—Ojalá hubiera podido venir Yust, siempre despotrica de la labor de los comandantes —intervino una de las mujeres que estaba sentada en el sofá junto a Will.

—Sí, es cierto, uno lo encontró en la cama de su hija —dijo Fénrix entre risas.

—¿Quién es Yust? ¿Otro ilúrico? —pregunté.

Fénrix asintió y bebió otro sorbo de su copa.

—Sí, está... con unos negocios.

Samth y Will compartieron una mirada cargada de palabras silenciadas.

Me arrimé más a Axia.

—Ax, ¿qué estamos haciendo aquí?

Ella me dio un golpe en la rodilla con la suya y chistó para que me callara.

Samth le hizo un gesto a Will con el mentón en dirección a la trastienda. Los ojos del ilúrico se clavaron en los míos antes de levantarse, tenderle la mano a Samth y llevársela tras la cortina. Comencé a ponerme nerviosa.

—Quizá deberíamos marcharnos —le susurré a Axia.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Prefieres estar encerrada en ese tétrico castillo?

—No, pero tampoco quiero estar *aquí* —vacilé y me callé.

El olor me golpeó antes de que llegara la primera humareda, pesado, seductor.

Me llené los pulmones con deleite y mis intenciones se enturbiaron. Recordé la píldora que aún guardaba. No debía, pero ¿a

quién le hacía daño si aprovechaba el opio de contrabando que se almacenaba en casa de Will?

Noté un hormigueo familiar en la nuca. Me levanté y seguí el rastro del humo, cada paso era una mezcla de culpa y deseo. Odié lo fácil que era para mi cuerpo sucumbir al anhelo.

—¿Dónde vas, Pixy? —me preguntó Axia. No le contesté.

Llegué a la cortina y me metí en la trastienda, que era un cuadrado con paredes de madera, estanterías, dos divanes y una mesa auxiliar sobre la que se encontraba la pipa. Will y Samth estaban calentando el opio en una lámpara para ablandarlo.

—Justo estábamos hablando de ti —me sonrió Will mientras me tendía la pipa. Tenía la caña de madera y la base y la boquilla de latón.

Apreté la mano en un puño. No estaba segura de que debiera cogerla.

# 13

# Nuevos humos

> ¿Quién, en su sano juicio, podría distinguir la realidad del sueño?
>
> *Pensée Claire*, ENÉ DIOSCERTES

Más bien, sabía que no debía cogerla.

Will me ofreció la pipa con expresión paciente, ajeno a la batalla que se libraba en mi interior.

—¿Pasa algo? —inquirió Samth ante mi vacilación.

Negué con la cabeza y extendí el brazo para aceptarla. Había perdido mi sueño de existir sin el opio y aquello me llevó a tomar una de las decisiones más temerarias de mi vida: exponerme a quedar desvalida frente a enemigos potencialmente mortales. Will me dedicó media sonrisa y con ella se esfumaron mis reparos.

—¿Por qué os escondéis? —les pregunté.

—No lo hacemos. Todo el que entra en esta casa sabe para qué venimos aquí y están invitados a participar si así lo desean —respondió Will.

—Preferimos la tranquilidad de la trastienda, solo eso —explicó Samth.

Me pasó las primeras bolitas de opio, las introduje en el tazón y coloqué este en la llama de la lámpara para vaporizarlas.

No me sentía cómoda con ella, pero la presencia de Will ayudaba.

—¿Los príncipes saben que te dedicas al contrabando? —le pregunté a él. Soltó una risita.

—Por la comisión que cobran, yo diría que sí.

Alcé ambas cejas y giré la pipa para distribuir el calor y no quemar el opio.

—¿Hay alguien en el castillo que no esté corrupto?

Samth chasqueó la lengua.

—¿Acaso es distinto en Llum? ¿Podías confiar en todo el mundo?

Bajé la vista al suelo y negué, confundida.

—Podía contar con Axia.

—Entonces estás de suerte. Está aquí, contigo.

Fruncí el ceño y le di la primera calada a la pipa. No me había detenido a pensar en la suerte que tenía de haberla encontrado. Quizá los planes de los príncipes complicaran nuestra huida, pero al menos estaba bien, estaba viva. El humo inundó mis pulmones. Cerré los ojos extasiada. El calor me acarició la garganta y se deslizó hacia mi estómago. Una paz mezquina me adormeció los pensamientos y liberó la tensión de mi frente y la rudeza de mis manos.

Me dejé caer en el diván y apoyé la espalda en la pared. La cabeza me dio vueltas y me agarré al acolchado cuando sentí que la madera se inclinaba hacia mí como si quisiera asfixiarme.

Carraspeé, como si pudiera aclarar las ideas al mismo tiempo que la voz.

—¿Qué podéis decirme de los príncipes? —les pregunté.

Will y Samth se miraron.

—Mejor pregúntale a Fénrix, los conoce más que nosotros —me contestó Will, tendiendo la mano para que le entregara la pipa. Se la pasé y él se llevó la boquilla a los labios.

—¿El príncipe Terrent tiene una estrategia? —quiso saber Samth.

—No lo sé, pero dudo que esté contento conmigo.

—¿Y eso por qué? —se interesó ella, tomando el tubo de opio.

—Le he pedido a la Sombra que proteja a Axia.

Samth silbó y Will soltó una risita.

—Ya veo —dijo ella—. Terrent es sibilino como una serpiente, no te aconsejo que lo pongas en tu contra.

—No me ha parecido tan malo. Sus hermanos dan más miedo. —Exhalé cerrando los ojos. Tras mis párpados aparecieron los ojos velados de Somna; sobre mis hombros recordé la presencia intimidante de Nocte, y me sobrevino un escalofrío.

Will le quitó la pipa a Samth. Compartieron una mirada que no supe descifrar y, entonces, él dijo:

—Como con los sueños, las pesadillas nunca son lo que parecen.

—Vosotros conocisteis al rey. ¿Cómo era? —quise saber.

—Loco. Estaba loco. Loquísimo —rio Samth.

—¿Lo asesinaron por eso? —pregunté, y las risas se detuvieron.

Samth se sentó en el otro diván y se crujió los nudillos. El sonido me recordó al de un pájaro partiéndose el cuello contra el suelo.

—No saben quién lo mató —dijo. Se mordisqueó el labio inferior—. Hay teorías, pero no han encontrado al culpable.

—¿Qué teorías? —pregunté.

Ella miró a Will y le indicó con un gesto que hablara.

—Hay una minoría que no parece contenta con el antiguo régimen. Los ilúricos que viven aquí ocultos forman parte de esa comunidad de rebeldes —dijo él.

—¿Tú no estás con ellos? —Ladeé el rostro con interés. Will arrugó los labios.

—Yo soy leal a los príncipes. Son los que mantienen mi negocio.

Asentí despacio.

—Terrent me ha dicho que el rey guardaba los portales para que no entrarais al mundo humano. ¿Es cierto?

Will afirmó con la cabeza.

—Sí. Pero son muchos los motivos por los que una pesadilla querría escapar de aquí.

—No me interesa. —Puse la palma hacia arriba y él me pasó la pipa—. Mi misión es proteger a los humanos, no conseguirles una corona a vuestros principitos.

Will sonrió. Tomó asiento a mi lado, dejando caer la cabeza entre las manos.

—Proteger a los humanos, proteger a Axia... ¿Quién será el que te proteja a ti? —cuestionó.

—Yo no necesito que me protejan —dije mientras me llevaba la boquilla a los labios y aspiraba el denso vapor.

Solté el humo despacio, en espirales, y contemplé cómo se diluía sobre mi cabeza. El aroma dulce y especiado encandiló mis sentidos. Cerré los ojos e imaginé un campo de flores, pétalos que se mecían con una suave brisa...

—¿Qué cuernos estás haciendo? —La voz de Axia me arrancó del trance.

Había entrado en la trastienda y me miraba con la frente poblada de arrugas.

—Relajarme.

—Nos vamos. Ya.

—¿Tan pronto? —protesté.

Asintió.

—Arriba. Nos están esperando.

Me puse en pie y me despedí de Will y Samth con un movimiento de cabeza.

Onia y Fénrix nos esperaban junto a la entrada y el ambiente de la casa me resultó frío en comparación con la trastienda.

—Vas a volver con Fénrix —espetó Axia mientras me tomaba por el brazo y me sacaba al exterior.

La noche me impactó en la cara y me coloreó las mejillas.

—No voy a montar con él. Estoy de maravilla.

—Estás arrastrando los pies, Pixy —me soltó con rudeza, bajando la voz.

Me miré las botas y fruncí el ceño. Me concentré en el crujido de la goma sobre el empedrado para obviar el sentimiento de vulnerabilidad que me vibraba en la sangre.

—¿Qué le pasa? —le preguntó Onia a Axia.

Mi amiga suspiró y aceleró el paso.

—Nada.

Sí que volví con Fénrix. En parte porque me sentía culpable por haber molestado a Axia.

Cuando llegamos al castillo no solo estaba congelada, también entumecida. Bajé de un salto, sin dejar que Fénrix me ayudara, y entré dentro de los muros de lo que parecía un santuario más que un palacio.

Me despedí de Axia con una sonrisa cansada y cada una de nosotras tomó un camino hacia su dormitorio. No estaba segura de qué hora era, pero mi cuerpo estaba extenuado y reclamaba descanso. Deseé no tener que enfrentarme a algún sueño como el de la noche anterior. Los ilúricos no teníamos pesadillas y aquella visión se parecía demasiado a una.

Un ruido metálico a mi espalda consiguió que me girara de golpe. El pasillo estaba desierto, así que me dispuse a seguir mi camino. Pero la risa suave de una mujer escapó de una de las habitaciones.

Me froté los nudillos con los pulgares, dudando en mitad del corredor.

«Qué cuernos», pensé pegándome a la pared y acudiendo en busca del sonido.

Escuché un jadeo y una nueva voz: una risa atiplada y dulce.

La puerta estaba entreabierta.

Me asomé con precaución. Era una habitación de cortinas pesadas. En el centro se alzaba un trono de acero retorcido, iluminado por el fulgor de unas pocas velas que ponían el foco en el centro de la estancia. Muebles oscuros y adornos de serpientes decoraban la sala, símbolos de pecado.

Recostado en el trono, Nocte parecía esculpido en piedra y tinieblas, una alabanza a la arrogancia y el poder. La camisa abierta por debajo del pecho dejaba al descubierto la pálida perfección de su piel de mármol bajo la penumbra de las velas. Una sonrisa salvaje curvaba sus labios mientras miraba a la mujer sentada a sus pies. Era la chica pelirroja que lo había tocado en la primera prueba. En aquel momento sujetaba una manzana. Sus labios redondos atraparon la carne de la fruta en un jugoso bocado al mismo tiempo que le sostenía la mirada al príncipe.

—¿Estáis complacido conmigo, mi señor? —susurró ella.

Con la mano libre acarició el tobillo de él en un camino ascendente. Nocte reclinó el cuello hacia atrás, apoyándose en el respaldo de la silla.

—¿Debería estarlo, Giulia? —respondió él. Su voz grave era una bestia que arañaba el aire—. No tengo claro que comprendas todo lo que me juego.

—Lo que nos jugamos —lo corrigió, dibujando círculos invisibles sobre su muslo con la yema de los dedos.

Nocte le agarró la muñeca con un feroz movimiento.

—Necesito que seas más discreta. —La soltó y con dos dedos le acarició la mandíbula hasta la barbilla en un fugaz movimiento—. ¿Lo harás por mí?

—Lo haría todo por vos, mi príncipe. —Bajó la vista al suelo—. Hasta envenenar a esa competidora mestiza —propuso.

Mi pulso se disparó al comprender que hablaba de mí.

Nocte alzó una ceja, con los ojos negros como dos pozos de deseo.

—No sabemos si es mestiza —respondió con cautela.

—¿Qué puede ser si no? Su cabello...

—No lo sabemos —zanjó—. No quiero que te acerques a ella. Limítate a tu cometido.

Giulia apretó los labios, como un beso de desprecio, y, con tono acusador, dijo:

—He visto cómo la mirabais en la primera prueba.

Nocte resopló con desdén.

—¿Estás celosa, Giulia? ¿De una muchacha perdida y estúpida?

Una furia feroz me inundó las fosas nasales y me cortó la respiración. Apreté los puños y amordacé la réplica que me subía por la garganta.

—Desprende poder. Sería más fácil sin ella —alegó la pelirroja.

La sonrisa de Nocte desapareció. Con un movimiento seco la tomó por la muñeca y la empujó hacia atrás, como si despejara un insecto molesto. Ella se separó con el semblante herido.

—No habrá campeonato sin ella. Si obstaculizas mi acceso a la corona por un berrinche...

—Lo siento, mi señor —masculló ella bajando la cabeza.

Un movimiento en el fondo de la sala captó mi atención. Una figura se deslizó por la oscuridad, donde todo lo consumían las sombras.

Había una mujer de pelo oscuro y piel aceitunada detrás del trono.

Con la mano derecha sujetaba un cuchillo que apoyó sobre el pecho del príncipe, en la piel visible bajo la camisa.

Mi cordura se esfumó y me impulsó hacia delante. Empujé la puerta. La madera resonó con un ruido estridente cuando golpeó la pared y tres pares de ojos me contemplaron con sorpresa.

Pero los dedos de Nocte se deslizaron con inocencia por el dorso de la mano de la desconocida, en una caricia confiada.

Mis mejillas se tintaron de rojo.

—Pe-pensaba que... —balbuceé, como la estúpida que él había dicho que era.

Los ojos del príncipe eran tan negros como el abismo del que no escapa ningún alma. Deslizó la mirada por mis facciones confundidas y les ordenó:

—Marchaos.

—Pero, señor —protestó la pelirroja.

—Fuera.

Giulia me dirigió una mirada de desprecio. Se giró hacia la mujer del cuchillo y le señaló la puerta por la que se accedía a la habitación contigua. Ambas se marcharon, dejándome a solas con el príncipe de la noche.

Me maldije. ¿Qué me importaba si intentaban matarlo?

Nocte colocó una mano sobre su rodilla, tamborileó con los dedos y elevó el mentón en un gesto elegante.

—Crees que soy tan idiota como para no saber a quién tengo a mi espalda. —No era una pregunta. Arqueó las cejas con soberbia—. No me conoces, pero descubrirás que no soy tan fácil de matar.

Sonrió como si yo no fuera un enigma para él.

—¿Qué hacías detrás de la puerta? —preguntó. Su voz era el canto de la muerte. Sentí que si la escuchaba durante mucho tiempo

sucumbiría a la locura.

—Espiar —le solté. El opio que circulaba por mis venas me animó a elevar un poco más la barbilla.

Él me examinó con atención.

—¿Qué haces tú aquí? —dijo en un susurro casi inaudible.

No tenía sentido, pero supe que no era a mí a quien preguntaba, sino a sí mismo.

Apreté los músculos como si me preparara para una pelea e inquirí:

—¿Por qué Axia?

Sabía que mi amiga era fuerte, pero dudaba de los propósitos de Nocte y sospechaba que el rapto de Axia no era un hecho aislado.

Su sonrisa fue lenta, seductora, cruel.

—Un poco estúpido mostrar tu punto débil desde el principio, ¿no crees? —dijo sin contestar.

—¿Eso es la amistad? ¿Un punto débil?

—Eso es el amor. En todas sus formas.

«Como si tú supieras lo que es amar».

Sus ojos, duros como el hierro, me recorrieron de la cabeza a los pies. Me encogí. ¿Amar me hacía débil? Quizá. Las personas a las que más había querido eran las que más daño me habían hecho. Pero no sabía cómo erradicar ese sentimiento de mi pecho.

—No has contestado —repuse retomando mi anterior pregunta.

Se pasó la lengua por el labio inferior y yo me detuve en el movimiento. Era como ver a una serpiente antes de devorar a su presa.

—Axia es equilibrada, inteligente. No se deja llevar por las pasiones —soltó, y un brillo divertido centelleó en sus pupilas. Quizá no lo dijo por mí, pero me sentí insultada. Además, aunque fuera cierto, ¿cómo podía saber aquello de mi amiga?

—Es más de lo que mereces —dije sin pensar, con la mente llena de veneno.

Arqueó una ceja y me miró a través de las pestañas. Sentí la vibración de su poder como un aviso molesto en mis venas.

—La diferencia entre tú y yo, Pixy, es que tú a mí no me conoces, mientras que yo lo sé todo sobre ti. —Mi nombre sonó como un siseo entre sus labios.

—¿Eso crees? —resoplé, segura de que aquello era imposible.

—Veamos. —Ladeó la cabeza y se frotó la mandíbula—. Te falta el aire. —Junté las cejas con sorpresa. Su mirada se intensificó—. No te gusta tu vida, pero estás atrapada. Salir está en tu mano... aunque no lo contemplas. ¿Por qué no lo contemplas? Ah, ya, no ves la solución porque el problema eres tú misma. Eres consciente de tu dependencia afectiva, al menos tu inconsciente lo es. Sabes que vives en una pausa perpetua y estás cansada. No. —Se tocó el ceño con el dedo corazón—. Estás agotada.

Tomé aire con un jadeo. ¿Qué cuernos había sido aquello? ¿Cómo podía él...?

—Conjeturas —le dije. Y me lo quise creer.

Nocte aligeró el rostro y esbozó una sonrisa misteriosa.

—No, Pixy. —De nuevo mi nombre en sus labios—. No son conjeturas.

Se levantó del trono y se colocó frente a mí. Tuve que alzar la cabeza para no perder el contacto con sus ojos.

—He visto tus sueños. Y se parecen más a los míos de lo que deberían.

Di un paso atrás.

Mi espalda se envaró. Apreté los puños.

—No es posible.

—¿Aún no te lo han dicho, Cuervo? —Avanzó un paso salvando la distancia que nos separaba. Su aliento era húmedo como la oscuridad del bosque. Estaba cerca. Demasiado cerca—. Soy un dios. Y no necesito que me reces, solo que te rindas.

Exhalé y retrocedí espantada.

Sus iris se oscurecieron hasta confundirse con sus pupilas. Mi sangre golpeó en mi pecho.

Le di la espalda cuando sabía que no debía. Y, por primera vez en mi vida, hui como una cobarde. Hui, dejando tras de mí los ecos infames de su risa.

# 14

# Los sentenciados

> La onirocrítica descifra el significado de los sueños, pero, históricamente, a estos se les atribuye una cualidad premonitoria de la que se ocupa la oniromancia. Gracias a ella podemos intuir lo que está por venir.
>
> *Cuaderno del soñante*, Estudios I

*El atardecer había alcanzado la orilla del río. Los guijarros crujieron bajo mis pies descalzos, pero no sentí nada. Me miré a mí misma, como un tercer espectador que contempla con todos los sentidos puestos en la escena, como un figurante que vive la historia como si fuera la protagonista. De lejos. Ajena. Me vi metiendo los pies en el agua, esperando encontrarla fría. No lo estaba. Me sumergí hasta la cintura, envuelta en la calidez más complaciente. Sabía que cerca había una cascada, aunque jamás hubiera estado en una.*

*Miré hacia el agua y no me vi las piernas, el brillo cristalino se apagó, se transformó en ciénaga, en aguas turbias que escalaron por los márgenes del río. Nadé para mantenerme a flote, pero el río se desbordó. La tierra se llenó de fango y cañas, de podredumbre...*

Me desperté ahogada. Jadeé hasta recuperar el aliento y me senté en la cama, con la mirada perdida y el corazón revuelto.

No sabía qué me pasaba. Los sueños eran nuestra principal arma: no solo nos permitían descubrir nuestras necesidades ocultas, también nos valíamos de ellos para luchar contra las pesadillas. Pero para usarlos primero teníamos que saber interpretarlos. Conocer la fuerza de cada sueño era imprescindible para convertirse en proyectador.

Yo había aprendido a interpretar sueños más tarde que cualquier ilúrico, aunque podría decirse que aún era una niña cuando superé la prueba. Si hubiera tenido una infancia normal, mis padres me habrían acompañado a abrir mi *Cuaderno del soñante* ante la maestra para perfeccionar mis habilidades. Es por ello que conocía el peligro de lo que acababa de soñar.

La onirocrítica no era una ciencia exacta, en ella influían la experiencia y las emociones del soñante. Pero, en cualquier caso, soñar con ríos nunca traía nada bueno, y si este se había desbordado... Mi subconsciente me gritaba que me cubriera las espaldas. Algo terrible estaba por venir.

Sin embargo, el problema era mayor. Al dormir, los ilúricos veíamos nuestros deseos, nuestras ilusiones. Cuanta más fuerza tuviera este deseo, mayor era el poder que podía extraer de él en una batalla, a través de la transferencia de la proyección. Jamás había tenido una pesadilla y no sabía qué hacer con el malestar que me revolvía el estómago. Pensé en preguntarle a Axia, pero un sentimiento de vergüenza se apoderó de mí al imaginar sus ojos inquisidores. No. Por el momento no lo haría. Quizá se tratara de un par de sueños aislados, nada de lo que preocuparse.

La noche anterior había entrado en mi dormitorio muy consciente de lo que me esperaba si decidía quedarme fuera. Había evitado el espejo, pero, en aquel momento, una curiosidad morbosa tiró de mis piernas y me llevó hasta el lavabo. Mi reflejo me devolvió la mirada.

Repasé las sombras de debajo de mis ojos con los dedos índices, tomé el cepillo y me desenredé el cabello con fuertes tirones.

Saqué algo de ropa limpia del armario y vacié en mi garganta el contenido del frasco de atrium que, hacía un instante, Morf había dejado sobre la cómoda, junto al desayuno. Engullí una especie de bollo requemado mientras me apretaba la nariz y me puse en marcha.

Durante un segundo me pregunté si no sería mejor buscar a Axia y establecer una estrategia común para enfrentarnos a las pruebas. Sin embargo, el miedo de combatir contra ella en una lucha mortal venció, y cuando agarré el pomo de mi dormitorio lo único que tenía en mente era elaborar un plan de fuga. Uno en el que sería indispensable el atrium y, quizá, una de esas monstruosas motocicletas. Retrasaba lo inevitable, porque la necesidad de proteger a los humanos pesaba sobre mí como el mármol de una tumba.

Salí al pasillo envuelta en aquel ocaso perpetuo que se pegaba a la piel como el sudor húmedo de una noche de verano. Atravesé la puerta principal en busca del estacionamiento de las motocicletas y un viento suave me balanceó el cabello sobre los hombros. El roce me resultó extraño. Liberador...

Seguí el muro del castillo. La fachada era imponente, con un frontal dividido en tres partes. La del medio destacaba sobre las otras dos gracias a las florituras y las gárgolas que remataban los aleros. La piedra oscurecida por el paso de los años albergaba en sus juntas los restos supervivientes del musgo.

En el lateral, una parte del edificio se ensanchaba. Había una puerta rudimentaria, la traspasé y entré en un patio circular con tres filas de cipreses, al final de cada una de ellas aguardaba una lápida.

El silencio ominoso del lugar me puso el vello de punta. Caminé hacia ellas con la sensación de tener unos ojos vigilantes en mi nuca, como si no fuera la única persona entre aquellos árboles.

Me detuve frente a uno de los nichos. Estaban decorados con intrincadas estatuas de mármol, sin nombres en la piedra, solo un símbolo que ya había visto antes: el mismo que había aparecido en la primera prueba.

Un cuervo graznó y solté el aire que había estado conteniendo en un jadeo. El animal se posó en el brazo de una de las esculturas, sacudió las alas y me miró con unos ojos profundos e inteligentes.

Me mordí el labio superior y compuse una mueca.

—¿Eras tú esa presencia que sentía? —le pregunté.

Él ladeó la cabeza para poder verme. Pero su mirada se dirigió a mi izquierda.

Escuché el grito contenido y las zancadas sobre el empedrado.

Me moví con rapidez, siguiendo la línea que marcaba el pico del pájaro. Me guie por el sonido de las pisadas, dejé tras de mí la primera hilera de cipreses y conseguí ver a un hombre siguiendo la curva del patio, huyendo hacia la salida. Llevaba una capa negra con el cuello levantado, tenía la espalda ancha y el cabello oscuro.

—¡Eh! —le grité.

Se perdió entre las hileras de cipreses. Me pegué al muro y seguí con cuidado la circunferencia. Pero algo en el suelo captó mi atención: unas gotas carmesíes pintaban el empedrado. Todos mis músculos se tensaron al ver la sangre.

Abandoné el refugio de la pared y me interné entre los cipreses en silencio. El olor a hierro me inundó las fosas nasales y me congeló las venas. Me asomé con precaución antes de dar un paso y quedar en medio de dos cipreses y, justo ahí, a un metro, una figura blanca descansaba en el suelo.

Era un chico joven, con el cabello castaño y rasgos redondeados. Me acerqué al cuerpo y le tomé el pulso, aunque sus ojos abiertos y su palidez cetrina ya eran indicativo suficiente de que no estaba en su mejor momento.

—Mierda —mascullé acuclillada.

—Yo no lo habría dicho mejor. —La voz surgió a mi espalda. Rodé sobre el suelo para enfrentarme a su dueño y enseñé los dientes como un animal salvaje.

Frente a mí, Nocte esperaba con el rostro cincelado por el frío y la indiferencia. Por primera vez me fijé en que tenía un hoyuelo en la barbilla. Vestía todo de negro, incluido el abrigo largo que le rozaba los tobillos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —interrogué.

Él bufó sin rastro de humor.

—¿Es lo único que se te ocurre teniendo un muerto al lado?

Abrí mucho los ojos y lo miré a él y al charco de sangre que había empezado a deslizarse hacia mis botas.

Me puse de pie para enfrentarlo. Debía de estar loca.

—¿Eres tú a quien he visto correr? —le pregunté clavando los ojos en él.

Lo cierto es que su figura encajaba con la del asesino. Todo había ocurrido muy deprisa, pero su ropa era parecida y el cabello igual de negro. Solo había un problema: no me imaginaba a Nocte huyendo.

Él esbozó una sonrisa irónica y recordé que podía ver mi último sueño. Tragué saliva, conmocionada.

—¿Primero crees que no sé defenderme y ahora me llamas cobarde? Vaya, Cuervo, diría que jamás me han insultado tanto.

—He visto a un hombre —respondí sin hacer caso al apelativo que había decidido ponerme. Miré hacia los cipreses, como si esperara que alguien apareciera para darme la razón o rescatarme.

Sentí su mirada cortante en mi rostro.

—Mírame cuando te hablo —me exigió. Mis ojos volaron hacia los suyos.

La garganta me ardía de rabia, pero, como siempre, la contuve.

Él chasqueó la lengua, como si hubiera esperado otra reacción.

—¿Cómo era ese hombre que dices haber visto? —me preguntó. Su mandíbula era tan afilada como el acero de una navaja. Mis dedos temblaron al pensar que quizá me cortaría si la tocaba.

¿De dónde salía aquel pensamiento?

—Se parecía mucho a ti —le solté, alzando la barbilla. Esperó a que continuara, como el hombre más paciente de las tres esferas. Al final, suspiré y dije—: Tenía el pelo oscuro y vestía de negro, con una capa o un abrigo parecido. No lo he visto muy bien.

—No lo has visto muy bien —repitió molesto.

Señalé el cadáver del muchacho que teníamos a nuestros pies. La suela de mis botas ya estaba manchada de sangre.

—¿Quién es?

Nocte inclinó con apatía el rostro para mirarlo.

—Un humano cualquiera.

—¡¿Humano?! —Palidecí. ¿Había humanos en Fosc? Pero ¿por qué?

Nocte me ignoró y se acuclilló para inspeccionar el cuerpo. El chico tenía la camisa ensangrentada. No debí sorprenderme cuando el príncipe comenzó a desabrochársela, pero lo hice. Le despegó la tela del cuerpo y la abrió.

Cogí aire y maldije.

Tenía un agujero en el pecho, donde antes debía haber estado el corazón. Presioné el dorso de la mano contra la boca para contener el olor y las arcadas.

—¿Quién cojones...? —mascullé.

Nocte se puso en pie de golpe y me tomó las muñecas en un agarre contundente. Su tacto me quemó en la piel como el fuego de un meteorito. Frío. Estelar. Me inspeccionó las manos, como si esperara encontrar rastros de sangre. Bufé y me liberé de un tirón.

—¿Contento? —le pregunté.

—Lo estaría más si fueras de sangre hasta las cejas.

Yo negué asqueada. Bajé la vista al suelo y un diminuto destello cobre registró su brillo en mi cerebro. Me incliné para tomar aquel trocito metálico que estaba junto a los pantalones del muchacho y lo sujeté entre los dedos, a la altura de mis ojos.

Nocte se acercó para verlo.

—Es un engranaje —dijo él y yo contuve una réplica mordaz.

A continuación, volvió a agacharse, metió la mano en los bolsillos del chico y sacó una lupa. La tiró a un lado y tomó la mano, la giró en una posición antinatural y acercó la cara a los dedos del cadáver.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté con verdadero interés.

—Por fin tenemos algo —reveló con un atisbo de sonrisa.

Parpadeé confundida por la posición de sus labios.

—Ah, ¿sí?

Sus ojos me recorrieron de arriba abajo. Me arranqué un padrastro y me despellejé la piel de la cutícula hasta que asomó la sangre, mientras intentaba tranquilizar todo lo que despertaba aquella mirada. Extendió la mano y dejé caer en su palma la ruedecita dentada, sin tocarlo.

—Ven conmigo —me ordenó poniéndose en pie y echando a andar hacia la salida.

—¿Qué? No —me negué sin moverme.

Él se detuvo en seco y se giró hacia mí.

—¿No?

—¿Sabes lo que significa? —espeté.

Levantó las cejas y juro que vi un destello de diversión en sus ojos. Un solo segundo. Uno, antes de que la oscuridad que lo envolvía se densificara, antes de que me oprimiera la garganta. Nocte retrocedió sobre sus pasos, se situó frente a mí y yo sentí un tirón, como si el universo entero se inclinara contra mí. La luz mortecina del crepúsculo se intensificó entre nosotros, dejando un regusto salado en mi lengua.

—No sé cuánto escuchaste ayer mientras espiabas detrás de la puerta como un vulgar ratón, pero créeme cuando te digo que se me ocurren formas muy imaginativas para que sufras. Quizá no pueda hacerte daño sin renunciar a la corona, pero nada me prohíbe castigar a mi propia campeona. Axia, ¿recuerdas? Sería divertido ver cómo intentas salvarla.

Apreté los dientes y mi mirada se inundó de agonía. Un instinto asesino enrojeció mi visión, la sangre se concentró en mi pecho y me dejó las manos heladas. Lo habría matado si hubiera podido, si aquello no convirtiera a Axia en una pieza prescindible, si él no fuera infinitamente más poderoso que yo.

Bajé la cabeza y, con su amenaza dibujándome una mueca de asco en los labios, dije:

—¿Adónde vamos?

Sentí en la piel la liberación de aquella opresión que manaba de él como una tormenta, como si hubiera retirado la mano de mi garganta y pudiera respirar de nuevo.

—Vamos a la ciudad. Vamos a encontrar al asesino —dijo.

Y yo no me creí ni una palabra.

# 15

# La rueda dentada y otros oficios...

> Gira y gira la rueda de la fortuna. Nunca sabes lo que tienes ni lo que te quedará. Gira y gira la rueda de la fortuna. Que la noche te guíe y no confunda tus sombras.
>
> Refrán popular de Fosc

La parte positiva de aquel desafortunado encuentro fue que Nocte me llevó al lugar en el que estaban aparcadas las motocicletas.

Como había hecho Fénrix, configuró la máquina antes de dejarme montar. Por desgracia, no pude ver cómo lo hacía.

—¿Qué pasará con el humano? —quise saber antes de poner un pie en el pedal.

Él subió a la motocicleta, impasible.

—Se pudrirá en unos cuantos días y los gusanos se comerán su cadáver.

Apreté con fuerza los puños y noté cómo la saliva se me acumulaba en la boca. Lo odiaba. Odiaba todo lo que representaba, la maldad que lo envolvía, su crueldad. Era un dios con la mente de un psicópata.

Las máquinas nos condujeron por un camino distinto al de la noche anterior. En lugar de un embarcadero, pronto estuvimos atravesando un campo sembrado de cruces. Las imágenes se

incrustaron en mi mente y me provocaron arcadas. El aire temblaba con los ecos de la sangre que bullía a sus pies. Mis músculos quedaron flácidos ante la visión de los cuerpos amoratados, colgando bocabajo en una crucifixión invertida. La boca se me llenó de un sabor metálico, como el de los clavos que fijaban la carne a la madera. Respiré y me obligué a apartar la mirada. Sentí los ojos de Nocte clavados en mí, como si me estuviera retando a protestar, como si aquello fuera una prueba retorcida.

Viramos a la izquierda y entramos en la ciudad. La oscuridad acechaba en las esquinas y el ambiente se me antojó más tétrico que el del día anterior. Más peligroso. Pese a ello, me pregunté si sería capaz de localizar la casa de Will. Mi cuerpo comenzaba a exigir una nueva dosis. Quise achacarlo a que el entorno hostil me mantenía en tensión, me esforcé en creer aquello, porque el dolor no había vuelto y no debería estar deseando tener acceso a un poco de opio.

Las ruedas se detuvieron en una callejuela con un par de negocios dedicados a oficios extraños. El hierro de los letreros de forja que colgaban de sus paredes chirriaba con la brisa. Nocte se dirigió con paso firme a uno de ellos, al que tenía unas vitrinas con relojes de todos los tamaños, formas y colores.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté.

—El humano era relojero.

—¿Lo conocías? —inquirí confundida. No había dado muestras de ello. Él negó con la cabeza—. Entonces, ¿cómo puedes saberlo?

—Encontraste un engranaje, ¿recuerdas? —dijo al tiempo que lo sacaba del bolsillo del pantalón y me lo mostraba.

—Podría ser de un reloj del muerto —aventuré.

Nocte suspiró como si fuera estúpida.

—Llevaba una lupa en el bolsillo como las que usan en el gremio, son imprescindibles para que las piezas pequeñas encajen, y tenía incisiones en los dedos que son comunes por los escarificadores.

Arrugué el gesto y le adelanté. Tomé el pomo de la puerta y, abriéndola yo misma, mascullé:

—¿Ninguno lleva guantes?

Escuché un resoplido y mi mente se congeló. Me detuve en mitad del paso cuando la mano cálida de Nocte me cogió del brazo. No esperaba aquel tipo de contacto y mi cerebro se desconectó. Un hombre así debería estar tan frío como el hielo.

Lo miré como si fuera un bicho que había aterrizado encima de mi cuerpo. Él me soltó y me adelantó para pasar primero.

—No puedes darme la espalda, Cuervo. Por más que esta sea una misión extraoficial.

Me quedé con la boca abierta en la puerta y los ojos clavados en su figura, que se estrechaba a la altura de la cintura. Era alto, altísimo. Debía de medir dos metros. Me recuperé y lo seguí al interior del local.

A mi alrededor se encontraban esparcidos relojes terminados, a medio hacer, relojes de pie, esferas, de arena, otros más grandes de estación o más ornamentados. Estaban por todas partes: en las paredes, en las mesas, butacas, incluso en el suelo. El tictac constante guio nuestros pasos hasta un banco alto en el que trabajaba un hombre de cabello grisáceo, con una lente pegada al ojo derecho. En sus manos sostenía un punzón y un reloj de pulsera. Al sentir nuestra proximidad, levantó la cabeza con expresión confundida y las piezas se le cayeron entre los dedos.

—Al-alteza —tartamudeó.

—El humano que trabajaba aquí está muerto —soltó Nocte a bocajarro—. ¿En qué estaba metido?

El hombre palideció.

—N-no sé, señor. ¿Bosco está muerto?

Nocte le regaló una sonrisa fría que no le llegó a los ojos.

—No es muy normal ver a un humano empleado como relojero.

—Bosco estaba bajo mi protección, señor. Era hábil con las manos, un muchacho obediente.

Las cejas del hombre se juntaron en una mueca apenada. Parecía que realmente sentía la pérdida y, en contraste con la rudeza de Nocte, me invadió el impulso de darle unas palmaditas en el hombro. Casi tuve que recordarme que lo que tenía frente a mí era una pesadilla.

—Pues has hecho un gran trabajo —ironizó Nocte bajando el tono.

Le lancé una mirada con los ojos entrecerrados y chasqueé la lengua, dejándolo por imposible.

—¿Cómo llegó aquí? —pregunté al relojero. Sus ojos se clavaron en mis iris claros. Tragó saliva y miró a Nocte al contestar.

—Su madre estaba loca. Cruzó el portal estando embarazada y abandonó a su padre. Bosco nació aquí, solo ha conocido esto.

Nocte se humedeció los labios con la lengua.

—Quiero ver todos sus objetos personales —ordenó, y el relojero se puso en movimiento.

Se dirigió a una cortina de cuentas y la abrió para dejarle paso a su príncipe.

Entré detrás de Nocte en un despacho con un par de mesas y taburetes altos. El relojero nos indicó cuál pertenecía a Bosco. Los punzones, compases y martillos estaban clasificados en cajones, junto a otras herramientas de precisión. Encima de la tabla había infinidad de piezas desperdigadas, pero Nocte fue directo a los cajones cerrados. Del primero extrajo un reloj extraño, de sobremesa, con distintas esferas azuladas y muchas manecillas.

—El chico estaba trabajando en este reloj. Decía que medía el tiempo en los tres mundos, teniendo en cuenta el desfase de los portales —explicó el hombre.

Yo misma tomé los papeles con los cálculos matemáticos que había debajo. Tras una de las hojas había dibujado un portal.

—¿Podría tener su asesinato algo que ver con los portales? ¿Quizá había descubierto algo? —me cuestioné en voz alta.

Nocte me lanzó una mirada que no supe descifrar.

El relojero se encogió de hombros.

—Bosco no le hacía daño a nadie. Se dedicaba en su tiempo libre al estudio —dijo. Yo seguí revolviendo entre los papeles mientras hablaba y encontré más dibujos similares—. El tiempo es un estado mental, una concepción humana que sirve para ordenar el paso de los días. Tiene una importancia relativa y transcurre de forma distinta en el mundo de los sueños y el de las pesadillas.

—¿Puede ese desfase de tiempo entre los portales influir en su apertura o cierre? —preguntó Nocte.

Recordé la advertencia de Terrent: Nocte quería abrir los portales; de repente, aquella visita me pareció peligrosa. No podía arriesgarme a que descubriera la forma de ejecutar sus planes.

Ajeno a mis pensamientos, el relojero contestó:

—Es posible. Si entendemos que el tiempo es relativo según la velocidad y la gravedad y que los portales alteran el espacio-tiempo entre los tres mundos. Cualquier cambio en el tiempo del portal podría provocar su inestabilidad y traería como consecuencia que este se abriera o cerrara.

—El portal puede dejar de ser un paso a otro mundo para convertirse en una fractura permanente —dijo Nocte.

—Es posible, sí. Pero, como le dije a Bosco cuando me explicó su propósito, todo esto son conjeturas.

—Puede que le hayan matado por conjeturar demasiado —declaró el príncipe, dedicándome una mirada escueta.

Si Bosco quería abrir los portales, todo llevaba a pensar que su asesino debía ser el único príncipe que deseaba que permanecieran como estaban: Terrent. ¿Habría sido capaz de matar a un humano? Qué pregunta tan estúpida, por supuesto que sí. Pero ¿y si, por el contrario, Bosco intentaba cerrarlos? Entonces, Nocte y Somna parecían la respuesta más lógica, ya que el humano interferiría en sus planes de venganza.

La cabeza me latió de frustración. Por el lugar en el que se había producido el asesinato, lo normal era pensar que lo había encargado uno de los príncipes, si es que no lo habían perpetrado ellos mismos.

—Creo que hemos visto suficiente. Pero esta reliquia nos la llevamos —anunció Nocte.

El hombre le entregó el reloj con rostro apesadumbrado.

Salimos de la relojería envueltos en nuestros pensamientos. Él se detuvo con las piernas ligeramente abiertas junto a la motocicleta. No pude evitar mirarlo de arriba abajo.

—Continuaremos mañana. Tengo asuntos que resolver.

Lo miré con extrañeza. Si los asesinatos tenían relación con los portales, yo también estaba interesada en resolver aquel misterio.

Pero no en su compañía.

—Puedes continuar por tu cuenta.

Él puso cara de fastidio.

—Nada me haría más feliz, créeme. Por desgracia, has sido tú quien ha visto al asesino mientras huía. Necesito tenerte cerca por si lo reconoces.

Entrecerré los ojos.

—¿Y si ya lo he reconocido? —lo acusé.

Nocte soltó el aire por la nariz.

—Me cuesta ser paciente y tú no lo pones fácil.

—Ah, ¿lo estás intentando? —Y mascullé en voz baja—: Pues ya somos dos.

Puse un pie en el pedal y me subí a la motocicleta. Entonces, un calambre indescriptible me asoló desde el tobillo hasta la nuca. Trepó por mis nervios como una serpiente de brasas antes de sentarme sobre el asiento. La motocicleta se convirtió en plomo entre mis manos. Las rodillas me temblaron, mi fuerza se debilitó. Jadeé y me incliné hacia delante pese al dolor, para que no cayera encima de mí y me aplastara. Pero el movimiento me arrancó un gemido de angustia.

—¿Qué sucede? —preguntó. Alcé los ojos y vi un resquicio de inquietud bajo su férrea indiferencia.

Mis nervios colapsaron y mi columna se encorvó, perdí la fuerza en las piernas y la máquina me arrastró al suelo y cayó sobre mi pierna. El golpe en el costado y en el codo podría haber sido peor, aunque apenas lo sentí porque mi cuerpo se había convertido en una jaula rota en la que solo cabía el fuego que me arrasaba por dentro. Más intenso, más fuerte que nunca.

Logré llevar los dedos al bolsillo de mis pantalones y saqué la cajita metálica con la única píldora que me había dado Terrent.

Nocte se acuclilló a mi lado y, con lentitud, como si se alimentara de aquella agonía, me arrancó la pastilla de los dedos.

—Vencerte será más sencillo de lo que imaginaba —dijo, y yo jadeé. El sufrimiento era un reflejo en mi rostro, en el sudor de mi frente—. ¿Qué es lo que te ocurre?

Apreté los dientes y cerré los ojos, contuve un grito, pero los sollozos escaparon de mi garganta a chorro.

Ni siquiera quería abrirlos. La vergüenza actuó de losa y me mantuvo inmóvil.

Mi cuerpo tembló y yo solo abrí los párpados cuando escuché su bufido. Me miró con sorna. Puso la pastilla frente a sus ojos y solo alcancé a contemplar, acobardada, cómo la ponía sobre su lengua y se la tragaba.

Estiré los dedos como si pudiera rodearle con ellos la garganta.

Se tragó mi única oportunidad de terminar con aquel calvario; y solo pude proferir un gruñido, desgarrada.

Él se levantó con elegancia y le dio un toque con el pie a la motocicleta. Me observó con el semblante de un dios que disfruta contemplando lo que ha destruido.

—Mañana por la mañana, en el mismo cementerio. No lo olvides, no me gusta la impuntualidad.

Se giró para marcharse y su figura se perdió entre mis lágrimas.

Desesperada, me pregunté si conseguiría recuperarme o si el dolor y la fiebre me condenarían a morir allí sola, sin nadie que descubriera mi cuerpo. Sin nadie que me enterrara.

«¿Así termina?».

Una nueva oleada arrasó mis nervios, mi visión se desdibujó...

Y perdí el conocimiento.

# 16

# Lápidas y archivos

Solo al morir despertamos de tan largo sueño.

ARTHUS SCHOPENFELD

—No voy a dejar que la despiertes.

Quien hablaba era Axia; reconocería la voz de mi amiga incluso debajo del agua. O con los ojos cerrados, como era el caso.

Alguien bufó.

—¿Piensas responder tú ante Nocte? —preguntó otra voz.

—Ante quien sea. Cuando llegó estaba casi muerta. Además, ni siquiera entiendo por qué ha de ir ella.

—¿Quieres acompañar al príncipe en su lugar? —formuló la voz. Retomé la consciencia lo suficiente como para percatarme de que pertenecía a Fénrix.

—Iré encantada si la dejáis tranquila. —Escuché que alguien se levantaba.

Me removí entre las sábanas y luché por abrir los ojos.

—Ya voy —dije y me incorporé con un gemido.

—¡Pixy! —Axia acudió junto a la cama y me apretó la mano—. ¿Cómo te encuentras?

No tuve que mirarme la pierna para saber que encontraría una gran moradura. Hice el esfuerzo de sonreír y su expresión se relajó.

—Tan bien como Narrow tras un día de cosecha. —Acostumbraba a decirle aquello después de una crisis porque cierta vez su padre comió tanto que terminó viendo doble.

Ella me devolvió la sonrisa.

Saqué las piernas y me puse en pie, tambaleante.

—¡Ey! ¿Adónde vas tan deprisa? —preguntó sosteniéndome.

Nocte me había amenazado con hacerle daño a Axia. Estaba furiosa con él, pero la única forma de garantizar la seguridad de mi amiga era obedecer.

—Te daré unos minutos, pero no te demores —dijo Fénrix al tiempo que salía de mi dormitorio.

Le señalé a Axia el frasco de atrium que habían vuelto a dejar sobre la cómoda y ella me lo pasó antes de interrogarme.

—¿Dónde has estado? ¿Y por qué de repente Nocte te reclama?

Suspiré. Me quité la camiseta y la sustituí por una limpia, anhelando algo de tiempo para darme una ducha.

—Ayer vi algo, Ax. Murió un humano y vi huir al asesino.

—¿Un humano? —preguntó tan anonadada como lo había estado yo misma.

—Te lo explicaré a la vuelta. Por cierto, ¿cómo he llegado al castillo?

Ella compuso una expresión nerviosa.

—No lo sé. Fénrix me avisó de que estabas inconsciente.

Negué con la cabeza, sin saber qué pensar.

Terminé de vestirme y ella se colocó frente a la puerta.

—Si crees que voy a quedarme aquí mientras arriesgas el cuello, Pixy, es que no me conoces.

Apreté los labios con fuerza.

—Es mejor que te mantengas al margen.

Sus ojos brillaron con tristeza.

—Como siempre, ¿no?

No quería hacerle daño, solo intentaba protegerla.

Unos golpes en la puerta nos sobresaltaron a ambas.

—¡Date prisa, Pixy! —gritó Fénrix desde el otro lado.

Miré a mi amiga con arrepentimiento.

—Lo siento. Tengo que irme.

La esquivé y sentí que el oxígeno escocía al respirar.

Junto a Fénrix me esperaba Morf; en las manos llevaba un tarro pequeño. Lo observé confundida mientras me lo tendía.

—Es una pomada para las manos —dijo.

La tomé con cuidado y asentí, consciente de que en aquel instante no me saldría la voz para agradecérselo.

No creía que nadie fuera a fijarse en las grietas que me estaban saliendo en las palmas, mucho menos a ofrecerme un remedio para que no dolieran. Mis manos encallecidas eran la manifestación del daño que me habían causado siendo solo una niña. Quizá aquel era el gesto más amable que un desconocido había tenido conmigo en años. Y había salido de una pesadilla.

Parpadeé para contener las lágrimas.

Morf me devolvió una mirada comprensiva y Fénrix me hizo una señal para que siguiera andando. Me froté la piel pringosa después de aplicar la crema y la guardé con celo en la chaqueta.

Recorrimos la distancia hasta el cementerio en silencio, pero unos metros antes de entrar me giré hacia el pelirrojo y le pregunté:

—¿De quiénes son las lápidas?

Él se metió las manos en los bolsillos, sin aligerar el paso.

—Una de ellas es la de la difunta reina. Las otras dos... no me corresponde a mí decirlo.

—¿No está el rey enterrado con su esposa?

—No —declaró escueto.

Si bien aquello me pareció extraño, por su expresión supe que no diría mucho más.

Nos internamos entre las hileras de cipreses, que reposaban como guardianes eternos entre los muros circulares del cementerio.

El príncipe de la noche esperaba de espaldas, contemplando una de las lápidas.

—Llegas tarde —dijo sin dignarse a girarse.

Me detuve de golpe. Un fuego abrasador me ardió en la lengua y desquició mi cordura.

—¿Cómo te atreves? —formulé, y él se giró como un resorte.

—¿Disculpa? —preguntó deteniéndose en cada consonante.

Di unas zancadas rápidas hasta colocarme justo delante de él, tan cerca que tuve que levantar la cabeza para no perder de vista sus ojos. Brillaban con la misma furia contenida que los míos.

—Me abandonaste en la ciudad como a un perro callejero y te tragaste lo único que podía ayudarme —escupí con la voz cargada de veneno, temblando de ira. El corazón me golpeó en el pecho, pero no retrocedí.

Un destello extrañado cruzó por sus pupilas, como si no esperara que tuviera el valor de echarle nada en cara.

—Esas pastillas no van a serte de ayuda, Cuervo. Lo mejor que harán será condenarte.

—¡¿Quién crees que eres para darme lecciones?! ¿Qué sabes tú de lo que yo necesito?

—¿Crees que me importa lo más mínimo lo que precises? —bramó con la frialdad que lo caracterizaba—. Eres una criatura molesta e irritante.

—¡¿Irritante yo?!

Nos habíamos acercado tanto que sentí su aliento en las mejillas. Siempre lo sentía cerca. Demasiado cerca.

—¡Basta! —exclamó Fénrix. En algún momento me había cogido por los hombros para separarnos. Me sacudí de su agarre con desprecio y él dijo—: Nocte, por favor.

Entrecerré los ojos con desconfianza.

Nocte, no señor, solo Nocte. Aquello me hizo sospechar. Era la primera vez que escuchaba que alguien lo trataba con familiaridad en lugar de con terror. Caí en la cuenta de que la misma persona que me estaba aleccionando sobre la ingesta de opio era el que le había ordenado a Fénrix que nos llevara a Fosc a *celebrarlo*. Porque Fénrix trabajaba para Nocte y él debía de saber lo que encontraría en casa de Will. Había sido una trampa, pero ¿por qué? ¿Quería descubrir mis puntos débiles para derrotarme u ocultaba algo más? ¿Y cómo sabía de mi adicción? ¿Se lo había dicho Terrent o quizá lo supo desde que vio mis sueños?

Respiré hondo para tranquilizarme.

—Apenas vi al hombre que ayer asesinó a aquel humano. No puedo ayudarte —intenté desentenderme.

Nocte apretó los dientes en un gesto obstinado.

—Sí puedes. Te vienes conmigo al archivo real.

Apreté los puños ante su orden. Fénrix abrió mucho los ojos a mi lado.

—¿Estáis seguro? —le preguntó, subsanando su anterior desliz y volviendo a los formalismos.

Nocte entrecerró los ojos en su dirección y Fénrix levantó las palmas en actitud conciliadora.

En ese momento no era consciente, pero aquel príncipe tenía todo lo necesario para hacerme perder la cabeza.

***

—En el archivo real se guarda toda la información relevante del reino. Solo unos pocos elegidos tienen permitido el paso —me explicó Fénrix entre susurros.

Nocte caminaba frente a nosotros y cada una de sus zancadas marcaba una distancia que yo debía salvar corriendo si no quería perderlo de vista.

Miré al pelirrojo de reojo antes de preguntar:

—¿Desde cuándo trabajas para él?

Sus ojos se abrieron como si acabara de dinamitar el edificio con tan solo cinco palabras.

Me tomó por el codo y me empujó a una esquina.

—Como se entere de que lo sabes estás acabada —me advirtió.

—¿Y eso, a ti, por qué te importa?

Bufó.

—A mí solo me interesa que Nocte no pierda las pruebas por volverse loco contigo.

—Claro —contesté desdeñosa y seguí andando.

Fénrix me dedicó unas cuantas miradas inquisitivas antes de volver a hablar.

—Lo que has dicho antes de que te dejó tirada en Fosc...

—Es lo que hizo —le interrumpí—. ¿Tú sabes cómo llegué al castillo?

Dio un respingo, negó con la cabeza y miró al frente.

Nocte atravesó una puerta dorada y la dejó abierta para nosotros. Cuando traspasé el umbral, un jadeo se me escapó del pecho.

Las estanterías ocupaban pisos y entresuelos. Una gran mesa de roble aguardaba en medio de la estancia y el techo y el suelo estaban pintados con esferas de un azul tan profundo como el mar. Nunca había sido la mejor estudiante, algunas materias como la abstracción me habían parecido tediosas y absurdamente teóricas,

pero había algo sobrecogedor en el aroma del papel antiguo, como una fuerza que solo brotaba al abrir su cubierta.

Nocte extrajo de uno de los archivadores del fondo de la sala una carpeta atestada de folios. A continuación, la lanzó sobre la mesa.

—Ya puedes empezar —me soltó.

Le devolví la mirada sin molestarme en ocultar la furia que sentía.

—¿Qué se supone que tengo que hacer?

Fénrix apartó la silla para que me sentara y le dedicó una mueca a Nocte, que se limitó a contemplarnos impasible.

—Si abres la carpeta encontrarás unos ficheros con los datos de toda persona que haya pisado el castillo —me explicó el pelirrojo.

—Es un hechizo que ideó mi padre para protegernos al nacer. Dura hasta nuestros días. Por desgracia, no están ordenados por fecha, así que habrá que revisarlos todos —intervino el príncipe.

Yo la abrí y comencé a ver fotografías.

—¿Y eso cuántos años son?

—Muchos.

—Sí, pero muchos cuántos.

Nocte me dedicó una mirada envenenada.

—Dejémoslo en que hay miles de estas carpetas.

Resoplé.

—No es tan interesante ser un dios cuando tienes que decir la edad, ¿eh? —sonreí con saña, alzando las cejas.

Él soltó un gruñido grave. Para mi sorpresa, lo dejó pasar y se sentó en la cabecera de la mesa. Apoyó el codo sobre la tabla y la barbilla en su puño.

—Te puedes ir, Fénrix. Tienes cosas que hacer, monstruos a los que alimentar —le dijo al pelirrojo.

Él abrió la boca sorprendido.

—No creo que sea buena idea...

—Si decido matarla no podrás evitarlo, por más que estés aquí perdiendo el tiempo —lo cortó.

Yo resoplé de nuevo y seguí pasando páginas.

Fénrix se marchó y, después de muchas más fotografías, proferí un gruñido.

—Esto es una estupidez.

Levanté la mirada y encontré los ojos de Nocte fijos en mis labios. Arrugué el ceño y él subió la vista hasta mis pupilas con parsimonia.

—Hay muy poquita gente que se atreva a llamarme estúpido —dijo con fingida calma.

—No te he llamado estúpido, he dicho que tu idea es estúpida.

—También hay muy poquita gente que se atreva a eso, Cuervo.

Me recosté en la silla y crucé los brazos sobre el pecho.

—¿Por qué te empeñas en llamarme así?

Él adoptó la misma postura que yo y arqueó una ceja.

—Tienes el cabello negro —se limitó a responder.

Apreté los dientes con rabia.

—¿Crees que estoy ciega?

Su mirada se tornó curiosa.

—Hay algo oscuro en tu interior, no eres tan pura como deberías —dijo con naturalidad, como si aquella no hubiera sido la cruz que me había alejado del resto durante años.

—¿Qué sabrás tú? —mascullé bajando la mirada a las fichas.

—Es una verdad cruda. —Se encogió de hombros, como si no tuviera importancia—. Aprende a aceptarla. —Negué, molesta. Sentí su escrutinio debajo de la piel, como si estuviera deslizándose por mis venas. Un veneno mezclado con mi sangre—. Cuando sepas quién eres, nadie volverá a hacerte daño. Además, los cuervos son capaces de adaptarse a distintos entornos con una habilidad extraordinaria...

Lo miré con una extrañeza que se vio interrumpida por el sonido de unos pasos.

La puerta se abrió y un viento gélido me heló los huesos. La hermana de Nocte entró en el archivo y se detuvo de golpe al verme. Sus ojos ambarinos refulgieron con un deje de locura. Una máscara negra con dibujos de lunas tapaba el rictus desquiciado de su nariz y su boca.

—¿Nocte? No esperaba encontrarte acompañado.

La mandíbula del príncipe se tensó.

—¿Qué necesitas, Somna?

—Necesito saber por qué ninguno de mis hermanos ha dicho que deben suspenderse las pruebas.

Mis ojos se abrieron más de lo que creía posible. ¿Iban a paralizar las pruebas? ¿Qué ocurriría con nosotras si lo hacían? ¿Tendríamos más tiempo para escapar? ¿Y qué pasaría con los portales? Su inestabilidad cada día era más peligrosa para los humanos.

—Las pruebas no van a suspenderse —dijo Nocte con parsimonia.

Somna alzó la barbilla con la mirada desafiante.

—Han matado a seis humanos. ¿No te parece suficiente motivo para tomar precauciones?

Me volví hacia Nocte con una pregunta en los labios, pero él no me prestó atención.

Creía que la muerte de aquel humano había sido un caso aislado. Nadie me había dicho que formara parte de una cadena de asesinatos.

—No entiendo por qué eso ha de ser de nuestra incumbencia —respondió él, y si no hubiera sido testigo de sus intentos por descubrir al asesino, su voz me habría convencido de que lo que sentía por esas muertes era una total indiferencia.

Somna profirió una carcajada.

—Por favor... ¿De quién crees que me ha llegado la noticia? Mis espías no solo han encontrado el cuerpo en el cementerio, también te han visto hurgar entre sus cosas y dirigirte a la ciudad.

Lejos de mostrarse descontento, Nocte se encogió de hombros.

—Solo siento curiosidad.

Somna se acercó a la mesa y apoyó las palmas sobre la madera, inclinándose hacia su hermano.

—Seis humanos muertos en este castillo. ¿Por qué lo has ocultado?

¿Los habían matado a todos en el castillo? Aquello me puso los pelos de punta. Esperé su respuesta, con el labio entre mis dientes.

Nocte se puso de pie y le sonrió mordaz.

—No sabía que tuviera que darte explicaciones. —Su voz adquirió un matiz peligroso.

Somna retrocedió un paso, como si percibiera el tacto de las sombras que él era capaz de desatar. Sin embargo, dio una vuelta sobre sí misma, como si escuchara una melodía invisible, y volvió a reírse.

—Ya he hablado con Terrent. Las pruebas se suspenden.

Nocte resopló.

—Por supuesto. Siempre usas a Terrent para conseguir lo que quieres.

Recordé lo que ella le había dicho a mi llegada: «Después de todo, creo que merezco una pequeña ventaja, ¿no estás de acuerdo, hermano?». ¿A qué se refería?

Somna lo observó con desprecio.

—Padre ya no está. Por más que te pese, tus decisiones tienen el mismo valor que las nuestras.

Nocte apretó los puños hasta que se volvieron blancos. Una oleada de poder bailó desde sus hombros como llamas nocturnas.

Una corriente capaz de trastocar la gravedad. Sentí el tirón de mi cuerpo como una llamada desquiciada hacia la oscuridad.

Me puse en pie, incapaz de apartar los ojos de la negrura que se desprendía de su cuerpo, pero mi movimiento captó su atención y las ondas se replegaron hasta desaparecer bajo la ropa.

Somna nos miró y resopló.

—Hablando de Terrent, ¿sabe que pasas el rato con su campeona? —preguntó moviendo los dedos en ondas.

Un escalofrío me bajó por la columna. Terrent había sido claro al advertirme que no me acercara a su hermano. Nocte pareció entender mi inquietud con un solo vistazo, pero la desechó con un ademán. No obstante, obsequió a su hermana con una sonrisa ladeada.

—Somna. Hermana —añadió con suavidad—. En algún momento, estas estúpidas pruebas que tanto temes terminarán... y yo me haré con la corona. ¿Sabes qué ocurrirá entonces? —Él alzó las cejas y negó despacio con la cabeza—. Tú continuarás siendo la misma criatura desgraciada que no sabe afrontar su amargura y yo seguiré dándote órdenes como llevo haciendo toda tu condenada vida. No te equivoques, ni siquiera en estas circunstancias arañas la superficie de todo el poder que poseo.

Ella entrecerró los ojos, con las pupilas febriles de furia. Se giró de golpe hacia mí, salvó la distancia que nos separaba y me agarró con fuerza las mejillas. Mi brazalete se iluminó frente al peligro. Un calor intenso ascendió por mi cuello, como el rugido de la lava antes de explotar el volcán.

—Te daré un consejo, mestiza: aléjate de él si no quieres terminar muerta —dijo ladeando la cara hacia Nocte y dedicándole una sonrisa. Él la observó imperturbable, pero un rictus de ira se coló por sus labios firmes.

El problema era que yo ya estaba cansada de consejos, cansada de que me trataran como a una marioneta, de desmayarme y que me abandonaran, de moverme siguiendo la voluntad de unos príncipes oscuros y volubles. Y allí no estaba Narrow para obligarme a contenerme. En aquel reino era libre de defenderme, libre para plantar cara.

Así que le aparté la mano con la que me sujetaba de un manotazo y la empujé para separarla de mí. Somna trastabilló, sorprendida, y extendió los brazos para guardar el equilibrio.

Aquella princesa era una diosa, igual que sus hermanos. Pero a mí no me podía importar menos.

—No soy mestiza; y como vuelvas a tocarme te arrancaré la mano de un mordisco —le escupí, echando fuego por los ojos.

Ella dio un paso atrás. Sus labios dibujaron una sonrisa helada y en sus ojos humeó algo tan negro que creí que me convertiría en polvo.

Pero sentí en la piel la mirada de orgullo de Nocte, como un hormigueo, mientras la de su hermana hervía de rabia y veneno.

—Eso ya lo veremos —amenazó Somna. Dirigió un último ademán a su hermano y salió por la puerta con los andares gráciles de una bailarina.

Me desplomé en la silla y dejé salir el aire que había estado conteniendo.

La risa de Nocte fluyó hacia mí como una melodía, como el agua del río de mi sueño, igual de turbia.

—Ya era hora —dijo.

Cerré los ojos, pero a través de mis párpados se había marcado a fuego la curva de su sonrisa.

# 17

# Solo así se hacen amigos

> Entrada del 5 de agosto. Las manos y las rodillas de Pixy han empeorado. Mi padre ya no sabe qué hacer. Me ha confesado que quizá llame a un médico discreto, uno que no acreciente los rumores que ya existen sobre ella. Ambos pensamos que quedarán marcas visibles.
>
> *Diario de Axia*, año 1985 d. O.

Nocte no había tardado en marcharse y dejarme con la aburrida tarea de mirar fotografías. Se había ido para hablar con Terrent de las pruebas y, en su lugar, había mandado a uno de sus esbirros a vigilarme. Por suerte para mí, y desgracia para él, no era demasiado avispado. No me costó convencerlo para que me llevara junto a Morf, después de insistir en que Nocte lo aprobaría. Tenía intención de averiguar todo lo posible sobre el atrium, incluyendo su escondite, y esperaba que el niz me diera alguna pista.

Morf se encontraba trabajando en una especie de claustro con fuentes a distintas alturas. Estaba frente a una pila con ondulaciones, con las manos ocupadas con una tela aterciopelada. El olor a jabón daba una bienvenida serena a la lavandería.

—Morf —le llamé.

Él dejó caer el tejido al agua, mirando alrededor como si esperara encontrarme acompañada. Frunció la frente en pobladas arrugas al comprobar que estaba sola.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó.

Sabía que no sería sencillo soltarle la lengua, así que me preparé para mentir.

—Necesito que me digas cómo conseguir más atrium.

Entrecerró los párpados en rendijas.

—¿Para qué lo quieres?

—Esta mañana el frasco se me cayó al suelo y estoy comenzando a padecer los efectos —inventé.

Él chasqueó la lengua, volvió a coger el terciopelo del agua y lo frotó con dureza.

—Yo mismo he recogido la habitación y no había mancha alguna. No te toca una nueva dosis hasta mañana.

Me quedé con la boca abierta sin saber qué decir.

—Pero...

—Los príncipes no quieren que hagáis acopio y os sea más sencillo huir. Sin el atrium, los ilúricos no tenéis posibilidades de cruzar el portal y llegar con vida a la zona de vigilia. —Sus palabras cayeron sobre mí como una losa, confirmando la amenaza de Somna.

—¿No podemos cruzar sin el atrium?

Él negó; y la pequeña esperanza, que había mantenido en silencio, de que la princesa estuviera mintiendo se desvaneció. La huida se complicaba. Tenía que conseguirlo como fuera.

Me mordí el labio, pensando en una mentira que me permitiera salir del atolladero, cuando Morf alzó de golpe la cabeza.

Un sollozo entrecortado reverberó entre las columnas.

El niz soltó la tela y corrió hacia las escaleras en busca del sonido. Lo seguí a la carrera. Llegamos al piso de arriba y allí, tirada en el

suelo, estaba Onia. Tenía los hombros apoyados en el muro y la respiración desacompasada. Con un brazo se rodeaba el estómago.

Morf invadió su espacio para examinarla y ella lo apartó con las fuerzas mermadas. A diferencia de mí, ella no parecía dispuesta a olvidar que era una pesadilla.

Me acuclillé junto a ella. Estaba blanca como un copo de nieve. Se inclinó hacia un lado y le sobrevino una arcada.

—¿Qué te ha pasado?

Tomó aire con dificultad.

—No he tomado el atrium. Quería averiguar cuánto era capaz de aguantar sin él —susurró. Alcé la vista hacia Morf, que nos miraba con recelo.

—Morf... —intenté.

Él se levantó y movió el pie con nerviosismo.

—¿Esto es una treta? —me acusó.

Yo solté un jadeo frustrado.

—¡No! Mírala, está pálida. —Un quejido de Onia me hizo cogerle la mano. No me rechazó, en aquella ocasión sus dedos se apretaron contra mi piel como si yo fuera la cuerda a la que se aferraba para no caer al vacío—. Necesita ayuda.

Él negó a toda velocidad.

—Yo no soy el responsable de la señorita Di-Urensis.

Por un instante pensé que yo tampoco lo era. De ser yo quien estuviera en su lugar, no creía que Onia me ayudara. Para ella yo era indigna, la oveja negra de un rebaño idéntico, sin mácula. Quizá aquella fuera mi oportunidad de vengarme por todos sus desprecios, por el dolor que me había causado en el pasado. Pero el sudor de sus manos me recordó a las noches en las que había deseado tener a alguien que velara por mí, alguien que me sostuviera antes de caer en las tinieblas, en la fiebre.

Solté un resoplido y clavé los ojos en los de Morf con un gesto decidido.

—¿Quién puede darme el atrium que no se ha tomado?

Morf se pasó una mano por la joroba.

—Si vas a su dormitorio y alguien te ve, pueden considerar que estás haciendo trampas. Te colgarán por eso.

¿Cuánto tardarían los príncipes en reemplazarme? Recordé las cruces que había visto en el camino a Fosc. No me parecía la mejor forma de morir y no creía que a Nocte le fuera a temblar el pulso si me consideraba una molestia para su acceso al trono.

—Tiene que haber otra manera.

Morf dudó.

—Pixy —me llamó ella—, hay algo que debes saber. Es importante que te diga...

Pero sus palabras se interrumpieron por una nueva arcada. Onia se giró, vació el estómago en el suelo y su cuerpo se desplomó entre mis brazos. La sujeté para que no cayera sobre su propio vómito.

—Morf —le advertí alarmada. Coloqué su cuerpo contra el muro. Tenía que hacer algo pronto.

Él titubeó.

—Quizá si se lo pides a la princesa... No, no. Es demasiado arriesgado.

—No me importa lo peligroso que sea. —El problema era que después de nuestro último enfrentamiento no creía que Somna estuviera dispuesta a escucharme. Me percaté de que la muerte de Onia podría ser la excusa que necesitaba para suspender las pruebas —. ¿Cómo puede ayudarme?

Morf estudió mi determinación y suspiró derrotado.

—La princesa es quien se encarga de cultivar el atrium. Ella lo custodia en el Hivernacle.

—¿Dónde está ese sitio?

—En la parte trasera del castillo, bajando por la colina junto a los jardines.

Me levanté y atravesé el palacio a la carrera. Llegué al lugar que me había indicado Morf y me detuve. El Hivernacle era un agujero enorme, excavado en el suelo y cubierto por techos curvos de vidrieras de colores. Me asomé a través del cristal y vi la figura de Somna inclinada sobre un caldero. A su lado, en la estantería, descansaban los frascos de atrium.

Maldije mi suerte. La única forma de bajar era una escalera de piedra que podía verse con claridad desde abajo.

La princesa ladeó los hombros y se meció, como una concha en el oleaje, hasta un altar de roca, quedando de espaldas a la escalerilla.

No había tiempo que perder.

Tomé el pasamanos y bajé el primer escalón, sin quitar los ojos de la espalda de Somna. Sus movimientos imprecisos, como un baile desordenado, impulsaron mis pasos. Hasta que, en uno de los escalones, la arenilla crujió en la piedra.

El tiempo se detuvo y el balanceo de Somna con él.

Dejé de respirar.

Dejé de moverme.

Ladeó la cabeza, como esperando escuchar algo más. Solo hacía falta que se moviera un centímetro para verme.

Esperé con los labios abiertos en una plegaria silenciosa.

Ella miró al suelo. Mi corazón latió desenfrenado. El olor de los bálsamos ardió en mis fosas nasales.

Cogió una rama que se le había caído.

Sus hombros recuperaron el ritmo invisible que los guiaba y su concentración volvió a fijarse en las hierbas que tenía entre las manos.

No me permití suspirar. Salté en silencio la distancia que me separaba del suelo, me oculté tras una mesa llena de plantas y gateé hasta la estantería que guardaba el atrium. Aquella postura me trajo recuerdos dolorosos, pero los aparté a un rincón de mi mente en el que no hicieran daño.

Eran los mismos frascos que Morf dejaba en mi dormitorio. El líquido negruzco chispeaba con la fuerza de una estrella.

Sin levantar las rodillas del suelo, abrí la vitrina, tomé uno de ellos y lo apreté entre mis dedos. El tintineo del cristal, pasando por la rendija abierta de la puerta, apenas fue audible, pero me estremeció hasta los huesos. No podía permitirme coger más en aquel momento si no quería que me descubriera.

Escuché el burbujeo del líquido en el caldero como una masa espesa. No podía dejar que me viera. Pero una sombra se cernió sobre mí y mi corazón se saltó un latido. Me metí bajo la mesa y una voz conocida hizo que, por primera vez, quisiera confundirme con las sombras.

—Tenemos un problema, Somna —dijo Terrent para anunciarse.

Me estiré para verlos. Terrent bajó por los escalones y Somna se giró y soltó una risotada.

—¿Un problema llamado Nocte?

La cogió con brusquedad por el codo. Su risa cesó.

—Sospecha algo.

Ella dio un paso hacia él y le besó la mejilla.

—Tranquilo, hermano. Ocúpate de preparar a tu campeona y déjame a mí a Nocte.

—No puede enterarse de que queremos librarnos de su competidora o estaremos perdidos.

Me mordí los labios para no soltar un jadeo.

¿Querían deshacerse de Axia? Creía que no podían hacernos daño, que el testamento del rey dejaba muy claro que aquello les haría perder la corona. Los nervios pincharon en mi estómago como esquirlas afiladas.

—No se enterará. He puesto el veneno en los filos de las espadas que ha encargado para entrenar con ella. Será él mismo quien la envenene —dijo contestando a mis pensamientos.

Las náuseas subieron por mi garganta, amargas como la bilis. Tenía que salir de allí, debía avisar a Nocte antes de que fuera demasiado tarde. ¿Y si ya estaba practicando con Axia? ¿Y si ya la había cortado? Apreté las manos en puños blancos como la cal. Iba a matarlos, acabaría con ellos.

Terrent sonrió complacido.

—Te compensaré cuando sea rey, Somna. Nunca más tendrás que agachar la cabeza ante nadie.

Ella alzó el mentón con el rostro impasible, pero un destello de desprecio alteró sus facciones. Solo un parpadeo, tan breve que si no hubiera estado alerta me habría pasado por alto.

—Tú eres el primogénito, a ti te corresponde reinar —dijo ella, y sus palabras me sonaron vacías, una burda mentira.

Terrent asintió con gesto ausente, como si estuviera acostumbrado a escucharlo. La princesa apagó el fuego hasta que solo quedaron brasas y dejó reposando el caldero. Cada segundo que pasaba dolía como una puñalada.

Intercambiaron algunas palabras más y, al fin, se fueron. No aguardé a que se alejaran. Con una imprudencia poco propia de mí, subí a toda prisa los escalones, desanduve el camino que había hecho y entré a la carrera en el claustro. Mi prioridad era Axia, pero, por más que mi corazón sollozara, no podía recorrer todo el castillo hasta encontrarla. Así que caí de rodillas al lado de Onia y le vacié el

frasco de atrium en la boca. Morf se había quedado junto a ella y miró con preocupación mi cara desencajada.

Jadeé y tragué saliva. Pasó a trompicones por mi garganta reseca.

—Necesito que me digas dónde puedo encontrar a Axia y a Nocte. Sé que están entrenando. —Titubeó, pero yo no podía perder más tiempo—. Por favor, es cuestión de vida o muerte.

Él gruñó.

—Los entrenamientos se hacen en la sala de los espejos, en el primer piso a la izquierda, la segunda puerta ornamentada.

Antes de que hubiera terminado, ya estaba corriendo. Corrí como no lo había hecho en la vida, como si buscara calentar la sangre de mis venas, como si no estuviera ya hirviendo.

Subí los escalones de tres en tres y cuando me topé con la puerta que había indicado Morf no me detuve a llamar. Entré como un tornado. Nocte y Axia empuñaban sendas espadas. Mi amiga resollaba. Y Nocte descargó un golpe contra Axia, uno directo a su antebrazo.

—¡Quieto! —grité.

Me abalancé sobre ellos.

Pero la inercia de la espada pesó más que mi voluntad por detenerlo. El acero destelló con el candor letal de las velas.

Empujé a Axia. El filo se hundió en mi carne, me rozó el pecho, a la altura del corazón. Un rasguño que aceleró mi pulso.

Un corte venenoso.

Caí de rodillas y me vi reflejada en los ojos negros de Nocte.

En los ojos de mi asesino.

Tenía claro que él sería mi perdición.

# 18

# Prisas... malas consejeras

> Cerrar los ojos, rendirse al sueño... sueño que acaso no lo sea.
>
> *Ofelia*, AVON HATHAWAY

No sabía cuánto tiempo tardaría el veneno en hacer efecto.

Resollé, y una parte de mí se deleitó con la mirada iracunda de Nocte. Al menos mi muerte impediría su acceso al trono. Mi vida había estado dedicada a proteger a Axia y a los humanos y aquel sacrificio me pareció la decisión más coherente de cuantas había tomado. Sin embargo, un miedo inesperado se instaló en mi estómago y me revolvió las tripas.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —me preguntó Nocte, más cortante que el filo de la espada.

Axia me tomó por los hombros y me ayudó a ponerme en pie. Me volví hacia ella, lo último que quería ver en aquel reino maldito era la cara de mi única amiga.

—Vas a estar bien —afirmé, sin saber si sería cierto. La observé con atención y me aseguré de que estaba ilesa. Me acerqué a su oreja y susurré—: Junto a los jardines hay un lugar en el que encontrarás el atrium, toma todo el que puedas y márchate.

—Pixy, ¿qué te ocurre? ¿Qué estás diciendo?

Mi visión se difuminó. La tensión de mis músculos era tan palpable que incluso Nocte permaneció alerta. Sujeté las manos de Axia y respiré hondo antes de decir:

—Tienes que irte, tengo que hablar con Nocte.

Era sencillo, no quería que supiera que iba a morir por ella, no quería que cargara con una decisión que había sido solo mía. Axia no se enteraría por mí de que acababa de salvarle la vida.

—No voy a irme sin que me digas qué está pasando.

Nocte dio un paso hacia nosotras y lo que vio en mi rostro le hizo fruncir el ceño.

—Fuera, Axia. Seguiremos más tarde —sentenció.

Mi amiga me devolvió una expresión traicionada y preocupada. Se mordió el labio, como si valorara insistir, protestar. Pero terminó negando con la cabeza y apartándose de mi lado. Sentí cómo las lágrimas acudían a mis ojos mientras ella cerraba la puerta a su espalda sin volver a dirigirme un vistazo.

—Ya puede ser grave —dijo Nocte enfadado.

Pestañeé, rabiosa, y eliminé cualquier signo de debilidad.

—Tus hermanos conspiran en tu contra.

Bufó.

—Dime algo que no sepa.

—Somna ha envenenado el filo de las espadas. No sé qué ocurrirá si Axia te ha herido, pero este arañazo que me has hecho es mortal.

Sus labios se entreabrieron, pero no salió sonido alguno. En cambio, sus dedos apartaron la tela de mi camiseta, la que había cortado la espada. Se acercó para inspeccionar la herida. De nuevo me sorprendí con la calidez de su tacto. De nuevo me sorprendí al permitir que me tocara.

—¿Tienes náuseas, frío, te falta el aire? —Atribuí el deje de preocupación a sus propios intereses.

—No.

Se aproximó la espada, que aún portaba en la mano, a la nariz e inhaló.

—No huele a veneno y el corte está limpio.

Toqué la sangre que había resbalado del arañazo y la olisqueé. Era cierto, pero ¿cómo era posible? ¿Algo había salido mal? ¿Qué sentido tendría que Somna le hubiera mentido a Terrent? Había venenos inoloros. ¿Quizá Nocte había limpiado la espada sin darse cuenta?

—¿No es...? ¿No me voy a morir?

Él me hizo una mueca.

—Es curioso cómo te enfrentas a la muerte. Diría que pareces decepcionada.

En mi mente yo sujetaba la espada y la clavaba en su cuello.

—No lo estoy. Pero no comprendo qué ha pasado —espeté entre dientes.

—¿Un intento de llamar la atención por tu parte?

Se encogió de hombros. Yo resoplé.

—Claro que no. No sabían que los estaba escuchando...

—Espiando querrás decir. —No le respondí y él negó con frustración—. Si no eres clara no podré ayudarte.

Puse los ojos en blanco y observé cómo envainaba el arma.

—Dijeron que se librarían de Axia. Que tú lo harías por ellos porque Somna había envenenado las espadas. —Alzó una ceja, como retándome a aportar algo nuevo—. Después ella le dijo a Terrent que él debía reinar por ser el primogénito.

Vi cómo aquello captaba su atención y comenzaba a tomarme en serio. Imaginé que no era la primera vez que escuchaba esas palabras. Se frotó el mentón y mis ojos fueron a parar a su estúpido hoyuelo.

—¿Dijeron algo más?

Lo pensé un segundo.

—Somna también le dijo que se ocupara de prepararme.

Nocte gruñó unas palabras que no escuché.

A continuación, se dirigió a una de las esquinas de la sala y abrió una bolsa de tela. Los espejos reflejaron su imagen en un sinfín de mandíbulas cuadradas y siluetas arrogantes y mortíferas. Extrajo una muda limpia. El tiempo se detuvo mientras cogía el bajo de su camiseta, con sus ojos clavados en los míos a través del cristal, y se la quitaba por la cabeza con un movimiento suave, elegante. Tragué saliva y miré al suelo en cuanto comenzó a asomar su sonrisa. Tarde, muy tarde.

Registré los valles de sus músculos, un torso cincelado en piedra, igual de peligroso que el mordisco cortante de una daga. La tinta le marcaba toda la espalda, dibujando un escorpión cuya cola se enroscaba sobre sus vértebras. Casi tuve que recoger mi sentido común del suelo.

No debía apreciar aquel cuerpo, me recordé. Ni siquiera era su verdadera forma.

La imagen de Janos tomando un mechón de mi cabello desfiló por mi mente. No había tenido tiempo para acordarme de él, había estado demasiado ocupada combatiendo contra pesadillas y enfrentándome a las intrigas de los príncipes. Al menos eso quise creer, eso fue lo que me dije, porque llevaba años pensando que lo que sentía por él era amor. ¿Tan rápido podía desvanecerse?

Apreté los dientes, reprendiéndome.

—Mi hermana está jugando con Terrent. Somna no es de fiar.

Alcé la vista y me lo encontré ya vestido. Solté un bufido.

—¿Y tú sí lo eres? —pregunté, y mis mejillas ardieron.

Él resopló y se acercó. Se detuvo a un metro, como si supiera que en aquel instante necesitaba espacio, tiempo.

—Yo menos que nadie, Cuervo —reveló muy serio.

—Entonces tendré que hacerle caso a Terrent, a todos los que me han advertido, y mantenerme alejada de ti.

Sus ojos se entrecerraron y la atmósfera se espesó a nuestro alrededor, como una burbuja en la que el oxígeno se consume.

—Mientras acudas a los archivos para encontrar al asesino, no tengo la más mínima intención de imponerte mi presencia.

Los labios me temblaron, así que los apreté y me los mordí.

Sus ojos siguieron el movimiento y frunció el ceño.

—Bien —dije. Yo también quería parar aquellas muertes.

Siguió el recorrido hasta mis pupilas y la tensión que había sentido se instaló en otra parte de mi cuerpo, en una que liberaba mi pecho y creaba jadeos ahogados.

—Bien —repitió sin moverse.

Apreté las manos en puños como si de esa forma fuera capaz de localizar los nervios que se habían instalado en mi estómago.

Pero él ladeó la cabeza, miró mis manos constreñidas y salió de la habitación. Me quedé sola, con el rostro decepcionado reflejado por todo el salón. Nunca había estado tan enfadada por poder verme en un espejo.

Por primera vez, me había fijado en que Nocte inclinaba los hombros hacia delante cuando caminaba. En aquel instante no lo sabía, pero el peso del mundo pendía de ellos.

***

No sabía cómo debía comportarme en una situación así, pero la mano firme de Axia me guio por los pasillos hasta el dormitorio de Onia.

Tras la conversación con Nocte había ido a hablar con mi amiga. Axia estaba enfadada, se sentía apartada, pero la preocupación por lo ocurrido venció sus reticencias iniciales. Le conté todo, desde que había encontrado el cadáver, la búsqueda en el archivo, el desmayo de Onia, hasta la charla entre Somna y Terrent. Aún no entendía qué pretendía Somna. ¿Para qué engañar a Terrent si no iba a cumplir con sus planes? Al final él lo descubriría, ¿tan loca estaba que no le importaba ponerlo en su contra?

Al menos sabía que Nocte estaba sobre aviso y no permitiría que nada le ocurriera a su campeona.

Respecto a mí, la única alternativa que tenía era confiar en Terrent, al menos él me necesitaba para sus propósitos, y sus planes de mantener los portales eran los únicos que debían importarme.

Axia llamó con los nudillos a la puerta de Onia y esta nos pidió que entráramos. Supuse que la restricción de la que había hablado Morf no se aplicaba al caso de que ella estuviera dentro o diera su consentimiento.

La habitación era muy parecida a la mía. Onia estaba entre sábanas oscuras, con el rostro pálido y los dedos entrelazados sobre la colcha.

—¿Qué tal estás? —le preguntó Axia, deteniéndose conmigo a los pies de la cama.

—He estado mejor. —Cruzó su mirada con la mía y la bajó a sus manos con el ceño fruncido—. Supongo que tengo que darte las gracias.

Cambié el peso de mi cuerpo, incómoda.

«Tú hubieras hecho lo mismo por mí», pensé con ironía. No lo dije, porque sabía que era mentira.

—¿Cuánto aguantaste sin tomar atrium? —pregunté en su lugar. Si había posibilidad de huir debíamos aprovecharla.

—Un día, tal y como nos habían dicho. Deben de tener muy controlada la dosis.

—Te lo dije. Es demasiado poco. Incluso si contamos con las motocicletas, no llegaremos al portal —dijo Axia.

—Me temo que no —añadió Onia apenada.

Negué con la cabeza.

—Sé dónde podemos conseguir más. —Me giré hacia Axia—. Te lo dije, hay un sitio que se llama Hivernacle en el que Somna almacena los frascos.

—¿Podemos entrar ahí? —preguntó Onia con voz dubitativa.

—Es peligroso, pero debemos intentarlo. Es la única alternativa que tenemos.

Las dos asintieron conformes.

—Onia —la llamé. Ella ladeó la cabeza—. Antes dijiste que hay algo que debo saber. ¿Qué es?

Ella cogió aire y sus ojos se abrieron de golpe.

—¡Sí! Lo había olvidado. Es información que me ha dado Somna, sobre sus planes para los portales. Pixy, no podemos permitir que Terrent o Somna ganen el torneo.

—¿Y eso por qué? Terrent me dijo que quiere restablecer la membrana para mantener el orden.

—Te ha mentido, Pixy. Son ellos los que quieren abrir los portales y terminar con el mundo humano, no Nocte.

»Si Terrent o Somna ganan esta competición, será el fin de la humanidad.

El golpe fue tan duro que retrocedí algunos pasos, como si el suelo se desvaneciera bajo mis pies.

No podía ser una treta de Somna porque ¿de qué le serviría poner a Onia en su contra? Solo había una explicación: Terrent había jugado conmigo. Pero no importaba, me dije. No cambiaba nada

porque, de nuevo, salvar a Axia y a los humanos volvía a estar en el mismo lado de la balanza. Y siempre pesaría más que mi propia vida.

# 19

# Sin cargas

> Solo los dioses crean lo que no ha sido creado. Y, con el tiempo, solo ellos destruirán sus obras.
>
> *Libro de Sombras* 3:21, versión NIKOLA-RUNYX

Terrent me había mandado llamar y yo acudí como un guerrero que se enfrenta a un león con las manos desnudas. Esperé de rodillas, con los hombros tensos y la espalda envarada. Después de la revelación de Onia tenía claro que no podía fiarme de él. Había visto mi necesidad de proteger a los humanos y había jugado conmigo para ganar las pruebas.

De poco le iban a servir sus palabras en adelante. No iba a convencerme para que le ayudara.

Si bien el poder de Nocte era palpable, una fuerza sensible, el de Terrent era sibilino como el de una serpiente. Yo había gastado mi deseo en proteger a Axia y él había conspirado con Somna para deshacerse de ella. Al menos su hermana no estaba dispuesta a ponerle las cosas tan fáciles como él creía.

Apreté la mandíbula mientras por mi mente pasaban deseos homicidas. Cuando la puerta se abrió, no alcé los ojos del suelo. No quería que viera las ganas que tenía de matarlo.

—En las últimas horas me he estado preguntando cómo hacerte feliz. —Su tono resonó animado por los tapices que pendían de las

paredes.

Tomé aire por la nariz y lo retuve, centrando la atención en los puntos de unión de mis muelas.

«Como lo mires lo matas. No subas la cabeza».

—Al fin y al cabo, somos un equipo. ¿No lo ves así?

«Imagina que es una rata de cloaca dándose una ducha y frotándose con una esponja. Vale. Céntrate en respirar».

—Entenderé tu silencio como un sí. —Escuché cómo sus pasos se aproximaban—. Entonces pensé: ¿qué podría animar a alguien que se queda desmadejada en medio de una ciudad llena de enemigos?

Mi espalda se envaró. Percibí el cambio en su postura como si el ambiente le siguiera al compás.

Alcé la vista, alarmada, y entrecerré los ojos. Un brillo tranquilo surcaba sus facciones. Llevaba el cabello plateado recogido en una coleta y parecía de mejor humor que en anteriores ocasiones.

—¿Fuiste tú quien me trajo al castillo? —Mi voz sonó dura contra los dientes.

Su rostro reflejó sorpresa solo un segundo, después se cubrió con un manto de indiferencia.

—Yo cuido de mis intereses —respondió evasivo.

Aquello no era un «sí», pero tampoco era una negativa.

—No conseguirás nada mintiéndome. —Apoyé un pie y me impulsé con la pierna para levantarme—. Ya sé que lo que me dijiste sobre los portales es falso. Tu intención es abrirlos, y jamás voy a permitir que eso ocurra.

Su risa resonó por la sala y el aire se enfrió, poniéndome los pelos de punta.

—En el fondo me alegra no tener que continuar con esa falacia. Es cierto, mi intención es abrir los portales, pero no por esos estúpidos humanos que tanto te importan, sino por las nueve casas. Esos

bastardos merecen pagar el precio por todas las vidas que han segado.

Su mirada se volvió severa, astuta. Me dio la espalda y se recogió la coleta sobre uno de los hombros. Sus modales eran tan impecables que me revolvían las tripas. Me adelanté un paso para encararlo.

—El consejo de casas exigió mi vida para cerrar los portales y protegerse. Tampoco me despiertan simpatía, pero no permitiré que pongas en peligro a la humanidad para vengarte.

Sus dedos se internaron entre los mechones de su pelo y comenzaron a trenzarlo con calma.

—La humanidad... —Ladeó la cabeza y observé su afilado perfil—. ¿Qué han hecho ellos por ti, Pixy? ¿Te arroparon por las noches cuando tenías frío? ¿Te dieron de beber cuando tenías sed? —se burló—. Los humanos son despreocupados, arrogantes, envidiosos. Se matan por no saber dominar sus pasiones y un segundo después se reconcilian como si no hubieran sembrado el caos en su mundo.

Cabeceé, dándole la razón.

—Es cierto. Son capaces de lo más atroz... y de lo más hermoso. Bucearían en el lodo para salvar a los suyos. —Alcé el mentón y sentí el nudo en la garganta—. Tú solo aceptas tu peor versión y yo solo admito tener una buena. Pero ellos... Ellos tienen tantos matices como colores el universo. Son perfectos.

Terrent terminó de girarse, cruzó los brazos sobre el pecho y sus manos quedaron ocultas bajo las mangas de su blusa.

—Quisiera comprender la fascinación que sientes —suspiró—. Lamentablemente, he visto demasiado como para obviar lo podridos que están, lo débiles que son... Como tú cuando el dolor te destroza. —Tomé aire de golpe. ¿Cómo lo sabía? La curva de su sonrisa me

revolvió el estómago—. ¿No es así? ¿No te quedaste tirada en Fosc porque no fuiste capaz de contenerlo?

Mi labio superior se contrajo en una mueca involuntaria.

¿Se lo había dicho Nocte? ¿Me había encontrado él mismo? Había sido una ilusa al creer que podría ocultárselo a los príncipes.

No respondí y su sonrisa se ensanchó. A continuación, se dirigió a un aparador y sacó una flor. Era negra, de pétalos caídos y tallo amarillento. De no haber sido porque permaneció recta entre sus dedos, habría jurado que tendría las yemas manchadas de podredumbre.

—¿Sabes qué es esto?

Negué desconfiada y él gruñó entre dientes.

—Por supuesto que no. Es candelaria, la muerte revertida —añadió.

Me la tendió con un gesto elegante y yo la cogí. Su tacto era seda en mis dedos.

Desprendía una energía especial, desconocida.

Terrent hizo un movimiento de cabeza.

—Huélela —ordenó. Lo miré con recelo—. Es mi regalo para ti.

—¿Qué es esto? —Traté de que mi tono fuera duro, pero estaba con la guardia baja.

—Mi campeona debe estar concentrada en ganar, no preocupada por afrontar un dolor inasumible. —Se me encogió el pecho—. Despídete de él, Pixy. Los males que has padecido desaparecerán para siempre.

Sentí como si me hubieran quitado la sangre de las venas y me hubieran dejado vacía. Miré, sin ver, a través del príncipe, como si los polos hubieran cambiado de bando y mi mente se desmoronara en una oscilación precaria.

—Eso no es posible. No hay cura, lo hemos intentado antes.

Él esbozó una sonrisa misteriosa.

—Huélela —repitió.

Tragué saliva y, sin saber qué más hacer, bajé la cabeza hasta la flor e inhalé. El polen se desprendió, dorado como el amanecer, y hormigueó en mi nariz. Parpadeé deslumbrada y una placidez desconocida meció mi cuerpo. Tranquila, serena. Una paz que jamás había alcanzado con el opio me arrulló como si estuviera en la cuna bajo el manto protector de una madre cariñosa.

El tiempo pareció detenerse, al compás de mis pulsaciones. Cerré los ojos y sentí una fuerza extraña recorriendo mis nervios, invadiendo mi sangre y cada centímetro de mi cuerpo en una caricia lenta. Al abrirlos de nuevo noté al instante que algo había cambiado. Flexioné el brazo con el que no sujetaba la candelaria. Me sentía revitalizada, poderosa. Capaz de cualquier cosa.

Arrugué el gesto antes de estornudar. Me limpié la nariz con el dorso de la mano. La alcé y la giré en distintas direcciones para inspeccionar los destellos que había dejado a su paso el polen.

—No es posible —repetí, alejando las ilusiones de mi pecho.

No quería creerlo, no quería concederle el poder que tendría sobre mí alguien capaz de devolverme la libertad. Porque ¿qué no podría hacer yo sin dolor? ¿Alguna vez me había atrevido a pensarlo?

—Mi especialidad es la reversión, como la de Somna son los remedios. Ningún ungüento o poción habría sido lo bastante fuerte para sanarte —reveló extendiendo la mano para que le devolviera la flor. Se la entregué, temblorosa—. Sin embargo, todo tiene un opuesto, y en tu esencia reside ese dolor que puede retornarse a su origen. Con los medios adecuados... y los hechizos pertinentes.

El ruido de mi cabeza me dificultaba escucharlo.

Mi vida, las decisiones que había tomado desde que había entrado en la logia... todo siguiendo una oscura estela de destrucción.

Pensaba que el dolor acabaría conmigo, que supondría mi muerte. La había sentido soplando en mi nuca día tras día. Pero ¿y si no tenía que morir? ¿Y si mi vida podía ser normal? ¿Cambiaba eso mis principios, mis metas?

—¿Cómo lo has hecho? ¿Qué es esa flor? —Me miré las manos como si esperara verlas diferentes.

Terrent la levantó a la altura de sus ojos y sonrió.

—Una de mis mejores creaciones. El polen de la candelaria encuentra la muerte y la revierte. Tardé años en perfeccionarla para que no se marchitara entre mis dedos, usé miles de hechizos. Miles de pesadillas perdidas entre sus pétalos... —Chasqueó la lengua, apartando los pensamientos—. Pero mereció la pena.

«Miles de pesadillas», pensé. Quizá su poder no se diferenciaba tanto del mío. Yo usaba mis sueños para pelear. Tal vez ellos hicieran lo mismo con sus pesadillas.

Terrent me dio la espalda y devolvió la flor a la cómoda. Me puse de puntillas para ver cómo la encerraba bajo una urna de cristal. Después de cerrar el cajón, pasó la mano por cada una de las llaves y un sonido metálico selló el mueble.

Era la primera vez que veía ese tipo de magia, pero mi cabeza había colapsado y las palabras de Terrent se repetían dentro de mí en bucle.

—¿Por qué harías algo así por mí? —susurré con la mirada perdida.

Él se rio.

—¿Por ti? Oh, no, querida. Esto no es por ti, no fingiré que me importa lo que te ocurra. —Con dos pasos se acercó hasta quedar delante de mí. Con un dedo me alzó el mentón. Mis ojos se clavaron en los suyos y una maldad tenebrosa emergió de sus pupilas como niebla—. Has descubierto que mi deseo es abrir los portales y

necesito que te esfuerces por ganar. Por lo que es simple: si quieres que tu dolor desaparezca para siempre, solo tienes que vencer para mí. Pero si se te ocurre desperdiciar tus ventajas en favor de tu amiguita, como hiciste en la primera prueba, ya puedes despedirte de los efectos de la candelaria. Sería muy sencillo devolverte ese sufrimiento al que tanto pareces aferrarte.

Apreté las manos en puños.

Sabía que Terrent era perverso, que todos los príncipes lo eran, pero aquella amenaza iba más allá de cuanto hubiera imaginado.

Sin pretenderlo, había abierto la puerta a las posibilidades. Solo un resquicio por el que se había colado la esperanza, como un niño que se escabulle para jugar entre las flores. Elegir entre mi vida y la de Axia nunca había sido un dilema para mí porque en mi mundo alguien como yo no tenía futuro. Pero sin dolor...

—Tienes mucho en lo que pensar, querida —añadió con una sonrisa.

Movió la mano en señal de despedida y yo entrecerré los ojos con aprensión.

Caminé de espaldas hacia la puerta, sintiendo el peso del aire sobre mis hombros. La sala parecía más pequeña, como si los tapices se hubieran alargado hasta convertirse en pérfidas sombras. Un escalofrío me recorrió la columna, pero lo atribuí a las ondas que emanaban del poder contaminado de Terrent. Sin embargo, antes de cruzar el marco, el frío me azotó la piel y una mano apretó mi cuello.

El ahogo llegó de improviso. Mis dedos volaron para separar aquella trampa mortal en forma de carne.

Los ojos de Terrent se abrieron y se entornaron en un parpadeo. Los sonidos de mi asfixia retumbaron en un silencio colmado de destellos.

—Somna... —dijo él, con un hilo de voz capaz de dormir a una bestia.

Sentí cómo la sangre se acumulaba en mi rostro y lo enrojecía.

—Tenemos a una pequeña rata que roba lo que no debe a quien no debe —explicó ella. Pude sentir su sonrisa enloquecida sin verla.

Intenté separar sus falanges para liberarme, pero su agarre era tan férreo que creí que podría levantarme del suelo sin pestañear.

No solo era más alta que yo, también era más fuerte.

Mi visión se desdibujó y mis piernas flaquearon.

—Ya basta, Somna —ordenó Terrent perdiendo la calma. Apretó los puños hasta que sus nudillos se tornaron blancos.

—Tengo que enseñar a la mestiza a no hurgar en mis cosas. Porque has sido tú, ¿no es cierto? Tú has cogido el frasco de atrium que falta.

Solté un gruñido ahogado. Mis uñas no fueron capaces de penetrar en el mármol frío de su piel. La arañé y me revolví, pero ella no aflojó su amarre.

—¿Sabes lo que cuesta encontrar un escondite adecuado? ¿Por qué debería permitir que me causes dolores de cabeza, cosa diminuta?

Su aliento en mi mejilla. Con el puño golpeé su muñeca, pero cuanto hacía no servía de nada contra ella.

Mi rostro se amoratá. La negrura se filtraba por los márgenes de mi visión, llamándome a la inconsciencia.

—Si la matas, el torneo te excluirá, Nocte acabará contigo por interferir en las pruebas y yo lo ayudaré —la amenazó.

La atmósfera vibró y cambió. Pese a que ninguno se movió, noté cómo sus poderes se medían. Del roce saltaron chispas.

Somna rugió entre dientes y me tiró hacia delante, dándose por vencida. Caí de rodillas. Tosí, con los pulmones ardiendo mientras las

lágrimas me nublaban la visión. La humillación era peor que el dolor, pero la ira me ayudó a recuperar el equilibrio.

Un pinchazo en la nuca me indicó que me girara. Ella seguía allí. La amenaza aún no había acabado.

Una línea negra ocultaba su nariz hasta el labio superior, confiriéndole un aspecto perturbador. Se balanceó a ambos lados, con los ojos clavados en mí como dardos. Dos pozos de desesperación y vil locura.

—Disfrutaré viendo cómo otras te matan. —Esbozó una sonrisa agitada—. Quizá tu amiga Axia haga el trabajo por mí. Al fin y al cabo, su deseo no es que sobrevivas, sino ser mejor que tú. Eres patética...

Terrent se mantuvo en silencio y yo sentí que el oxígeno se densificaba y se volvía irrespirable.

Mis ojos hervían con la furia de los abismos. Me limpié de un manotazo las lágrimas que habían escapado por mis mejillas.

Alguien más prudente se habría contenido, pero...

—Tú sí que eres patética. Conspirando en vano y traicionando a los tuyos, ¿o es que no piensas contarle a Terrent que tu plan nunca fue envenenar a Axia? —Sus ojos chispearon con alarma y se enfocaron en su hermano. Yo también me giré hacia él—. Dijo que había puesto veneno en la espada, pero no era cierto. Lo sé porque me interpuse entre ellos y fue a mí a quien hirió Nocte.

Un parpadeo de incomprensión y el rostro de Terrent mudó de la sorpresa a la furia. Percibí el cambio en sus fuerzas como una balanza desnivelada.

—¿Cómo sabes tú eso? —me preguntó.

Me quedé callada y él chasqueó la lengua.

Somna rio con fuerza.

—La mestiza es más rata de lo que imaginaba. Se cuela por los rincones.

—¡Cállate! —espetó él. Se movió tan rápido que en un pestañeo estaba frente a su hermana—. ¿Me has engañado? —Su tono se tornó dulce y afilado como esquirlas de azúcar. Ella miró a los lados como si esperara que otro respondiera y él la tomó por los hombros y la zarandeó—. Te he hecho una pregunta. No te hagas la loca conmigo.

Ella se liberó, metiendo los brazos por debajo y apartando el agarre.

Lo señaló con un dedo y el ambiente pareció enfriarse con la ira helada de sus ojos.

—Nunca vuelvas a llamarme loca. Tú tienes la culpa de esto.

Los ojos le brillaron encolerizados.

—No voy a consentirlo, Somna. Esta vez no. ¿Qué pretendías al decirme lo de la espada? ¿Creías que no me daría cuenta de que esa desgraciada sigue con vida?

Ella torció el cuello y se lo crujió, como si la acusación resbalara por su cuerpo igual que el aceite.

—Sí puse veneno en las espadas. Contauvas. Dos gotas por cada lado del filo.

—Dos gotas restregadas por el acero no es suficiente para que alguien muera —espetó Terrent entre dientes, perdiendo la paciencia.

—La hubiera incapacitado —contestó ella.

—¡¿Y en qué me ayuda a mí eso?!

—¡Me ayuda a mí! Me habría servido para retrasar el torneo. —Abrió los ojos como si las palabras hubieran escapado de sus labios.

Un silencio ominoso se adueñó de la sala.

Parecía que Somna era sincera, casi por castigo, pero...

—Eso es imposible —dije—. El corte que me hizo Nocte no tuvo ningún efecto en mí, ni siquiera un ligero mareo.

Resopló con desprecio.

—Las pesadillas somos inmunes al Contauvas y tú eres mestiza...

—¡Ya te he dicho que eso no es cierto! —la interrumpí con furia.

—Seas lo que seas, tienes algo de nuestra oscuridad dentro de ti, y parece que en la suficiente medida como para ser resistente al Contauvas.

Tensé la mandíbula mientras su mirada me asesinaba, allí, postrada en el suelo.

Aún no sé por qué, pero la creí. Quizá porque a pesar de tomar el atrium no estaba muy segura de necesitarlo. Morf había mencionado visiones, destellos, antes de darme el primer frasco, y yo lo había mirado sin saber de qué me estaba hablando. Aquel mundo no provocaba lo mismo en mí que en Onia o Axia.

Quizá la oscuridad que manchaba mi cabello me hacía más fuerte. Quizá, por primera vez, fuera una ventaja y no una carga difícil de esconder.

Terrent se masajeó las sienes con los dedos y Somna se relajó a su lado.

Pasara lo que pasase, decidí que habría valido la pena si suponía fracturar su alianza. El caos que podían crear aquellas dos mentes unidas era demasiado peligroso como para no contenerlo.

—Fuera —me ordenó Terrent sin mirarme—. Tengo que hablar con mi hermana, y cuídate de dejarnos a solas esta vez.

Me puse en pie ante la atenta mirada de Somna. Sus pupilas estaban bañadas de desprecio, pero una mueca divertida asomó en su boca. Elevé el labio superior, mostrándole los dientes.

Ambos me dieron la espalda con desdén y me dirigí hacia la puerta con paso firme.

Estaba deseando salir de allí. La cantidad de emociones que provocaba en mí vislumbrar las consecuencias de mi oscuridad me hacía flaquear. Pero, sin duda, lo que más llenaba mi mente era la pérdida de dolor y lo que Terrent me exigía para que siguiera siendo así. Tenía que encontrar una alternativa como fuera. Si existía una posibilidad para mí, no podía escogerla por encima de Axia.

Mis pasos me guiaron hasta el archivo, como si entre sus estanterías hallara un lugar seguro. Y, a pesar de las últimas palabras que me había dedicado Nocte, la desilusión me embargó al encontrarlo vacío.

# 20

# Cambio de rumbo

> ¿Quién podría interpretar los sueños, propios o ajenos, sin haber vivido nada? Amor, desengaño, alegría y sufrimiento. El sueño es experiencia.
>
> GEORGE D. BENNET

Me percaté de que, pasadas unas horas, el sueño me había vencido.

Levanté la cabeza de la almohada que había creado con mis brazos. Había dormido en sitios peores que un archivo, pero mis músculos protestaron y la sangre, que había dejado de fluir por mis piernas, hormigueó en pequeñas punzadas.

Un día sin dolor. Un día sin tener su yugo sobre mi espalda, como una presencia espectral, esperando a tomar mi vida. Una sonrisa se me escapó de los labios.

Me estiré en la silla, justo a tiempo para ver cómo Morf se acercaba con una bandeja de comida.

—Se os ha hecho de día investigando —dijo colocando el plato junto a las fotografías clasificadas. Era una forma de hablar porque ni un solo rayo entraba por la ventana—. ¿Alguna novedad?

Negué con la cabeza y metí la cuchara en el guiso. Seguía sin llevar bien los colores oscuros y la ausencia de luz, pero podría decirse que comenzaba a acostumbrarme a los estofados de Morf.

Él se quedó de pie, mirándome engullir la comida sin protestar. Una sonrisa disimulada se dibujó en su rostro.

Me fijé en que iba más arreglado que de costumbre. Llevaba la camisa blanca recién planchada y el pelo engominado hacia un lado, como un estudiante el primer día de colegio.

—¿Te has arreglado? —pregunté con la boca llena.

Él enrojeció.

—Tengo una cita.

Casi escupí la comida. Hice un esfuerzo por tragar.

Él bajó la mirada, descorazonado por mi reacción. El remordimiento se enroscó alrededor de mi estómago como una serpiente. No quería que Morf se sintiera mal por mi culpa. No sabía cuándo me había empezado a importar, pero él no era como las otras pesadillas o los príncipes. No, había bondad en él. En aquel momento me percaté de que no me importaba que fuera un niz. Morf no merecía mi desprecio.

—¿Quién es la afortunada? —pregunté, esperando arreglarlo.

Me miró con renovadas esperanzas y esbozó una diminuta sonrisa.

—Se llama Lilith, es una psykhe. —Se pellizcó los nudillos de la mano izquierda con nerviosismo y yo correspondí a su sonrisa. La sentí tirante en la cara; no estaba acostumbrada a sonreír—. Le he comprado chocolate y malvaviscos de colores.

Engullí la bola de ternura que se me había instalado en la garganta y asentí.

—No sé qué es una psykhe, pero a cualquier criatura viva le gustan los malvaviscos.

Él rio por lo bajo y me tendió el frasco de atrium. Me lo bebí sin protestar.

—Las psykhe son un tipo de pesadilla, como los lava. Solo que todas son mujeres y su forma no es completamente humana.

—Creía que adoptabais la forma humana como una moda pasajera.

—Se caracterizan por ser vanidosas. —Se encogió de hombros y su joroba se elevó—. No es de extrañar que no deseen parecerse al resto.

Sus palabras chirriaron en mi cabeza: yo siempre había querido ser como las otras ilúricas para sentirme hermosa.

—¿Y cómo es Lilith? —pregunté con verdadera curiosidad.

Morf esbozó la sonrisa más grande que le había visto.

—Tiene el cabello verde, igual que un alga del pantano del Tormento, y los ojos rojos como ascuas. Le encanta el agua, pierde la noción del tiempo cuando nada. Sus dedos son largos como colas de escorpión... Y deberías ver cómo toca el krüch. Es increíble.

La mandíbula se me descolgó, no solamente porque no había entendido ni la mitad de lo que había dicho, sino porque su concepto de belleza no se parecía en nada al mío. Sin embargo, su mirada... maldición, la mirada de Morf podía reconocerla: era la de un hombre enamorado. Ciego y alegre. Soñador.

¿Qué nos acerca más a los sueños que la pureza del amor?

Un peso se me instaló en la boca del estómago y me pregunté si, alguna vez, alguien me miraría a mí de aquella forma.

—Parece buena para ti, Morf —le dije sonriendo de lado—. Me alegro.

Las mejillas se le tiñeron de rojo mientras asentía.

—La conozco desde que éramos niños. Era mi mejor amiga, pero se marchó con sus padres más allá de las colinas para practicar sus poderes de destrozamentes. —Arqueé las cejas, aunque él no me estaba mirando, así que continuó—: Tardó años en regresar y solo nos reencontramos porque empezó a trabajar elaborando jabones.

Un día llegó al castillo con olor a almizcle y los dedos arrugados después de tantas horas a remojo. No podía creerme que fuera ella.

Esbocé una sonrisa triste, observando las fotografías, y él carraspeó al darse cuenta.

—Lo lamento. Siempre hablo demasiado y termino aburriendo.

—No, no es eso. Es que también hay alguien de quien creía estar enamorada. Pero al llegar aquí me he dado cuenta de que no lo echo de menos —suspiré—. ¿Lo comprendes? Porque me parece que yo no.

Morf apretó los labios y soltó un ruidito.

—¿Era bueno contigo?

Fruncí el ceño y me mordí el labio inferior.

—No —respondí con la mente sumergida en recuerdos—. No lo era.

Él asintió, con la mirada profunda.

—Entonces, sí. Lo comprendo.

Su contestación me hizo arrugar más la frente.

Me dio dos palmaditas en el hombro y me devolvió a la realidad.

—Hoy parece que tendrás el archivo para ti sola.

Aquello captó mi atención.

—¿No vendrá Nocte?

—El príncipe de la noche está ocupado —vaciló, aún incómodo con su nombre, aunque en aquella ocasión no me reprendió.

Una desazón amarga me estrujó el pecho. Pero la aparté antes de ponerle nombre.

—Entonces ¿aquí solo trabajo yo? —bromeé, a pesar de mi humor cambiante.

—Y yo —dijo Fénrix, quien acababa de cruzar la puerta y se unía a nosotros. Sus zancadas retumbaron entre las estanterías colmadas de papeles.

Me disgustaba mucho más su compañía que la de Morf, así que torcí el gesto.

—A ti te mandan para que seas mi niñera. Nocte no engaña a nadie.

Pese a que no pretendía ser graciosa, Fénrix soltó una carcajada.

—Parece ser que la última que tuviste no cumplió muy bien con su cometido —dijo alzando las cejas.

Gruñí y volví a centrarme en las fotografías. Morf se marchó y Fénrix se acomodó en una silla.

—Si tanta prisa tiene por descubrir al asesino debería venir él mismo.

—Le haré saber lo mucho que anhelas su presencia.

Levanté la vista y lo asesiné con la mirada.

—Ni se te ocurra, bastardo corrupto... —Bufé y apreté los labios para que no se me escapara una sonrisa.

Fénrix me miró con indulgencia.

—¿Has hecho algún progreso?

—No.

Y eso me molestaba, me molestaba mucho, porque después de la conversación con el relojero sentía que los asesinatos estaban relacionados con los portales, y proteger el mundo de los humanos de sus fluctuaciones siempre sería mi prioridad. El recuerdo del diario de Moira tiraba de mi voluntad hasta volverla inquebrantable. Aquello se estaba convirtiendo en una tarea personal.

Tomé una hoja en blanco, la rasgué, mojé la pluma en tinta negra y escribí: «Portales = Asesinatos».

—Pixy... —empezó Fénrix, pero hizo una mueca y se calló.

—¿Sí? —presioné distraída, pasando fotografías.

—Como Nocte se entere de que te he dicho esto me matará.

—Entonces no me lo digas —dije sin levantar la cabeza.

—Oh, ¡vamos! —protestó. Una sonrisa tiró de mis comisuras—. Hablo en serio, esto querrás saberlo.

—¿Y qué quieres? ¿Que te ruegue que me lo cuentes? Ni en sueños.

Él soltó un gruñido.

—Ese carácter de mierda me es familiar —masculló en voz tan baja que tuve que adivinar lo que decía.

—Si vas a refunfuñar como un anciano será mejor que lo hagas en otro lado.

—Y tú será mejor que aprendas a tratar a tus mayores —dijo fingiendo estar ofendido.

Levanté la vista de los papeles.

—¿De cuánta diferencia de edad estamos hablando?

Él sonrió con malicia.

—¿Lo preguntas por mí o por Nocte? ¿Te perturba?

Jadeé indignada.

—¿Estás loco? —espeté horrorizada. Noté el calor subir a mis mejillas.

—La verdad es que, loco o no, sé de buena tinta que cierto príncipe oscuro te trajo al castillo cuando te desmayaste en la ciudad.

Apreté los labios y lo fulminé con la mirada.

Me crucé de brazos y observé su postura confiada.

—Yo misma vi cómo se marchaba antes de perder la conciencia.

Puso los ojos en blanco.

—Y yo mismo vi cómo te traía en brazos y te llevaba a tu dormitorio. Debió de volver a por ti.

Una sensación de ahogo me puso los pelos de punta al imaginarme la escena. Negué con frustración.

—No sé qué intentas, pero para, ya —ordené señalándole con un dedo.

—¿Crees que yo no estoy sorprendido? El Nocte que conozco te hubiera dejado tirada y no te habría dedicado ni un solo pensamiento en tu entierro.

Lo contemplé con dudas. Me mordí tan fuerte el labio que el sabor de la sangre me empapó la lengua. ¿Sería verdad? ¿Por eso había parecido tan enfadado con mis reproches? Lo cierto es que nunca los había confirmado.

—Tendría mala conciencia —mascullé bajando de nuevo la vista.

—Claro, como si él tuviera de eso.

Fruncí el ceño a las fotografías. Nocte había vuelto a por mí... Después de dejarme tirada. Aquello no cambiaba nada.

Mis ojos vagaron por las estanterías en busca de cualquier distracción hasta dar con un pequeño cuadro que me había pasado desapercibido hasta el momento. No estaba colgado de la pared, sino del lateral de una de las librerías. La pintura tenía el fondo oscuro, pero en el centro destacaba un tridente dorado, con un círculo atravesando sus tres puntas. Era el mismo símbolo que había surgido en la primera prueba, el del sello por donde había cruzado la Sombra.

—¿Qué es? —Lo señalé con la cabeza y Fénrix siguió mi movimiento con desidia. Cuando vio lo que observaba arqueó una ceja.

—¿La clavícula Nox? Se la conoce como la llave de la noche. El tridente representa la inconsciencia, mientras que el círculo muestra la perfección definitiva: la consciencia. Se trata de uno de los símbolos más importantes en el reino de las pesadillas. Lo encontrarás en esculturas, pinturas e incluso tallado en tumbas. ¿Teníais algo así en Llum?

Incliné el cuello hacia la derecha.

—Creo que no, quizá lo más parecido sea el sello del consejo de las nueve grandes casas.

—No lo conozco, pero es bueno que te intereses por nuestro reino, extranjera.

Sus ojos chispearon con diversión y yo alcé la vista al techo.

Tras la conversación se impuso el silencio.

Fénrix sostenía un disco del tamaño de una oblea. Se contentaba con lanzarlo al aire y recogerlo mientras yo pasaba más y más páginas.

Llevaba horas concentrada y los rostros comenzaban a confundirse en mi cabeza. Cualquier imagen me parecía similar a las anteriores.

Me presioné los párpados con los dedos y las yemas frías me produjeron alivio hasta en el cerebro.

—Bueno, ya está bien —dijo él poniéndose en pie—. Vamos a dar una vuelta. Necesitas airearte.

Él mismo me abrió la puerta y se hizo a un lado para que pasara.

Comenzaba a adaptarme a aquella vida, a que todos me hablaran, a llevar el cabello suelto sin temor. Y, definitivamente, podría acostumbrarme a la ausencia de dolor, a la pérdida del miedo, que se había marchado con él.

Caminamos uno al lado de la otra hasta el mismo claustro en el que Onia se había desmayado y, como si el tiempo retrocediera, allí estaba ella, sentada en el muro del piso superior, con los pies colgando hacia las fuentes de la lavandería. Subí los escalones con Fénrix pegado a mis tobillos y me detuve a su lado. Onia no miraba a los nizs que frotaban la ropa sucia contra las piedras. Sujetaba en su regazo un pergamino escrito con caligrafía curva y sus ojos no se despegaron del papel.

—¿Va todo bien? —pregunté.

Ella ladeó la cabeza.

—Me alegra que estés aquí —dijo y apretó los labios asintiendo. Si me hubiera insultado, sus palabras no me habrían causado semejante impacto—. Quería volver a agradecerte lo que hiciste por mí.

Coloqué la palma en el muro y me impulsé para sentarme a su lado. Sentí que Fénrix se apartaba para darnos espacio.

—No tienes que dármelas.

Ella asintió.

—Supongo que aquí es más difícil discernir el lado correcto, si todo lo que nos han enseñado es mentira o solo una parte.

—¿A qué te refieres?

—Cuando Kendall me dijo que Narrow había escogido a una muchacha con el cabello negro, nos pasamos horas debatiendo si permitiros cruzar por nuestra zona de vigilia. —Su voz removió todo el rechazo que se almacenaba en mi interior, pugnando por salir.

Ella arqueó la espalda hacia atrás y miró al cielo. Las sombras del crepúsculo contrastaban con las luces de las farolas que parecían surgir de la piedra.

—Estábamos liados, ¿sabes? Kendall y yo. Por eso me enfadó tanto que no hiciera nada para salvarme cuando el consejo nos pidió que muriéramos en los portales. —Sentí la traición en su voz como una segunda alma.

Asentí despacio.

—Qué cabrón.

—Sí —afirmó y sonrió. Me miró de reojo—. Yo también fui una cabrona contigo. —Asentí de nuevo y una risa queda escapó entre sus dientes antes de volver al silencio. A nuestros pies, los nizs se afanaban por cambiar el agua por una más limpia—. No sabía que fueras de Llum, ni siquiera lo imaginé cuando llegamos.

—Ya. —Suspiré—. Nací allí, pero Llum... no es mi hogar.

Frunció el ceño. Supuse que no lo entendía. La capital de los sueños era perfecta para alguien como Onia, pero no para mí.

Balanceó las piernas, respetando mis reservas, y dijo:

—Es complicado de explicar, pero estoy tan decepcionada con los míos como sorprendida con lo que he encontrado aquí abajo. —Señaló con la barbilla lo que nos rodeaba. Sabía que no se refería a la lavandería, sino a todo el reino de las pesadillas, porque yo sentía lo mismo—. No es que crea que este mundo es bonito o perfecto, solo...

—Solo que no es tan malo como esperabas —terminé por ella.

Asintió con fruición.

—Nos enseñan que todo lo bueno es puro, que viste el color blanco de lo inmaculado, de lo incorruptible. Pero no es cierto. —Hablaba como si se asfixiara—. Hay egoísmo entre nuestra gente, nos equivocamos y somos injustos cuando no deberíamos serlo. ¿En qué nos convierte eso? ¿En qué nos diferenciamos de las pesadillas?

Que la maldad acechaba en los corazones de los ilúricos como un animal salvaje aguarda a su presa era algo con lo que convivía desde que apenas tenía edad para comprender el significado del bien y del mal. Así que respondí:

—Por los humanos. —Me miró sin entender—. Nuestros defectos pueden ser tan gravosos como los suyos, pero al menos nosotros tratamos de proteger el mundo humano. Al menos eso tiene importancia, ¿no?

Ella esbozó una mueca.

—No tengo tan claro que al consejo de las nueve casas le importen los humanos tanto como a ti o a mí, Pixy.

Me mordí el labio y suspiré, derrotada, sin saber qué contestar a aquello.

Onia bajó la vista al pergamino que seguía en sus manos. Su mirada reflejó una culpa amarga antes de pasarme la hoja.

Leí las líneas mientras mi cabeza aceleraba el ritmo de mis pulsaciones.

—Mi deseo a la Sombra —explicó. Abrí la boca, pero no me salieron las palabras—. Lo siento.

Varias cosas sucedieron en un parpadeo. Sentí un corte profundo en el brazo, desde el codo a la muñeca. El ardor me hizo inhalar con brusquedad. Fénrix reaccionó como un depredador que huele la sangre, saltando hacia mí.

Onia me lanzó una mirada suplicante mientras la tinta del pergamino se mezclaba con mi sangre. De las líneas surgió una oscuridad impenetrable que se enroscó alrededor de su cuerpo, abrazando sus extremidades.

Y yo le dediqué una sonrisa vacilante. Justo antes de que desapareciera frente a mis ojos.

# 21

# Viejas costumbres

El sueño es herida y cura.

Segunda regla, *Libro blanco de la logia*

—Malditos todos los portales, ¿qué diantres ha sido eso?

Fénrix me rodeó la cintura con un brazo y yo lo aparté de malas maneras.

—No es más que un corte. Puedo bajar sola.

Él gruñó en respuesta. Salté al suelo y él se asomó al patio como si esperara encontrar a Onia debajo.

—¿Adónde ha ido la campeona de Somna?

Onia se había marchado y, con ella, la pequeña esperanza de contar con una aliada que comprendiera mis dudas. Me quedé mirando el vacío que había dejado su figura, sintiendo mi soledad aún más tangible, y le tendí a Fénrix el pergamino con las instrucciones de la Sombra: «Si al mundo humano quieres llegar, la sangre de otro tendrás que derramar».

Nos habían advertido que las consecuencias de la primera prueba llegarían cuando menos lo esperáramos y, de pronto, el deseo de Onia parecía haberse cumplido, aunque no imaginaba las implicaciones que tendría en un futuro cercano.

Fénrix leyó el papel a pesar de las manchas de sangre y soltó un bufido al que le siguió una sonrisa.

—Ah, menos mal. Qué susto.

Fruncí el ceño sin comprender su reacción. Me apreté por encima del codo para intentar detener el flujo de sangre.

—¿No te preocupa lo que dirán los príncipes?

Él arqueó las cejas.

—En absoluto, este es un buen momento, dada la presión de Somna por suspender las pruebas. No se retrasará la programación.

—¿Qué quieres decir? Onia ha huido. Se ha marchado para siempre.

Él soltó una carcajada.

—¿Eso crees? Qué ilusa. Ya os lo advertí, Pixy: la Sombra convierte los deseos en desgracias. —Agitó la mano con seguridad—. Onia regresará. La forma en la que lo haga... bueno, eso ya se verá. Por el momento hay que informar a los príncipes de este pequeño contratiempo.

Atravesamos el arco que daba al interior del castillo. Fénrix se detuvo junto a unas escaleras al ver que no lo seguía.

—¿No vienes? —me preguntó.

—No, prefiero volver a los archivos.

No tenía ganas de reencontrarme con Terrent y Somna, ni siquiera con Nocte. Necesitaba tiempo para asimilar los cambios, para calmar la ira que se acrecentaba con solo imaginar sus rostros.

—¿Por qué no vas a tu habitación y le pides a Morf que te cure esa herida? —sugirió.

—No es necesario, ya está dejando de sangrar.

—Eres demasiado cabezota —resopló con cansancio—. Haz lo que veas, pero no te metas en problemas.

Puse los ojos en blanco y deshice el camino al archivo. Las palabras de Onia seguían flotando en el aire, susurradas en mi oído. Escuchar sus dudas sobre nuestra naturaleza me hizo pensar que quizá yo siempre había estado más cerca de parecerme a los otros ilúricos de lo que había imaginado. Si teníamos los mismos defectos que las pesadillas, ¿qué diferencia podía existir entre mi gente y yo? Aquella lucecita de esperanza se internó entre mis costillas y anidó en mi pecho.

Sentí la necesidad de desahogarme con Axia; pero solo me decidí a buscarla cuando imaginé lo mucho que se alegraría al saber lo que había ocurrido con la candelaria.

Antes de llegar al archivo, di la vuelta. No sabía dónde estaba su dormitorio, así que me interné en el ala oeste, pues en la norte se encontraba la habitación de Onia, y pregunté a la primera pesadilla con la que me crucé. Una mujer nerviosa me indicó cuál era la puerta. Di un par de toques en la madera.

—¿Axia? —pregunté.

Escuché pasos aproximándose desde el otro lado. El pomo crujió antes de que la puerta se abriera y revelara la enorme figura de un hombre.

Nocte estaba tan cerca que todo en él parecía excesivo.

Los músculos de su pecho se hincharon al inhalar. No llevaba camiseta. Tragué saliva y mi expresión se tornó impenetrable. ¿Qué hacía medio desnudo en el dormitorio de Axia?

Parpadeé, negándome a apartar mis ojos de los suyos. Mi cabeza dibujó unas imágenes muy explícitas que me revolvieron el estómago. Pero ¿qué me ocurría? ¿Por qué sentía que me ahogaba?

Apreté los dientes, resistiendo la tentación de bajar la vista a los valles que formaban sus abdominales.

—¿Qué haces tú aquí? —Mi voz sonó tranquila, pese a que lo que deseaba era sentarme en un rincón y abrazarme las piernas.

Su aroma a bosque me atontó los sentidos. Olía a madera quemada, a hoguera. Me resultó acertado porque mi cuerpo estaba consumido por las llamas.

—¿Has vuelto a cortarte? —dijo con la voz extraña, suave, señalándome el brazo con el mentón. Sin responder a mi pregunta.

—¿Y a ti qué te importa? —Su rostro pétreo se tensó y me asomé por el hueco que quedaba entre su cintura y la puerta—. ¿Dónde está Axia?

Una mano pequeña se apoyó en el brazo con el que sujetaba la puerta y él se apartó a un lado. El contacto fue como una losa sobre mi garganta. No sé cómo esperaba encontrarla, pero mi amiga apareció completamente vestida y con el semblante confundido.

—¿Pasa algo, Pix? —preguntó con cariño.

Los miré de hito en hito y me detuve en él. Bajé despacio la vista por su cuerpo y armé una mueca de disgusto.

—Si habéis acabado, necesito hablar con Axia. Y, Nocte, deberías reunirte con tus hermanos y enterarte de lo que sucede mientras te paseas semidesnudo por las habitaciones.

Frunció el ceño confundido, si bien al instante su expresión se tornó divertida.

—¿Me estás diciendo cómo tengo que caminar por mi castillo?

Apreté los puños y sentí que la sangre me hervía. No estaba de humor para que se riera de mí. El oxígeno parecía prendido en llamas y cada respiración me sabía a humo.

—Te estoy diciendo que por una vez podrías enterarte de lo que ocurre a tu alrededor y no dejarle el trabajo sucio a los demás —dije con intención de herirlo.

Su mirada se ensombreció, tan negra y fulminante como la pólvora.

Dio un paso hacia mí y su aroma se volvió insoportable. Los pulmones me ardían, mi cuerpo reaccionó por instinto a su cercanía, pero mi orgullo era más fuerte. Por nada del mundo pensaba apartarme.

—Voy a perdonarte la vida. Hoy estoy de buen humor porque no he tenido que soportarte.

Me golpeó en el hombro al pasar, sin dedicarme una sola mirada más. Una parte de mí se encogió; la otra seguía escaldando cuando le grité:

—¡Vas a perdonarme la vida porque no tienes más remedio, gilipollas!

Axia me agarró la mano, me arrastró hacia el dormitorio y pegó un portazo. Como si un trozo de madera pudiera salvarme de su furia.

Pasaron unos segundos en los que ambas guardamos silencio por si regresaba y daba rienda suelta a su cólera. Pasado un momento, lo rompí con un bufido.

—¡¿Has perdido el juicio?! —explotó.

—Es tan... —Gruñí. Engarfié los dedos y los retorcí.

—Debes de estar más loca de lo que pensaba. ¿No eres consciente del poder que tiene?

—¿Qué hacía aquí? —pregunté con la mirada entornada al tiempo que me sentaba en la cama.

Axia puso los ojos en blanco.

—Vino por el entrenamiento, para aplazarlo a mañana por la tarde. —¿Y por eso iba sin camiseta? Quise insistir, pero ella se acomodó a mi lado y me cogió la barbilla entre los dedos—. A ti te pasa algo. Cuéntamelo.

A veces olvidaba lo peligroso que era que Axia me conociera. Era la única capaz de vislumbrar a través de la máscara que me ponía.

Parpadeé tratando de despejar la furia y solté el aire por la nariz antes de fingir una sonrisa. Me miró con desconfianza, así que opté por distraerla.

—Onia se ha marchado al mundo humano. El deseo que le pidió a la Sombra se ha cumplido.

Los labios de mi amiga se redondearon con sorpresa.

—Por la diosa, sí que ha ocurrido —susurró con el rostro serio. Como la mayoría de los ilúricos, Axia creía en la triple diosa: Cleops. A mí, su mera mención me provocaba urticaria.

Bajó la vista a sus manos, que descansaban sobre el regazo.

Me encogí de hombros y dejé caer la espalda sobre la cama.

—Al parecer, nadie cree que vaya a durar mucho tiempo. Fénrix está muy seguro de que volverá.

—¿Cómo pueden saber eso? —repuso con voz molesta. Me incorporé para mirarla y sacudí la cabeza confundida—. Es decir, esta situación es mejor para nosotras, ¿no? Si Onia no vuelve, se suspenderán las pruebas para siempre.

Ladeé la cabeza hacia mi clavícula.

—Deberías haber visto la reacción de Fénrix. No ha creído ni por un segundo que esto vaya a afectar al torneo.

—Entonces, ¿qué haremos hasta que Onia regrese?

Contemplé los ojos claros de mi amiga. Su mirada era tan pura como el brillo de las estrellas, en un mundo en el que la oscuridad acechaba en cada esquina.

—Debemos seguir con nuestro plan de fuga —respondí, guardándome parte de la verdad.

Aún no me sentía preparada para decirle que yo no iba a marcharme. No abandonaría Fosc hasta no estar segura de que el

mundo humano estaba a salvo, y había demasiados interrogantes por descubrir: los asesinatos, el reloj de Bosco, las maquinaciones de Somna y Terrent para abrir los portales. Cabos sueltos capaces de decidir el futuro de una especie.

Recordé lo que me había dicho Somna mientras me sujetaba por el cuello y maldije por no haber caído antes en la cuenta.

—Creo que Somna ha escondido el atrium en otro sitio.

—¿No estaba en el Hivernacle?

—Sí, pero descubrió que le faltaba un frasco y no tardó demasiado en atar cabos. Me dejó entrever que había buscado otro escondite.

Axia metió la cabeza entre las manos.

—¿Y ahora qué hacemos? Sin el atrium no tenemos oportunidades.

Le cogí la muñeca, la apreté con cariño y me devolvió la mirada.

—Volveremos a encontrarlo, te lo prometo.

Ella asintió.

—Al menos Onia ha logrado salir de aquí.

La solté y me rodeé las piernas con los brazos. Las palabras de Onia seguían sonando en mi cabeza y aquella lucecita de esperanza que se había instalado en mi pecho me instó a hablar.

—Estuve conversando con ella antes de que se marchara. Sobre lo que esperaba de los nuestros y de las pesadillas. Ya sabes... —me atreví a decir.

Axia arqueó una ceja y negó.

—No, no sé a qué te refieres.

Sentí que la habitación se encogía, como si el miedo que tenía a mantener aquella conversación cambiara mi percepción del entorno hasta hacerlo asfixiante.

Apreté el labio inferior entre los dientes y lo intenté de nuevo.

—Cuando éramos niñas, la maestra Fara nos decía que los ilúricos somos la luz en las tinieblas y los proyectadores los cometas que parten en dos la oscuridad. Pero ¿tú imaginabas la oscuridad así? ¿Imaginabas Fosc así?

Ella resopló y sonrió.

—Bueno, no esperaba nada. Creía que cruzar el portal de cuerno era una muerte segura.

—A eso me refiero. ¿Por qué no hay estudios del reino de las pesadillas? ¿Por qué no sabemos que existen distintas razas? ¿Cuáles son mayores o menores? Acabamos con ellas y ya está. Yo defiendo el equilibrio, ya lo sabes, pero estar aquí me hace preguntarme si eso estará... bien.

Le lancé un vistazo, todo su cuerpo estaba en tensión.

—¿Qué estás diciendo, Pixy? —Me miraba con los ojos cautelosos, como si tratara de anticipar los movimientos de un suicida.

Cogí aire y me armé de valor antes de preguntarle lo que había dirigido mis pasos hasta su dormitorio:

—¿Crees que somos tan distintos?

Ella se levantó de la cama de un salto y se frotó las manos como si intentara calentárselas. Me cuestioné si mi pregunta le había helado la sangre en las venas.

El silencio se extendió mientras Axia paseaba de un lado al otro, hasta hacerse insoportable.

—Axia, di algo. Por favor.

Se detuvo de espaldas y se llevó la mano izquierda a la frente.

—¿Cómo puedes pensar algo así, Pixy? Trato de comprenderte, te lo aseguro. Pero apenas llevamos unos días en este sitio y tú ya pareces sentirte como en casa. ¿Crees que estas criaturas son tus amigas? —dijo sin darse la vuelta y mi corazón palpitó agitado, como si lo estuvieran reanimando con martillazos.

—Claro que no.

Ella se giró; sus ojos estaban saturados de acero, firmes, como los de su padre. Me encogí y bajé la mirada al suelo.

—Bien. Porque están usándonos para llegar al trono y te recuerdo que no dudarán en matarnos si somos un estorbo. ¿Crees que eso los hace como nosotros?

Tragué saliva, pero el malestar siguió tronando en mi cuerpo.

—Yo solo digo que el consejo de casas no siempre hace lo correcto —repliqué a media voz.

Alcé la vista y la encontré mirándome con disgusto.

—¿El mismo consejo de casas que te permitió formar parte de los proyectadores a pesar de tus faltas?

Sentí sus palabras como un millar de flechas que aciertan en una herida abierta.

—¿Mis faltas? —pregunté con tristeza, aunque no quería continuar con aquella conversación. Aunque sabía cuál sería su respuesta.

Ella extendió las palmas en mi dirección, como si me descubriera.

—Ahora llevas el cabello suelto. Pero no siempre ha sido así —señaló alzando las cejas. Sentí que la tierra se abría bajo mis pies y caía en la negrura, donde centenares de ojos me observaban asqueados. Su mirada se suavizó al mismo tiempo que su boca—. Comprendo que para ti es un calvario sentirte distinta al resto, pero, Pixy, no puedes volcar tus frustraciones y convencerte de que somos iguales que las pesadillas para sentirte mejor. No es justo.

«No es justo», repetí para mí.

¿Eso es lo que estaba haciendo? ¿Convencerme de que los nizs eran como nosotras para condenar años de rechazo? Aquellas palabras ni siquiera habrían rayado la superficie de mi mente si hubieran provenido de otra persona; sin embargo, era Axia. Era mi mejor amiga.

—Onia también dijo que no esperaba que el mundo de las pesadillas fuera así —intenté justificarme.

Axia chasqueó la lengua y arrastró los pies para sentarse a mi lado en la cama. Me cogió las manos entre las suyas y bajó la cabeza buscando mi mirada.

—No tienes que repetir lo que otros piensen, Pixy. Debes encontrar tu propia voz.

Aquello solo me hizo sentir peor.

Me tragué lo que quería decirle: que yo no repetía las palabras de nadie, que creía en lo que decía, que había descubierto más bondad en Morf que entre mis propios compañeros, más compasión que entre los ilúricos.

Sin embargo, lo que hice fue reprenderme por haber iniciado una conversación que sabía de antemano que estaba condenada al fracaso.

—Tienes razón —la apacigüé.

Ella me respondió con una sonrisa y el vacío que me aprisionaba el pecho se atenuó un poco.

Cabeceé y me puse en pie. Axia siguió mi movimiento con ojos preocupados.

—¿Dónde vas?

—Tengo cosas que hacer en el archivo: descubrir quién está matando humanos. —Mi voz sonó hueca, desprovista de vida. No quería que Axia se inquietara, así que carraspeé y dije—: Podrías pedir que te dejen entrar y acompañarme.

Compuso una mueca.

—Nocte me ha puesto deberes hasta mañana por la tarde. Un rollo de un trabajo mental o algo así. —Puso los ojos en blanco y yo contesté con una sonrisa seca.

Me di la vuelta y cogí el pomo de la puerta para marcharme, pero antes de salir me di cuenta de que no le había contado a mi mejor amiga lo más importante.

—Terrent me ha quitado el dolor —solté a bocajarro. Axia, que estaba sentada con las piernas plegadas sobre la colcha, se meció hacia atrás por el impacto. Abrió los ojos como platos—. Se terminó el retorcerme de angustia, la fiebre y los calambres. Se acabó.

Ella se llevó las manos a la boca y asintió.

—¡Eso es increíble, Pixy!

Hice un gesto afirmativo con la cabeza y, de repente, la habitación volvió a parecerme pequeña.

«Esperaba más», pensé. La decepción me embargó; y la luz que había aguardado a crecer en mi pecho se apagó con un tímido titileo.

—Lo sé. —Forcé a mis mejillas a sonreír.

Tomé de nuevo el pomo y esta vez salí y cerré a mi espalda.

El peso en mi pecho, como si me estuvieran estrujando el corazón, no desapareció. Se hizo más presente en la lobreguez de aquellos pasadizos, en la negrura de aquel castillo emponzoñado.

«Lo sé», repetí en mi cabeza mientras me sumía en la oscuridad.

# 22

# Interrogatorios

> Debemos condenar y condenamos a los miembros de la organización Vindicta por enaltecimiento del terrorismo, tenencia de explosivos y grave perturbación del orden público.
>
> Fallo de la sentencia 1/95
> del Alto Tribunal de Penas y Delitos

Salí del pasillo central. Las rejas centelleaban con el brillo de las lámparas de gas que colgaban del techo.

Cada paso era una lágrima que se perdía entre tormentos.

Yo era como las espigas que acompañan a las rosas, seca, afilada. Poco importante. ¿Qué había esperado? Me mordí el labio. ¿Que saltara hacia mí? ¿Un abrazo?

Me sequé las lágrimas, estirando la piel de las mejillas hasta las orejas. El mundo se volvía borroso a través del llanto. Me di una bofetada para aclararlo. Hice una mueca, sorbí por la nariz y me froté la piel enrojecida con el dorso de la mano.

Cuando doblé la esquina, lo único que traslucía mi rostro era indiferencia.

Caminé sin detenerme. Sentía el cuerpo entumecido, pero imaginé que se debía a la ausencia de opio en mi organismo. Se habían

llevado mi dolor, así que la dependencia había terminado, ¿no? En mi mente, sabía que debía dejarlo; sin embargo, perder el sueño de renunciar al opio había terminado con mi voluntad, con cualquier esperanza.

Una sensación fría llevaba horas acompañándome. Me sequé el sudor de la frente y giré a la derecha para entrar en el pasillo que daba a los archivos, cuando la imagen de dos personas que no esperaba me obligó a detenerme.

Sus suelas metálicas acompañaban el aire con susurros. Vestían prendas marrones y aterciopeladas, las botas manchadas de barro y unas muecas sardónicas en sus caras.

Will fue el primero en verme. Frunció el ceño desconcertado, pero, un instante después, por su cara se extendió una gran sonrisa.

—Pixy, qué sorpresa —saludó. Se paró frente a mí y, a su lado, un chico a quien no había visto antes le siguió los pasos. Tenía las pupilas blancas y el pelo rapado, así que deduje que debía de ser Yust. Habían hablado de él en casa de Will.

Alcé las cejas y miré tras ellos, a las puertas del archivo.

—¿Qué hacéis en el castillo? —pregunté con el tono más irritado de lo que pretendía.

Will levantó una mano adornada con anillos de plata y señaló los pisos superiores.

—Negocios. Al parecer, nuestra red de suministros va a cambiar de ruta.

Los observé con suspicacia. Aunque hablaba con su habitual sonrisa despreocupada, en sus ojos se percibía un destello de cautela, como si sus palabras estuvieran calculadas. No sabía por qué, pero su presencia me hacía desconfiar. ¿Unos contrabandistas acudiendo al palacio para hacer tratos? Sí, claro.

—Los príncipes están reunidos. ¿Con quién tratáis esas cosas?

Yust se envaró, se frotó las manos con nerviosismo y mis sospechas se acentuaron.

—¿Y tú por qué haces tantas preguntas? ¿Qué eres? —preguntó el rapado señalando mi cabello.

Lo fulminé con la mirada al tiempo que Will le daba un puntapié.

—Pixy es una de las campeonas del torneo, Yust. Tranquilo, es amiga. —Volví a centrarme en Will—. Hablamos con Fénrix, acabamos de salir de su despacho.

¿Fénrix tenía un despacho? Qué sabía yo. Además, qué me importaba.

Sacudí la cabeza e hice una mueca.

—Claro, perdonad. Estoy más irascible de lo habitual.

Will sonrió e hizo un gesto con la mano.

—Tranquila. Nosotros nos marchamos ya. —Empujó con suavidad el hombro de Yust para que caminara. Pasaron por mi lado y, antes de continuar, Will se giró y dijo—: Pásate a vernos esta noche si buscas relajarte. Tenemos material de sobra. —Me guiñó un ojo y observé cómo desaparecían al final del pasillo.

Solté el aire que había estado conteniendo como si fuera azufre y me abrasara. No tenía por qué volver a consumir, me recordé. Podía resistir la tentación si me lo proponía, estaba segura.

Retomé el paso y alejé la sensación de pérdida de control que hundía mis hombros.

Al final del pasillo, abrí las puertas. Una quietud extraña reinaba en la sala. Al dar un paso dentro, el olor de la muerte me azotó el rostro, denso, metálico.

Me moví con precaución al interior. Casi podía sentir la sangre en la punta de la lengua, cobriza y salada.

Al recibirme el silencio, arranqué a correr. Revisé las filas de mesas sin éxito. Pero al llegar al centro del archivo, desmadejado en el

suelo, estaba el cadáver. La sangre empapaba el suelo en un charco viscoso que reflejaba la luz de las lámparas en un centenar de espejos rotos.

Era una chica joven, con el cabello rojo, como una herida abierta. Me incliné para inspeccionarla y levanté la mitad de su blusa rasgada color crema. Le habían arrancado el corazón, como al humano del cementerio... La sangre seguía fresca, hacía poco que había muerto. Recorrí el cuerpo en busca de marcas y, entonces, lo vi: en sus pantalones asomaba la punta de un papel arrugado. Me agaché para cogerlo cuando...

—¿Qué diantres estás haciendo?

El sonido consiguió que me incorporara de golpe. Frente a mí, Fénrix alternaba la mirada horrorizada entre mis ojos y el cuerpo ensangrentado.

Hundí los hombros y levanté las palmas hacia arriba.

—¿A ti qué te parece?

***

—Si he entendido bien, ¿encontraste a Pixy con los dedos en el bolsillo del cadáver? —le preguntó Somna a Fénrix.

Él levantó la cabeza, rompiendo el aura de fingida sumisión, y contestó.

—Bueno, yo no he dicho eso —aclaró girándose hacia mí alarmado.

—¿Qué querías decir entonces? —intervino Terrent mientras apoyaba con tedio el mentón sobre su puño.

Entre ellos, la silla de Nocte parecía apagada sin su presencia. El príncipe de la noche se había marchado y nadie sabía dónde

encontrarlo. Así que Fénrix se había visto en la obligación de avisar a los otros dos hermanos.

«Alguien tiene que ordenar que se retire el cadáver del archivo», me explicó antes de conducirme frente a ellos.

—Lo que digo es que, cuando llegué, ella estaba examinando el cuerpo. No creo que pusiera la hoja de papel en el bolsillo —dijo buscando con la mirada la reafirmación de Terrent, que se limitó a alzar la vista al techo.

—Nadie ha pedido que opines —siseó ella.

Resoplé con impaciencia. Somna estaba desesperada por inculparme.

—¿Para qué iba yo a hacer algo así? Ni siquiera sé qué pone en esa hoja.

—Es cierto, no está en un idioma que una ilúrica conozca —terció Terrent—. El ikkadio no forma parte de la lengua común, desapareció de nuestro mundo hace centenares de años.

—Pudo escribirla otro por ella —inventó Somna. Su perseverancia me hizo sonreír con ironía.

—Claro, uno de mis amigos niz. Como tengo tantos...

Ella me fulminó con la mirada.

—Basta —suspiró Terrent—. Estoy aburrido de vuestras discusiones.

Yo agité los brazos desesperada.

—Ya os lo he dicho. Vi a Will y a Yust en el pasillo del archivo. Ellos deben de saber algo, deberíais interrogarlos.

Fénrix se removió inquieto a mi lado. Los contrabandistas me habían dicho que venían de su despacho, ¿sería cierto o era otra mentira? ¿Sabía Fénrix más de lo que decía? La duda me caldeó las mejillas, pero era lo bastante inteligente como para no delatarlo

delante de los príncipes. Antes quería darle la oportunidad de explicarse.

—¿No te parece atrevida, hermano? El ratón nos dice lo que debemos hacer. ¿Cuánto más tendremos que soportar a esta criatura? —bramó ella, engarfiando el puño en el aire.

Terrent se frotó la frente con la mano.

—Hasta que terminen las pruebas, Somna. Así que, ya ves, tus intentos cobardes por retrasarlas no te ayudarán a librarte de ella.

Me guardé un resoplido y ella se arrellanó en el asiento con mala cara.

—Con el debido respeto, sus divinidades —empezó Fénrix—, creo que este no es un asunto que deba tratarse delante de la ilúrica.

Volví la cabeza para mirarlo con sorpresa. Fénrix tenía la atención puesta en los príncipes, que se limitaron a asentir con parsimonia y a indicar que nos marcháramos con un gesto de desprecio. El rostro de Somna se cubrió de desidia conforme nos acercábamos a la puerta.

Fénrix aún no había cerrado la puerta a nuestra espalda y yo ya le estaba increpando.

—¿A qué cuernos ha venido eso?

Él negó con mala cara y me empujó para que andara.

—Somna siempre encuentra la forma de salirse con la suya. Un momento más en ese salón y habrías acabado encerrada por asesinato —dijo, y me detuve en mitad del pasillo con ojos acusadores.

—Tienes mucho que explicarme —lo increpé.

Él resopló y echó a andar de nuevo.

—¿En serio?

—Sí. —Salvé la distancia que nos separaba y lo agarré por el brazo para detenerlo—. Will y Yust dijeron que venían de tu despacho, ¿es

cierto?

Fénrix clavó la vista en mí y ladeó la cabeza.

—Sí, lo es. Además, yo respondo por ellos. Ninguno de los dos ha sido.

—Entonces, ¿quién?

Con un movimiento, se soltó y yo me puse las manos en las caderas, expectante.

—No lo sé, pero ahora no tengo tiempo para esto. Necesito encontrar a Nocte —dijo dándome la espalda.

Antes de perderlo de vista grité:

—¿Qué decía la nota?

Sus pasos aminoraron, pero no se dio la vuelta.

—Puedes volver al archivo, ya debe de estar limpio —fue lo único que contestó.

El sonido de sus pisadas alejándose me llenó de frustración. Apreté los puños y me mordí el labio con saña.

«Pues bien —pensé—. Lo averiguaré por mi cuenta».

***

Esperé a que el castillo se sumiera en el silencio del descanso. La falta de día y de noche trastornaba mis ritmos, pero estaba empezando a adaptarme. Cuando los sirvientes desaparecieron de los corredores, salí al exterior, envuelta en una capa negra como la tinta.

Con los pies ágiles y sigilosos como los de un felino me interné en la planicie donde guardaban las motocicletas. Con cada paso mi mente repasaba los movimientos de Will. Era la única pista que tenía sobre los asesinatos, más allá de la nota que Fénrix no me había querido descifrar, y no podía dejarla escapar.

Me llevó varios intentos aprender a configurar aquel trasto, y creo que solo lo logré porque la última ruta llevaba hasta la ciudad y únicamente tuve que marcarla para que la motocicleta cobrara vida.

Me senté en el asiento y solté el aire despacio. Cuando Morf me había dicho que no era prisionera, no había especificado que no podía salir del castillo, y menos hurtando una motocicleta. Bien. Solo tenía que asegurarme de que no me pillaran...

La bestia arrancó y yo me incliné hacia delante para protegerme del viento sobrecogedor que se internó en cada resquicio de mi ropa, lamiendo con brutalidad mi piel. La luz seguía siendo la misma que en los anteriores viajes, el paisaje no cambió hasta llegar al embarcadero, aunque en aquella ocasión me permití disfrutarlo y bajar con una sonrisa en la boca, sin culpa.

Pese a estar total y absolutamente perdida.

Miré en todas direcciones e intuí que estaba a las afueras de la ciudad, ya que no me había adentrado tanto como en otras ocasiones. Así que gruñí, me ajusté la capa y me puse a caminar.

Mis pasos sonaban suaves en el empedrado. Me metí por una calle oscura. El viento me trajo notas de aceite y clavo, me bajó la capucha y meció mi cabello al compás de una melodía blanca.

Crucé por un arco iluminado con farolillos hasta una calle repleta de actividad. El ocio nocturno trabajaba en las terrazas, los bares estaban llenos de sonido y vida y el aroma a alcohol y sudor impregnaba la arteria. Me di media vuelta, dispuesta a coger otra bifurcación. No podía pasar entre todas esas pesadillas, si me descubrían podía darme por muerta. Pero, justo cuando iba a deshacer mis pasos, vi al otro extremo de la avenida un pico de oro que terminaba con la forma de un gallo.

—Por todos los cuernos —dije recordando que aquel era el tejado de la casa de Will.

Miré a ambos lados. Los nizs reían, entretenidos en las tabernas. Los más próximos a mí lanzaban dados, mientras que los que no participaban estaban envueltos en una acalorada discusión. No tenían por qué fijarse en mí. No si conseguía mantenerlos lejos de mis pupilas blancas.

Flexioné las rodillas y estiré los hombros. No me molesté en cubrirme con la capucha. Como había dicho Fénrix, mi cabello en aquella ocasión sería una ventaja. Y puse el primer pie dentro de la vía iluminada. Tragué saliva, con los músculos en tensión por si me tocaba salir corriendo, pero nadie me miró. Así que di un paso detrás de otro, con los ojos fijos en el suelo. Estaba tan rígida como si cruzara a la pata coja un puente de lava.

Las risas de unos niños tronaron a mi izquierda y la rueda de un neumático se deslizó calle abajo. Tuve que apartarme de un salto para que no me golpeara. Y mi hombro impactó contra algo mullido.

—¡Mira por dónde vas! —me gritó el hombre con el que había chocado. Tenía la camisa abierta y unas escamas iridiscentes asomaban entre el vello de su pecho.

Me sobresalté y di un paso al lado, sin levantar apenas la cabeza. Seguí andando, pero sus gruñidos no se hicieron más tenues.

—¡Eh, tú! —chilló detrás de mí—. Déjame que te vea.

Solo quedaba la mitad de la calle. Aceleré el paso.

«Jodida mierda», maldije. Si echaba a correr llamaría la atención de más pesadillas. En unos pasos entraría en la bocacalle y la oscuridad me cobijaría.

—¿Es que estás sorda? —presionó él, cada vez más cerca.

Yo era rápida, aunque mis zancadas eran mucho más cortas que las suyas.

Cuando llegué al extremo, entré en las sombras de un salto. Su aliento me abrasaba la nuca. En cuanto las luces se volvieron más

tenues, comencé a correr.

—¡Para! —gritó tras de mí.

Entonces se detuvo. Creí que se habría cansado o decidido que no valía la pena, hasta que escuché el aullido. Retumbó en mis oídos, como si me persiguiera un lobo, y no pude evitar girarme. El hombre que me acechaba tenía tres veces mi tamaño. Las escamas de su pecho no se apreciaban a aquella distancia, pero lo que sí logré distinguir con claridad fue su cabello plateado y su hocico animal. La impresión me paralizó. Gruñó al ver mis ojos y me enseñó unos colmillos del tamaño de dagas. Mordió el aire, como si imaginara tener mi cuello entre sus dientes. Sus ojos desprendían un odio visceral.

Apreté los puños a ambos lados y retrocedí de espaldas.

—Estoy buscando a alguien —expliqué—. No quiero problemas.

Él soltó una risa grave y volvió a aullar. Las sombras parecían despertar a mi alrededor, poniendo en pie a la noche.

—Entonces no estás en el sitio correcto. —Su voz me marcó como un atizador al rojo vivo y los pelos de mis brazos se erizaron como si me hubiera sumergido en hielo—. No nos gustan los que son como tú, no os queremos aquí.

Tragué saliva y sentí que el callejón se movía. Solo que no era el callejón, sino su oscuridad. El aire se espesó, sofocante. Las sombras se arrastraron en ángulos imposibles, formando cuerpos retorcidos de desesperación y sufrimiento.

Di un paso hacia el candor de una farola. Creí que las sombras se detendrían, pero la oscuridad siguió avanzando, como si fuera humo, sin respeto por la luz.

—¿Qué estás haciendo? —inquirí.

Él casi pareció sorprendido.

—¿No sabes lo que soy? —preguntó. Yo solo conocía dos tipos de criaturas de pesadilla y aquel hombre no parecía ni un lava ni una psykhe. Resopló y cruzó los brazos sobre el pecho—. Pronto vas a descubrirlo.

Mi brazalete brilló en la noche, presintiendo la amenaza. Una de las sombras sibilinas se perfiló en una silueta. Era una mujer, no había color en su rostro severo, pero su cabello era tan blanco como la luz invocada por la diosa; el aire escapó en una única oleada de mis pulmones.

Sentí un dolor imposible en el pecho por tenerla tan cerca. Sus ojos no mostraban alegría, aunque tampoco lo habría esperado. Parecía tan real... Como traída de la zona más lúgubre de mi mente. ¿De verdad estaba allí? Mi corazón batió en retirada y mi respiración se aceleró, como si el oxígeno que inhalaba ya no fuera suficiente.

*—Niña —me llamó, con el tono duro e inflexible que siempre había usado—, nunca estás donde debes estar. Siempre tan inoportuna, siempre en medio. —Hubo un tiempo en el que escuchaba aquellas palabras a diario—. Solo has servido para algo una única vez en tu vida, hija. ¿Qué haremos contigo ahora?*

Su voz se repitió en bucle dentro de mi cabeza, marcándome como un hierro candente. Quise taparme los oídos, pero no podía esconderme de lo que significaba para mí. Del daño que me había causado y que seguía lastimándome tantos años después.

*—Quieta, no te muevas. —Me incapacitó, como si siguiera siendo una niña rota—. Tu padre no puede ni mirarte. Si haces ruido bajará y te matará él mismo. ¿Lo has entendido, niña tonta?*

Creía que lo había superado, que los recuerdos estaban enterrados. Pero aquella voz... Me sentí como si el espectro del sonido intentara aplastar mi cuerpo. Nada podía herirme más que las palabras de mi madre.

Los murmullos escaparon de mi boca en sollozos. «Basta. Ya basta». Me doblé por la mitad, como si así pudiera protegerme de su crueldad, de su amargura. Recordaba cada segundo de lo que había ocurrido después de aquellas palabras. Hasta que solo escuché mis inhalaciones. El ruido de mi cabeza se hizo tan fuerte que sofocó la voz. Extinguió la niebla.

El niz soltó una risa grave y mi sangre se incendió, abrasó, purgó.

Cuando el humo se arremolinó, formó otra silueta: la de una anciana con el cabello recogido y tirante, hombros delgados e inflexibles. Su mirada estaba tan podrida como una manzana devorada por un gusano. Sonrió sin alegría, mostrando unos dientes partidos y unas facciones mezquinas. Portaba un bastón de acero, pese a llevar la espalda recta, y golpeó tres veces con él en el suelo. El ruido disparó mis instintos. Cerré los ojos y alcé los brazos para protegerme de una amenaza invisible, sobrecogida.

*—Hoy ni siquiera te has ganado el pan. Trabaja más mañana... o a este paso te morirás de hambre.*

Sentí terror, un miedo visceral inundó mi cerebro y guio mis movimientos. Solo podía pensar en huir, en que terminara. Agité los brazos, pero mis manos cortaron el aire y sus risas resonaron por el callejón, sumiéndolo entre tinieblas.

Lo recordé entonces: el niz. Él las había hecho aparecer, él podía llevárselas. La tranquilidad templó mis sentidos al pensar que solo tenía que acabar con él. Tenía que acabar.

Mi mente caprichosa escogió un sueño, el de pertenecer a la sociedad Hypnos, ser una más entre mis compañeros. Lo vi. Fue real durante un segundo. *En el patio de entrenamiento habían colocado un escenario y, sobre él, Narrow me daba la mano mientras me entregaba una condecoración y yo asentía una única vez, seria pero feliz, orgullosa. Al mismo tiempo, Cougar, Hireia, Craig y todos los*

*demás aplaudían entre vítores. Por un instante, fui una más de ellos; me sentí en calma, aunque no eran sus aplausos los que me aportaban felicidad, sino el haberme superado a mí misma...*

La ceniza de mi brazalete se iluminó y el sueño inició el proceso de transferencia y se borró de mis pensamientos. Fue como si me rascaran la piel y la dejaran en carne viva, expuesta, inmaculada. No puedo describir la paz que me provocó renunciar a ese sueño ni lo mucho que me perturbó aquella inesperada calma; pero fue como salir del mar después de haber estado ahogándome.

Y el sueño se proyectó, desde mi mente hasta aquel hombre al que se le había borrado la sonrisa.

El niz abrió los ojos hasta lo imposible, sus pupilas se encogieron por el brillo cegador de la proyección.

Las sombras dejaron de moverse y se replegaron hacia él.

Alzó las manos, como si pudiera protegerse. Pero la luz le atravesó la piel y desgastó cada poro de su cuerpo en un grito agónico.

El aire se colmó de humo y destellos y el olor a incienso dejó un regusto dulzón en mis labios.

Mientras la noche volvía a recuperar su forma, yo solo podía respirar, con el alivio de quien vuelve a encerrar todo su pasado en un cajón y tira la llave.

# 23

# Un peso que perdura

> Antes solo existía la luz y la oscuridad. Después llegó el primer día y la diosa Cleops se enfrentó a las tinieblas con los ojos vendados. De su pecho brotó una fuerte luz que la cegó, y el mundo se transformó en su obra. Ella separó el mundo de las pesadillas del mundo humano.
>
> *El Origen*, capítulo 1

—Pixy, qué sorpresa. No esperaba que vinieras —dijo Will, apartándose a un lado para dejarme pasar al interior de la vivienda. A pesar de que era él quien me había invitado, no me extrañaron sus palabras.

Mi escapada del castillo podía costarme muy cara. Había dejado el cuerpo del niz tirado en la calle y corrido por los callejones mal iluminados hasta tocar en la puerta del contrabandista. Cuando entré en la sala, en la que estaban todos reunidos alrededor de la mesa de marfil, aún seguía resollando.

El ambiente era acogedor. Los cojines decoraban el suelo y nizs e ilúricos se apoyaban unos en otros con confianza. Distinguí el rostro pecudo de Samth, que se giró hacia nosotros, le guiñó un ojo a Will y se acercó a saludar.

Soltó el humo del cigarro por la nariz y me sonrió de lado.

—Te ofrecería, pero me ha quedado claro que te van cosas más fuertes —dijo al tiempo que mostraba el cigarrillo que sostenía entre dos dedos.

Alcé las cejas sin sonreír.

Lancé un vistazo a los nizs que se habían vuelto para observarnos. El salón olía a especias y madera quemada. Humeante. Adictivo. Era una canción de cuna negra que incendió mis nervios. Me recordé para qué había acudido hasta allí. No estaba interesada en el opio, solo quería encontrar al asesino y evitar más muertes. Pero no pude evitar inhalar profundamente.

—Necesito hablar contigo y con Yust —le dije a Will. Él intercambió una mirada adusta con Samth.

Ella soltó una risita.

—Vienes muy tensa. Será mejor que te relajes, esto es una fiesta —afirmó observándome de arriba abajo.

No iba a contarles el enfrentamiento que acababa de tener con el niz, pero supuse que mi rostro y mi cuerpo mostraban la tirantez que me oprimía por dentro.

Forcé una sonrisa y Samth la acogió con una mueca. Me pasó un brazo por encima y yo no me alejé. Un escalofrío me recorrió la espalda, aunque no fue por el contacto sino por la expectación, por las miradas curiosas que seguían nuestros pasos sin rastro de aversión. Me guio a través de la sala, en dirección a la trastienda. Tragué saliva y me liberé en cuanto vi adónde se dirigía.

—¿Qué haces? —pregunté apartándome. No podía acercarme al opio. Estar en aquella habitación y percibir sus notas en el aire ya era suficiente prueba para mí.

Ella alzó las palmas.

—Tranquila, Pixy. —Me miró con extrañeza—. Yust está ahí dentro —aclaró señalando el cuartucho—. Pensaba que querías hablar con

él.

—¿Qué ocurre? —intervino Will a mi espalda—. ¿Hay algún problema?

Apresé mi labio inferior entre los dientes. No podía soportarlo. La tentación de entrar y tomar la pipa de opio era demasiado intensa. Terrent había eliminado el dolor de mi cuerpo, pero yo seguía siendo débil.

Supe la forma que adquiriría el humo en cuanto entrara en la trastienda. Su melodía tronaba en mi cabeza como el canto de una sirena.

No haría nada malo. No tenía por qué enterarse nadie. Debía descubrir al asesino, proteger a los humanos era mi prioridad, y sabía que nadie indagaría en la extraña visita de Will y Yust al castillo. Presentía que me estaban escondiendo algo, aunque no alcanzaba a saber el qué. Así que me convencí de que aquella era la última vez, mi despedida del humo y sus formas, de su tacto de pluma en mi lengua y su sabor dulce en mi mente.

Asentí, y Samth apartó la cortina de cuentas para que entrara. Era tal y como la recordaba: con sus paredes de madera, sus dos divanes y la mesita auxiliar. Solo que dentro estaba Yust, con la caña de la pipa sujeta entre los dedos y una expresión relajada en sus facciones. Se giró a mirarnos y puso los ojos en blanco antes de volver la vista al frente.

—Diría que me alegro de verte, pero sería mentira —dijo sin tapujos.

Entré y la nube plateada se meció en ondas alrededor de mi cuerpo. Me senté en el diván de enfrente y crucé los brazos sobre el pecho. Samth se dejó caer al lado de Yust y Will esquivó mis piernas para sentarse a mi izquierda.

—El sentimiento es mutuo —le contesté, apoyando solo un hombro en la madera para poder mirarlos a los dos—. ¿De dónde veníais cuando os encontré en el castillo?

Yust chasqueó la lengua y sus ojos claros se nublaron de aburrimiento.

—Ya te lo dijimos: del despacho de Fénrix. Pregúntaselo si no nos crees.

—Ya lo hice —capté su atención.

—¿Y bien? —participó Will, extendiendo el brazo para tomar la pipa. El humo escapó entre sus dientes con ondas seductoras. Demasiado cerca. Mi boca se llenó de su sabor a flores, de aquella agonía dulce y perversa.

—Lo confirmó. —Ellos se relajaron—. Pero eso no explica que haya una humana muerta en el archivo real.

Samth se sobresaltó y arrugó el ceño, mientras que Will y Yust compartieron una mirada profunda.

—¿Qué? ¿Ninguno va a decir nada? —los presioné.

Will se inclinó y colocó los codos en las rodillas, sujetando con ambas manos la caña.

—Te dijimos para qué habíamos ido: han cambiado nuestra ruta.

—Y una mierda —respondí clavándole la mirada—. Quiero saber la verdad.

—¿Y crees que han sido ellos quienes se han cargado a una humana? ¿Qué estás haciendo aquí entonces? ¿No has pensado en las pocas posibilidades que tendrías de salir con vida? —preguntó Samth antes de llevarse la pipa a los labios. Sus ojos solo mostraban curiosidad, ninguna amenaza.

Ladeé el cuello y sonreí de lado.

—Antes de pestañear ya estaríais todos muertos —afirmé con seguridad. No sería la primera vez que derribaba a alguien con la

caña de una pipa.

Ella soltó una larga bocanada.

—Está bien. —Will levantó la mano y suspiró—. Fénrix nos hizo un pedido especial, algo extraño que no se comercializa salvo por encargo.

—¿Y qué es?

Will metió los dedos entre sus mechones y tiró.

—Ni se te ocurra decírselo —le ordenó Yust. Su amigo no lo miró —. Conseguirás que nos maten, joder.

Will se giró hacia mí con los ojos encendidos.

—No voy a contarte nada, y esto no lo sabes por mí, ¿entendido? —Levanté las cejas, expectante, y él le pidió la pipa a Samth antes de pasármela. La cogí como si quemara. La boquilla humeaba y su proximidad me hacía la boca agua. Will carraspeó—. Lo que nos han encargado tiene que ver contigo —susurró.

—¿Conmigo? —Arrugué el ceño, confundida—. ¿El qué...?

—Me estoy arriesgando mucho al compartir esta información, Pixy. No va a salir nada más por mi boca.

Yust asintió conforme y Samth me miró con lástima. Aparté la mirada de ella y me concentré en Will.

—¿Y ya está? ¿Piensas que me voy a tragar que no tenéis nada que ver con la muerte de aquella humana porque al parecer os han encargado un objeto misterioso que se supone que es para mí?

—Oye —me llamó Yust—, nadie en nuestra sociedad mata humanos.

Una mueca de crispación le cubrió las facciones antes de que pudiera ocultarla.

—¿Vuestra sociedad? —indagué.

—Ya es suficiente. —La cara de Will estaba blanca como la de un espectro. Incluso Samth tragó saliva—. Si quieres descubrir al

asesino no estás haciendo las preguntas adecuadas.

Me asfixiaban mis pensamientos. Más que encontrar respuestas, lo que me surgían eran nuevos interrogantes. Pero, por encima del ruido de mi cabeza, una canción clara tronaba en mis oídos y me hacía observar con anhelo la pipa.

Los labios me temblaron por el deseo y una gota de sudor se deslizó por mi sien. Más tarde me cuestionaría qué habría ocurrido si no hubiera renunciado a mi sueño de alejarme del opio a cambio de vencer a aquel niz, si mi elección hubiera sido diferente.

Sentí su mirada curiosa puesta en mí y supe que no resistiría las explicaciones que tendría que dar para rechazar aquel veneno. Así que la cogí, me llevé la boquilla a los labios e inhalé con fuerza. El calor se extendió por mi pecho y me dilató las pupilas. Mis músculos se relajaron, pesados, ligeros. Mi mente se elevó hacia un éxtasis contemplativo en el que el mundo tenía menos sentido, pero no importaba. Nada tenía poder sobre mí, ni mi pasado revuelto en sombras castigadoras ni mi futuro vacío de ilusión y esperanza. Tampoco las alegrías ni el dolor perdido, transformado en sumisión. Adictivo. Tras tantos años de castigos me había vuelto esclava del sufrimiento.

Con cada respiración, mi cuerpo ascendía y mi cabeza se sumergía en un balde de agua que terminaría convirtiéndose en mi tumba.

No recuerdo cómo abandoné la casa de Will, cómo llegué a la motocicleta ni el viaje de vuelta. Las nubes se apretaban a mi alrededor en sombras opresivas.

Cuando los pasillos del castillo me envolvieron como un útero, unos ojos negros como la noche lamieron mi cuerpo y guiaron mis pasos hasta que me derrumbé sobre la cama.

# 24

# La sociedad Vindicta

> Bailar implica compenetración. En principio, si los cuerpos entran en contacto significa deseo, pero todo depende de la sensación que tenga el soñante, de si la pareja le desagrada o si, por contra, se siente a gusto en su compañía.
>
> *Cuaderno del soñante*, Estudios II

«Otro día sin dolor».

A la mañana siguiente, entré en el archivo con la cara lavada y el estómago revuelto. Mi malestar no se debía solo a la decepción que sentía conmigo misma por haber aceptado el opio, tenía mucho que ver con los ecos de mi último sueño: un hombre de ojos oscuros y cabello negro acechaba entre las sombras. Un violín daba su primera nota. Él me tendía la mano y yo la tomaba sin dudarlo. Bailaba conmigo, moviendo nuestros cuerpos en una cadencia evocadora, confiada. No recordaba su rostro, pero mi cabeza sabía su nombre y ardía en mis labios como un secreto.

Al cruzar el umbral me detuve en seco, como si una decena de pesadillas me esperaran con los aguijones alzados.

Nocte levantó la cabeza de las hojas que examinaba.

Estaba sentado, su tobillo descansaba sobre la rodilla contraria y los mechones caían por sus mejillas. Sus ojos, apenas visibles entre

su cabello, eran tan oscuros como los escalofríos que barrieron mi espalda. No sabía qué esperar después de nuestro último encuentro, pero su mirada recorrió mi cuerpo con una lentitud calculada.

—Mmm —se limitó a decir. Bajó la vista de nuevo, aunque su boca dibujó media sonrisa.

Él podía ver mis sueños. Sabría lo que significaba aquel baile tan bien como yo. La sala se cargó de tensión y me sentí expuesta.

Solté el aire que, al parecer, había estado conteniendo y me acerqué a la mesa mirándolo de reojo.

—¿Alguna novedad? —pregunté con la boca seca.

Ladeó la cabeza con elegancia.

—Dímelo tú. —Lo miré espantada. No esperaba que abordara el tema—. Por lo visto, has cabreado a mucha gente —aclaró, alejándose de mis pensamientos. Recordé la audiencia con Terrent y Somna y solté un resoplido que ocultaba mi alivio.

Arrastré la silla por el suelo deseando que el ruido me enterrara. Me senté y cogí algunas fotografías de las que estaban sin revisar.

Nocte arqueó una ceja y su media sonrisa se transformó en una completa.

—No es que me queje. Puede que me guste esta faceta... en la que molestas a otros —añadió usando los doble sentidos para provocarme. Mi corazón se saltó un latido.

Le devolví una mueca. Creí que me ignoraría, pero sus ojos permanecieron clavados en mí y su sonrisa se me antojó inquietante e innecesaria. El recuerdo del baile hizo que me removiera en la silla.

—¿Necesitas algo? —espeté.

—Nada —contestó sin apartar la mirada.

Mis mejillas se cubrieron de rojo. Respiré y me dije que debía serenarme y enfrentarlo. Forcé una sonrisa.

—¿Por qué piensas que eras tú el hombre de mi sueño? —Pestañeé con inocencia—. He conocido a muchas pesadillas de ojos negros.

—¿Y quieres bailar con todas o solo conmigo? —Se mordió el labio para evitar una sonrisa más amplia.

Yo negué, fastidiada.

—No bailaría contigo ni aunque la alternativa...

—Fuera la muerte —completó—. Lo has dejado claro en otras ocasiones —me recordó, sin creer una palabra, sin dejar de mirarme.

«No significa nada —me dije—. Hay sueños estúpidos que no deben interpretarse».

Tenía asuntos más importantes en los que pensar, como la marcha de Onia, el atrium desaparecido o el contenido de la nota que llevaba encima la chica muerta. Pero la presencia de Nocte llenaba el archivo, la sentía en el aire colmado de sombras, en las puntas congeladas de mis dedos, en sus ojos abrasadores.

No había pasado ni una página cuando volví a saltar.

—¿Puedes dejar de mirarme? Es perturbador.

—Ayer fuiste a pedirles explicaciones a los contrabandistas. —Pese a que su voz era tranquila, mi pulso se disparó.

Me recliné en la silla, concentrada en sus movimientos.

—Y tú te has enterado.

—Hay pocas cosas que se me escapen, Cuervo.

Recordé los ojos que había sentido sobre mí la noche anterior. ¿Habían sido más que imaginaciones provocadas por el opio?

—Pero no estás enfadado —auguré.

Él levantó con suavidad el mentón.

—¿Eso crees? —Sus pupilas se dilataron y el poder que lo envolvía lamió mi piel como la onda de una explosión. No respondí y él suspiró—. Has vuelto, ¿no? —dijo poco sorprendido.

Eso me dio que pensar. Sí que había vuelto, pero ¿cómo no hacerlo? Axia seguía allí, los portales se mantenían en un equilibrio precario y siete humanos habían muerto entre los muros de ese castillo. No podía cerrar los ojos a todo aquello y limitarme a disfrutar de la ausencia de dolor. Eso no iba conmigo.

—Me ocultáis información. No confiáis en mí como para decirme qué ponía en la nota que encontré en el cadáver y yo quiero descubrir al asesino.

Se pasó la lengua por el labio inferior.

—¿Sigues pensando que soy yo?

—O tus hermanos.

El silencio se tornó ominoso, asfixiante bajo su mirada intensa.

—Son muchos los que están dispuestos a acabar con nosotros, dispuestos a matar humanos para hacernos responsables y poner a otros en nuestra contra.

Levanté las cejas y crucé los brazos.

—¿Quién se molestaría? Sois dioses para vuestra gente. No se puede acabar con un dios —dije con más resquemor del que pretendía.

Un sonido disconforme escapó de su garganta.

—Todo es susceptible de cambio, y un error puede sentenciarnos. Si el relato se transforma y los rumores corren, perderemos el poder que tenemos sobre este mundo y, créeme, tú tampoco quieres que eso pase.

Reconocí que sería un mal menor para la humanidad que Nocte se hiciera con la corona.

—Entonces, ¿quién crees tú que está detrás de las muertes? —pregunté suspicaz.

Se inclinó hacia mí, apoyando el torso en la mesa. Las puntas de su cabello se mecieron como ondas de luna sobre el agua.

—La sociedad Vindicta surgió unas décadas antes de que el rey muriera. Es una comunidad de rebeldes compuesta en gran parte por ilúricos que han caído por los portales y no tienen acceso al atrium que necesitan para cruzar de regreso a su mundo.

—¿Le echas la culpa a los ilúricos? —bufé.

Sus dedos tamborilearon sobre la mesa.

—No los descarto.

Recordé que Will había hablado de ellos en la primera visita a su casa. Había dicho que los susurros los situaban como responsables de la muerte del rey.

Las palabras de Yust retornaron a mi mente: «Nadie en nuestra sociedad mata humanos». ¿Pertenecían ellos a la sociedad Vindicta? Habían dicho que estaban en el castillo por un encargo relacionado conmigo, pero quizá solo querían distraerme.

Solté un ruido disconforme.

Él miró al techo, con los ojos repletos de dudas.

—Estas muertes son demasiado burdas para cualquiera de nosotros, ¿no lo has pensado? —Por lo poco que conocía a los príncipes, aquello era irrefutable. Aun así, no quería creerlo. ¿Cómo iba a aceptar que fueran los míos quienes asesinaban humanos?—. Además, ninguno de mis hermanos mataría en este castillo.

—¿Por qué no? —indagué.

Él arrugó la nariz y el hoyuelo en su mentón se contrajo. «Maldito hoyuelo». Bajé la vista al suelo y me limpié el sudor frío de las manos en los pantalones.

—¿Tú elegirías matar a alguien en tu casa? —preguntó como si la respuesta fuera obvia.

Pensé en mi dormitorio, en la zona de vigilia, y me encogí de hombros.

—Yo no tengo casa.

Su mirada se frunció, abrasadora, penetrante, y lamenté mi escasa prudencia.

—Pensaba que Axia y tú vivíais en el recinto de entrenamiento.

—Esa no es mi casa —respondí sin alzar los ojos.

Su curiosidad era tan palpable que la sentí como una presión sobre la piel. Una que pedía que abriera mi mente a las preguntas que se almacenaban en la punta de su lengua.

Rehuí sus ojos.

—Hay algo que se me escapa —cambié de tema—. Si la sociedad Vindicta trata de destronaros, ¿por qué iban a escoger matar a humanos en lugar de pesadillas? ¿Qué podría importarle a tu gente la vida de unos cuantos humanos? Vosotros no os preocupáis por ellos.

Nocte se enderezó y el poder respondió a su movimiento como una segunda piel, al acecho.

—Veo que sigues creyendo todo lo que te han contado. No importa: terminarás por darte cuenta de que las sombras tan solo ocultan lo que la luz no está dispuesta a ver.

Apreté los labios y reprimí un suspiro. Jamás lo reconocería frente a él, pero ya empezaba a percatarme de las escasas diferencias entre ilúricos y pesadillas. Sin embargo, lo que Nocte aseguraba iba más allá. ¿Nos habían engañado haciéndonos creer que los nizs no toleraban a los humanos? El semblante inaccesible del príncipe me hizo desistir de preguntar.

Aun así en mis labios se acumulaban otros interrogantes que me asediaban... No obstante, opté por una duda menos incómoda.

—¿Qué ocurrirá con las pruebas si Onia no regresa?

—Regresará —afirmó con la misma seguridad que Fénrix. Solté un gruñido. ¿Qué importancia tenía el tiempo para ellos? ¿Podían transcurrir veinte años sin que se percataran? No permitiría que Axia

se quedara atrapada en Fosc tanto tiempo—. Las pruebas se retomarán cuando vuelva —añadió.

—Pero Somna intentó suspenderlas al enterarse de los asesinatos, antes de la marcha de Onia. Aunque regrese, para ella no habrá cambiado nada a menos que encontremos al asesino.

Nocte soltó una risita.

—Somna tiene miedo de lo que ocurrirá si me hago con la corona. Prefiere esta situación de tránsito en la que nuestros poderes están equiparados.

—¿Antes no era así?

Negó despacio, con sus pupilas cavando zanjas en mis ojos. Mis pulmones se encharcaron en una tormenta de fuego. Me percaté de que Nocte pestañeaba lento cuando contenía sus palabras.

De pronto, se inclinó hacia mí.

—Tengo una propuesta que hacerte. —La curiosidad venció sobre mis otras emociones y le indiqué que hablara—. Tú misma escuchaste a mis hermanos decir que querían acabar con la vida de Axia.

Me puse rígida.

—¿Piensan intentarlo de nuevo?

Nocte sonrió de lado.

—No, que yo sepa. Pero ha llegado el momento de hacerles pagar su osadía. Nadie va a interponerse en mi ascenso al trono. Qué me dices, Cuervo, ¿te apuntas a la *vendetta*?

Tensé el cuello hacia atrás.

—¿A poner en mi contra al príncipe por el que lucho en unas pruebas mortales y a tu hermana, la psicópata, por vengarme de que trataran de matar a mi mejor amiga? —Una sonrisa tiró de mi boca—. ¿Qué has pensado?

Me devolvió el gesto con complicidad y mi estómago se desbocó hasta constreñirme los pulmones. Tenía los labios finos, aterciopelados, como una pluma... Me eché hacia atrás, asustada por la deriva de mis pensamientos, y bajé la mirada.

—Nos vemos después de la cena, en el taller de esculturas que hay en la planta baja, junto a las escaleras de la cripta.

—¿Qué vamos a hacer?

—Tendrás que esperar para verlo —respondió misterioso.

—Parece peligroso estar contigo.

Media sonrisa suavizó sus facciones.

—¿Eso va a detenerte?

De repente, unos chillidos agudos empaparon los archivos. El rostro de Nocte se relajó mientras el mío se contraía.

Una criaturita batió las alas con esfuerzo hasta posarse en su hombro. Tenía el tamaño de mi palma, con unas alas oscuras y membranosas y un cuerpo peludo. Las garras, como agujas, se sujetaron en la hombrera del príncipe. Eran plateadas, del mismo color que sus iris. Pero, sin duda, lo más encantador eran sus orejas puntiagudas, con la punta blanca, y su naricilla moteada.

—Spark, no puedes volver a saltarte la dosis de cítricos —dijo el príncipe mirando con seriedad a la criatura. Emitió un nuevo chillido y él puso los ojos en blanco—. No me interesa que quieras conocerla. Te colaste en la jaula de la Sombra y eso tiene consecuencias.

¿Tenían enjaulada a la Sombra? Spark sacudió las alas con impaciencia y unos destellos surgieron a su alrededor.

—¿Quiere conocerme a mí?

Nocte me miró con reproche y el animal se soltó de su hombro y se posó en el mío al tiempo que emitía un chillido.

Las puntas afiladas de sus garras se clavaron en mi dermis, un dolor soportable.

—No deberías mostrarte amable con él si no quieres que se pegue a ti.

Las yemas de los dedos me hormiguearon al deslizarlas por su cabecita. La mirada del príncipe se intensificó y Spark soltó un sonido similar al ronroneo de un gato. En mi boca se dibujó una sonrisa.

—Es diminuto —susurré, animada por sus carantoñas.

—Incluso más que tú —respondió Nocte en voz tan baja que no supe si lo había imaginado.

—¿Por qué te metiste en la jaula de la Sombra? —le pregunté a Spark. Él se soltó y echó a volar entre chillidos estridentes. Dejé escapar una carcajada—. Vale, vale, no es de mi incumbencia. Qué mal genio tiene —repuse.

Los ojos de Nocte eran un huracán de indecisión y tormento. Levantó con suavidad el mentón en ademán retador.

—Me gustan los caracteres fuertes.

Carraspeé para liberar el nudo de mi garganta. Me frustraba la reacción de mi cuerpo cuando en mi cabeza se imponía el asco que sabía que debía sentir en su presencia. Mi pecho se apretó, como si estuviera tragando el humo de un incendio, antes de reunir todo mi valor para preguntar lo que llevaba días reconcomiéndome.

—¿Fuiste tú? —Me mordí el labio y él siguió el movimiento con una ceja arqueada—. ¿Volviste y me trajiste al castillo cuando me quedé inconsciente en Fosc?

Su mandíbula se tensó y su rostro se tornó duro como el acero. La ondulación de su poder me hizo abrir los labios en un jadeo contenido y me arrepentí de cada una de las sílabas que habían salido por mi boca.

Pero, entonces, en un movimiento casi inexistente, asintió.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué?

Bajó la vista al suelo, completamente perdido.

—No lo sé —dijo en un susurro. Transparente, como el agua que acoge a la luz hasta sus profundidades. En sus ojos nadaba una incredulidad cruda.

No supe qué más decir. La mezcla de emociones que despertaba en mi estómago me trastornaba.

Nocte parpadeó y una máscara indiferente cubrió sus facciones. Se puso en pie con el movimiento ágil de un felino. Dejó los papeles que sostenía en la mesa y, sin dedicarme más atención, se dirigió hacia la salida.

Pero, al llegar al umbral, se detuvo. Ladeó la cabeza sin girarse. Mis sentidos disparados seguían cada uno de sus movimientos.

—Ocho los de en medio y uno.

Me quedé boquiabierta.

Entrecerré los ojos.

—¿Cómo dices?

—La nota que encontraste ayer en el cadáver —aclaró, y mis pensamientos se dispararon. Repetí sus palabras en mi cabeza, cambié el orden, pero no tenían sentido.

—¿Qué significa?

—No lo sé. Pero lo descubriremos —susurró confiado. Por primera vez, el plural no me sonó tan repulsivo.

# 25

# Hechos de barro

> Forjados del mismo barro, retorcidos por sueños distintos.
>
> Proverbio del valle de Forja

Mentiría si dijera que aquella muestra de confianza no me dejó pasmada.

Minutos más tarde, reseguía con el índice el perfil de un hombre que aparecía en una de las fotografías. Tenía la nariz recta y el mentón pronunciado, el cabello negro y los hombros anchos. Sus ojos eran de un amarillo tan intenso que me recordó a las bestias que los humanos representaban con formas demoníacas; en su diario, Moira había dibujado a unos cuantos. Por primera vez me pregunté si la búsqueda en el archivo podría dar sus frutos: aquel hombre se parecía mucho al que había visto huyendo antes de encontrar al primer humano muerto. Pero ¿cómo estar segura? Guardé la fotografía para enseñársela a Nocte más tarde.

Me giré hacia Morf al escucharle escurrir un paño. Había entrado después de la marcha del príncipe y estaba arrodillado en el suelo, tratando de limpiar las últimas manchas de sangre de las juntas de las baldosas. Parecía mentira que solo un día antes un cuerpo destrozado se estuviera pudriendo allí mismo. Sin corazón. ¿Por qué sin corazón?

—No te he preguntado qué tal te fue con Lilith. —Me sorprendí a mí misma acordándome del nombre de su cita.

Él se mostró azorado y tardó en contestar.

—Estuve a punto de besarla, pero la cosa se puso rara.

—¿Rara por qué? —Me recliné en la silla, interesada.

—Cuanto más me acercaba, más se alejaba ella. Creo que no comprendo a las mujeres —respondió con un suspiro. Entonces me miró y sus ojos se iluminaron—. Quizá tú puedas ayudarme.

Alcé tanto las cejas que me extrañó no perderlas.

—¿Yo?

—Tú eres una mujer.

—Apenas —aclaré con un bufido—. Axia sería mejor consejera.

Me observó confuso.

—Ella no... —titubeó—. No me habla mucho. Por lo que soy, ya sabes.

Arrugué el rostro. No me gustaba que Axia actuara así, no creía que tuviera problema en conversar con Nocte. Una piedad agridulce se adueñó de mí.

—¿Qué es lo que quieres saber? —solté sin pensar. De su boca se apoderó una sonrisa—. No te emociones, no es que me sobre experiencia.

—¿Cómo sabré que ha llegado el momento? —inquirió sin dar importancia a mi advertencia. Hice una mueca.

—Supongo que lo sentirás, como una tensión, como si el oxígeno se hubiera terminado y te costara respirar. —Mi corazón se saltó un latido al recordar la figura pétrea de Nocte inclinándose sobre mí, demasiado cerca. Maldito príncipe, siempre se acercaba demasiado.

Solté el aire con aspereza y alejé esos pensamientos. ¿Qué cuernos me pasaba? No podía pensar en él en esos términos, era mi enemigo y yo estaba enamorada de Janos desde hacía años.

—¿Y si soy yo el único en sentirlo? ¿Y si ella no está preparada?

—Me contaste que antes erais amigos, ¿por qué no se lo preguntas directamente?

Me dedicó una mirada extrañada.

—¿Quieres que le pregunte a una psykhe si puedo besarla? ¿Pretendes que me odie para siempre?

Gruñí y me dejé caer sobre la mesa.

—Te dije que no era buena consejera. —Lo miré con sospecha y recordé a la criatura que me había atacado la noche anterior—. Por cierto, ¿existe alguna raza que pueda extraer los miedos de una mente? ¿Una especie de hombre con hocico?

—¿Te refieres a los varg? Por lo general, tienen mal carácter, sienten mucho apego por su manada y sus costumbres. —Solté un ruido afirmativo y él entrecerró los ojos—. Tienes que tener cuidado con ellos. Si te encuentras con uno no le des la oportunidad de atacarte, su aullido atraerá tus temores más profundos y, créeme, no sobrevivirás.

Aquella información podría haberme sido de utilidad si no llegara tan tarde.

—Esto ya está —dijo dejando el trapo en un cubo y levantándose —. ¿Estás preparada para la velada de mañana?

Fruncí el ceño con extrañeza.

—¿Qué velada?

—¿Nadie te ha informado? —preguntó sorprendido. Negué con la cabeza—. Mañana por la noche se celebra Isbaith. La corte al completo traerá ofrendas a los príncipes buscando su bendición.

Incliné hacia atrás la silla, manteniéndome sobre dos patas.

—¿Esperan que yo vaya a eso? ¿Para qué?

Él soltó una risita.

—Eres sorprendentemente irreverente. No me extraña que llames la atención de los príncipes.

Mis mejillas se colorearon, pero mi humor se ensombreció.

—Yo no venero a dioses.

Morf permaneció ajeno a mis pensamientos. Se encogió de hombros y su joroba se alzó.

—Me temo que no tienes elección.

***

La advertencia de Morf seguía en mi cabeza cuando puse un pie dentro de la sala de esculturas.

Una sensación de inquietud se instaló en mis huesos al atravesar el umbral. El ambiente húmedo del sótano me heló la piel y me dejó un regusto metálico en la lengua. Era una estancia fría, con un par de hornos de latón a ambos lados y una mesa de trabajo con una pila profunda y ovalada.

El príncipe de la noche estaba de espaldas, trabajaba con mimo en una figura de barro. Entre sus dedos sostenía una esteca con la que dibujaba los últimos detalles. Dio un paso atrás para admirar su obra y pude distinguir la forma de unas alas. Las alas de un cuervo...

Cada detalle en las plumas reflejaba la perfección y dedicación de un escultor experimentado, como raíces entrelazadas que componen un paisaje sombrío. El pico combado, la hendidura sin fondo de sus ojos sagaces, una de las alas ligeramente extendida, en movimiento.

Dejé de respirar. No podía interrumpirlo, me sentía una intrusa que contemplaba sin permiso la obra de un artista. Sin embargo, sin previo aviso, tomó un balde con agua y lo arrojó sobre la escultura. El barro se reblandeció y la figura del cuervo se combó, como una rosa marchita.

Solté un jadeo por la impresión y él inclinó la cabeza con esa forma sutil en la que advertía que era consciente de mi presencia.

—Odio que me espíen y tú lo haces constantemente.

Un suave mareo tiró de mí. Salvé la distancia que nos separaba y contemplé con el corazón arredrado la escultura que acababa de deformar.

—Pensaba que no tenías ningún talento —dije a media voz, mientras él dividía un trozo grande de arcilla con un cincel. El barro le llegaba hasta los codos, le manchaba las uñas y la tela de la camisa arremangada.

Sentí su sonrisa en mi estómago.

—No lo tengo. Estas figuras se parecen a mí. Tienen el mismo color horrible de mi alma, marrón y cuarteada.

Busqué sus ojos, pero solo encontré un perfil concentrado en amasar. Había una emoción bajo la superficie pétrea, una que reconocía la parte más sensible de mi alma: dolor.

Sentí la imperiosa necesidad de volver a respirar.

—¿Creas figuras de barro porque se parecen a ti? Qué egocéntrico por tu parte —dije, esperando una sonrisa. No la obtuve, así que opté por la curiosidad—: ¿Por qué la has destruido?

Apretó los dientes y su mandíbula se contrajo.

—Una vez las termino, ya no quiero verlas más.

—¿Por qué dedicar tantas horas a algo que vas a romper? —Mi voz era un susurro, apenas salía por mi garganta.

Él se giró y sus ojos presagiaron una tormenta capaz de provocar mi naufragio.

—¿No es así como funcionan los sueños, Pixy? Les concedes lo más valioso de ti: tus esperanzas, tu ilusión. Les concedes el poder de desgarrarte hasta que terminan destruyéndote. —Mi corazón tartamudeó, pero él no se detuvo—. Si los consigues, el sabor dulce

de la victoria terminará diluyéndose, escurriéndose como agua entre los dedos y dejándote vacía y sin propósitos; si nunca los alcanzas, la desesperanza anidará en tu pecho, fragmentará tu mente hasta hacerte creer que no sirves para nada, que no eres válida, capaz o útil. —Sus palabras se clavaron en mi mente como dardos envenenados. Moldeó con delicadeza una nueva forma entre sus dedos, sumido en sus pensamientos, cuando su rostro se suavizó—. Yo destruyo mis obras una vez están perfectas para recordarme que es mejor vivir sin sueños. Es mi manera de mantenerme a salvo.

No supe qué contestar a eso, pero por un segundo las grietas me permitieron ver más allá de su alma fragmentada.

Pasé los dedos por la arcilla deshecha. Goteaba agua sucia y cenagosa. Un calor repentino me recorrió la columna.

«¿Por qué un cuervo?», quise preguntar; pero un suspiro trémulo escapó de mi boca y, en su lugar, cuestioné:

—¿Por qué me has citado aquí? —Repasé el instrumental desperdigado sobre la mesa. La sala no parecía contener nada capaz de dañar a un dios.

Nocte deslizó los dedos por la masa hasta formar una figura humana. Después, cortó otro trozo de arcilla y realizó los mismos movimientos.

—Estas figuras de barro atraparán a mis hermanos durante unas horas. No pretendo dañarlos, no puedo hacerlo sin renunciar al trono, por ahora solo quiero darles un aviso.

—¿Esa es toda tu venganza?

Nocte dejó de moldear el barro y se giró hacia mí con un atisbo de sonrisa.

—¿Unas horas del castigo más terrible, del dolor más primigenio y la soledad más oscura y angustiosa no te parecen suficiente? Quizá te haya subestimado, Cuervo. —Me miró con interés. Me encogí de

hombros, aparentando tranquilidad. No había imaginado que les esperara semejante castigo.

—Necesitaré tu ayuda para que el plan funcione —dijo como de pasada.

Mi boca dibujó una línea petulante.

—¿El todopoderoso príncipe no puede hacerlo solo?

Nocte sonrió de lado, pero su energía vibró hasta dejarme sin aliento. Las sombras que emanaban de su cuerpo cantaban con una dulzura estridente al contacto con mi piel.

—Mis poderes están centrados en detalles más importantes que un simple escarmiento —explicó. Asentí como si lo comprendiera y él resopló, consciente de que no era el caso—. Imagino que ya has conocido a tu noctámbula.

—¿A quién?

Soltó un suspiro exasperado y su poder se replegó.

—¿El espejo de tu dormitorio solo te ha devuelto tu imagen o has visto a alguien más? —Recordé cómo mi reflejo había cobrado vida; desde aquel momento me había aterrorizado entrar al lavabo—. Interpretaré tu reacción como un sí. Tu noctámbula es la parte de ti que se refleja en tus sueños, sabe más de ti de lo que tú jamás sabrás y tiene el poder que necesitamos para esta tarea en concreto.

—¿Estás diciendo que no soy yo quien entra en mis sueños, sino esa criatura tenebrosa? No es posible.

Nocte arqueó las cejas.

—Ah, ¿no? —Me devolvió una expresión altanera y yo lo asesiné con la mirada.

—¿Cómo no iba a saber algo así?

—No creo que te hayan contado mucho, Cuervo.

Por desgracia, aquello era irrefutable. Me tomé un segundo para ordenar todas las preguntas que acudían a mi cabeza en tropel.

—¿De dónde surgen los noctámbulos? Y, si es como yo, ¿por qué es tan siniestra?

—De tu primer sueño. Amoldan su forma a tu crecimiento y es tenebrosa porque eres una ilúrica. El universo se equilibra; tú naciste con luz, así que tu noctámbula tiene la cantidad justa de oscuridad para que el mundo siga fluyendo. No será tan tétrica como dices cuando tú no eres una ilúrica pura.

Apreté los dientes con disgusto, pero la curiosidad se impuso a mi deseo de asesinarlo.

—Entonces ¿tu noctámbulo es buena persona? —dije para molestarlo.

Él puso los ojos en blanco.

—Esto no tiene que ver con ser buena o mala persona. No has entendido nada. Además, yo no tengo noctámbulo, los dioses no nos replicamos.

Abrí aún más los ojos.

—¿Qué hay de las otras pesadillas?

—Ellas sí tienen, para equilibrar su oscuridad. —Suspiró—. Si ya has terminado de hacer preguntas inútiles, quizá quieras conocer cuál es el plan.

—No he terminado, ni mucho menos, pero soy toda oídos —repliqué mordaz. Juro que un destello de diversión se apoderó de sus pupilas.

—Tu noctámbula ayuda a crear tus sueños, por eso la necesitamos, para que cree vida dentro de estas figuras de barro. —Dio un paso atrás para contemplarlas. En algún momento de la conversación las había acabado. No tenían los rasgos definidos, lo que les confería un aspecto aterrador—. Será como un sueño; solo podrá hacerlo durante unas horas antes de que mis hermanos consigan despertarse, pero para ellos supondrá una tortura.

Recordé los dedos invisibles de Somna apretándome el cuello, dejándome sin oxígeno, y el daño que me había causado Terrent por tan solo darle la espalda. Su amenaza de devolverme el dolor si no me enfrentaba a Axia hasta la muerte.

Ninguno merecía mi piedad.

—¿Qué tengo que hacer? ¿Convencerla para que nos ayude?

Nocte asintió.

—No creo que te suponga un problema.

Me encogí de hombros, incómoda.

—Hace días que no la veo.

—Terminará por aparecer. No tiene importancia si no es esta misma noche; es mejor dejar pasar Isbaith, no es conveniente que uno de nuestros familiares descubra las debilidades de Somna y Terrent. La corona quedaría en entredicho.

—¿Por qué de repente todos habláis de Isbaith?

—Es una de nuestras fiestas más antiguas. —Imaginé un montón de reliquias lanzadas por un puente de lava. Sus ojos se oscurecieron en contacto con los míos—. Estoy deseando ver tu ofrenda.

Mi labio superior se contrajo.

—¿Estoy obligada a presentar una?

Supe que bajo su boca apretada se escondía una sonrisa.

—Es un honor que se te concede.

—Claro —mascullé, nada conforme.

—Si ya está todo... —Hizo un gesto con el que me invitaba a abandonar la estancia. Supuse que prefería crear sus obras a solas. Pero me había percatado de que a Nocte le encantaba molestarme y había una parte de mí, una que llevaba dormida mucho tiempo, o que quizá nunca antes había existido, que deseaba devolvérsela.

Tomé un trozo de arcilla y, bajo su atenta mirada, me humedecí los dedos con el agua de un cuenco y lo pellizqué hasta darle forma. Con un palillo tracé los detalles de una granada; no sé por qué escogí esa fruta, quizá mi subconsciente recordó que Giulia le había ofrecido una durante la primera prueba.

Los ojos de Nocte ardían sobre el perfil de mi rostro, pero no me dejé intimidar. Cuando, sin esperarlo, su mano tomó mi muñeca, mi pulso se paralizó. El mundo entero se detuvo. Solo podía mirar aquellos dedos largos y manchados de barro, suaves y cálidos. La presión de su piel se deslizó por el aire, densificándolo. Aunque su respiración era un eco pausado, la mía se aceleró. Alcé la vista hasta su rostro. Tenía los labios apretados y la mirada ensombrecida. Su tacto serpenteó por mi mano hasta tomar el palillo, que cayó sin resistencia entre sus dedos.

—Así. —Se inclinó sobre la mesa, acercándose, y su olor envolvió todos mis sentidos. Sus dedos se movieron con precisión por la arcilla, creando surcos donde necesitaba más sombras. Pero yo no podía apartar la mirada de su rostro, como si escondiera un misterio que solo yo pudiera desentrañar. La piel aterciopelada, el aroma a madera y humo...

Solté un jadeo ahogado y retrocedí. La falta de contacto no impidió que percibiera la marca invisible que habían dejado sus dedos sobre mi piel. Estaba aterrorizada por mis propias emociones desbocadas. Siguió mi retroceso con el ceño fruncido.

¿Qué cuernos estaba haciendo?

El aviso de Morf acudió a mí: «No respires el aire de los príncipes». ¿Había incumplido la tercera regla? Nocte no parecía querer castigarme, su rostro solo mostraba confusión.

—Se... Será mejor que la termines tú —trastabillé.

Levantó con suavidad el mentón y sus pupilas brillaron con un nuevo reto.

Salí de la habitación sin darle la espalda. Con el corazón desbocado y más que dispuesta a cumplir sus normas.

# 26

# Isbaith

> Durante la noche la memoria se asienta. Los recuerdos se perfilan y se eliminan las toxinas que acumulamos durante el día. El cerebro nunca duerme.
>
> *Los efectos cruciales del sueño*, ROSALIND LACAN

—No voy a ponerme eso.

Los ojos de Morf se alzaron al techo.

—No puedo creer que hayamos regresado al punto de partida.

Crucé los brazos contemplando el vestido rojo brillante como la sangre que habían tendido sobre la cama. Sin tirantes, tela suave cubierta de gasa...

—¿A quién cuernos se le ocurriría darme algo así?

—El príncipe Terrent lo consideró perfecto para Isbaith —contestó.

«Perfecto si te gusta ir desprotegida a una fiesta de pesadillas potencialmente peligrosa en la que se les otorgan a los príncipes a saber qué ofrendas».

—Yo elijo mi ropa. —Le enseñé los dientes—. Y no llevo faldas.

Morf movió el índice en círculos.

—Te quedan minutos para arreglarte, vas a meterte en problemas si no obedeces o llegas tarde.

Fulminé con la mirada el vestido.

—Voy sobrada. Largo —le pedí sin volverme.

—Empiezo a conocer esa expresión y...

—Te estoy pidiendo un poco de intimidad —resolví con tono exasperado.

Morf renegó, pero me dejó a solas con el trozo de tela.

En cuanto escuché el chasquido de la puerta abrí el armario.

«Ni de coña», pensé.

Me desnudé. Saqué unos pantalones finos de cuero, me los puse y pasé la cabeza por el forro del vestido. El escote llegaba hasta el esternón en una algarabía de piel pálida. Hice una mueca y gruñí cuando el borde de la falda tocó el suelo con un sonido frisado. Me volví hacia el armario, saqué el peto que colgaba de la última percha, metí los brazos por la estructura metálica y até los lazos, tapando el corpiño.

El bajo del vestido se arremolinaba a mis pies, así que me calcé las botas de cuero para no pisarlo. Me colgué la limosnera, ya llena, y me dirigí hacia la puerta. Al abrirla, me topé con una Axia que brillaba más que la diosa Cleops. Llevaba un vestido blanco con cuentas, el cabello en ondas sobre un hombro, las pestañas rizadas y los labios rojos. Parpadeé conmocionada y silbé por lo bajo. Ella soltó una risita. No habíamos vuelto a hablar desde nuestra discusión y no estaba segura de qué decirle. Observó mi ropa y me lanzó una mirada divertida.

—Sabía que no cederías con esto —dijo y entró en el dormitorio.

Miré mi falda. La puntera de las botas sobresalía como una melodía desafinada.

Me encogí de hombros y sujeté la gasa entre dos dedos con aprensión.

—¿Puedes creerlo?

Me tomó la mano y me condujo al lavabo. El espejo solo nos reflejó a nosotras cuando alcanzó el cepillo y me lo tendió. Blanco y negro. Axia estaba perfecta, y yo... solo era un trozo de carne diminuta a su lado.

—Péinate al menos —sugirió, y mientras yo pasaba las cerdas a tirones por mis mechones enredados, ella me pellizcó las mejillas—. Un poco de color.

Jamás me había molestado en cuidar mi cabello. Cuando se volvía indomable lo cortaba y terminaba con el problema. Había crecido desde mi llegada a Fosc y, por primera vez, no supe qué debía hacer con él.

—¿Quieres que te ayude? —se ofreció.

—No será necesario. —Dejé el cepillo y me puse las manos en las caderas, sobre el frío metálico del peto—. Ya estoy.

«Lista para poner fin a esta pantomima», continué en mi cabeza.

Ella asintió y me sonrió con una lástima mal disimulada.

Me sentí patética y pequeña. Salimos de mi habitación. A mi lado, Axia bajó la escalera principal como si estuviera acostumbrada a andar con tacones.

Al llegar a la entrada, Morf suspiró al verme, pero nos condujo hacia una nueva puerta que escondía una estancia enorme, redonda y carente de decoración, con columnas y muros de piedra gris y techos altos. Al fondo destacaban tres gigantes pétreos y encorvados, apoyados en una espada. Bajo cada uno de ellos había un trono, uno para cada príncipe. Tronos que, por el momento, seguían vacíos.

En un segundo comenzaron los cuchicheos y las miradas amenazantes por parte de un grupo cercano. Los miembros de la corte portaban túnicas rojas con detalles en otros colores. Se movían

en círculos en torno a nosotras, muchos con las capuchas alzadas, ocultando sus rostros.

—Sisean como perros de presa —resopló Axia.

El peligro aceleró mis pulsaciones. Apreté los dientes para no soltar un rugido. Sentía sus ojos sobre la piel como miles de hormigas.

El aire cambió y todos parecieron percibirlo. El cosquilleo en mi nuca me avisó de su llegada antes que cualquier otro sentido.

Los nizs se apartaron de nosotras y abrieron un corredor por el que desfilaron sus príncipes. Nocte iba en cabeza, todo de negro, como un mal sueño. Los botones de su camisa tenían forma de estrella. Pisaba el suelo con tanta determinación como si fuera a agrietarlo, con el rostro feroz y desinhibido. Supe que era imposible que la noche no reaccionara a su presencia, que no se doblegara ante su grandeza.

A sus lados, Terrent y Somna lucían trajes vaporosos, rojos y oscuros. Ella ocultaba el rostro tras un velo, y ambos portaban coronas de pinchos rematadas en lágrimas de rubíes. Avanzaron hacia los tronos en una estructura sólida y la estancia se cargó de chispas tensas.

Alargué el cuello para ver mejor a Nocte, pero él tardó unos segundos en llegar al trono y escapar de mi alcance.

—Es innegable que es guapísimo. —Me giré hacia Axia con estupefacción. Estaba mirando a Nocte, no tenía la menor duda.

—¿Vas en serio?

Ella se limitó a encogerse.

—Quita esa cara. No he movido pieza. Aún —remató con una sonrisa.

Los nervios se me clavaron en el estómago como zarzas y espinas. Tragué saliva porque, de repente, me ardía la garganta.

—¿Qué hay de odiar a las pesadillas?

Levantó el hombro.

—Hay mucho que no sabes de él.

Me giré al frente con náuseas en el estómago. No quería mirarla porque aún no había sido capaz de reconocer mis sentimientos por el príncipe, porque me aterrorizaban de tal forma que creía que un solo pensamiento sería capaz de aniquilarme. No quería mirarla y descubrir que sería perfecta para Nocte, que era todo cuanto yo anhelaba: la hija amada, la guerrera respetada y la mujer hermosa. Siempre había admirado lo maravillosa que era Axia y lo que me embargaba no era envidia; lo que me revolvía hasta las entrañas era sentir que mi futuro se escapaba de mis manos por no ser lo bastante valiente como para enfrentarlo, por creer que el mundo era una gran burla en mi contra, por sentirme siempre tan ridícula. En aquel momento, me pregunté si estaría condenada a no ser más que la espectadora orgullosa, la que observa desde un rincón en sombras mientras la gente normal escogía cómo vivir su vida.

Ella se inclinó para hablarme en susurros.

—Nocte tiene concentrado su poder en los portales para mantener su equilibrio. Está renunciando a su fuerza por salvar a los humanos, Pixy.

«¿Cómo?», mi mente gritó y mis ojos se abrieron. ¿Aquello era posible? ¿Cuánto poder requería algo así? Incontable, inimaginable. El mundo se partió a mis pies. Recordé la acidez en el rostro de Nocte cuando le mencioné su nula preocupación por los humanos. En la sala de barro me sonrió de lado y me dijo que sus poderes estaban empleados en fines más importantes.

¿En qué lo convertía eso? Me crucé de brazos sin saber qué hacer con las manos.

Pero no tuve tiempo de madurar aquella nueva información porque un eco de sombras lamió los muros de la sala en una caricia amenazante.

—Mis hermanos insisten en daros la bienvenida a nuestra fiesta más ancestral. —Las palabras de Nocte retumbaron por la estancia como una canción profunda—. Yo solo espero que vuestras ofrendas valgan el tiempo perdido.

Los murmullos se extendieron por la corte. Mis sentidos estaban tan alerta como en plena batalla. Me pareció ver un destello dorado, pero solo fue un segundo. Centré la atención en la figura oscura del príncipe, que se recostaba en el trono con las piernas abiertas. ¿Quién era él? ¿Quién era en verdad? Una de sus manos agarraba el reposabrazos mientras la otra aguardaba sobre su muslo.

—Esta noche nuestra bendición guardará vuestros hogares y velará vuestros deseos más ocultos una vuelta más de esfera —dijo Somna con el tono teatral con el que acostumbraba a dirigirse a sus súbditos. La vuelta de esfera debía de ser su forma de medir los años.

—Que se postre ante nosotros el primer suplicante —demandó Terrent con semblante aburrido, moviendo dos dedos.

Frente a ellos desfilaron multitud de pesadillas que dejaron a sus pies oro y flores encantadas, antigüedades de valor incalculable, incienso de llanuras lejanas y piedras de mares inexpugnables. Pero con cada ofrenda los príncipes parecían más sumidos en el tedio y yo me sentía más y más nerviosa.

—Majestades. —Una mujer de mediana edad se adelantó. Lucía joyas engarzadas en el pelo y su túnica centelleaba en los ribetes cubiertos de piedras preciosas. Me puse de puntillas para ver mejor. Sujetaba a un niño pequeño delante de ella, con el cabello negro y rizado y la nariz respingona—. Quisiera suplicar por mi vientre como

una fiel devota. No soy capaz de dar vida al hijo de mi esposo y temo por su paciencia.

Somna se incorporó y siguió su figura con curiosidad.

—Duquesa Camille, ¿ansiáis un heredero? —La mujer asintió con desesperación—. ¿A qué estaríais dispuesta a cambio?

Una asfixia apresó mis pulmones como un presagio de tormenta. Solté el aire de golpe con una sensación de mareo que amenazaba con tumbarme.

Las sombras parecieron hacerse más densas, más profundas.

—¿Cuál es tu ofrenda? —Nocte pestañeó con malicia y yo ya no supe... ¿Era una máscara?

La mujer empujó con suavidad al niño para que se adelantara. El crío la miró confundido y se giró alarmado hacia los príncipes.

—No...

No supe si había sido él quien lo había dicho o yo misma. Mi cabeza desconectó de mi cuerpo y se negó a regresar a la horrible realidad que tenía lugar frente a mis ojos.

—Es el hijo de mi hermana. Puede ser de utilidad como sirviente.

Mis piernas se movieron con vida propia.

—¿Adónde vas? —susurró Axia. Trató de agarrarme, pero me zafé.

—¿Sabe tu hermana que acabas de ofrecer a su hijo? —cuestionó Terrent sin entusiasmo.

—No lo sabe. Su vida es lo más valioso que puedo daros y sé que lo que pido requiere un sacrificio.

«Sacrifícate tú, entonces», pensé.

Actué como los animales: por instinto. Esquivé a las pesadillas hasta colocarme frente a los príncipes. Nocte no apartó la vista del niño, pero Terrent sí me vio y me dedicó una mueca de disgusto al contemplar mi atuendo. Ojalá mi ropa reflejara la negrura que se estaba extendiendo por mi alma.

—¿Estás dispuesta a otorgarnos su vida? —La voz de Nocte reflejó una sonrisa cruel.

¿De verdad sería capaz?

El niño se sentó en el suelo y se echó a llorar.

Apreté las manos en puños y mi boca se llenó del sabor amargo de la bilis.

—He venido a eso —respondió la duquesa con frialdad.

Mi corazón dio un tumbo y un calor sofocante incendió mis huesos congelados.

—El niño es nuestro —aceptó Nocte.

El tiempo pareció detenerse. Di dos zancadas. Con la palma sujetaba la daga que me había escondido en el costado. Agarré el cabello negro de la mujer y le rajé el cuello. Un borboteo rasgó su garganta. Sus manos se tensaron al mismo tiempo que perdía la fuerza en las piernas. El olor a sangre se extendió con rapidez, como la rigidez en los cuerpos de Terrent y Somna. La exclamación de la corte zumbó en mis oídos mientras quienes nos rodeaban se apartaban.

Dejé que el cuerpo cayera entre mis dedos.

El niño corrió a refugiarse entre la multitud.

Los ojos de Nocte brillaron y se templaron al colisionar con los míos. La expectación y la curiosidad esperaron bajo sus labios apretados.

—¡¿Qué crees que estás haciendo?! —bramó Terrent.

Con las manos pringosas de sangre negra los observé con odio. Mi corazón se impuso sobre la razón cuando di un paso hacia ellos.

—Yo también tengo algo para vosotros, en especial para el príncipe de la noche.

Abrí la limosnera y me arrodillé para colocar los objetos a sus pies.

Mi respiración se aceleró. La carga de adrenalina impulsó mis movimientos.

Sobre el suelo, las figuras de arcilla de Nocte se derritieron como si fueran cera. Un humo denso y marrón se desprendió del barro como una maldición y se cernió sobre Somna y Terrent. Ellos recularon en sus tronos.

—Esta es mi ofrenda.

Un rugido reverberó por la sala de piedra y la fumarada penetró por los poros de su piel y sus fosas nasales.

Las exclamaciones drenaron el aire y la multitud comenzó a correr. Apreté las piernas y me repetí que aquel horror no me afectaba.

Cuando el último resquicio de humo se internó en sus cuerpos, los príncipes se habían convertido en estatuas petrificadas.

Expresiones de espanto y cuervos graznando tras los ventanales.

Nocte me analizaba no con ira. No con sorpresa. Sino con... algo más. Algo profundo e indescriptible.

Me incliné ante él, y solo ante él. Levanté el mentón lo justo para clavar mis pupilas aserradas en las suyas.

—No pido nada a cambio. Yo no venero a los dioses.

# 27

# Heroínas caídas

Nunca ames a quien amar no puedes.

*Rimas mortales y divinas*,
JOANA DE LA VEGA

El revoloteo era tan intenso que no esperaba que, con solo un ademán de su mano, Nocte pudiera congelar los movimientos de sus súbditos. Me sorprendió que cesaran los gritos.

—Tranquilos. Seguro que la campeona de Terrent puede explicaros lo que acaba de ocurrir. —Me percaté de que con aquel gesto también había contenido a los guardias que ya avanzaban contra mí.

Los ojos de Nocte traslucían una simple molestia con la que me retaba a solucionar mis problemas.

Me había topado con mi noctámbula después de nuestra conversación en la sala de arcilla y había descubierto que estaba más que dispuesta a ayudarme a sembrar el caos. Meter las figuras de barro en la limosnera había sido más un acto de precaución que disposición a usarlas, pero no había podido contenerme al ver cómo negociaban con la vida de un niño. Simplemente, me había superado.

Merecían algo más que el castigo que deseaba imponerles Nocte, merecían el escarnio público de verse debilitados ante la corte. No

solo Terrent y Somna, también Nocte, pero por desgracia el pacto con mi noctámbula solo incluía a los dos primeros.

Pese a ello, mis actos me colocaban en una posición complicada. Desvié la vista a los cuerpos congelados de Somna y Terrent. Dos seres tan poderosos, atrapados como muñecos de cera.

Entrecerré los párpados en dirección al príncipe que quedaba despierto y le mostré una sonrisa afilada.

—Por supuesto —mascullé. Las sombras de los guardias acechaban como pinchazos en mis costados. Para Nocte era importante que los nobles no cuestionaran a sus gobernantes. Sabía lo que debía hacer. Me aclaré la voz con un carraspeo, sintiendo todas las miradas puestas en mí, y mentí—: El humo ha tentado los sentidos de los dos príncipes, prometiéndoles viajar durante unas horas a un lugar mejor; sin embargo, vuestro príncipe de la noche ha superado su embaucamiento, escogiendo quedarse para dar fin a esta festividad. Pido que mostréis gratitud ante su abnegación.

Los murmullos se levantaron.

Tenía que salir con vida de aquel escarnio, pero deseaba que la duda permaneciera en las mentes de cuantos habían presenciado el espectáculo. Quería que se sintieran pequeños, inseguros, que se cuestionaran su existencia después de ver a dos de sus dioses atrapados como polillas en un tarro.

—¿Por qué deberíamos creerla? —se escuchó una voz masculina entre la multitud atemorizada.

Las miradas que le dirigían a su príncipe me confirmaron que harían lo que él les ordenara.

Sentí en la piel cómo Nocte se esforzaba por no reaccionar y su parpadeo volvió a ser lento, helado. Las aletas de su nariz se hincharon, como si tuviera que respirar para contener la rabia.

Mi destino aguardaba al albur de sus palabras. No tenía motivos para creer que me respaldaría, pero, dentro de mí, algo me decía que lo haría.

Segundo a segundo, la tensión se instaló en mi columna en una carga demoledora.

—Porque no hacerlo sería dudar de mí —respondió con una dureza punzante.

Asintió en mi dirección y, con los ojos velados de ira, dio validez a mis palabras.

La corte enmudeció y, sin titubear, uno a uno se inclinaron ante él. Cayeron de rodillas, los guardias retrocedieron. Y yo lo miré con todo el odio en el que sentía envuelto mi corazón, asimilando esa coraza bajo la que quería refugiar cualquier sentimiento que hubiera albergado. No podía permitirme el lujo de flaquear. No más veces. No con él.

—Suficiente. —Su voz era tan fría como la escarcha—. Doy por finalizado Isbaith. Que vuestras ofrendas paguen los deseos una vuelta más de esfera.

La corte se levantó y procedió a abandonar la sala con evidente alivio. Pero un destello dorado volvió a entrar en mi campo de visión. Antes de que pudiera seguirlo, la mano férrea de Morf tiró de mi brazo.

—Espera —protesté girándome hacia la túnica tras la que había visto el centelleo.

—Nada de esperar. —Me empujó a la salida—. El príncipe está furioso.

Giré la cara para mirar a Nocte, que seguía con los ojos fijos en mí.

No supe interpretar su rostro.

—Si no obedeces y te sueltas te matará a ti y luego a mí; quizá no por ese orden, pero sí a la inversa.

Después de aquello, dejé de resistirme.

Morf me acompañó al dormitorio y me observó con pena.

—Suerte, niña —dijo antes de encerrarme.

Solté un suspiro y fui al lavabo para mojarme la cara, que me ardía.

—¿Qué tal ha ido? —Mi noctámbula me contemplaba con las cejas alzadas desde el espejo—. He sentido que el hechizo se completaba.

—Digamos que solo tengo a tres príncipes esperando para matarme.

—Genial. —Sonrió con expresión de «choquemos esos cinco» y yo puse los ojos en blanco—. ¿No ha sido como esperabas?

—Sí, bueno, a veces puedo ser un poco impulsiva cuando se cometen injusticias.

—Mmm. Eso ya lo sé, ¿recuerdas? —Pasó los dedos por su pelo, por mi pelo, y se lo trenzó. La situación era tan extraña que me sorprendió aceptarla con naturalidad.

—Si tanto sabes, ¿por qué no me dices cómo va a reaccionar Nocte?

—Eso puedo decírtelo yo mismo.

Mi noctámbula se esfumó tras un gesto aterrado.

Me giré con el corazón rebotando en el pecho y lo vi plantado en mitad del dormitorio.

Los ojos de Nocte estaban en calma, pero su boca era una línea prieta.

—Se te da fatal respetar la privacidad —dije en un alarde de valentía. No me gustaba que me hubiera escuchado hablar de él y me costó mantener la compostura.

—Una reacción desmedida. —Su voz era más fría que el tacto de una espada.

—Hay traumas que ningún niño debería enfrentar.

Vi los ojos asustados del crío como si lo tuviera frente a mí.

Siguió mi figura como si pudiera meterse dentro de mi mente. Su mirada se tornó perspicaz.

—¿Alguna experiencia personal que desees compartir?

Negué con la cabeza sin atreverme a usar la voz por si me temblaba. Salí del baño y me coloqué delante de él, dejando unos palmos de distancia.

Las aletas de la nariz se le hincharon y en sus pupilas brilló el hierro.

—¿Qué crees que hubiera hecho con él? ¿Matarlo? —Su tono de rechazo me pilló desprevenida.

De nuevo me pregunté quién era el hombre que tenía frente a mí. Las palmas me picaron de anhelo, así que cerré los puños con fuerza hasta pintarlos de blanco.

—¿No has amenazado con hacerlo?

Resopló.

—Amenazas... Creí que lo entenderías.

—¿Entonces qué? ¿Pensabas devolvérselo a su madre?

Él negó exasperado.

—Tenía marcas amarillas en el brazo. —Esperó. Los hombros se me hundieron al intuir que aquel niño no estaría mejor con su familia que en el castillo—. ¿Comprendes ahora por qué quería aceptar la propuesta de la duquesa?

Apreté los dientes con obstinación.

—Entiendo que quisieras ofrecerle un hogar, pero garantizarle un hijo a esa mujer... —Negué con rapidez—. No lo merecía.

Él se cruzó de brazos y la camisa torneó sus músculos.

Las sombras lamieron las esquinas evocando el canto de un mal sueño.

—Nos has puesto en una situación complicada.

—Despreocúpate, no tienes nada que ver con mi decisión de esta noche.

Arqueó una ceja, confundido.

—La idea de las figuras de barro fue mía.

—Tú no querías hacerlo frente a la corte, ha sido mi imprudencia. No dejaré que te lleves el mérito —frivolicé.

No quería ayudarlo, tan solo intentaba que Somna o Terrent no actuaran contra Axia. Además, lo que había dicho era cierto: él no pretendía atacarlos en Isbaith, la idea de exponerlos al ridículo había sido únicamente mía y sabía que, cuando despertaran, estarían furiosos por ello.

Me contempló sorprendido, como si dudara por qué emoción decantarse. Alguien me había dicho que Nocte no tenía sentimientos; sin embargo, a mí cada vez me costaba menos esfuerzo ahondar en su rostro para discernir lo que albergaba su alma.

Avanzó un paso hacia mí y mi cuerpo se tensó como si fuéramos los polos opuestos de un imán. Una emoción desconocida me asoló por dentro.

—¿Por qué asumir sola la responsabilidad? Somna querrá matarte y Terrent podrá hacerlo —advirtió, con el ceño surcado de arrugas.

—Pero no lo hará.

Él dejó escapar el aire y me dio la espalda con un gruñido.

—No alcanzo a entenderte, y esta sensación me está matando —masculló con rabia. No supe qué responder. Anduvo por la habitación y volvió a encararme—. ¿Por qué querrías cubrirme?

¿Era eso lo que estaba haciendo? Quizá. La Pixy que habían educado en la zona de vigilia sabía que debía aprovechar aquella oportunidad para provocar un enfrentamiento entre los hermanos. Sin embargo, si echaba la vista atrás, esa no era yo, solo era un constructo, una criatura a la que le habían enseñado qué pensar y cómo actuar, y quería ser mucho más que eso.

—Intento ser consecuente.

—Seguro. —Bufó con desprecio—. No te confundas, no soy alguien a quien puedas proteger. Que estés descubriendo que las pesadillas no son los monstruos que creías no significa que yo no lo sea.

Con los dientes apretados, me acerqué, sobrepasada.

—¿Un monstruo que renuncia a parte de su poder por proteger el mundo humano? ¿Que libera a un niño de las palizas de sus padres? ¿Qué clase de monstruo eres?

Una nueva rigidez se instaló en sus hombros. Necesitaba que negara las palabras de Axia, necesitaba que me diera motivos para poner distancia.

Pero no habló.

Y la máscara tras la que se refugiaba cayó, y yo solo hallé dolor y una tristeza desconocida.

Me recorrió con tiento, como si esperara asustarme. Sus labios se apretaron en una mueca, pero sus dedos se frotaron con nerviosismo, como si jamás se hubiera sentido tan expuesto.

Me relajé y, como si solo respondiera ante mí, su expresión se aplacó y se tornó inquisitiva. Despacio, salvó la escasa distancia que nos separaba. Se inclinó hasta que su nariz casi rozó la mía, como si le urgiera acercarse para ver más allá de la nube de tensión que se cernía sobre el dormitorio. Como si fuera inevitable. Mi corazón palpitó desbordado contra mis costillas. Sus ojos eran tan negros

como una cascada de sombras, tan inexpugnables como una fortaleza sobre la roca. Durante un segundo imaginé cómo sería caer dentro del pecado que encerraban.

Inhaló por la boca y las sombras que arrastraba su noche se suavizaron y se curvaron en torno a mi silueta. La proximidad de su cuerpo, de su aliento, era extasiante. Solo veía sus iris, las motas gris oscuro que los salpicaban, la estrella alrededor de las pupilas negras, el poder que albergaban. La atmósfera se densificó, palpable, y, de pronto, las barreras que se cernían sobre sus ojos cayeron y me mostraron una calidez sumergida en tinieblas, los resquicios sanos de un alma atormentada. Fue tan efímero que me obligué a guardar el aliento para que no se desvaneciera.

Levantó la mano, vacilante. La detuvo en el aire, como una promesa herida. Pero una de sus sombras se movió. Fue casi como si no pudiera controlarla, como si no lograra refrenar ese pequeño acto de rebeldía. Aquella oscuridad perfiló mi mentón, sin rozarme.

Jamás había deseado tanto una caricia. Pero en sus ojos danzaba la misma duda que en los míos. Una lucha entre marfil y cuerno, un baile infinito y condenado, cercano e inalcanzable.

Su proximidad fundió la escarcha de mi pecho y llenó mis sentidos de humo y tinieblas. La noche bailaba en sus dedos cargados de pesar y desesperanza, y nunca una emoción me supo más dulce que la que me provocaron sus sombras.

Su mirada se suavizó, convirtiéndose en un regalo desconocido, íntimo.

—Olvida lo que he dicho —susurró con voz grave—. Esta noche has estado perfecta: adoro que siembres el caos.

Fruncimos el ceño al mismo tiempo, con su mano suspendida en el aire.

Descendió con lentitud.

Un único tacto: el roce de sus yemas sobre mis labios. Una sola caricia antes de desvanecerse, de dejarme devastada y encerrada en mi propio cuerpo. Sin refugio. Sin escapatoria.

# 28

# Ilusa

No hay esperanza, pero tampoco la quiero.

*Libro de Sombras*, año 3 d. O.

Aquella noche soñé con una niña y su muñeco de peluche, pero el sueño estaba sembrado de regalos envenenados y sonrisas traicioneras.

Me desperté sobresaltada, sin poder conciliar el sueño, con los músculos de la espalda doloridos y el calor acumulándose en capas de sudor por mi cuerpo.

Un día más sin dolor... sin opio; y las náuseas ya colapsaban mi estómago.

Me senté en la cama y dejé que los pies colgaran por el borde mientras me sujetaba la cabeza con las manos. Respirar hondo no me tranquilizó, solo podía pensar en el humo internándose en mi garganta y calentándome los pulmones. Era un veneno. Tenía que ponerle fin. No obstante, cuanto más lo imaginaba mayor era mi deseo.

El reloj señalaba la madrugada, pero mi cabeza ya no esperaba la llegada de la luz.

Salté de la cama y me vestí. Fuera del dormitorio, en los pasillos, dominaba un silencio profundo. Entré en la sala donde había visto

entrenar a mi amiga con Nocte y la encontré ocupada.

—Vaya, hola —saludé a Axia. Me respondió con un ademán de cabeza, la respiración ahogada y las mejillas encendidas. Sujetaba un par de cuchillos del tamaño de mis brazos. Fintó e hizo algunos movimientos más antes de detenerse.

—¿Qué haces aquí? —inquirió mientras apartaba con el antebrazo los mechones que se habían escapado de su trenza.

—No podía dormir. —Me dirigí a la estantería metálica en la que colgaban todo tipo de armas y cogí una lanza.

—Yo tampoco —respondió mirando el suelo con el ceño fruncido.

—¿Tus sueños son distintos aquí? —me atreví a preguntar.

—No... —Levantó la vista sin relajar la expresión—. ¿Los tuyos sí?

Tragué saliva y practiqué varias posiciones de clavado, colocando los pies en el ángulo justo para ganar estabilidad y fuerza.

—¿Qué tipo de sueños tienes? ¿Son... son malos? —No le respondí y seguí moviéndome sobre la estera—. Pixy.

Las manos me temblaban por la abstinencia. Gruñí, recalculé y solté la lanza con fuerza. Los espejos rebotaron mi imagen y el arma se clavó en el cuello del maniquí del fondo de la sala.

Sentí la presencia de Axia a mi espalda. Me puso una mano en el hombro.

—En el segundo movimiento te has girado antes de tiempo —me corrigió antes de darme en las costillas con el mango del cuchillo. Me encogí para amortiguar el golpe y me quejé.

Esbozó una sonrisa.

Yo solté una carcajada.

—¿Recuerdas la batalla contra aquella pesadilla con cara de anguila? —pregunté, viendo cómo enrojecía hasta las cejas.

—Esa cosa por poco no se nos escapó hasta el recinto de entrenamiento —confirmó.

—Ibas con una lanza parecida a esa y estabas tan nerviosa que cuando la tiraste lo hiciste del revés. Le diste un buen golpe con la vara.

Ella me empujó y yo seguí riéndome.

—Era mi primera semana.

—Más bien tu primer mes —me burlé.

Puso los ojos en blanco, pero su mirada se dulcificó.

—En serio, Pix, si tienes problemas puedes contar conmigo.

Asentí con certeza.

—Lo sé. Es solo que me cuesta abrirme.

—Aquí estaré cuando necesites hablar —aseguró. Me cogió las manos entre las suyas.

—¿Echas de menos a tu padre? —le pregunté, sintiendo que mis palabras llegaban demasiado tarde. Había estado tan ocupada buscando la forma de escapar que me había olvidado de preocuparme por mi mejor amiga.

Axia suspiró y se soltó.

—Tenemos una relación difícil, pero ahora mismo daría lo que fuera por volver a verlo, igual que a mi madre y a Andros —añadió mencionando a su hermano—. A veces me pregunto si ha sido justo alejarme de ellos por defender la postura de mi padre.

—Narrow terminará superándolo. Querrá recuperar a su hijo.

—La casa de mi madre jamás le parecerá suficiente. Prefirió alistarse en los proyectadores antes que sufrir el deshonor de ser degradado de la tercera a la octava casa por nacer Andros antes que yo. Somos mellizos; sin embargo, el orden sigue siendo importante.

—Él eligió a tu madre; que el primogénito fuera varón entraba dentro de las posibilidades.

Se encogió de hombros, pero levantó la vista, esperanzada.

—¿Crees que podremos volver a casa?

No sabía cómo contestarle y ser sincera. Yo había tomado una decisión: mi lugar estaba donde fuera útil para proteger a los humanos, y si eso suponía quedarme en Fosc y velar por los portales, lo haría. Debía ayudar a Nocte a mantenerlos en equilibrio. Pero no quería ese final para Axia. Si hubiera recuperado el atrium, ya la habría convencido para que regresara.

—Se complican nuestras posibilidades de escapar. Quizá lo mejor sea prepararnos para lo que está por venir —masculló.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Encontraremos el atrium —declaré—. Es la única forma.

—Sí que lo es, ¿verdad? —Se agachó y barrió el suelo con la pierna extendida. Tuve que saltar para no caer. Me miró con dureza y yo di un paso atrás, sorprendida—. Hacernos con el atrium es la única salida para que no mueras. Si no lo encontramos, pretendes sacrificarte para salvarme a mí y al mundo humano. ¿No es así?

Me lanzó un tajo hacia el pecho y mi memoria muscular tomó el mando. Desvié su ataque con el antebrazo y le golpeé el estómago con la muñeca.

Axia gruñó, pero con una rapidez inusitada se repuso y volvió a atacar. El filo de la daga cortó la tela de mi costado derecho antes de que pudiera hacerme a un lado. Los entrenamientos con Nocte estaban dando resultados.

—Yo tampoco quiero eso.

—¿Por qué siempre tienes que ir de mártir?

Entrecerré los ojos y, en su siguiente ataque, en lugar de desviarlo, la agarré y la empujé contra mí. Me colé por el arco de su brazo derecho y tiré de él hacia atrás. Soltó el cuchillo e intentó darme un cabezazo, pero yo era más baja que ella. Me agaché y con un movimiento firme de mis pies la derribé y caí encima de ella. Le sujeté la muñeca con el otro cuchillo, al que ya había dado la vuelta

para atacarme de espaldas, y se la estampé contra el suelo hasta que lo soltó.

—Parece que tendremos que seguir practicando. —La voz de Nocte se coló por mis sentidos como una melodía insidiosa.

Me aparté de Axia de un salto y mis ojos traicioneros lo recorrieron de arriba abajo. La frialdad había sustituido a la calidez que había mostrado antes y su mirada buscaba la forma de esquivarme. Llevaba el pelo revuelto y su mandíbula cortaba las sombras en un mundo a oscuras. No encontré rastro del hombre que había estado hacía unas horas en mi dormitorio. En cambio, este príncipe sujetaba el cuello de la camisa de un hombre inconsciente o... muerto. Era de cabello rubio, aunque una costra de sangre le apelmazaba los mechones; iba bien vestido, aunque le faltaba uno de los zapatos y tenía el rostro amoratado.

—Sabía que estaríais aquí —dijo él, y no me pasó por alto el plural.

Axia gruñó y se puso en pie, pero retrocedió sobresaltada al verlos.

—¿Qué es eso? —preguntó ella.

Nocte caminó con andar felino hacia nosotras, arrastrando el cuerpo. Se detuvo a un metro y nos lo arrojó.

Mis músculos se contrajeron por la anticipación.

—Un prisionero desahuciado. No es mi estilo dejar el trabajo sucio para otros. —Me dedicó una mirada gélida, respondiendo a la acusación que le había hecho días atrás.

—Está...

—¿Muerto? —intuyó—. Claro. Este humano tomó las elecciones equivocadas.

Axia se removió a mi lado.

—Espera. —Di un paso hacia él con expresión horrorizada—. ¿Has matado a un humano?

—Era miembro de la sociedad Vindicta, un traidor.

Mis dedos se crisparon.

¿Cómo confiar en él? ¿Cómo bajar la guardia si parecía ablandarme para después clavarme un puñal por la espalda?

Una sonrisa cruel se extendió por su rostro mientras sus ojos hacían estragos en los míos. Me estremecí ante la idea de que pudiera leer en mí algo más que mis sueños.

—¿Y por qué lo traes aquí? —intervino Axia.

Un presentimiento oscuro bañó mi piel en sudor frío.

—Forma parte del entrenamiento de hoy.

Observé el cadáver y me volví hacia Axia por si podía explicarme a qué se refería Nocte. Ella se puso tan pálida como las flores de Llum.

—¿Qué quieres decir? —Los miré a uno y a otra, pero el silencio me picó sobre la piel como un enjambre de abejas—. ¿Qué clase de entrenamiento puede hacerse con un muerto? Nocte, hay que darle sepultura.

Él deslizó la vista hacia mí con reticencia.

—No se entierra a los traidores. —Su voz descendió la temperatura de la estancia. A continuación, tomó una de las mazas de la estantería y se la ofreció a Axia—. Vamos.

Ella la cogió. Le temblaban las manos.

Los miré con espanto. ¿Quería que destrozara un cadáver? No lo haría. Axia jamás haría algo así.

Su pecho subía y bajaba en una cadencia frenética mientras sus ojos vagaban sin rumbo. Tenían un brillo perdido y desenfocado, como si la realidad se difuminara entre sus pensamientos.

Entonces, dio un paso adelante. La agarré del brazo y la detuve.

¿En qué estaba pensando? El mero hecho de sostener el arma me pareció una ofensa. La mujer decidida y valiente que yo conocía jamás se habría prestado a semejante atrocidad.

—¡¿Qué crees que estás haciendo?! —le grité a él—. Esto la dejará devastada. —Me coloqué frente a mi amiga y negué con horror—. No tienes por qué hacerlo.

—Claro que sí. —En sus iris se manifestó la oscuridad de la noche más lúgubre—. Quieres ser más fuerte, Axia. El poder implica estar dispuesta a dar más que los demás, sin límites, sin una moral que te encadene.

Ella no me miró, pero yo sentí las grietas que fracturaban su mente. La duda que mordía sus principios, todo cuanto un día había jurado proteger.

Axia se soltó.

—No... —La voz se me quebró.

—Tengo que hacerme fuerte.

—Tú ya eres fuerte.

—Pixy —me observó con angustia—, Nocte debe ganar. Al precio que sea, ¿recuerdas?

El mundo humano. Las dos queríamos protegerlo.

—No tiene sentido —lo intenté de nuevo; mi voz sonó más débil.

—Hazlo, Axia —le ordenó. Sus palabras sonaron como «rómpete».

—Para, por favor —le supliqué a él. Pero solo me topé con un muro de desprecio que me partió en dos. Un brillo repentino en sus ojos, un instante de arrepentimiento, un único segundo antes de desaparecer bajo sus sombras.

—¡Hazlo! —bramó con dureza.

La descarga de poder me pilló desprevenida. Ahogué un grito.

Y Axia actuó.

No la miré. No la miré mientras descargaba golpes hasta partir la piel y el hueso, hasta moler la carne y las vísceras. No la miré cuando la sangre encharcó sus pies y los gritos de rabia hundieron mi cuerpo en llamas.

Solo podía centrarme en Nocte, en el príncipe que me devolvía una mirada de odio, como si todo aquello no fuera más que su forma de recuperar el control, de devolver su vida al eje de autodestrucción y dolor. Su forma de alejarse de mí.

# 29

# Prioridades

> No soy justa. Sé que Justine quiere protegerme, pero a veces siento que han sido ella y mamá las que han provocado mi enfermedad a base de disgustos. Mañana cumpliré nueve años; ojalá estar sana, ojalá papá no se hubiera ido, ojalá ser una niña normal. Ellas son las que se han quedado, aunque a veces no es suficiente.
>
> *Diario de Moira*

«Onia ha vuelto. Os espero a las tres en la sala verde», dijo Nocte después de que la sangre impregnara el aire y justo antes de marcharse.

Axia estaba de rodillas sobre el suelo, manchada de rojo y con ríos de lágrimas corriendo por sus mejillas.

No pude asimilar la sorpresa del regreso de Onia. Caminé agotada hacia mi amiga, me dejé caer a su lado y la abracé contra mi pecho para que no viera el horror de carne que quedaba en el suelo.

—Debería mirar lo que he hecho —se quejó, temblando en mis brazos.

—No ha cambiado nada, ya estaba muerto. —Comprendí que en eso consistía la amistad: en digerir el nudo de decepción de mi estómago con tal de aliviar su conciencia.

Momentos más tarde se soltó, me apretó la mano y se puso en pie.

—Vámonos de aquí.

Pero ya conocíamos nuestro destino. Onia y Nocte nos esperaban en la sala verde, así que, con el cabello enmarañado, cubiertas de sangre y con una nube de desesperanza sobre nuestras cabezas, nos internamos en el salón. Era el mismo en el que había aparecido a mi llegada al castillo. Al parecer, los cuadros verde oscuro del suelo daban nombre a la estancia, al igual que los motivos selváticos del techo. El olor del hierro, proveniente del trono, se me pegó a la lengua como cemento.

Nocte estaba de pie junto a Onia. La proyectadora lucía ojeras púrpuras y las mejillas hundidas por el cansancio. Axia se encogió a mi lado al percibir el aura de desconsuelo que emanaba de su cuerpo.

—Somna no lo permitirá. Ya sabes lo que tienes que hacer —le dijo Nocte a Onia. Después se giró hacia nosotras con expresión imperturbable mientras ella parpadeaba hacia la nada, con la mirada desenfocada—. Tres proyectadoras —alzó la voz— obligadas a defender a los humanos. ¿Estaríais dispuestas a morir por tal de cumplir con vuestro cometido?

Sus ojos se centraron en mí, los míos se llenaron de desprecio.

—Onia, ¿qué ha pasado? —Axia dio un paso adelante, pero se detuvo cuando la miró. Tenía el blanco que bordeaba el iris rojo y los párpados hinchados.

—Estuve con ellos. —Su voz se quebró.

A mi lado, Axia se tensó. Una gota de sudor me bajó por la nuca, quizá producto de sus palabras, quizá por la abstinencia.

El labio superior le tembló, lo mordió para contenerlo y se lo partió.

—Al principio solo se quejaban de tener pesadillas. Pero fue a peor. Cada noche se retorcían en sueños como si los atacaran. —Nos miró alternativamente mientras sus ojos se encharcaban—. Hasta que no despertaron.

Sacudió la cabeza con lentitud.

Nocte inhaló con fuerza y dejó escapar un breve suspiro.

—Onia se marchó al mundo humano llevando con ella la maldición de la Sombra. Todo humano al que se acercó comenzó a padecer pesadillas que pronosticaron sus muertes. Hasta que se hicieron realidad.

Mi corazón latió en estampida. Imaginé cómo debía sentirse Onia: perdida, desconectada de un propósito, sin un refugio en el que guarecerse del caos en el que se había convertido su vida. Al menos había regresado sana y salva, pero ¿qué pasaría con Axia? ¿La había puesto en peligro al pedirle a la Sombra que la protegiera? La miré de reojo; ella estaba centrada en las mejillas hundidas de la proyectadora, en sus labios pálidos.

—Solo podía regresar —dijo a media voz—. Los estaba matando.

Tragué saliva y me percaté de que Nocte parecía más serio que de costumbre. El deseo de Onia se había cumplido, aunque el coste había sido demasiado alto y había decidido abandonar, había escogido volver a cruzar el portal de cuerno hacia Fosc, esta vez, sabiendo lo que le esperaba.

—Si has renunciado al deseo debes de haber perdido la primera prueba —reflexionó Axia en voz alta. Nocte asintió, dándole la razón.

—Los deseos de la Sombra se extienden como un veneno. No podéis confiar en lo que habéis pedido —explicó con voz sombría. Chasqueó la lengua y levantó el mentón—. Os he reunido aquí para que veáis cuáles son las reglas del juego. Esto es lo que sois —

señaló a Onia—: peones. Terrent y Somna harán lo que haga falta para conseguir la corona.

—Al igual que tú —lo acusé.

—Yo aún más —confirmó. La oscuridad que lo envolvía fluctuó en respuesta, atemorizando, surcando el espacio—. Pero, si queréis cumplir con vuestro juramento de proteger a los humanos, mi reinado es vuestra única opción. Debéis dejar que sea Axia quien gane el torneo.

Ella se convirtió en piedra.

Me dije que las implicaciones de lo que estaba demandando Nocte no me herían, y lo cierto es que estaba tan acostumbrada a que pusieran mi vida en peligro por fines mayores que no me sorprendieron sus palabras.

Recordé a Moira, a esa niña humana a la que jamás conocería, pero a quien había jurado proteger. Narrow me había sacado de la miseria; sin embargo, no me había dado un hogar. Ojalá Moira hubiera encontrado el suyo.

Sin embargo, yo ya no era la misma ilúrica que había llegado a Fosc, mi mundo se había ampliado. Ya no había dolor, ni más limitaciones que las que yo quisiera imponerme. ¿De verdad estaba dispuesta a renunciar tan fácilmente a mi vida para asegurarle el trono a Nocte? ¿Acaso no existía una alternativa? Aquel pensamiento era tan distinto a todo cuanto había defendido siempre que me asustó.

—Imagino que tendréis mucho en lo que pensar.

Un rugido sacudió las cristaleras y se extendió por nuestros pies como un terremoto. Nocte apretó los labios y Axia se agarró a mi brazo mientras Onia temblaba sin control. Como una bandada de pájaros, los sonidos se sucedieron tras la puerta. La garganta se me

secó a la espera del detonante. Pero no imaginé que vendría de Nocte.

—Mis hermanos han despertado de la siesta —dijo el príncipe, con las pestañas formando una cortina de reserva y astucia. Se separó de Onia y se colocó en paralelo a mi cuerpo. Sin desviar la mirada de la entrada se inclinó hacia mí—. Toma las medidas que consideres después de esta conversación y tenlo claro: si decides asumir la responsabilidad, has de saber que yo no lo haría por ti.

Ladeé la cabeza hacia su perfil, hacia su nariz curva y sus labios rectos.

—Tampoco lo esperaría. —Mi voz sonó tranquila. Su mandíbula se contrajo.

Tras la puerta, los gritos se concentraron, y Morf la abrió de golpe y entró con prisa. Se inclinó al llegar a nuestra altura.

—Majestad.

—Habla.

—Señor, la princesa quiere conversar en privado con la campeona —dijo casi en un susurro. Me dirigió un vistazo apenado y yo le sonreí manteniendo la calma.

Tal vez lo imaginé, pero el poder de Nocte fluctuó hacia mí como si quisiera envolverme y hacerme invisible.

—Te sigo —le respondí a Morf con un gesto de cabeza.

Sin embargo, al dar solo un paso Nocte me agarró la muñeca y me detuvo. Abrió la boca, perdido en sus contradicciones.

No necesitaba aquello, no después de que hubiera tratado de demostrarnos a ambos que lo que había ocurrido en Isbaith no había significado nada. Me solté. Le dediqué una expresión de indiferencia que en el fondo contenía más de lo que estaba dispuesta a decir y salí de la estancia con Morf marcando el paso.

El camino se me hizo eterno. Los nervios se agarraban a mi estómago como los tentáculos de un monstruo marino, pero respiré hondo y me contuve.

—¿Qué tal tus progresos con Lilith? —pregunté para aliviar la presión.

Él me miró por encima de la joroba con gesto turbado.

—No sé cómo estás tan tranquila. La mitad del servicio se ha despedido después de que los príncipes despertaran rugiendo, temen las consecuencias, y tú mientras... —Sacudió los brazos en el aire y yo me reí. Bufó—. A eso me refiero. No tienes instinto de supervivencia.

Se detuvo frente a una puerta desconocida, ovalada y con molduras en el marco.

Hice amago de entrar, pero él me frenó.

—Ten cuidado, muchacha. Quizá la princesa no pueda matarte, pero puede hacer que desees estar muerta.

—Si sigues insistiendo terminaré por pensar que te preocupas por mí. —Morf renegó y yo giré el pomo con una sonrisa rígida.

Al abrir, alcancé a ver una nube de oscuridad desvaneciéndose, pero fue tan rápido que me pregunté si me lo habría imaginado.

La estancia me sorprendió. Era una recepción con paredes cubiertas de papel amarillo y motivos florales, mucho más clara que las otras del castillo. Había una butaca grande y dos infantiles, una mesita de té de tamaño reducido y muñecas de porcelana alineadas en baldas.

Junto a la cristalera, de espaldas a la puerta, Somna destacaba como un espectro que se adueña de recuerdos y se vanagloria desde la más alta torre del castillo. Vestía las mismas ropas que en Isbaith, si bien su cabello negro y rizado estaba suelto y brillaba por la ausencia de velo. Cuando se giró, sus rasgos me impactaron.

Tenía el mismo mentón prominente de Terrent y una mancha en el centro del pómulo izquierdo. También encontré cierto parecido con Nocte, en la forma de sus labios y la curva de su nariz. Poseía una belleza magnética con la que te cautivaba y te mantenía en tensión a partes iguales. Pero el brillo desquiciado de sus ojos continuaba latiendo bajo las motas ambarinas de sus iris.

Le echó un vistazo detenido a la sala antes de reparar en mí, como si necesitara un momento para ordenar sus pensamientos.

—¿Sabes en qué decidimos basarnos para escoger a nuestras campeonas? —Su tono relajado tiró de mis músculos hasta llevarlos al límite.

Tragué saliva y me preparé para la maquinación que hubiera ideado.

—Solo sé que necesitabais proyectadores porque los humanos os parecen demasiado débiles.

Se alejó de la ventana y recorrió la estancia hasta detenerse frente a las muñecas. Sus rostros finos reflejaban el brillo de las velas que colgaban de la lámpara principal. Con las uñas acarició el pelo y las mejillas de una de ellas y un sonido chirriante restalló en mis tímpanos.

—Nunca fui importante en los planes de mi padre —reveló con las cejas alzadas, en una confesión que me supo a desorden y ruido—. Quizá por eso no me preparé para ser reina. ¿Crees que podría ser el motivo por el que no deseo que continúen las pruebas? —preguntó en tono confidente.

Apreté la mandíbula en completa tensión.

Entonces, su risa comenzó, débil y grave, pero se alzó hasta hacerse histriónica. El vello de mis brazos se elevó en respuesta. De golpe, se detuvo.

—Había rumores de una proyectadora que destacaba sobre sus compañeros. Más tarde me enteré de que Terrent había enviado espías para cerciorarse de que cayera en sus garras: capturando a su mejor amiga.

Apreté las manos en puños; dentro de mí, la sangre hervía.

—¿Terrent dio la orden de que secuestraran a Axia? ¿Por qué?

—Por ti. —Tomó la muñeca, se sentó en la butaca grande y la colocó a ella en la pequeña, ante mi mirada pasmada—. Quería asegurarse de tener a la campeona más fuerte.

Yo comencé a negar.

—Recuerdo vuestra conversación cuando llegué al castillo. Terrent te reprochó que eligieras antes que él, ¿por qué iba a arriesgarse si lo tenía todo planeado?

—No lo hizo. Si lo recuerdas, sabrás que yo escogí a Onia. No puse en peligro sus planes, y le di la excusa perfecta para justificar su propia elección ante Nocte.

Las ideas se ordenaron en mi mente como un rompecabezas. Sabía que el rapto de Axia era premeditado.

—¿Por qué optaste por Onia? —pregunté para disipar mis dudas.

Somna encogió un hombro y le sirvió el té con delicadeza a una de sus muñecas.

—Me enteré de la información que poseía Terrent después de que robaras el atrium, por el espía que capturó a tu amiguita. No te sofoques, ya lo he matado yo —aclaró, sin llegar a ver cómo mi rostro se endurecía—. No podemos permitir que uno de los nuestros se venda al mejor postor, ¿no crees? Como sea, no cambiaría la elección que hice. —Apreté los dientes hasta que los molares me dolieron—. Quizá tú destaques como proyectadora, pero Onia no solo posee destreza, es más inteligente de lo que tú serás jamás y, lo que es más importante, valora más la vida que tú. —Se volvió

hacia mí y me examinó con desprecio—. Una pobre muchacha sin nada a lo que aferrarse. ¿Cuánto tardará Nocte en ver tus carencias y usarlas en tu contra?

Sus palabras se enraizaron en mis entrañas, pudriendo todo a su paso. No quería creerla, pero ¿cómo no hacerlo? ¿Cómo no hacerlo cuando yo no era nada, cuando estaba acostumbrada al trato de Janos? Nocte había estado jugando conmigo y yo había sido tan estúpida como para caer en su trampa. El recuerdo de su roce en mi mejilla ardió en mi mente. Intenté con todas mis fuerzas no derrumbarme frente a ella. Inhalé y retuve el aire en los pulmones, destinando cada fibra de energía a serenarme.

Tardé tanto en liberar el oxígeno que la cabeza comenzó a darme vueltas. Su escrutinio se volvió pausado sobre mi piel. Por nada del mundo permitiría que Somna viera las heridas que había provocado, así que aguanté. Sin apretar los puños, con la mandíbula relajada y la mirada indiferente. Hasta que ella chasqueó la lengua y se dio por vencida.

—Quiero que te marches —soltó.

Bufé.

—Ojalá.

Tamborileó los dedos sobre su falda.

—Te diré dónde está el atrium y esta misma noche podrás irte.

La desconfianza trajo consigo una esperanza indeseada; no por mí, sino por Axia. Una vez ella estuviera a salvo en la zona de vigilia, me encargaría de que Nocte consiguiera la corona sin renunciar a mi vida, sin luchar contra mi mejor amiga.

Somna esperaba con sonrisa depredadora.

—¿Y bien?

Sus ojos se entrecerraron. Era consciente de que ya había ganado.

# 30

# Por los aires

> Llora la noche, colmada de prodigios y maldiciones.
>
> *El alma de la oscuridad*, MADAMEBALAIRE

La humedad se internó bajo mi piel y me estremeció hasta los huesos. El aroma fuerte que desprendían las paredes me devolvió al Hivernacle y me pregunté si se debía a algún hechizo de Somna, o si los frascos habían tomado el olor del subsuelo.

A mi alrededor había cientos de botellitas alineadas en estanterías con puertas de cristal. El malestar que arrastraba en mi estómago se sacudió como una víbora cuando abrí una de las puertas y mis dedos se cerraron en torno a una de las ampollas.

No me quitaba la sensación de que Somna me estaba tendiendo una trampa. No podía ser tan fácil, nunca lo era.

La habitación estaba tan a oscuras que casi no distinguía dónde terminaba uno de los frascos y dónde comenzaba el otro. Tanteé con las yemas hasta hacerme con las ampollas. Yo no pensaba marcharme con Axia, pero cogí también para Onia. —Dos para el viaje y otras dos para que cruzaran el portal—. Después de la experiencia tan traumática que había vivido con los humanos, merecía tener la posibilidad de elegir.

Revisé el suelo. Mi mente obsesionada se empeñaba en imaginar unas sombras que se deslizaban por el mármol negro y acariciaban mis tobillos. Me removí, como si las sintiera rondarme, metí el atrium en los bolsillos interiores de la cazadora y me di la vuelta. Cuando un aleteo frente a mis ojos me hizo dar un salto hacia atrás y ahogar un grito.

Mi espalda se estampó contra el vidrio y por mis nervios reverberó el sonido del cristal entrechocando. Solté un suspiro de alivio cuando descubrí que quien estaba frente a mí era Spark. Él chilló con curiosidad.

—Así que eres tú. —La criatura voló alrededor de mi cabeza—. Estoy en una misión. ¿Me guardarás el secreto? —Spark chocó contra mi frente y retrocedió inclinando las puntas blancas de sus orejas. Extendí el meñique hacia su carita peluda y él me lo acarició con una de sus alas membranosas.

Solté una risita por mi paranoia, pero miré a ambos lados del pasillo antes de salir.

Después de aceptar la oferta, Somna me había dado la llave de la sala y me había indicado con pelos y señales cómo encontrarla. Se accedía entrando por una rejilla, tras unas cortinas en la torre sur. Para salir, me aupé y apoyé las rodillas para darme impulso.

«Demasiado fácil».

Tenía que dirigirme hacia el dormitorio de Axia. Esperaba que no estuviera en alguno de sus entrenamientos con...

El suelo se tambaleó.

Mi mirada se tornó frenética. Busqué el peligro. No había sonido.

Me pegué a la pared y avancé bajo su protección. Cuando el mundo se bamboleó, mis pies perdieron el equilibrio y mis muñecas impactaron contra el mármol.

«Somna», pensé. Al final sí había sido una trampa.

Pero el ajetreo comenzó demasiado lejos.

Corrí hacia las pisadas, hacia los ecos de voces que se afanaban por los pasillos. El olor del pánico se extendía como una nube de óxido por los muros del castillo. Entré en el corredor principal. Los sirvientes huían, empujándose para ponerse a salvo.

No sabía qué estaba ocurriendo, pero su nerviosismo fue el detonante que necesitaba para precipitarme hacia el dormitorio de Axia. Al doblar la esquina encontré a Onia. Miraba en derredor desubicada.

La llamé, pero no me escuchó. Esquivé a dos pesadillas que recordaba haber visto en la corte. Estaban golpeando el cristal de uno de los ventanales del pasillo, que no cedía. Llegué junto a Onia.

—¿Qué está pasando? —pregunté.

Ella me cogió por los hombros y me empujó contra la pared, impidiendo que un niz enorme me arrollara. Amortigüé el golpe con las palmas de las manos y reboté hacia el suelo. Las pesadillas cruzaban el pasillo a la carrera y tuve que rodar para que no me aplastaran. El vidrio de las ampollas tintineó dentro de mis bolsillos. No se rompieron, pero dos de ellas se escurrieron entre el cuero y rodaron por el pasillo, perdiéndose entre los pies de las criaturas aterrorizadas. Permanecí congelada ante el mar de piernas, observando cómo desaparecía mi plan de fuga para Axia.

Onia tiró de mi brazo y me ayudó a levantarme, ajena a mi desasosiego.

—Escuché que un soldado daba la voz de alarma. Llevo un rato viendo pesadillas buscando la forma de escapar del castillo, pero está cerrado a cal y canto —me contó, llamando mi atención.

Metí la mano en la chaqueta y agarré la suya con fuerza, pasándole uno de los viales de atrium que me quedaban.

—Guárdalo bien —dije, ante su mirada de sorpresa.

—¿Cómo lo has conseguido?

Lo introdujo en su bolsillo.

—Tenemos que encontrar a Axia y buscar la manera de llegar antes que ellos a las motocicletas, quizá esta sea nuestra mejor oportunidad para escapar de aquí —expliqué sin contestarle, sin saber si lo que quedaba sería bastante.

El brillo en sus pupilas se apagó.

—No estoy segura...

—¡Pixy! ¡Onia!

Axia se esforzó por apartar a las pesadillas que encontraba en la curva del pasillo a empujones. Cuando llegó a nuestra altura me echó los brazos al cuello y me dio un abrazo rápido.

—Menos mal que estáis bien. Están asaltando el castillo.

—¿Qué?

—¿Quién?

—Los príncipes están reunidos en la sala verde. Me han mandado a buscaros.

Una nueva sacudida hizo que abriéramos los brazos, sujetándonos unas a otras. No era un terremoto, era como si zarandearan los cimientos del castillo, como quien sacude un árbol esperando que caigan las manzanas.

Nos costó una eternidad esquivar a todos los nizs y llegar hasta la sala verde; y, frente a las puertas, los guardias nos cortaron el paso.

—No se permite la entrada.

—Somos las campeonas, los príncipes nos han mandado llamar —terció Axia.

—Sois escoria ilúrica —soltó uno de ellos, escupiendo a sus pies.

Mis hombros se tensaron, pero, antes de que pudiera actuar, el otro le convenció para que bajara las armas.

Dentro del salón, el castillo seguía siendo un caos. Sentí la mirada abrasadora de Somna sobre la piel, como si pudiera percibir el cristal del atrium quemando bajo mi ropa. Terrent había abandonado cualquier rastro de indiferencia para sustituirla por una cólera helada. Se asomaba por el cristal con el labio superior retraído.

Nocte estaba sentado en el único trono. Un solo signo de nerviosismo: el toqueteo de la punta de su zapato sobre el mármol.

—Cualquier escarmiento después de lo que sucedió en Isbaith será insuficiente —dijo Somna, y tres pares de ojos me recorrieron.

—Ven aquí —me ordenó Terrent, haciendo un gesto en mi dirección.

Los ojos de Axia se estrecharon, pero apreté los puños y me coloqué frente al ventanal. Una capa iridiscente cubría el castillo. Se arqueaba con los ataques de los cientos de personas que aguardaban a sus pies, lanzando ¿hechizos? Sus cabellos cortos y blancos resplandecían con el brillo de los brazaletes iluminados.

—Son ilúricos. —Me volví hacia Nocte—. ¿Proyectadores? —Él arqueó una ceja, con los rasgos pintados de acero.

Si no eran proyectadores, ¿cómo habían conseguido hacerse con tantos brazaletes? Parecían demasiados como para ser una formación espontánea. Debían de llevar mucho preparándose para aquel ataque.

—Tengo entendido que los proyectadores tenéis la misión de proteger a los humanos y no creo que esa sea la prioridad de los que están ahí abajo —espetó Terrent y, aunque tuve el impulso de defenderlos, se me heló la sangre al comprender que tenía razón. Quienes estaban atacando el castillo buscaban destrozar el reino de las pesadillas, no mantener los portales. Ellos debían saber que la caída de los príncipes provocaría el caos entre los humanos, pero no les importaba.

La sala daba al oeste, por lo que se veía con claridad el volcán en que se resguardaba el portal de cuerno por el que yo había entrado en Fosc. Si algo le ocurría a Nocte, la membrana del portal se desequilibraría y el mundo humano quedaría arrasado.

—Si los que están atacando son todos los que conforman la sociedad Vindicta, es nuestra oportunidad de librarnos de ellos para siempre —intervino Somna. La furia que la envolvía era tan cegadora como el reflejo del sol sobre la nieve.

La capa iridiscente ondeó con un nuevo ataque. Los más potentes hacían temblar el castillo hasta los cimientos.

—¿Habéis activado vosotros la barrera? —preguntó Onia.

—Si lo preguntas por tener la tranquilidad de que no van a conseguir entrar, la respuesta es no —respondió Nocte con su habitual seguridad—. Es una de las defensas del castillo, se acciona con el primer ataque.

—¿Qué ocurrirá si la traspasan? —inquirió Axia.

—Cuando la traspasen —la rectificó él.

Mi garganta se secó y Nocte hizo un movimiento hacia uno de los ilúricos. Por sus gestos, era el encargado de coordinar la ofensiva. Entrecerré los ojos tratando de enfocar más allá de la distancia y los rasgos conocidos fueron como un puñetazo en el estómago.

—¿Es Will?

Él asintió como si no le afectara. Pero yo sabía que mantenía cierta relación con el contrabandista, al menos a través de Fénrix.

—Cuando consigan entrar —retomó—, Terrent los congelará, Somna hará que olviden sus sueños y los dejará sin nada que proyectar, y mis sombras devorarán sus almas hasta que supliquen la muerte.

Un escalofrío me sacudió los huesos. Los tres eran devastadores, y sabía lo poderoso que era Nocte, pero el poder de Somna me

sorprendió. No existía peor muerte que quedarse sin sueños. Salvo, quizá, verse envuelta en lo que estaba por venir.

—¿Y qué papel jugamos nosotras en todo esto? —preguntó Axia.

Los tres nos miraron alternativamente en un silencio asfixiante.

Somna fue la primera en romperlo con una sonrisa malévola.

—El de sobrevivir.

Mi nuca hormigueó ante la expectativa de la lucha.

—Es la mejor oportunidad que han tenido nunca de acabar con nuestro reinado. Irán a por vosotras —afirmó Terrent—. Si os matan, obstaculizan que obtengamos el poder del rey de las pesadillas.

El peso de los conflictos enfrentados se cernió sobre mis hombros.

Unos pasos se aproximaron a la carrera y todos miramos hacia la puerta. Morf entró jadeante, con la espalda más inclinada, como si le costara mantenerla sobre el cuerpo.

—Están dentro. Han abierto una brecha en la entrada —anunció sin detenerse a recuperar el aliento.

Sentí los ojos de Nocte lamiendo mi piel, pero me negué a devolverle la mirada. Tenía que concentrarme, proteger a Onia y Axia y conseguir que no llegaran hasta Nocte.

Entonces, el príncipe se colocó a mi lado y rozó mi hombro con el brazo. Su proximidad me proporcionó una sensación de falsa seguridad.

—Hacednos un favor y no dejéis que os maten.

Los gritos y golpes aumentaron de volumen. Jamás había estado en una situación similar, pero tomé posición de ataque. Un olor a madera quemada turbó mis sentidos. Noté cómo Axia se tensaba.

—¡Preparaos! Están usando a un concentrador para proyectar —gritó Somna.

Si estaba con ellos un concentrador, el poder de los proyectadores se extendería con rapidez por todo el castillo. Era raro encontrar a

uno porque no eran expertos en proyectar sus propios sueños, sino los de los demás.

El tufo a madera nos envolvió, igual que los gritos procedentes de la planta baja, y mi visión se enturbió. Los ataques de otro proyectador no nos afectaban como los de las pesadillas. Su poder rebotaba en el nuestro como una piedra sobre el agua, y las ondas que provocaba traían consigo los sueños a los que habíamos renunciado, no para recuperarlos, sino para destrozarnos al recordarlos.

Un dolor abismal se extendió por mi pecho y las imágenes de mí misma con una melena larga y blanca giraron alrededor de mi cuerpo como espectros, batiendo las mandíbulas en carcajadas estridentes, que sonaban como ecos lejanos en mi cabeza. Enseñé los dientes e interné una mano en mi pelo, como una muestra de aceptación. Todavía me estremecía al observar mi imagen en el espejo, pero comenzaba a entender la vacuidad de la belleza, su fugacidad. Incluso Morf, permitiéndome ver a través de sus ojos, me había hecho comprender su relatividad. Las figuras traslúcidas se perdieron en el aire, aunque las siguieron de inmediato otras. Quien estuviera proyectando debía ser poderoso.

A mi lado, Onia empezó a gritar. Se tapó las orejas con las manos y sacudió la cabeza con violencia. No tuve tiempo de contenerla; delante de mí se formó una nueva imagen, y solo pude dar gracias porque los demás no pudieran verla. Me esforcé por recordar que aquello que parecía palpable ante mis ojos solo se reproducía en mi cabeza. Porque frente a mí estaba Janos, de rodillas.

*—Pixy, perdóname —suplicó. Entre las manos tenía el libro de poesía que yo había colocado bajo su almohada. Me había costado días encontrar el valor necesario para regalarle una de mis posesiones más preciadas.*

La bilis me subió por la garganta al recordar cómo él lo había lanzado a la chimenea delante del resto de nuestros compañeros.

No había renunciado a mi sueño de que, al fin, se enamorara de mí, pero, en una batalla, había perdido la esperanza de que se arrepintiera de sus actos. Más que eso, había olvidado cómo mantener mi dignidad frente a su indiferencia.

*Sus ojos jamás habían sido tan cálidos. La intensidad que destilaban me recordó a...* Miré por última vez a Janos, con su cabello pálido y trenzado, largo como sus pestañas, también blancas, antes de girarme hacia Nocte.

El sueño se deshizo como había ocurrido con el anterior.

Nocte me contemplaba con la mandíbula tan tensa como si se la hubieran apretado con clavos. Las aletas de su nariz se ensancharon. Por su mirada, comprendí que él sí que estaba viéndolo todo.

—Ya es suficiente.

Un océano de negrura brotó de su cuerpo y nos alcanzó a las tres. Me quedé sin aliento ante el poder implacable que destilaba. Una furia perpetua e insondable que me acarició la piel y lamió mis heridas con una delicadeza imposible. ¿Había sentido él el impacto? Los príncipes parecían figuras eternas, imperturbables.

Las sombras se deslizaron hacia la puerta, devorando la luz y haciendo retroceder la proyección.

Una figura asomó por el marco, seguida de otras cuantas, y la oscuridad detuvo su reclamo.

Por mi cuello circulaban ríos de sudor que se perdían en la camiseta. Afilé la mirada para ver cómo Will entraba en la sala seguido de Yust y una decena más de ilúricos. Mi garganta llameó al recordar sus manos tendiéndome la pipa de opio. Una parte de mí me gritó que no lo matara, que no sobreviviría sin lo que él me

ofrecía. Sin embargo, Nocte cortó mis pensamientos adelantándose dos pasos y colocándose entre Will y yo.

—¿Sorprendido? —le preguntó el proyectador con descaro. Las sombras se alzaron en puntas afiladas como respuesta—. Imagino que los tres lo estaréis. —Contempló a los príncipes con desprecio.

Me coloqué al lado de Nocte, incapaz de quedarme detrás. Su mandíbula se cuadró.

—¿Vienes a destrozar esto? —le increpé—. ¿A matarnos sin más? ¿Qué hay de lo que provocarás en el mundo humano?

Su rostro amable se congeló en una máscara de furia.

—Los proyectadores me obligaron a hacer juramentos que se encuentran muy lejos de mis pretensiones. —Me señaló de arriba abajo—. Tú deberías saber lo que es.

Le enseñé los dientes.

—Yo sé lo que es la lealtad.

Él soltó una risotada.

—Muy bien. Las personas más leales son a las que antes abandonan. —Yust se removió a su lado y el brazalete destelló como si lo estuviera cargando con un nuevo sueño—. No deberías estar tan enfadada. Esto lo has propiciado tú. Si no hubieras sido tan entrometida no estaríamos aquí ahora.

—Podríais haberme matado antes, tuvisteis la oportunidad de hacerlo —dije acordándome de cómo me había expuesto en la última visita a su casa. Ni siquiera recordaba cómo había acabado la noche.

—¿Cuándo? ¿Antes o después de que Fénrix llamara a la puerta exigiendo llevarte de vuelta al castillo?

Arrugué el ceño con un millar de ideas rondando por mi cabeza. No recordaba haber visto a Fénrix, pero los ojos de Nocte se clavaban en mi perfil como puñales. ¿Había enviado él a Fénrix para

protegerme? Mis pupilas se dilataron en contacto con las suyas y mis nervios pesaron como cemento bajo la piel.

—Estuvimos a punto de acabar con tu vida cuando nos dimos cuenta de que habíamos hablado de más al mencionar la sociedad. Por suerte, no ataste cabos con la suficiente rapidez —dijo Yust.

Una sonrisita acompañó su altivez. Pero una carcajada perturbadora partió el aire.

—Aunque me parece perfecto que la consideréis estúpida, no podéis olvidaros de lo más importante —intervino Somna, que se había quedado a mi izquierda, en la otra punta de la sala.

Yust y Will se estremecieron ante la princesa, que los contemplaba como si fueran insectos en su particular tela de araña.

—¿A qué te refieres?

Ella ladeó la cabeza y alzó una ceja. Se colocó junto a mí, dejando a su espalda a Onia y Axia. Me puso una mano en el hombro, que me dejó petrificada, y me dio un empujón que me lanzó a los pies de Will y Yust, en medio de la línea de fuego.

Will actuó con celeridad y pisó con el tacón mi chaqueta, dejándome clavada a su merced. Las armas que portaban colgadas de la cintura centellearon con un peligro inminente.

Nocte soltó un gruñido profundo que retumbó por los muros.

Somna extendió las palmas hacia arriba e invocó su poder.

—Os olvidáis de que habéis venido a morir.

# 31

# Descontrol

> Solo puedes rezar a la triple diosa mientras contemples el cielo. Su creación es tu máxima alabanza.
>
> *Crónica de los hechos*, ANÓNIMO

Somna quería deshacerse de mí para que las pruebas no se celebraran; no debió sorprenderme que me lanzara a los leones, pero lo hizo. Di un tirón brusco a mi chaqueta y rodé por el suelo mientras el poder de la princesa inundaba el aire de una humedad viscosa.

Yust clavó una daga, que crujió contra el suelo. Las sombras me apartaron y no me alcanzó por poco. Me puse de pie entre jadeos.

—¡Juntos! —ordenó Will. Alzó las manos hacia mí, seguido por los otros proyectadores, y las luces que emitieron los brazaletes me hicieron entrecerrar los párpados.

Las ondas de poder que emanaba Somna se separaban con lentitud de su cuerpo, y un crujido partió el sonido cuando la energía de todos aquellos proyectadores unidos se desató. Me preparé para el golpe. Afiancé las piernas y proyecté mi propio sueño para contrarrestar los suyos. Liberé mi mente y la ceniza de mi brazalete inició la transferencia.

Demasiado tarde.

Me encogí antes de sentir el dolor que me arrasaría al ver expuestos mis sueños perdidos. Mis piernas temblaban. Un gemido se escapó de mi garganta. Pero una barrera de sombras se elevó desde el suelo hasta el techo, protegiéndome del impacto y deteniendo el avance de las proyecciones. Las imágenes espectrales bailaron junto a las sombras tratando de encontrar las fisuras, sin éxito.

Percibí la presencia de Nocte a mi espalda antes de que su olor me golpeara.

Me giré para encararlo. Su mirada ardía. Jamás había visto nada tan poderoso, nada tan terrorífico que tuviera el extraño poder de calmarme.

Onia y Axia estaban tras Somna, fuera de su alcance. Uno a uno, los proyectadores bajaron los brazos. Nocte no retrajo las sombras que me cubrían.

Entonces, una de ellos se movió. Con rapidez, enfocó la proyección hacia el extremo de la barrera, donde su magia rebotó contra un espejo y consiguió traspasar las sombras.

Nocte gruñó como un animal salvaje. Pero los resquicios de la proyección que escaparon golpearon en el centro del pecho a una figura encogida.

—¡Morf! —grité.

Nocte corrigió la posición de sus sombras y detuvo la proyección. Corrí hacia él, pero cayó al suelo antes de que pudiera sujetarlo.

Aterricé de rodillas a su lado. Tenía el rostro pálido y las mejillas contraídas en un gesto de dolor.

—¿Estás bien? —pregunté.

Él gimió, aunque asintió con esfuerzo.

Los ilúricos bajaron los brazos. La barrera de Nocte se retrajo hacia su cuerpo, que vibraba de ira.

—Suficiente —ordenó Terrent.

Con un movimiento de muñeca, el hielo se extendió desde sus pies y atrapó a los proyectadores hasta las rodillas. Mientras, Somna continuaba desprendiéndose de las ondas que se amoldaban a su cuerpo como una silueta. No quería estar en su punto de mira cuando consiguiera soltarlas.

El hielo ascendió por sus pantorrillas y los gritos inundaron el aire hasta hacerlo irrespirable. Terrent se estaba recreando, pero acabaría con ellos en cuanto alcanzara sus órganos vitales.

Los proyectadores iniciaron un nuevo ataque, más desesperado, más feroz que el anterior. La barrera no estaba, no quedaba nada entre ellos y nosotros.

Y, entonces, Somna liberó su poder.

El aire se espesó y chocó contra mis poros como si fuera veneno. Mi corazón dejó de latir.

El impacto me golpeó con la brutalidad de una ola de alquitrán.

Olía a desesperanza y sabía a muerte.

Me incliné sobre el cuerpo de Morf como si fuera él quien necesitara protección.

El aturdimiento me incapacitó y me dejó expuesta y rota. Sin embargo, unas sombras se enredaron en las puntas de mis dedos, se entrelazaron en mis manos y ascendieron por mis brazos hasta rodearme todo el cuerpo. Alejaron el húmedo poder de Somna como una canción contra el desaliento.

Su onda llegó más allá de mí, a la primera línea de proyectadores, en la que se encontraban Will y Yust. Arrasó con los demás, pero a ellos los esquivó.

—No tengo intención de mataros. No sin que sufráis como merecéis por esta afrenta —explicó Somna, contemplando con una

sonrisa cómo los demás caían, cubiertos de hielo y apagados como velas humeantes.

Los gritos de agonía se clavaron en mi memoria como esquirlas de cristal que hicieron sangrar mi mente. Salvo Will y Yust, todos perecieron. Las sombras de Nocte desaparecieron y mi boca se llenó del sabor del hierro tras morderme con fuerza el labio.

Terrent caminó hacia mí como si flotara, me tomó por el brazo y me empujó para que me alejara de Morf.

Le enseñé los dientes, pero me ignoró.

—No te rebajes preocupándote por un sirviente —espetó. Si mi corazón no continuara renqueando después de lo ocurrido, habría estrangulado su cuello principesco.

Un nuevo grito desde la entrada me sacudió sin tregua. Me giré deprisa, pero no lo suficiente. Samth me miraba desde la puerta con un odio que congeló el aire en mis pulmones. Con los brazos alzados, soltó la proyección antes de que terminara de girarme. Su poder impactó contra mis defensas y me arrastró por el suelo, barriéndome tantos metros que acabé al fondo de la sala junto a Axia y Onia.

—¡Pixy! —Axia gritó y tomó mis mejillas entre sus manos. Mi piel estaba tan fría que el contraste me hizo estremecer.

Sentí los ojos de Nocte clavados en mí, perdiendo el control.

Escuché los pasos de más proyectadores que se disponían a un nuevo ataque.

Entonces ocurrieron varias cosas. Nocte bramó tan hondo como si los abismos se estuvieran rasgando. El castillo al completo tembló por la llamada de su poder infinito. Algo se rompió dentro de él, dentro de mí. Algo que sabía a veneno y vestía de rojo y miedo.

Su poder nos arrastró a todos como si fuera un tornado.

Terrent se agarró con dificultad a los tapices, que no tardaron en salir volando.

—¡Para, Nocte! —le gritó su hermano.

La risa de Somna se acomodó al ruido que vibraba en mi cabeza.

—Hazlo —le dijo ella—. Acaba con los que han venido a arrebatarnos nuestro derecho. —Un gemido se me atascó en la garganta mientras veía cómo él perdía el control—. ¡Hazlo!

Un zumbido eterno... y el poder reventó.

Se expandió como una supernova, arrasando todo a su paso.

Los cristales estallaron. Las sombras nos barrieron, susurraron los nombres de los muertos que pretendían cobrarse.

*Tara, Dioban, Marcus, Greis.* Por todo el castillo. Decenas y decenas de nombres.

La humedad en mis labios se tornó amarga como la bilis.

La congoja en el rostro de Onia, en el de Axia, incluso en el mío. Tanta destrucción que incluso cuando se hizo el silencio mis tímpanos siguieron vibrando.

Solté el aire temblando como una hoja.

Nocte cayó de rodillas, con los dientes apretados y las palmas extendidas sin tocar el suelo.

Me incorporé con dificultad, sintiendo el golpe de Samth en las costillas. El cuerpo de la niz había sido el primero en caer cuando Nocte había estallado. Parecía una muñeca ajada en el suelo, con el cabello oscuro tapándole el rostro. «Encantada, Pixy. Me gusta tu pelo, muy punki». El recuerdo me hizo estremecer y aparté la vista.

Jadeé por el esfuerzo y me llené los pulmones de cobre. Supuse que a eso olía la muerte de los ilúricos en el mundo de las pesadillas.

Un nuevo estruendo me estremeció hasta el tuétano e hizo vibrar mi garganta. Apreté los puños hasta tornarlos blancos, porque aquel

ruido no provenía del castillo. Miré por la ventana y se confirmaron mis sospechas.

Aquella era la mayor de mis pesadillas. El portal de cuerno se había abierto.

Nocte había perdido el control, había usado demasiada energía para aniquilar a la sociedad Vindicta y, para seguir con vida, se había visto obligado a reclamar el poder que destinaba a mantener en equilibrio los portales.

—¿Dónde vas? —me preguntó Axia.

No le respondí. Me arrastré con esfuerzo hasta Nocte y me dejé caer de rodillas frente a él. No levantó la mirada del suelo.

—Nocte —lo llamé, pero no contestó. Él era el único que podía ayudarme. Coloqué mis palmas sobre sus rodillas y las advertencias de Morf se convirtieron en polvo en mis dedos. Sus ojos recorrieron mis manos y ascendieron despacio hasta alcanzar mis ojos. El sufrimiento que vi en ellos incendió la sangre en mis venas. Le aguanté la mirada y asentí con lentitud—. Ahora ya está. Dime qué tengo que hacer para arreglarlo.

Un suspiro escapó de sus labios.

—Esto no tenía que pasar.

Apreté sus rodillas.

—Lo sé.

En aquel momento estábamos solo él y yo, por más que nos observaran, por más que no lo comprendieran.

El calor pintó mis mejillas y sus ojos se llenaron de determinación.

—Ala sur, la puerta a la derecha de tu dormitorio —susurró. Fruncí el ceño—. La reliquia de Bosco nos servirá para mantener el equilibrio del portal que está en el volcán. El que se encuentra en el pantano de los Suspiros sigue bajo mi control. —Imaginé que hablaba de la ciénaga a la que había cruzado Onia. Asentí y me

levanté sin demora—. Pixy —volvió a llamarme—, el reloj está custodiado. Tendrás que hacer lo que sea necesario para conseguirlo.

Tragué saliva por mi garganta reseca y le sonreí de lado.

—Esa es mi especialidad.

No tuve tiempo para detenerme a pensar en por qué Nocte había decidido que el lugar más seguro para guardar la reliquia era junto a mi dormitorio porque, a mi alrededor, el castillo era un caos. Por cada pasillo que recorrí me encontré al menos un cuerpo caído, un ilúrico muerto. ¿Habrían escapado de su realidad para vivir en el reino de las pesadillas o había sido cosa del destino? ¿Cuántos habían acabado así tras caer accidentalmente por el portal? ¿A cuántos había conocido en casa de Will? Intenté recordar los nombres que habían susurrado las sombras, pero no conseguí evocar ni uno.

Cuando llegué a la puerta contigua a la de mi habitación, detuve la mano sobre el pomo. Me tomé un momento para respirar y entré.

Unas sombras fluyeron hacia mis pies en una oscura neblina y me envolvieron. La puerta se cerró tras de mí con un chirrido. Las paredes estaban cubiertas de gruesas líneas verticales rojas y negras, que convergían en el centro del techo como en una carpa. Al exhalar, una nube se condensó frente a mi rostro, pese a que la temperatura era la misma que en el pasillo.

La alfombra se hundió bajo mis pies cuando me adentré hasta la mitad de la estancia. Estaba repleta de objetos curiosos diseminados por las mesas, recogidos en baúles abiertos, incluso dispersos por el suelo. No tenía tiempo que perder, cada segundo suponía la diferencia entre salvar cientos de vidas o condenarlas.

Rebusqué entre cajas y barrí las superficies con la escasa luz que entraba por la única ventana. Solté un suspiro trémulo y, en el fondo

de la sala, un par de esferas se iluminaron tras una sábana blanca que tapaba un... ¿maniquí?

El corazón se me aceleró y bombeó adrenalina. Me paralicé frente a aquella silueta. Apreté los dientes y guardé el aire en los pulmones antes de correr directa hacia la sábana. A un par de centímetros, la tela cayó al suelo. Sin nada debajo que la sostuviera. El miedo me aguijoneó el estómago. Me volví en busca de lo que fuera que estuviera jugando conmigo. Hasta que una risa me heló la sangre y bajó la temperatura de la sala.

—Niña amarga, niña rota. —La voz se movía a mi alrededor. Giré con ella con la esperanza de ver de quién procedía. En una esquina. Me detuve, dos ojos verdes y relucientes como la ponzoña. Era una mujer, o lo había sido algún día. Sonrió mostrando una hilera infinita de dientes afilados—. Vienes buscando el reloj, pero no vas a encontrarlo.

Dio dos pasos y dejó de estar cubierta por sombras. Era alta, con el cabello pegado al cráneo y la cara ovalada, con triángulos invertidos y púrpuras desde los ojos a las mejillas. Llevaba un vestido que le llegaba a los pies, con plumas en el cuello y las hombreras.

—Tú sabes dónde está el reloj —afirmé. Escuché unas risas infantiles al otro lado de la estancia, pero no la perdí de vista. De pronto, la música de un carrusel acompañó a un movimiento de su cabeza y me puso el vello de punta. Me conformé con tragar saliva. Su presencia era tan irreal que parecía producto de mi imaginación.

—Yo sé dónde está todo lo que está, y mis tesoros no te pertenecen. —Se movió hacia la ventana y la luz se filtró por su cuerpo traslúcido.

¿Nocte me había enviado a enfrentarme a un fantasma? Malditos fueran él y su empeño por ocultar cosas.

—Necesito ese reloj y estoy dispuesta a pagar su precio. —Con mis instintos gritando que me detuviera, di un paso hacia ella, que chasqueó varias veces la lengua.

—Mandrágora no da a cambio de precio.

—¿Es así como te llamas? ¿Mandrágora? —Sus ojos relucieron con un verde líquido—. ¿Qué puedo hacer para conseguirlo?

Me examinó y negó con la cabeza.

—Mis dos pequeños amigos dicen que vienes por orden del príncipe de la noche.

No me atreví a mirar a mi espalda, pero sentí sobre la nuca el peso de unas siluetas invisibles.

Asentí y ella entrecerró los ojos. Una de sus comisuras se levantó.

—Te daré el reloj a cambio de un sacrificio y una respuesta sincera.

Cada segundo, los nervios mordían mi voluntad con mayor vigor. No podía seguir perdiendo el tiempo, necesitaba el reloj; necesitaba devolver el equilibrio a la membrana del portal y cortar el paso a las pesadillas que, en aquellos instantes, ya estarían escapando al mundo humano. Detener la debacle que iba a producirse, que quizá ya se estaba produciendo.

—Adelante —concedí. Cuadré los hombros.

El silencio se alargó incendiando mi resolución.

Al fin, Mandrágora habló. Pero lo que dijo destruyó todo a mi alrededor.

—Concédeme tu última luz, niña amarga. Dame tu capacidad de soñar y yo te entregaré el reloj.

La miré con un horror genuino, uno que jamás había sentido en batalla, ni siquiera mientras Somna volcaba su poder y notaba la desesperanza lamiendo mi piel.

La tensión se convirtió en esquirlas de hielo que penetraron en mis músculos para destrozarlos desde dentro.

—No sobreviviré si no puedo soñar —conseguí susurrar.

Ella levantó el mentón con sorpresa.

—Una ilúrica pura no podría, pero tú sobrevivirás como lo hacen las pesadillas, como lo has estado haciendo hasta ahora. —Mis sueños habían cambiado desde mi llegada a aquel mundo. ¿Me había estado alimentando de mis pesadillas? ¿Como los nizs? El asco trepó por mi estómago, incapaz de contenerlo—. Aprenderás a usar un nuevo poder, uno que se nutra de la desesperanza y el miedo, en lugar de tus sueños.

—Nadie puede vivir sin sueños.

Ella sonrió con tristeza.

—No, nadie puede vivir sin ilusión —me corrigió—. No es tanto lo que pido, tu capacidad de soñar solo puedes usarla fuera de este reino.

Una emoción áspera se instaló en mi garganta y la atascó.

—¿Eso implica que me quedaré aquí para siempre? ¿Ese es mi destino?

El verde de sus ojos brilló con fuerza mientras, en mi interior, sentía que me deshacía.

—Niña, nadie sabe lo que Destino tiene preparado para ti. Ni siquiera yo.

El dolor fraguó bajo mis ojos y en la curva de mis cejas. No podía aceptar sin más. ¿Cómo podía estar planteándomelo siquiera? Pero ¿qué era renunciar a la mejor parte de mí por tal de salvar un mundo? Miles y miles de vidas pendiendo de una única decisión.

No había elecciones correctas, no había paz para alguien como yo. Pero, a pesar de mis fallos, de las palabras de desprecio

almacenadas en los rincones de mi cabeza, pese a ser impulsiva y vulnerable en proporciones catastróficas, no era egoísta...

—De acuerdo —accedí a media voz.

Mandrágora entrecerró los ojos. Asintió y la pintura que le adornaba las mejillas se oscureció. Extendió la mano en círculos por mi pecho y la subió hasta mi frente. Un calor me invadió la garganta con el movimiento.

No me rozó, pero fue como si una decena de caballos me arrastraran por el suelo. Cerré los ojos para no ver lo que estaba dispuesta a otorgarle y una presión en la frente me hizo apretar los dientes para ahogar un grito.

Fue como el sonido de un cristal rompiéndose. Cuando los abrí, un cuarzo giraba al compás de sus dedos, emitiendo suaves destellos. Me recreé en los trazos de la piedra, maravillada. Pero ella la envolvió con la mano.

La sensación de vacío se apoderó de mi vientre en cuanto lo hizo desaparecer. Fue como si hubiera perdido mi mitad más preciada, aquella a la que me había aferrado con más fuerza.

—Solo queda la pregunta —añadió devolviéndome a la realidad. Ante mí, el tiempo giraba y me recordé que debía darme prisa.

—No puede ser peor —me dije para darme ánimos. Cabeceé para que hablara.

—Una respuesta sincera, niña. —Su mirada se tornó vibrante, peligrosa—. ¿Estás enamorada?

O, quizá, sí podía serlo.

# 32

# Líneas de fuego y caos

> El abismo está vacío y todas las pesadillas están aquí.
>
> *La tormenta*, Acto I, AVON HATHAWAY

Abrí los ojos sin mesura. La mandíbula me crujió cuando apreté las muelas.

«¿Estás enamorada?». Los ecos de la voz del fantasma se prolongaron en mi cabeza, como si mi mente pudiera darles la vuelta o hallar el significado oculto a su pregunta. Todos mis impulsos me exigían que contestara que no; pero el sudor de mis manos y el temblor de mis labios hicieron que me detuviera. Ya había perdido mucho, no fracasaría por no saber contenerme.

Mandrágora esperó, con la cabeza inclinada.

No lo estaba. ¿No?

El pensamiento punzó en mi cabeza, cortante como un cuchillo.

Había querido a Janos. Hacía tiempo. Sin embargo, estar lejos de él me había permitido darme cuenta de que no lo echaba de menos y, por más que me doliera, creía que Axia no se equivocaba al afirmar que lo que en un primer momento fueron sentimientos puros terminaron convirtiéndose en una obsesión malsana.

Mi corazón traicionero bombeó con fuerza al recordar los dedos de Nocte a punto de rozar mi piel, su mirada cálida, su boca

entreabierta casi en un suspiro.

Me castañearon los dientes mientras Mandrágora no perdía detalle de mis reacciones.

—¿Y si no lo sé? —Mi mirada era suplicante, pero ella se encogió de hombros.

—Sí o no, niña. Una respuesta breve para obtener todo lo que deseas.

—Ya he pagado mucho.

—Un trato es un trato. —Sus ojos se endurecieron.

Resoplé.

Quise recordar las atrocidades que había cometido Nocte, lo que le había obligado a hacer a Axia, la dureza en sus ojos y sus palabras. Sus amenazas para que no confiara en él, su advertencia de que no cargaría con la culpa frente a sus hermanos por mí. Pero lo único en lo que podía pensar era en cómo sus sombras se habían plegado sobre mi cuerpo para protegerme, en el tacto de sus dedos al retenerme por la muñeca, como si le costara soltarme. En lo perdido que había parecido al reconocer que había vuelto a por mí cuando me quedé inconsciente en Fosc. Su boca decía una cosa mientras sus actos mostraban otra, y en medio de aquello yo no sabía cómo era él, no atisbaba a ver más que un resquicio tras la máscara de frialdad que, con tanta elegancia, lo ocultaba.

—No —respondí con firmeza.

Mandrágora alzó una ceja confundida.

—¿No?

Negué, aprovechando la seguridad que me inundaba el pecho.

No estaba enamorada de Nocte; no lo estaba porque él no se había mostrado ante mí, porque no lo conocía.

Algo se me reveló, la necesidad de derribar sus muros, de empaparme de los tesoros que intuía que escondía. No era amor,

pero estaba peligrosamente cerca de serlo.

Mandrágora apretó los labios. Sus ojos brillaron con un verde en movimiento. Se arrancó una de las plumas del cuello, la colocó frente a su boca y sopló.

La pluma se deslizó en el aire y cayó balanceándose sobre la tapa abierta de uno de los baúles. El interior se iluminó con haces oscuros.

Me asomé y cogí el reloj de Bosco. Las esferas parecían más azules que en la tienda del relojero y las distintas agujas se arrastraban de forma mecánica y más pausada de lo que deberían.

—Mis pequeños amigos dicen que te quedas sin tiempo, niña amarga. —Mandrágora me mostró los dientes en una sonrisa afilada —. Ve con tu príncipe, volveremos a vernos.

Su cuerpo se difuminó. No pensé que Nocte no era mi príncipe ni me preocupé por los escalofríos que me recorrieron los brazos al imaginar dos pares de ojos observando. Aplasté el reloj contra mi pecho y eché a correr.

Entré en la sala verde y los cristales crujieron bajo mis botas. Somna y Terrent habían desaparecido, pero Nocte estaba de pie, en el mismo sitio en el que había estado su hermano, contemplando el volcán, que parecía rugir con una renovada furia.

Sus ojos me recorrieron en cuanto puse un pie en la estancia y se detuvieron sobre el reloj, con una suavidad inusitada.

Me tendió la mano y la sostuvo en el aire mientras yo me acercaba y le pasaba la reliquia.

—Pensaba guardar el reloj y recurrir a él como plan de contingencia, solo en caso de emergencia, pero no queda alternativa. He de marcharme a detener esto —dijo. Fruncí el ceño con desconcierto.

—No vas a enfrentarte solo a las pesadillas que estén cruzando por el portal, estás demasiado débil.

Él me miró con rencor.

—No te atrevas a repetir eso. Además, Curia es su guardiana, ella me ayudará. —Recordé a la criatura con hocico de lobo que me había capturado al traspasar el portal.

Clavé el índice entre los valles de su pecho y lo fulminé con la mirada.

—No hay tiempo para discutir. Voy a ir contigo.

—Vamos a ir contigo —corrigió Axia colocándose a mi lado y tendiéndome un par de dagas. Debían de haber aprovechado mi ausencia para proveerse de armas.

—Ax... —inicié.

—No vas a dejarme fuera de esto.

Axia jamás eludiría su obligación de proteger a los humanos, pero la posibilidad de que saliera herida me atormentó.

Palpé por encima de la tela de mi chaqueta el vial de atrium. Aquella era la oportunidad que tanto había anhelado para sacar a Axia de allí, para no tener que enfrentarme con mi mejor amiga hasta que una de las dos muriera. Ella tenía a Narrow esperándola al otro lado, tenía un futuro...

Tragué saliva y accedí. Con solo echar un vistazo a Onia me percaté de que tampoco ella consentiría quedarse atrás.

Nocte suspiró. Nos observó con los labios apretados en una mueca y cedió.

—Hagáis lo que hagáis, no seáis un estorbo.

Con un movimiento semicircular de su brazo abrió una línea de oscuridad por la que escapaban decenas de espinas. Abrí la boca en un jadeo mudo cuando el portal que había creado comenzó a susurrar mi nombre. Caminé en su dirección, hipnotizada. Extendí la

mano hacia la fina línea y la negrura me engulló. Escuché tras de mí los gritos de Onia y Axia.

El mar de negrura se concentraba en formas veloces que tiraban de mi cuerpo en ángulos imposibles. Sentí que me escupía a una nueva realidad, en un nuevo paisaje.

Aterricé de rodillas sobre la cumbre del volcán, en un terreno arenoso y gris, cubierto de ceniza y toxicidad. La superficie se extendía como una rampa de poca pendiente, y unos metros por delante se encontraba el cráter en el que debía de estar el portal. Axia y Onia cayeron de espaldas a través de la abertura, pero Nocte saltó con gracia y no se detuvo.

A nuestro alrededor cundía el caos. Las pesadillas que habían adoptado formas aladas cercaban el ojo del volcán, mientras su interior parecía retumbar con la furia de mil soles.

—Es Curia —dijo señalando el hueco del que procedía el ruido—. Temía que no hubiera resistido.

Cientos de seres de distintas formas, cada cual más amenazante, acechaban y pugnaban por entrar.

—Han sentido su llamada en cuanto la membrana se ha desestabilizado —explicó él. Creó un pasillo de sombras y apartó a todas las criaturas que se interponían en nuestro camino como si fueran insectos. Pero al alcanzar la boca del volcán, todo se complicó.

Los nizs empujaban para colarse por la hendidura del centro del cráter, que descendía como una chimenea, la misma por la que había intentado subir a mi llegada. Solo gracias a Nocte conseguimos apartarlos y avanzar para colarnos por una gran fisura. Las embestidas de las pesadillas habían mermado incluso la roca.

En un círculo, dentro de aquel pasillo que apestaba a azufre, un gran lobo defendía el portal con las garras y las fauces abiertas. Era

un varg mucho más grande que aquel al que yo me había enfrentado, pero Curia solo era una y, aunque los cadáveres a sus pies formaban una montaña, eran demasiadas las pesadillas que conseguían sortearla.

—Necesito llegar al portal e imbuir la reliquia con mi poder —explicó Nocte con la mirada calculando la mejor ruta.

Un jadeo me sorprendió por la espalda.

Me giré y vi a Onia desenvainando una espada para protegerse de los colmillos aserrados de una criatura con aspecto de gusano que la atacaba desde arriba.

Tanto ella como Axia eran dos fuegos en medio de la yesca.

La espada chocó en los dientes y le rasgó el labio, pero la bestia empujó contra la proyectadora. Onia columpió el peso de su cuerpo, incapaz de detener el ataque.

Desenfundé una de las dagas y la arrojé con velocidad. El filo soltó un destello, cortó la distancia que nos separaba y se clavó en el ojo del bicho, que se derrumbó sobre el cuerpo de Onia. Ella pegó un salto y consiguió esquivar el peso muerto entre resoplidos.

Alcé las cejas mientras Onia asentía en mi dirección. Ya estábamos en paz.

—Dejaos de distracciones —ordenó Nocte.

Avanzó desplegando sus sombras para abrir el camino, pero vi cómo se tambaleaba. Me adelanté y su costado recayó contra el mío. Le costaba mantenerse en pie, estaba más débil de lo que imaginaba.

—¿Cómo piensas meter tu poder en el reloj si no puedes ni sostenerte? —El pánico se filtró en mi voz.

Él cerró los ojos, recuperó la estabilidad y siguió avanzando.

—¿Se te ocurre otra forma?

Ni siquiera sabía por qué le importaba.

—¿Crees que funcionará?

Resopló.

—No tengo ni idea.

Por mis venas circuló escarcha.

Una bestia luchó contra sus sombras, que se elevaron como una barrera impenetrable. Estábamos muy cerca del portal, a solo un metro.

—¡Deja de usar tu poder, vas a agotarte! —le grité por encima del ruido infernal que nos envolvía.

—Hay que acercarse más.

Curia se volvió hacia nosotros y batió la ancha cola, rugió y se giró para atacar por el otro flanco después de reconocer a Nocte.

El príncipe se acuclilló frente al portal y dejó la reliquia en el suelo. La membrana ondeaba con un brillo apagado, como una estrella que se consume.

—Voy a bajar los escudos. Necesito que empecéis a proyectar para que nadie llegue hasta el reloj.

—En cuanto esas bestias vean la luz de la proyección se volverán locas —exclamó Onia.

—Pues encontrad un sueño lo bastante fuerte para contenerlas —replicó él.

El sudor bajó por mi columna.

Los iris negros de Nocte perfilaron mi rostro y yo asentí con determinación. Sus sombras bajaron, se replegaron sobre su cuerpo. Colocó las palmas abiertas encima del reloj y su oscuro poder comenzó a fluir. Las manecillas giraron con rapidez y el azul de las esferas se enturbió.

Pero Nocte estaba frente al portal y eran muchos los nizs que querían llegar hasta allí. Solo me quedaba una daga, y después del trato con Mandrágora no sabía qué podía esperar de mi proyección.

Dos pesadillas enormes como moles avanzaron hacia nosotras a la carrera, rugiendo. Sus cuerpos gelatinosos tenían un agujero en la frente, como un ojo inexistente. Curia estaba ocupada, con los dientes dentro de una bestia informe.

Axia sacó dos cuchillos de sus botas y los lanzó contra las masas viscosas, pero, aunque los filos dieron en el blanco, no desaceleraron.

Iban a arrollarnos.

Onia debió de pensar lo mismo porque con un movimiento veloz proyectó.

Un chorro de luz escapó entre sus dedos y colisionó contra las figuras, destrozándolas, arrancando sollozos de sus repulsivas formas.

Se hizo un silencio atroz. Las pesadillas se detuvieron. Buscaban la procedencia de la proyección, registraban el terreno en busca del enemigo. Incluso Curia interrumpió su ataque.

Tragué saliva, consciente de la tensión en los hombros de Nocte mientras volcaba su poder en la reliquia.

Todo volvió a la carga; en esta ocasión, contra nosotras.

Las bestias giraron y se amontonaron para alcanzarnos.

El mundo se tornó rojo tras mis ojos mientras todo cuanto se acercaba eran garras y dientes prestos para molernos.

Axia volvió a lanzar dos cuchillos y en esta ocasión derribó a dos criaturas.

—¿Cómo vamos? —le pregunté a Nocte, él respondió con un gruñido.

Maldición.

Onia giró sobre sí misma y clavó la espada en el cuerpo deforme de un niz al que le colgaba un ojo.

—Tenemos que proyectar juntas —les dije hundiendo mi daga en el pecho de una criatura con aspecto casi humano, de ojos rojos y brazos ramosos. No había acabado con uno y aparecía el siguiente —. ¡Ya!

Axia levantó las manos y una onda de luz brotó clara como el amanecer. Onia se sacó de encima a la criatura a la que acababa de matar e hizo lo mismo.

Me atraganté con mi respiración.

*Caminaba descalza por un bosque de cristales. Al fondo había una cúpula de luz blanca, palpitante como un corazón. Cuando entré, se transformó en una habitación sin puertas. En el centro había un estanque y en el agua estaba el rostro de Narrow. Me observaba con cariño. Me advertía de que no entrara en el agua si no quería ahogarme...*

La ceniza de mi brazalete se iluminó y el sueño se proyectó en mi cabeza. El sabor dulce me inundó la lengua al sentir la protección del único hombre que había actuado como un padre. La felicidad se extendió por mi pecho al verme reconocida como una más, sin distinciones, al percibir su aceptación, su cariño... Pero la ceniza inició el proceso de transferencia y el sueño se perdió dentro de mi cabeza. Para siempre.

El haz de luz chocó contra las pesadillas, destrozándolas como lo hacían los de Onia y Axia. Al principio creí que funcionaba, pese al trato con Mandrágora.

Por desgracia, enseguida sentí una resistencia. Una pieza que no encajaba.

Mi luz parpadeó; no tan despacio como para dejar pasar a las pesadillas, pero sí lo bastante como para conseguir que mi respiración se acelerara.

No. No. No.

El mundo giró bajo mis pies y me percaté de que estaba a punto de perder el control.

—¡¿Qué te ocurre?! —me chilló Axia. No le respondí.

Gruñó a mi izquierda y su luz cegadora suplió las carencias de la mía.

Yo era proyectadora, sabía cómo dotar de fuerza al proceso de transferencia. Me concentré, pero por más que me esforzara la pieza no casaba con el hueco, nada funcionaba.

Mi luz era inestable, y no porque el sueño no fuera lo bastante poderoso. Si no hubiera sido por Axia, no habría podido mantener a raya a las pesadillas que luchaban por avanzar hasta el portal.

—¡Lo tengo! —gritó Nocte. El alivio me acarició la mente exhausta —. Aguantad un poco más.

No vi cómo se dirigía al portal y depositaba el reloj dentro. Cada instante fue eterno. Apreté los dientes con rabia y el sudor se deslizó por mi frente y me escoció en los ojos. Las bocanadas quemaban. La respiración ahogada, superficial.

Mi sueño carbonizado, extenuado.

La vida se detuvo, la fuerza se ralentizó.

El aire vibró acoplándose al mecanismo del reloj. Un movimiento de sus manecillas, una nueva oportunidad.

Fue el reajuste previo al crujido que lo había corrompido.

Por un segundo, todo se paralizó.

El portal latió como un animal que se aferra a la vida.

Me atreví a mirar a mi espalda, sin bajar los brazos ni detener mi ataque. La membrana entre las columnas de cuerno resplandecía con una iridiscencia azulada, clara y profunda al mismo tiempo. Nocte lo contemplaba con la mirada lejana y los hombros saturados de jadeos.

¿Ya estaba?

Las pesadillas percibieron el cambio. Algunas se retiraron; otras rugieron de impotencia y atacaron con renovada furia.

Grité, incapaz de soportar más embestidas. Mandrágora había mermado mis poderes y por mis venas corría la sangre consumida, calcinada.

Quizá Nocte hubiera logrado imbuir de poder la reliquia e introducirla en el portal, pero estábamos perdiendo.

Curia aulló a nuestra derecha. Un líquido oscuro emanó de su pata, se derramó sobre la ceniza del volcán e hirvió desprendiendo unos gases negruzcos. Sus sollozos colmaron el viento repleto de los cascos de las bestias que golpeaban el suelo, del batir acalambrado de las alas y el olor a incienso.

Mi luz fue la primera en apagarse, seguida casi al instante por la de Axia. Habíamos terminado con la vida de todas las pesadillas que se habían acercado al portal, pero los sueños no eran infinitos, como tampoco lo era el poder que extraíamos de ellos.

Onia aguantó mostrando los dientes.

Gritó.

Gritó hasta que su cuerpo se venció y cayó de rodillas.

Detuvo el choque de su cabeza con las manos y el temblor se apoderó de sus músculos maltratados.

Las pesadillas se abalanzaron sobre nosotras con las garras extendidas, los ojos enfebrecidos y la saliva escapando entre sus dientes.

Entonces, el reloj resonó en mi cabeza, su eco mecánico vibró en el aire.

Un estallido de energía crujió desde sus entrañas como un monstruo hambriento. Restalló bajo nuestros pies como si la lava quisiera alcanzar la superficie. El aire se cargó de una electricidad tan fuerte que sentí cómo mis dientes chocaban.

—¡Curia! —llamó Nocte. En sus pupilas ardían el propósito y la fiebre. Colocó la palma extendida a los pies de la membrana—. ¡Ahora!

La guardiana aulló.

Las fauces abiertas de las bestias rozaban mi piel. Me lancé al suelo junto a Onia para esquivar la primera hilera.

Las sombras se levantaron del suelo y envolvieron a las criaturas como un ejército de oscuridad que respondía a la llamada de Curia. El poder de Nocte era devastador, inmenso como el aire, infinito como lo oculto e invisible.

Y el portal explotó.

Un alarido barrió el suelo, procedente de la membrana.

El vendaval se cargó de chispas, de furia.

Me tapé las orejas y un pitido trepó hasta mi cerebro e inutilizó mis músculos y mis sentidos.

La ceniza se metió en mi boca. Tosí y escupí; Axia se pegó a mi costado. Pasé un brazo por su nuca y la protegí con mi cuerpo del estallido de violencia que provocó el reequilibrio en el portal.

La magia se renovó y continuó su curso como si la hubieran reanimado.

El torbellino de ceniza amainó y me permitió abrir los ojos, que me escocieron como ascuas. Me los restregué con los puños hasta aclarar la visión. Los nizs habían desaparecido. El volcán parecía distinto, como si nos hubiesen trasladado a otro campo de batalla.

Curia renqueaba con una pata herida, pero sin pesadillas que la acosaran.

El silencio era asfixiante, solo el pitido molesto de mi cabeza coronaba mis jadeos. Me puse en pie con dificultad, mientras Axia levantaba a Onia y la sostenía con su cuerpo.

El portal fluía con una luz azulada distinta a la que reflejaba a nuestra llegada, pero no me paré a contemplarlo porque, a sus pies, Nocte estaba tirado sobre el suelo, de costado, con un brazo extendido y el semblante pálido y torcido en una posición extraña.

«No». Aquello fue todo lo que pensé.

Acudí a la carrera, con el cuerpo magullado y las ideas rotas.

Me dejé caer junto a él. Tenía manchas de ceniza en las mejillas. Las criaturas habían desaparecido, pero el precio...

Coloqué la mano sobre su pecho.

—Nocte.

No respiraba.

Tiré de su cuerpo hasta que su cabeza descansó en mi regazo.

Con los dedos busqué el pulso en su cuello, pero la calidez de su piel se había convertido en escarcha.

Su brazo resbaló al suelo.

No.

No.

—Por favor. —Me atraganté con mis propias palabras, con mi garganta reseca que no sabía cómo suplicar.

Más tarde me diría que él era nuestra única posibilidad para salvar a los humanos, que lo que presenciaron Onia y Axia no era más que el intento patético de una proyectadora dispuesta a lo que fuera con tal de cumplir con su deber.

En aquel momento, sin embargo, un sollozo escaló por mi garganta antes de que mi cabeza fuese consciente de lo que hacía, de lo que sentía mi pecho y que no se parecía a nada que conociera.

No había palabras ni emoción, solo dolor.

Las lágrimas difuminaron mi visión y se mezclaron con la lluvia. Las aparté con los puños cerrados y los dientes apretados. Era un dios, pero para mí había sido tan efímero como el paso de un

cometa, como el destello que te hace preguntarte si en realidad has visto una estrella fugaz.

Pero era un dios...

Le abofeteé la cara.

—¡Joder, despierta! —grité entre dientes, con los ojos rojos y la garganta rota—. Maldito príncipe presuntuoso. ¡Despierta!

—Pixy —la voz de Axia me llegó acolchada—, para.

Más lágrimas cayeron por mis mejillas hasta su rostro y yo seguía sin comprender por qué lloraba. Pero así, con los ojos cerrados y el ceño sin fruncir, parecía otro hombre, alguien más joven, más feliz.

No fueron sus labios abiertos ni su nariz manchada de polvo gris. No fue su cabello, tan oscuro como el mío, lo que me dio esperanzas. Fue una determinación arraigada en lo más profundo de mis entrañas. Una negación que me permitió afirmar, sin dudar, que si hubiera muerto lo sabría.

Me encorvé hasta que mis ojos se alinearon con su nariz.

—Nocte, juro que te lo contaré —le susurré confidente—. Te diré lo que siempre has querido saber de mi pasado, pero despierta. Despierta y te lo contaré todo.

Limpié con el dorso de la mano la ceniza, la arrastré sobre la frente y el hoyuelo de la barbilla, el hueso prominente de su nariz y las pestañas.

—Vamos...

Fue un movimiento tan leve... Si hubiera parpadeado me lo habría perdido. Su ceño se contrajo y me apretó el corazón, que saltó de adrenalina. No respiraba, estaba segura de que no respiraba, pero estaba vivo. Nocte estaba vivo.

—No ha muerto. —Mi voz sonó tan esperanzada que no obtuve réplica. Me giré hacia Axia y Onia, que me observaban desconcertadas.

Axia dio un paso hacia mí, aunque vaciló.

Si Nocte estaba bien...

Metí la mano en el bolsillo de la chaqueta y saqué el vial de atrium.

—Toma. —Se lo tendí. Así debía ser. Axia y Onia merecían tener la oportunidad de escapar, de volver a sus vidas.

Su rostro palideció. Caminó hacia mí y tomó el frasco con dedos temblorosos.

—¿Por qué tienes esto?

Negué con intensidad.

—Tómalo y cruza. —Fue su turno de negar—. Tu padre te está esperando. Axia, todos te están esperando —me corregí—. Tu madre, tu hermano. Tienes la oportunidad de hacer las cosas bien.

—¿Y tú qué? —La voz se le rompió.

Onia se adelantó con su vial en la mano. Me lo tendió y la sangre corrió por mis mejillas.

—Márchate con ella —me dijo. El peso de Nocte me ancló a la fuerza del volcán—. Yo no lo quiero. No hay sitio para mí entre los proyectadores, ya no.

Conocía la opinión de Onia, pero no esperaba que renunciara a escapar por mí.

—Puedes llegar al mundo humano —la animé—, sin el deseo de la Sombra no causarás más muertes.

Sus ojos se hundieron.

—No podemos saberlo, quizá esta maldición sea de por vida y no pienso arriesgarme. Mi sitio está aquí, luchando por hacer lo correcto.

Mis ojos bajaron al rostro en calma del príncipe. «Juro que te lo contaré. Te diré lo que siempre has querido saber de mi pasado». No volvió a moverse.

—Por favor, ven conmigo —me suplicó Axia, aunque eso supusiera dejar atrás a Onia.

El sudor se deslizó por mi columna y un escalofrío me secó la garganta.

Sus ojos estaban tan llenos de esperanza como los almendros blancos del valle de Llum. Nunca había sido capaz de negarle nada a Axia. Ella era mi motor, la fuerza que me hacía resistir las embestidas de la vida. Sin ella jamás habría sido proyectadora, ni siquiera habría conseguido levantarme de la cama.

Gracias a Terrent ya no habría más dolor, mi cuerpo estaba por primera vez bajo las órdenes de mi cabeza y no al revés. Las posibilidades eran ilimitadas y mi esperanza de vida más larga.

Pero el peso del deber era demasiado poderoso. No podía apartar mi responsabilidad y vivir con la muerte de miles de humanos en mi conciencia. No sabiendo que estuvo en mi mano ayudarlos.

Sin embargo, una nueva razón se encerraba en las profundidades de mi mente: no quería volver a las miradas de desprecio, a las palabras hirientes, a sentirme inferior; no quería esconder mi cabello ni cortarlo.

Toda mi vida había seguido a Axia. Había encontrado refugio en su apoyo, en su calidez, y le estaría eternamente agradecida.

Pero, por primera vez, cuestioné que mi hogar estuviera junto a ella.

Quería construir un futuro libre de ataduras, libre de la culpa y la rabia que me profesaba.

El brazo de Onia seguía extendido en una oferta silenciosa.

Mis ojos se llenaron de determinación y una súplica muda. Onia me examinó, frunció el ceño y lo comprendió, entendió lo que arrastraba con tan solo una mirada.

Abrió la mano y el frasco se estrelló contra la roca haciéndose añicos. El vidrio se partió en un crujido que supo en mi lengua como solo la libertad tiene el poder de vibrar, entre los dientes, dulce en las encías.

—¡¿Qué haces?! —estalló Axia. La empujó y la otra proyectadora se cruzó de brazos, aceptando el ataque—. Acabas de sentenciarla, ¿por qué lo has hecho? ¿Tanto la odias? —Se le encaró.

—Axia, no.

Sus ojos volaron hacia los míos, perdidos.

Exploró mi rostro y supe que no encontró rastro de duda.

—¿Qué estás diciendo? ¿Por qué querrías quedarte? —Se desesperó. Alzó los brazos—. ¡Esto es de locos! Tenemos que marcharnos antes de que alguien nos encuentre, antes de que Nocte despierte.

Miré al príncipe entre mis brazos y mis facciones se relajaron. Estaba bien, pero mi cabeza necesitaba repetírselo para alcanzar una fracción de serenidad. No descansaría hasta que lo viera despertar.

Axia bufó.

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué querrías quedarte aquí?

Las palabras murieron en mis labios porque yo ya había intentado explicárselo, solo que ella no había querido escucharme.

Ver a Axia destrozada me consumía, pero mi decisión estaba tomada desde hacía días.

—Es mi deber...

Ella resopló.

—No, no tienes el deber de arriesgar tu vida aquí.

—Soy proyectadora —resolví con calma, omitiendo que aquello era lo que Narrow llevaba exigiéndome desde mi entrada en la sociedad Hypnos. Omitiendo que, tras mi trato con Mandrágora, había perdido mis poderes.

—¿Y yo no lo soy? —espetó con dureza. Sus dedos se volvieron blancos en torno al atrium.

—Claro que sí, pero tú tienes un futuro más allá de Fosc, tienes más propósitos aparte de servir a la sociedad. Yo no. Y ella tampoco. —Señalé a Onia. Junté las cejas esperando que lo comprendiera y lo intenté de otra forma—: Necesitamos que te marches e informes a los demás de lo que ocurre aquí. Deben prepararse por si Terrent o Somna vencen a Nocte.

«Por si Onia o yo no podemos evitar ganar en este torneo insidioso a quien te sustituya», pensé. No sabía qué nos esperaba en la segunda prueba, aunque Nocte había dejado claro que se celebraría, y si resultaba ser tan sibilina como la primera...

—Mi deseo a la Sombra te pone en peligro —añadí. Apreté los labios y negué con la cabeza—. Sabes que no lo hice a propósito, pero es una señal más de que debes marcharte.

Axia arqueó las cejas con expresión culpable. Su mirada me recorrió, cargada de inquietud. Sus hombros se tensaron y el cristal del vial crujió en su puño.

Alzó la botella hasta sus ojos...

Y la dejó caer.

El cristal chocó contra la roca volcánica y se quebró con un sonido seco y desgarrador. El atrium se filtró por sus poros agrietados, como esperanza sobre la ceniza.

Inhalé con los ojos desorbitados y la boca desencajada.

El aliento se atascó en mi garganta y formó un nudo con mi voz.

Sus iris pálidos centellearon con decisión antes de decir:

—Si tú no te vas, yo tampoco.

El estómago se me encogió. Entendí que no había vuelta atrás.

Un zumbido desde el portal disparó mis pulsaciones.

Mis nervios se incendiaron a la espera de un nuevo ataque. Tensé los músculos y mi cerebro comenzó a pensar en mil formas de proteger a Nocte.

Axia y Onia adoptaron poses defensivas, pese a que se habían quedado sin armas.

La membrana se combó, como si soplaran desde el otro lado, y una silueta empezó a cobrar forma entre las ondulaciones.

Unos ojos aguamarina, temerosos y confundidos, nos recorrieron a las tres. El cabello blanco se meció por la suave succión del portal cuando sus dos pies se posaron sobre la roca volcánica.

Una sonrisa indecisa asomó a sus labios.

Y mi mundo se partió en pedazos.

# 33

# Baile de sombras

> Nuestras pasiones más inexplicables encuentran su razón de ser en los sueños.
>
> *Lo oculto tras el espíritu*, IKURA KAMI

Pese a todo cuanto había dado Nocte durante la batalla, su dormitorio estaba sorprendentemente tranquilo.

Las paredes eran de un azul oceánico precioso y el techo centelleaba gracias al pan de oro que dibujaba centenares de estrellas. En una de las esquinas había una enorme columna de cristal llena de agua, tras la que nadaban animales marinos. Me quedé observando los tentáculos de una medusa fluorescente que llevaba horas deslizándose en vertical. Su movimiento me vació la mente de pensamientos molestos.

Somna había abierto un conducto tras la batalla en el portal, aunque no había cruzado. Fénrix fue quien se tomó la molestia de recoger nuestros pedazos y conducirnos de vuelta al castillo, a los cuatro... y a un nuevo integrante.

El carraspeo de Fénrix me devolvió al presente, pero no logró que apartara la mirada del acuario, pese a que sentía sus ojos como dagas sobre el perfil de mi cara.

Soltó un suspiro.

—No le importará que no estés aquí cuando despierte. —La voz de la mujer era tan siseante que por mis brazos corrió un escalofrío.

Giulia estaba sentada a los pies de la cama. Cuando los hombres de Fénrix habían cargado el cuerpo inconsciente de Nocte, mi mundo había girado sobre su eje y se había colocado bocabajo en un esperpento carente de lógica. Alguien con el poder del príncipe no debía ser arrastrado, ni siquiera en volandas. Sabía que despertaría, que solo necesitaba reponer su energía. Pero cada segundo mi corazón aullaba, y yo no quería ser consciente de la causa; sin embargo, tampoco había sido capaz de coger la puerta e irme. Me había limitado a observar cómo Giulia le quitaba la camisa, envolvía su cuerpo entre las sábanas de su cama y le extendía los brazos en forma de cruz. Con los dientes cada vez más apretados, el cuerpo anegado en tensión y los sentidos exacerbados por la ausencia de opio.

—¿Me has escuchado? —espetó con tono desdeñoso. Ni siquiera la miré, poco dispuesta a reconocer su presencia—. ¿Por qué permites que se quede? —lo intentó con Fénrix.

—Thaumiel, ¿y yo qué quieres que haga? —la llamó por el que debía de ser su apellido.

—¿Con qué derecho se cree a estar aquí? Si el rey viviera la mandaría azotar hasta borrarle el nombre y, de estar consciente, el príncipe jamás se rebajaría a compartir aire con algo tan vulgar.

Él soltó otro suspiro. Me dolió la mandíbula por la presión de mis muelas.

No consentiría que nadie me dijera dónde debía estar. Y lo único que sabía era que estaba en el lugar correcto. Sin preguntas.

Unos pasos se acercaron despacio. No me moví.

—Pixy —lo intentó Fénrix.

Me revolví sin que me hubiera rozado y salté como una pantera.

—Que os jodan a los dos. Meteos en vuestros asuntos.

Mi cuerpo destilaba tanta rabia que la mandíbula de Fénrix se descolgó y retrocedió de espaldas.

La piel de Giulia se tornó un tono más pálida.

—Siempre tan agradable. —La voz de Nocte bajó por mi columna como un mareo. De mi boca escapó un aliento que no sabía que estaba conteniendo.

Palpé su rostro en la distancia, a través de la neblina de preocupación de la que no me desprendía. Él se incorporó con esfuerzo sobre los antebrazos y se dejó caer contra el cabecero de roble. Tenía los labios entreabiertos, más suaves de lo normal, y el ceño menos fruncido.

Fénrix giró el rostro hacia su príncipe y Giulia se inclinó sobre sus piernas, marcando los tobillos bajo las sábanas. Pero yo me quedé congelada, con los ojos de Nocte en los míos.

—No deberíais hacer esfuerzos —le urgió Giulia, ganándose una sola mirada de desprecio del príncipe antes de que sus iris negros me recorrieran de nuevo el cuerpo, examinándome, como si buscara más allá de cuanto iluminaba la luz. Sentí que me desestabilizaba y me mantuve firme por pura fuerza de voluntad.

El ambiente se cargó con las palabras silenciadas que corrían como mareas entre nosotros. Eran demasiadas, tan fuertes que noté cómo me arrastraban a los pies de la cama, más cerca de Giulia de lo que jamás hubiera escogido estar, si a esas alturas fuera capaz de decidir nada.

La forma en la que me miró me calentó las mejillas y mi estómago aleteó como si dentro anidaran cientos de insectos.

—Majestad, tenemos que dejar constancia de lo ocurrido —empezó Fénrix. Lo fulminé con la mirada.

Nocte levantó un dedo que lo silenció. Su mirada me recorrió las mejillas y la curva apretada de los labios. Se suavizó, y mi respiración se volvió superficial.

Giró el dedo que había levantado para callar a Fénrix y lo flexionó para que me acercara.

Di un paso tembloroso, sumida en una niebla que solo me permitía verlo a él. Había pocas personas importantes en mi vida y estaba convencida de que Nocte no era una de ellas. Más tarde me diría que su forma de comportarse frente al portal había despertado en mí una gratitud arrolladora, pero, en aquel instante, estaba inmersa en todo cuanto me quisiera ofrecer, porque una parte de mí se había quebrado, aterrorizada, al verlo tendido sobre el suelo.

—Dadnos un momento —dijo con un tono ronco que vibró por mi cuerpo.

Aparté la vista de él el tiempo indispensable para observar a Giulia con una expresión entre divertida y retadora. Esperaba que algún espíritu podrido le destrozara la mente en sueños. Pero en cuanto me volví hacia Nocte dejé de pensar en ella o en la mueca que compuso Fénrix mientras abandonaban la estancia, enfrascada como estaba en un choque de miradas que mantenía mi tensión al límite.

Cuando oí la puerta encajar en el marco, me acerqué con precaución al lateral de su cama. Él dio unos golpecitos sobre las sábanas oscuras y yo ni siquiera pude recordar por qué debía repugnarme aquel color ciruela.

Me senté.

—Te quedaste sin sentido —dije, incapaz de aguantar la intensidad de su mirada.

—Tuve que renunciar a una fracción de mi poder para que el reloj equilibrara el portal.

—Espera, ¿has dicho «renunciar»? ¿Has perdido una parte de tu poder para salvar el mundo humano?

Los pensamientos, las ideas sin respuesta se agolpaban en mi cabeza. ¿Por qué un príncipe de las pesadillas haría un sacrificio tan grande por los humanos? Ni siquiera creía que muchos ilúricos estuvieran dispuestos a considerarlo.

Nocte dejó caer la cabeza contra el cabecero y miró el techo estrellado. Soltó un suspiro.

—No sabes nada sobre mí, sobre mi propósito o lo que estaría dispuesto a hacer. —No sonó a reproche; más bien, el pesar se filtró en su voz con un deje calmante.

Me humedecí los labios y apreté los puños, que descansaban sobre mis rodillas.

—Pues cuéntamelo.

Una sonrisa irónica se dibujó en su boca.

—Qué hermoso sería pensar que existe algo de bondad en mí, qué liberador, ¿no?

Negué frunciendo más el ceño.

—Quiero comprenderlo, pero no me lo permites. Basta de juegos.

Me miró aún con la cabeza apoyada, bajando los ojos hasta los míos.

—Pregunta. Te responderé con sinceridad.

Me mordí el labio con fuerza antes de decir:

—Dime, entonces, ¿por qué lo has hecho?

Nocte se removió y se inclinó hacia delante, más cerca de mi cuerpo. Su mano descansó junto a la mía, reavivando mis nervios.

—Ellos poseen algo que yo siempre he anhelado. Muchos no lo valoran, aunque la mayoría sabe que no podrían vivir sin él.

—¿Una nueva adivinanza?

Él negó despacio.

—Un día te lo mostraré. Pero eso que tienen, ese privilegio que se les ha concedido, es el motivo por el que no puedo permitir que desaparezcan.

—¿Has renunciado a parte de tu poder porque anhelas algo que tienen los humanos?

En esta ocasión asintió.

—Porque merece la pena.

Busqué en su rostro aquello que postergaba, entre los surcos de sus labios, los iris oscuros que centelleaban a la luz de las velas, las pestañas plateadas en las puntas. Todos los ángulos en sombra. Eso era Nocte, un sinfín de tinieblas que ocultaban la luz que le ardía por dentro, tan deslumbrante que me pregunté cómo podía haberme pasado desapercibida.

—¿Qué ocurrió con las pesadillas? ¿Cómo consiguió Curia librarse de ellas? —aproveché su disposición para responder.

—Yo estaba débil tras imbuir de poder al reloj de Bosco, pero no iba a tolerar que mi gente muriera por haber reequilibrado el portal, así que activé el poder de Curia y ella se encargó de trasladarlos a un lugar seguro.

Se desgastó ayudando a su gente.

Sin permitirme darle más vueltas pregunté:

—¿Activaste su poder?

—Es como una carta oculta en la manga de un mago. Solo mis hermanos y yo podemos avivar esa fuerza en Curia.

Asentí sin comprenderlo del todo.

—¿Por qué dices que hubieran muerto? Juraría que éramos nosotras las que estábamos en peligro.

Sus ojos relampaguearon.

—Al equilibrarse el portal no habría permitido el paso a esa cantidad de pesadillas, las hubiera calcinado antes de llegar a las

columnas de cuerno.

Tenía sentido; al fin y al cabo, eso es lo que significaba el equilibrio del portal.

Un recuerdo se cernió sobre mí y me pesó en la lengua.

—¿Por qué quieren escapar? —La pregunta quemó en mis labios. Sabía que era contraria a todo cuanto me habían enseñado en la logia, y Nocte también lo sabía.

Era consciente de lo que implicaba: reconocer ante él y ante mí misma que las pesadillas no actuaban guiadas por una maldad pura, que no tenían como fin destruir el mundo humano, a pesar de que fuera el efecto de sus decisiones; que se movían por motivaciones, como nosotros.

Alzó las cejas y su mirada se intensificó.

El silencio cayó entre nosotros mientras me escrutaba, diseccionando mi rostro en busca de aquello que había cambiado, solo interrumpido por el crepitar de las llamas que nos iluminaban. Pero tomó la decisión de hablar.

—En este mundo obtenemos el poder de nuestras pesadillas. A veces puede resultar devastador. ¿Imaginas lo que es tener solo tu dolor y tus miedos para defenderte cada día? Convertir el terror en fuerza es mucho más difícil de lo que parece. —Lo dijo con tiento, como si temiera asustarme. No sabía de mi trato con Mandrágora ni de lo mucho que había trastocado mi futuro.

Bajé la vista a mis puños, descongestionados, y extendí las palmas. Tenía un arañazo en el dorso que debía de haberme hecho durante la batalla.

—¿Qué te ocurre? —preguntó. Sentí que mis latidos se aceleraban.

No tenía por qué confiar en él, pero lo hacía. Sus palabras eran diques, aunque repletos de agujeros por los que se filtraban sus

actos y demostraba... demostraba tanto que, a pesar de las advertencias de otros, de él, solo pude inspirar hondo y sincerarme. Porque Nocte se había convertido en la única persona que miraba más allá de mi piel, que barría mis entrañas y se internaba en mi cerebro, que se tomaba la molestia de desentrañarlo. Y quizá fuera el miedo arraigado a la pérdida, quizá fuera el impacto de haberlo visto inconsciente, pero su nombre era el único al que podía encomendarme para sobrevivir a lo que estaba por venir. No confiaba en Terrent, mucho menos en Somna, y no creía que Morf pudiera ayudarme.

—Hice un trato con Mandrágora —dije a media voz. Su ceño se profundizó.

—¿En qué consistió?

Tragué saliva y eludí su mirada.

—Renuncié a mi capacidad de soñar a cambio del reloj.

Sentí la tensión que se instauró en su cuerpo a través de las sábanas, se condensó en el aire de la habitación y las llamas de las velas crepitaron con más fuerza.

—Parece que no soy el único que se ha sacrificado por el portal.

Levanté la mirada despacio y lo encontré con la mandíbula tensa y los labios entreabiertos y húmedos. Me detuve un instante de más en ellos antes de apartar los ojos hacia mi regazo.

—Mandrágora me dijo que sobreviviría usando mis pesadillas. —La vergüenza me recorrió en oleadas de calvario. No podía creer que estuviera diciendo aquello en voz alta. Si Axia me escuchaba... Pero Nocte no me juzgó, él ya sabía lo que me esperaba entre la neblina de la noche.

—No sabes cómo hacerlo, ¿verdad? —preguntó con suavidad. Yo negué.

No me engañaba, sabía que para Nocte esa era la oportunidad perfecta para hacerme perder el torneo; solo tenía que negarse a enseñarme a usar aquellos poderes nuevos y, según había podido comprobar frente al portal, Onia y Axia lo tendrían sencillo para vencerme.

Mis planes no habían cambiado: no pensaba permitir que nada malo le ocurriera a Axia, mucho menos después de que se hubiera quedado por mí; pero no me seducía la idea de verme desprotegida en aquel reino de enemigos.

Los dedos de Nocte me acariciaron la barbilla y la levantaron buscando mis ojos. Mis pulmones se vaciaron y mi pecho se incendió. Separé los labios en una súplica muda y él asintió. Su mirada me recorrió desde el nacimiento del cabello hasta aquel punto que ardía en contacto con sus dedos.

Un muro de acero tapó el candor que habían irradiado sus pupilas. Nocte apretó los dientes como si le costara mantenerlo; sin embargo, el hielo se impuso y el frío calculador regresó a su rostro.

—Júrame que dejarás ganar a Axia, aunque te cueste la vida, y yo te enseñaré a usar esos nuevos poderes.

Me costó tragar saliva con el mentón alzado. Sentí que el nudo que me envolvía la garganta se aferraba a mi laringe.

Las sombras de Nocte se volvieron más oscuras, pero también las mías, y bailaron al compás de la melodía que él marcaba, de los silencios que gritaban.

—Lo prometo.

# 34

# Reencuentros

> Entrada del 3 de enero. No creo que Pixy sea mejor que yo, solo se esfuerza más que el resto.
>
> *Diario de Axia*, año 1992 d. O.

Le había mostrado a Nocte la fotografía que había sacado del archivo en la que aparecía el hombre que creía haber visto en el cementerio, huyendo del primer asesinato. Él la había tomado entre sus largos dedos y se había puesto en pie alegando tener compromisos pendientes. No sabía si su extraña reacción se debía a que había reconocido al hombre de la fotografía o si la demanda de Fénrix sobre dejar constancia de lo acontecido frente al portal pesaba entre sus obligaciones.

Lo que sí sabía con certeza era que, en cada esquina, mi corazón se aceleraba al pensar que podía encontrarme con la figura que había salido del portal. Aparté su recuerdo y apreté el paso hacia el lugar en el que unos sirvientes me habían indicado que estaban los calabozos.

Agarré la verja de hierro y tiré de ella con un fuerte chirrido para acceder a la parte más oscura del castillo.

Pasé por varios controles antes de detenerme frente a una celda inmunda y tan gris que ni las sombras parecían tener fuerzas para

entrar. En su interior, en el suelo, dos rostros amoratados me devolvieron la mirada.

—¿Merecía la pena arriesgar la existencia de los humanos para terminar así? —El silencio envolvió mis palabras.

Me acuclillé y mantuve el equilibrio agarrada a dos barrotes.

La cara de Yust era una masa inservible que albergaba distintos tonos morados; el de Will seguía los mismos patrones de maltrato, pero la sangre llegaba hasta los pantalones cubiertos de mugre.

Los gemidos resecos me indicaron que les dolía incluso pestañear.

—Nadie que se haya enfrentado a la corona de sombras ha llegado tan lejos como nosotros. —El labio de Will se partió y sangró al hablar.

—¿Y para qué os ha servido?

Yust soltó una risa ácida.

—Tú has llegado con las aguas mansas. No sabes cómo era ser ilúrico en los tiempos del rey Oddeus, la persecución a la que nos sometían, el hambre, los cuerpos desapareciendo en la noche.

Escupió sangre en el suelo. Sus dientes estaban teñidos de rojo.

—¿El padre de los príncipes?

Él asintió.

—Con su muerte dejaron de cazarnos, y con los príncipes ocupados luchando por el trono era el momento perfecto para contratacar.

—Pero todos en Vindicta no sois ilúricos, ¿no es cierto? —dije pensando en Samth.

Will negó.

—El grupo original empezó siéndolo: refugiados, caídos, deshechos del mundo de los sueños. Pero nos hicimos grandes y fuertes gracias a otras pesadillas que buscaban derrocar la Corona. Oddeus se ganó muchos enemigos con su política de terror.

Tamborileé sobre los barrotes con las uñas.

—¿Qué hay del contrabando? ¿Y de los asesinatos?

—Ya te lo dijo Yust: nosotros no matamos humanos, ¿de qué nos serviría? Respecto al contrabando, fue nuestra forma de acercarnos al castillo. Te sorprendería la cantidad de ocasiones en las que han contratado nuestros servicios. La princesa adora las plantas prohibidas, Terrent posee una colección exótica de huesos y el príncipe de la noche hace todo tipo de encargos para acabar con sus enemigos.

Un escalofrío me bajó por la espalda. Rememoré a través de la neblina el último encuentro en su casa.

—Me dijisteis que Fénrix os hizo un encargo para mí, ¿qué era?

Yust se encogió de hombros.

—Fuimos solo intermediarios; nos mandó recoger un frasco con un líquido verde, como hierba triturada, junto a la posada del embarcadero. Hay un anciano conocido por sus pócimas.

—¿Eso fue lo que le trajisteis cuando os encontré? —Asintieron—. ¿Y qué es?

—No lo sabemos.

Fruncí el ceño y me pasé la lengua por los dientes superiores. La idea de que Nocte me tuviera preparada una sorpresa me inquietó.

Los observé, demacrados, con una sospecha abrasiva en mis pupilas.

—No nos creas si no quieres. No nos queda mucho tiempo, somos conscientes de que moriremos en cuanto se les ocurra la forma de dar ejemplo con nuestros cuerpos.

Me mordí el labio y me puse en pie con un gruñido.

—Una cosa más, si vuestra existencia había cambiado tras la muerte del rey, ¿por qué tensar las cuerdas atentando contra el castillo? ¿No pensasteis que podríais fracasar?

El brillo apagado en los ojos de Will se volvió frenético.

—Contábamos con fracasar. Los cambios los propician las revueltas de gente dispuesta a todo con tal de progresar, no de sobrevivir. Podíamos perder, pero existía una mínima posibilidad de ganar, y teníamos que aferrarnos a ella. Nosotros queríamos un espacio en este mundo, un respeto, justicia. —Su voz se endureció.

—¿Aunque costara la vida de millones de humanos? —inquirí con rostro pétreo.

Yust me devolvió la mirada vacía.

—Aunque costara la vida de las tres esferas. Los nuestros son nuestros, el resto nos sobra.

Apreté los dientes con fuerza. Quizá la sociedad los había escupido después de masticarlos, pero ellos habían escogido pasar por encima de demasiadas vidas, por un fin loable aunque desmedido.

Di un paso atrás, pero la risa de Will me retuvo.

—No nos has preguntado por lo más vital para ti.

Un estremecimiento me llegó hasta los tobillos. Devolví una expresión confusa, pero mi interior no se engañaba. El dolor generalizado en mi cuerpo, aquel por el que gemía al incorporarme, el sudor permanente en mi nuca y la cantidad de horas que llevaba sin pegar ojo eran un reflejo claro de lo acostumbrada que había llegado a estar al opio, de lo mucho que notaba mi organismo su ausencia.

Di golpes con la puntera de la bota sobre el suelo. El estertor burlón de Yust me conminó a abandonarlos en su miseria. Sin embargo, mis pensamientos se habían precipitado a la deriva tras una mera insinuación. Sentía la sangre arder en las venas y calentar en exceso mi piel, y no fui capaz de alejarme.

—No podremos continuar suministrándote desde aquí, como imaginarás —dijo Will con la mano derecha sobre el pecho y la

izquierda extendida, señalando el habitáculo. Sus ojos se tornaron pérfidos. Me mordí el labio inferior hasta que el sabor del cobre me inundó la boca—. ¿Cuánto necesitas esa droga, Pixy?

Me negué a separar los labios, no confiaba en lo que saliera de ellos.

Un ardor me recorrió la garganta.

No la necesitaba. Aquel era el instante idóneo para abandonar el opio, para alejarme de unos malos hábitos de los que ya no precisaba.

Pero ¿qué ocurriría si Terrent se arrepentía y me devolvía el dolor? Sabía que, tras mi ofensa frente a la corte de los susurros, tanto él como Somna estarían esperando el momento idóneo para castigarme. ¿Sería esa mi expiación? ¿Resistiría?

Froté los dedos de mis manos pegajosas. Existía la posibilidad de que lo necesitara de nuevo; para soportar mi propia existencia, para no volver a desear la muerte a cada paso.

Nadie esperaba que cortara de raíz con la adicción. Además, ¿a quién le debía explicaciones?

«A nadie», me dije. Lo que hiciera, la decisión que tomara, me repercutía solo a mí, yo sería la única afectada.

¿Tan horrible sería? Una vez más.

Solo una.

—¿Qué queréis? —No reconocí mi voz. El ansia había tomado las riendas de mi voluntad. Había machacado mi carácter hasta convertirme en una cáscara vacía.

Una sonrisa lenta se extendió por el rostro de Will.

—Sácanos de aquí. —El pulso me martilleó en los oídos, pero ya no sabía si era producto de la abstinencia o de sus palabras—. Sabes cómo hacerlo: consigues la llave, dejas inconscientes a unos cuantos guardias y tienes suministro garantizado. Te lo prometo. Nosotros

nos marcharemos de la ciudad, por supuesto, pero dejaré encargado a un amigo para que no te falte de nada. El opio que poseo quedará a tu disposición.

Recorrí su semblante repentinamente serio.

Era una cuestión de negocios. Un intercambio entre su libertad y mi condena.

—Piénsalo —intervino Yust—, nosotros moriremos, pero ¿qué te reportará eso a ti? Imagina lo que podrías hacer con nuestras reservas de opio. Tendrías para darte un festín.

¿Cuánto tendrían almacenado? ¿Cuántos días podría postergarlo antes de que se terminara?

El espasmo en mis hombros se hizo evidente. Evitaba pensar en los síntomas de la abstinencia desde antes de la batalla en el portal, aunque de nada servía seguir negándolos o resistirme.

No sería capaz. Si debía reconocerlo ante mí misma, en voz baja, en susurros, diría que jamás lo había conseguido.

—¿Qué haréis si os suelto? —La reacción de ambos fue tan desesperada que calentó el aire. Sabían que estaban más cerca de la libertad.

—Nos reagruparemos lejos de aquí. Dejaremos que las aguas se calmen.

No estaban dispuestos a parar.

No me engañaba, sabía que no estaba bien, pero la decepción solo aparecía tras satisfacer el ansia, no antes.

Los pasos del guardia que iba a realizar el cambio de turno resonaron entre los muros de aquella prisión de roca y hierro. Mi respiración se volvió irregular. Ellos tenían razón, solo debía dejarlo inconsciente y arrebatarle una llave.

Los rostros de los contrabandistas desprendían una intensidad tan magnética como un camino de baldosas amarillas. Me mordí el labio

reabriendo la herida y dirigí la vista al final del pasillo, donde el nuevo guardia tomaba el manojo de llaves del que se marchaba y se lo colgaba de la cinturilla del pantalón. El tintineo metálico resonó en mi cabeza con más fuerza de la que debería. El otro se alejó.

—¿Tenemos un trato? —presionó Will.

Di un paso atrás y mi espalda tocó el muro. Las yemas de mis dedos hormigueaban y la garganta me picaba en carne viva.

Asentí, febril.

Solté el aire con un propósito y, sin darle más vueltas, fui directa hacia el guardia.

Sería rápido: un golpe en la nuca y las llaves en mis manos. Era el momento perfecto.

Los ojos del niz me recorrieron con desconfianza conforme me acercaba.

Choqué contra su costado.

El guardia gruñó y me miró con desprecio.

Un movimiento suave y las llaves estaban en mi poder. Apenas sonaron entre mis dedos. Las apreté contra mi costado, el que quedaba fuera de su alcance.

Di unos pasos para ponerme a su espalda.

Con un movimiento rápido podía dejarlo inconsciente y obtener mi opio.

Pero el frío en mi palma fue como un calambrazo en mi sistema nervioso.

*El cuerpo de Nocte sobre el suelo después de equilibrar el portal.*

*El cristal del atrium reventando contra el volcán.*

*Las vidas del mundo humano pendiendo de un hilo.*

Mis pasos se detuvieron y un silencio ensordecedor me envolvió.

No les importaban las consecuencias para los humanos.

Reconocían haber atacado siendo conscientes de sus escasas posibilidades y, aun así, habían estado dispuestos a sembrar un mundo entero de muerte con tal de posicionar a los miembros de la sociedad Vindicta por encima de la Corona.

La tensión entre lo que debía hacer y lo correcto tiró de mi pecho y lo llenó de ácido.

Apreté el puño en el que sujetaba las llaves hasta que sus dientes me laceraron la piel.

—Oye, ¿qué haces ahí? —La voz del guardia no me templó el cuerpo, que se había convertido en una estatua de hielo.

Mis pulsaciones se dispararon.

Merecía la pena arriesgarme y no renunciar al opio, no por ahora. Aún no estaba preparada.

Pero ¿qué consecuencias tendría dejar libres a Yust y a Will? ¿Volverían a actuar? Sabía que sí.

—Chica, ¿es que no me escuchas? —La curiosidad del guardia se convirtió en sospecha. Escuché cómo acortaba la distancia.

Decisiones.

No había tiempo.

Sentía la presencia del guardia a mi espalda como un gigante frente a una hormiga. Yo era la hormiga...

Liberarlos y sucumbir o condenarlos y resistir.

Tragué saliva amarga al tiempo que me agachaba.

Con el corazón en la garganta, fingí coger las llaves del suelo y se las tendí al guardia.

—Hay que ir con más cuidado. —Él las miró con horror y bajó la vista a la cinturilla en la que deberían haber estado colgadas—. Podrían haber caído en malas manos.

Las tomó con un improperio, me miró con recelo y se alejó.

Solté el aire a trompicones. Decisiones...

Desde allí no se veía el interior de la celda de Will y Yust, así que me giré y me prometí no dedicarles mi compasión.

Recorrí los últimos metros de los muros de la prisión envuelta en la incertidumbre de cómo iba a apañármelas en adelante. Pero cuando salí a las ornamentadas paredes del castillo, lo hice con una sonrisa en los labios.

Por primera vez, había sido capaz de decir «no».

Una calidez se extendió por mi pecho, la reconocí de forma lejana: era orgullo.

Asentí para mí.

«Esto que siento y que reclama con desesperación que lo alimente pasará. Solo tengo que aguantar. Aguanta». Fue una súplica y también una orden; una más dura de lo que lo había sido nunca antes.

Pasé junto al patio abierto en el que estaba la lavandería. Los arcos superiores remataban sus ondas en una plegaria al infinito crepúsculo del cielo.

Las voces llegaron a mí antes de que pudiera esconderme.

Apoyados en la fuente superior, que se encontraba vacía de sirvientes y telas, estaban Axia, Onia y él.

Como amigos que se reencuentran y se disponen a pasar el rato.

Apreté los puños y viré para ocultarme tras las sombras de las columnas, pero gritaron mi nombre.

No quería acercarme. La ansiedad trepó por mi cuerpo y se enroscó en mis costillas como una víbora.

Extendí las palmas magulladas y el dolor me calmó la mente.

Con un suspiro, me giré y los enfrenté.

Janos.

Cuando salió del portal mi mente no estaba preparada para asimilar su presencia.

Estaba apoyado contra el mármol con una sonrisa molesta dibujada en los labios, cómodo en su piel. Sus ojos aguamarina me recorrieron el cuerpo mientras me acercaba y se clavaron en mi cabello suelto. Tragué saliva, pero el nudo no bajó por mi garganta. Tenía la piel tan blanca que parecía traslúcida, el mentón prominente en un rostro ovalado, que reflejaba seguridad a pesar de encontrarse en territorio enemigo. Una de las mangas de su camisa estaba arremangada, mostrando una venda alrededor del músculo.

Me planté frente a él y todo cuanto había elucubrado ante Mandrágora se tambaleó en mi cabeza. ¿Sería posible que hubiera errado mis emociones o se debía a la fuerza de la costumbre? No recordaba un instante en el que Janos no me hubiese afectado. ¿Era su presencia la que me trastocaba o había un sentimiento más fuerte enterrado debajo? Y, de todas formas, ¿cómo es que le permitían vagar a sus anchas por el castillo?

—Cuanto tiempo, Pix. Te veo cambiada. —Su voz fue un golpe en el pecho.

Asentí porque, más allá de llevar el cabello negro y suelto como una cascada de sombras, sí me sentía distinta. Mandrágora me había arrebatado la capacidad para soñar, los asesinatos de humanos seguían siendo un misterio sin resolver y el portal pendía de un hilo tras usar el reloj para equilibrarlo.

—En el reino de las pesadillas o cambias o mueres —respondí, demasiado irritada como para mostrarme amigable.

Su mirada se intensificó; la mía descendió hasta el vendaje de su antebrazo.

—Un encuentro feo con un niz en mi primer día —explicó alzando el brazo para que lo viera—. No te preocupes por mí, he encontrado la forma de eludir los problemas, no es como si a los príncipes les importara mi presencia.

No me molesté en decirle que no me preocupaba en absoluto. Lo ignoré y me giré hacia Axia. La tensión que emanaba era un espectro denso alrededor de su cuerpo.

Había renunciado a escapar por mí y me dije que encontraría el momento para mantener una conversación a solas.

—Janos nos estaba contando que Narrow lo ha enviado para buscar a Axia —aclaró Onia.

Una parte de mí había esperado que Narrow también me buscara a mí. Aquel era justo el motivo por el que había decidido quedarme en Fosc: él nunca alcanzaba mis expectativas, y yo estaba cansada de sus desprecios. La ligereza que me envolvió tras haber perdido el sueño de que, al fin, me protegiera me cubrió de paz.

Comprendía que hiciera todo cuanto estuviera en su mano por salvar a su hija, pero ¿en qué me convertía eso? Solo en un daño colateral, una pérdida que no había servido al objetivo de rescatarla. En el fondo, me dije, había fallado. Debería haber actuado de forma distinta. Quizá, si hubiese hablado con Axia, la habría convencido para marcharse. Quizá, si lo hubiera hecho mejor, sus ojos no estarían en ese instante clavados en el suelo como si pudiera atravesarlo.

—Parece que también la has encontrado —me dirigí a Janos con una ironía macabra.

Me observó con el ceño fruncido.

—¿Cómo habéis podido estar todo este tiempo aquí? —increpó.

La rabia hirvió en mi sangre, desmesurada, incontenible.

—¿Estás insinuando que no hemos intentado escapar?

Poner a salvo a Axia había sido mi prioridad desde que crucé el portal. Me había interpuesto entre ella y una espada con veneno, había cedido ante Nocte y Somna para garantizar su seguridad y había robado el atrium para ella. Solo me había faltado empujarla

por el maldito portal, y quizá lo habría hecho si no hubiera estado soportando en mi regazo los restos quebrados de Nocte.

Janos alzó las palmas.

—Solo digo que ha pasado mucho desde que te fuiste. Narrow estaba desquiciado tras esperar tanto tiempo a que regresaras con Axia, así que técnicamente estoy aquí por tu incompetencia.

Comencé a verlo todo rojo. Me había olvidado de cómo era sentir sus desaires. Los labios me temblaron de furia y la garganta me escoció con más fuerza que en los calabozos.

—¿Y no te habrá elegido porque eres responsable de que Axia haya acabado aquí? ¿Acaso hiciste algo para evitar que se la llevaran? —pregunté recordando las palabras de mi amiga.

Janos aceró la mirada y levantó el mentón.

—Vaya, si sabe responder. ¿Quién lo hubiera dicho?

Estaba tan acostumbrado a que me mantuviera callada que la situación me asqueó. El veneno se acumuló en mi lengua, a punto de saltar como una culebra.

—Basta. Ya. Basta —gruñó Axia. Nos fulminó con la mirada—. No hemos aprovechado la oportunidad de escapar y, ahora que estamos las tres, las pruebas se reanudarán.

—Tiene razón. Si no queremos morir hasta que solo quede una, debemos trazar un plan —intervino Onia.

El deseo a la Sombra de Onia la había dejado marcada, rota, pero había sobrevivido. Me pregunté qué repercusiones tendría el mío, el de Axia... Una sospecha me sobrevino, aunque la aparté como a un moscardón un día de verano.

—Actuaremos en equipo, consista en lo que consista la prueba —dijo Axia.

Onia negó.

—¿Y si nos obligan a enfrentarnos?

Ella se encogió de hombros.

—Al parecer, el rey era lo bastante sibilino como para no basar el torneo en la fuerza bruta —explicó. Yo asentí, recordando que Terrent había dicho algo similar—. Eso nos da la oportunidad de actuar para quedar en tablas, como en la primera prueba.

No creía que tuviéramos esa opción, pero tampoco podía refutarlo. ¿Quién habría imaginado lo que estaba por venir?

La catástrofe que nos acechaba comenzaba a fraguarse desde las entrañas del castillo y era mucho más grande que nosotras. El verdadero torneo estaba a punto de empezar, y no estábamos preparadas para soportarlo.

# 35

# En penumbras

> Moriré con el cráneo pegado a mi almohada, esperando a que mis sueños se cumplan.
>
> *La arena de los sueños*, NIRA LIGHTWOOD

Nunca creí que mereciera la pena la llegada de la noche para contemplar las estrellas. Quizá porque no sentía que hubiera alguien esperándome en ellas.

La ventana de mi dormitorio daba a los puntos de luz en los que se difuminaba la ciudad, bañada en malvas y añiles, sin rastro de la calidez anaranjada del sol. El río serpenteaba por el valle como una serpiente de rocío y plata, y tuve que reconocer que las vistas eran hermosas.

Apoyé la frente en el cristal y me abracé las piernas sobre el diván. Había dejado la bandeja de comida vacía a mis pies, con el frasco de atrium aún lleno. Quería averiguar de una vez por todas si lo necesitaba.

Suspiré como suspira alguien agotado, alguien que pese al dolor sigue tratando de encontrarse.

Quizá fuera por Janos, por Axia o Nocte.

Quizá fuera por Somna, por el castigo que sabía que Terrent me impondría.

Quizá fuera el opio.

O su ausencia.

Pero por dentro me sentía como un edificio en ruinas, incapaz de mostrar una mejor versión de mí, con los pilares que debían mantenerme en pie hechos pedazos.

—La autocompasión no te pega. —Me erguí y afilé la mirada en la figura imponente que me contemplaba desde la puerta.

Nocte estaba cruzado de brazos, apoyado en el marco, con una sonrisa que no le alcanzaba los ojos.

—¿Qué haces aquí? —exhalé con tedio.

Entró en el dormitorio y se detuvo a los pies del diván.

—He pensado que, ya que tú has estado en mi habitación, yo también podía entrar en la tuya.

Una sonrisa cansada se pintó en mis labios. Me costó contenerla. No era la primera vez que aparecía por allí, pero decidí seguirle la corriente.

—¿Y qué te parece?

—Bastante bonita para ser impersonal; aunque, claro, no cuenta con un acuario.

Ladeó la cabeza con una expresión nueva, una mucho más dulce que venía aderezada con una sonrisa sincera.

Asentí despacio, con la mirada puesta en la ciudad de Fosc.

—Claro.

Él se sentó en el hueco que dejaban mis piernas flexionadas.

—¿Cómo la decorarías si fuera tuya?

Arqueé una ceja.

—¿Me estás preguntando por la decoración?

Se encogió de hombros.

—Dijiste que no tenías un hogar. —Su voz fue tan suave que no me molestó—. Solo quiero saber cómo sería.

Supuse que después de lo que habíamos vivido, después de que lo apoyara contra mí mientras le vencían las fuerzas, aquella conversación no era nada. Pero mi corazón latió como si se aproximara un tornado.

Pasé la mirada por la cama, por la alfombra de debajo, aquel vergel salvaje.

—No tendría dosel. —Solté una risa suave y el brillo en sus ojos se intensificó—. Me gustan el azul, el plateado y el... —Sus iris atraparon los míos. El color murió en mi boca antes de que pudiera decir «negro».

Fruncí el ceño y bajé la mirada a mis rodillas.

¡¿Qué me ocurría?! Sus ojos, del color innombrable, siguieron mis movimientos.

Suspiró.

—En realidad no esperabas ir a los calabozos y que los guardias no me informaran, ¿no? —La brusquedad con la que cambió de tema tensó los músculos de mi nuca, pero su postura se mantuvo relajada.

—No me importaba demasiado —respondí con sinceridad.

Soltó una carcajada y dejó caer la cabeza contra el cristal. Ladeó la cara y me miró. Con las facciones suavizadas por la risa parecía más que un príncipe, más que un dios. Me mordí el labio, poco dispuesta a perderme cualquier gesto.

—No me has preguntado qué les encargué a esos contrabandistas —dijo, y comprendí que Fénrix solo había seguido sus órdenes.

No me sorprendió lo mucho que sabía de mi visita a las mazmorras.

Seguí la línea de su mandíbula cuadrada y me aseguré de que continuaba en calma.

—¿Qué les encargaste?

Sus ojos se cerraron con tanta ligereza que si no hubiera estado tan pendiente no habría notado la diferencia.

Metió la mano en el bolsillo del pantalón y yo recorrí su cuerpo al tiempo que llenaba los pulmones de un oxígeno que me supo a brasas. Me detuve en su cuello, ancho como una columna antigua, cálido, como el reflejo del sol sobre el mármol. Los músculos del pecho tiraban con sutileza de la camisa azul oscuro y los pliegues del pantalón se concentraban en sus caderas, a la altura de la pelvis.

Mi boca se secó, pero me dio la impresión de que llevaba mucho tiempo nadando en la aridez.

Nocte sacó un vial con un líquido de un tono verde, intenso y claro.

—Esto es para ti, pero no va a ser gratis. —No me asusté, estaba acostumbrada a pagar un precio.

—¿Qué es?

—Seramenta. Elimina todas las adicciones.

La espalda se me tensó contra la pared.

Lo contemplé con sospecha, pero no volvió a abrir la boca.

¿Insinuaba que tenía el remedio para acabar con mi necesidad de robar el opio de la casa de Will? Me había imaginado cientos de veces colándome, para, al segundo siguiente, desterrar la idea de mi cabeza.

—¿Por qué harías eso por mí?

Sus ojos ardieron sobre los míos, me vi reflejada en sus inmensidades y sentí que el aire se comprimía.

—Porque es lo correcto —repitió mis palabras de cuando le dije que había decidido asumir la responsabilidad por las figuras de barro. Me encogí y comencé a negar, incapaz de comprender. Él se mordió el labio y resopló—. O no. —Su voz se volvió ansiosa, perdida —. No sé si es lo correcto, pero sé que quiero dártelo.

El aroma que desprendía atontó mis sentidos: olía a madera quemada después de una tormenta.

Bajé los pies al suelo y me coloqué de espaldas a la ventana. Necesitaba detener el vértigo que me provocaba tenerlo tan cerca.

—Tiene un precio —dije para recordarme que no era tan generoso como mi corazón gritaba que era.

Él asintió.

—Te escuché, en el portal. —Mi pulso se detuvo. Oculté el rostro entre las manos y rogué por desaparecer. Sus dedos tiraron de mi brazo y me obligaron a enfrentarme a él—. Sí que quiero saber cuál es tu historia, Pixy. Lo ansío desde que te vi por primera vez en ese pasillo haciéndote cortes en la piel.

El vello de mis brazos se erizó y mis ojos se detuvieron en sus labios entreabiertos. La tensión se concentró en los centímetros que separaban su rostro del mío.

Giré la cara, incapaz de soportarlo.

—No es una historia feliz.

Las yemas de sus dedos me acariciaron el antebrazo antes de perderse en la curva de mi codo. El roce estiró mis nervios.

—Todas las historias que merecen ser contadas duelen.

Dudé; no porque no confiara en él para abrirme, sino porque esa exposición, ese nivel de complicidad, me asustaba. Había pasado de atormentarme a protegerme tras un muro de sombras... A buscar la forma de liberarme del opio y soltar las últimas cadenas que me aferraban a mi pasado.

—Acompáñame, quiero mostrarte algo. —Se puso de pie y mi cuerpo tomó la decisión de seguirlo sin pensar.

Caminamos cerca por los recovecos del castillo, hasta que se detuvo en una pesada puerta de madera y vitrales azules, situada en el ala este. Me había mantenido alejada de aquella parte del castillo

tras la advertencia de Morf. Recordaba que había mencionado que allí se encontraban las dependencias del antiguo rey.

Nocte abrió la puerta y con un gesto de su brazo me invitó a entrar.

Las esferas y elipses doradas pendían del techo en movimiento gracias a algún antiguo hechizo. La gran cúpula que imitaba el cielo se transmutó de un amanecer infinito hasta el anochecer más vibrante que jamás hubiera visto. Las estrellas daban la bienvenida a una reproducción del sol, tan lograda que consiguió que ladeara la cabeza para presenciar su caída. Las paredes de la estancia circular estaban cubiertas de pergaminos y códigos, mucho más viejos que los que se almacenaban en el archivo.

Me acerqué a la mesa ovalada, sobre la que había decenas de mapas celestes, lentes, brújulas y sextantes. Justo al lado, un telescopio de cuatro patas miraba a la cúpula como un soñador perpetuo.

Me giré hacia Nocte.

Me estaba observando con una seriedad tormentosa.

—¿Qué es este sitio?

Su rostro se iluminó con un nuevo amanecer, mientras las sombras desaparecían por sus grietas y daban paso a algo más.

—Mi observatorio.

Pasé las yemas por los atlas de la mesa, sin llegar a tocarlos.

La cadencia de la luz fluía en una magia bella y silenciosa.

—No sabía que te gustara esto —susurré.

Nocte arqueó las cejas y me señaló una de las estanterías.

—Encontrarás todo tipo de información sobre el universo humano, magnetismo, nubes tóxicas, planetas con el corazón helado...

Entrecerré los ojos, pero un movimiento tiró de mis comisuras. Me acerqué a los volúmenes y me acuclillé para verlos desde abajo.

En la zona de vigilia, cualquier objeto humano que llegara a mis manos debía ser incautado; los que guardaba los escondía en el más estricto secreto y muchos ni siquiera Axia los conocía. Me pregunté si alguien los habría encontrado, si mi antiguo dormitorio sería ahora de otro, y me sorprendí al darme cuenta de que no me importaba.

Tener acceso a una parte del conocimiento humano me llenaba el pecho de emoción y, de alguna manera, Nocte lo sabía.

Se encaminó hacia la mesa y se dejó caer en la silla.

Colocó el frasco con el líquido verde sobre la madera y lo giró entre dos dedos.

—Este lugar fue un regalo de mi padre —dijo con la mirada perdida en el vial.

Nunca me había hablado de él, pero Somna sí lo había hecho. Una parte de mí quería saber si su relación con Nocte había sido distinta.

—Tu madre no está enterrada con él. —Su rostro se crispó, aunque no contestó. No me atreví a preguntar de quién eran las otras dos tumbas que la acompañaban—. ¿Tienes un buen recuerdo del rey?

Nocte resopló.

Me devolvió una sonrisa cansada e irónica.

—Él lo destrozó todo.

Me mordí el labio, sintiendo un malestar singular.

—¿Te gustan las estrellas desde pequeño? —La curiosidad se enganchaba como garras de acero a mi piel y escalaba por mi garganta. Deseaba cualquier información que estuviera dispuesto a regalarme, como si pudiera encerrarla en una caja y hacerla mía para siempre.

Pero su expresión se contrajo en una mueca. Arrugó el ceño y en aquel momento fui consciente de que lo que me mostraba era un instante de claridad, sin artificios.

—Creí que lo adivinarías.

Abrí la boca, pero no escapó ningún sonido.

Miré a mi alrededor. Sobre mi cabeza, los cuerpos celestes se deslizaban en un movimiento eterno. Día tras día, noche tras noche.

Un escalofrío derribó mis defensas hasta los pies.

No eran las estrellas lo que le gustaba a Nocte.

Sus ojos brillaron con el centelleo del sol en todo lo alto, como un monarca que trae felicidad al mundo. Sin embargo, bajo aquellos iris sumidos en las tinieblas aprecié la nostalgia que lo consumía.

Su padre le había regalado algo más que un observatorio.

El rey pretendía devolverle la luz del sol a su hijo.

«En nuestro mundo jamás se alza el sol. Hay quien dice que es lo que provocó el rey al transformar la luz en sombras y el sueño en pesadilla. Fue el pago por crearnos: la realidad se paralizó y el sol jamás ha vuelto a moverse desde aquel día». Las palabras de Morf resonaron en eco dentro de mi cabeza y me taladraron los tímpanos.

Mientras estaba en la cama, Nocte había dicho que los humanos tenían lo que él siempre había deseado.

—Anhelas la luz del sol —susurré.

Sus ojos eran dos pozos de amargura en los que se reflejaba mi pena.

—Con toda mi alma.

Desde la batalla sentía su poder adormecido; todavía inconmensurable, pero menos vibrante, acolchado. Sin embargo, una melancolía rota, procedente de su cuerpo, molió mis huesos.

Contraje el rostro.

—¿No puedes salir de este reino para verlo?

Él negó despacio, y una sensación nueva me agitó el pecho.

—Llevo toda una existencia sumergido entre sombras. La noche me acompaña y me vigila y le estoy agradecido por la protección

que me brinda; pero ansío... un amanecer, los pétalos abriéndose, el trino despierto de los pájaros. Sueño con sentir el calor en la piel, con ver la maravilla que ofrece la creación más allá de las tinieblas.

No podía imaginar cómo era. ¿Cuántos años había pasado deseando lo que jamás tendría?

De pronto, aquella imagen del sol deslizándose sobre nuestras cabezas me pareció una parodia macabra.

—¿Es tu forma de flagelarte? ¿Encerrarte aquí? —Barrí la estancia con el brazo.

Nocte separó los dedos que habían estado apoyados en sus labios y su mirada se intensificó.

—La primera vez que te vi sujetabas entre los dedos un cristal manchado con tu sangre, y una parte de mí comprendió que tratabas de liberar el dolor con más dolor. —Miró el sol esconderse. Las sombras regresaron a los ángulos afilados de su rostro—. Lo sentí tan cercano que me asustó, me sobrecogió la intensidad de unas emociones que creía perdidas, dormidas. Pero ahí estabas tú, una muchacha diminuta, sola, que me devolvía el reflejo más real que he visto en muchos años. Así que, sí, Pixy, quiero saber qué te ha marcado tanto como para que pueda ver tu interior como si fuera el mío. Necesito saberlo, y necesito que sea tan irrelevante, tan nimio, que no pueda más que llegar a odiarte por haberme hecho creer que podía compararse con mi sufrimiento.

Me encogí conmocionada.

—Tú y yo no tenemos nada que ver. Tú eres un dios —dije con desprecio—, y yo soy una simple ilúrica que solo conoce la decepción.

Los ojos de Nocte brillaron con reconocimiento.

El silencio se alargó.

—Dijiste que no venerabas a los dioses. ¿Tampoco a la tuya? —recordó, golpeando la tecla exacta. Me tensé de la cabeza a los pies. Las imágenes de la triple diosa se deslizaron tras mis párpados mientras un estremecimiento me consumía—. Cleops, ¿no? —Su mirada se tornó astuta. Fruncí los labios, aguantando las ganas de vomitar—. Cuando llegamos frente al portal, Axia y Onia hicieron un gesto para la diosa, pero tú no. Tu irreverencia, todas las veces en las que has pronunciado la palabra con desprecio, como si no pudieras contenerte... —Apreté los dientes hasta que me dolieron. Su voz era una canción de cuna; su mirada, tan suave como la tímida luz del amanecer que lo envolvía—. Cuéntamelo, Pixy. Cuéntamelo.

# 36

# 1975 d. O.

A ti te rezo, Madre, con la esperanza de que atiendas mi súplica. Concédeme tu gracia, perdona mis ofensas y protege mi alma con la luz de tu mirada.

Plegaria a la diosa

Era poco lo que Eleonora no hubiera estado dispuesta a hacer por su padre.

Había sido un buen hombre, hasta que las malas compañías habían saqueado sus bolsillos en juegos de azar en los que por poco no había vendido su casa, a su mujer y su propia alma. Quizá en distinto orden, pero para el caso lo mismo daba.

La noche anterior lo había visto con los ojos hinchados y los labios contraídos, y dentro de ella algo se había partido. Su padre no lloraba, él era el de las sonrisas desprendidas y la mirada cálida, todo lo contrario a su madre.

Cuando le había agarrado las manos y le había confesado que ella era su última esperanza para salir de la miseria, que los había envuelto como una capa roñosa, no pudo más que enfriar su ánimo y aceptar la proposición de matrimonio de Havrek. Era veinte años mayor que ella, pero se había encaprichado de su inexperiencia y pertenecía a la cuarta casa, que era una más que la suya y todo cuanto anhelaba.

Necesitaba desesperadamente el dinero para pagar las deudas de su padre.

Su padre, que la había vestido con trajes de seda y olor a canela, que la había consolado tras las reprimendas de su madre y siempre conseguía hacerla feliz. ¿Qué no habría dado por él?

Así que Eleonora colgó las flores de la juventud que adornaban su melena blanca y se casó. Su padre dilapidó la dote el mismo día que la recibió y el corazón de Eleonora encogió en tamaño, pero supo que no podía rendirse. La única manera de pertenecer a la cuarta casa junto a su marido y mejorar la situación de su familia era darle una niña como primogénita. Y debía ser una niña porque, si nacía varón, Havrek pasaría a formar parte de la quinta casa y todos sus esfuerzos habrían sido en vano.

La noche de bodas, y las que siguieron, miró el dosel de la cama de su marido mientras la penetraba y rezó. Rezó sin mover los labios para que aquella agonía diera sus frutos en una preciosa niña.

Pasó un año, y los remedios del mercado de Llum se agotaron, las vecinas dejaron de llevar amuletos para la fertilidad a su hogar y su carácter recto se amargó, como un dulce de harina rancia.

Estaba desesperada. Si no tenía una niña, su familia se quedaría atrapada en la pobreza; y, con cada visita de su padre, la situación se agravaba. Fue tras uno de sus reclamos cuando tomó las flores de milenrama, con toda la furia que albergaba su maltrecho corazón, y se dirigió al templo de la diosa, junto a la orilla del río Argos. Lanzó las flores al río y gritó a la imagen de la diosa, chilló y lloró su desgracia. Estaba tan enardecida que no se dio cuenta de que la escultura se movía hasta que su voz grave retumbó.

Se asustó; se asustó tanto que un líquido cálido bajó por sus piernas y se encharcó a sus pies. Sabía que la diosa era caprichosa; si bien, no conocía a nadie a quien se le hubiera presentado, solo

eran leyendas... Por un instante, se preguntó si habría perdido la cabeza, pero supo que estaba cuerda cuando Cleops usó su voz atronadora para maldecirla.

Le concedería su deseo. Oh, claro que se lo concedería. Pero esa niña esperada sería la desgracia de su familia: nacería con el cabello negro, tan negro como la amargura que había anidado en el pecho de su madre.

Porque Eleonora jamás debería haber olvidado que la diosa ahogaba las plegarias que sabían a oscuridad.

Sin embargo, su vientre se hinchó, y Eleonora no tardó en olvidar la promesa de Cleops, demasiado emocionada por los cambios como para atisbar las implicaciones que tendrían.

Hasta que dio a luz.

La cabecita de la recién nacida estaba adornada con una pelusilla oscura que hizo temblar a la comadrona. Havrek abandonó la casa durante tres días; tres días en los que Eleonora abrazó a su hija y se repitió que podría defenderla del mundo.

Para cuando Havrek regresó, lo único que encontró de su mujer fue un reflejo marchito, sumido en la culpa y la desesperación.

Pero las leyes en Llum eran claras y, gracias a su nacimiento, la casa de Helios, la cuarta de las nueve, los acogió, y el pesar de su familia terminó. Sin embargo, aunque, como marcaba la tradición, la inicial de la recién nacida debía ser la letra «h», ninguno tuvo el coraje de buscarle un nombre.

Eleonora se repetía que debía quererla, aunque cuanto más crecía la niña más difícil era no atribuir sus travesuras a la parte oscura que la diosa había depositado en su alma.

Le raparon el cabello, la encerraron y dijeron a todos los allegados y familiares que estaba enferma. Pero los murmullos se

acrecentaban, los muros filtraban sus reproches y las puertas escuchaban los llantos de la casa.

La mantuvieron oculta durante cinco años, y, aunque Eleonora quiso convencerse de que la estaba protegiendo, por dentro la carcomía la vergüenza.

Hasta que un día, sumida en una depresión que había agotado su carácter, al amparo de la noche, agarró a su hija y la entregó a la oscuridad.

Dirían que había muerto, que se la había llevado la fiebre.

Dirían que la diosa había tenido piedad con su alma.

Lo que no sabían era que la vida de Pixy estaba a punto de comenzar.

Lo que no sabían era que, tras el dolor, una guerrera surgiría de sus cenizas y tendría el poder de calcinarlos a todos.

# 37

# A media voz

> Al menos recuerdo mis sueños. Me gusta esconderme en ellos.
>
> *Tras el reloj*, OLYVIA GLÄSS

—Culpas a Cleops del egoísmo de tus padres.

El resumen fue tan escueto, tan breve y carente de emoción que mi interior se removió. Mi vida había quedado marcada desde el inicio por decisiones ajenas a mí.

En aquel punto de la historia vacilé. Aún estaba a tiempo de parar, lo peor estaba por contar, pero un sentimiento de ahogo se apoderó de mí con solo pensar en callar.

Me abracé, apreté las palmas sobre mis costados buscando refugio y seguí.

—Me llevó con la señora Hak, una integrante de la cuarta casa venida a menos. Se la conocía en los bajos fondos por el tráfico de esclavos. —Mi voz se esfumó, pero parpadeé con fuerza para deshacerme de las lágrimas.

Nunca hablaba de mi pasado y las palabras pesaban como el más fúnebre de los llantos.

Nocte me observaba con los labios entreabiertos. Una anticipación peligrosa se asentó en sus pupilas. Tenía los puños tan apretados que me sorprendió que no se le abrieran los nudillos.

—Estuve tres años con ella —retomé al recuperar la voz—. Nos encerraba en cuevas tan diminutas que solo cabíamos arrastrándonos de rodillas. —Las rocé con las yemas y él siguió el movimiento con los ojos ardiendo—. Necesitaba niños para extraer un mineral de la cueva, allí donde los adultos no cabían. La sensación de dormir encogida me persigue. —Le mostré las palmas encallecidas y rojas a pesar de la pomada de Morf—. Es hiperqueratosis, también tengo en el empeine y las rodillas.

Nocte cogió aire y lo soltó despacio.

—Nos faltaba la comida y cualquiera hubiese dicho que el abuso y el hambre habrían conseguido que actuáramos como animales, y así era en la mayoría de los casos... a excepción de June. —Me costó pronunciar su nombre—. A lo largo de mi vida siempre ha habido una persona que me ha hecho sentir que nuestra existencia merece la pena: primero fue June y, después, Axia. —Mi boca se llenó de melancolía—. Yo no había estado expuesta al odio de mi mundo, pero sabía por mis padres que había algo horrible en mí. Cuando me convertí en esclava mi cabello creció, jamás lo he tenido tan largo como en aquellos años y, aunque no lo creas, entre los esclavos también existen estratos. Luchaban por el favor de la señora Hak, que, por otra parte, estaba demasiado entusiasmada explorando la alquimia como para percatarse, y yo no solía resultar ganadora. Llegué a pensar en quitarme de en medio, en terminar de una vez por todas con un sufrimiento que me parecía imposible soportar. Pero, entonces, apareció June.

»Dormía al lado de mi celda y nunca hablé con ella, llegué a saber que no podía; sin embargo, me pasaba trozos de pan por un agujero de la pared. Yo los cogía antes de que los bichos se los llevaran y le contaba historias de la casa en la que me había criado. Me aferraba

a esos recuerdos como si no fueran malos, porque aquel lugar era mucho peor que un abismo de sombras.

»Un día, June me dio un cuaderno y no supe qué hacer con él, pero lo guardé. Era un regalo de mi única amiga y se convirtió en mi posesión más preciada. Cuando aprendí a leer, años más tarde, descubrí que se trataba del diario de una niña humana llamada Moira. Aquel objeto, leer los sentimientos de la humana, se volvió tan trascendental para mí como lo había sido June, y quise protegerlos, a los humanos, a todos ellos. Porque, si habían sido importantes para June, también lo serían para mí. Porque me vi reflejada en las palabras de Moira y pensé que podría convertirme en la defensora que yo jamás había tenido.

»No salíamos de la cueva. Nuestro crecimiento se ralentizó y el gateo constante impidió que fuéramos capaces de ponernos en pie. La esperanza de vida era muy baja, por el hambre y la enfermedad, pero la señora Hak encontraba pronto nuevas almas que sustituyeran a las anteriores.

Negué con la cabeza. Las palabras brotaban atropelladas por mi boca, como un dique que por fin deja escapar el agua.

Nocte permanecía tan quieto que solo me di cuenta de que estaba acompañada cuando dio un paso y se acercó a mí. No me tocó y esperó a que continuara. Su cuerpo actuó como refugio, como un bálsamo que calmaba mis heridas.

—Pero, entonces, hubo un derrumbe en la mina... No volví a ver a June. —Las lágrimas resbalaron por mis mejillas formando surcos—. Solo me salvaba soñar, ¿sabes? Era el único momento de paz. —Me aclaré la voz. Nocte extendió los dedos como si le picaran, como si no supiera qué hacer con ellos—. Hasta que conseguí escapar.

Él alzó las manos envueltas en sombras y me secó las mejillas. Su caricia me sacudió, provocándome un tornado en el pecho, pero él lo

malinterpretó y se retiró con la herida dibujada en su rostro.

—¿Cómo huiste?

Me froté la nariz con el dorso de la mano.

—Llegó un cargamento de materiales pesados a la entrada de la cueva. La señora Hak nos eligió a unos pocos para que la ayudáramos a descargarlos. Cuando me seleccionó me eché a temblar; era normal que murieran varios niños mientras arrastraban la carga porque debíamos hacerlo a gatas, ya que nuestras piernas no soportaban el peso de nuestros cuerpos. Además, sabía que ella los golpeaba con una vara, como a animales, y a esas alturas ya había visto demasiadas úlceras infectadas.

»Pero no iba a permitir que alguien como ella terminara matándome, y una emoción nueva se apoderó de mí. Quizá estaba demasiado reciente la pérdida de June, quiero creer que fue ella quien me dio las fuerzas que necesitaba. Aproveché los varazos que descargaba en uno de los esclavos para quedarme atrás y huir.

»Me escondí. La oí gritar, buscándome, y temblé y me abracé las rodillas, con las caderas doloridas por el cambio postural. Me oculté hasta que sus gritos se perdieron y me arrastré tan deprisa y con tanta desesperación que no sentía las rodillas malheridas ni las palmas de las manos, que por aquel entonces siempre me dolían. Solo escuchaba los latidos atronadores de mi pecho. Sangré, pero avancé hasta que caí encogida en el suelo, en la misma postura en la que dormía cada noche. Y pensé que hasta ahí había llegado, que ya no habría más para mí, que el futuro se cerraba y mi vida era eso que había pasado mientras soñaba con una existencia mejor.

»Fue entonces cuando Narrow me encontró. No recuerdo cómo porque estaba inconsciente, pero me llevó a la zona de vigilia y lo siguiente que vi fue el rostro de Axia inclinado sobre mi camilla en la enfermería.

Me encogí de hombros.

Nocte suspiró. Se frotaba los nudillos con lentitud, con tormento, como si la fricción liberara su ansia de acariciar mi piel, como hacía yo cada vez que me resistía a mostrarle cuánto me importaba.

—Esperaba una historia distinta.

Alcé una ceja y me humedecí los labios.

—Es lo que es.

Su nuez subió al tragar saliva y me vi reflejada en sus ojos oscuros. Me pasé las yemas por debajo de los ojos, sin fuerzas para arreglar aquel desastre.

—¿Qué ocurrió después?

Asentí, porque a esas alturas ya no importaba. Nunca le había contado aquello a nadie, solo Axia y Narrow sabían toda la historia; pero, tras comenzar, no me veía capaz de detenerme.

—Después me cortaron el cabello y enloquecí. Arañé a Narrow, estuve a punto de clavarle las tijeras e hicieron falta cinco hombres para reducir a una cría de ocho años. —Bajé la mirada al suelo—. No me siento orgullosa, es solo que me aterrorizaba que me tocaran, y que pretendieran despojarme de mi pelo... lo asumí como una vuelta a la casilla de salida, pensé que ellos también querrían encerrarme, como mis padres.

—Pero no lo hicieron.

—No. Se portaron bien conmigo. —Suspiré alzando la vista al techo, sin estar segura de que aquellas fueran las palabras correctas —. Al principio no podía caminar, así que Narrow se ocupó de mí, me alimentó y, con la ayuda de Axia, di mis primeros pasos. Tardé tres años en ser capaz de correr. —Esbocé una sonrisa—. No me rendí. En parte gracias a Axia, que puede ser muy tenaz, pero, sobre todo, porque frente a mí se abrió un futuro, y convertirme en proyectadora... eso sí que fue un auténtico reto.

—¿Por eso sufrías esos dolores? —La pregunta estaba cargada con una suavidad que me destrozó, como si se enfrentara a un ciervo agonizante. Yo no era ningún ciervo.

—No. —Solté el aire despacio—. La señora Hak mezclaba una sustancia en el agua que nos mantenía débiles, para imposibilitar nuestra huida. No le importaba que muriéramos por los trabajos tanto como que nuestro tamaño nos permitiera acceder por los corredores de la mina. Los médicos creyeron que mis dolores neuropáticos eran una consecuencia del consumo prolongado, por la alteración de la médula. Pero ¿sabes? Jamás me interesó la causa. Solo me sentía agradecida por haber sobrevivido. —Entrecerró los ojos en un millar de emociones y yo aparté la mirada porque, entre ellas, no quería encontrar la compasión—. Cada instante ha sido tiempo cedido, ha sido un regalo. Y siempre supe que terminaría. Estaba dispuesta a sacrificar mi vida, a renunciar a cualquier cosa a mi alcance con tal de agradecerle a Narrow que me salvara, que me cuidara cuando nadie más lo había hecho, que me ofreciera un techo, un propósito.

El silencio de Nocte me pilló desprevenida. Tenía la mirada perdida y las manos ansiosas.

Así que solo esperé, desenfocada entre recuerdos, a medio camino entre las esferas.

—Pixy... —Su voz estaba rota.

Lo eludí y sonreí con tristeza.

—Pixy no es el nombre que me dieron mis padres —revelé. Frunció el ceño y pude ver cómo las palabras morían entre sus labios —. En realidad, no sé si tengo uno. Me lo puso Narrow, porque cuando me encontró era muy pequeña para mi edad debido a la desnutrición.

Nocte soltó el aire como si se ahogara, como si aquella hubiera sido la gota que había precipitado algo mucho más grande que nosotros, una catarata de furia, de dolor y lástima. Avanzó hasta invadir mi espacio y a mí no me quedó más remedio que mirarlo.

Abrí los ojos al máximo cuando vi que los suyos estaban nublados por unas lágrimas oscuras que manaban como tinta salobre.

Nocte cogió mi mandíbula con tanta dulzura que apenas sentí su roce; la suya contenía la presión de tres mundos. Su mirada ansiosa se posó en cada centímetro de mi rostro antes de atraerme hacía su cuerpo.

Caí sobre su pecho, demasiado cálido para ser el de un dios.

Me quedé rígida. Y entonces...

Cerré los ojos y me abandoné. A la luz que fluctuaba bajo mis párpados, al aroma adormecido a madera y al tacto de sus manos, presionando mis hombros y mi cintura, atrapándome en una jaula de la que no habría escapado nunca.

Mis defensas cayeron. Pero no me sentí expuesta. Aquel abrazo solo traía protección y consuelo, sabía a barro y laurel.

Levanté los brazos y apreté con fuerza su espalda. No había sido consciente de lo mucho que lo necesitaba.

—Yo he hecho de mi sueño algo más que mi camino —reveló sin soltarme—, lo he convertido en parte de mi cuerpo y de mi alma, he dormido abrazado a la esperanza de que se hiciera realidad y se ha convertido en mi obsesión, en mi roca, la que me mantiene erguido pero atrapado, como un náufrago que no se atreve a saltar al mar.

»He dejado de vivir por soñar con un futuro que puede hacerme tanto daño como la peor de las torturas. Y creo que tú te has alimentado de esos mismos pensamientos, creo que tu deseo por dejar de estar maldita se ha convertido en tu sol, es lo que no te permite avanzar, lo que te mantiene aferrada a la roca... aun cuando

tú ya eres suficiente. Eres perfecta. Jamás ninguna maldición fue tan perfecta.

Apreté los párpados con fuerza para eludir las lágrimas.

Él continuó:

—Dime que ahora estás bien —me pidió, y yo no entendía por qué lo hacía, por qué le importaba.

Asentí sintiendo el calor de su cuerpo contra mi mejilla.

—Sí que lo estoy.

—Bien.

Se separó lo justo para mirarme.

Rocé sus lágrimas y Nocte se estremeció entre mis brazos. Mi garganta se secó, me miré las yemas manchadas de negro y él me soltó, pero solo para enterrar los dedos en la raíz de mi pelo.

Me peinó con cuidado los mechones que estaban revueltos en nudos y mi pulso se detuvo.

—No te lo cepillas —afirmó. Aun así, negué—. Yo te enseñaré a amarlo, te mostraré cómo amar cada parte de ti, porque no hay nada malo, Pixy. Absolutamente nada.

Mi pecho crujió como porcelana vieja, como si cada palabra suya golpeara justo donde más me había costado soldarme.

Me hubiera gustado creerlo, pero aún no podía.

—Estoy aprendiendo a dejar de intentar encajar donde no me quieren. Sé que merezco más de lo que he tenido hasta el momento, aunque no siempre lo sé con la misma certeza —dije.

El dolor del desprecio es tan profundo que se enquista, pasa a formar parte de ti y te infecta. Pero yo había empezado a remediarlo al tomar la decisión de no volver a Llum.

La decisión de quedarme allí. Con él.

Nocte me acarició los brazos por encima de la tela, dándome tiempo para recoger mis pedazos.

—Esperaba poder reírme de tu historia, despreciarte después de escucharla... —Negó—. ¿Cómo podría el mundo del que vienes seguir girando sin ti?

Fruncí el ceño extrañada.

—Igual que lo ha hecho hasta ahora.

Él asintió.

—Quizá el mío ya no pueda.

Todo se paralizó.

Mi corazón dejó de latir y mi respiración cesó.

Su mandíbula afilada, apretada. Sus ojos ardientes como lava. El cabello negro ensortijado en las puntas.

Quería todo aquello. Quería saber más de él.

Mis dedos apoyados en sus antebrazos se morían por acariciarlo. Pero ¿qué pensaría él? ¿Por qué había llorado? ¿Por qué se mantenía tan cerca? El rechazo que había sufrido durante toda mi existencia me impedía comprenderlo.

Las manos de Nocte se fundieron con mi cintura.

—Ojalá pudiera decirte... —Cerró los ojos con un pesar demoledor. Cuando los abrió, un centelleo resuelto me hizo recobrar la esperanza—. Te propongo un reto —su voz sonó ronca—: voy a contarte tres cosas, y solo una es cierta.

Supe que era su forma de abrirse a mí, porque ambos nos parecíamos más de lo que habríamos deseado, y sin necesidad de palabras sabía que para él suponía un sacrificio hablar de su dolor, desvelar su pasado.

—¿Tengo que adivinar cuál de las tres es real?

Él asintió. Dio un paso atrás, me soltó y mi cuerpo sintió un frío desconocido provocado por su ausencia.

—Una noche de mentiras. —Sonrió de lado y yo le respondí con el mismo gesto, pese a que no me llegó a los ojos. Moví la barbilla para

que empezara—. La primera es que mi padre no estaba obsesionado con su legado. —Fruncí el ceño porque aquello no me lo esperaba, pero almacené la información, alzó la ceja y continuó—. La segunda: fue a Terrent a quien se le ocurrió usar la candelaria para quitarte el dolor. Y la tercera... —vaciló. Yo aguardé. Sus ojos se libraron de las dudas y soltó las palabras entre dientes, como si dolieran—. La tercera es que estoy empezando a enamorarme de ti.

Sentí que me desestabilizaba y me apoyé en la mesa.

Dos mentiras y una verdad.

Mi garganta se había convertido en un desierto del que yo era peregrina, sin agua y con la piel abrasada por el brillo de su presencia. ¿Quién me iba a decir que un príncipe hecho de sombras conseguiría quemarme?

Su rostro no dejaba entrever más que vacío.

Me serené cuanto pude. Quería saber todo cuanto me ofreciera. Mi mente se movió como el mecanismo de un reloj, atando cabos.

Podía adivinar que la primera era falsa. No tenía muchos datos, pero daba por supuesto que un rey debía preocuparse por su legado. Lo cual me llevaba a preguntarme, ¿por qué dejar su reino al azar de unas pruebas?

Aquello me llevó a escoger entre las otras dos. Y parecía claro cuál era la correcta...

Había sido Terrent quien me había ofrecido la candelaria, quien me había quitado el dolor para que diera lo mejor de mí como su campeona. Él era el único interesado en que mis dolores desaparecieran y esos dolores, esa debilidad, Nocte estaba deseando aprovecharla para convertirse en rey. Así lo había demostrado tras el regreso de Onia.

Las otras dos, la desvinculación del rey con su legado y el supuesto amor de Nocte, solo eran falacias, y estaba demasiado

acostumbrada a los desprecios de Janos como para no percatarme de lo que intentaba Nocte. Quería dejarme claro que entre él y yo no existía nada. Por más que me lo hubiera parecido. Al fin y al cabo, ¿cómo iba alguien como él a sentir algo por mí? Aquella noche quedaría enterrada en el olvido, como uno de los sueños de los que ya no podría disfrutar.

La esperanza se esfumó de mi pecho, pero no lo restauró a su estado original; en su lugar dejó un vacío, un hueco sumido en la penumbra, henchido de sombras.

Apreté los labios y afilé la mirada, mostrando una indiferencia que ninguna parte de mí sentía. Todo cuanto se había construido entre nosotros se rompió.

—La segunda es cierta —afirmé con tono frío.

Su mirada se entrecerró. La mandíbula se suavizó y pensé que sentía alivio.

Frunció el ceño. Se pasó la lengua por encima de los dientes, como si mordiera una fruta amarga cuando alguien le había prometido que sería dulce.

A continuación, tomó el frasco de seramenta que, en algún punto, había dejado sobre la mesa y me lo tendió sin decir ni una palabra más.

—Supongo que he pagado el precio —dije mientras lo cogía.

Se mantuvo en silencio y yo volqué el contenido en mi garganta. El líquido grumoso me supo agridulce. Tosí y me llevé una mano a la boca.

A los pocos segundos, un mareo me tambaleó. Me sujeté la cabeza, como si pudiera contener el giro repentino del observatorio. Los objetos pasaban frente a mí como espectros, dejando un rastro luminoso. Escuchaba mi respiración sofocada. Confundida. ¿Qué me ocurría?

Apoyé las manos en la mesa. Cada movimiento de mi cabeza era un nuevo mareo.

—¿Qué me has dado?

Nocte no respondió.

No conseguía enfocarlo.

¿Por qué lo creí? ¿Por qué no dudé de sus intenciones?

Estaba acostumbrada a las náuseas que provocaba el opio, pero aquello era mucho peor. La angustia me trepó por la garganta como una marea ácida. Me incliné hacia abajo.

Me concentré en respirar. Abrí mucho los ojos cuando vi que de mi boca escapaba una vaharada de vapor. Trastabillé hacia atrás, perdí el equilibrio, sin llegar a caerme. Unas manos me sujetaron por las axilas y acompañaron el movimiento hasta dejarme en el suelo. Pero mi piel estaba acolchada, insensible.

¿Cómo había podido confiar en él? ¿Por qué, después de desvelarle mi pasado? Sentí la traición como una puñalada, hasta que se perdió entre unas emociones desbordadas en las que el norte se convirtió en sur, y a mí pasó a importarme todo una mierda.

—Eres un cabrón —me las apañé para decirle.

—Vamos, Cuervo. Te llevo a la cama. —Su voz se deformó—. Te encontrarás mejor cuando despiertes.

La habitación pegó una sacudida y noté que flotaba. Cerré los ojos, perdida en el desmayo.

—Te odio.

—No es cierto. Te pones colorada cuando voy sin camiseta —me contradijo con indiferencia.

Me quejé. No notaba la lengua; y mis ideas, mis emociones, se desconectaron de mi boca.

—Porque eres un maldito exhibicionista. —Entorné los ojos para ver a dónde me estaba arrastrando, pero solté un gemido y los volví

a cerrar. Él me apretó más contra su pecho—. Hubiera caído rendida con el primer tatuaje si no fueras tan gilipollas —dije sin contención. Ojalá no recordara aquella parte.

Su pecho se agitó en una risa silenciosa.

Sentí que se separaba y me dejaba encima del colchón. El calor de las sábanas me abrigó, pero, tumbada, notaba la cabeza demasiado ligera, como si no estuviera sobre la almohada.

—Quédate quieta.

—Que te jodan.

—Te vuelves una malhablada cuando te da el subidón.

Así que era eso. Me quejé. No me gustaban los efectos de aquella droga. Notaba el cuerpo demasiado caliente. Aparté las sábanas a patadas y busqué el frescor en una cama que abrasaba.

—Quema.

Su palma sobre mi frente, por primera vez, me resultó fría.

—Estás haciéndolo muy bien. Soportas el dolor de una forma extraordinaria.

—Esto no es dolor —protesté—. Cuando te rompa todos los huesos vas a ver lo que es el dolor.

La cama se hundió y supe que se había sentado.

—¿Qué crees que haces?

—Me aseguro de que sobrevivas.

—Que te jodan.

—Eso ya lo has dicho. —Volvió a tocarme la frente mojada de sudor, pero en aquella ocasión dejó el frío sobre mi piel. Gemí de alivio—. Duerme, Pixy. Yo cuido de ti.

Sin embargo, a la mañana siguiente, él ya no estaba.

Solo quedaba un regusto agridulce en mi lengua y el convencimiento de que jamás volvería a confiar en Nocte.

# 38

# Reglas

> Por orden de los tres príncipes de los abismos y en nombre de la antigua casa Nox: Con profundo pesar, comunicamos la muerte del rey Oddeus, primero del mundo, guardián de sombras y creador de dioses. Que el reino no olvide.
>
> Decreto 1 de la Nueva Era

Morf apartó las cortinas con un movimiento brusco.

—¿Para qué hay cortinas si no hay luz? —pregunté de mal humor.

Me había despertado sintiéndome sorprendentemente bien y, tras la noche que había pasado, retorciéndome como un gusano, lo cierto es que la sensación me molestaba, no sabía qué pensar.

—La privacidad también es importante —contestó.

Yo no había corrido las cortinas, así que debía de haber sido Nocte en algún punto de la noche. Era la primera vez que un hombre se quedaba en mi dormitorio y no es que estuviera deseando repetir la experiencia.

El ardor en mi garganta había remitido, el dolor en los músculos, la angustia, incluso mi pecho se llenaba con mayor facilidad tras abandonar el peso que lo aplastaba. Una parte de mí gritaba que aquello era lo que sentía alguien sano, alguien que consigue dar un paso más allá de la abstinencia.

Sin embargo, sentía un enfado que pinchaba mi piel y calaba en mis huesos. ¿Por qué no me había avisado de que la seramenta era una droga? ¿Acaso se había creído con el derecho de tomar una decisión así por mí?

No quise ni pensar en la forma tan cobarde en la que había dejado claros sus sentimientos porque un malestar me inundaba, y un calor insufrible se asentaba en mis mejillas al recordar cómo había desnudado mi pasado frente a él y cuál había sido su respuesta.

Quemaba. Seguía ardiendo como un corte infectado. Creía que había superado el rechazo de mis padres y los abusos de la señora Hak, pero soltarle la historia a Nocte me había hecho ver que solo me había negado las emociones que me despertaban; las había arrinconado, pero ellas retornaban como espíritus molestos.

Bastante tenía con proteger los portales de Terrent y Somna y con encontrar al bastardo que se dedicaba a asesinar humanos. Bastante tenía con lidiar con Axia. Con la próxima prueba...

Una pesadilla con un delantal y cargada con sábanas entró en el dormitorio y se acercó a Morf para susurrarle.

Su rostro palideció y sus ojos me reclamaron con urgencia.

—Viene el príncipe.

La sirvienta se retiró con premura. Morf retrocedió a una esquina.

Me tensé, dispuesta a enfrentar a Nocte, pero quien se detuvo en el marco de la puerta fue Terrent. Llevaba una capa de seda con estampado de aves y sus ojos lucían más fríos que el hielo.

Me mordí el labio con fuerza.

Antes del asalto al castillo me había amenazado con este momento. Había tomado mis decisiones siendo consciente de que no iba a olvidar mi afrenta. Somna había intentado librarse de mí, aunque ella no podía dañarme sin perder la corona. No obstante,

Terrent haría lo que quisiera conmigo, sin restricciones, y existían demasiadas formas de herirme.

Mi pulso se disparó al pensar en la posibilidad de que retornara el dolor, pero deseché la idea. Aquello le perjudicaría... Sin embargo, su mirada depredadora era capaz de aniquilar cualquier esperanza.

—Querida, estaba deseando que llegara este momento.

Dio un paso hacia mí.

Me envaré, con los sentidos alerta.

Morf profirió un gemido, agachó la cabeza y se encogió.

—Imaginarás que he preparado un castigo a la altura de las circunstancias.

Alzó la mano y se repasó las uñas con la mirada. En su voz había una bestia acechante, lista para saltar.

Endurecí la mandíbula. No me mostraría asustada frente a él. Me dije que no tenía la capacidad de herirme; ni por un segundo me lo creí.

—Hablé con Somna —busqué una distracción, recordando el encuentro en la habitación de las muñecas— y me contó algunas cosas perturbadoras.

—¿De veras?

Entrecerró la mirada, con una sonrisa asomando por su boca.

Asentí.

—¿Es cierto que me querías a mí como campeona y que por eso mandaste capturar a Axia?

Alzó las cejas sorprendido. Su gesto no me pareció más sincero de lo que lo había sido en el pasado.

—¿Eso te ha contado Somna? —Sonaba demasiado tranquilo.

—¿Es mentira?

Se encogió de hombros.

—No digo que lo sea, pero hasta no estar seguro de que tus planes coinciden con los míos no me culparás si no te hago partícipe de mis maquinaciones. —Repasó la habitación. Se detuvo en la cama y chasqueó la lengua—. Pensé, ¿qué puede suponer un escarmiento para alguien a quien no parece importarle nada? —Hizo un gesto de desprecio—. Por supuesto, si pudiera matar a Axia lo haría solo para verte sufrir, pero por desgracia no es una opción.

Le enseñé los dientes.

—Suéltalo ya. La incertidumbre me molesta.

Él amplió la sonrisa.

—Cuento con ello.

Morf soltó un nuevo sollozo bajo, tan aterrorizado como lo estaría yo si tuviera que enfrentarme a la diosa.

Terrent se detuvo frente a la cama, tomó una esquina de la sábana deshecha y la apartó con repulsa.

—Te pedí que te comportaras, que te alejaras de Nocte. Te liberé del dolor, y ¿cómo me lo has pagado? Con unas sábanas que huelen a mi hermano y encerrándome en barro. Con la peor de las compañías, tengo que decir. —Su lengua resonó contra el paladar, interrumpiendo un tono dulce que me enervó.

Me clavé las uñas en las palmas.

—¿Y bien? Tanta palabrería me está haciendo perder la paciencia —espeté.

Me observó como se mira a un insecto.

Extendió los brazos en horizontal con las palmas hacia arriba.

—Creo que ha llegado el momento de conocernos mejor, Pixy.

Su sonrisa hizo vacilar mi ánimo.

Miré de reojo a Morf, que seguía encogido, temblando. Me dije que si me quedara algo de sentido común yo estaría en las mismas, pero, como no era el caso, resoplé.

—No tengo intención, gracias.

—No es una petición. —No bajó las manos—. Seguro que te han explicado las reglas. —Arrugué el ceño, intentando averiguar a qué se refería. Las palabras lejanas de Morf explicándome las tres normas inquebrantables para tratar con los príncipes me derribaron como una estampida de elefantes. Él se adelantó—. Deseo conocer tus miedos, Pixy. E imagino que sabrás que no puedes negarte, así que adelántate, de rodillas.

Hizo un gesto a sus pies, con una sonrisa macabra, y el pulso tronó en mis oídos. Pensamientos sin forma circularon por mi cabeza a tal velocidad que me embargó el vértigo.

Apreté los dientes y me arrodillé.

—Si piensas que esto me humilla es que no me conoces en absoluto —escupí.

Sonrió con una crueldad hambrienta mientras gateaba hasta él.

—No te preocupes por eso, vamos a ponerle remedio.

Sus palmas quedaron bajo las mías y una neblina púrpura me envolvió las muñecas como si fueran grilletes. Se internó bajo mi piel y siguió un recorrido ascendente por mis venas. Ahogué un jadeo ante la presión, notaba la invasión en mi sangre como si la sustituyera ácido.

Pensé que cuando llegara al corazón me mataría, pero no podía moverme. Mi cuerpo no respondía, congelado. Al menos no le daría la satisfacción de verme sufrir.

Sentí el momento en el que pasó por mis arterias. El aire se escapó entre mis dientes rechinantes.

Los iris de Terrent se agitaron en horizontal, como si estuviera leyendo sobre mi rostro. Entonces comenzaron las imágenes. Cada visión estallaba como un relámpago tras mis párpados, quemando la retina, arrastrando recuerdos. Me dolieron los ojos como si me los

estuviesen rayando con un cristal. Deseaba encogerme, protegerme, pero no podía moverme.

*Era pequeña, demasiado pequeña. Estaba sola. Y todo lo demás era blanco.*

*Una única canción brotaba de mi garganta como un aullido lastimero:*

*Vuelve hacia la luz,*
*cae en esa cruz.*
*El pasado tornará,*
*el dolor regresa ya.*

*Y dolía, la piel me ardía de nuevo. Cientos de rostros conocidos pasaban frente a mí y me contemplaban con repugnancia: el de Narrow, Axia y Janos, pero también el de Nocte. Me encogía, sumida en una desesperación teñida de oscuridad en la que ni yo misma me reconocía, en la que faltaba mi cara...*

—Qué poco especial, querida. —La amargura se detuvo. Terrent soltó mis manos y yo caí al suelo. Mi campo de visión solo abarcó sus zapatos, pero me sentía tan despojada que no veía nada en absoluto—. Miedo al abandono y al rechazo, a volver con los tuyos, al dolor —enumeró—. Incluso miedo a las canciones de cuna. —Movió las manos como si espantara una mosca—. Quizá este último sea el más interesante, aunque, con franqueza, no esperaba unos temores tan corrientes. Estás llena de debilidades.

No podía moverme. No quería.

Sus ojos mostraban una diversión calculada. Me miró desde arriba, con la soberbia que lo definía. No fui capaz de hablar después de que profanara mi cerebro.

Apretó con suavidad los labios y compuso una mueca de desdén.

—Aprenderás a dirigirte a mí con respeto o hurgaré tanto en tu mente que encontraré hasta los temores que ni siquiera recuerdas.

Un escalofrío me sacudió los hombros y una sonrisa lenta se extendió por su rostro.

—Eso está mejor —afirmó—. No querrás que me arrepienta de haberte dado la candelaria —amenazó, más consciente que nunca del terror que me embargaba—. Desconozco la causa del desliz de mi hermano, pero si no fuera por los beneficios que puede traerme, no dudaría en devolverte el dolor.

Mi cuerpo seguía despertando a cámara lenta, pero una emoción dentro de mí conectó como un chispazo. Mi interior estaba devastado y, sin embargo, reaccioné para preguntar:

—¿Desliz?

Terrent arqueó las cejas y levantó un hombro.

—Nocte vino a jactarse de que te hubiera escogido como mi campeona después de que te desmayaras en la ciudad. Por casualidad me recordó la existencia de la flor. Por supuesto, no fue a propósito, a Nocte no le puede importar menos tu sufrimiento o el de cualquier ser vivo, pero yo até cabos y vi que funcionaría contigo.

Dejé de escucharlo.

«Voy a decirte tres cosas, y solo una es cierta». La voz de Nocte retumbó en mi cabeza y tapó cualquier otro sonido, incluso diluyó la presencia de Terrent en mis venas.

Los labios me temblaron.

La verdad cayó como un copo de nieve que, al tocarme, estalló como una estrella.

Si había sido Nocte quien le había dado a Terrent la idea de usar la candelaria... entonces, aquella había sido una de las mentiras.

Terrent me escrutó arrugando el gesto, sin comprender por qué mi rostro se suavizaba. Gruñó antes de darse la vuelta hacia la puerta, pero lo detuve.

—¡Espera! —jadeé agotada. Paró y me miró por encima del hombro—. Necesito saber algo sobre el rey.

Se giró con una nueva curiosidad en el rostro.

—¿Por qué querrías información sobre mi padre?

—¿Estaba obsesionado con su legado? —pregunté sin responder.

Terrent abrió mucho los ojos y se volteó un poco más hacia mí.

—¿Cómo sabes tú eso?

Mi mente gritó.

Apreté los dedos de los pies para contener las ganas de salir de allí corriendo.

Otra mentira, dos de tres.

Terrent me observaba como si no me hubiera visto antes.

Me encogí y fingí desinterés.

—Te escuché comentarlo en el Hivernacle —me inventé.

Él afiló la mirada.

—¿Y qué más oíste?

Parecía un lobo a punto de atacar. Mantuve la compostura.

—Solo eso. Intento saber más, por las pruebas —volví a mentir.

La tensión en su cuerpo disminuyó, pero no llegó a relajarse.

—Deja de escuchar a escondidas y atiende, porque esta será la última vez que te lo repita: aléjate de Nocte si no quieres agotar mi paciencia —bramó antes de marcharse y sellar su salida con un portazo.

Su reacción me provocó una sacudida.

Morf corrió hacia mí y me pasó las manos por los brazos, como si buscara heridas ocultas.

—Lo lamento —se disculpó con las cejas hundidas—. Sé que dije que sería un honor compartir los miedos con los príncipes, pero ver lo que te ha hecho ha sido aterrador.

Le di unas palmadas distraídas en el dorso de la mano.

No le había dado mayor importancia a lo que me había compartido Nocte porque creí que cualquier rey estaría preocupado por dejar su huella, pero la reacción de Terrent me hizo sospechar.

Sin embargo, apenas lo pensé un segundo. Solo uno antes de que mi mente se precipitara a la noche anterior con Nocte, en el observatorio.

Si aquellas dos afirmaciones eran falsas, significaba que...

No podía reconocerlo, ni siquiera pensarlo.

«La tercera es que estoy empezando a enamorarme de ti».

Nocte era un dios, jamás podría sentir algo por mí.

Repasé cada instante, sus constantes desprecios, las veces en las que me había protegido contraviniendo sus propios intereses.

Pero una parte de mí, una que estaba rota y podrida después del sufrimiento y los desengaños, gritaba que no confiara, que no le diera la oportunidad de destrozarme.

La amenaza de Terrent se filtró entre mis pensamientos y los ensombreció con una humedad viscosa.

Vacié los pulmones y mis nervios se atenuaron mientras los sepultaba bajo una marea de cobardía.

Repetí cada advertencia que me habían susurrado respecto a Nocte, las abracé, las hice mías y me convencí de que aquellos sentimientos estaban velados para mí, que jamás me pertenecerían. Insistí hasta que el dolor regresó a mi mente y mi existencia tuvo un poco menos de sentido. Y cuando conseguí purgar las emociones, el hielo se asentó en mi pecho y me recordó que la siguiente prueba supondría la diferencia entre la vida o la muerte.

# 39

# Cobarde

> He amado a las estrellas, a la luz y los cuerpos celestes, las tormentas y los metales. Sé que la noche eterna velará mi inmortalidad.
>
> *Manual de la astrónoma*,
> SUSANNE WILLOW WHITE

Pasaron los días y el castillo se transformó mientras preparaban la segunda prueba. Una legión de trabajadores circulaba por las inmediaciones, construyendo quién sabía qué en los jardines traseros. No nos permitían salir ni acercarnos al ala este, que por otro lado ya estaba prohibida de antes, ya que era el único punto desde el que podíamos ver las obras.

Por mi parte, había hecho un esfuerzo consciente y agotador por evitar a Nocte. Me valía de un Morf arrepentido por los últimos acontecimientos para averiguar dónde se encontraba el príncipe y huir hacia el extremo opuesto del castillo.

También había establecido una rutina de entrenamientos con Terrent y había comenzado a explorar mis nuevos poderes por mi cuenta, aunque no con tanto éxito. No me atrevía a hablarle a nadie de ellos.

Al menos había comprobado que no necesitaba del atrium para mantenerme cuerda en aquel mundo de sombras. No había sufrido

ninguno de los efectos secundarios que habían asolado a Axia y a Onia. Quizá fuera por los múltiples cambios que había experimentado desde mi llegada o, tal vez, la oscuridad que siempre me había acompañado ayudara.

El archivo real estaba tranquilo. Sobre la mesa tenía dispersas nuevas fotografías, pero mis ojos oscilaban por los papeles en los que había escrito cuanto sabía de los asesinatos. Mi intuición gritaba que debía colocarlos en el centro de todos los misterios que habían ido sucediendo desde mi llegada al castillo.

Alguien había matado a siete humanos, todos habían muerto en el castillo, por lo que sabía, en condiciones macabras, y era mucho lo que callaban los príncipes. Nocte no me había dado explicaciones al entregarle la fotografía del hombre que se parecía a aquel que había visto huir del cementerio y tampoco tenía ni idea de lo que significaba el papel que había encontrado en el cadáver del archivo.

En una de las esquinas de la hoja garabateé:

«Ocho los de en medio y uno».

Me golpeé el labio con el bolígrafo. Siete asesinatos. Ocho los de en medio y uno. ¿Podía referirse a ocho humanos? ¿Eran ocho los que iban a morir? Pero ¿por qué?

Solté un gruñido de frustración.

Recogí las hojas y las apreté contra el pecho antes de abandonar la sala. Sin embargo, al llegar a la mitad del pasillo escuché la risa de Axia y la seguí.

Los ojos de mi amiga se deslizaron despreocupados por la estancia y se ensombrecieron al encontrarse con los míos. Si yo había estado eludiendo a Nocte, Axia había hecho un trabajo magnífico escondiéndose de mí. Estaba acompañada por Janos y Onia. Esta última alzó las cejas en señal de bienvenida.

Dudé si unirme, pero me impulsé con los brazos para quedar sentada sobre la barandilla que había junto a los escalones en los que estaban ellos y escuché como Onia decía:

—Todos parecen convencidos de que vamos a morir por ellos.

Axia bufó.

—Eso no va a pasar.

La intranquilidad por la segunda prueba danzaba sobre nuestras cabezas como una nube tóxica.

La otra proyectadora se encogió de hombros.

—El entrenamiento de Nocte parece el más duro. Somna está segura de que la clave está en repasar cada mañana mis sueños y destriparlos para que tengan más fuerza las proyecciones.

Solté una risita y Onia me miró con complicidad.

Aprendíamos a interpretar nuestros sueños desde niñas, no necesitábamos reflexionar sobre ellos porque sabíamos su significado, prácticamente, mientras se producían.

—Somna es la más loca de los tres —aseveró Axia.

Yo también lo creía; pero, por los continuos reproches y palabras vedadas que les dedicaba a sus hermanos, intuía que su historia era más profunda de lo que aparentaba.

—Me han estado poniendo al día —me dijo Janos señalando a las otras dos con la cabeza—. ¿En qué consisten tus prácticas con Terrent, Pixy?

Axia apretó los labios y me miró con reticencia.

Fruncí el ceño y observé al hombre del que había creído estar enamorada. Su cabello blanco y largo contrastaba orgulloso con los muros del castillo. Sin embargo, a él también lo habían obligado a vestir prendas negras, aunque solo resaltaban aún más la luz de su rostro.

¿Cuántas veces había contemplado sus facciones con los ojos brillantes de anhelo? ¿Cuántas había pensado que no merecía nada más que su desprecio?

Parpadeé incrédula.

¿Por qué había sido tan estúpida?

—Me plantea un acertijo y cuando lo resuelvo pasa al combate —respondí.

Axia se removió, pero fue Janos el que preguntó.

—¿Lucha contra ti?

—No, qué va. Crea armas de hielo de lo más originales y me las va lanzando.

Onia soltó una risita.

—Esto es de locos. —Dejó caer la cabeza entre las rodillas.

—¿Qué clase de acertijos? —demandó Axia.

—Cosas como: «Llega sin ser llamada, se va sin despedida, cubre el mundo entero, pero no tiene vida». —Alcé las cejas y sonreí de lado, sorprendida por mi propia confianza, muy consciente de que aquella camaradería no se hubiera producido en Llum.

Bien visto, ni siquiera me reconocía. Aquel era el mayor regalo que me había dado ese mundo: la fuerza para reivindicar mi existencia, lejos de la repulsa y el odio de mi gente. ¿Cómo podría renunciar a un bien tan preciado?

Janos torció el rostro, devanándose los sesos, y Onia respondió:

—La noche.

Asentí con una nueva sonrisa.

—Estarás entretenida —replicó Axia con acidez, al tiempo que se ponía en pie.

La escruté sin comprender qué le ocurría y salté a su lado en el escalón cuando ya se estaba alejando.

—¿Qué te pasa conmigo?

Ella se volvió furiosa, como una estrella a punto de explotar.

—¡Nada! Solo estoy encantada de ver lo mucho que disfrutas entre nuestros enemigos, como si esta fuera la situación ideal para el resto.

—Eso es muy injusto. —Soné dolida.

—Injusto es seguir aquí porque te dio miedo marcharte.

Di un paso atrás y mis talones se toparon con el escalón.

Sentí las miradas de Onia y Janos y sus silencios me cubrieron de vergüenza.

De pronto, no la estaba viendo a ella. Mis ojos enfocaron los recuerdos de cada mirada de desprecio de mis compañeros en la zona de vigilia, sus constantes insultos. «Marcada». «No eres digna de este sitio». «Cuando esté muerta».

La rabia se enroscó en mi interior como un eclipse que oculta la razón y sumerge la amabilidad en ira y tinieblas.

Solté el aire por la nariz y entrecerré los ojos. Años y años de contención tras amenazas y abusos. Años de agachar la cabeza.

Apreté los labios y me supieron a ácido.

—He intentado sacarte de aquí de todas las maneras posibles, así que hazte responsable de una maldita vez de tus mierdas, Axia.

Un silbido me sobresaltó y me giré perdiendo el eje y el sentido.

Nocte me contemplaba con la sonrisa ladeada, con el costado apoyado en la pared y los brazos sobre el pecho.

Su mera presencia hizo saltar a mi corazón como si acabara de caer por un barranco. Por algo lo había evitado. No quería sentir aquello. No podía permitírmelo.

Pero, ahora que lo tenía delante, la última noche que habíamos compartido vibró en mi piel y me trajo el alivio de unas confesiones susurradas, incompletas.

Él arqueó una ceja y sus ojos malévolos se apartaron de los míos y se deslizaron por el grupo, como si leyera nuestras debilidades a partir de los sueños que veía.

—Quiero hablar con la del cabello negro, que por otra parte parece ser la única alma en todo el castillo capaz de evitarme. —Bajó la barbilla, retándome a replicarle, pero me mantuve callada.

La presencia de Janos pesó a mi espalda. Me sentí extraña teniéndolos tan cerca.

El príncipe abrió una puerta sin mirarla e hizo un movimiento con el brazo, invitándome a pasar.

—No tengo todo el día, Cuervo.

Una tensión se instaló en mi estómago al pensar en quedarme con él a solas. Lo había evitado durante días, convenciéndome de que era lo mejor para ambos. Pero ahora, con sus ojos encendidos sobre los míos, no podía recordar los motivos que me habían llevado a tomar una decisión tan estúpida.

Nada bueno podía salir de aquello. Di un paso en su dirección. Sin embargo, una mano me agarró el brazo y me impidió continuar.

—No tienes por qué ir con él, solo le debes obediencia a Terrent —intervino Janos, con los dedos helados sobre mi piel. Tenía que haber corrido para detenerme.

Lo miré como si fuera una de las criaturas viscosas del abismo. Él no me tocaba en público. Nunca había muestras de afecto ni preocupación en su voz, así que ¿qué estaba haciendo? El calor me enrojeció las mejillas; sin embargo, mi estupefacción no fue nada comparada con la ira que emanaba en olas de tensión del cuerpo de Nocte. Sus ojos se habían clavado en el lugar en el que Janos me tenía agarrada y parecía estar a punto de desmembrarlo.

El frío me devoró la piel, como un rocío asfixiante.

—Suéltala. —Cada sílaba era una sentencia de muerte.

El pasillo se llenó de escarcha.

La amenaza convirtió a Janos en una estatua rígida, incapaz de moverse.

Me sujetó con más fuerza. Y yo no estaba por la labor de soportarlo. Me liberé de un tirón, como quien se sacude una capa de pesar y polvo. La mirada de Nocte centelleó con un brillo que se parecía demasiado al alivio. Sentí el peso del reproche de Janos mientras seguía al príncipe, las palabras cruzadas de Onia y Axia. Tendrían que esperar a que encontrara el valor de enfrentarme a mis demonios.

Unos minutos que fueron eternos. Nocte caminó a mi lado y me indicó que pasara a un salón con vidrieras y dibujos de soles en las crucetas del techo. La estancia era un culto a lo natural, con el suelo de mosaico plagado de hierbas y flores silvestres. De algún modo supe que aquella estancia era solo suya.

Cerró la puerta, aislándonos del caos, y me observó como quien espera un reproche.

—Querías hablar —dije desesperada por liberar la tensión que desprendía su cuerpo, a pesar de los metros que nos distanciaban. Sentía su contención quebrándose por las grietas de su boca, por su mirada encendida y sus manos apretadas.

Se acercó, con la chaqueta negra rozando el suelo en un baile lento. Con la delicadeza de un depredador.

—¿Qué sientes ahora cuando piensas en el opio?

Un recuerdo despertó en mi mente, el de sus dedos fríos en contraste con mi frente, sus susurros mientras me debatía entre las sábanas, muy cerca de mis mejillas.

—Rechazo. También vergüenza —respondí con sinceridad.

Pasó la lengua por su labio inferior al tiempo que sus ojos se suavizaban.

—Debes saber que la seramenta te ayudará a superarlo, pero es tu voluntad la que tiene la última palabra.

Me mordí los labios.

—No deberías haberme dado aquella droga sin decirme lo que era —le recriminé.

Frunció el ceño, como si la idea no hubiera pasado por su cabeza.

—Tú diste el primer paso cuando no negociaste con Will y Yust. Pensé que era lo que querías.

Lo escruté, desde el cabello negro y sedoso, despeinado, hasta la nuez que moldeaba sombras en su garganta.

—¿Cómo sabes que no acepté su trato?

Alzó ambas cejas.

—Sería un necio si no supiera lo que ocurre en mi propio castillo.

—Y, sin embargo, no puedes decirme quién está cometiendo los asesinatos.

Soltó un suspiro largo.

—¿No era lo que querías? ¿Terminar con la adicción? —encauzó la conversación.

—Sí, claro que sí, pero podrías haberme avisado de lo que me haría en el proceso.

—Si te lo hubiera dicho, te la habrías tomado igualmente.

Me mordí los labios ante la seguridad que mostró, y, aunque no se lo dije, no podía negar que estaba en lo cierto. Aun sabiendo el dolor que me provocaría, liberarme de esas cadenas era un regalo irrenunciable.

¿En qué momento había comenzado a leerme como si estuviera abierta y expuesta para él?

—Dices que yo di el primer paso, pese a que tú habías encargado la seramenta a Will hace mucho.

Esperé una explicación y sus ojos relampaguearon, dos fosos profundos se ensancharon por sus iris oscuros, del color turbio de una fogata.

—Después de conocerte vi en tus sueños tus problemas con el opio. No entendía el porqué, no sabía tu historia, así que se convirtió en una debilidad que estaba dispuesto a explotar.

»Mandé a Fénrix que os llevara a casa de Will, pensando que sería la mejor forma de apartarte de mi camino. Pero esa misma noche apareciste ante mí con las pupilas dilatadas, ese carácter desafiante y ocultando tantos secretos que supe que no podría conciliar el sueño.

»Aquella noche recordé cientos de veces tu rostro y me dije que habría otras formas de vencerte, otras maneras de asegurarme de quitarte de en medio. No quise reconocer la culpabilidad que sentí cuando te marchaste corriendo tras revelarte que podía ver tus sueños, después de que los cogiera y los desmenuzara como si fueran huesos para los buitres.

Su confesión me provocó un nudo en la garganta. Nada de aquello estaba bien. Nocte estaba hecho para terminar conmigo, pero mi cuerpo tiraba en su dirección como si se estuviera cayendo por un precipicio.

—Tú elegiste a Axia. Deberías tener más fe en tu campeona.

Él bufó y una sonrisa amarga se dibujó en su boca.

—¿De verdad crees que yo habría preferido a Axia antes que a ti?

Su mirada se clavaba en mis nervios como el choque de un relámpago sobre la tierra. No entendía nada.

—Dijiste que la escogiste por ser equilibrada e inteligente, porque no se deja llevar por las pasiones.

—Y lo mantengo.

Sacudí la cabeza, porque había creído que esas mismas palabras eran el motivo por el que no me había elegido a mí como su campeona.

—No te comprendo.

Él invadió el espacio que nos separaba, se deslizó con sus sombras y sembró la noche de suavidad y deseo.

Sus dedos me acariciaron la barbilla y me levantaron la cabeza hasta que sus ojos y los míos se enraizaron en algún punto del universo y bailaron una danza desconocida. Antigua.

—Terrent y Somna escogieron antes que yo, esa es la razón.

»Puede que Axia sea perfecta, pero no es tú.

# 40

# Antes de que caiga la noche

> La sugestión es debilidad y conlleva deshonra para los proyectadores.
>
> Tercera regla, *Libro blanco de la logia*

Di un paso atrás y me soltó.

«Cobarde».

Había huido de él porque mi estómago se encogía ante su presencia. La intensidad de su mirada me intimidaba y todo mi cuerpo perdía el control.

«Voy a decirte tres cosas, pero solo una es cierta».

Algo había cambiado entre nosotros desde aquella noche, una sensación que espesaba el aire que respirábamos, como la humedad que te tragas, pero no alimenta tus pulmones. Estar a su lado era como ahogarse.

La saliva pasó por mi garganta reseca. Él frunció los labios en una mueca que repetía cuando estaba incómodo. Un gesto que revelaba el hoyuelo de su mentón.

Con esfuerzo, levanté la mirada a sus ojos confundidos.

—Necesito que me enseñes a usar mis nuevos poderes antes de la segunda prueba. —La tensión se esfumó y se convirtió en un viento frío entre nuestros cuerpos.

Nocte bajó la vista al suelo y cerró los párpados con fuerza, como si le pesara contenerse.

—Supongo que ese es el trato —dijo con reticencia.

Asentí una sola vez.

Se humedeció los labios y le dio un golpe con la uña a mi brazalete.

—¿Qué sabes de esto?

Observé el cilindro de cristal engarzado entre bandas de oro.

—Nos los dan al convertirnos en proyectadores.

Esperó; pero, como no añadí más, pasó a explicarme.

—La ceniza proviene del volcán en el que está el portal de cuerno.

La revelación pesó sobre mi frente y la cargó de arrugas.

—¿Cómo es eso posible? No existen datos de este mundo, se supone que nadie lo ha pisado.

—Has descubierto que mucho de lo que os cuentan es falso. —Alzó una ceja, invitándome a replicar; pero callé, y él continuó—: El motivo por el que algunas pesadillas están dispuestas a saltarse las normas y atravesar el portal hacia vuestra zona de vigilia no es otro que el miedo.

—¿Miedo?

—A no soportar por más tiempo el peso de extraer su magia de sus terrores más ocultos. Miedo a que la noche los devore.

—¿Me estás diciendo que huyen de este mundo porque sus propias pesadillas los consumen?

Asintió.

—Ese supuesto odio hacia los humanos no es más que una falacia.

—No lo comprendo. ¿Qué ocurre con vuestros sueños cuando salís de este mundo? ¿Se transforman? Los míos lo han hecho, pero solo porque la maldición introdujo una parte de vuestra esencia en mí: los de Axia no han cambiado.

—Cuando nosotros pasamos a las otras esferas, los terrores nocturnos cesan. Para muchos es como una anestesia después de noches repletas de calvario.

—Si las pesadillas se interrumpen, ¿no se agota vuestro poder? ¿De dónde extraen la magia?

—Cuando obtenemos su poder no se borran de nuestras mentes como ocurre con vuestros sueños: permanecen, y podemos seguir obteniendo fuerza de ellas.

Miré mi brazalete. La ceniza estaba en reposo dentro del cristal.

—¿Cómo conecta lo que acabas de contarme con esto? —pregunté dándole un golpe como había hecho él antes.

—En el borde del origen, mi padre pactó con los fundadores de las nueve grandes casas de Llum. Pretendía garantizar el paso al mundo humano de un número controlado de sus súbditos, aquellos más débiles que desearan marcharse por encontrarse marchitos. Tus líderes demandaron la ceniza del volcán para asegurarse de que las pesadillas no rompíamos el trato e invadíamos su preciosa capital. Así surgieron los proyectadores, como un medio para luchar contra nosotros.

Un escalofrío me recorrió los hombros de lado a lado al pensar en lo mucho que nos habían ocultado.

—¿Qué papel juegan los humanos en el pacto?

Negó despacio.

—Ninguno. Simplemente, al pasar un número concreto de los míos al mundo humano, debían hacer lo propio con los ilúricos si no deseaban romper el equilibrio.

No tenía constancia de que sucediera, pero tampoco había sabido que los proyectadores muertos se ofrecían al portal para mantener su magia hasta que lo había escuchado de las bocas del consejo de casas.

Mi mente volvió al inicio de la conversación ante la marea de dudas que se agolpaban en mis labios.

—¿Por qué es tan especial esta ceniza?

Su mirada se intensificó y sentí cómo dudaba.

—Cada cien años morimos —dijo al fin—. No pongas esa cara, no estás hablando con un fantasma. Cada cien años mis hermanos y yo acudimos al volcán, nuestro cuerpo se incendia y le ofrecemos nuestras cenizas al portal.

Me quedé boquiabierta examinando sus brazos, como si esperara encontrar humo en lugar de piel.

—Pero estás aquí.

Puso los ojos en blanco.

—No seas ridícula, regresamos un instante después y tomamos la forma que deseamos.

Alcé las cejas al tiempo que las comisuras de mis labios descendían.

—Al menos no tienes que pasar por una adolescencia infinita —declaré dubitativa.

Una sonrisa tiró de su boca.

—Sería un inconveniente para mi atractivo.

Bufé, ocultando una diversión creciente. Hasta que mis pensamientos regresaron al brazalete y todo amago de humor se desvaneció.

Abrí los ojos como platos.

—Espera. ¡¿Llevo tus cenizas en mi brazalete?!

Nocte soltó una risa suave.

—No me digas que eres aprensiva.

Me mordí el labio inferior, valorando una respuesta. ¿Cómo debía sentirme al pensar que llevaba una parte de él pegada al cuerpo antes incluso de haberlo conocido?

—No le des tantas vueltas —aconsejó.

Su mentón dibujó un arco ligero y sus ojos enfocaron el suelo. Las líneas de su cuello se tornaron más profundas, creando sombras allí donde debía latir su pulso.

—Entonces, ¿mi poder funcionará ahora a través del brazalete o podré prescindir de él como hacen las pesadillas? —Obligué a mis ojos a subir hasta los suyos justo cuando se perdían en la fila de botones que bajaba por su camisa.

Se pasó una mano por el pecho, como si mi mirada ardiera bajo sus clavículas.

—Habrá que comprobarlo.

Con pasos lentos se colocó a mi espalda, rompiendo la primera regla. Un escalofrío descendió por mi nuca. Me froté los dedos con el pulgar, a falta de saber qué hacer con las manos, y su aroma se coló en mi sistema. Inhalé con más fuerza, como si se hubiera convertido en mi nueva droga; ciertamente, era una adicción igual de peligrosa.

—Piensa en una pesadilla, una de las que has tenido desde que llegaste.

Hice memoria y se me escapó una sonrisa.

—Creo que recuerdo un baile incómodo —dije para molestarlo, pero él me recogió el cabello sobre un hombro y las puntas de sus dedos se posaron en mi garganta. Mi pulso tronó bajo sus yemas.

Escuché cómo sonreía tras de mí.

—Las has tenido peores, pero me alegra ser tu primer recuerdo cuando te piden un mal sueño.

La piel de mis brazos se erizó.

—¿Y ahora qué?

Sus abdominales se pegaron a mi espalda. Mi respiración se volvió errática.

Se inclinó, con los labios tan cerca de mi oreja que sentí la humedad de su aliento.

—Ahora proyectas, usando el brazalete.

—¿Y ya está? Eso ya lo he probado. No funciona.

Su mano descendió desde mi garganta hasta mi brazo y se posó en el cilindro de cristal.

—Inténtalo de nuevo. Recuerda cómo fueron tus primeras proyecciones.

Confusas.

Todos mis nervios se acumulaban en la piel que tocaban sus dedos. Si algo sabía, era que no iba a ser capaz de concentrarme teniéndolo tan cerca.

Pero me esforcé, me recreé en la pesadilla e intenté que la ceniza iniciara el proceso de transferencia. Sin resultado.

Solté un suspiro.

—Algo no estoy haciendo bien.

Sin retirar la mano de mi brazalete, Nocte colocó la otra sobre mi hombro y lo apretó con suavidad.

—Yo no proyecto como las otras pesadillas, mi poder surge de las tinieblas del mundo, de la energía que se enraíza en el suelo tras cada mal sueño; pero sé que hay mestizos, hijos de ilúricos y de los de mi raza, que son capaces de proyectar sin el brazalete.

—No sabría cómo hacerlo —reconocí.

—¿Qué tal si te concentras en la pesadilla y no vuelcas tus pensamientos sobre la ceniza?

Las leyes de Llum no nos permitían hacer una cosa semejante con los sueños. Lo llamábamos sugestión. Extraer su fuerza directamente, sin dirigirla primero hacia el brazalete, suponía un ultraje para la sociedad Hypnos. Sin embargo, mi futuro dependía de

que aprendiera a manejar los únicos poderes que poseía después de que me hubieran arrebatado la capacidad para soñar.

Lo intenté de nuevo. Me concentré, empujé.

Las gotas de sudor me bañaron la frente...

Solté un rugido frustrado.

—No puedo hacerlo —me rendí, hundiendo los hombros.

Su palma ascendió desde mi hombro hasta mi nuca en una caricia tranquilizadora.

Sentí su aliento demasiado cerca, sobre la piel; en cada respiración, un anhelo.

—¿Cómo que no? Hasta la mala hierba es capaz de atravesar la piedra para encontrarse con el sol —susurró.

Quise girarme. Deseé con todas mis fuerzas presenciar el brillo de sus ojos, la energía que desprendían, la piedad contenida de un dios.

Pero inhalé y contuve el aire en los pulmones. Me sumergí en su confianza y la determinación se deslizó por mis venas.

Tensé el cuerpo y permití que el recuerdo de aquel baile me inundara. Recordé los colores entre la bruma, su mano en mi cintura, los giros de puntillas y el sonido mortecino de un violín de cuerdas tirantes. Nocte tenía razón, había tenido pesadillas peores, pero el terror que sentía por el anhelo que despertaba en mi pecho era tan intenso como el de cualquier otra.

Tiré de la imagen, como si quisiera atraer hacia mí cada sonido, como si en mi mente se aclarara la escena y el hombre de cabello y ojos negros fuera algo más que un desconocido.

Permití que las tinieblas me envolvieran y me dejaran entrar en aquel mal sueño. Mi garganta se secó. El horror de unas emociones equivocadas me llenó el pecho de desesperación.

—No lo sueltes, lo estás logrando. —La voz de Nocte se entremezcló en mi sueño y lo hizo más real. Formaba parte del llanto del violín y avivaba mi espíritu adormecido.

Sentí el tirón de mi magia hacia mi brazalete y, por fin, la ceniza respondió. El sueño ardió ante mis ojos como papel de fumar. El fuego se extendió en círculos hasta calcinar la escena y me expulsó.

Abrí los ojos de golpe para encontrarme con un humo grisáceo, similar al delirio rojizo de las pesadillas. Alcé una mano y la niebla respondió a mis deseos y se movió.

La alegría se entremezcló con el pesar, como una culebra en busca de agua.

—No va a haber forma de ocultar este cambio —suspiré.

No sabía si la niebla era consecuencia de la sugestión o por proyectar una pesadilla, pero en ningún caso se me perdonaría. A aquellas alturas me había saltado tantas normas que ya no me sentía parte del sistema que había sido mi vida durante tanto tiempo.

Noté el escrutinio de Nocte sobre la piel.

—No tienes nada de lo que avergonzarte.

Me encogí, consciente de que sería el único que lo creería.

Se colocó frente a mí, con las cejas fruncidas y la mirada en calma. Recorrí los ángulos rectos de su mandíbula y deseé en secreto acariciarla. Aquellos pensamientos deberían haber estado prohibidos para mí, pero con Nocte las líneas cada vez estaban más difusas.

Muy despacio, levantó la mano. Su pulso temblaba, si bien su rostro mostraba una determinación inquebrantable.

Sin embargo, detuvo los dedos a la altura de mi rostro y vaciló. No sabía si tocarme.

En un alarde de valentía di un paso adelante y sus yemas me acariciaron la mejilla.

Al principio solo llegó su calor; después detonó. Fue una descarga que paralizó mis sentidos, un ruido sordo en la órbita de nuestros mundos. Una colisión.

Tan brutal como perder la gravedad, como salir por los aires tras una explosión.

Incliné el rostro y su palma se amoldó a la curva de mi pómulo, desde el mentón a la frente, demasiado grande. Demasiado cerca.

Las emociones bailaban bajo mi pecho con la fuerza de una tormenta.

Cerré los ojos y sentí su aroma colándose por mis poros, embargándolo todo, consiguiendo que el mundo tuviera más y menos sentido al mismo tiempo.

—Gracias —susurré, escondida bajo mis párpados cerrados.

Percibí su cercanía, el calor abrasador que emanaba de su cuerpo.

—¿Por qué? —Voz suave, calma, serena.

Inhalé y su olor me supo en la lengua a humo, a madera mojada.

—Estaba atrapada. Primero por el dolor y después por el opio. Mi vida antes de venir aquí era una noche más larga que este perpetuo crepúsculo. Luchaba para agradar, con el único pensamiento de saberme con los días contados: mi destino era morir en una batalla en la que los dolores me incapacitaran. No tenía esperanza ni oportunidades. ¿Quién querría vivir esperando a que llegue el dolor, sabiendo que será ineludible? —Abrí los ojos lentamente y me encontré con los suyos, bajo los que fluctuaba una emoción poderosa, innombrable. El aire se estrujó en mis pulmones, aunque me obligué a continuar—. Pero tú... tú has terminado con ambos. Me has dado tiempo, cuando mi vida era una cuenta atrás.

Colocó la otra mano sobre mi cintura y me acercó aún más, solo a un milímetro. Una distancia imposible, infinita. El pulso se me disparó y sus dedos se hundieron en mi carne, reclamándola.

Una dulzura desconocida ablandó mis huesos y los transformó hasta que encajaron a la perfección contra los suyos.

—El sentido de la vida no se mide por el tiempo que nos queda, Cuervo, sino por la forma en la que decidamos vivir. —Por primera vez, aquel apodo me hizo sonreír. La punta de su nariz rozó la mía. No podía apartarme, no podía hacer nada que no fuera sentir—. Eres fuerte, lo eres porque nunca has necesitado a nadie; pero, en ocasiones, esa fortaleza corrompe, se convierte en amargura y nos pudre por dentro. Todos necesitamos que nos sostengan de vez en cuando, Pixy.

—¿Incluso tú?

Enfoqué los ojos en el hoyuelo que se le formaba al mostrar esa esquiva sonrisa. Le respondí con otra. Estaba perdida.

—Mi única necesidad es que sigas sonriendo.

Noté la sacudida en el pecho como si estuvieran agitando las esquirlas de mi corazón helado.

Un milímetro.

Nocte se inclinó. Salvó la distancia que nos separaba y sus labios acariciaron los míos...

—¡¿Qué cuernos estáis haciendo?!

Me separé de un salto. Fue como si un rayo cayera entre nosotros.

Axia nos contemplaba desde la puerta, con los ojos muy abiertos y la respiración agitada.

Nocte no permitió que me alejara, me pasó un brazo por la espalda y me agarró la cadera.

Ella se abrazó la cintura y nos observó como si jamás nos hubiera visto. El rechazo de haberme descubierto tan cerca de una pesadilla,

de una de las criaturas a las que nos habían enseñado a odiar, se reflejó en su rostro, a pesar de sus anteriores insinuaciones.

Apreté los labios, deseando haber tenido más tiempo.

—¿Y bien? —exigió.

Él no se tensó a mi lado, pero, molesto, intensificó el agarre. Me hizo un gesto, dándome la oportunidad de ser yo quien le contestara.

Me removí nerviosa.

—Estábamos hablando.

—¿Hablando? —Me miró incrédula.

Me devané los sesos y concluí que aquella podría ser una buena ocasión para desvelarle a Axia lo que había ocurrido con mis poderes. Prefería que se enterara por mí, antes de que llegara la segunda prueba y lo descubriera. Pero imaginar su reacción me provocó un malestar en el estómago que me hizo vacilar.

—Nocte me está ayudando con las proyecciones —dije aparentando un valor que no sentía.

Frunció mucho el ceño, como hacía cada vez que creía que mentía.

—¿Por qué iba hacerlo? Yo combato en su nombre, no tú. —Su voz sonó dura.

Nocte afiló la mirada en su dirección.

Coloqué una mano sobre la suya y lo contuve. Él bajó la vista buscando mis ojos y yo elevé el mentón, intentando transmitirle que podía con aquello.

Asintió con un movimiento apenas visible.

—Le he prometido que si me ayudaba te dejaría ganar las pruebas. —Supe que me había equivocado en cuanto las palabras abandonaron mi boca.

Axia se tensó y su expresión se tornó rabiosa, mientras que Nocte me soltó y no me devolvió la mirada.

—No necesito que te dejes ganar. Estoy cansada de que te creas mejor que el resto, de que pienses que puedes conseguirlo todo solo porque estás más dispuesta a sacrificarte. —Su voz era tan dura que me dejó sin aliento.

—Es suficiente —cortó Nocte.

Axia apretó los labios y las aletas de su nariz se abrieron.

Dio un paso al frente, furiosa.

—He venido a deciros que mañana tendrá lugar la segunda prueba. Nos han pedido que nos recluyamos hasta que vayan a por nosotras. Pero tú, como siempre, harás lo que te dé la gana. Seguro que tienes algo mejor que hacer que encerrarte en tu dormitorio, ¿no, Pixy?

Encajé las muelas y las apreté hasta que dolieron.

Pasé junto a ella sin mirarla y dejé a mi espalda una ocasión perdida, una que había sabido dulce en mi boca, aunque solo fuera un instante.

Agarré el pomo de la puerta y la cerré tras de mí con un portazo; uno con el que pretendía poner fin a un capítulo frustrado.

# 41

# La flor del rey

> Puede estar tranquilo. Los libros de la Real Biblioteca de Llum han sido revisados de acuerdo con las buenas costumbres, y hemos extraído aquellos volúmenes que pueden considerarse contrarios a la moral y a la ética imperante.
>
> Carta del custodio de la Real Biblioteca de Llum

Cuando era una niña no veía la maldad. Pensaba que pertenecía a una raza tan pura que no podían sentir envidia o desear el mal ajeno. Creía que todos eran como yo, que lo que a mí me dolía también les afectaba a ellos y que mis alegrías se parecían a las suyas.

Qué equivocada estaba.

Tras dos años en la zona de vigilia mis piernas aún no funcionaban bien, no podía andar sin cojear y cada cinco horas debía aplicarme las pomadas en las partes más dañadas.

Cada mañana me esforzaba por dar un paso más, hasta que los temblores en las rodillas cesaron y fui capaz de correr sin caerme. Los primeros seis metros los celebré entre lágrimas. Fue ese mismo día cuando escondieron mis analgésicos. Ahí también lloré, pero de desesperación. Durante una semana no pude levantarme de la cama. Los dolores me arrasaron con tanta fuerza como si se

hubieran contenido para dar el golpe de gracia. Perdí masa muscular y tuve que volver a empezar.

Me enseñaron a pensar que las pesadillas eran pérfidas e infames, que los ilúricos éramos luz y protección. Lo grabaron tan a fuego en mi mente que, incluso cuando los de mi raza me hirieron, me convencí de que yo era la culpable.

Di un paso al frente para colocarme entre Axia y Onia.

Tampoco era que las pesadillas derrocharan bondad; muestra de ello era el coloso infernal que habían creado para la segunda prueba.

Alcé la vista para analizar el muro del laberinto que se extendía frente a nosotras. Era de hueso, blanco, como si de pronto nos hubieran trasladado a Llum. Parecía la entrada a una ciudad de cadáveres.

—Nunca creí que este color me provocaría escalofríos —dijo Onia.

Axia miró hacia atrás sobre su hombro.

—Es el entorno.

A nuestra espalda aguardaban sentados los tres príncipes. Mis ojos volaron a los de Nocte. Me devolvió una expresión preocupada y mi nuca se tensó. ¿Qué nos esperaba dentro del laberinto que lo tenía tan inquieto? Me reprendí y me giré. Necesitaba estar concentrada.

La corte creaba un pasillo entre los príncipes y la entrada y todos mis sentidos dispararon una adrenalina que clamaba peligro.

—Nos mantenemos unidas y actuamos en equipo —nos recordó Axia, interrumpiendo el graznido de los cuervos que sobrevolaban los muros de hueso—. Es la única forma de pasar las tres a la tercera prueba.

El sonido de unos tacones se aproximó desde detrás, nos rodeó y se situó frente a nosotras. Giulia llevaba un vestido rojo que armonizaba con su melena suelta. Se había perfilado los ojos

almendrados y su mirada era tan afilada como la de una tigresa. Su labio superior se contrajo al evaluarme.

—Debéis encontrar la flor del rey, que se encuentra escondida en el laberinto. Entraréis todas juntas como iguales, pero solo la primera en conseguirla saldrá vencedora y contará con un privilegio que podrá hacer valer en la prueba final, una ayuda que le servirá para ganar y que estará ligada a un sueño mucho más grande que ella. —El enigma esbozó en su boca una sonrisa sádica, pero no fue esto lo que quedó en mi cabeza, porque las siguientes palabras tronaron con una fuerza ensordecedora—: Axia ganó la primera prueba, veamos quién sobrevive a la segunda.

Me giré hacia mi amiga, que lucía una expresión tan confundida como la mía. Onia también la observaba. El deseo de Axia había sido convertirse en la mejor proyectadora...

—¿Ganaste la primera prueba? —le pregunté.

Ella me miró por el rabillo del ojo.

—No sé a qué se refiere, a menos que...

—Entraréis a mi señal —interrumpió Giulia.

—¿A menos que...? —la apremié.

Frunció el ceño en silencio.

—¡Da comienzo la prueba! —El grito de la niz me sobresaltó.

Onia, ajena a nuestra conversación, entró en el laberinto y nosotras la seguimos.

Los pasadizos de hueso se cerraron a nuestra espalda, aislándonos de la corte y los príncipes. A partir de ahí nadie podría ayudarnos.

—¿Qué me estás escondiendo? —le pregunté a Axia, que apretó los labios con obstinación.

—A mí también me gustaría saberlo —intervino Onia.

—No es nada —respondió, pero su gesto era nervioso. No lo dejé pasar y sucumbió ante la presión—. Está bien. Encontré en mi dormitorio un pergamino que decía: «Adviértele contra Mandrágora antes de que pierda sus poderes».

Me detuve en seco. Axia también paró.

Por mi mente pasaron cientos de ideas, cada cual más perturbadora que la anterior.

—¿Cuándo lo recibiste?

—Antes de que atacaran el castillo. Me enteré de que obtuviste el reloj haciendo un trato con esa criatura, pero, para variar, no fuiste tú quien me lo contó.

—¡¿Te dieron un aviso de peligro y no me informaste?!

Elevó la voz.

—No sabía que se refería a ti. Podía haber ido dirigido a cualquiera.

—Eso no lo hace menos relevante.

—Tú nunca me cuentas nada.

Onia había perdido la prueba porque no había soportado la idea de ver morir a los humanos y los había antepuesto por encima de su deseo, Axia había vencido porque había tenido la opción de avisarme y había escogido no hacerlo. La Sombra lo había advertido: los deseos se alcanzaban tomando decisiones, pero ¿qué ocurriría con el mío? Por debajo de la rabia estaba la comprensión. Sabía que Axia tenía motivos para recriminarme ser una hipócrita. Sin embargo, no podía evitar cuestionarme qué habría pasado con mi magia en caso de que me lo hubiera contado. Quizá, si no se hubiera callado, incluso podríamos haber impedido el asalto al castillo, ya que Nocte habría atado cabos al relacionar a Mandrágora con el reloj.

Onia dio un paso adelante con una mano levantada en son de paz.

—No es momento de discutir.

Axia levantó la vista al cielo y yo entrecerré los ojos.

—¿Desde cuándo sabes que no puedo proyectar como antes? —le pregunté. Se mostró avergonzada y mi pulso se detuvo.

—Lo sospeché en la batalla, al ver que tu poder flaqueaba. —Resoplé, indignada—. Vale, ¡lo siento! Debería haberte hablado del pergamino.

—Por eso han dicho que ganaste la primera prueba —adivinó Onia —. Te dieron el poder de elegir, y si hubieras escogido contárselo a Pixy, no te habrías convertido en la proyectadora más poderosa.

Axia bajó la cabeza y en sus ojos centelleó un brillo extraño.

Apreté los dientes. ¿Qué posibilidad había de que Axia hubiera sabido lo que me iba a ocurrir? Por más enfadada que quisiera estar con ella, por más que deseara culparla de la pérdida de mi magia, en el fondo sabía que no era justo.

Quizá ella hubiera podido arreglar aquel desastre antes de que se desatara, pero la decisión de renunciar a mi capacidad de soñar había sido solo mía.

—Deberíamos centrarnos en esta prueba —zanjó Onia, mirando alrededor con una mueca.

Asentí con sequedad.

Los huesos de los muros se entrelazaban creando cavidades entre las que se escondían nuevas formas blanquecinas. Me asomé para verlas más de cerca.

—Son rosas. —Me embargó la desazón. En todo el laberinto debía de haber miles de huecos en los que podía estar oculta la flor que buscábamos.

Onia gruñó.

—¿Cómo sabremos cuál es la flor de rey?

—Debe de tener algo que la haga especial —dijo Axia.

—No podemos comprobar todos los huecos del laberinto, así jamás la encontraremos —se impacientó Onia.

—¿Se te ocurre una idea mejor? —preguntó ella.

Me restregué las sienes con las muñecas.

—Podríamos dividirnos.

—Eso es justo lo que dijimos que no haríamos —recordó Onia.

—Lo sé, pero no hay otra forma de abarcar todo el laberinto.

Un silencio nos sobrevino, denso, como la niebla que lamía nuestros pies.

—Quizá Pixy tenga razón —declaró Axia.

El ceño de Onia se arrugó.

—Ahora que sabes que has ganado la primera prueba no estás tan preocupada por lo que te deparará esta, ¿no es eso? —le recriminó la proyectadora.

Mis hombros se tensaron, pero a mi lado Axia se crispó por completo, como un gato enardecido.

—¿Cómo te atreves?

Me puse delante de Axia para separarlas. La paranoia pendía de los altos muros, dejando un regusto amargo en la lengua. Los ojos de ambas eran dos rendijas de furia helada.

—Basta. Las dos. —Apreté el hombro de mi amiga y ella relajó la rigidez—. Onia, yo tampoco quiero separarme, pero el laberinto es enorme. Si tenemos intención de salir de aquí, no nos queda otra.

Ella bufó, levantó los brazos por encima de la cabeza y caminó de espaldas hacia el interior.

—Como queráis. De todas formas, sabemos quién será la ganadora.

Con la rapidez de un felino, se dio la vuelta y el corredor de la izquierda se tragó su figura.

Axia terminó de relajarse y me apretó la mano que aún le sujetaba el hombro para que la soltara. Lo hice y me giré hacia los sinuosos pasadizos. Del interior se levantó un aire helado que nos provocó escalofríos, como si la entrada de Onia hubiera despertado algún tipo de magia.

—Vamos —dije.

—Espera. —Se asomó a cada uno de los huecos de la entrada para comprobar que todas las flores eran idénticas y asintió—. De acuerdo, adelante.

La dejé pasar para que eligiera un camino y antes de adentrarse se giró hacia mí para decir:

—Yo nunca te pondría en peligro para ganar estas pruebas. Espero que lo sepas. —Su mirada era triste y las comisuras de su boca estaban caídas.

Axia y yo no discutíamos jamás. No importaba lo que hubiera pasado los últimos días, ella siempre sería mi mejor amiga.

—Siento lo de tu magia, Pix.

Asentí.

—Lo sé. —Mi tono fue más áspero de lo que pretendía.

Se rascó el brazo con incomodidad.

—A veces no se me da bien expresarlo, pero yo también te quiero —afirmó.

Pestañeé deprisa. Ninguna de las dos era capaz de abrirse, pero, aun así, ambas pensábamos que los actos sustituían bien a las palabras.

—Lo sé —repetí guardándome la emoción en la garganta.

—Vamos a encontrar esa flor.

Asentí despacio, porque, probablemente, solo una de las dos lo haría.

Axia sonrió con esfuerzo y se internó por el pasadizo del centro sin volver la vista atrás.

Derecha, entonces.

Me despojé de las emociones y sucumbí a los instintos más primitivos de supervivencia.

La estructura ósea me envolvió y cada recoveco tiró de mí como un imán. No podía permitirme pasar por alto la flor.

Busqué hasta que los minutos se convirtieron en horas y el hambre me agitó el estómago.

Busqué hasta que cada paso fue un tormento, hasta que mis dedos tocaron tantas flores que no me creí capaz de reconocer la adecuada.

Busqué hasta la extenuación.

Y no encontré una sola flor que se distinguiera de las demás.

Seguro que me había pasado desapercibida. El pánico se adueñó de mis pulmones.

Luché por no derrumbarme. ¿Me enteraría si Onia o Axia la localizaban? ¿Podía quedarme encerrada para siempre en el laberinto? Algo en mi interior respondió que sí. La ansiedad despertó y me aceleró la respiración. Me arrepentí de haber propuesto que nos separáramos. Nunca me había colapsado la claustrofobia, pero el miedo se apoderó de mí y me llevó a hacer lo más irracional: correr.

Avancé sin detenerme por los pasadizos, en busca de mis amigas. Jadeé en cada recoveco, en cada decisión que cambiaba el rumbo de mi vida.

Hasta que llegué a una placeta y me detuve de golpe.

Los muros seguían siendo de hueso, el entorno no cambió, y sin embargo una sensación oscura se adueñó de mis sentidos y supe que había llegado al corazón del laberinto.

En el centro del círculo había una reja del mismo material, que llegaba justo por encima de mi cabeza. Tras ella solo una roca de plomo con forma redondeada. Me senté en ella e inspeccioné la cancela, ya que en cada ángulo de sus cuadrados había brotado una rosa.

Comencé por debajo. Quizá solo fuera un truco para hacernos perder el tiempo, un espejismo de la prueba, pero era la primera nota disonante que encontraba después de horas de búsqueda.

En uno de los barrotes inferiores descubrí tallada una frase:

Inicia con el caos, sigue con la purificación,
los opuestos se unen y alcanzan la perfección.

Arrugué el ceño y me concentré en unas palabras que me recordaban a algo, pero ¿a qué?

Las flores de la valla parecían las mismas que las que albergaban los huecos de los muros, nada tenían de especial.

Pero en aquella frase debía de estar la clave de la prueba, la solución para salir del laberinto.

Unos pasos me hicieron levantar la cabeza.

Onia llegó a la placeta por un camino distinto al que yo había escogido y, un instante después, apareció Axia por el contrario.

Ambas soltaron un suspiro y yo sentí que la tensión de mi cuerpo se relajaba.

—Menos mal —dijo mi amiga por las tres.

Asentí varias veces y me controlé para no abandonar mi lugar junto a la verja.

Ellas se acercaron a inspeccionarla.

—¿Qué es? —preguntó Onia. La proyectadora llevaba la trenza tan despeinada que parecía que se le hubiera soltado.

—Aún no lo sé.

Acaricié los huesos con las yemas de los dedos, como si tras el roce fuera a desvelarse una verdad oculta.

Sin embargo, no fue eso lo que ocurrió.

Un viento se alzó de la nada. Surgió de todos los pasadizos con un silbido atronador y se concentró en el círculo. Lamió nuestros tobillos con lenguas heladas, arrastró la tierra en remolinos a nuestros pies.

—¿Qué está pasando? —La voz de Onia sonó tan asustada como me sentía yo. Su cabello ondeó sobre sus hombros como una manta.

Cerré los ojos para evitar el polvo que se levantaba. Sentí cómo me arañaba las pestañas. Escuché que Axia tosía. Onia se cubrió la boca con la manga y yo hice lo mismo.

Duró apenas unos segundos, lo que tardó en susurrar, en ensordecer nuestros oídos, para marcharse dejando el revuelo palpitante de la magia.

Escupí para deshacerme de la sensación arenosa que se había metido en mi boca y me restregué la cara con las palmas para limpiármela.

—Malditas inútiles —espetó Axia apartando de un empujón a Onia para acercarse más a la valla.

La proyectadora trastabilló, pero recuperó el equilibrio.

—¿Qué crees que haces? —le replicó.

—Sois dos estúpidas.

Abrí mucho los ojos, alternando la mirada entre ellas.

—Axia, ¿qué te pasa? —pregunté.

Ella gruñó, como un animal marcado con un metal ardiendo, y se aferró a los barrotes para contemplarlos de cerca. Apretó tanto los puños que sus nudillos se marcaron y empalidecieron.

Miré a Onia, que me devolvió una expresión desconcertada.

De pronto, Axia sacudió con violencia la verja.

—¡Para! —exclamó Onia. La cogió por los brazos y tiró de ella hacia atrás.

Axia se revolvió como una salvaje y la tiró al suelo.

Creí que pararía, pero no estaba en sus cabales. Pateó a Onia antes de que lograra incorporarse y esta soltó un aullido de dolor. Contraje el rostro como un reflejo del suyo.

Me levanté de un salto y sorteé la valla. La agarré de un brazo y la empujé hacia atrás, separándola de una Onia que se esforzaba, entre jadeos, por recuperar el aliento.

Los ojos de mi amiga me contemplaron inyectados en sangre.

—Tú ya no eres de los nuestros, ahora eres como ellos —me escupió.

La miré horrorizada y sentí como si me hubiera atravesado el corazón con las uñas.

—¿Por qué me dices eso? ¿Qué te pasa?

Entonces, me atacó.

Axia proyectó contra mí y me arrastró varios metros por el suelo antes de que reaccionara.

Recordé a toda prisa el mal sueño de la pasada noche y reviví los detalles de la sombra que me perseguía, la negrura a su paso. No sucedió lo mismo que cuando Will arremetió: en mi mente no se reprodujeron mis sueños perdidos. Mi magia había cambiado, así que, en cuanto proyecté, su poder se midió con el mío como si se estuviera enfrentando a una pesadilla.

Como había ocurrido con Nocte, en mi interior, mi poder empujó hacia el brazalete.

La ceniza respondió extrayendo la fuerza de mi pesadilla.

Un humo grisáceo chocó contra la luz que emanaba de Axia. Impactó con una energía que crujió en mis huesos.

La niebla que brotaba de mí era tan densa que estaba empezando a apagar su luz. Debía controlarme para no herirla.

Retraje la violencia de mi proyección hacia el brazalete. Era como dosificar la energía que podía extraer de la pesadilla, como utilizar un cuentagotas.

Onia se levantó y saltó sobre Axia, tumbándola y cortando su proyección. Yo detuve la mía para no dañarlas.

Rodaron por el suelo, envueltas en polvo y una maraña de extremidades. Axia se puso encima y golpeó a la otra proyectadora con brutalidad en la cabeza. El grito de Onia me heló la sangre.

Corrí hacia ellas. No me arriesgaba a atacar a Axia por la espalda, no quería hacerle daño.

Pero, con un movimiento certero, Onia empujó el cuerpo de Axia por encima de su cabeza, haciéndola girar, y terminó sobre ella.

Con una mueca rabiosa, la golpeó con fuerza en la cara.

Axia gimió, pero extrajo un cuchillo de la cinturilla del pantalón al mismo tiempo que yo las alcanzaba. Onia frenó su ataque con brusquedad y el arma rebotó en el suelo a mis pies.

Agarré el brazo de Onia para que se detuviera.

—¡Para! No es ella misma.

No lo era. Las pupilas de Axia brillaban con menos luz.

Pero Onia se sacudió, incontenible. Estaba enloquecida.

Axia rugió de dolor. La fuerza con la que se defendía menguaba con cada nuevo golpe.

—¡Onia, la vas a matar! —le supliqué tirando de sus brazos.

No me escuchaba. No lograba que parara.

Agarré el cuchillo a la desesperada y, desde detrás, se lo puse en el cuello para contenerla.

Al sentir el frío en la garganta, los golpes cesaron.

—Tranquila. Ya está. Tranquila —susurré.

Noté cómo su cuerpo se relajaba contra el mío, cómo recuperaba la cordura.

Axia nos observó con la respiración entrecortada y los ojos encendidos en ascuas.

Se movió sin que lo esperara.

Sujetó con firmeza mi muñeca, con la que agarraba el cuchillo, y con la otra mano tiró de Onia hacia sí.

Jadeé en un respingo, mientras el acero rasgaba la piel y le cortaba el cuello pálido a la proyectadora.

No pude evitarlo.

La sangre que salpicó a Axia en el rostro me empapó el brazo y goteó por mi codo.

Un gorgoteo hizo subir la bilis por mi garganta.

Solté el arma temblando.

—¿Qué has hecho?

Me aparté y tumbé a Onia en el suelo. Se esforzaba por respirar, pero sus borboteos eran estertores que bailaban de la mano de la muerte.

Presioné sobre la herida y ella bajó la vista, desenfocada, como si esperara ver el corte.

El sabor cobrizo empapó el aire, como la humedad previa a la tormenta.

—Onia, no te vayas. —Cuando respiró, la sangre se encharcó en mis manos. Movió los labios—. No hables.

A su lado, Axia seguía tumbada, recuperando el resuello.

La sangre brotaba como un manantial de hierro y sal.

Los recuerdos acudieron a mí en tropel: el encuentro con Onia, su desprecio, su comprensión, sus primeras palabras sinceras. Había cambiado tras conocerme y había terminado tratándome como a una igual.

Su pulso se ralentizó bajo mis dedos hasta detenerse. Casi al instante, su piel se enfrió. Fue un cambio ínfimo, minúsculo, pero pesó sobre mis hombros, en mis manos manchadas de sangre.

Puede que no hubiera sido yo quien la había empujado a la muerte, pero sí que había sostenido el cuchillo. Lo había puesto contra su cuello. Había creado el peligro que acababa de terminar con su vida.

Aquel círculo, el corazón del blanco laberinto, condensó mi pena y la transformó en un latido sordo tras mis tímpanos.

La muerte de Onia resonó entre las rosas, quebró mi garganta y marcó mis sueños para siempre.

# 42

# Metales

> ¿Cuál es el significado de la realidad? ¿Acaso un sueño o una pesadilla no pasan a formar parte de nosotros? ¿Por qué desecharlos por ser incorpóreos? Las cosas más importantes lo son.
>
> *Libro Gris*, casa del Insomnio

Me senté junto a Onia. Mis muñecas colgaban por mis rodillas flexionadas.

Mi mirada reposaba, desenfocada, en el suelo, sin comprender qué había ocurrido.

No habría lágrimas; demasiados cuerpos rotos habían pasado por mis manos. La muerte siempre era la cima, la cumbre. Era la ley más constante de cuantas conocía.

—Tú tienes la culpa —dijo Axia.

Intentó incorporarse, pero el peso de los golpes que había recibido la venció y volvió a caer de espaldas. Compuse una mueca.

Estaba demasiado cansada como para pedir explicaciones.

El viento que había entrado por los pasadizos del laberinto la había cambiado, no encontraba otra razón para lo que había hecho.

Aquella no era mi amiga.

Pero, como fuera, tampoco estaba dispuesta a perderla.

Me puse en pie con esfuerzo y volví a acercarme a la verja.

Sin descanso. Con el peso de la muerte en la sangre que se secaba en mis dedos, bajo las uñas.

Las rosas. La frase grabada en el hueso resonó en mi cabeza. «Inicia con el caos, sigue con la purificación, los opuestos se unen y alcanzan la perfección».

Contemplé la escena desde otra perspectiva, una que me permitió encajar las piezas.

Sabía que me sonaba de algo.

Habíamos estado recibiendo señales desde que entramos en el laberinto. Las rosas no eran la flor que buscábamos. No. Las rosas eran uno de los símbolos de la alquimia y sus leyes estaban escritas en la verja, claras para quien supiera verlas.

La señora Hak había estado obsesionada con la transformación de los metales en oro. Jamás había encontrado la forma de efectuar el cambio, pero practicaba con los minerales que le extraíamos de la mina, los cuales decía que eran más susceptibles de transmutar.

Y el único metal que había en todo el laberinto se encontraba allí, frente a mis ojos, en esa misma roca sobre la que me había sentado y que solo me había parecido un trozo de plomo.

Me acerqué hasta ella, caí de rodillas e hice lo único que se me ocurrió: proyectar contra ella.

Extraje energía de una pesadilla y el humo gris envolvió el plomo, adaptándose a su forma.

Unas chispas surgieron en respuesta, pequeños destellos.

Mantuve la proyección.

Una gota de sudor me bajó por la frente hasta la nariz.

Resoplé mientras los chispazos adquirían mayor violencia.

Y aguanté.

Hasta que la niebla gris se dispersó, el plomo se evaporó y sobre el suelo solo quedó una corona de oro. Cada una de sus puntas

clamaba como lanzas la magnanimidad y el poder del antiguo rey y, en el centro, destacaba la forma de la flor de lis, otro de los símbolos de la alquimia.

Tomé el metal helado entre los dedos y a mi alrededor los muros se esfumaron como espectros incorpóreos, como retazos oníricos a la entrada del amanecer. El laberinto se diluyó, el paisaje cambió, dejando tras de sí un cadáver y dos conciencias rotas.

Escuché el jadeo de Axia a mi espalda.

—¡Onia! —La imaginé arrastrándose hasta su cuerpo. Oí cómo la sacudía—. Responde.

No me giré a mirarla.

Volvíamos a estar en la parte trasera del castillo. La corte nos observaba. Sentí las miradas abrasadoras de los príncipes en mi cuerpo, en la corona.

Estaba abrumada, furiosa, tanto que la satisfacción de haber ganado la prueba no encontró hueco en mí.

Esta era su guerra. ¿Qué pintábamos tres proyectadoras luchando por ellos? ¿Para qué había muerto Onia? ¿Qué sentido tenía?

En algún momento, Terrent se había acercado a mí. Extendió la mano, reclamando su trofeo, y yo se lo tendí golpeándole la palma con el metal.

Lo contemplé desafiante.

Él apretó los labios, entrecerró los ojos; pero se forzó a sonreír.

Alzó la corona y la corte prorrumpió en aplausos.

Mi piel se crispó con el sonido.

Me puse en pie por pura fuerza de voluntad.

Nocte pasó junto a mí para reunirse con Axia y me rozó el costado con el brazo. Nuestras miradas se cruzaron; la suya cargada de preguntas y tensión, la mía impregnada de muerte.

Somna se cruzó de brazos con actitud indiferente. Había perdido a su campeona, por lo que le quedaba vedado el trono de sombras. No se convertiría en la próxima reina.

—¡NO!

Axia se aferraba al cuerpo de Onia mientras Nocte le pedía que se levantara.

La imagen partió mi espíritu en dos.

Aparté la conmoción y le di la espalda a Terrent, a sabiendas de que podía costarme muy caro, pero era incapaz de marcharme y dejarla en aquel estado.

La alcancé y me acuclillé a su lado.

—¿Qué he hecho? —repetía sin cesar.

Le tiré del codo y, como si pudiera distinguir mi contacto sin verme, se soltó del cadáver de Onia y se echó a mis brazos.

Dejé que sollozara agarrada a mi cuello mientras le frotaba la espalda.

—Vámonos, Axia —le pedí cuando el tiempo se alargó.

—No voy a dejarla.

Me separé un poco para mirar a Nocte, que esperaba paciente, de pie a nuestro lado.

—¿Qué pasará con ella? —le pregunté.

—Podemos enterrarla, si es lo que queréis.

—No, no —dijo Axia. Por sus mejillas corrían las lágrimas.

—La incineraremos —resolví—. Onia no querría que su cuerpo reposara en este mundo.

Él asintió.

—Pixy... —Axia se apartó, aún negando.

—No eras tú. La magia del laberinto te ha dominado.

—Llévatela y consigue que se calme —me pidió Nocte, que observaba con expresión furiosa los cuchicheos de la corte.

—Vamos.

La forcé a levantarse, le rodeé la cintura con un brazo y me siguió con docilidad al interior del castillo.

Sus labios temblaban en susurros incomprensibles.

Entramos en su dormitorio y la dejé sentada en la cama para preparar el agua de la bañera. Cuando estuvo lista, la ayudé a desvestirse y a meterse dentro.

Me quedé a su espalda, frotándole los hombros en círculos con una esponja.

—He sido una necia al creer que las tres superaríamos esta prueba —dijo.

Reprimí un suspiro. Yo también había querido creerlo.

—No sabíamos qué nos depararía.

—Jamás podré perdonarme por lo que he hecho.

—Oye... —Dejé a un lado la esponja y me arrastré al lateral de la bañera para mirarle el rostro. Nuevas lágrimas caían por la piel sonrosada de sus pómulos, o tal vez eran las mismas, que no habían cesado—. ¿Recuerdas cuando Narrow tuvo que escoger entre salvar a Eleathar o al anciano Craig después de que un niz soltara el delirio? Estaba solo y los dos quedaron muy graves tras el enfrentamiento. La opción obvia habría sido decantarse por Eleathar porque era quien tenía toda la vida por delante.

—Pero eligió a Craig. —Su voz sonó débil, aunque las lágrimas cesaron.

—Lo hizo porque siempre ha sentido debilidad por él. Antepuso sus emociones a lo que habría elegido la sociedad Hypnos.

Axia sorbió por la nariz y se frotó el lateral del rostro.

—Creo que siempre lo ha considerado una mancha en su expediente.

Compuse un gesto resignado al tiempo que negaba con la cabeza.

—No podemos pretender salir indemnes siempre, solo aprender. Nos equivocamos. Como hoy, a veces nuestros errores destrozan vidas. Pero no podemos permitir que destruyan la nuestra. Hay que seguir. Sobrevivir. No queda otra.

Sacó el brazo del agua y me apretó el hombro.

—Lo entiendo. Solo... necesito un tiempo para llorarla.

«Yo también», pensé. No lo dije; creí que no lo comprendería, porque yo jamás me había lamentado por lo que le ocurriera a nadie que no fuera ella o Narrow.

Sin embargo, echaría de menos a Onia. Y no solo por haberse frustrado la posibilidad de forjar una nueva amistad, también porque su pérdida me acercaba al final del camino, a aquella última prueba en la que solo una de las dos saldría con vida.

Contaría con una ventaja misteriosa por haber hallado la flor del rey, un privilegio que ni siquiera me planteaba usar... aunque no podía evitar preguntarme en qué consistiría.

No le desvelé mis preocupaciones a Axia, en ese momento pensé que bastante tenía con sobrellevar la pena.

—Gracias. Tú siempre sabes cómo consolarme. —Sus palabras cortaron mis oscuros pensamientos.

Apoyé la mejilla en la cerámica fría y dejé que mi mirada vagara en el sinsentido de nuestras existencias endebles, en el vapor que ascendía del agua caliente, formando remolinos en la punta de mi nariz. Aquello era lo único cierto. El futuro era un conjunto de hilos enmarañados, el presente tiraba de nuestros cuerpos con la fuerza de la gravedad, nos obligaba a *permanecer*. Y, entre medias, las decisiones que dirigían nuestros caminos estaban solo en nuestras mentes, como los sueños. Exactamente igual que los sueños.

***

Estábamos en una sala acristalada, con el techo cubierto de telas púrpuras que formaban pequeñas carpas y dividían el espacio en secciones. En cada una de ellas había una mesa redonda, con un centro de campanillas que se desparramaban hasta el suelo. No recordaba haber visto antes aquella estancia, pero saber que la corte de los susurros masticaba en las mesas colindantes me resultó perturbador.

Axia tomó el tenedor y picoteó los entremeses sin ganas.

Sentados frente a nosotras estaban Terrent y Nocte. Los únicos príncipes que seguían teniendo la oportunidad de ocupar el trono de su padre.

Mis ojos bailaron hasta el príncipe de la noche. Nocte tenía la mandíbula tensa y los dientes apretados. Alzó la vista al sentir mi escrutinio y, durante un segundo, pude distinguir bajo sus oscuras pupilas el sufrimiento que escondía.

No fingiré haberlo entendido.

Axia y yo estábamos empatadas en el torneo, pero solo porque resolver el acertijo había sido la única forma de sacarnos del laberinto, no porque mis planes de sacrificarme hubieran cambiado. Y él debía saberlo. Nocte ansiaba la corona y, para obtenerla, Axia debía ganar el torneo. Teníamos una conversación pendiente; aun así, más allá de las palabras silenciadas, yo jamás permitiría que Terrent abriera los portales y pusiera en peligro el mundo humano.

Hay decisiones que pesan más que la propia vida. Yo había prometido hacía mucho defender a los humanos; había convertido mi misión en mi meta y gracias a aquel propósito había sido capaz de levantarme día tras día.

Todo había cambiado, mi dolor había cesado junto a la adicción, la libertad que aquella nueva situación me ofrecía era tentadora, y no

negaré que una parte de mí deseaba ser egoísta y anteponerme a las vidas de miles de desconocidos. Pero eso hubiera sido como arrancar el pétalo más hermoso del capullo que conformaba mi carácter. Me habría despojado de identidad, dejándome sin propósito, traidora de mis propios principios.

No quedaría nada si fuera capaz de un acto tan atroz, si me atreviera a pasar por encima de todo, incluso de mi mejor amiga, con tal de seguir existiendo. En contra de lo que le había dicho a Axia, para mí, no todo valía para sobrevivir.

—Esta carne te gustará, sabe mucho a especias. Me recuerda al sumac que molíamos de las bayas secas del oeste de Llum —comentó ella con melancolía.

Esbocé una pequeña sonrisa.

Pinché del plato que me indicaba y saboreé la pieza. Había aprendido a disfrutar de aquella comida, aunque su aspecto resultara cuestionable.

—Espera, ¿qué...? —Axia soltó el cubierto y miró a su alrededor con sospecha—. Aquí pasa algo raro.

En torno a nosotras, las telas moradas ondeaban como espejismos de niebla.

—Aún no has felicitado a mi campeona por haber vencido en la segunda prueba, hermano —dijo Terrent sin perder detalle de la reacción de Nocte.

Su expresión no cambió. Pero, como si fuera un libro abierto a mi disposición, percibí la cautela que se desprendía por sus poros. Sus gestos, sus silencios, todo me resultaba cercano, conocido.

—No tengo buen perder —respondió. Sus ojos me acariciaron la piel. No me pareció molesto.

Terrent se llevó la copa de vino a los labios y nos miró alternativamente.

—Imagino que no ocupar el trono forma parte de tus miedos. —Nocte no le contestó, pero afiló la mirada—. No siento desprecio por ello, como me ocurre con los de Pixy. Me resultaron de lo más tediosos.

Mi espalda se tensó hasta convertirse en una roca. Recordé su invasión y mis nervios cortaron como dagas.

La mirada de Nocte se impregnó de un odio ciego.

Se giró despacio hacia su hermano, que esperaba su reacción con ansia.

—¿Qué acabas de decir? —El tono de su voz provocó escalofríos al hielo.

—No esperarías que no la castigara después de lo que hizo. —La expresión de Terrent era puro cálculo, cada palabra medida al milímetro. Lo estaba poniendo a prueba.

Nocte descargó los puños contra la mesa, que crujió y se partió tras el golpe.

Axia y yo nos apartamos de un salto.

Los platos cayeron al suelo en un estruendo que absorbió el ruido hasta convertirlo en silencio.

Cuando los miramos a ellos, ya estaban de pie a unos metros, con cada par de ojos centrados en la escena.

—Te dije que no la tocaras.

El corazón brincó en mi pecho, desbocado.

—Es mi campeona, haré lo que crea necesario para doblegarla.

Una oscuridad desgarradora envolvió el cuerpo de Nocte.

—Vuelve a rozarla y no tendrás tiempo de arrepentirte. No se juega conmigo, hermano.

—¿A qué crees que juegas? —Terrent lo contempló con repulsa.

Remolinos de negrura brotaban del príncipe de la noche. Eran el inicio y el fin del poder y la muerte, eran un canto hacia casa.

—No puedes entender lo que ella significa.

En toda mi vida. Nadie. Nunca. Me había defendido de aquella forma.

Parpadeé con furia para contener las lágrimas.

Terrent nos observó con aprensión.

—Ya no eres el hombre que nuestro padre crio. Te has ablandado.

A continuación, sacó de su sobrecamisa un pañuelo. Nocte se tensó. Todo ocurrió muy deprisa.

Cuando Terrent agitó el contenido del pañuelo, un polen se detuvo en el aire. Brilló como pequeñas estrellas en la tibieza de la noche.

Nocte saltó hacia mí.

Pero el polen bailaba frente a mi rostro y, al aspirar, la garganta se me secó. La aspereza repentina me llevó a toser hasta las lágrimas.

Axia se apartó, cediéndole el paso.

Las palmas de Nocte trazaron círculos en mi espalda.

Los oídos me pitaban, mis sentidos se hallaban sobrepasados.

Creí escucharlo gritar que no respirara. Sin embargo, ya era demasiado tarde.

La corte se acercó curiosa. Eran reflejos sin rostro. Salvo por uno. Una figura oscura, de pelo negro y ojos dorados. Era él. El hombre de la fotografía, el que creía haber visto en el cementerio.

Nocte me tomó por los hombros, se inclinó y me obligó a quedarme quieta frente a su rostro. Sopló con suavidad sobre mi cara y fue como si me insuflara aliento. El picor en la garganta disminuyó hasta convertirse en una molestia soportable.

Intenté indicarle la presencia del muchacho, pero me pesaban los músculos. Cansancio, una fatiga insoportable se adueñó de mis huesos.

—Quizá al principio me culpes, pero te advertí que esto ocurriría —dijo Terrent. Levanté la cabeza, jadeante—. Yo soy el único que

tiene el poder de retirar tu dolor y de devolvértelo. Recuérdalo cuando dudes si hacerme ganar el torneo.

La oscuridad de Nocte se propagó por la sala y nos cegó.

Lamió mi piel.

Grité. De sufrimiento. De terror.

Las sombras me tragaron.

El mundo se resquebrajó.

Un velo desprendiéndose.

La habitación cedió, mi cuerpo sucumbió a la gravedad.

Y desperté.

# 43

# Un lugar donde romperse

> Un rey que inventa traición, no gobierna el hombre sino su fiebre. El tiempo arde en sus manos y enloquece su mente. Su voz es el látigo que une nuestros destinos, no tengáis más miedo de él que de la suerte.
>
> Libelo anónimo,
> hallado en la puerta del reloj del Este

Me incorporé en la cama, ahogada entre sudor y temblores. Mi cuerpo pesaba.

Axia siempre había tenido facilidad durante los entrenamientos para discernir la realidad de lo onírico. Recordé su comentario, la forma en la que había soltado el cubierto...

¿Había sido solo un sueño?

Corrí al cuarto de baño y me topé con mi noctámbula. Su mirada apenada me dijo todo lo que debía saber. Aun así, no quise creerlo.

—Dime que no es verdad, que Terrent no me ha devuelto el dolor, por favor —supliqué.

No me contestó.

Se mordió los labios hasta pintarlos de blanco.

—¿Qué ha pasado? —pregunté inclinándome sobre el espejo.

—Son usuales las reuniones de los príncipes en sueños. Por desgracia, su poder no disminuye en ese estado. Lo siento, Pixy. Sé cuánto anhelabas estar sana.

Había sido un sueño, pero aquello no lo hacía menos real.

Igual que la ilusión de recuperarme, de tener la oportunidad de vivir sin dolor. Nocte había estado en lo cierto al decir que alcanzar un sueño y perderlo puede destrozarte para siempre.

Yo había perdido mucho en mis enfrentamientos, pero jamás había renunciado al sueño de recuperarme. Aquella esperanza era mi mayor tesoro y, durante un tiempo, había sido capaz de acariciarla con los dedos. Justo antes de que se desvaneciera como un espejismo, como las letras que se borran de la mente vieja de un poeta.

Me caí al suelo al mismo tiempo que escuchaba la puerta del baño abrirse. No tenía fuerzas para levantar la mirada. Así que, cuando Nocte se sentó a mi lado, entrelazó sus dedos con los míos y los besó con delicadeza, no estaba preparada para sentir tanto con un solo gesto.

Tiré para que me soltara y él apretó con más intensidad.

Forcejeé para apartarme, pero me atrapó y me atrajo hacia su pecho.

Negué mientras las lágrimas le empapaban la camisa, mientras me derrumbaba y desistía, mientras sentía el calor de su piel en las mejillas.

—Estoy aquí. No voy a irme.

Un último aliento; y dejé caer mi peso contra su cuerpo.

Sollocé y me estremecí, porque no sabía romperme delante de nadie.

Pero me aferré a sus hombros como si fuera la cuerda al borde del precipicio.

—No voy a soportarlo —supliqué.

Nocte redobló el agarre contra su cuerpo e introdujo los dedos en mi cabello. Estaba echada encima de su regazo.

—Lo harás. Lo haremos —corrigió.

Me hundí en su cuello. Él no perdió la fuerza, como si supiera que yo la necesitaba para seguir respirando.

Me fundí con su cuerpo. Me acunó. Me besó la sien con una dulzura que creía imposible.

Minutos. Horas.

¿Cuánto podía perderse en una vida?

—¿Por qué? ¿Por qué me está pasando esto? ¿Por qué duele ya, si los nervios aún no me arden? —Rocé con los labios la piel de su clavícula al hablar y le provoqué escalofríos.

—Terrent quiere asegurarse de que haces todo lo posible por ganar; y, de paso, ha decidido castigarme.

—¿Castigarte?

Tragó saliva.

—Hay mucho que no sabes sobre mi familia, Pixy.

Me sequé los ojos con el dorso de la mano y me aparté en el poco espacio en el que me permitió moverme.

—Cuéntamelo —repliqué las palabras que había usado él conmigo.

Asintió.

—Supongo que no tenía derecho hasta ahora. —Sacó los dedos de mi cabello, pero solo para peinarlo por delante. En un reflejo, incliné el rostro hacia su mano. Sus ojos negros brillaron con la fuerza de un abismo, removiéndome las entrañas—. Mi padre se volvió un hombre cruel con los años. No solo tiranizó las normas que dirigía al pueblo, también fue despiadado con sus hijos.

»Si crees que crear una habitación para torturarme fue lo peor que hizo, estás muy equivocada. Terrent y Somna se llevaron la peor

parte y ninguno es capaz de perdonarme por ello.

—¿Qué puede haber hecho peor que jugar con tus sueños?

Nocte bajó la vista a mi regazo y frunció el ceño.

—Te dije que mi padre estaba obsesionado con su legado, pero no imaginas hasta qué punto.

Un escalofrío me hizo sentir algo nuevo, distinto a la pena.

—Distráeme, o explícamelo para que lo entienda.

—Mi padre deseaba mantener la pureza de su sangre para la posteridad. Mi madre fue su primera creación; más tarde vinimos nosotros. Pero cuanto más creaba menor era la concentración de su magia. Así que, muchos años después, se encontró con un reino y solo tres herederos. Ansiaba ofrecerle al pueblo una reivindicación de poder, en parte por los tumultos que comenzaba a provocar la sociedad Vindicta. El rey quería nietos que lo sucedieran.

—¿Y usó a tus hermanos para conseguirlo?

Nocte chasqueó la lengua, con el tormento arraigado en sus facciones.

—Quizá imagines que intentó buscarles una pareja, pero hubiera considerado indigno a cualquiera. Prefirió... —No pudo seguir. El tono de su voz me erizó el vello.

—¿Qué hizo?

—Los obligó a mantener relaciones hasta que Somna se quedó encinta.

Cogí aliento, pero no me supo a nada.

Solo hallé las palabras por el contacto reconfortante de Nocte, que actuaba como ancla entre la inestabilidad de una realidad podrida y mis ganas de entender.

Recordé la locura de Somna, la habitación de las muñecas en la que se refugiaba, esa deferencia que siempre le mostraba Terrent...

—¿Tuvieron un niño? —pregunté con la voz bañada de horror.

Nocte suspiró. Bajo el dolor exhibió una sonrisa diminuta.

—Mellizos. A la niña la llamaron Vectra; al niño, Smael.

Lo contemplé con la boca abierta. Su ceño se suavizó al pronunciar sus nombres.

—Tú los querías —afirmé.

Asintió con lentitud.

—Eran mis sobrinos. Al principio, Somna estuvo dispuesta con tal de obtener el favor de mi padre, pero cambió de idea después de dar a luz.

No podía imaginar qué había pasado por la cabeza de Somna, pero tampoco me atreví a juzgarla. Comprendí que lo que le había hecho el rey sería capaz de perturbar la más lúcida de las mentes.

—¿Qué ha pasado con ellos? ¿Dónde están?

Los hombros de Nocte se hundieron y las sombras surgieron de su piel como una segunda capa, una que lo recubría de tristeza.

—Querías saber de quiénes eran las otras tumbas del cementerio.

—¡¿Murieron?!

—Somna enloqueció. Fue tan progresivo que tardamos años en darnos cuenta. Parecía tener momentos de lucidez. Pero, una noche, entró en la alcoba del rey y dijo que habían muerto. Mi padre nunca nos contó qué había ocurrido, ni siquiera a Terrent, a quien había obligado a alejarse de la crianza de los mellizos.

»Mis sobrinos descansan junto a mi madre. Al rey le levantamos un mausoleo a las afueras de la ciudad. Ninguno lo queríamos cerca.

La desconexión de Nocte me causó tal impacto que no supe cómo romper el silencio.

—Somna siempre ha culpado a Terrent por lo que le hizo; y Terrent siempre me ha culpado a mí porque sabe que el rey podría haberme escogido en su lugar.

Me tapé la boca con la mano.

El horror de sus palabras supuraba, como un recuerdo enquistado.

—No tengo experiencia consolando, pero tú no eres responsable de lo que ocurrió. Si tu padre te hubiera elegido en vez de a Terrent, no habrías aceptado —afirmé con seguridad.

—Deseo convencerme de que hubiera permitido que descargara toda su furia sobre mí con tal de hacer lo correcto. Pero lo cierto es que hubo un tiempo en el que las órdenes del rey no se cuestionaban. —El tono de su voz descendió y me provocó escalofríos.

Nocte me frotó los brazos, como si pensara que así me haría entrar en calor. Estaba claro que no sabía lo mucho que me alteraba su presencia.

—Debe de ser duro. Para todos —añadí.

Sus ojos bajaron por los surcos que habían trazado mis lágrimas.

—Les encantaba la música —desveló en un susurro—. Yo tocaba para ellos. Les prometí que les enseñaría a tocar el violín cuando crecieran...

—¿Sabes tocar el violín?

—He tenido tiempo de aprender.

—¿Cuánto exactamente?

Él alzó las cejas en un reto silencioso.

Una pequeña sonrisa se dibujó en mis labios, mucho antes de lo que habría creído posible que apareciera dadas las circunstancias.

—Sé muy poco de ti —señalé borrándola.

Frunció el ceño y se humedeció los labios.

—Sabes que anhelo ver el sol y ser el rey de este mundo de desgracia, conoces mis pérdidas, mi dolor, mi historia. Te he confesado mis sentimientos. ¿Qué más necesitas saber?

Su exposición, la forma en la que dejó abierto su pecho, dio alas a mi valor, impulsándolo, dirigiendo mis movimientos más allá del

sentido común.

Despacio, levanté la mano que colgaba de su hombro después de haberlo abrazado y le acaricié el rostro con los dedos, tal y como había querido hacer desde hacía demasiado tiempo.

Sus labios profirieron un suspiro trémulo que dirigió de nuevo mi atención hacia su boca.

—Los detalles —le expliqué—. Eso es lo que somos. Quiero los detalles.

—Para eso hace falta tiempo. —Apretó los labios y sentí cómo se agitaba bajo mi cuerpo.

Negué con suavidad.

—No tenemos.

El oxígeno estaba viciado de presión, como si nuestros cuerpos fueran demasiado grandes y las tres esferas debieran girar a nuestro alrededor. Como si fuéramos el centro del bien y del mal, de las sombras y la luz. Nada importaba, la claridad ni la oscuridad; nada importaba más que sus ojos con una súplica muda, más que su boca entreabierta, su mano que atrapó mi mentón y provocó chispas.

Su garganta subió y bajó y sus iris me recorrieron el rostro en un reconocimiento lento.

Aquello que sentíamos era tan inesperado como el paso de un cometa, como la caída de un reino.

El asombro en sus ojos.

Era dolor y anestesia, ahogo y fuego.

Era todo cuanto necesitábamos para destruirnos.

# 44

# Danza de marfil y cuerno

> De entre todos los humanos el loco es quien más sueña.
>
> *El triunfo de los locos*, L. BLOOM

El canto de la noche ardía en mi sangre, despertando las compulsiones que habían permanecido dormidas durante tantos años.

El roce de su piel contra la mía era un delirio, un sueño del que no quería despertar, en el que me sentía a salvo de actuar siendo egoísta.

El frío de las baldosas en mis piernas, en la dermis que no estaba en contacto con el ardor de su cuerpo, con los músculos duros bajo mis manos.

Nocte negó con suavidad, a la vez que su pulgar me acariciaba la mandíbula.

—Podríamos tener ese tiempo. Sé que todo cuanto he hecho ha sido para que Axia ganara; sin embargo... —vaciló atormentado mientras un brillo distinto le impregnaba las pupilas, como una tormenta de verano. Esperanzador. Dulce. Imposible—. Mis noches son infinitas desde que estás aquí. Actúo por impulso y me comporto como un cobarde. He perdido el respeto por mi trono, por la corona, por mi reino. Por una muchacha que tiene los ojos tan pálidos que

no deberían gustarme. Unos ojos que iluminan mis sueños como un faro sin sentido. Y no quiero. —El aire se me atascó en alguna parte del cuerpo que dejó de pertenecerme. Su boca se crispó al inclinarse. Se acercó más de lo que creía posible—. No quiero sentir nada en el pecho. Estaba dormido y en calma. Estaba bien... hasta que llegaste convertida en un misterio, sumergida entre capas de un dolor conocido. Y ahora no sé qué hacer contigo. ¿Qué hago, Pixy? ¿Cómo te arranco de mí si ya te pertenezco?

Las sombras de la estancia vibraron, como una respuesta al quiebre de su voz. Su temblor era el mío, era el que movía mis labios, el que encerraba mi cordura.

Me estremecí. Incliné la cabeza.

Él no quería. Claro que no. Y yo tampoco. Con eso debería bastar para contenernos, ¿no?

Cobarde.

—No me conoces —susurré.

—He visto tus sueños.

—No sé quién eres.

—Eso ya lo has dicho; y no es cierto.

Me asoló un escalofrío que desvaneció mi existencia. Me bajé de su regazo, incapaz de seguir oponiéndome mientras su calor entraba dentro de mí con más fuerza que el opio.

El frío de las baldosas del cuarto de baño se coló en mi sistema y me revolvió el estómago.

—Somos muy distintos —dije a media voz.

Su rostro se contrajo.

—¿Lo somos? Entonces, ¿por qué encajas dentro de mi cuerpo? —Su mirada se suavizó—. Tienes que saberlo. Todo.

La oleada de esperanza que me invadió hizo vibrar mis huesos, y supe que acariciar con los dedos la posibilidad de estar con él y

perderlo me mataría. Podría conmigo cuando ninguna otra cosa lo había hecho. Nocte me había atravesado el pecho como una flecha, una que al arrancarla me desangraría.

—Si te refieres a la candelaria, sé lo que hiciste. —Intenté controlar la respiración, serenarme. Nocte me observaba confundido —. Gracias a ti, Terrent puso fin a años de sufrimiento, y nunca podré agradecértelo lo suficiente, pero tú anhelas la corona y debes conseguirla para salvar el mundo humano. Yo soy un estorbo que no puedes anteponer a tu campeona.

La confesión me supo amarga. Como el hierro de una forja, había quemado mi mente, porque, en lo más profundo, sabía que nada había cambiado. Mi prioridad seguía siendo defender a los humanos y jamás sería capaz de herir a Axia para salvarme. Yo era el eslabón suelto en la cadena; y mis sentimientos, los sentimientos de Nocte... no importaban. No cuando había tanto en juego.

—Siempre hay otra manera.

—¿De veras? —pregunté, sabiendo que no era cierto.

Nocte soltó un suspiro y su frente se contrajo henchida de rabia.

—¿Temes a mi hermano? ¿Temes el futuro? ¿O lo que sientes no es lo bastante fuerte como para arriesgarte?

Vacié los pulmones y me tapé la cara con las manos conteniendo un gemido furioso.

Nocte me cogió las muñecas y las apartó con suavidad. Sus dedos se quedaron en mi piel y mis ojos ascendieron hasta alcanzar los suyos. Su tacto era capaz de calmarme e incendiarme por dentro. Nunca había sentido una gravedad tan fuerte como la que tiraba de mi cuerpo hacia el suyo.

—Sé que no soy oportuno, esta noche ya has pasado por mucho. Pero esta duda me está matando. Dices lo que debe ser, pero no me hablas de lo que notas aquí —presionó las yemas sobre mi pulso

disparado—, bajo la piel. ¿Se te desliza por las venas este veneno, como me pasa a mí, o no sientes nada, Pixy?

¿Cómo podía pensar que no sentía nada cuando mi sangre cantaba su nombre como si pudiera desgarrarme?

Sus labios estaban abiertos. Sus ojos negros reflejaron mi rostro, llenos de anhelo y esperanza. Apretó la mandíbula mientras esperaba una respuesta que no llegaba.

Se puso de pie, malinterpretando mi inmovilidad, mi silencio.

—Bien.

Salió del cuarto de baño y la adrenalina de mi cuerpo se disparó.

No podía dejar que se fuera.

La habitación, la madera. Cada pequeño detalle en la atmósfera era íntimo y desgarraba.

—No. —Lo retuve junto a la cama, antes de que llegara a la salida. Clavé las uñas en sus muñecas, en la piel de mármol bajo la que no creía que latiera pulso alguno, pero sí emociones, sentimientos.

Quizá yo estuviera hueca, pero Nocte rezumaba vida, y la promesa era demasiado tentadora como para resistirme.

—Sí que lo siento. —Mi voz era un gemido en la noche eterna. Un grito susurrando esperanza—. Ojalá pudiera decir que además de quererte en mi vida puedo aceptarte, pero no es cierto.

Nocte dio un paso atrás, pero mis dedos no se despegaron de su piel.

—¿Cómo puedes renunciar tan fácilmente?

El sufrimiento se enmarcó en sus ojos. Fue como un cuchillo hurgando entre mis costillas, separando mis huesos.

—No puedo arriesgarme. Es lo que me han enseñado a ser.

Era una súplica, una que dolía como la mayor de las torturas. Ardió como un veneno en mis entrañas y me asfixió la garganta.

Nocte negó.

—¿Es por tus creencias? ¿Por ellos? ¿No te das cuenta? Cuanto más les das, más te arrebatan. —Se soltó y me dio la espalda. Caminó por la sala como un animal enjaulado, con una mano frotándose el mentón—. Yo te he visto, he visto cómo te liberabas de las cadenas conforme pasaban los días lejos de su desprecio. Te he visto renacer, enfrentarte a este mundo sin miedo. No me digas que eres lo que te han enseñado a ser porque eres mucho más. Eres acero, joder. Eres desagradable, afilada, indiscreta, agresiva. Eres perfecta.

La niebla salada encharcó mis ojos. Lágrimas calientes se deslizaron por mis mejillas.

—Eso no me hace perfecta. Estoy rota, Nocte. Te avisé desde el primer día.

—¡¿Y quién no lo está?! Úsalo. Usa todo lo que eres para vengarte de los que te han hecho daño. No aguantes más con la mirada baja, maldita sea. Métete en sus sueños, conviértete en su peor pesadilla y haz que te recuerden incluso estando despiertos. Hazlo con todos hasta que tiemblen al pronunciar tu nombre. Hasta que no necesites presentaciones. Y déjame estar a tu lado y cogerte la mano cuando te sientas abatida, permíteme darte fuerzas cuando ya no te quede aliento. Solo quiero estar contigo.

Me desmoroné. Mis rodillas cedieron y caí al suelo.

Las sombras se alzaron desde las penumbras y apagaron las llamas de las velas, sumiendo la habitación en la íntima luz crepuscular.

Me sujeté el torso con los brazos, como si temiera que se abriera y mi corazón escapara de aquella tortura.

Caí frente a él, a pesar de que era la última persona que quería que me viera deshecha.

Con las ruinas de mi espíritu en llamas, apreté los dientes y dije:

—No puedo estar contigo porque vas a tener que elegir, Nocte, y no va a ser a mí.

Tenía los ojos cerrados, pero su presencia tiraba de mi cuerpo con tanta intensidad que sentí que caía a mi lado.

Sus dedos se internaron entre los mechones de mi pelo y sollocé con fuerza.

—Y, sin embargo, ya te he elegido. Lo hice cuando regresé a Fosc a por ti porque mi conciencia anestesiada no podía dejar de pensarte; lo hice cuando mis sombras se desplegaron para protegerte porque, de repente, un mundo sin ti dolía; cuando te llevé al observatorio y te mostré mi mayor anhelo, porque ningún miedo pesa tanto como tu rechazo; o cuando amenacé a mi hermana para que te revelara la ubicación del atrium, porque no podía seguir negándome lo que estabas despertando en mi pecho y quería que te marcharas antes de que fuera demasiado tarde. Creí que era lo que deseabas, pero decidiste quedarte...

El calor envolvió mis sentidos y se deslizó por mis nervios como una avalancha.

¿Él había convencido a Somna para que me mostrara dónde estaba el atrium? ¿Me habría dejado marchar si era lo que yo deseaba?

Los fragmentos de mi corazón hecho añicos se agitaron y cortaron músculo y tendones. Quería recomponerlos... Pero él era un dios. ¿Cómo iba a estar conmigo sin romperme?

—Hicimos un trato. Me prometiste que me enseñarías a usar mis poderes si dejaba ganar a Axia. Aunque me cueste la vida, ¿recuerdas?

Nocte se estremeció, y jamás habría pensado que nada lo asustaría tanto como para provocar esa reacción en él.

—No voy a pedir disculpas por haber intentado alejarme de ti, lo he hecho de todas las formas posibles. He tratado de mostrarte mi parte más cruel. No soy bueno ni noble, Pixy. De hecho, soy tan egoísta que me he cansado de limitarme a pensarte.

»Después de que me dijeras que estabas dispuesta a morir, fui a las mazmorras y maté a Will y Yust. —Me sobresalté; él continuó impasible—: Me ensañé con ellos y sentí un placer indescriptible, solo porque podía, porque necesitaba descargar la ira que me embarga al pensar en perderte para siempre.

»Llevo ansiando la corona desde que mi padre enloqueció y, créeme, hace mucho tiempo de eso. Pero tú has tenido que aparecer en mi vida y deformar mis esquemas. Ahora ninguna pieza encaja, y te culpo por ello.

Tiró de mis muñecas hasta ponerme en pie y yo volqué mi peso en sus antebrazos. Las partes de nuestra piel en contacto lanzaban descargas en mi mente seca, en mi pecho malherido.

—Vamos a luchar, ¿de acuerdo? —Empecé a negar, pero sus dedos me sujetaron la barbilla. Sus ojos bajaron hasta mis labios y una sonrisa suave tiró de una de sus comisuras—. Encontraré la manera —prometió en un susurro tan ligero como el tacto de una pluma.

Un susurro que derribó mis defensas.

Mis ojos descendieron por su rostro, por su nariz quebrada, hasta el arco de cupido de su boca. Me perdí en sus grietas, en las formas, que eran las mismas que debía de tener el universo.

Sus dedos vagaron por mi mandíbula con una lentitud exasperante, como si derramara tinta invisible sobre mi piel. Él era un artista y yo un lienzo que deseaba ser pintado. Me estremecí con el calor de su torso contra mi pecho.

Era inevitable.

Nos separaban apenas centímetros; pero para mí era un mundo, uno de luces y tinieblas que tiraba como el magnetismo de un planeta. Mi boca y la suya se inclinaban dentro de la misma órbita.

Nocte ladeó el rostro y yo perdí el aliento. Supe que iba a besarme, y supe que no iba a resistirme.

Que no *podía* resistirme.

Mi mente se acalló. Una corriente me recorrió en el instante en el que su boca rozó la mía, contenida, precavida, guardando una necesidad antigua.

Apreté los párpados con fuerza, porque aquel primer beso derribó mis defensas y desestructuró el sonido de mi nombre. Barrió mis esquemas, cada pilar sobre el que se cimentaba mi conciencia.

La electricidad me atravesó la columna cuando me besó, cuando su boca atrapó la mía como si llevara una eternidad deseándola. Mis manos se anclaron en su nuca y lo atrajeron hasta que no quedó oxígeno entre nosotros, sellando nuestros cuerpos en una espiral voraz.

Abracé el sabor amaderado de su boca, vino tinto y miel; y estuve segura de que, después de aquello, solo quedarían mis cenizas.

Nocte gruñó en mis labios. Sus dedos me aferraron con fuerza el cabello y empujó contra mi boca, abriéndose paso y derribando cualquier distancia, atrapándome contra la pared.

La tensión tiró de mi vientre. Jamás me habían besado de aquella forma. Era veneración y conflicto, humo y deseo contenido.

Nuestras lenguas bailaron con ansia una danza de marfil y cuerno, dos mundos reconociéndose, desesperados por encajar, condenados a luchar hasta la muerte.

Sus manos descendieron desde mi garganta hasta la curva de mi cintura, arrasándolo todo a su paso. Las mías se colaron bajo la camisa. La suavidad de su piel me sorprendió. Músculos torneados,

valles y sombras debajo de la ropa. Sus dientes atraparon mi labio inferior. Gemí en su boca.

Sin embargo, el sonido se vio solapado por un grito de horror.

Nocte y yo nos retiramos de golpe, miramos hacia la puerta y nuestros ojos se encontraron de nuevo.

¿Es que no iba a terminar?

# 45

# Ocho humanos

> Queda prohibida la superstición entre los proyectadores.
>
> Cuarta regla, *Libro blanco de la logia*

Corrimos hacia el ruido. Nocte se adelantó, conmigo a la zaga, hasta detenerse con brusquedad frente a la puerta ornamentada que daba al ala oeste del castillo.

Había un cuerpo bañado en sangre. Un cuerpo con el pecho abierto y la mirada desenfocada. Era un hombre. Había perdido uno de sus zapatos al final del pasillo; o, tal vez, se le había caído al asesino al arrastrar el cadáver.

Frente a él, Axia se tapaba la boca con las manos. Debía de haber sido ella quien había gritado.

Janos entró por el corredor de la derecha en el momento en el que me agachaba para estudiar el cuerpo más de cerca.

—¿Qué cuernos significa esto? —espetó el proyectador.

Nocte se acuclilló a mi lado y levantó con cuidado la camisa para inspeccionar el torso.

Una marca extraña en el pecho me hizo fruncir el ceño. Era una quemadura, como si una cadena hubiera ardido sobre la piel. No recordaba que los otros humanos hubieran tenido una cicatriz similar y Nocte parecía estar pensando lo mismo.

—¿Lo has encontrado tú, Axia? —le preguntó Janos, interrumpiendo mis pensamientos.

—Sí. Iba hacia el dormitorio de Pixy, por lo que ha... —Se detuvo. Me lanzó una mirada apesadumbrada, dándome a entender que sabía lo que había ocurrido durante el sueño. A continuación, agitó la cabeza en dirección al cuerpo—. ¿Quién haría algo así?

Apreté los dientes con rabia por no tener una respuesta, con la respiración aún agitada por el instante que habíamos dejado atrás.

—Este es el octavo humano que muere en este castillo. —La voz de Terrent me sobresaltó. No lo había escuchado llegar y, después de conocer su historia, no pude evitar mirarlo con otros ojos.

La inquietud nos sobrevolaba, como una niebla de cobre en el aire que respirábamos.

Nocte se levantó y yo lo seguí.

—¿Por qué hay humanos en el reino de las pesadillas? —No debería haberme sorprendido la pregunta de Janos, yo misma la había planteado no mucho tiempo atrás. Sin embargo, parecía que hacía décadas desde mi llegada a Fosc, desde que las suspicacias me cegaran.

—¿Acaso no hay humanos en Llum? —le replicó Terrent con tono hastiado.

—No creo que pueda compararse —contestó Janos.

Nocte lo fulminó, como si pudiera desmembrarlo solo con la mirada. Probablemente, sí podría.

Repasé a todos antes de preguntar por Somna, que era la única que no había acudido al escuchar el grito.

—La encontré en el dormitorio de padre, lamiéndose las heridas por haber perdido la prueba, y la obligué a marcharse a la ciudad —respondió Terrent mirando a Nocte, al tiempo que ponía los ojos en

blanco. Imaginé que, tras quedar descalificada, necesitaría distanciarse—. Estará bien con los Thaumiel.

Tragué saliva. No podía juzgar a Somna con la misma dureza después de lo que Nocte me había contado. Si bien ella había estado dispuesta a acatar las órdenes del rey, ¿realmente había tenido otra opción?

—Pensaba que Giulia estaba en el castillo —siguió Nocte.

La mención de aquel nombre en su boca despertó en mí un súbito ramalazo de celos que me pilló desprevenida. Nunca me había ocurrido con Janos, con quien me había resignado a mantener una relación herida, incompleta. La emoción me supo agridulce en los labios.

—Así es, está organizando la última prueba. Mientras tanto, los tíos serán un buen consuelo para nuestra hermana.

¿Los tíos? ¿Acaso Giulia y Nocte eran primos?

Me tensé como un resorte y Nocte ladeó la cabeza, percibiendo la rigidez que manaba en oleadas de mi cuerpo.

Su mano acarició la parte baja de mi espalda y fue como si un incendio se propagara por la sala, a la vista de todos.

Terrent resopló indignado, Axia me miró con gravedad y Janos soltó una carcajada.

Aparté la cadera para que Nocte me soltara, tal y como habría hecho en la zona de vigilia para no poner en evidencia a Janos. Sin embargo, sus dedos me apretaron con más fuerza la piel y no me permitió moverme de su lado. Al contrario, me pegó a su costado y los contempló con la ferocidad de un dios, retándolos a decir algo.

El reclamo hizo trastabillar mi corazón y me encendió las mejillas.

—Alabaría tu inteligencia si no fuera tan evidente que estás haciendo esto para ganar la última prueba —le espetó Terrent con

fingida calma. Las dudas mordieron mis músculos y calaron en mis huesos—. Deja de manipularla y aparta las manos de mi campeona.

El rostro de Nocte era una máscara de furia indómita. Las sombras se desprendieron de su piel y me envolvieron en una caricia, como si pudiera protegerme de las heridas que abrían sus palabras.

—Te mataría ahora mismo por lo que acabas de insinuar, si no supusiera perder el trono por un impulso —dijo entre dientes.

—¿No lo ves? —me preguntó Terrent girándose hacia mí—. ¿De veras eres tan estúpida? Jamás serás tan importante para él como la corona. Lleva deseando ser rey desde antes de que tú nacieras.

El sonido que brotó de la garganta de Nocte me puso el vello de punta. Terrent retrocedió un paso y, durante un solo segundo, su rostro reflejó desconcierto.

Janos nos señaló fijando la vista en Terrent.

—Te dije que estaban juntos —le espetó. Su repentina muestra de familiaridad me crispó los nervios. ¿Por qué iba Janos a hablar con él?

Mis ojos volaron hacia los del príncipe de pelo plateado en busca de explicaciones. Él se encogió de hombros con indiferencia.

—Le prometí protección y vagar con libertad por el castillo a cambio de mantenerme informado de tus enredos —explicó con impunidad.

Contraje el labio superior. No esperaba menos de alguien tan egoísta como Janos. Debió de avisar a Terrent después de que me marchara con Nocte, en nuestro último encuentro.

Janos amagó con aproximarse, con lentitud, permitiéndonos prever sus intenciones. Nocte respondió como si hubiera percibido el movimiento de un ratón en plena caza.

—Vamos, Pixy —intervino el proyectador—. Quizá no llegues a ser una de los nuestros, pero tampoco mereces terminar así.

Cogí aire con brusquedad, porque ahí radicaba el problema: yo nunca había sido una de los suyos; nunca me habían aceptado. Pero, por primera vez, mientras contemplaba a Janos, no me importó.

Hubo noches en las que se coló en mi alcoba para, después, dejar claro que deseaba a mi mejor amiga.

Sus dedos habían liberado mi cabello y, un segundo más tarde, me había humillado ante Craig e Hireia.

Miradas y miradas de desdén; desprecio sin auxilio.

Dejé de estar encerrada en mi cabeza y me vi desde fuera. Vi en lo que me habían convertido y supe que podía ser mejor, que podía ser más que una criatura malherida condenada a morir por otros.

Miré el perfil de Nocte, el rictus de fiereza, la posesividad de su agarre, como si estuviera dispuesto a hacer cualquier cosa por protegerme del mundo. Recordé sus manos enredadas en mi pelo. «Yo te enseñaré a amarlo, te mostraré cómo amar cada parte de ti, porque no hay nada malo, Pixy».

Quizá fuera descabellado seguir confiando en los demás, poner mis esperanzas en la criatura que me habían enseñado a odiar, pero lo creía. Más allá de los sentimientos, más allá del volcán que desataba bajo mi piel, creía a Nocte; y yo no era ninguna muchacha inocente e ingenua, yo había resistido dentro del abismo, había resurgido de las cenizas y estaba dispuesta a quedarme.

Contemplé a Janos con asco.

—Lo que no merezco es que me escondan, que se avergüencen de mí, como tú siempre has hecho. No volveré a escuchar a los que me tratan como si fuera prescindible.

Nocte hinchó el pecho. Debí de haber previsto su reacción.

Las sombras atraparon el cuerpo de Janos y lo obligaron a postrarse de rodillas. No sabía ni la mitad de lo que había ocurrido

entre nosotros, pero lo poco que imaginó fue suficiente.

Axia se apartó de un salto para que la oscuridad no la rozara. Ahogó un grito.

Nocte se inclinó y sus labios me acariciaron la oreja.

—Son tuyas, ordénales qué hacer —dijo refiriéndose a sus sombras.

Entrelacé nuestras miradas, profundas, distintas.

Asentí despacio y me alejé de su contacto. La oscuridad se abrió a mi paso para permitirme situarme frente a Janos.

Lo contemplé con el mismo desprecio con el que él me había obsequiado durante años y un fragmento de mi pecho se recompuso.

—Aplástalo contra el suelo.

Axia jadeó.

Janos se resistió, pero no tenía nada que hacer frente al poder de Nocte.

Su mejilla chocó contra el suelo. Sus extremidades quedaron inmovilizadas por grilletes.

Con la punta de mi bota le desplacé el mentón, forzándolo a apoyarlo en el mármol para que me mirara. En aquella posición, su respiración era entrecortada.

—¿Qué estás haciendo, Pixy? —Axia sonó horrorizada.

—Despertar.

Las sombras sujetaron el cuello de Janos, impidiendo que se revolviera.

Apoyé un pie en su nuca y le apreté la nuez contra el suelo.

El sonido ahogado que profirió me supo tan dulce como la miel.

—¡Ya basta, lo vas a matar!

—¿Ya no recuerdas que se apartó cuando las pesadillas te raptaron?

—Eso ya no importa. Ahora que estamos aquí debemos permanecer unidos. ¿Has olvidado quiénes son los tuyos? —irrumpió Axia.

Que lo defendiera cuando sabía la degradación a la que me había sometido me rompió por dentro.

—¿Los míos? —La frialdad de mi voz le provocó escalofríos—. ¿Cuándo me ha tratado Janos como a una igual? O, ya de paso, ¿cuándo lo habéis hecho alguno de vosotros?

Axia abrió los ojos con espanto.

Empujé el pie unos centímetros más.

Los recuerdos se incendiaron en mi mente, dejando el sabor del carbón en mi boca.

—Eres una desagradecida. Está claro que no eres una de los nuestros. Un ilúrico jamás atacaría a uno de los suyos —dijo ella devolviéndome todo el dolor que le había provocado.

Levanté el pie del cuello de Janos. Su respiración entró en estertores por la garganta.

Me giré para encarar a Axia, con la rabia rezumando por los poros. Herida.

Ella me esperaba con expresión estoica, pero en mi pecho ardía una llama incontenible.

—No, no lo soy —negué despacio, saboreando la aceptación que me habían negado durante tanto tiempo—. ¿Y sabes qué? Tampoco quiero serlo. Desprecio la hipocresía que destiláis, la ceguera que enarboláis sobre el bien y el mal. No quiero formar parte de vuestra sociedad podrida, igual que tampoco quería hacerlo Onia.

—No metas a Onia en esto. Ella era una buena proyectadora. —«No como tú». Las palabras que no pronunció flotaron en el aire. Me tomé un instante antes de devolverle la puñalada:

—Y tú la mataste.

Los hombros se le hundieron. Su mirada se cargó de incredulidad. No esperaba que le hablara así porque jamás me había enfrentado a ella, ni siquiera cuando sus actos me habían dolido.

El silencio se alargó. Apenas era consciente de la presencia de los demás en la sala. Frente a mí solo estaban Axia y las veces en las que había creído que ella era mi única amiga, sin percatarme de que era parte del problema, de que, a través de la amabilidad, me sumía en la aceptación del desprecio, juzgándome por ser diferente.

Ella misma lo había dicho: el consejo había sido bueno conmigo por permitirme ser proyectadora a pesar de mis *faltas,* de mi maldición. Frente a mí se abrió un abanico de recuerdos, de momentos en los que había esperado más de ella, más comprensión, una amistad más sólida.

Su rostro se serenó. Entonces dijo:

—Me arrepiento de no haberme marchado sin ti.

La Pixy que se había criado en la zona de vigilia bajo las órdenes de Narrow se hubiera encogido, habría agachado la cabeza y roto en sollozos. Una parte de mí seguía queriendo replicar ese comportamiento.

Pero ya no iba a ser esa persona que consentía que la hirieran sin ofrecer resistencia.

Un ardor me secó la garganta, pero me dije que no importaba.

Esbocé una sonrisa minúscula, tranquila, y le respondí.

—Ni siquiera lo hubieras conseguido de no ser por mí.

Ella dio un paso atrás, dolida. Axia llevaba toda la vida intentando ser mejor que yo. Dedicó un vistazo escueto al cuerpo de Janos, que seguía en el suelo, y me miró con el rechazo pendiendo de sus pupilas blancas. A continuación, se fue sin decir palabra.

Llené los pulmones de oxígeno; fue como si hubiera contenido el aliento.

Caí en la ironía de la situación. Mientras que el desprecio de Onia se había transformado en un respeto sincero, la amistad de Axia no había sobrevivido a las pruebas de Fosc. No, no había sobrevivido a mi metamorfosis. Al cambio que había sido la única respuesta posible a mi supervivencia.

—Qué interesante —interrumpió mis pensamientos Terrent—. Uno de tus miedos era la soledad, no esperaba que te arriesgaras a perder a tu única amiga. —Sonrió, consciente de que la situación lo beneficiaba.

La rabia se diluyó y me aplastó el estómago. Había explotado como una estrella que solo deja tras de sí la nostalgia de un universo en llamas.

Nocte me observaba como si buscara en mi cuerpo una hemorragia y estuviera planeando cómo detenerla antes de que me desangrara.

Clavé la mirada en el suelo, sintiendo cómo se desestabilizaba bajo mis pies. Quizá la soledad o el rechazo se encontraran dentro de mis temores más enraizados, pero estaba en mi mano permitir que me gobernaran y ya había pasado por demasiado como para seguir cayendo.

Él se colocó a mi lado en una muestra de apoyo y me atrajo contra su costado, ignorando la mirada de repulsa de Terrent.

—Pixy, no estás sola —me susurró en una voz tan baja que dudé que los otros pudieran haberlo oído.

Su mano tomó la mía con delicadeza, como si le preocupara asustarme. Mis dedos se enredaron con los suyos y la presión de mi pecho se tornó liviana.

Entonces, ocurrió.

Contemplaba el rostro atemorizado de Janos, que batallaba contra las sombras sin éxito, cuando un fuego se extendió por mis

vértebras como resultado de lo que había estado clamando mi cuerpo.

Ahogué un rugido.

La mano con la que agarraba a Nocte se crispó. Apoyé todo el peso en aquel contacto y sentí cómo él respondía sujetándome para que no me diera de bruces contra el mármol.

—No, no, no —le escuché suplicar mientras el dolor, aquel viejo amigo, se apoderaba de mi cuerpo.

Mi rostro se contrajo.

El calambre bajó hasta mis piernas y de mi garganta escaparon los gritos. «Otra vez no, por favor».

—Terrent, acaba con esto —le exigió Nocte.

Sus manos se habían perdido en algún lugar de mi cuerpo. Ya no importaban, solo podía sentir mis nervios ardiendo.

Escuché a Terrent chasquear la lengua.

—¿A qué estás jugando? ¿Por qué te importa su dolor?

Nocte gruñó.

Las sombras salieron de su cuerpo y lamieron el mío en una caricia helada. Respiré, ahogada en sensaciones.

El frío ayudó a paliar las contracciones delirantes de mis músculos.

—No lo hagas por ella, hazlo por las pruebas. No podrá ganar si el dolor la incapacita —intentó convencerlo Nocte.

Clavé las uñas en la piel de sus antebrazos y él me arrulló contra su pecho.

Emití un sollozo por el movimiento y se detuvo al instante.

Terrent soltó una carcajada.

—¿Qué ven mis ojos? ¿Quieres que la fortalezca aunque eso te suponga perder el torneo? —Su sonrisa se esfumó—. Espera, ¿has hecho todo esto por ella? Las maquinaciones, las amenazas, no han sido en tu beneficio, sino por esta pequeña ilúrica —afirmó

conmocionado. Solo mis jadeos interrumpieron el silencio que se instauró entre ellos—. Oh, no puedo creerlo... Sí que te has enamorado.

Escuchar la burla de la boca de Terrent mientras mi cuerpo suplicaba clemencia fue la peor de las torturas.

Apreté los párpados con fuerza.

—Tranquila —susurró Nocte. Su voz era un arrullo, una canción pausada entre las llamas. Me pasó uno de los brazos por debajo de las rodillas y me levantó—. Yo me encargo, Cuervo. Tranquila —repitió mientras yo temblaba.

—¡Parece que esto es lo mejor que podía pasarme! —La risa de Terrent se reprodujo en cascada tras mis tímpanos—. ¡Oh! ¿Qué crees que haces, estúpida criatura? Apártate de mí —ordenó. Pude ver cómo Spark, que había surgido de la nada, enredaba las afiladas uñas en el cabello de Terrent y tiraba hacia arriba.

A pesar del dolor que se extendía por mis terminaciones nerviosas, los improperios de Terrent me supieron a gloria.

Spark agitaba las alitas y se libraba de los manotazos del príncipe con facilidad.

—Spark... —pedí a Nocte, con la voz cargada de aspereza.

—No te preocupes por él, estará bien.

Nocte los dejó atrás y...

Me hundí. No con elegancia ni dignidad. Acogí el dolor con el estómago revuelto, el pecho ardiendo de rabia y algo más profundo, más primitivo. Grité, pero mi voz no salió. El llanto se me pegó a la garganta como sangre seca. Me temblaban los dientes. Mi vejiga se aflojó y un líquido cálido se extendió por mis pantalones, cubriéndome de vergüenza.

El dolor era tan fuerte que pensé que me partiría en dos.

Me aferré a Nocte como si fuera la única roca en medio del mar, como si pudiera rescatarme de aquel calvario con la misma facilidad con la que había conseguido que comenzara a respetarme.

Le supliqué a sus sombras que me llevaran.

Pero no perdí el conocimiento.

# 46

# Entre la espada y la pared

> A todos los súbditos del reino de las pesadillas: Su Divinidad, el rey Oddeus, anuncia la muerte de los hijos de la princesa, Vectra y Smael, primeros de su nombre, y decreta que la ciudad se tinte de rojo y el cielo comience a llorar sangre.
>
> Proclama real 02/06/1692

Nocte me recostó sobre mi cama y se quedó a mi lado mientras sus sombras enfriaban mi carne incendiada.

Fueron unas horas complicadas. Horas en las que mi mente abrasada recuperó la desconfianza de las palabras de Terrent y se preguntó cómo saltar a la nada cuando siempre había bailado al borde del rechazo.

Pero la presencia de Nocte era un consuelo silencioso. Se preocupó en averiguar qué partes de mi cuerpo podía consolar con su tacto sin hacerme estremecer de aflicción. Y, al fin, el dolor cesó.

Sus dedos acariciaron mis mejillas cubiertas de sudor cuando los temblores remitieron.

Se inclinó sobre mí, apoyado en su costado.

Sus ojos no perdieron la inquietud, como si esperara escuchar un nuevo aullido de dolor de un momento a otro.

—Estoy bien —mascullé con la voz cascada.

Él abrió la boca para responder, pero pareció pensarlo mejor y se limitó a asentir.

Se agachó, sus labios rozaron mi frente y yo solté un suspiro.

—Debería cambiarme —comenté incómoda.

Él se lamió los labios y frunció el ceño.

—Saldré hasta que estés lista.

—No te molestes, lo haré en el lavabo.

Me incorporé y bajé de la cama con cuidado de no perder el equilibrio.

Cogí una muda y cerré la puerta del baño tras de mí.

Me apoyé en la pila y suspiré, contemplando mi rostro demacrado en el espejo.

El reflejo cambió cuando mi noctámbula esbozó una sonrisa.

—Tener a ese hombre solo en tu cama debería ser delito.

Le puse mala cara.

—Tu orden de prioridades es ridículo.

Ella soltó una risita.

—El dolor siempre ha formado parte de ti —le restó importancia.

Bajé la vista a mis manos clavadas en el mármol.

—¿Sabes? Creo que he evitado con todas mis fuerzas pensar que podía regresar a la casilla de salida. No quería que mi vida dependiera de las decisiones de Terrent y me he cegado a propósito. He sido una estúpida.

Ella arrugó el ceño y meditó mis palabras antes de contestar.

—Has luchado por seguir siendo dueña de tu futuro, deberías respetarte por ello. —Cualquier rastro de humor había desaparecido de su voz.

Me detuve a contemplar aquella parte de mí que era como yo, pero, al mismo tiempo, diferente.

Quizá no estuviera del todo conforme con su afirmación; no obstante, tenía la certeza de que si pudiera volver atrás tomaría las mismas decisiones.

Me bañé deprisa para no hacer esperar a Nocte. Salí del aseo vestida y con la dignidad ligeramente recompuesta.

Él no había estado quieto. La cama estaba hecha y las sábanas sucias en el suelo.

Se encontraba de pie frente a la ventana, pero se giró cuando me escuchó acercarme.

—Conseguiré que Terrent haga desaparecer tu dolor de nuevo —prometió.

Negué despacio.

—No lo hará. Es la mejor baza que posee para obligarme a ganar el torneo.

—No puede arriesgarse a que te asalte en la última prueba.

—Terrent es poderoso y tiene sus métodos, estoy segura de que hallará la forma de que mi dolor no obstaculice sus planes. —Levanté la vista de sus manos, apretadas en puños, y subí por su cuerpo cincelado hasta su rostro de piedra. Nocte no estaba acostumbrado a no obtener lo que quería y en aquel torneo se encontraba atado de pies y manos. Las dudas me asaltaron al recordar su conversación con Terrent. Me mordí el labio inferior antes de atreverme a preguntar—: ¿Giulia es tu prima?

Arqueó una ceja y controló el movimiento de su boca antes de que una sonrisa se extendiera.

—No nos atan lazos de sangre, pero lord Thaumiel, el padre de Giulia, era como un hermano para mi padre.

Me observó esperando una reacción por mi parte, que consistió en enrojecer mientras mascullaba:

—Comprendo.

Nocte salvó la distancia que nos separaba y me colocó las manos en la cintura.

—No.

—¿No?

—No ha habido nada entre Giulia y yo —aclaró—. Me ha servido, pero nunca he alentado sus sentimientos.

Tragué saliva ante la idea de ser tan transparente para él.

—Ah.

En aquella ocasión sí que sonrió.

—Nunca nadie me ha despertado como tú lo haces.

El estómago me dio un vuelco. Su mandíbula tensa cantaba una oda al peligro.

—Ah —repetí.

Él soltó una risita queda.

Miró las sábanas tiradas en el suelo y su sonrisa se esfumó.

—¿Recuerdas la fotografía que encontraste en el archivo? ¿Al hombre que identificaste como el asesino que habías visto huir del cementerio? —Cabeceé con firmeza. Había esperado durante días a que me hablara de él. Nocte compuso una expresión grave—. Es el hermano de Giulia, Arfox. Terrent lo mató.

Cogí aire de golpe y me llevé el puño a la boca.

—Maldición. Entonces, no puede ser él quien ha cometido los crímenes. —Me mordí de nuevo el labio, pensativa—. Lo vi de refilón durante el sueño en el que Terrent me devolvió el dolor —comenté captando su atención.

Nocte abrió mucho los ojos y frunció el ceño en profundos surcos.

Sus manos se tensaron sobre mi cintura.

—¿Estás segura?

—Fue solo un instante, pero... sí.

Un gruñido escapó de su garganta. Me soltó y apoyó la cabeza en la puerta con un golpe suave.

—Los muertos no sueñan, Pixy.

—¿Qué quieres decir?

—Digo que para celebrar sueños vívidos es necesario que todos los participantes estén dormidos. Si viste a Arfox es porque no está muerto.

Un escalofrío descendió desde mi nuca.

—Acabas de decir que Terrent lo mató.

—O eso nos ha hecho creer. —Se detuvo—. Había dejado pasar la fotografía que me entregaste porque estaba convencido de que te equivocabas, pero Arfox y Terrent eran amigos.

»No supo disimular el rechazo que le causó lo que mi padre obligó a hacer a mis hermanos y se alejó. En medio de una cena de la corte le faltó al respeto a Terrent y el propio lord Thaumiel le pidió a mi hermano que lo castigara como considerara pertinente, así que Terrent le atravesó el pecho con un cuchillo.

—No parece muy civilizado.

Negó despacio, con el ceño poblado de arrugas.

—Si lo has reconocido en dos ocasiones no puede ser coincidencia.

Me mordí el labio, con el ahogo asentándose en mi pecho.

—Apenas vi al asesino mientras huía y no podría afirmar con rotundidad que el hombre del sueño sea el mismo que el de la fotografía... Además, ¿cuánto hace de la supuesta muerte de Arfox?

—Más de trescientos años.

Bufé.

—¿Cómo iba Terrent a planificar el asesinato de ocho humanos tantos años antes? Y ¿para qué?

Nocte entrecerró los ojos.

—El tiempo es una apreciación subjetiva, para nosotros no tiene el mismo sentido que para ti. —Chasqueó la lengua—. Quizá tengas razón y no esté relacionado. Aun así, no está de más investigarlo.

Me apoyé contra la cómoda. Suspiré.

—¿Qué hay de las pruebas? ¿Es Giulia quien las organiza? —pregunté tratando de vincularlas con los asesinatos. Algo dentro de mí gritaba que estaba pasando por alto algo muy importante.

—Giulia solo sigue lo que mi padre designó en su testamento.

—¿Vosotros tenéis acceso al contenido?

Como suponía, él negó.

—Leímos el testamento después de su muerte, pero la planificación de las pruebas estaba oculta en tres sobres. Cada vez que Giulia abre uno de los pergaminos la magia la somete y la obliga a guardar silencio sobre el torneo.

Asentí, pero mi mente chirrió como un centenar de vidrios.

—Si asesinaron al rey, ¿cómo es posible que lo tuviera todo tan atado?

Nocte esbozó una sonrisa que no le subió a los ojos.

—No sabes hasta qué punto llegó su paranoia por mantener el legado familiar; jamás hubiera dejado su herencia sin concretar.

Cuanto más me hablaba Nocte de su padre, más agradecida estaba de no haberlo conocido.

Se aproximó, me apartó con delicadeza un mechón de la cara y yo me derretí por dentro. Cuando estábamos juntos las palabras insidiosas de Somna y Terrent perdían sentido. Éramos dos imanes que medían sus fuerzas en un baile hipnótico, no demasiado cerca, no demasiado lejos. Su expresión se contrajo en un amasijo de pesar, mientras sus ojos definían las líneas de mi rostro.

—Hay tantas cosas que me gustaría decirte... —susurró.

Esbocé una sonrisa débil.

—Esta siempre ha sido mi realidad: nunca he tenido mucho tiempo.

—Al contrario que yo. —Su expresión se amargó, pero continuó—: Ahora que estás aquí, ahora que merece la pena...

Supe que debía apartarme, alejar de él aquellas emociones que nos conducían directos al borde del precipicio; sin embargo, la necesidad era tan acuciante como irresistible.

—Tienes que pensar en cómo utilizar la ventaja de la que dispones después de ganar la segunda prueba. No creo que te permita pedir cualquier cosa, pero confío en que te ayude. Solo tendrás una oportunidad para reclamarla y Giulia dijo que estará unida a un sueño, sea lo que sea que signifique —continuó. Ni siquiera había pensado en ello. ¿Qué importancia tenía, si era Axia quien debía vencer? Coloqué las manos con suavidad en sus caderas. Sus ojos se dulcificaron y entraron dentro de mi ser, en las profundidades de mi alma, que no era más que una mezcolanza de sueños y esperanzas. Tanto daba la ventaja cuando aquel instante con él podría no repetirse.

—Estaba convencida de que jamás encontraría a alguien que sintiera esto por mí, a alguien que me correspondiera. —Hice una mueca. Nocte arrugó el rostro.

—Soy la antítesis de todo lo bueno; soy la clase de criatura que te han enseñado a odiar.

Las yemas de mis dedos ascendieron confiadas por su abdomen y se detuvieron en su pecho. Sus ojos se llenaron de calidez, al tiempo que mi mente registraba cada forma de su cuerpo perfecto y cincelado.

«Ahora que por fin importa...», hice míos sus pensamientos. Con él me sentía completa. Era como si hubiera abierto los ojos al

mundo, como si una parte desconocida de mí, una más cálida y con capacidad de sentir, se abriera al exterior.

—Y, sin embargo, tus partes rotas encajan a la perfección entre mis fisuras. Lo que sientes por mí me recompone, Nocte.

Sus manos pasaron a sostenerme la barbilla con firmeza.

El aire ondeó a nuestro alrededor, nos redefinió, calibró nuestra esencia y extrajo un perfume nuevo, uno que llenó el dormitorio con notas de hoguera, tierra mojada y flores blancas.

En su mirada fluctuó una determinación oscura, compuesta de acero y llamas.

Se inclinó hasta que su frente tocó la mía y mi mundo se desestabilizó.

—No me importa la corona —declaró con tanto dolor que mis nervios aletearon contra mis venas—. No puedo permitir que pierdas esa prueba.

Apreté los labios con fuerza, contrayendo el rostro.

—Si no lo hago, Terrent abrirá los portales. No me expondré a la extinción de una especie.

—Y yo no voy a renunciar a ti cuando al fin te he encontrado. Lo destruiré todo si es el precio para estar contigo.

Negué, pero sus dedos detuvieron el movimiento y sus labios se apoderaron de mi boca en una caricia lenta, mucho más dulce que la primera, aunque también más necesitada. Era como si se estuviera esforzando por convencerme, como si pretendiera darme motivos para no abandonar mi vida a la suerte.

Mis dedos perfilaron el mármol de sus pómulos mientras sus manos acariciaban mi columna en descenso, una línea que me llevó al borde de la locura.

Suspiré en su boca y sentí cómo él tragaba mi oxígeno, como si le perteneciera. Como si codiciara cada parte de mí.

Un gruñido de su garganta sacudió mi sistema. Mi piel sensibilizada anhelaba sus caricias. Me empujó hacia la puerta. El golpe resonó en mis tímpanos y me arrebató la poca cordura que me quedaba. Sus manos me atraparon las muñecas y las aprisionaron contra la madera, a ambos lados de mi cabeza. El calor me incendió el cuerpo y exprimió mi aliento cuando sus dientes se clavaron en la delicada piel de mi cuello.

El ruido en mi mente se detuvo y mis pensamientos se llenaron de sensaciones, del peso de su cuerpo, de la humedad de sus labios.

Me soltó una muñeca para acariciar el centro de mi pecho hasta el ombligo. Mi mundo se torció en un eje equivocado, se cargó de electricidad y hormigueos. Con la mano libre agarré sus mechones oscuros y lo pegué más a mí, provocándole un estremecimiento.

Un gruñido bajo escapó de su garganta, profundo, como si hubiera despertado a una bestia hambrienta. Se detuvo con la punta de su nariz rozando la mía. Orbitábamos el uno alrededor de la otra con una necesidad enfermiza.

Exhaló con la mandíbula en tensión.

Pero se apartó con un jadeo.

Abrí los ojos con reticencia y su expresión agitada avivó mis nervios. Tenía la mirada encendida como lava.

—Deberíamos parar. Si es lo que quieres...

Mis mejillas adquirieron un nuevo tono rojizo. De golpe, la cama a mi espalda tomó un protagonismo ineludible.

Janos y yo habíamos mantenido a escondidas algunos vergonzosos preliminares en los que ni siquiera había llegado a verme desnuda. Seguía siendo inexperta; y lo cierto es que no creía que la vergüenza me permitiera contárselo a Nocte.

—Sí... está bien —le respondí, sin tener claro si era lo que quería.

Él dio un paso atrás, pero no me soltó. Sus dedos ascendieron hasta desaparecer entre mi melena. Contuve un suspiro de placer cuando sus uñas rascaron mi cuero cabelludo.

—No puedo imaginar el daño que te han hecho por tu aspecto. Eres la criatura más bonita que he conocido.

Mi corazón bombeó con fuerza, pese a ser incapaz de creerlo.

Esbocé una sonrisa forzada.

—Deberíamos estar hablando de las pruebas o buscando al asesino —cambié de tema, incómoda por sus cumplidos.

Él alzó las cejas y su mirada se llenó de picardía.

—Y míranos, besándonos como si el tiempo se acabara. —Su voz se volvió amarga al final de la frase.

—No sabemos de cuánto disponemos antes de la tercera prueba.

—Dos días.

Un escalofrío me puso el vello de punta. Era menos de lo que había imaginado.

—¿Te lo ha dicho Giulia?

Asintió.

—No puede hablar de las pruebas, pero sí avisarnos de cuándo sucederán.

—Esperaba tener más tiempo. —Mi voz se perdió en un susurro.

Sus dedos pellizcaron mi barbilla con ternura.

—La segunda prueba llegó después de lo previsto por la marcha de Onia, pero a estas alturas ya deberíamos tener un vencedor —explicó. Me observó buscando la forma de aprovecharse de mi reacción para convencerme de ganar.

—Entiendo. Por lo poco que sé, si el rey estuviera vivo querría elegir pronto a un heredero.

El gesto de Nocte mudó al desconcierto.

—¿Cómo dices?

—Si tanto le importaba su legado, no parece muy probable que alargara el torneo sin motivo.

Él apretó los labios, bajó durante un segundo la vista al suelo y siseó entre dientes.

Se separó de golpe.

—He de irme.

—Espera, ¿qué ocurre?

—Tengo que comprobar algo.

Me besó en la frente y desapareció, sumiendo la habitación en la oscuridad de su ausencia.

El tiempo corría a velocidad de descenso, plagado de misterios sin resolver y dudas que pesaban en la punta de mi lengua.

Poco quedaba para descubrir la verdad...

Ojalá hubiera permanecido oculta entre las sombras.

# 47

# Noche oscura del alma

> En alguna parte, nuestro final está escrito. Yo leo las estrellas con la esperanza de encontrarlo.
>
> *Estudios naturales*, SUSANNE WILLOW WHITE

Por más que mi decisión estuviera clara, no podía enfrentarme a la última prueba sin haber arreglado mis problemas con Axia. Nos lo debía, a la persona que siempre había estado ahí para mí y a la que había dependido de su presencia para seguir respirando.

Caminaba por los corredores hacia su dormitorio cuando, tras una puerta, escuché un canturreo oscuro, una nana tétrica que me paralizó. Me desvié, cargada de curiosidad, y me asomé por la rendija.

Dentro de la habitación de las muñecas, Somna estaba sentada en el sofá, peinando a una de ellas sobre su regazo. Fue una de las pocas veces que la vi con el rostro descubierto. Debía de haber regresado de casa de los Thaumiel y, junto a los movimientos rítmicos del cepillado, su mirada perdida provocaba escalofríos.

—Deja de respirar tras la puerta, ratón.

Me eché hacia atrás sorprendida.

Su tono tranquilo me hizo dudar. Hasta que me ordenó que entrara.

Tragué saliva y empujé la hoja.

En la habitación flotaba una mezcolanza extraña, un aroma a dolor condensado con calma y anhelo.

El olor de los recuerdos...

Somna no movió la cabeza, inclinada hacia el suelo, pero levantó la mirada.

—Tienes costumbres de bárbara —señaló.

Desde mi garganta sonó un gruñido de protesta, un rugido bajo, contenido. Somna seguía sin ser de mi agrado, pero no podía dejar pasar lo que me había revelado Nocte. ¿Acaso alguien cuestionaría su locura después de conocer su historia?

Me removí incómoda ante su escrutinio.

Ella cogió del pelo a la muñeca y la tiró con rabia a una esquina de la habitación.

Disimulé como pude la tensión que se adueñó de mi cuerpo.

—He visto demasiadas veces esa mirada. Nocte te lo ha contado —declaró. Continuó sin esperar respuesta—. Según Terrent, mi hermano se ha encaprichado de ti. Qué ridículo. Está jugando contigo, niña estúpida. Nocte jamás ha sentido nada por nadie. Y si alguna vez lo hiciera, créeme, conozco bien a mi hermano: antes que a ti, escogería a tu amiguita Axia.

Mis inseguridades me atizaron como un látigo, clavándose como dentelladas en mi carne.

—Ocúpate de lo tuyo, Somna —respondí tratando de sobreponerme.

—Lo mismo digo, Pixy. Guárdate las miradas de lástima para quien las necesite. —La fragilidad que se adueñó de su rostro atenuó mis nervios. Era la primera vez que usaba mi nombre—. No comprendí que desaprovecharas la oportunidad de huir —siguió pensativa—. Cuando Nocte se plantó ante mí exigiendo que perdonara tu afrenta

y te proporcionara una vía de escape quise negarme, pero me recordó que tu desaparición paralizaría el torneo.

Vacilé antes de preguntar.

—¿Por qué has intentado eludirlo en vez de luchar por la corona?

Alzó una ceja y me indicó con un gesto que me acercara.

Me detuve a los pies del sofá. Era tan alta que sentada medía lo mismo que yo.

Pasó los dedos por los mechones de su cabello negro y tiró con fuerza cuando se enredaron entre los rizos, al tiempo que soltaba un suspiro que era mitad rugido.

—Mi padre me enseñó a creer que no tendría oportunidades frente a mis hermanos. Es inútil pelear contra las creencias —afirmó, pero en sus ojos colapsó la frustración. La comprendía mejor de lo que pensaba—. No importa; en cualquier caso, se ha cumplido lo que él habría esperado: Onia ha muerto y yo he quedado descalificada de las pruebas.

A continuación, se levantó, me sorteó y se dirigió a un mueble de formas onduladas con dos puertas. Giró una llave que ya estaba inserta en la cerradura, lo abrió y se agachó para coger lo que había dentro.

—El mundo es un lugar inhóspito para las mujeres, no importa a qué esfera pertenezcas; tenemos que batallar contra las expectativas, luchar por ocupar nuestro sitio en el mundo, por el respeto, la dignidad... —suspiró—. Es tan cansado.

Se dio la vuelta y entre sus manos sostenía una pipa de opio.

Mis hombros se tensaron. Di un paso atrás y mis piernas se toparon con el sofá. Mis instintos se avivaron y me rogaron que saliera de allí. Pero me quedé estática, recordando la advertencia de Nocte sobre la seramenta: solo reforzaba mi voluntad, no me mantenía a salvo de recaer; y mis circunstancias habían cambiado

desde la última vez que me enfrenté a la adicción como una persona sana. Terrent me había devuelto el dolor y frente a mí estaba la solución a la que me había aferrado durante años.

Abrí la boca, pero no salió ningún sonido.

Somna elevó la comisura de los labios.

—No pongas esa cara, no es para ti, a menos que lo pidas —dijo con una mueca divertida.

Chasqueó los dedos y la pipa comenzó a humear. La habitación se llenó de la calidez floral de la adormidera. Mi cuerpo se transformó en una roca partida por la mitad, el símbolo de mi voluntad dividida.

Contuve la respiración todo lo posible para serenar mis ideas.

—¿Qué pretendes con esto? —le exigí. Me llevé el puño a los labios.

Sus ojos brillaron, con la venganza goteando en cada parpadeo.

—No quiero que Terrent sea el próximo rey.

Mis pupilas se dilataron por la revelación. Nocte creía que sus hermanos lo culpaban por haber quedado al margen de las intrigas de su padre, pero en aquel instante comprendí que Somna odiaba a Terrent mucho más que a cualquier otra persona en las esferas. Y era estúpido pensar lo contrario. ¿Cómo no hacerlo?

—Le dijiste que al ser el primogénito le correspondía reinar —rememoré sus palabras en el Hivernacle.

Ella soltó una larga carcajada que me atravesó en escalofríos.

—Terrent es vanidoso; y una mujer debe saber explotar los defectos de los demás. —Sus dientes me deslumbraron en una sonrisa siniestra.

El humo me llenó la garganta al respirar. Tosí en un intento de deshacerme del sabor, que se me pegaba como alquitrán a los pulmones.

—Entonces, ¿por qué quisiste matar a Axia? ¿Eso no le habría otorgado más oportunidades de resultar vencedor? —repliqué con la voz áspera.

Abrió muchos los ojos desenfocados y ladeó despacio la cabeza.

—No pretendo que tu diminuta cabecita me comprenda. —Se tocó la sien con el índice y la mirada desquiciada.

Fruncí el ceño.

Somna se llevó la boquilla a los labios y aspiró con lentitud. El tubo de hueso burbujeó entre sus dedos y el sonido se clavó en mis entrañas, amenazante. Entonces, exhaló una bocanada que me golpeó en la cara con la fuerza de una tormenta.

Me encogí y giré el rostro para respirar contra la tela de mi hombro.

—Para —rogué con los párpados apretados.

Ella soltó una risa amarga, vacía de compasión.

Mi cuerpo temblaba con solo pensar que el dolor pudiera hacer acto de presencia en aquel momento.

—Eres una criatura tan pequeña. ¿Cómo va alguien como tú a cambiar los planes de los dioses?

Tantos años escuchando aquellas palabras, sintiéndome rota, acomplejada, diminuta.

El opio cantaba para mí, conminándome a rendirme, con una promesa de felicidad. Quería caer en la tentación, lo deseaba más que nada.

Pero una imagen de mí misma desfiló tras mis párpados sellados, una en la que mi piel se veía más pálida, en la que mis ojos estaban opacados por el humo y las manos me temblaban tanto que me veía obligada a soltar el arma; una en la que me tambaleaba, extasiada, drogada, y mis rodillas impactaban contra el suelo con un potente chasquido.

Me imaginé volviendo atrás, siendo de nuevo aquella persona que se proponía, noche tras noche, tener la fuerza de voluntad suficiente como para desintoxicarse.

Me imaginé el rostro de Nocte, con la mirada cargada de decepción y tristeza.

Abrí los ojos. Los abrí y la intensidad, el acero de mi mirada, asfixió la sonrisa de Somna.

Levanté la cabeza y erguí el cuello.

Iba a construir un futuro desde las ruinas y nadie más jugaría a arrebatármelo.

—No vas a conseguir dejarme fuera de las pruebas —le espeté formando una sonrisa ácida, mientras inspeccionaba cada uno de sus movimientos—. Me he enfrentado a bichos peores que tú, Somna.

»Haré todo lo necesario para alejarme de la destrucción que ha abrazado mi vida. Yo tomo mis decisiones; y elijo que el opio sea parte de mi pasado, que nunca vuelva a manchar mi presente.

Contrajo el labio superior. Sobre su piel ondeó una oscuridad similar a las sombras de Nocte, pero con formas tan puntiagudas como espinas.

Retuve el aire en los pulmones hasta que me ardieron.

El oxígeno se vició de azufre y me calentó la boca.

Sus manos se crisparon hasta convertirse en huesos blancos y duros.

—Eres campeona en el torneo, pero para mí ya no hay obstáculos que me impidan matarte. —Su voz bajó los grados de la estancia y mi corazón bombeó en respuesta, disparando la adrenalina como un torrente implacable—. Aunque no lo haré, no renunciaré a ver tu expresión traicionada cuando tu única amiga termine con tu patética existencia. Y recuerda: Nocte no moverá un dedo para salvarte.

Levantó una de sus manos, con la palma extendida, y estiró el brazo en mi dirección. El humo me golpeó con fuerza y me arrastró fuera de la sala.

Mi espalda chocó contra la pared del corredor al mismo tiempo que la puerta se cerraba de un portazo, pero el golpe no fue nada comparado con la herida que abrieron sus palabras.

Durante un segundo, vi en mi mente la escena que había pronosticado Somna. Me imaginé debajo del cuerpo de Axia, con el filo de un cuchillo en mi garganta y la mirada indiferente de Nocte formando llagas sobre mi piel.

Sacudí la cabeza para apartar esas ideas maliciosas.

Me repuse y me alejé con rapidez de aquella habitación y del humo que escondía. Con cada paso sentí un tipo distinto de miedo, cargado de ansiedad y frustración.

Recorrí la distancia hasta el dormitorio de Axia sumida en mis pensamientos y abrí la puerta sin llamar.

Una daga se clavó junto a mi oreja, en el marco.

—Por la diosa, Pixy —protestó ella.

Bajó de la cama y arrancó el arma de la madera. Me lanzó un vistazo y desvió la mirada al suelo.

Balanceé el peso de un pie al otro.

No quería pensar en todo lo que nos habíamos dicho, no quería afrontarlo. La última prueba estaba demasiado cerca; después de años de lealtad mutua no nos merecíamos acabar así.

—¿Estabas practicando? —Señalé el metal con la cabeza.

Axia suspiró.

—Nocte ha dejado de entrenar conmigo. Imagino que tu seguridad en la última prueba tiene algo que ver con esa decisión.

Arrugué el ceño y la culpabilidad me asaltó.

—Yo no le he pedido nada.

Ella negó despacio y volvió a sentarse en la cama. El movimiento fue tan familiar que me dejó noqueada.

—Supongo que no es necesario, se nota a la legua que te quiere.

Mi boca se abrió, completamente perdida, y los músculos se me contrajeron igual que si acabara de insultarme.

—¿Eso crees?

—¿Tú no?

Dudé antes de responder.

—Somna y Terrent parecen convencidos de que está fingiendo.

Axia me evaluó con cuidado, como hacía cada vez que deseaba ponerme a prueba.

—¿Y qué piensas tú?

Tragué saliva, poco dispuesta a contestar.

—Quiero creerlo. Cuando estoy con él siento que es cierto... Pero tengo mucho miedo.

Exhaló con la mirada intensa y dio unos golpecitos sobre el colchón para que la acompañara.

Me senté a su lado y mi cuerpo se relajó con su cercanía.

—A veces, para comprobar la profundidad del lago es necesario saltar.

Me quedé en silencio.

Ella siempre me había animado a ser valiente.

Giré la cabeza para mirarla. Tenía los ojos fijos en la pared delantera.

Suspiré.

—Siento lo que te he dicho antes —me disculpé. Bajó la vista a su regazo y se estrujó los dedos—. Te debo mucho, Axia, probablemente te deba mi cordura; pero no quiero seguir sintiendo que tengo que agradecerte con mi vida la humanidad que me has mostrado. Creo que por fin he descubierto que es lo mínimo que

merezco, lo mínimo que merece cualquiera —terminé con la voz rota.

Ella no esperó para asentir, pero el silencio nos envolvió como una nube densa. Sus ojos brillaron con una emoción similar al arrepentimiento. Cuando pensaba que no iba a continuar, dijo:

—Escogí no decirte que perderías tus poderes porque una parte de mí deseaba ser mejor proyectadora que tú. —Su tono confidente fue lo único que me contuvo, pero cada fibra de mi cuerpo se tensó —. Cuando llega la noche doy mil vueltas en la cama porque no soy capaz de perdonarme.

Su voz resonó en mi cabeza como un eco desfigurado.

Tardé en reponerme.

—¿Por qué? —pregunté, hueca.

Ella se hundió en el colchón.

—Siempre he querido ser como tú. —La observé como si hubiera enloquecido y ella negó, juntando las cejas—. Sé por lo que has pasado, pero cada paso que das es una sentencia. La gente te teme; pueden pensar que estás maldita, pero respetan tu valor.

—A mí no me ha respetado nunca nadie, Axia —espeté resentida.

—¿Crees que a mí sí? La deferencia que muestran por mí siempre estará manchada por ser la hija del comandante. Incluso mi padre te elige por encima de mí una y otra vez. —Cogí aire para contestar, pero se llevó la mano al pecho y dijo—: No lo culpo. Eres mejor que yo, siempre lo has sido.

Bajé la vista a mi regazo, alterada, sin saber qué reprocharle: si el haberme traicionado o la envidia insana que arrastraba.

Se deslizó por las sábanas, se pegó a mi costado y me agarró las manos.

—Eres como mi hermana, Pixy. Tu dolor ha sido el mío, y desde que estás aquí... —Tomó aire con brusquedad, lo retuvo y lo soltó

muy despacio, armándose de valor—. Yo sí que debería disculparme. No tengo excusa. —Se encogió de hombros y sus ojos se colmaron de agonía—. No he sabido adaptarme a este sitio, y tú has cambiado tanto... Pero ha sido para bien. Eres incluso más fuerte de lo que ya lo eras antes.

Sus manos apretaron las mías en una súplica muda.

—Nunca te han gustado los cambios —mascullé.

Negó.

Busqué en sus ojos algún rastro de mi mejor amiga y, sorprendida, lo hallé por todas partes, en su rostro suplicante, en sus palabras malheridas. Sus pensamientos más ocultos siempre habían estado ahí, tras la superficie de sus palabras, aparentemente mansas.

—Siento que esta situación me ha arrastrado, y tú parecías tan feliz aquí, mientras cada día te alejabas un poco más de mí. Y lo comprendo. De verdad. Nadie merece el desprecio que tú has vivido y, cuando me di cuenta de que yo he sido parte de ese círculo corrupto que te envolvía, no quise reconocerlo, Pixy, porque te quiero demasiado como para creer que te he estado haciendo daño.

Sus ojos claros se nublaron por las lágrimas.

Estrujé sus dedos hasta hundir las uñas en su carne.

—Axia...

Las lágrimas gotearon por su barbilla y cayeron sobre nuestras manos entrelazadas.

—Te prometo que te seguiré queriendo con todo mi corazón, a pesar de que tu magia haya cambiado. Quiero continuar siendo tu amiga, que las cosas vuelvan a ser como antes.

Negué despacio.

Puede que estuviera dispuesta a abrazar mi nueva naturaleza, una que despertaba un cosquilleo en mi estómago repleto de

oportunidades, pero Axia había tomado una decisión que era solo mía. Hubiera puesto la mano en el fuego asegurando que ella, precisamente ella, jamás sería capaz de traicionarme.

—Pixy...

—Mañana es la última prueba; y quiero creer que no se llevará tu vida o la mía, aunque siendo sincera conmigo misma sé que pensar eso me convertiría en una ilusa —la corté.

»No soy la misma persona que estaba dispuesta a morir sin más, aquí he encontrado ilusiones que me hacen querer seguir viviendo. Aun así, mentiría si dijera que estoy dispuesta a sacrificar tu vida a cambio de la mía, o a condenar a una especie con tal de salvarme.

»Sí que he cambiado. Pero, en esencia, solo sigo anhelando tener motivos por los que luchar.

Le solté las manos.

A continuación, me levanté. Su mirada apenada me persiguió, se enganchó en mi corazón y ralentizó mis latidos.

—Siempre serás la única persona que me tomaba de la mano mientras me retorcía de dolor —dije; pero sonó a despedida.

El nudo que se alojó en mi garganta me impidió tragar. Sabía a lágrimas y sal, al ruido nocturno de un bosque, al llanto de un animal salvaje.

Pensé que los momentos buenos también deberían importar. Pero, esta vez, me alejé sin anteponer su dolor al mío.

Cansada, herida, me volví una vez más antes de salir.

—A pesar de todo, yo también te quiero.

# 48

# A la deriva

> No me da miedo descubrir que la realidad es un sueño. Lo que me aterra es que sea el sueño de otro.
>
> *A través del velo*, CARLOTTA LEWIS

El reclamo de buscar refugio en Nocte impulsaba mis pasos. Pero llevaba sin verlo desde que huyó a toda prisa de mi dormitorio, hacía ya un día.

Me enfrentaba a las últimas horas antes de la prueba y deseé con todas mis fuerzas pasarlas en su compañía.

Crucé las puertas del archivo en su busca, pero a quien encontré fue a Fénrix cargado de libros, con Spark revoloteando alrededor de su cabeza.

—Nuestra criaturita sabía que aparecerías —dijo inclinando la cabeza con decoro.

Spark soltó uno de sus chillidos, como si quisiera reivindicar su precognición. Batió las alas con fuerza, se detuvo a centímetros de mi cara y lanzó un nuevo grito.

Le correspondí arqueando las cejas y extendiendo un dedo, que olisqueó moviendo la naricilla.

—Fénrix, ¿sabes dónde está Nocte? —pregunté mientras él se afanaba por dejar la pila de libros encima de una de las mesas.

—Giulia me ha tenido ocupado clasificando estos volúmenes —escogió responder.

La mención de la mujer me llenó de suspicacia. Si Giulia se encargaba de las pruebas, quizá podría encontrar alguna pista en aquellos libros. Me acerqué a ellos con disimulo y en un vistazo comprobé que había un símbolo en los lomos: un tridente, con un círculo en el lugar en que confluían todas sus puntas. La clavícula Nox. Tiempo atrás, Fénrix había comentado que era uno de los emblemas más importantes del reino de las pesadillas.

—Imagino que estará ultimando los detalles de la prueba —intenté sonsacarle, lanzándole una mirada escueta. El brillo en sus ojos me indicó que no le había pasado desapercibido.

—Si piensas preguntarme, no tengo ni idea de qué se trae entre manos.

Me encogí de hombros, aparentando indiferencia.

Abrí uno de los libros, que tenía por título el *Códice de Tánatos*; alcancé a leer: «Revertir encantamientos de sangre» antes de que Fénrix lo cerrara y, con los ojos en blanco, sacudiera los dedos para que me alejara.

—Estos hechizos son antiguos y poderosos, nada aptos para ilúricas.

Lo fulminé con la mirada y él me obsequió con una sonrisa.

Spark voló hacia él y lanzó una dentellada en su dirección, con sus diminutos y afilados colmillos.

Fénrix retrocedió y bufó.

—Parece que no solo te has ganado al príncipe de la noche.

Alcé la vista al techo con un resoplido.

—Necesito encontrar a Nocte —anuncié.

Fénrix me evaluó un instante y soltó un largo suspiro.

—Claro. Al fin y al cabo, es la noche en la que os declaráis vuestro amor antes de perderlo todo.

Compuse una mueca.

—¿Sabes dónde está o no?

—Tranquila, pequeña princesa, te llevaré junto a él. —Gruñí por el nuevo mote, pero me contuve ante la expectativa de que cumpliera su palabra.

Dio un paso hacia mí y alzó las palmas, con los dedos doblados en garras hacia el cielo. La espalda se me tensó por la costumbre.

Una espiral de humo negro se elevó de cada una de sus manos como pequeños engendros curiosos que avanzaron hasta situarse a ambos lados de mi rostro.

El humo se ensanchó y cayó sobre mí con la velocidad de una víbora. La oscuridad me devoró y cegó mis sentidos. Era tan distinta a la magia que había usado Nocte cuando nos había transportado al portal de cuerno que mi pulso tronó.

Pero la oscuridad se volvió traslúcida en menos de un segundo y tras ella solo había árboles.

Fénrix me había enviado a las profundidades de un bosque del que se habían adueñado las tinieblas.

Las gotas de lluvia que conseguían traspasar las hojas caían a mi alrededor como una melodía metálica, cristalina.

Las ramas crujieron bajo mis pies al primer paso. No había nadie cerca. Ni el más mínimo sonido.

—¿Hola? —levanté la voz, con la esperanza de que Nocte me oyera.

Me interné más y más en la espesura. Hasta que las hojas de un arbusto se sacudieron a mi espalda. Me paralicé. Mis ojos volaron al brazalete y, con inseguridad, recordé que ahora mi magia era distinta.

Tensé los músculos y mis dedos revolotearon sobre el mango del cuchillo que me colgaba del cinto, preparada para clavárselo a la primera pesadilla que se interpusiera en mi camino.

El arbusto volvió a agitarse. Adopté una postura defensiva, sin darme la vuelta, esperando el salto de la criatura que me acechaba.

Mis nervios chispearon por la expectativa del combate, la necesidad de peligro clamaba desde mi interior como un animal hambriento.

Un nuevo ruido, esta vez más cerca.

Me preparé para girarme y soltar el acero contra mi enemigo, cuando un chillido me paralizó y derribó mi adrenalina.

Destensé los hombros y aparté los dedos del metal.

El sonido de unas alas se aproximó, hasta que Spark quedó frente a mí, con sus pequeñas garras como gotas de luna extendidas.

—¿Me has seguido? —pregunté liberándome de la tensión acumulada.

Él trazó un círculo alrededor de mi cabeza y yo sonreí.

—¿Por qué no me llevas junto a Nocte?

Ladeó la cara en respuesta, como si lo hubiera estado esperando. De inmediato, se elevó por encima de mi cabeza. Las puntas de sus orejas eran lo único que atisbaba a ver cuando se alejó y el color de su pelo y sus alas se mimetizó con la profundidad del bosque.

Lo seguí, guiándome por el oído más que por la vista, esquivando ramas caídas y traicioneras y pequeños charcos de lluvia que se beneficiaban de la hojarasca.

Pero, pasados unos minutos, Spark se detuvo.

Frente a nosotros, la frondosidad de los árboles clareaba en una sutil tregua. Justo en el centro se elevaba un tronco al que le habían cortado las ramas, y con la espalda reclinada sobre él se encontraba Nocte. Su cabeza descansaba contra la madera y tenía las piernas

flexionadas, con cada muñeca apoyada en una rodilla. En una de las manos sujetaba un trozo de pergamino.

Abrí los labios, soltando el aliento. Nocte era la pesadilla a la que no me importaría regresar cada noche.

Me acerqué, guardando el sigilo del bosque, como si jugara a convertirlo en mi presa.

Una sonrisa suave se formó en su rostro cuando percibió mi presencia.

Mis labios se arquearon, a pesar de que él seguía con la mirada perdida en las nubes que, más arriba, descargaban su humedad sobre el mundo.

Me senté a su lado y mi pulso tronó por la cercanía de su piel. Mis ojos descendieron del cielo encapotado a la palidez cruda de su rostro, por el que se deslizaba la lluvia que colgaba de las puntas de su cabello, como las plumas empapadas de un cuervo.

Cada gota en su piel parecía contar una historia.

—Nunca creí que encontraría la paz en este lugar, pero desde que tú estás aquí todo ha cambiado. —No me atreví a preguntar. En cambio, lo observé con calma, queriendo adueñarme de cada ángulo y guardar un pedazo de él conmigo para siempre. La cuenta atrás había comenzado y no estaba preparada para soltar ese atisbo de felicidad que apenas había rozado con los dedos—. ¿Cómo has sabido dónde encontrarme? ¿Ha sido Fénrix?

—Y Spark —contesté mientras la bola de pelo descendía hasta agarrarse al cuero de sus zapatos—. La magia de Fénrix es perturbadora, no ha sido un viaje agradable.

—Es un tenebrum mayor, su poder consiste en meterse en tu interior y devorarte desde dentro —explicó. Se encogió de hombros y yo me estremecí. Resopló—. Me siento insultado, ¿acaso te perturba más que yo?

Solté una risa que era mitad bufido.

—Tú no me inquietas lo más mínimo.

Alcé las cejas desafiante.

Sus ojos brillaron con una fuerza magnética. Se giró y se inclinó hacia mí, descansando su peso sobre un brazo y colocando el otro junto a mi cara, encerrándome en una jaula de carne.

—Ah, ¿no?

Sonrió y la tierra tembló. Su cercanía arrasó mi mente y derribó cualquier pensamiento.

Negué despacio. Me mordí el labio y él siguió el movimiento, con la mirada cada vez más ensombrecida. Pero alzó la vista a la madera contra la que me tenía atrapada, soltó un suspiro y dejó caer el brazo.

—Este sitio me trae malos recuerdos —reveló mientras se apartaba.

Me fijé con detenimiento en el tronco y vi que la madera estaba quemada. Había estado demasiado concentrada en Nocte como para apreciar los detalles.

—¿Qué ocurrió aquí?

Clavó los ojos en los míos con gravedad.

—Mi madre murió atada a este poste.

Fruncí el ceño.

—¿Qué?

—Se amarró ella misma y se prendió fuego. Estaba cansada de vivir, de este mundo que la había engullido y que no le permitía salir; así que terminó con su vida.

»Antes, este tronco se usaba para castigar a los herejes. Ella decidió que su ingratitud era un pecado que la hacía indigna.

Cogí aire a trompicones. Busqué sus manos y él extendió los dedos, capturando las mías entre las suyas.

—Pero...

—Nunca me has preguntado cómo muere un dios —me cortó y esperó.

—No sé mucho de dioses.

—¿No sabes o no quieres saber?

Me tragué mis prejuicios, aunque por mi garganta seca no pasaba ni la saliva.

—Está bien. ¿Cómo muere un dios?

—Solo alguien con sangre divina puede acabar con nosotros. —Eludió mi mirada y siguió—: Mis sobrinos, mi padre... No creo que murieran de la misma forma que mi madre.

Apreté sus manos con fuerza.

—Piensas que Somna mató a sus hijos —puse en voz alta sus pensamientos. Asintió. El horror se extendió por mi médula; lo contuve, Nocte necesitaba desahogarse—. ¿Y qué hay del rey?

Negó frunciendo el ceño con desconcierto. Fue la primera vez que vi esa expresión en sus duras facciones.

—Firmó su testamento, las pruebas para la sucesión estaban preparadas, él mismo selló los sobres. Así que creí que había decidido morir, pensé que tras tantos años se había agotado.

—¿No fue así?

—No sé qué creer. Antes dijiste algo que me perturbó.

—Cuando saliste corriendo de mi dormitorio —adiviné. Él asintió.

—Dijiste que si le importaba su legado no alargaría el torneo sin motivo, y me di cuenta de que tenías razón. Mi padre era un ser retorcido, pero ¿por qué planificó tres pruebas y dejó el trono sin gobernante?

Me tomé un momento y dejé que se sumiera en sus pensamientos antes de preguntar:

—¿Qué hiciste cuando te marchaste?

Su atención regresó a mí. Me contempló como si un peso invisible se aferrara a su lengua, con cautela y desesperación.

El agua de lluvia se deslizaba por nuestros rostros y, aunque fuera lo último en lo que debía pensar, mis ojos bajaron a la humedad impura de sus labios.

—Fui a buscar su testamento —respondió al fin, tendiéndome el trozo de pergamino que no había soltado. Dudé antes de tomarlo. Ni una sola gota lo había tocado, era como si un hechizo lo protegiera de los elementos—. Es su letra y dice exactamente lo mismo que se leyó tras su funeral; pero fíjate en el final de la hoja.

La observé sin percibir ningún corte, el papel estaba intacto. Guiada por su determinación, lo alcé para que los débiles rayos de luz me permitieran ver a través del gramaje. Había una línea fina, casi imperceptible, que marcaba un degradado en el papel. Fruncí el ceño y me lo pegué a la nariz. El aroma a petricor del ambiente disimuló las notas acres y metálicas que se mezclaban en el papel.

—¿Una marca química? —deduje. Él asintió despacio, tomando la hoja que le tendía sin apartar sus ojos de los míos—. Alguien ha borrado parte del testamento del rey. Pero ¿quién?

La imagen de Terrent desfiló por mi mente, acompañada de una conversación lejana, en la que había descubierto que había estado dispuesto a secuestrar a Axia para tenerme como su campeona.

¿Cómo lo había pasado por alto? Si Terrent había tenido más tiempo que sus hermanos para idear un plan con el que hacerse con una competidora, solo podía deberse a que conocía el torneo mucho antes que ellos.

Me cuestioné si trasladarle mis sospechas a Nocte, pero decidí callarme. No eran más que suposiciones y, teniendo en cuenta nuestros últimos encuentros, el odio que le profesaba podía influir en mi perspectiva.

Nocte apretó la mandíbula. Cada uno de sus movimientos parecía estar acompañado de una tensión ineludible.

Su expresión se alteró, provocando un nudo de nervios en mi vientre.

Despacio, se giró por completo hacia mí.

—Si algo tengo claro, Pixy, es que debes marcharte.

Enderecé los hombros por la sorpresa.

—¿Marcharme a dónde?

Sus ojos mostraban una tristeza antigua, masticada.

—Tienes que huir antes de que comience la última prueba. El portal está a menos de una hora de aquí, puedo transportarte hasta allí ahora mismo. Solo tienes que pedírmelo.

Vacilé. Recorrí, frenética, sus surcos, buscando una explicación.

—No voy a irme —dije disimulando el temblor de mi voz.

Nocte había aprendido a vivir aferrado al anhelo y pretendía despedirse de mí de la misma forma que había renunciado al sol: contenido y en silencio.

—No puedo permitir que te quedes. —La súplica en sus labios era tan corrosiva como el veneno—. Dejarte ir es la única forma de mantenerte con vida.

—Ya basta.

—Sé que no esperabas tener que soportar de nuevo el dolor, pero debes luchar por el futuro que te aguarda lejos de aquí.

—Lejos de ti —reformulé, sin poder evitar el rencor en mi voz.

Su expresión mutó de la desolación a la rabia. Tiró el testamento al suelo como si quemara.

Con una de las manos me agarró la mandíbula, colocando la otra contra mi cuello, mansa.

Mi pecho hirvió con la negrura de su mirada.

—Te mantendría a mi lado para siempre si pudiera. Forjaría un trono de sombras para ti y lo alimentaría con las muertes de tus enemigos. Elevaría un altar con tu nombre a la noche misma; y te convertiría en mi reina, en mi diosa... —El aire escapó de mi garganta en un gemido—. Siempre he sido egoísta —continuó—, pero renunciaré a la corona, renunciaré a cualquier cosa con tal de que vivas.

Coloqué la mano sobre la suya y la apreté contra mi cuello.

—No voy a irme —repetí, esta vez más segura—. Estoy en paz con mis decisiones y agradecida por estos últimos meses. Si todo lo que he vivido me ha llevado hasta ti, no quiero cambiar nada.

Él negó, incapaz de contener la crispación.

—No lo entiendes. Mataré a Axia para que vivas, haré cualquier cosa...

Estreché la mirada. Mis labios se transformaron en una línea.

—No lo harás —afirmé convencida—. No lo harás porque después de eso me perderías, y ¿qué me quedaría sin ella y sin ti?

—Al menos vivirás.

—Si algo he aprendido tras todos estos años, es que vivir no basta. Dejarse arrastrar por el tiempo y la desgracia, como una oscura cuenta atrás, no es suficiente para mí, ya no.

Inclinó la cabeza, su frente descansó en la mía y sentí cómo su ceño se fruncía.

—Dicen que estamos fuera de control, y estoy empezando a creer que es cierto —masculló.

Con la otra mano le agarré del pelo y tiré para que me mirara a los ojos.

—No puedo ser un tornado y pretender no causar desgracias.

Una sonrisa triste escapó de sus labios.

—Yo adoro que siembres el caos.

Solté su cabello y él se inclinó para besarme.

Tiempo.

Siempre me había faltado. Se escurría entre mis dedos como sal de lágrimas.

Adrenalina.

Circulando por mis venas. Aquel beso era el sentido de la vida. Lo que siempre había anhelado.

Su olor en mi cuerpo. El calor sobre mi piel. En todas partes.

Caricias bajo la clavícula, bajo las caderas...

La dulzura de su boca y el agua de lluvia sanando mis heridas. Purificando.

Un jadeo entrecortado, guardando tanta esperanza, tanto dolor...

—¿Cómo voy a ser yo? Si solo soy un ser atrapado entre sombras. —Suspiró derrotado contra mis labios.

Su aliento se ramificaba en escalofríos. Sonreí.

—No necesito que te deshagas de tus sombras para poder amarte.

Y un chasquido, el de algo que encajaba por fin. Un relámpago atravesando mis nervios.

Me abrazó mientras entraba dentro de mí y creaba el primer hogar que había conocido.

Durante aquella noche eterna me perdí entre sus brazos, como quien se hunde en el último suspiro antes del desastre.

Fue como el agua de lluvia que nos purificaba, una sentencia del cielo tan irremediable como hermosa.

Fue un sueño con mil significados, desgarrador, puro; y tatuó mi piel con miles de emociones.

Y, como todo sueño, fue efímero... Pero también fue real.

# 49

# Mejores sacrificios

> ¿Qué es peor: morir cuando se acaba el tiempo o vivir para sentir que has muerto?
>
> *Ética y sentencias*, PAALONA CAMPHREY

Escarnio. Recordé la cantidad de veces que aquella palabra había pasado por mi mente para atormentarme. Un insulto, las risas que le siguen. Una patada en las tripas después de salvar a un anciano...

Mi vida había estado repleta de momentos trágicos en los que me había sentido juzgada y avergonzada. Por eso, al llegar al escenario de la última prueba, el vello se me erizó y mis nervios aullaron en estado de alerta.

El anfiteatro era un círculo rodeado de gradas. Los asientos estaban completos; y las miradas de la corte de los susurros me convencieron de estar entrando en una jaula.

Justo en el centro había una columna pequeña. El ábaco emitía una luz tenue y difícil de explicar sin la ayuda de la magia.

Axia se encontraba al otro lado del círculo de arena. La vista se me difuminó, como si se desdoblara con los temblores de su cuerpo. Parpadeé y me concentré en su rostro, como hubiera hecho para alejar los efectos del opio.

Apreté los omóplatos y sacudí los brazos, esperando diluir la tensión antes de girarme hacia la tribuna en la que aguardaban

Somna y Terrent. Ella conversaba con Giulia, que invadía su espacio, apoyada en su reposabrazos. Terrent, sin embargo, tenía los ojos clavados en mí, transformado en un mar de expectativas, pero confiado en que mi egoísmo lo convertiría en rey. No comprendía que proyectarse en los demás y esperar que actúen como uno mismo jamás da buenos resultados.

Sin embargo, junto a él había una silla vacía.

Después de pasar la noche más maravillosa de mi vida a su lado, Nocte había sacudido la cabeza y se había marchado al comunicarle mi deseo de seguir adelante con el torneo. Pese al sufrimiento que reflejaba su rostro, había respetado mi decisión, y aquella era la prueba de amor más grande que podía ofrecerme.

Sus palabras se repitieron en mi cabeza mientras mis botas se cubrían con el polvo de la arena. «No sé si podré perdonarte; pero, en el fondo, lo entiendo». Me dejó con el pecho fragmentado, masticando unas últimas horas que sabían a ácido. Desde aquel instante hasta mi llegada al círculo, todo estaba difuso.

Mis ojos volaban una y otra vez hacia la tribuna esperando que apareciera, deseando verlo por última vez.

Una emoción desconocida se había enraizado en mi interior y se ramificaba por mis venas.

En los últimos meses, mi vida había sido una sucesión de cambios y aprendizaje. Había estado tan centrada en el dolor que había perdido de vista que seguía viva. Pese a todo, estaba orgullosa de continuar siendo capaz de discernir qué era correcto. Comprendí que, aunque ya no fuera proyectadora, siempre sería una soldado dispuesta a defender a los humanos y a sacrificarme por una causa noble.

Axia se limpió una lágrima con brusquedad, miró la columna que nos separaba y se volvió hacia mí. Sus ojos me parecieron

indescifrables, extraños.

Giulia se puso en pie y el silencio se propagó por el anfiteatro. Sus ojos brillaban con maldad cuando me recorrió de arriba abajo, antes de hablar.

—Hoy uno de nuestros príncipes se alzará como campeón del torneo y recibirá la corona de sombras. —Su voz se proyectó por las gradas y los gritos enfervorecidos de la corte detuvieron su discurso. Giulia levantó la mano y recuperó la calma—. La campeona del príncipe Nocte, segundo hijo de la real casa Nox, venció en la primera prueba al traicionar a su mejor amiga. —La mirada que le dediqué portaba tanto veneno como la suya. El asiento vacío de Nocte cobró una nueva relevancia. Terrent también lo miró, pero con recelo, como si no pudiera comprender la ausencia de su hermano. Giulia continuó, esta vez con más amargura—. El segundo desafío lo ganó la paladina del príncipe Terrent, primer hijo de la casa Nox. Por ello, dispone de una ventaja que podrá reclamar, si es su deseo, en esta última prueba a vida o muerte, en la que se decidirá el futuro de nuestro reino.

»Las reglas de este privilegio son muy simples: la ganadora de la segunda prueba podrá exigir cualquier recurso, material o no, que le sirva para vencer a su contrincante, salvo exigir su muerte.

Un escalofrío me secó la garganta.

Terrent y Somna se levantaron, como dos dioses hambrientos que portaban el mal y la condena como estandarte. Dijeron al unísono:

—Que dé comienzo la prueba final.

El coro enardecido de la corte explotó en una algarabía sedienta de sangre.

Axia apretó los músculos, adoptando una posición de combate, aunque su mirada lucía indecisa. Me recordé que aquello no era solo por salvarla a ella. Si Terrent ganaba, el equilibrio en el mundo

humano se rompería cuando abriera los portales y la humanidad al completo perecería.

La luz de la columna comenzó a palpitar como un corazón acelerado.

Un destello blanco, cegador, cortó el aire. Una sombra líquida trepó del centro de la luz y formó un tridente, con un círculo atravesando sus puntas. Era el mismo símbolo que había visto en el lomo de los libros que guardaba Fénrix, en las tumbas del cementerio y en la primera prueba. La llave de la noche: la clavícula Nox. Un escalofrío bajó por mi columna al percatarme de lo relacionada que estaba con el legado del rey.

El oxígeno se cargó de un olor denso a metal. La arena tembló bajo nuestros pies. Un zumbido colapsó mis sentidos.

La figura descargó un brillo acerado y se solidificó, al tiempo que crecía en tamaño y se convertía en un arma.

El tridente permaneció suspendido en el aire, vibrando de poder y venganza.

Lo contemplamos fascinadas.

El brillo codicioso en los ojos de Axia tardó un instante en templarse.

De pronto, levantó las manos en señal de paz. La observé con recelo, mientras se acercaba poco a poco al tridente. Lo tomó por el asta y se lo pegó al cuerpo. Sus tres puntas centellearon con la luz mortecina del crepúsculo.

Tardé un momento en comprender que lo que sentía era alivio. Había convivido demasiado tiempo con la idea de la muerte y, aunque nunca creí que el arma fuera a estar en manos de mi mejor amiga, era un final más noble que morir contra una pesadilla.

—Acércate —me pidió.

Fruncí el ceño cuando su imagen se tornó borrosa. Fue como si no tuviera rostro, como si pudiera confundirla, solo carne lisa y cabello trenzado. Me esforcé en enfocar la vista y no sucumbir al pánico. En cuanto lo logré, caminé hasta colocarme a un metro de ella. Un metro, que era justo lo que debía de medir el tridente. Expuesta. A tiro.

Dejé de mirarla para girarme hacia la tribuna. Terrent estaba crispado, aferrado a los reposabrazos; incluso Somna parecía inquieta.

Ninguno me importó, porque el sillón de Nocte seguía vacío.

—Pixy —me llamó Axia. Volví a centrarme en ella. Su voz sonaba extraña, como si un eco la adornara—. ¿Eres tú?

Arrugué el ceño sin comprenderla.

—Acaba con esto ya —le pedí.

Eché los hombros hacia atrás y levanté la barbilla.

Ella llevó el tridente tras su espalda.

No percibí el movimiento, en un instante estaba junto a su cuerpo y al siguiente ya no.

—Esto no es real —señaló.

El movimiento de sus labios se ralentizó. Mis hombros se relajaron con sutileza.

Me detuve en los detalles que nos rodeaban y percibí el entorno como un decorado, como una mezcla fingida, trágica, de velos superpuestos.

—¿Estoy soñando? —pregunté.

Ella negó con la cabeza.

—Estamos soñando las dos, pero es extraño. Hay algo que no está bien.

—¿Como cuando Terrent me devolvió el dolor? Fue un sueño, aunque también ocurrió en la realidad.

—No, no, es distinto. Con este sueño han intentado... Pero no... —Se detuvo indecisa.

Miró hacia las gradas. La corte comenzaba a murmurar.

—Entonces, ¿esto es la prueba? ¿Un sueño?

De pronto, sus ojos alcanzaron una comprensión trascendental. Me contempló, se mordió el labio y una decisión firme sustituyó a las dudas.

—Escúchame bien, Pixy. Alguien ha alterado el orden de este sueño.

—¿Y eso qué significa?

—Es un sueño envenenado. Está diseñado para atrapar a aquel que sobrevive.

El tiempo pareció detenerse.

Mis nervios se activaron como pulgas. Apreté tanto los dientes que la sangre explotó en mi boca.

Abrí los labios cubiertos por el terror, pero ella se adelantó diciendo:

—Si quieres ayudarme a salir de aquí, primero tienes que matarme.

# 50

# Hasta que todo arda

> Nada importan los orígenes ni la sangre. El amor solo es hogar y refugio y surge entre los metales preciosos y las cañas más humildes.
>
> *Libro de ética y prodigios*,
> de la sacerdotisa Ilyana R. Tourba

Comencé a negar. Matar a Axia nunca había entrado a formar parte de mis planes.

—Es la única manera. ¿No quieres que gane Nocte? ¿Acaso no intentas proteger a la humanidad? —Subió el tono.

—Sí, pero...

Ella aprovechó mi vacilación para tenderme el tridente.

Di un paso atrás.

—Por favor, Pixy. Mira a tu alrededor, siente la fuente.

Contemplé el anfiteatro y me fijé en cada uno de los velos que me habían pasado desapercibidos, como los rostros. Identificaba a algunos conocidos, pese a que, en realidad, no veía sus caras. Como a Fénrix, que estaba tras Terrent, pero aparecía y desaparecía con cada parpadeo.

Encaré a Axia.

—¿Cómo puedes saber que morir te liberará del sueño? ¿Cómo tienes tan claro que sobrevivirás? —pregunté aterrorizada.

Ella entrecerró los ojos, con un brillo extraño en ellos.

—La pregunta es: ¿cómo es que tú no lo sabes?

Porque yo jamás había tenido su facilidad para distinguir los sueños de la realidad.

Sin embargo, había algo que podía hacer para cerciorarme.

—Deseo usar mi ventaja —anuncié.

Los murmullos de la corte se descontrolaron. Giulia alzó las cejas e hizo un movimiento con la cabeza para que hablara.

—Quiero conocer la verdad de este sueño —exigí.

El alboroto aumentó en una expectación creciente. Todos en la tribuna mudaron el rostro, pero no iba a arriesgarme, no con Axia.

Giulia enseñó los dientes con aprensión, aunque inclinó el cuello hacia delante.

—Así sea.

Nuevas sombras surgieron de la columna, como un humo voraz.

Me envolvieron y jugaron con mi melena antes de cubrirme por completo en una cúpula de oscuridad.

No había nada. No quedaba sonido.

Hasta que las primeras imágenes se sucedieron iluminadas en vivos colores.

Vi a un hombre en el lecho de muerte, firmando un pergamino. Supe que era el rey, que había dejado las tres pruebas planificadas antes de morir. Su cabello largo tenía el mismo color que el de Terrent y su nariz era igual que la de Nocte y Somna.

La visión cambió. El humo se arremolinó y formó la figura de Giulia, acompañada por una silueta a su espalda. Giulia dejó el pergamino que había estado sujetando el rey sobre la mesa y le arrojó hierbas empapadas en líquido. ¿Había sido Giulia quien había borrado el testamento del rey? Me asomé para ver mejor la hoja. En

el texto no había más escrito de lo que me había mostrado Nocte. Así pues, ¿qué estaba haciendo? ¿Preparaba así las pruebas?

Un humo negruzco y tóxico se levantó del papel y la imagen desapareció, sustituida por unos velos que flotaron en el aire y me envolvieron.

Giré con ellos. Una sensación de malestar me cubrió el estómago. Sentí aquellas telas contra la piel, como la presión de un conjuro en mal estado.

Axia tenía razón, habían alterado el sueño.

De pronto, la oscuridad se difuminó. Las sombras se dispersaron y yo regresé al anfiteatro entre jadeos.

Mi amiga me observó con semblante preocupado.

—Ya has visto lo que debías. Ahora obra en consecuencia —reclamó Giulia.

Somna y Terrent intercambiaron una mirada rápida.

Al parecer, Axia había dicho la verdad y aquel era un sueño envenenado, alterado por la magia. Había visto a Giulia conjurar el pergamino, pero ¿qué ganaba ella modificando la prueba que había diseñado el rey? Era mucho lo que no comprendía.

—¿Qué pasará conmigo? ¿Cuando te marches me quedaré atrapada aquí? —le pregunté a Axia.

Por sus ojos cruzó un resquicio de esperanza. Tragó saliva.

—Si es la clase de sueño que creo y está envenenado, el cuerpo de la persona que no muere entra en coma y su mente queda aprisionada para siempre. —Su voz se esfumó y su mirada se tornó vidriosa.

Apreté los puños con fuerza. Aquello me pareció peor que la muerte. No habría descanso para mí.

Axia se repuso en un parpadeo y se adelantó un paso.

—Si no lo haces sentenciarás a los humanos, a Moira. ¿Es eso lo que quieres?

Que usara el nombre de aquella niña para condenarme me enfureció.

—Dijiste que seguirías siendo mi amiga. ¿Tan poco te importa lo que me ocurra? Supongo que no debería sorprenderme después de que gastara mi deseo a la Sombra en protegerte y que tú te aseguraras de ser la mejor de las dos —le espeté dolida.

Esbozó una mueca que ocultó de inmediato tras un muro de hielo.

Axia tiró el tridente a mis pies.

Sus ojos brillaron y yo no comprendí el motivo.

Mi pulso se agitó, pero la rabia me contuvo.

—Fuiste mi amiga hasta que llegamos aquí —dijo ella, hundiendo aún más el puñal en mi espalda.

—Fui tu amiga hasta que me preocupé de algo más que de ti.

Su garganta se movió, pero no respondió.

A mi izquierda, un rumor me sobresaltó. Me volví hacia el sonido.

Nocte había aparecido en la tribuna y la oscuridad que emanaba de su cuerpo parecía querer arrasar el mundo.

Mi corazón aleteó y se detuvo.

Una de sus manos aferraba el respaldo del sillón con tanta fuerza que provocó una grieta en la madera.

Me giré a toda prisa hacia Axia. No podía mirarlo; no si pretendía tomar una decisión por mí misma, sin que me influyera.

Bajé la vista al tridente que esperaba a mis pies, me agaché y lo cogí. Pesaba más de lo que imaginaba.

—Así que ya está —afirmé.

Ella asintió.

—Tienes que hacerlo por mí. Yo no puedo. —Su voz se rompió.

Tenía el cuerpo paralizado por la presión.

Contemplé el arma con rechazo. ¿Cómo iba a ser capaz de hundirla en su cuerpo? Imaginar su sangre en mis manos me derrumbó, fue como si mis huesos se descompusieran, convertidos en una masa inestable.

—Por favor, Pixy, sé que es difícil... —Soltó un suspiro tembloroso y caminó hasta detenerse frente a mí, a menos de un palmo—. No puedo permitir que esto sea el final. Hay que hacer lo correcto, ¿no? —trató de convencerme. Supuse que no podría perdonarse si era ella quien escogía condenarme.

La esperanza que emanaba me descolocó. Axia estaba comprometida con la misión de los proyectadores, pero aquello iba más allá.

Sus ojos relucieron con la calidez del verano, con el reflejo de los recuerdos que atesoraba en mi pecho.

Posó la mano sobre la mía y la apretó. El asta del arma me estiró la piel.

Sus ojos claros me contemplaron con una súplica silenciosa.

Recordé aquellos mismos ojos llenos de vida y sonrisas. Cuando nos escapábamos al mundo humano siendo unas crías.

Las partidas en la taberna, enfrentándonos a las miradas de desdén de los otros proyectadores.

Su preocupación cuando me veía sostener una pipa de opio.

Las medialunas de sus uñas clavadas en mi piel, al sujetarme la muñeca mientras me retorcía de dolor.

«Estoy aquí».

«Tranquila, Pixy. No voy a irme».

«Siempre voy a quererte».

«Eres como mi hermana».

—Siempre dolerá decirte adiós —dije.

Levanté el tridente. El metal lanzó un destello cuando selló el destino de nuestras vidas.

Las puntas cortaron carne y músculo.

Mi vida se partió.

La suya se truncó.

El tridente le atravesó la piel justo bajo el corazón.

Axia abrió los ojos con desmesura, sus pupilas pálidas se dilataron.

Su luz se atenuó.

Un borboteo de sangre. La bilis me subió por la garganta.

Tuve que repetirme que no la estaba matando de verdad; la estaba ayudando a salir de aquel sueño, a sobrevivir.

Saqué el arma de su cuerpo y la solté sobre la arena, asqueada.

Axia se tambaleó. Corrí a sostenerla y acompañé su descenso al suelo.

Verla así me destrozó. Supe que nunca podría sacarme aquella imagen de la cabeza, por más que fuera a mí misma a quien estuviera sentenciando.

Tosió coágulos de sangre. Le aparté el cabello del rostro y limpié su boca con mis manos.

Hizo amago de hablar, pero la detuve.

—Tranquila, acabará pronto. Vas a volver a casa, Nocte te dejará regresar.

Me giré hacia la tribuna, esperando que él me escuchara y cumpliera mis últimos deseos, pero el rostro de Nocte no mostraba dolor, sino sorpresa.

—Pix —me llamó ella. Me giré con rapidez a mirarla—. Has sido más que una amiga.

Una nueva tos seguida de más y más sangre.

El olor se volvió insoportable.

—Lo sé. —Los ojos se me llenaron de lágrimas—. Hubiera deseado que terminara de otra forma. Las dos merecíamos más.

Ella deslizó las yemas hasta encontrarse con mis dedos.

—Tú te mereces más. Prométeme que lo aprovecharás; prométeme que vivirás, que no te rendirás. —Apenas podía hablar.

Fruncí el ceño, cubierta de su sangre.

Un presentimiento amargo ascendió desde mi estómago.

—¿Qué?

—Te mereces ser feliz.

Fue lo último que dijo antes de marcharse.

Quedó flácida en mis brazos. Sus ojos se desenfocaron y el frío atenazó su piel casi al instante.

Pero no se congeló tanto como la mía.

Apreté sus brazos.

—¿Axia? ¿Ax? ¡¿AXIA?!

La sacudí.

Las lágrimas descendieron por mis mejillas como caricias invisibles.

¿Qué había hecho?

El mundo se tiñó de azul, como una respuesta a la sangre que me empapaba las manos, como una descarga de electricidad que adormece el cerebro.

El velo del sueño cayó a mi alrededor, llevándose el tridente, a la corte y el anfiteatro. El sabor del humo manchó mis pulmones mientras todo a mi alrededor se desvanecía.

Solo quedamos nosotras en un duro suelo de mármol, con unas cuantas personas que no importaban, porque ella ya no estaba.

El cuerpo roto de Axia yacía entre mis brazos. Contuve el aliento en un aullido. Me ardió la nariz por el olor a hierro y mi pulso se

transformó en los ecos de un gemido que pugnaba por volver atrás como fuera, por soltar aquel tridente y sanar la herida de su pecho.

Me había engañado para que fuese yo quien superara la prueba, para que viviera. Pero mi cabeza aún no comprendía qué había pasado. Axia había percibido que habían tratado de envenenar el sueño, tal y como yo había visto hacer a Giulia; sin embargo, supo que no lo había logrado y me mintió para que acabara con su vida y así salvar la mía. «Tienes que hacerlo por mí. Yo no puedo». Su voz rebotó en ondas dentro de mi cabeza, como una piedra en un estanque enmohecido y putrefacto.

En la vida siempre hay personas que están de paso. Pero quienes de verdad importan saben demostrarlo; más allá de las discrepancias, del dolor que causan las palabras, el amor verdadero sabe permanecer.

La risa grave de Terrent me conminó a levantar la cabeza.

La realidad se impuso a golpes. Estábamos en la sala verde. El trono dominaba una estancia repleta de cristales y tapices, con sus ricos decorados en metal oscuro.

Somna se retiró el velo que le tapaba los labios, mostrando un rictus rígido.

En dos zancadas, Nocte estuvo a mi lado. Se agachó y me abrazó por los hombros. Su contacto no me produjo alivio, solo pude pensar que no merecía consuelo. Axia podía haberme salvado, pero ¿cómo iba a perdonarme haberla matado?

—No es culpa tuya —me susurró. Hasta aquel instante no me percaté de que había estado afirmando eso mismo.

Giulia y Fénrix contemplaban la escena sin perder detalle. A excepción de los príncipes, eran los únicos que habían permanecido después del sueño.

Finalmente, mi deseo a la Sombra no se había cumplido porque yo misma me había encargado de destrozarlo.

—Al fin —dijo Terrent, con la codicia supurando en su voz.

Con el afilado mentón alzado, se encaminó hacia el trono, que chispeaba con una promesa de aniquilación tras haber finalizado las pruebas.

Cada paso fue una sentencia. Mi corazón amordazado por el dolor se estremeció. Había perdido a Axia y, en cuanto Terrent reclamara el poder del rey, abriría los portales para acabar con Llum y desataría el caos en el mundo humano.

El cansancio me asoló. Somna tenía razón al decir que yo no era nadie para impedir los deseos de los dioses.

Mi existencia quedó vacía y desolada desde el momento en el que atravesé a Axia con el tridente. Si ella no me hubiera mentido, ¿habría conseguido detenerlo?

Terrent subió con parsimonia los escalones que ascendían al trono, disfrutando del instante, ante la mirada resignada de sus hermanos.

Se giró hacia nosotros.

—Bien hecho, Pixy. No has resultado ser tan inútil como parecías. —Sus ojos rebosaban júbilo, como un dios arrogante que descubre la devoción de sus fieles—. Al final has entendido que el egoísmo es lo único que nos permite sobrevivir.

Temblé de rabia en los brazos de Nocte.

—Elimina su dolor —le exigió él, envolviéndome con más fuerza. Sus ojos mantenían el poder encerrado del abismo.

Terrent le dedicó una sonrisa tóxica.

—Esa no es manera de dirigirse a tu rey.

El pulso tronó en mis orejas.

La oscuridad de Nocte se reveló, desprendiéndose en oleadas de su cuerpo. Arrasadora. Mortífera.

—Se lo prometiste. ¿Vas a comenzar tu reinado faltando a tu palabra?

Terrent entrecerró los ojos antes de agitar la mano con placidez.

—Quizá si me lo pidieras de la forma correcta... —Escuché el rugido que vibró en el pecho del príncipe de la noche—. Vamos, si tanto la quieres no te importará humillarte por ella.

Nocte hundió los hombros y yo clavé las uñas en su brazo.

—No lo hagas —le pedí.

Me miró con una suavidad que me llegó al alma.

—Te quiero —anunció; y mi pasado, mi presente y mi futuro colisionaron y se hicieron pedazos—. Esto no es nada comparado con el privilegio de ofrecerte una vida sana a mi lado.

Se deshizo de mis brazos, caminó hacia su hermano y se postró ante él.

Hincó una rodilla en el suelo, después la otra, para más tarde inclinar el cuello con una sumisión que me hundió las tripas en ácido.

Sus sombras se replegaron. Los músculos de su espalda se tensaron por el esfuerzo de contenerlas. Fue como ver a un solo hombre cargando un mundo sobre sus hombros.

Verlo arrodillado me asfixió.

—Te suplico que suprimas su dolor para que no la atormente más. —Su voz, que podía arrasar mil esferas, solo fue un susurro.

El regocijo de Terrent era hiel en mis labios.

—Está bien. Seré benevolente con ella. Aunque tú no correrás la misma suerte.

Con Axia sobre mis piernas, Terrent sopló en la palma de su mano extendida.

Una brisa helada me acarició las mejillas y la flor de candelaria apareció ante mis ojos, negra como el tizón, contrastando con el

pútrido tallo dorado.

Le dediqué una mirada desconfiada a Terrent, pero me incliné e inhalé. El polen me cosquilleó en la nariz y paralizó las manecillas del reloj.

La candelaria obró su magia. El tiempo recuperó su cauce y, al hacerlo, mi cuerpo ya no estaba maldito ni enfermo. Sin embargo, aquella paz que había experimentado la primera vez no llegó. Nada podía calmar el naufragio que arrasaba mi interior.

La flor desapareció y yo me pregunté cómo el vacío que sentía por dentro podía arder más que cualquier dolor físico.

—¡Este será el primer día de mi reinado de gloria, en el que las pesadillas derrotarán a las otras esferas! ¡No habrá más que oscuridad y noche! —La risa profunda de Terrent me cortó el aliento.

Las sombras de Nocte danzaban, afiladas como dagas pero contenidas. Sumisas. Atadas por el testamento de su padre.

Bajé la vista al cuerpo de Axia, no quería presenciarlo.

Entonces, Terrent se sentó en el trono...

El aire se cargó de electricidad.

Y el mundo colapsó.

El suelo tembló bajo nuestros pies. La sala giró, como envuelta en un tornado. No aprecié los gritos entre el rugido famélico de una tierra seca.

Carne zarandeada y colocada del revés.

Axia escapó de entre mis brazos. Nocte me atrapó justo cuando me disponía a seguirla.

Somna cayó al suelo. Su vestido se desparramó como sangre sobre el mármol.

Lo siguiente que escuché fue el aullido agónico de Terrent.

Olía a piel quemada.

—¡Fénrix, sácalo del trono! —gritó Nocte al que estaba más cerca.

Clavé los dedos en sus antebrazos para que el vendaval no me arrastrara.

—¡No puedo alcanzarlo!

—No lo está aceptando. —Aquellas palabras me asustaron al tiempo que me otorgaron esperanza.

Sin embargo, llegado a un punto, la violencia del tornado explotó y arrasó con todos con una fuerza desmedida.

Los cristales estallaron y una lluvia afilada cortó el aire y derramó centenares de pequeñas gotas de sangre.

Mi espalda chocó contra el espejo de una pared y lo resquebrajó en ondas. Sobre mí cayó un peso que no llegó a impactar en mi pecho: el cuerpo de Nocte se amoldó al mío, con los antebrazos sobre el cristal, soportando su peso.

Se convirtió en una jaula protectora. Sus sombras se desplegaron a su espalda, frenando las cuchilladas. Un vidrio escapó, le cortó la mejilla y derramó una gota de sangre negra.

Sus ojos se clavaron con una intensidad imposible en los míos y mi maltrecho corazón susurró un latido.

Si aquel tenía que ser el final, si el mundo se rajaba de arriba abajo y quedábamos colgando de una de sus mitades, al menos contemplaría su rostro una última vez...

# 51

# Mentiras

> Más que el cianuro y la cicuta envenenan las palabras.
>
> Proverbio del valle de las Candelas

Aunque el repiqueteo de los cristales seguía una melodía infinita, un momento después el sonido menguó. Los últimos vestigios del viento se detuvieron.

Miré bajo el brazo de Nocte y contemplé una sala arrasada. Tras una de las ventanas desvencijadas se podía ver el volcán, en el que aguardaban Curia y el portal de cuerno. Nada parecía distinto allá afuera, si acaso más brillante, como si por el cielo por el que entraba el anochecer hubieran desperdigado más estrellas. No daba la sensación de que Terrent hubiera desatado el caos.

A los primeros que vi fueron a Fénrix y Giulia, que habían terminado contra la esquina derecha del salón. Ella se sacudió los cristales, con los que se arañó las yemas y manchó de sangre el vestido.

Giré el rostro unos centímetros buscando a Terrent e inhalé aterrorizada.

La risa de Somna trepó por mi columna y sembró escalofríos. Estaba tumbada bocarriba sobre los cristales. Se retorcía presa de un ataque de histeria.

—Nocte... —Le indiqué que se girara.

Al ver la escena, se congeló. La sombra de la oscuridad desfiló por su rostro como el presagio más salvaje.

Frente a nosotros, Terrent estaba sentado en el trono, con las muñecas atrapadas bajo grilletes. Pero eso no era lo peor, porque su piel se había secado y pegado a los huesos. Su cabello plateado se había quedado sin brillo, sus ojos eran dos esferas salidas de las cuencas y su boca abierta clamaba en una mueca desesperada.

—Pero ¿qué...? —masculló Nocte sin apartar la mirada horrorizada de su hermano.

Somna se puso en pie, arrastrando un ruido de cristales, y suspiró.

—Pobre Terrent, condenado para siempre a alimentar el reino de las pesadillas.

Dio un puntapié a varios cristales y arqueó la espalda para soltar una carcajada fingida.

—¿Alimentar? —repitió Nocte.

Ella bufó.

—Podría haber salido mejor, pero lo cierto es que no importa.

A continuación, se acercó al cuerpo de Axia, que había quedado desmadejado tras el vendaval, sacó un cuchillo de su falda y le rasgó el pecho.

Me llevé las manos, manchadas con su sangre, a la boca y ahogué el grito que pugnaba por destrozarme la garganta.

Somna introdujo la mano en la cavidad torácica y extrajo el corazón. Las náuseas me dominaron y di una arcada.

Ella levantó el corazón a la altura de sus ojos, como si fuera un trofeo, mientras regueros de sangre bajaban por su brazo.

—Has sido tú. Todo este tiempo... —susurró Nocte. Se colocó delante de mí y adoptó una postura protectora.

—¿Qué? —intervine, demasiado paralizada como para reaccionar.

—Ella es quien ha matado a los humanos —me aclaró—. ¿Por qué?

Nos miró a ambos con un nuevo brillo en los ojos, uno que se revelaba calculador.

—¿Por qué? Ja. Siempre creísteis que era el eslabón débil. No me costó nada convenceros de que no deseaba que se celebraran las pruebas. Como si a mí no me incumbiera reinar, como si no fuera capaz de hacerlo mejor que vosotros. —Sus palabras sonaban cuerdas, aunque la forma en la que se mecía delataba su locura.

—¿Qué ganabas asesinando a todos esos humanos? ¿Qué relación podrían tener con las pruebas? —pregunté.

Somna bajó el brazo y esbozó una sonrisa de superioridad.

—Ocho más uno. Cuando aquella humana estúpida me arrebató la nota creí que os percataríais, pero habéis permanecido ignorantes hasta el final. Supongo que esconder una verdad entre mentiras también da buen resultado.

—Ocho los de en medio y uno —recordé lo que ponía en el papel.

—Los humanos pertenecen a la esfera que está entre el mundo de las pesadillas y el de los sueños —adivinó Nocte—. Ocho humanos y uno...

—Y un ilúrico —desveló Somna. Bajó la cabeza al suelo y agitó el cabello como si la conversación no la incumbiera—. Al principio dudé de que se tratara de uno de los nuestros, pero todos los textos antiguos se refieren a los ilúricos como seres únicos, cuasi divinos. Se les otorga la relevancia del primer número natural —dijo bocabajo.

—Necesitabas sus corazones, pero ¿para qué? —preguntó Nocte.

Somna inclinó el cuello hacia un lado, dio un golpe de melena y levantó la cabeza.

—Yo siempre estuve ahí, con él. Le adoraba, hasta que... —Su voz se partió.

—¿Hablas de padre? —dedujo Nocte.

Ella le mostró los dientes.

—Él me utilizó. ¡Me arrastró a la locura! Me abrió las piernas y me ordenó que le engendrara herederos. —Soltó una risa seca y señaló el trono—. Lo odio. Odio a mi hermano por haber cumplido su mandato, y me odio a mí misma por haberlo aceptado.

Se miró las uñas con un mohín.

En aquel instante, Somna me dio lástima.

Giulia se separó de Fénrix y se colocó a su lado. Hasta ese momento no había reparado en ella.

—Vectra y Smael... —Nocte nombró a sus sobrinos.

—Están mejor muertos. No podía mirarlos sin que me torturaran los recuerdos y tuve que acabar con sus vidas. —Su semblante no se alteró.

El silencio paralizante escaló por la sala formando escarcha.

—Espera —dijo Nocte—, ¿qué tiene que ver padre con el asesinato de los humanos?

Ella levantó la vista extrañada.

—Todo. ¿Sabías que me propuso intentarlo de nuevo? Esta vez contigo. —Nocte mantuvo el gesto grave, sin responder—. ¿Imaginas lo que hubiera sido? No. Tuve que actuar y lo hice. Acónito. Son unas flores azuladas preciosas, aunque era su raíz lo que me interesaba. Al principio ni siquiera se percató de que lo habían envenenado y yo estuve a su lado todo el tiempo, guiándolo hacia la muerte. —Asintió para sí misma y se detuvo en mí—. ¿Sabes qué es lo peor? Todos sabíamos que había tenido que ser uno de nosotros porque solo alguien con sangre divina podía matarlo, pero

a ninguno nos importó. No hubo indagaciones. La oportunidad de libraros de él y convertiros en reyes os cegó.

Teniendo en cuenta lo que les había hecho a sus hijos no me extrañó. Para ellos, la pérdida supuso un alivio.

—¿Estuviste detrás de las pruebas? —quiso saber Nocte.

—No me lo permitió; pero le arrebaté el testamento cuando aún no se había enfriado y comencé a idear mi plan.

—Empezando por borrar una parte. Encontramos la marca química —dije.

Somna balanceó el brazo con el que sostenía el corazón.

—«Decreto que se sucedan tres pruebas en las que tres paladines compitan en vuestro nombre, pues solo uno de vosotros se sentará en el trono desde el que he reinado desde los albores de los tiempos» —recitó el testamento de memoria—. Fue sencillo eliminar la parte en la que decía que aquel que ganara escogería al príncipe que se sentaría en el trono para nutrir con su poder al reino por toda la eternidad.

Tragué saliva. El líquido bajó rasposo por mi garganta, como si prefiriera aferrarse a las paredes. Solo un rey tan infame podía idear un torneo tan retorcido; pero, por encima de aquello, me sorprendió el ingenio de la princesa.

Somna canturreó y se acercó a Fénrix, que retrocedió asustado, provocándole una sonrisa.

—¿Desde el principio el torneo no fue más que una forma de escoger al que perdería su magia? —inquirió Nocte.

—Por supuesto.

—Y si tú lo sabías, ¿por qué nunca intentaste ganar? —intervine.

—¿Por qué competir si podía vencer? Inventé que el torneo servía para nombrar al nuevo rey. Sabía que mis hermanos combatirían, yo solo tenía que asegurarme de perder para no terminar sentada en el

trono y, mientras, podía dedicarme a mi verdadero objetivo: la clavícula Nox. —El tono de su voz descendió y con él la temperatura del salón.

El rostro de Nocte se contrajo. Los contemplé con inquietud.

—Creía que la clavícula Nox solo era un símbolo.

Nocte tensó la mandíbula.

—Es mucho más que eso, son las llaves de la noche, la representación del poder de nuestro pueblo. Es la figura que aparece en las pruebas, el tridente con el círculo, nuestro emblema más sagrado, pero jamás se ha manifestado —me explicó él—. Lo que viste hace un instante en la tercera prueba era un arma cualquiera con su forma, no era la verdadera clavícula.

Somna arqueó una ceja y continuó.

—El rey no se limitó a dejar por escrito el mandato de alimentar al reino, sino que estipuló cómo uno de nosotros conseguiría convertirse en el nuevo rey: encontrando la clavícula Nox. Por supuesto, también borré este pequeño detalle. Hallé el *Códice de Tánatos* y descubrí que debía hacerme con el medallón de madre antes de terminar con la vida de los ocho humanos y el ilúrico. Almacenar el poder de sus corazones en el medallón era la única forma de hacer aparecer la clavícula Nox. —La tranquilidad con la que narraba su plan me estremecía con mayor virulencia que sus trastornadas carcajadas—. Confieso que solo disfruté encargando la muerte de Bosco. Aquel muchacho estaba comenzando a crear problemas con sus investigaciones sobre los portales y estaba dispuesto a vender la información a la sociedad Vindicta. En el fondo, siempre he protegido este mundo más que vosotros —dijo, para después llevarse el corazón a la nariz y olisquearlo. El asco me trepó por la garganta.

—¿A quién se lo encargaste? No disfrutas manchándote las manos, ¿no es cierto? —inquirió Nocte.

—Eso se lo dejo a quienes no tienen la inteligencia suficiente como para saber que el barro contagia enfermedades. —Entrecerró los ojos.

—Contesta, ¿a quién le encargaste las muertes? —repitió él.

Giulia dio un paso adelante. Su cabello rojo lanzó destellos de fuego y sus ojos reflejaron la furia que llevaba años guardando.

—Fue a mi hermano. Arfox está vivo.

Así que Nocte había estado en lo cierto. Al parecer, los dos se habían aliado con Somna.

—Yo estaba presente cuando Terrent lo mató —afirmó él.

—Arfox no murió —replicó Giulia—. Él siempre estuvo enamorado de Somna, por eso la decisión del rey lo enfureció tanto. Después de sobrevivir al ataque de Terrent, decidió esconderse. Era la única forma en la que podían seguir manteniendo una relación.

—¿Todos estos años, Somna? —preguntó Nocte sorprendido.

Ella apretó los labios y se negó a contestarle.

—¿Dónde está él ahora? —pregunté.

Me miró con desprecio.

—A salvo, esperando a que le dé el lugar que le corresponde a mi lado.

—¿Encargándose de los otros corazones que has almacenado? —aventuré.

Ella rotó el cuello, aliviando la tensión, y soltó un suspiro teatral.

—Esos corazones ya están secos. Necesitaba que el medallón absorbiera su energía en cuanto dejaran de latir, por eso Arfox los atrajo al castillo bajo la promesa de unirme a la sociedad Vindicta, a la que pertenecían todos, salvo Bosco. —Bufó. Adopté una mueca incrédula. ¿Los humanos asesinados eran miembros de la sociedad

Vindicta? Recordé la cólera que desprendía Somna cuando atacaron el castillo, mucho más helada que la de sus hermanos—. Como si yo fuera a pactar con esas ratas. Torturé y porfié hasta que las sombras susurraron sus nombres. Al menos, a Will y Yust he de reconocerles haber sabido pasar desapercibidos mejor que otros.

Agarró el medallón que colgaba de su cuello. Un nuevo presentimiento se me enroscó en los pulmones y me dejó sin aliento. La cadena de eslabones coincidía con la marca que había visto en el último cadáver. ¿Cómo había estado tan ciega? Somna había debido de quemar al humano cuando extrajo el poder de su corazón.

Agitó la mano con desprecio.

—Como sea, necesitaba a una ilúrica y ahí es donde vosotras entrasteis en juego. ¿Por qué no afinar el tiro? Al fin y al cabo, a mí me interesaba que fuera Nocte quien se sentara en el trono porque me quitaba de en medio al hermano más peligroso. Así fue como mis espías me hablaron de vuestra existencia. —Soltó una risa histriónica—. Dos proyectadoras que eran como hermanas, pero una de ellas mucho más dependiente que la otra.

»Si capturaba al eslabón débil, era muy posible que atrajera al fuerte y, en realidad, era a ti a quien esperaba, Pixy. —Las palabras de Curia al entrar por el portar resonaron en mi mente: «Pequeña cosa. Te hemos estado esperando». ¿Somna había advertido a la guardiana de mi llegada? Continuó—: Era perfecto. Yo elegiría a la tercera proyectadora, Onia, un peón prescindible; y me aseguré de que Terrent estuviera presente a tu llegada y te encontrara antes que Nocte. Él de inmediato se dio cuenta de tu potencial, así que se decantó por ti en lugar de por Axia.

—Tú me dijiste que fue Terrent quien capturó a Axia y él no lo desmintió.

Ella alzó la vista al techo en una mueca dramática.

—Mi hermano tenía la mala costumbre de atribuirse méritos ajenos.

—Pero si querías que ganara Axia, ¿por qué envenenaste la espada de Nocte para que la matara? ¿Por qué te aliaste con Terrent? —inquirí.

Su mirada se enfrió, como si mis preguntas supusieran una interrupción en su escena gloriosa.

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? Terrent estuvo a punto de descubrirme, encontró la información que había recopilado sobre el medallón, con el que debía absorber los sacrificios, y quiso saber por qué lo estaba buscando. Me inventé una excusa, no imaginó que tendría relación con la clavícula Nox, y lo despisté con una posible alianza. Solo tuve que calcular bien la dosis para asegurarme de no matar a Axia —respondió con reticencia.

—Pero se hubiera dado cuenta cuando Axia sobreviviera —reflexioné. Ella bufó.

—Habría bastado con decir que Nocte se había percatado y había limpiado la espada. Terrent jamás le hubiera preguntado, si apreciaba su vida.

Sus ojos se clavaron en los míos con frialdad.

—Tenía controlado a Terrent desde que se coló entre mis piernas, el peón volátil siempre fuiste tú —me acusó.

»Si tú te sacrificabas como yo pensaba que harías, Nocte terminaría sentado en el trono. Pero, entonces, te enamoraste de mi hermano y yo lo vi. Cuando te empujé hacia Will y Yust, comprobé que mi hermano te protegía, que compartía tus sentimientos. Vi cómo cambiabas y arruinabas mis planes, pequeña rata. Por lo que le pedí a Giulia que envenenara el sueño que mi padre había dejado estipulado para la última prueba. Si asesinabas a Axia y decidías

quedarte con tu amado, te estarías clavando el puñal a ti misma —dijo en tono de burla—. Sin embargo, Giulia no consiguió alterar el sueño, el poder del rey era demasiado grande como para modificarlo, y yo no podía arriesgarme a dejar una huella que diera nuevas pistas a Terrent.

»De alguna manera, Axia se dio cuenta de que habíamos intentado envenenar el sueño sin lograrlo y actuó de la peor forma al convencerte de que si la matabas, en realidad, la estarías salvando. Decidió sacrificarse por ti. Al parecer, era más débil de lo previsto.

—Axia no era débil —refuté con rabia. Sorteé la protección de Nocte y me coloqué a su lado—. Quizá se dejara llevar por los celos, pero era... era dura y valiente. Todo lo que tú jamás serás. Así que no te atrevas a nombrarla.

Somna arqueó las cejas y levantó el puño en el que sostenía su corazón en un saludo cruel.

Gruñí antes de abalanzarme hacia ella; sin embargo, Nocte me detuvo y le preguntó:

—¿Qué hay del atrium? Le dijiste a Pixy cómo encontrarlo después de que te amenazara. ¿Te habrías arriesgado a dejarlas marchar?

—Claro que no. Pensaba informar a Terrent de sus planes para que las detuviera, cuando atacaron el castillo. Al descubrir que os habíais marchado al portal vi peligrar cuanto había sacrificado, todos mis esfuerzos... Pero regresasteis. —Resopló, y el oxígeno pareció llenarse de ceniza.

Sus ojos me siguieron con una obsesión malsana.

Nocte se tensó a mi lado, como si esperara el primer ataque.

—¿Quieres saber lo que ocurrirá ahora, Pixy? —continuó. Acompañó la pregunta con sendos pucheros. La burla escoció. No respondí, pero no le importó—. En este medallón están los poderes

de ocho corazones humanos. —Su otra mano acarició la cadena—. Y con el de Axia... —Le clavó las uñas—. Lo tengo todo, pequeña rata.

La mano con la que apretaba el músculo sangrante se envolvió en tinieblas.

Nocte reaccionó y desplegó sus propias sombras, que chocaron contra la barrera que rodeaba el cuerpo de Somna, producto de una magia antigua, más arcana que el mundo.

Un halo de oscuridad la rodeó y desató en mí un miedo real, como jamás había sentido.

Si Somna se hacía con el poder del rey no habría mundo que sobreviviera a su reinado. Humanos, ilúricos y pesadillas, todos caeríamos frente a su locura.

El medallón se elevó, se despegó de su clavícula y atrajo aquella luz podrida de sombras que había contaminado el corazón de Axia.

Somna estaba absorbiendo su poder, lo estaba secando ante mis ojos. La impotencia me obligó a buscar a lo que aferrarme, pero no había nada que pudiera hacer para detener lo que estaba pasando. Ni siquiera Nocte, con todo el poder que albergaba, era capaz de contenerla.

La tierra se estremeció y el mármol se partió como cristal cuarteado en una grieta inmensa.

Ahogué un grito y salté para permanecer junto a Nocte.

Fénrix aulló, sacó un cuchillo y corrió para derribarla. Pero el poder de Somna crecía por segundos. Proyectó una onda con la que nos tumbó a todos.

La sangre se me acumuló en la boca. Escupí y luché por incorporarme, aunque mi cuerpo continuó pegado al suelo. Intenté proyectar mis pesadillas, pero no hubo resultado.

Ella soltó una carcajada.

—¿Habíais creído que podríais vencerme después de todo lo que he hecho?

—¡Somna, libérame! —la llamó Giulia, que se había visto arrastrada por su fuerza.

Ella la ignoró.

Su piel comenzaba a emitir un brillo verduzco por la absorción de poder, como el reflejo de un mineral.

—¡Los mundos arderán y se doblegarán bajo mi presencia!

Lo siguiente que escuché fue un estallido lejano.

Un aullido primitivo.

Y una certeza ensordecedora.

—¡Nocte, los portales! —grité.

El cielo de Fosc se turbó en un gran remolino y se tintó de sangre.

Tanto poder contenido solo podía pertenecer a un espejismo y, sin embargo, Somna seguía aspirando más y más magia.

Era ruina y desgracia. Era el abismo en la tierra.

Me agité, me revolví. Estaba desesperada por ver el volcán a través de la ventana. Las muñecas me sangraron, como si la fuerza con la que me resistía me pasara factura.

Cada segundo, cada pesadilla que traspasaba los portales desequilibraba el mundo humano.

Grité, aullé de desesperación.

Somna desvió la vista hacia mí y sonrió de lado.

—No te resistas. Inclinada será como recibas a tu nueva reina.

—¡Somna! —le pidió Giulia.

—Cállate, estúpida. Ya no me sirves. Pero a ti tengo algo que demostrarte, Pixy. —Se volvió otra vez hacia mí con una obsesión dañina, justo antes de arquear una ceja y observar a su hermano—. Te mostraré que siempre has estado equivocada. Nocte —lo llamó. Sus facciones se relajaron al mirarlo—. Vais a morir, todos. No

obstante, a ti te propongo un trato: te dejaré vivir, te otorgaré un lugar lejos de la corte y, cuando tenga el poder de padre, te devolveré el sol. —Jadeé. Los ojos de Nocte brillaron con un anhelo irreprimible, desconcertado. Sentí cómo contenía un escalofrío. Ni siquiera comprendía cuánto tiempo llevaba persiguiendo aquel sueño. Deseando... Deseando—. Volverás a ver amanecer, Nocte. Lo único que tienes que hacer es matarla.

# 52

# Horas de luz

> Solo al rompernos descubrimos nuestra verdadera forma.
>
> PRÍBOR FROZE

«Matarla». Su voz flotó en el aire.

Mis venas se congelaron.

Nocte dejó de respirar. Se negó a devolverme la mirada.

Un mal presentimiento me estranguló el estómago.

—Si lo hago...

El desgarro en mi pecho resonó como un trueno.

No. No podía ser cierto.

Mis ojos volaban de uno a la otra.

Somna sonrió y le instó a continuar.

Esperé que se desdijera, aguardé...

—Será a mi manera. —Pero fue en vano.

Ella arqueó las cejas.

Aparté la vista. Cada rechazo de mi vida volvió a mi mente. Rota. Humillada.

Axia había muerto. Mi vida como proyectadora estaba acabada.

Había fracasado.

Y mis sueños solo eran brotes tiernos que se desenraizaban con un soplido.

Había creído en él, en sus promesas...

Una palabra colmó mi mente y me hundió en la desesperanza.

«Sola».

Había crecido sola, había sobrevivido sumergida en aquella soledad. El problema era que por primera vez en mi vida había conocido un hogar junto a su pecho. El problema era que no quería renunciar a la persona que era cuando estábamos juntos.

Pero Nocte no me miraba.

Tanto dolor.

¿Qué sentido tenía?

No me derrumbé, no como antes. Sentí lástima por lo que hubiera podido ser, pero me di cuenta de que quería seguir luchando, de que ya no deseaba morir, de que no quería desperdiciar la vida que Axia había pagado con su sangre.

Sin embargo, Somna asintió despacio, envuelta en aquella magia que continuaba internándose en su cuerpo, una corriente infinita de perdición que la hacía intocable.

No podía ser una treta de Nocte porque ella estaba más allá de cualquier poder que él pudiera ejercer, y comprenderlo me quebró.

Una parte de mí sabía que no sobreviviría a él. Lo había sabido siempre.

Liberó a Nocte. Él se levantó.

No me pasó por alto la ironía: por primera vez quería luchar por mi vida y ya no estaba en mis manos escoger.

Lo observé acercarse a Somna, con el corazón destrozado. Buscando, anhelando un minuto de paz, un descanso que pronto llegaría.

Nocte se colocó frente a ella y extendió la mano reclamando un arma.

Somna movió los dedos, hizo aparecer una daga y se la entregó. El mango eran espirales tan efímeras como el humo. Un brillo cristalino adornaba la punta.

Él se la quedó mirando. Se volvió hacia mí con el rostro demudado. Le dediqué mis últimos latidos, demasiado consciente de lo que podría haber sido.

Entonces, se giró de nuevo. En el instante en el que agarró el mango, su otro brazo trazó un movimiento curvo.

No se molestó en arremeter contra ella; pero su mano libre tiró del medallón.

El ruido de la cadena al romperse resonó en mis huesos. El relicario cayó al suelo, lejos de mi alcance.

No tuve tiempo para sentir alivio.

Somna gritó con una furia venenosa. Abofeteó a Nocte y lo derribó con una fuerza desconocida.

El poder que la colmaba ardió en sus pupilas incendiadas de verde.

—No tendrías que haber hecho eso.

Sin soltar el corazón que la nutría, atacó.

Una niebla verdosa y violenta se precipitó contra Nocte. Él desató sus sombras. La oscuridad se topó con el veneno y danzó en el aire.

Chocaron. La colisión fue tan cruda que sacudió los cimientos del mundo.

Nocte apretó los dientes mientras Somna reía. Su poder no podía competir con el de la reina de las pesadillas.

Sus sombras se arremolinaban, impidiendo el paso a la magia de Somna, pero las manos de Nocte comenzaron a adquirir un tono verdoso.

Soltó un grito desgarrador que atravesó el mundo.

El medallón, Nocte había querido hacerse con él.

Lo busqué con la mirada.

—¡Giulia! —la llamé. Me miró—. El medallón está junto a tu pie, lánzamelo. —Me ignoró y se volvió, preocupada, hacia Nocte. Lo intenté de otra forma—. Somna te ha traicionado, te ha utilizado y va a matar a Nocte, ¡sabes que lo hará! —Si existía una mínima posibilidad de que sus sentimientos por él no fueran fingidos y que se hubiera unido a Somna solo para proteger a su hermano, debía aprovecharla.

El príncipe de la noche gritó como si el mundo se estuviera partiendo y él tratara de sostener sus mitades.

Jadeé. Me revolví. Las muñecas y los tobillos amoratados por resistirme al peso invisible. Solo mis dedos se movían.

Traté de despertar mi proyección amordazada, sin resultado.

—Giulia, por favor... —supliqué.

Fénrix se retorcía y tiraba con fuerza, sin liberarse. Estaba más lejos que yo del relicario.

Mi magia no servía, mi cuerpo no servía...

Somna arrastró a Nocte por el suelo, volcando más y más poder sobre sus sombras, haciéndole soportar lo inimaginable.

Iba a matarlo.

Gemí. Las lágrimas crujieron en mis ojos cuando se rompió el molde que me definía, cuando ya no quedó nada.

Un símbolo comenzó a formarse en la frente de Somna. Una línea vertical que se ramificó en tres puntas: un tridente.

El pánico me dejó sin aliento.

Escuché un resuello bajo el fragor de la batalla.

Giulia apretó los dientes con fuerza. Jadeó. Las gotas de sudor bajaron por sus sienes. Pero llevó hacia atrás la rodilla, centímetro a centímetro.

Cada segundo era una agonía, cada segundo, Nocte estaba más cerca de la muerte.

Entonces, Giulia dejó escapar la pierna. Su tobillo golpeó el medallón y lo desplazó lo bastante cerca como para que lo rozara con los dedos.

Cogí aire sin sentir que respiraba. Mis dedos engancharon la cadena, pero mis muñecas estaban tan pegadas al suelo que no podía estrellarlo contra él.

Pero mi poder...

La proyección no me respondía, era como si Somna la hubiera atado junto a mi cuerpo.

El círculo que atravesaba las puntas del tridente comenzó a formarse, sellando nuestro final.

Nocte aulló de dolor, gimió, incapaz de soportarlo más. Nunca hubiera creído que un sonido podría hacerme sentir tanto.

Fue un suspiro, un estertor, una despedida.

«Ni de coña, vamos».

Me refugié en mi interior y me topé con mi peor pesadilla.

*Mi madre me acariciaba el cabello como algas sobre la piel. Canturreaba, pero yo sabía que se marcharía, sabía que la soledad me acogería y jamás me soltaría.*

*Me trenzaba el pelo, como si no le importara el color, aunque en mi estómago se enroscaban el rechazo y las náuseas.*

*No quería estar sola; pero tampoco deseaba quedarme con ella.*

Tiré de la imagen, empujé y empujé para sumergirme en aquel calvario y me envolví en sus detalles.

Al principio no funcionó, la magia de Somna era demasiado poderosa. Pero, no hacía tanto, yo había sido la mejor de las proyectadoras. Me concentré en el final del sueño, en mi rechazo, en

mi indecisión, en aquella necesidad de estar acompañada y en el deseo de alejarme de la gente.

Y volví a empujar.

El horror me invadió los huesos, se recreó en mi garganta inflamada por las lágrimas... hasta proyectarse a través del brazalete.

El fuego me quemó, me purgó.

Conduje cada resquicio de mi poder hacia el medallón. Lo colmé con mis propias sombras y corté el flujo de energía que canalizaba hacia Somna.

Un crujido resquebrajó el tiempo. El relicario ardió en mis dedos y me obligó a soltarlo.

Una magia desatada arrasó el salón del trono.

La clavícula Nox desapareció de su frente con un parpadeo.

—¡NO!

Todo fue oscuridad. Todo fue vacío y noche. Sangre y pesadillas.

El rugido de aquel mundo tronó por el cielo y la tierra y se llevó la negrura, la encerró dentro del medallón.

Somna tembló de pies a cabeza.

El corazón de Axia se había secado en su puño y se había vuelto grisáceo. Lanzó un aullido con el cuello arqueado y la mirada en el techo.

Nocte se rindió.

Su cabeza rebotó sobre el mármol partido.

Somna bramó como si el poder que había absorbido la estuviera desgarrando desde dentro. Sus manos eran garras que no podían sostener más magia.

La clavícula Nox no se había completado en su frente y, sin el control del medallón, la energía del rey la mataba.

Sus rodillas golpearon el suelo sin piedad.

En algún punto, más cristales reventaron.

Su tráquea se dobló en una posición antinatural. El verde que le había cubierto la piel brilló y la consumió como si fuera ácido.

Los estertores de la muerte hallaron su camino.

Y cayó rota, como una hoja helada en invierno.

Su pecho se elevó. Un último aliento brotó de sus labios y su existencia se apagó para siempre...

Las cuerdas que me habían retenido se aflojaron. Me liberé de un salto y corrí hacia Nocte.

Caí sobre él, le palmeé el rostro para que despertara, pero no lo hizo.

Las líneas de su tez mostraban paz. Su piel se enfriaba. Su respiración se detuvo.

La desesperación me quebró en miles de pedazos. Nocte se estaba muriendo y yo no sabía cómo detener las leyes de la vida.

Besé sus labios y le acaricié las mejillas como había deseado hacer durante tanto tiempo. Ahora que me lo permitía, ¿qué esperanza quedaba para nosotros?

—Vuelve —supliqué. Los ojos me ardieron y mis lágrimas cayeron sobre su piel helada—. Vuelve, por favor, aún te necesito. Necesito tu sonrisa impertinente, tus ganas de demostrarme que estoy equivocada. Nocte, por favor...

Recordé la batalla del portal. Nada tenía que ver con el frío que se extendía por su cuerpo. Había llegado demasiado tarde; Somna lo había matado.

Apoyé la cabeza en su pecho y lloré; volqué cada emoción contenida sobre su cuerpo.

Alguien me tocó el hombro y yo me sacudí, aferrándome a él.

—Pixy, ya no está. —La voz quebrada de Fénrix me golpeó. El llanto de Giulia me trasladó a una realidad imposible, inaceptable.

—Tiene que estar —susurré sin decírselo a nadie. Dejé de llorar—. Tiene que estar.

Escuché un arrullo; y el poder del rey salió del cuerpo de Somna y se internó en el medallón.

Mi visión desenfocada ya no veía a Nocte ni a Axia, que había quedado encogida en una esquina; solo veía el relicario.

Me puse en pie, sin oír, sin ver.

Caminé hasta el medallón y lo tomé. Lo apreté con fuerza contra el pecho y regresé junto a Nocte.

Me agaché y le aparté los mechones negros de la frente húmeda.

—Tú aún no lo entiendes, pero te amo. —Mi voz se quebró—. Te amo y eso significa que te arrastraré de vuelta desde la muerte para que estés a mi lado, significa... significa que tus sueños serán los míos, que combatiré tus penas hasta reducirlas a cenizas y que sacudiré el tiempo para que cada segundo importe.

Coloqué el medallón en su palma y lo velé.

Cerré los ojos con fuerza y recé. Recé a quien quisiera escucharme, a su padre, a él, incluso a Cleops. Hubiera hecho cualquier cosa con tal de que regresara. Renunciar al rencor, a la rabia. Cualquier cosa.

El vacío se adueñó de mis sentidos y me anestesió. Fue como en un sueño en el que ves tu cuerpo desde fuera. Una realidad envuelta en nada, hundida en recuerdos.

«Quiero saber qué queda de los sueños cuando se hacen pedazos». Quise gritarle que solo él podía reducirme a cenizas, que despertara para ver en lo que me convertiría.

Un océano de caricias que ahora ardían en mi pecho. «Yo te enseñaré a amarlo, te mostraré cómo amar cada parte de ti, porque no hay nada malo, Pixy». «Te quiero. Esto no es nada comparado con el privilegio de ofrecerte una vida sana a mi lado».

¿De qué me servía su sacrificio si no iba a quedarse conmigo?

Entonces, lo sentí. Una mirada compasiva en mi nuca. Un toque cálido en la frente. Era luz, una presencia divina cargada de disculpa. Podría haber sido cualquiera, pero...

—El portal está regenerando su membrana. Los nuestros ya no pueden cruzar —se asombró Fénrix.

Yo seguí helada, refugiada en un rincón de mi cabeza que imploraba. Esperando.

Esperando...

Por favor.

Entre mis brazos, Nocte se agitó.

Abrí los ojos. Quise contener la esperanza para que no me destrozara. Pero allí estaba él. Una media sonrisa se formó en sus labios.

—Supongo que solo necesitabas un poco de drama para abrirte —soltó. Me lancé a su cuello y sollocé. Él me devolvió el abrazo e inhaló el aroma de mi cabello, atesorándolo en un suspiro—. No temas. Si me arrastras desde la muerte, quemaré el mundo para caminar a tu lado. Si tomas mis sueños, los pintaré con tu nombre, y si haces cenizas mis penas, te daré mi alma para que la guardes dentro de la tuya. Pixy, he errado por el mundo solo para encontrarte.

Hallé un hueco en su cuello en el que los segundos se detenían. Respiré contra su piel y supe que ahí era donde quería quedarme para siempre.

Había llegado a casa.

# Epílogo

Los tacones de mis botas repiquetearon por el suelo de piedra.

La noche había caído sobre Fosc, inexpugnable como la boca de un lobo. Desde que Nocte se había convertido en el rey de las pesadillas y había devuelto el sol a su reino, el tiempo era más amable y la ciudad más acogedora.

Nocte recogía cada cambio en el cielo con una ilusión infantil. Podía tirarse horas contemplando la maravilla de la que su padre le había privado. Si el rey no devolvió el sol a su hijo fue por pura maldad. La luz se apagó con la creación del reino de las pesadillas, pero hacía tantos años de aquello que incluso el cosmos había olvidado las deudas.

Tras la batalla contra Somna, la clavícula Nox había aparecido por sorpresa en su frente para coronarlo, regenerar la membrana de los portales y restaurar el orden en las tres esferas. El equilibrio en el mundo de los humanos se había restablecido y, con él, se abrieron infinidad de posibilidades para mí.

Doblé la esquina y me lo encontré apoyado en el muro de la celda. Su mirada ascendió por mi cuerpo en una caricia lenta.

—Llegas tarde, Cuervo.

Levanté un hombro.

—Ocuparme de la seguridad del palacio requiere más dedicación de la que crees.

—Siempre tan profesional. —Agarró la verja y la abrió, haciendo un gesto—. Después de ti.

Pasé delante de él, dándole la espalda. Lejos quedaron los días en los que se atrevía a reprenderme por ello.

Entré en la mazmorra y observé con desgana al hombre de cabello pálido que se refugiaba en una esquina.

Introduje los dedos por mis mechones negros. Me había dejado crecer el pelo y ya lo llevaba por la cintura. Estaba orgullosa de cada uno de los pasos que había dado para encontrarme a mí misma y estar a gusto con mi cuerpo y mi mente. Quizá lo hubiera logrado yo sola, pero no habría sido lo mismo sin el apoyo de Nocte.

—No me gustan los cabos sueltos —dijo cerrando la puerta a su espalda.

En la esquina, el hombre de cabello blanco se estremeció.

—Por favor, Pixy, tenemos una historia juntos —me suplicó Janos.

Arrugué el labio con asco.

—¿A qué le llamas tú tener una historia?

Nocte bufó.

—Axia no habría aprobado esto —volvió a intentar.

Aquel nombre me tensó por dentro, pero no lo mostré ante Janos.

La presencia reconfortante de Nocte me ayudó a no matarlo.

Había vuelto a la zona de vigilia para llevarle el cuerpo de Axia a Narrow. Merecía regresar con su familia y tener un entierro digno. Me escapé antes de que comenzaran las preguntas, no le debía nada a ninguno de aquellos proyectadores. Ya no. Ni siquiera a Narrow, que no había tenido el valor de cruzar el portal para rescatar a su hija.

La echaría de menos todos los días de mi vida, pero...

—Yo no soy Axia —le respondí. Solté un suspiro—. ¿Sabes? No sé por qué estás tan asustado; es decir, la idea del rey no implica tu muerte. Creo que deberías estar agradecido. ¿No debería estar agradecido? —le pregunté a Nocte.

—Teniendo en cuenta todo lo que te hizo y la cantidad de dolor que me gustaría infligirle, lo cierto es que debería estar más que agradecido —me respondió siguiéndome el juego.

Volví a mirar a Janos. Había comenzado a temblar.

—Pues lo dicho —zanjé.

Nocte se acarició la palma, un gesto que repetía a menudo después de haber sostenido el medallón que le había otorgado el poder de su padre. Era un acto reflejo, un hormigueo latente. Tomé su mano, me miró agradecido y se llevó la mía a sus labios.

Janos nos observó con un rechazo conocido.

—No sobreviviré. Yo nunca tuve la culpa de que todos te repudiaran.

Mis ojos se ensombrecieron.

—Tú solo te aprovechaste y me humillaste durante años —dije—. Pronto no tendrá importancia porque vas a comprender por lo que he pasado.

Nocte levantó el mentón y sus sombras barrieron el suelo con un poder primigenio, escalofriante.

La clavícula Nox apareció en su frente y se iluminó.

El aire se congeló y mi piel vibró de expectación, como ocurría cada vez que usaba sus poderes.

Entonces, Nocte se adelantó y dijo:

—Yo te maldigo, Janos, a vagar por este mundo sin esperanza; a vivir entre pesadillas que te atormenten por tu condición y aspecto; a sufrir el rechazo de quienes te rodeen cada uno de los días de tu vida.

Las sombras se precipitaron sobre él. Janos aulló cuando se le formó una marca en el cuello, un símbolo de la maldición que lo perseguiría, como me había hostigado a mí la mía.

Su cabello brilló, blanco como la cal, y él se convirtió en un faro que atraería la atención de todas las pesadillas.

Algunos dirían que era justicia divina, pero yo sabía la verdad: solo era el amor de un rey que se desvivía por complacerme.

Lo primero que había hecho Nocte por mí había sido ofrecerme algo que jamás había tenido, algo con lo que solo había soñado. Tiempo. La inmortalidad a su lado. No había límites para él en lo que a mí respectaba, por eso había respetado mi deseo de no acabar con Janos. A mi parecer, la muerte era un final noble para alguien como él.

Lo segundo fue dar caza a Arfox. Como había señalado Nocte, a mí tampoco me gustaban los cabos sueltos.

Arfox y Giulia fueron entregados a la casa de los Thaumiel, donde sus padres escogieron el peor de los tormentos con tal de mantener buenas relaciones con el nuevo rey.

Le dediqué a Janos una mirada indiferente y alcé la barbilla.

—Hemos terminado —anuncié.

Nocte soltó una risa baja y me siguió, dejando la verja abierta para que se marchara cuando se repusiera.

—De veras espero que algún tenebrum lo engulla desde dentro —dijo pasándome un brazo por los hombros.

Yo enganché dos dedos por una de las trabillas de su pantalón y me acomodé en su costado.

—No me importa lo que le ocurra mientras no vuelva a encontrármelo.

Salimos al exterior y las estrellas nos dieron la bienvenida a un mundo colmado de posibilidades y vida.

Nocte suspiró satisfecho.

—Tenemos toda la eternidad para sembrar el caos.

Incliné el rostro y miré aquellos preciosos ojos negros que seguían provocándome escalofríos.

Sonreí de lado.

Dejé atrás el dolor, los nombres que otros me impusieron.

Huérfana. Marcada. Maldita.

Nada me definía. Yo era todo eso y mucho más.

La amante de la noche.

La dueña de la oscuridad.

Yo era la reina de las pesadillas.

# Agradecimientos

Esta novela despertó de la mano de su protagonista. Pixy fue mi primera inspiración, hablar de su soledad, de los complejos que la sociedad había inculcado en ella y de su fortaleza reprimida fue lo que cimentó el mundo de los sueños y de las pesadillas.

En su momento, la pregunta fue, ¿qué rasgo físico puede tener que cause rechazo a los suyos? Diferentes ideas pasaron por las hojas de mi cuaderno hasta que caí en la cuenta de que no quería plasmar un atributo que estuviera normativamente aceptado como «defecto». No, lo que quería era ridiculizar la absurda idea de que todos debemos ser iguales. Es por eso que Pixy *solo* tiene el cabello negro y no las orejas grandes, los ojos separados o la nariz torcida, porque la belleza tan solo es una concepción y, dependiendo de la sociedad en la que vives, adquiere un sentido u otro muy distinto.

Así que mi primer agradecimiento va para todas aquellas personas que han sobrevivido al juicio social y han salido de él aprendiendo a amarse. Solo podéis aportar sabiduría al mundo.

Un libro está compuesto de experiencias maduradas con el tiempo y este nunca habría llegado a existir sin el apoyo constante de mi familia y amigos.

A mi madre, por ser quien sostiene mi vida, por tener siempre el aliento que me falta y el consejo perfecto para cada momento.

A mi pareja/prometido. Cuando este libro vea la luz ya quedará poco para nuestra boda. Gracias por aguantar mis dudas e inseguridades, por saber aparcarlo todo cuando tuerzo el gesto, por

ser la única persona capaz de hacerme reír en los momentos difíciles. Gracias por once años maravillosos.

A mi abuelo, por seguir sonriendo cada vez que nos miramos. Gracias a ti sé reconocer el verdadero amor.

A mis Joshmanas: Arantxa, Sandra, Laura, Marta, Carlos y, por supuesto, a Clara, que ha sido la primera persona en leer el manuscrito y en adorar la historia de Pixy.

A mis chicas del club de lectura de la librería Galeradas, por las risas de los sábados, los análisis exhaustivos y los *road trips* por las ferias del libro de España. Por fin hemos aprendido que no podemos apurar tanto la gasolina.

Especialmente quiero dar las gracias a Luna (Moon Rose) y Marta Salvador, por ese viaje hacia Sant Jordi en el que estaba bloqueada con la novela, por todos sus valiosos consejos y por mostrarme la cara más humana de la escritura.

A Miriam, que siempre está cuando la necesito y lo aparcó todo para tirarse una tarde entera conmigo hasta encontrar el título perfecto para esta novela. Se nos resistía, Miriam, pero tú y yo sabíamos que estaba predestinado.

Al Dr. Juan M. Landa, por contestar a todas mis preguntas sobre la enfermedad de Pixy y las consecuencias traumatológicas que podía padecer por ella. Gracias por hacer esta historia un poquito más real.

¡A mi suegra! Pues sí, muchas gracias, Charo, porque creo que, de alguna forma, has inspirado la parte más vulnerable de Pixy: su enfermedad. No ha sido premeditado, pero me has ayudado a conectar con su dolor. Muchísimas gracias.

Es imposible imaginar el esfuerzo que hay detrás de este libro, así que por supuesto se lo quiero agradecer al equipo de Matchstories y en particular a mis editoras: Ana, Sara y Noelia. Vuestras aportaciones han sido incalculables y vuestras palabras de afecto las

llevaré siempre conmigo. Como profesionales y como personas sois inmejorables.

También quiero agradecer a la comunidad de *bookstagram* todo el cariño que he recibido por redes, antes, durante y (espero) después. El entusiasmo con el que recibís mis libros es suficiente para seguir escribiendo veinte vidas. Muchas gracias a todas esas personas que sabéis que podéis consideraros amigas.

Y por último, a los más importantes: mis lectores. A los que he conocido en ferias, a los que estaban desde libros anteriores y a los nuevos, a los que me han escrito para hablar de mis novelas y a los que tienen más de una firma en sus ejemplares. A todos vosotros, espero que esta historia os haya traspasado, espero haber conseguido que guardéis en vuestro corazón un pedacito de Pixy y otro de mí. Tengo la sensación de estar entregándoos mi parte más oscura, ojalá haya conseguido que os guste.

*Dulces sueños*
Lydia A. Benavent

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

©Lydia A. Benavent, 2026

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de la cubierta: © Carolina Bensler
Fotografía de la solapa: cortesía de la autora

Ilustración de interior: ©Jesús Sanz, 2026

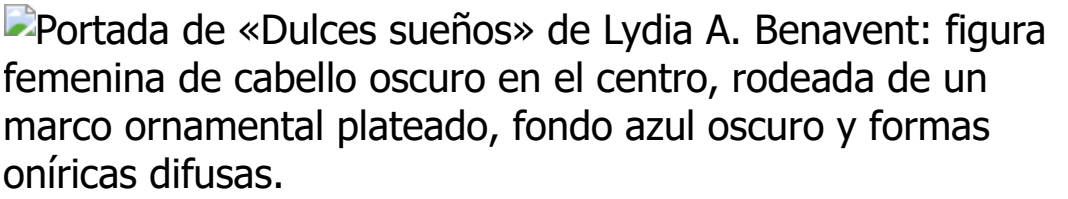
Por la cita de Sigmund Freud: © Introducción al psicoanálisis, de Sigmund Freud. Traducción de Luis López-Ballesteros. Alianza editorial. Madrid, 2011.
Por la cita de Homero: © La Odisea, de Homero. Traducción directa del griego por Federico Baraibar y Zumárraga, editado por Librería y Casa Editorial Hernando. 1906. Obra digitalizada por la Biblioteca Nacional de España.

© Editorial Planeta, S. A., 2026
MatchStories es una colección de Ediciones Martínez Roca,
sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.mrediciones.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2026

ISBN: 978-84-270-5512-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta


Portada de «Dulces sueños» de Lydia A. Benavent: figura femenina de cabello oscuro en el centro, rodeada de un marco ornamental plateado, fondo azul oscuro y formas oníricas difusas.